

Escándalos privados

Nora Roberts

PRIMERA PARTE

Ha llegado el momento -dijo Walrus- de hablar de muchas cosas.

LEWIS CARROLL

Chicago, 1994

En Chicago hacía una noche sin luna y, para Deanna, el momento tenía todas las características de Solo ante el peligro. Le resultaba fácil identificarse con el digno, sereno y resuelto Gary Cooper, mientras se preparaba para enfrentarse al pistolero astuto que volvía para vengarse.

Pero, maldita sea, pensó Deanna, Chicago era su ciudad. Angela era la intrusa.

Deanna supuso que era típico del gusto por lo dramático de Angela, el que exigiera una confrontación en el mismo estudio donde las dos habían ascendido por la resbaladiza escalera de la ambición. Pero ahora era el estudio de Deanna, y era su programa el que se llevaba la parte del león de los índices de audiencia. No había nada que Angela pudiera hacer para modificar eso, salvo conjurar a Elvis de la tumba y pedirle que cantara Heartbreak Hotel al público que presenciaba la emisión del programa.

Al pensar en esa imagen, Deanna esbozó una leve sonrisa. Angela era una rival poderosa. A lo largo de los años había empleado recursos truculentos para mantener su programa cotidiano a los más altos niveles de popularidad.

Pero lo que Angela se traía en la manga no tendría éxito: subestimaba a Deanna Reynolds. Angela podía cuchichear secretos y amenazar con escándalos, pero nada de lo que dijera cambiaría los planes de Deanna.

De todos modos, oiría lo que Angela quería decirle. Deanna creía que ella intentaría llegar, aunque fuera por última vez, a un acuerdo. Ofrecer, si no una amistad, por lo menos una tregua prudente. Era poco probable que, al cabo de todo ese tiempo y de tal hostilidad, la brecha que existía entre ambas pudiera ser zanjada; pero Deanna jamás perdía las esperanzas. Por lo menos hasta que se agotaran todas las posibilidades.

Mientras pensaba en todas esas cosas, Deanna entró con el coche en el aparcamiento del edificio de la CBC. Durante el día, siempre estaba repleto de los automóviles de técnicos, compaginadores, productores, secretarías y protagonistas de los programas. A Deanna siempre la llevaba y la iba a buscar su chófer para evitar problemas. En el interior de esa enorme torre blanca, la gente corría para preparar los informativos - que salían al aire a las siete de la mañana, a mediodía, a las cinco de la tarde y a las diez de la noche-, el programa de cocina de Bobby Marks, el programa semanal de Finn Riley, y el exitoso programa La hora de Deanna, aplaudido en todo el país y con los máximos índices de audiencia.

Pero ahora, justo después de la medianoche, el aparcamiento se encontraba prácticamente vacío. Había una media docena de vehículos pertenecientes al equipo básico del noticiero, cuyos integrantes holgazaneaban en su sala de redacción a la espera de que en el mundo se produjera algún acontecimiento que valiera la pena contar. Probablemente con la esperanza de que, si estallaba alguna guerra, fuera cuando su turno de trabajo hubiera concluido.

Deanna deseaba estar en otro lugar, en cualquier otro lugar, pero aparcó en una plaza vacía y apagó el motor. Por un momento permaneció allí sentada, oyendo los sonidos de la noche: el tráfico en la calle de la izquierda, el zumbido del sistema de aire acondicionado que mantenía fresco el edificio y los costosos equipos que albergaba. Tenía que controlar sus emociones encontradas y sus nervios antes de enfrentarse a Angela.

Los nervios eran algo casi permanente en la profesión que había elegido; debía trabajar con ellos o a través de ellos. Su irritación era algo que podía controlar y lo haría, sobre todo si no ganaba nada con fomentarla. Pero esos sentimientos controvertidos y tan intensos eran otra cuestión. Incluso después de tanto tiempo, le resultaba difícil olvidar que antes admiraba y respetaba a la mujer a quien pronto se enfrentaría. Y confiaba en ella.

Por experiencia propia, Deanna sabía que Angela era experta en manipulación emocional. El problema de Deanna y muchos sostenían que en él radicaba también su talento- era su incapacidad de ocultar sus sentimientos. Allí estaban, a la vista de todos, para gritar su verdad a quien quisiera oírlos. Lo que sentía se reflejaba en sus ojos grises, se transmitía en la inclinación de su cabeza o en la expresión de su boca. Algunos decían que eso era lo que la hacía irresistible y, al mismo tiempo peligrosa. Deanna movió el espejo retrovisor. Sí, en sus ojos aparecían las chispas de su mal humor, su resentimiento contenido, su pesar. Después de todo, ella y Angela habían sido amigas alguna vez. O casi amigas.

Pero también vio en sus ojos el placer de la expectación. Era una cuestión de orgullo. Hacía mucho que debía haberse producido ese encuentro.

Deanna sonrió, sacó su lápiz de labios y se pintó cuidadosamente la boca. Uno no se presenta ante su rival sempiterno sin el más básico de los escudos. Complacida al comprobar que tenía el pulso firme, dejó caer el lápiz de labios en el bolso y bajó. Permaneció inmóvil un momento y aspiró el agradable aire de la

noche, mientras se hacía una pregunta: ¿Estás tranquila, Deanna? No. Estaba acelerada. Cerró de golpe la portezuela y atravesó el aparcamiento. Sacó su tarjeta de identificación y la introdujo en la ranura ubicada junto a la entrada posterior. Segundos más tarde titiló una pequeña luz verde que le permitió abrir la pesada puerta.

Oprimió el interruptor para iluminar la escalera y dejó que la puerta se cerrara a sus espaldas.

Le resultó interesante que Angela no hubiera llegado antes que ella. Seguro que pidió una limusina, pensó Deanna. Ahora que Angela estaba instalada en Nueva York, ya no tenía un chófer fijo en Chicago. A Deanna le sorprendió no haber visto la limusina en el aparcamiento.

Angela era muy, muy puntual.

Era una de las muchas cosas por las que Deanna la respetaba.

Los tacones de Deanna resonaron en la escalera cuando descendió un nivel. Mientras volvía a introducir su tarjeta de identificación en la siguiente ranura de seguridad, se preguntó a quién habría sobornado, amenazado o seducido Angela para conseguir entrar en el estudio.

No muchos años antes, Deanna solía recorrer ese mismo camino presurosa y llena de entusiasmo, cuando le hacía los recados a Angela. Como un cachorro ansioso, siempre estaba lista para hacer cualquier cosa que mereciera una señal de aprobación de Angela. Pero, como un cachorro inteligente, también había aprendido.

Y cuando llegó la traición podría haber gemido, pero en cambio se lamió las heridas y echó mano de todo lo que había aprendido... hasta que la alumna se convirtió en la maestra.

No debería haberle sorprendido descubrir la rapidez con que los viejos resentimientos, hacía mucho tiempo enfriados, volvían a bullir dentro de su ser. Y esta vez al enfrentarse con Angela lo haría en su propio terreno, con sus propias reglas. La ingenua muchacha de Kansas ya no tenía problemas en admitir su propia ambición.

Y quizá, cuando lo hiciera, la atmósfera se aclararía y las dos podrían encontrarse en pie de igualdad. Si no era posible olvidar lo ocurrido entre ambas en el pasado, siempre era factible aceptarlo y seguir adelante.

Deanna deslizó su tarjeta en la ranura de la puerta del estudio. La luz verde parpadeó y ella empujó la puerta.

El estudio se encontraba desierto.

Eso la complació. El hecho de ser la primera en llegar le proporcionaba una ventaja más, como una anfitriona que acompaña a un huésped indeseable al interior de su hogar. Y si el hogar era el lugar donde uno crecía y se convertía en mujer, donde se aprendía y se reñía, entonces el estudio era su hogar.

Con una leve sonrisa en los labios, extendió el brazo en la oscuridad en busca del interruptor de las luces del techo. Le pareció oír algo, un suave susurro que apenas si perturbaba el aire. Y tuvo la sensación de que no estaba sola.

Angela, pensó y oprimió el interruptor.

Pero en el momento en que las luces del techo se encendían, otras más intensas, casi cegadoras, explotaron en su cerebro. Sintió un dolor lacerante y se hundió en la oscuridad.

Recuperó lentamente el sentido y gimió. Su cabeza dolorida cayó hacia atrás y golpeó contra una silla. Vacilante, desorientada, se tocó el punto que más le dolía. Al apartarla, vio que tenía los dedos manchados con sangre.

Trató de enfocar la vista, y su sorpresa fue mayor al ver que estaba sentada en su propia silla, en su propio plató. ¿Qué había pasado?, se preguntó, mientras miraba la cámara en la que brillaba la lucecita roja.

Pero no había público detrás, ni técnicos trabajando detrás de las cámaras. Y aunque las luces intensas le producían el calor con que estaba familiarizada, no se estaba grabando ningún programa.

Deanna recordó que había acudido allí para encontrarse con Angela.

Su visión volvió a fluctuar, como el agua perturbada por un guijarro, y Deanna parpadeó para recuperarla. Fue entonces cuando observó las dos imágenes que aparecían en el monitor. Se vio a sí misma, pálida y con los ojos vidriosos. Y luego, con horror, a la invitada sentada en una silla junto a ella.

Angela, su traje de seda gris adornado con botones de perlas. Varias vueltas de un collar de perlas que hacían juego alrededor del cuello y perlas también en las orejas. Angela, con su pelo dorado delicadamente peinado, las piernas cruzadas, las manos entrelazadas sobre el brazo derecho del sillón.

Era Angela. Oh, sí, era ella, aunque le hubieran destrozado la cara.

Había salpicaduras de sangre sobre la seda rosa y más sangre que descendía desde donde debería estar su cara hermosa y astuta.

Deanna gritó.

Chicago, 1990

«Cinco, cuatro, tres ... »

Deanna sonrió a la cámara desde su rincón del decorado de *Noticias del mediodía*.

-Esta tarde, nuestro invitado es Jonathan Monroe, un autor local que acaba de publicar un libro titulado *Lo mío es mío*.

-Tomó el delgado ejemplar de la mesilla redonda ubicada entre los sillones y lo inclinó hacia la cámara 2-. Jonathan, usted ha subtitulado su libro *Sano egoísmo*. ¿Qué lo llevó a escribir sobre un rasgo que la mayoría de la gente considera un defecto caracterológico?

-Bueno, Deanna -respondió él y rió por lo bajo. Era un hombre pequeño con una sonrisa radiante, y traspiraba profusamente bajo las luces del estudio-. Yo quería lo mío.

Buena respuesta, pensó Deanna. Pero debería esforzarse para conseguir que él se soltase.

-¿Y quién no, si vamos a eso? -dijo ella, para tratar de que él se relajara con cierto sentido de camaradería-. Jonathan, usted dice en su libro que ese sano egoísmo es reprimido desde la cuna por los padres y las personas que cuidan al niño.

-Exactamente.

La sonrisa congelada y brillante del hombre no varió, pero sus ojos se movían con pánico.

Deanna cambió levemente de posición, apoyó la mano sobre la mano rígida del hombre, fuera del alcance de la cámara; sus ojos expresaban interés, el roce de su mano transmitía apoyo.

-Usted sostiene que la exigencia de los adultos para que los chicos compartan sus juguetes establece un precedente poco natural. -Oprimió levemente su mano-. ¿No le parece que compartir es una forma elemental de cortesía?

Así, Deanna logró que su invitado, entre vacilaciones y titubeos, perdiera su torpeza y timidez, y lo fue guiando a lo largo del bloque de tres minutos y quince segundos.

-Esto ha sido *Lo mío es mío*, por Jonathan Monroe -dijo ala cámara-. Un libro que está en este momento en las librerías. Muchas gracias por acompañarnos en este programa, Jonathan.

-Ha sido un placer. He de añadir que estoy trabajando en mi segundo libro, titulado *Salga de mi camino, yo he llegado antes que usted*. Es sobre la agresión sana.

-Le deseo suerte con su siguiente obra. Volveremos dentro de un momento con el resto del *Noticias del mediodía*. -En el intervalo para la publicidad, Deanna le sonrió a Jonathan-. Ha estado estupendo. Agradezco mucho que viniera a visitarnos.

-Espero no haber hecho mal papel. -Apenas le sacaron el micrófono, Jonathan sacó un pañuelo para secarse la frente-. Es la primera vez que aparezco por televisión.

-Ha estado espléndido. Creo que esto generará mucho interés local en su libro.

-¿En serio?

-Sí. Por favor, ¿quiere autografiarme este ejemplar?

Radiante de nuevo, ello hizo.

-Esta mañana me hicieron una entrevista por radio -dijo-. Y el tipo ni siquiera había leído la solapa del libro.

Deanna tomó el libro autografiado y se puso de pie. Parte de su mente y casi toda su energía estaba ya en la mesa de las noticias, al otro lado del plató.

-Es lamentable. Gracias de nuevo -dijo y le tendió la mano-. Espero que vuelva cuando salga su próximo libro.

-Me encantaría.

Pero ya ella se había alejado entre la maraña de cables que cubría el suelo para ocupar su lugar detrás de la mesa en el plató del noticiero. Después de deslizar el libro bajo la mesa, se colocó el micrófono en la solapa de su traje rojo.

-Otro chiflado -fue el comentario típico de Roger Crowell, quien compartía con ella la presentación del noticiero.

-Es un hombre muy agradable.

-A ti todos te parecen agradables. -Mientras sonreía, Roger se miró en su espejo de mano y realizó un ajuste mínimo en el nudo de su corbata. Tenía una cara especial para las cámaras: un rostro maduro, fiable, con pelo rojizo lleno de canas en las sienes-. Sobre todo los chiflados.

-Por eso te quiero tanto, Rog.

Eso produjo risas entre los cámaras. La respuesta de Roger fue interrumpida por una señal del realizador que indicaba que estaban por salir en antena. Mientras corría el *teleprompter*, Roger sonrió a la cámara y marcó el tono adecuado para un bloque sobre el nacimiento de dos tigres mellizos en el zoológico.

-Eso es todo por hoy. No cambien de canal y podrán ver el interesante programa de cocina. Les ha hablado Roger Crowell.

-Y Deanna Reynolds. Hasta mañana.

Mientras la música de cierre le cosquilleaba en el auricular, Deanna le sonrió a Roger.

-Eres un blando. Tú mismo escribiste esa nota sobre los cachorros de tigre. Tenía tus huellas dactilares por todas partes.

El se sonrojó un poco, pero le guiñó un ojo.

-Solo les doy lo que ellos quieren, preciosa.

-Bueno, hemos terminado -dijo el realizador y se desperezó-. El programa ha salido muy bien.

-Gracias, Jack -dijo Deanna mientras se desprendía el micrófono de solapa.

-¿No quieres almorzar conmigo?

Roger siempre estaba listo para comer, y contrarrestaba su amor por la comida con su entrenamiento físico. El ojo implacable de la cámara no permitía disimular los kilos de más.

-No puedo. Me han asignado un trabajo.

Roger se puso de pie.

-No me digas que es para el terror del estudio B.

Una chispa de fastidio nubló los ojos de Deanna.

-Está bien, entonces no te lo diré.

-Mira, Dee -dijo él después de ponerse a la par en el extremo del set-. No te enojés conmigo.

-Yo no he dicho eso.

-Ni falta que hace. -Empujaron las puertas del estudio-. Estás enojada, se te nota. Te aparece una arruga entre las cejas. Mira. -Y la arrastró hacia la sala de maquillaje. Después de encender las luces, se paró detrás de ella, las manos sobre sus hombros, mientras enfrentaban el espejo-. ¿Ves? Todavía la tienes.

Ella se apartó con una sonrisa.

-Yo no veo nada.

-Entonces déjame que te diga lo que yo veo. La vecina con que todos soñamos. Un sexo sutil y saludable. Cuando ella lo miró con severidad, él solo sonrió-. Eso es lo que se ve. Unos enormes ojos confiados. Cualidades nada despreciables para la presentadora de un noticiero de televisión.

-¿Y qué me dices de la inteligencia? -saltó ella-. La buena redacción, la valentía.

-Hablamos de elementos visuales. Mira, mi compañera anterior era una muñeca. Puro pelo cardado y dientes relucientes. Le preocupaban más sus pestañas que su trabajo.

-Y ahora lee las noticias en el canal 2 de Los Ángeles. -Sabía cómo funcionaba el negocio. Vaya si lo sabía. Pero no tenía por qué gustarle-. Se rumorea que la están preparando para trabajar en cadena.

-De eso se trata. Personalmente, aprecio tener como compañera a una mujer inteligente, pero no olvidemos lo que somos.

-Creí que éramos periodistas.

-Periodistas de televisión. Tú tienes una cara que fue hecha para las cámaras, y dice todo lo que estás pensando y sintiendo. El único problema es que te pasa lo mismo cuando no estás delante de una cámara, y eso te hace vulnerable. Una mujer como Angela se desayuna a las chicas campesinas como tú.

-Yo no soy una campesina -dijo ella.

-Da lo mismo. ¿Quién es tu compañero, Dee?

Ella suspiró y puso los ojos en blanco.

-Tú, Roger.

-Cuidate las espaldas con Angela.

-Mira, ya sé que tiene fama de temperamental...

-La fama que tiene es de ser una hija de puta.

Deanna se apartó de Roger, y comenzó a quitarse el maquillaje. No le gustaba que quienes trabajaban con ella compitieran entre sí ni verse obligada a tomar partido. Ya era bastante difícil hacer malabarismos con sus responsabilidades en la sala de redacción y en el estudio y, al mismo tiempo, cumplir con los favores que le hacía a Angela. Después de todo, eran solo favores, que realizaba en su tiempo libre.

-Lo único que sé es que conmigo ha sido muy bondadosa. Le gustó mi trabajo en *Noticias del mediodía* y el bloque *El rincón de Deanna*, y se ofreció a ayudarme a refinar mi estilo.

-Te está usando.

-Me está enseñando -corrigió Deanna mientras arrojaba a la papelera los algodones con el resto del maquillaje. Sus movimientos eran rápidos y precisos, y acertó en el centro del cesto-. Por alguna razón, el de Angela es el programa de entrevistas de mayor audiencia. Me habría tomado años aprender los secretos de esta profesión, y ella me los enseñó en pocos meses.

-¿Y de veras crees que compartirá contigo un pedazo de la tarta?

Deanna calló un momento porque, desde luego, quería un trozo de la tarta. Un trozo bien grande. *Un sano egoísmo*, pensó y rió para sí.

-Bueno, yo no estoy compitiendo con ella.

-Todavía no.

Pero él estaba seguro de que lo haría. Lo sorprendió que Angela no hubiera detectado la ambición que se ocultaba detrás de los ojos de Deanna. El ego suele engeguercer a la gente, pensó. El tenía motivos para saberlo.

-Acepta el consejo de un amigo. No le proporciones munición. -Observó de nuevo a Deanna mientras ella se maquillaba para salir a la calle. Tal vez fuera ingenua, pensó, pero también era obstinada. Se le notaba en la boca, en el ángulo del mentón-. Todavía tengo que ocuparme de una filmación. Nos veremos mañana.

Cuando quedó a solas, Deanna dio unos golpecitos con el lápiz delineador contra la mesa de maquillaje. No descartaba todo lo que había dicho Roger. Precisamente porque Angela era una perfeccionista y exigía -y recibía lo mejor para su programa, tenía fama de ser una mujer cruel. Y, por cierto, eso le daba sus frutos. Después de seis años de ser emitido en muchos canales, *El programa de Angela* ocupaba el primer lugar desde hacía más de tres.

Y puesto que *El programa de Angela* y *Noticias del mediodía* se grababan en los estudios de la CBC, Angela había podido ejercer cierta presión para que Deanna tuviera más tiempo libre.

También era cierto que Angela había sido siempre muy buena con Deanna: le ofreció su amistad y le demostró una disposición a compartir que no era común en el mundo altamente competitivo de la televisión.

¿Era ingenuo confiar en esa bondad? Deanna no lo creía. Pero tampoco era tan tonta como para pensar que la bondad siempre era recompensada.

Pensativa, se cepilló el pelo negro que le llegaba a los hombros. Sin el maquillaje exagerado, necesario para las luces del estudio y las cámaras, su piel era delicada y pálida como la porcelana, en contraste con el color oscuro de su pelo y de sus ojos levemente rasgados. Para acentuar todavía más ese contraste, se pintó los labios con un lápiz rosa fuerte.

Satisfecha, se lo recogió hacia atrás en una coleta.

Jamás fue su intención competir con Angela. Aunque confiaba en utilizar todo lo aprendido para adelantar en su propia carrera, lo que quería era tener, algún día, un programa que se emitiera en la red. Y no era totalmente imposible que deseara expandir su bloque semanal de *El rincón de Deanna* dentro del noticiero del mediodía, y convertirlo en un programa de entrevistas propio, transmitido por muchos canales. Ni siquiera eso significaría competir con Angela, la reina del mercado.

La década de los noventa estaba abierta a toda clase de estilos y programas. Si ella tenía éxito, sería porque había aprendido de la personalidad más importante en ese campo. Siempre le estaría agradecida a Angela por ello.

-Si ese hijo de puta cree que me daré por vencida, le espera una sorpresa bien desagradable -dijo Angela y fulminó con la mirada la imagen de su productor que se reflejaba en el espejo de su camerino-. Aceptó venir al programa para promocionar su nuevo álbum. Una cosa por la otra, Lew. Le estamos dando publicidad en todo el país, así que juro que responderá a algunas preguntas sobre las acusaciones de evasión de impuestos que pesan sobre él.

-Él no dijo que no las contestaría, Angela. -El dolor de cabeza que Lew McNeil sentía detrás de los ojos todavía era lo suficientemente leve para que tuviera esperanzas de que pasara-. Solo dijo que no podría mostrarse muy concreto en ese tema mientras la causa esté en curso, y que preferiría que te centraras en su carrera.

-Yo no estaría aquí si permitiera que un invitado llevara las riendas del programa, ¿no? -De nuevo lanzó algunas imprecaciones y luego desplazó la silla para regañar a la peinadora-. Si vuelves a tirarme del pelo, querida, tu próximo trabajo consistirá en levantar rulos del suelo con los dientes.

-Lo siento, señorita Perkins, pero tiene el pelo muy corto y...

-Limitate a cumplir tu tarea.

Angela observó una vez más su propia imagen y lentamente fue distendiendo las facciones. Sabía lo importante que era relajar los músculos faciales antes de un programa, no importa la cantidad de adrenalina que el cuerpo liberara. La cámara detectaba cada línea y cada arruga como una vieja amiga con la que una mujer se reúne para almorzar. Así que respiró hondo y cerró los ojos un momento para que su productor se callara. Cuando volvió a abrirlos, los tenía despejados, de un azul intenso y rodeados de pestañas sedosas.

Sonrió cuando la peinadora le llevó el pelo hacia atrás y arriba y convirtió su cabellera en un halo dorado. Angela decidió que ese peinado le quedaba bien. Era sofisticado pero no agresivo. Elegante pero no estudiado. Verificó el efecto desde todos los ángulos antes de dar su aprobación.

-Me gusta mucho, Marcie -dijo, y le dedicó una sonrisa de alto voltaje que la hizo olvidar la regañina previa-. Me siento diez años más joven.

-Está preciosa, señorita Perkins.

-Gracias a ti. -Distendida y satisfecha, jugueteó con el collar de perlas que le rodeaba el cuello-. ¿Y cómo anda el nuevo hombre de tu vida, Marcie? ¿Te trata bien?

-Es una maravilla -respondió Marcie con una sonrisa, mientras pulverizaba laca en el peinado de Angela-. Creo que decididamente es el hombre de mi vida.

-Me alegro por ti. Si se porta mal, no tienes más que decírmelo -dijo Angela y le guiñó un ojo-. Yo lo pondré en vereda.

Marcie rió y comenzó a alejarse.

-Gracias, señorita Perkins. Buena suerte esta mañana.

Angela se dirigió a su productor.

-Mira, Lew, no tienes que preocuparte por nada. Solo atiende a nuestro invitado hasta que salga en antena. Yo me ocuparé del resto;

-El quiere que le des tu palabra, Angela.

-Querido, dale lo que él quiera -respondió ella y se echó a reír, cosa que no hizo sino aumentar el dolor de cabeza de Lew-. No seas pesado.

Se inclinó para coger un cigarrillo del paquete de Virginia Slims que había sobre el tocador. Lo encendió con un encendedor de oro con monograma, un regalo de su segundo marido, y exhaló una suave bocanada de humo.

Lew se está ablandando, pensó, tanto personal como profesionalmente. Aunque usaba traje y corbata, tal como ella exigía, tenía los hombros caídos, como arrastrados por el peso de su vientre en expansión. Ya no tenía tanto pelo como antes, pero sí muchas canas. Su programa era famoso por su energía y ritmo veloz, de modo que a Angela no le hacía ninguna gracia que su productor tuviera el aspecto de un viejo gordo.

-Después de todos estos años, Lew, creo que deberías confiar en mí.

-Angela, si atacas a Deke Barrow, harás que nos resulte difícil conseguir que otras celebridades vengan al programa.

-No digas tonterías. Se mueren por que yo los invite. Quieren que promocione sus películas y sus libros y sus grabaciones, y también sus vidas amorosas. Me necesitan, Lew, porque saben que todos los días millones de personas siguen mi programa. -Le sonrió al espejo, y el rostro que le devolvió esa sonrisa era hermoso, compuesto, perfecto-. Y también me siguen a mí.

Lew trabajaba con Angela desde hacía más de cinco años y sabía exactamente cómo manejar una discusión. Optó por la lisonja.

-Nadie lo niega, Angela. Tú eres el programa. Es solo que me parece que deberías tratar a Deke con cautela. Hace mucho que es una estrella de la música country, y este regreso suyo tiene mucho de sentimental.

-Déjame a mí -dijo Angela y sonrió detrás de una nube de humo-. Me mostraré muy sentimental con Deke.

Tomó las tarjetas con anotaciones que Deanna había terminado de organizar a las siete de la mañana. Era un gesto de despedida que hizo que Lew sacudiera la cabeza. La sonrisa de Angela se ensanchó mientras repasaba las notas. Esa muchacha es valiosa, pensó, muy eficiente y concienzuda.

Muy útil.

Angela le dio otra lenta calada al cigarrillo antes de aplastarlo en el pesado cenicero de cristal de su tocador. Como siempre, cada pote, cada cepillo, cada tubo, estaba alineado en un orden meticuloso. Había un florero con dos docenas de rosas rojas, que le renovaban cada mañana, y una pequeña fuente de grageas multicolores con sabor a menta, que a Angela le encantaban.

Le fascinaba la rutina, controlar todo lo que la rodeaba, incluyendo a la gente. Todos tenían su lugar. Y disfrutaba del hecho de poder darle uno a Deanna Reynolds.

A algunos podría haberles parecido extraño que una mujer que se acercaba a los cuarenta años, una mujer vanidosa, hubiera tomado como protegida a una mujer más joven y bonita. Pero Angela había sido una mujer bonita que, con el tiempo, la experiencia y la ilusión, se había convertido en hermosa. No le temía a la edad. No en un mundo donde era tan fácil combatirla.

Quería tener a Deanna cerca por su físico, por su talento, por su juventud. Pero, sobre todo, porque el poder intuye y detecta el poder.

Y por la sencilla razón de que la muchacha le caía bien.

Sí, podía ofrecerle a Deanna consejos, críticas cordiales, cierta dosis de elogios y, tal vez a su tiempo, un puesto de cierta importancia. Pero no tenía intenciones de permitir que alguien que ella ya intuía sería una competidora potencial se alejara de su lado. Nadie abandonaba a Angela Perkins.

Sus dos ex maridos lo sabían. Y ellos no habían sido los que la abandonaron: ella los había echado de su lado.

-¿Angela?

-Deanna -dijo Angela y le tendió la mano a modo de bienvenida-. Estaba pensando en ti. Tus notas son una maravilla y me serán de gran ayuda en el programa.

-Me alegro de poder cooperar. -Deanna jugueteó con su gargantilla, un síntoma de vacilación que debía aprender a controlar-. Angela, me da un poco de vergüenza pedirle esto, pero mi madre admira muchísimo a Deke Barrow.

-Y quieres que le pida un autógrafo.

Con una sonrisa tímida y fugaz, Deanna sacó a relucir el disco compacto que sostenía a la espalda.

-Le encantaría que le autografiara este disco.

-Déjalo de mi cuenta. Recuérdame cómo se llama tu madre, Dee.

-Marilyn. No sabe cuánto se lo agradezco, Angela.

-Encantada de hacer algo por ti, querida. -Aguardó un instante antes de seguir hablando. Su sentido del tiempo, los silencios y la oportunidad siempre había sido perfecto-. Ah, hay un pequeño favor que podrías hacerme.

-Por supuesto.

-¿Podrías reservarme una mesa para dos en La Fontaine, para esta noche a las siete y media? Realmente no tengo tiempo para hacerlo yo misma y olvidé pedirselo a mi secretaria.

-Muy bien. -Deanna sacó una libreta del bolsillo para anotarlo.

-Eres un tesoro, Deanna. -Angela se paró frente a un espejo de cuerpo entero para echarle un último vistazo a su traje azul pálido-. ¿Qué te parece este color? ¿No es demasiado tenue?

Como sabía que a Angela le importaban todos los detalles del programa, desde la investigación hasta el calzado adecuado, Deanna la calibró con atención. La suave caída de la tela armonizaba maravillosamente bien con la figura firme y curvilínea de Angela.

-Lo encuentro delicadamente femenino.

La tensión desapareció de los hombros de Angela.

-Entonces es perfecto. ¿Te quedas para la grabación?

-No puedo. Todavía tengo que pasar en limpio mis papeles para las *Noticias de mediodía*.

-Oh. -El fastidio salió a relucir fugazmente-. Espero que el hecho de echarme una mano no haya retrasado tu trabajo.

-El día tiene veinticuatro horas -dijo Deanna-. Y me gusta usarlas todas. Bueno, será mejor que me vaya.

-Adiós, querida.

Deanna salió del camerino. En el edificio, todos sabían que Angela insistía en estar sola los últimos diez minutos antes de la iniciación del programa. Se suponía que utilizaba ese tiempo para repasar sus notas pero, por supuesto, nada de eso era cierto; estaba perfectamente preparada. Pero prefería que los demás creyeran que seguía estudiando la información. O, incluso, que imaginaran que tomaba un sorbo de coñac de la botella que tenía en el tocador.

Pero no tocaba la bebida. La necesidad de tenerla allí, al alcance de su mano, le aterraba tanto como la tranquilizaba.

Ella prefería que los demás pensarán cualquier cosa, con tal que no supieran la verdad.

Angela Perkins pasaba esos últimos momentos solitarios, antes de cada grabación, sumida en un ataque tembloroso de pánico. Ella, una mujer que transmitía una imagen de seguridad total en sí misma; ella, una mujer que había entrevistado a presidentes, miembros de la realeza, asesinos y millonarios, sucumbía, como siempre le ocurría, a un violento ataque de miedo ante las cámaras y el público.

Cientos de horas de terapia no habían podido aliviar los temblores, los sudores, las náuseas. Impotente frente a lo que le ocurría, se dejó caer en su sillón. El espejo reflejaba por triplicado la imagen de una mujer perfecta, impecable, de aspecto inmaculado; pero en sus ojos se adivinaba el terror que sentía.

Se llevó las manos a las sienes. Ese día se equivocaría, y todos detectarían en su voz el acento rústico de Arkansas. Verían a la chiquilla no deseada ni querida por sus padres, quienes preferían las imágenes fluctuantes del pequeño televisor Philco a la hija de su propia sangre. La pequeña, que había deseado con tanta desesperación que le prestaran atención, se imaginaba dentro de ese televisor para que su madre pudiera fijar en ella, aunque solo fuera por una vez, sus ojos de mirada extraviada y ebria. Todos verían a la chiquilla con ropa de segunda mano y zapatos de otro número, que había estudiado tanto para alcanzar calificaciones pasables en la escuela. Verían que ella no era nada, no era nadie, una estafa, que había logrado abrirse paso en la televisión a fuerza de trampas, como su padre. Y se reirían de ella. O, aún peor, cambiarían de canal.

El golpe a la puerta la sobresaltó.

-Estamos listos, Angela.

Hizo una inspiración profunda, y luego otra.

-Ya voy.

Su voz sonó perfectamente normal. Era un genio para la simulación. Observó su reflejo y vio cómo el pánico iba desapareciendo de sus ojos.

No fracasaría. Jamás se reirían de ella ni la pasarían por alto. Y nadie vería nada que ella no permitiera ver. Se puso de pie y salió del camerino hacia el corredor.

Todavía tenía que ver a su invitado, pero pasó junto al camerino sin pestañear siquiera. Jamás hablaba con un invitado antes de que comenzara la grabación.

Su productor se ocupaba de preparar al público presente en el estudio. Se oía un murmullo nervioso entre los afortunados que habían conseguido pases para la grabación. Marcie, sobre sus tacones de diez centímetros, corrió para una verificación de último momento del peinado y el maquillaje. Un colaborador en la investigación periodística le pasó unas tarjetas más. Angela no habló con ninguna de esas personas.

Cuando apareció en el escenario, el murmullo estalló en aplausos entusiastas.

-Buenos días. -Angela tomó asiento y dejó que los aplausos continuaran mientras le colocaban el micrófono-. Espero que todos estén listos para este gran programa. -Paseó la vista por el público y quedó satisfecha con el aspecto del grupo: era una buena mezcla de edades, sexos y razas... algo visualmente importante para el movimiento de las cámaras-. ¿Alguno de ustedes es admirador de Deke Barrow?

Se echó a reír cuando estalló una nueva salva de aplausos.

-Yo también -dijo, aunque en realidad detestaba la música country en todas sus formas-. Así pues, nos espera un programa muy agradable.

Asintió, se reclinó en su asiento, las piernas cruzadas, las manos entrelazadas con los codos en los apoyabrazos del sillón. La luz roja de la cámara se encendió. La música de apertura resonó.

-*Los mañanas perdidos*, *Esa muchacha de ojos verdes* y *Un corazón salvaje* son solo algunos de los éxitos que han convertido al invitado de hoy en una leyenda. El ha sido parte de la historia de la música country durante más de veinticinco años, y su más reciente álbum, *Perdido en Nashville*, no hace más que ascender en la lista de éxitos. Por favor, únanse a mí para darle una calurosa bienvenida a Deke Barrow.

Los aplausos volvieron a estallar cuando Deke apareció en el escenario. Deke, un hombre corpulento, con canas en las sienes que asomaban debajo de su sombrero Stetson de fieltro negro, sonrió al público antes de estrechar la mano a Angela. Ella se hizo a un lado para permitirle disfrutar del momento y saludar llevándose la mano al sombrero.

Con el aspecto de sentirse feliz, Angela comenzó a aplaudirlo tanto como lo hacía el público de pie. Cuando termine el programa, pensó, Deke saldrá de este escenario tambaleándose, y ni siquiera sabrá qué lo golpeó.

Angela esperó hasta la segunda mitad del programa para asestar su golpe. Como buena anfitriona, había lisonjeado a su invitado, escuchado atentamente sus anécdotas, reído con sus chistes. Deke se sentía halagado por tantos elogios, mientras Angela permitía que sus admiradores pudieran hacerle preguntas. Ella aguardaba, astuta como una cobra.

-Deke, quisiera saber si en tu gira pasarás por Danville, Kentucky. Nací allí -dijo una pelirroja que comenzaba a sonrojarse.

-Bueno, en este momento no puedo precisarlo. Pero estaremos en Louisville el 17 de junio. Avisa a tus amigos.

-Tu gira con *Perdido en Nashville* te tendrá en la carretera durante meses -comenzó Angela-. Será una época bastante dura, ¿verdad?

-Bueno, más dura de lo que solía ser -respondió y guiñó el ojo-. Ya no tengo veinte años. Pero debo reconocer que me encanta. Cantar en un estudio de grabación no puede compararse con lo que se siente frente al público.

-Y la gira ha sido todo un éxito hasta ahora. Entonces, ¿no es verdad el rumor de que tal vez tengas que interrumpirla debido a tus problemas con Hacienda?

La sonrisa se fue desdibujando del rostro de Deke.

-De ninguna manera. Continuaremos hasta terminarla.

-Me siento portavoz de todos los presentes cuando te digo que tienes todo nuestro apoyo en esta cuestión. Evasión tributaria. -Angela puso los ojos en blanco en señal de incredulidad-. Quieren hacerte aparecer como un Al Capone.

-Realmente no puedo hablar de ese tema. -Deke movió sus botas y tironeó su corbata-. Pero nadie lo llama evasión tributaria.

-Caramba -dijo ella y abrió más los ojos-. Lo lamento. ¿Cómo lo llaman?

El se movió con incomodidad en el sillón.

-Bueno, es un desacuerdo con respecto a impuestos anteriores.

-«Desacuerdo» es una palabra muy suave. Me doy cuenta de que no puedes hablar de esto mientras prosigue la investigación, pero creo que es una atrocidad. Un hombre como tú, que ha hecho felices a millones de personas a lo largo de dos generaciones, tener que enfrentarse a una posible ruina financiera porque sus libros no estaban en perfecto orden...

-No es tan malo como parece...

-Pero has tenido que poner en venta tu casa de Nashville. -Su voz trasuntaba comprensión, lo mismo que sus ojos-. Creo que el país que has celebrado con tu música debería mostrar más comprensión, más gratitud. ¿No opinas lo mismo?

Angela había oprimido el botón justo.

-Pues parece que los de Hacienda no tienen mucho que ver con el país al que le he cantado durante veinticinco años. -La boca de Deke se estrechó, sus ojos se endurecieron-. En lo único en que se fijan es el signo del dólar. No piensan en lo mucho que un hombre ha tenido que trabajar. En lo mucho que suda para convertirse en alguien. Solo lo van troceando hasta que casi todo lo que uno tiene es de ellos. Convierten a hombres honestos en mentirosos y estafadores.

-No estarás diciendo que falseaste tu declaración de impuestos, ¿verdad, Deke? -Y le sonrió con aire inocente mientras él se quedaba paralizado-. Volveremos en un momento -le dijo a la cámara y esperó a que la luz roja se apagara-. Estoy segura de que la mayoría de nosotros hemos sido esquilados por Hacienda, Deke. -Le dio la espalda y levantó las manos-. Todos lo apoyamos, ¿no es así, público?

Los presentes estallaron en aplausos y vivas, pero no lograron borrar la expresión de horrible incredulidad de Deke.

-No puedo hablar de ese tema -logró decir-. ¿Puedo tomar un poco de agua?

-Pasaremos a otro tema, no te preocupes. Tendremos tiempo para algunas preguntas más. -Angela se volvió hacia su público mientras un asistente corría en busca de un vaso de agua para Deke-. Estoy segura de que Deke nos agradecerá que evitemos toda mención adicional a este tema tan doloroso. Brindémosle muchos aplausos cuando termine la publicidad. También le daremos a Deke tiempo para recuperarse.

Después de este despliegue de apoyo y comprensión, miró otra vez a la cámara.

-De nuevo están en *El programa de Angela*. Tenemos tiempo para un par de preguntas más, pero a petición de Deke evitaremos toda mención adicional sobre su situación tributaria, ya que no tiene libertad para defenderse mientras su causa judicial esté pendiente de sentencia definitiva.

Y, desde luego, cuando cerró el programa unos minutos después, ese fue el tema que quedó grabado en la mente de los espectadores.

Angela se acercó a Deke.

-Un programa magnífico -dijo, y estrechó la mano floja de él en un fuerte apretón-. Muchísimas gracias por venir. Y le deseo el mejor de los éxitos.

-Gracias.

Aturdido, él comenzó a firmar autógrafos hasta que el asistente de producción lo condujo fuera del escenario.

-Conseguidme una cinta -ordenó Angela al caminar de vuelta a su camerino-. Quiero ver el último bloque.

Se acercó al espejo y sonrió a su propio reflejo.

Deanna detestaba tener que cubrir tragedias. Sabía que era su trabajo como periodista informar sobre las catástrofes y entrevistar a las personas heridas. Creía firmemente en el derecho del público a saber lo que estaba ocurriendo. Pero emocionalmente, cada vez que dirigía un micrófono al protagonista de una tragedia, se sentía como un *voyeur* de la peor calaña.

-El tranquilo suburbio de Wood Dale ha sido esta mañana escenario de una tragedia repentina y violenta. La policía sospecha que una disputa doméstica desembocó en la muerte a tiros de Lois Dossier, de treinta y dos años, una maestra de escuela primaria originaria de Chicago. Su marido, el doctor Charles Dossier, se encuentra detenido. Los dos hijos del matrimonio, de cinco y siete años, están al cuidado de sus abuelos maternos. Poco después de las ocho de la mañana, en este tranquilo hogar se oyeron disparos.

Deanna trató de serenarse mientras la cámara realizaba una panorámica de la vivienda de dos plantas. Prosiguió con su informe mientras miraba fijamente a la cámara, sin prestar atención al gentío que comenzaba a amontonarse, a los equipos de otros noticieros que cumplían su tarea, a la brisa primaveral con fuerte aroma a jacintos.

Su voz era firme y desapasionada, pero sus ojos trasuntaban mucha emoción.

-A las ocho y cuarto de la mañana, la policía respondió a una llamada que denunciaba disparos de armas de fuego, y Lois Dossier fue encontrada muerta en la escena del crimen. Según los vecinos, la señora Dossier era una madre abnegada y una mujer que participaba activamente en los proyectos de la comunidad. Era respetada y querida. Entre sus amigas más cercanas estaba su vecina Bess Pierson, quien llamó a la policía para denunciar lo ocurrido. -Deanna giró para mirar a la mujer de conjunto deportivo color púrpura que estaba a su lado-. Señora Pierson, que usted supiera, ¿existía alguna clase de situación violenta en el hogar de los Dossier antes de esta mañana?

-Jamás pensé que él pudiera hacerle daño y todavía me cuesta creerlo. -La cámara hizo un *zoom* hacia el rostro hinchado y surcado por las lágrimas de esa mujer pálida en estado de shock-. Era mi mejor amiga. Hace seis años que somos vecinas. Nuestros hijos juegan juntos.

La mujer comenzó a llorar. Mientras sentía desprecio por sí misma, Deanna aferró la mano de la mujer y prosiguió:

-Usted conocía a Lois y Charles Dossier, ¿está de acuerdo con la policía en que esta tragedia fue el resultado de una disputa familiar que fue subiendo de tono hasta descontrolarse?

-No sé qué pensar. Sé que tenían problemas conyugales. -Su mirada se perdió en el vacío-. Había peleas, gritos. Lois me dijo que quería que Chuck fuera con ella a ver a un psiquiatra, pero él se negaba. -Comenzó a sollozar y se cubrió los ojos con una mano-. El se negaba, y ahora ella está muerta. ¡Dios mío, si éramos como hermanas!

-Corten -dijo Deanna y pasó un brazo por los hombros de la señora Pierson-. Lo siento muchísimo. Usted no debería quedarse aquí.

-No hago más que pensar que es una pesadilla. No puede ser real.

-¿No hay ningún lugar al que pueda ir? ¿La casa de una amiga o un familiar? -Deanna escrutó el lugar, repleto de vecinos curiosos y de periodistas ávidos. A unos metros hacia la izquierda, otro equipo de televisión filmaba la escena-. Las cosas no estarán muy tranquilas por aquí durante un tiempo.

-Sí. -Después de un último sollozo, la señora Pierson se secó los ojos-. Esta noche pensábamos ir al cine -agregó, y se alejó corriendo.

-Dios santo -dijo Deanna al ver que otros periodistas perseguían a la mujer que huía.

-Tu corazón sangra demasiado -comentó su cámara.

-Cállate, Joe.

Trató de componerse, respiró hondo. Tal vez su corazón sangrara, pero no podía permitir que eso afectara su trabajo. Debía proporcionar un informe claro y conciso, y darle al televidente una imagen visual que causara impacto.

-Terminemos esto. Necesitamos que esté listo para las noticias del mediodía. Haz un *zoom* hacia la ventana del dormitorio y vuelve a mí. Asegúrate de encuadrar también los jacintos, los narcisos y el cochecito rojo del chiquillo. ¿Entendido?

Joe estudió la escena, la gorra con visera ladeada sobre su cabeza para evitar el sol en los ojos. Ya se imaginaba la grabación cortada, compaginada y editada. Entrecerró los párpados y asintió.

-Estoy listo.

-Vamos allá. Tres, dos, uno. -Deanna aguardó un instante mientras la cámara hacía un *zoom* de aproximación y luego una panorámica vertical-. La muerte violenta de Lois Dossier ha conmocionado a este tranquilo barrio. Mientras sus amistades y su familia se preguntan el motivo de esta tragedia, el doctor Charles Dossier se encuentra detenido. Deanna Reynolds desde Wood Dale, para la CBC.

-Buen trabajo -dijo Joe, y apagó la cámara.

-Sí, eso espero.

Caminó hacia la furgoneta, y se llevó dos antiácidos a la boca.

La CBC utilizó la grabación de nuevo en el bloque local de las noticias de la tarde, con un agregado tomado en la comisaría donde Dossier se encontraba detenido, acusado de homicidio en segundo grado. Acurrucada en un sillón de su apartamento, Deanna observó con objetividad la emisión, en la que el presentador hacía una suave transición a la noticia de un incendio en un edificio de apartamentos del South Side.

-Buen trabajo, Dee.

Arrellanada en el sillón también estaba Fran Myers.

Llevaba su cabello pelirrojo y crespo peinado con raya a un lado. Tenía una cara angulosa de expresión inteligente, acentuada por los ojos castaños. Su acento era típico de New Jersey. A diferencia de Deanna, ella no había crecido en un hogar de un barrio suburbano lleno de árboles sino en un ruidoso apartamento de Atlantic City, New Jersey, con una madre divorciada dos veces y una creciente colección de hermanastros y hermanastras. Bebió su ginger ale y luego señaló la pantalla con el vaso. El movimiento fue tan perezoso como un bostezo.

-Siempre sales bien por televisión. A mí, en cambio, el vídeo me hace parecer un gnomio gordinflón.

-Intenté entrevistar a la madre de la víctima. -Con las manos metidas en los bolsillos de sus tejanos, Deanna se puso de pie y comenzó a caminar por la habitación-. No contestaba el teléfono, así que yo, como buena periodista, conseguí su dirección. Tampoco abrían la puerta. Las cortinas estaban echadas. Me quedé fuera una hora con un grupo de periodistas. Me sentí un monstruo truculento.

-A esta altura deberías saber que los términos «monstruo» y «periodista» son intercambiables. -Pero Deanna no rió. Fran reconoció la existencia de culpa debajo de esos movimientos incesantes. Después de dejar su vaso sobre la mesa, señaló una silla-. Muy bien. Siéntate y escucha los consejos de la tía Fran.

-¿No puedo escucharlos de pie?

-No. -Fran cogió la mano de Deanna y tiró hasta hacerla sentar en el sofá. Pese a los contrastes de ambas en cuanto a antecedentes y estilos, eran amigas desde los últimos años de la universidad. Fran había visto a Deanna librar esa batalla entre el intelecto y los sentimientos decenas de veces-. Muy bien. Pregunta número uno: ¿por qué fuiste a Yale?

-Porque conseguí una beca.

-No alardees tanto de tu inteligencia, señorita Einstein. ¿Para qué fuimos tú y yo a la universidad?

-Tú lo hiciste para conocer hombres.

Fran entrecerró los ojos.

-Eso fue solo un beneficio adicional. Basta de rodeos y contesta mi pregunta.

Derrotada, Deanna suspiró.

-Fuimos a estudiar, convertirnos en periodistas y poder así obtener trabajos importantes y muy bien retribuidos en la televisión.

-Correcto. ¿Y tuvimos éxito?

-Más o menos. Tenemos nuestros diplomas. Yo soy periodista de la CBC, y tú eres productora asociada de *Temas de mujeres* por cable.

-Excelentes puntos de partida, por cierto. Ahora bien, ¿has olvidado acaso el famoso «plan quinquenal» de Deanna Reynolds? Si es así, estoy segura de que en ese escritorio tienes una copia mecanografiada.

Deanna miró hacia su orgullo y alegría, la única pieza de mobiliario que había comprado desde que se mudó a Chicago. Eligió ese precioso escritorio Reina Ana en una subasta. Y Fran tenía razón. En el cajón superior había una copia mecanografiada del plan que se había trazado para su carrera. Y en duplicado.

Desde la universidad, esos planes se habían modificado algo. Fran se había casado, instalado en Chicago e instado a su antigua compañera de cuarto a trasladarse a esa ciudad y probar suerte.

-Primer año -recordó Deanna-, un trabajo frente a las cámaras en Kansas City.

-Hecho.

-Segundo año, un puesto en la CBC, Chicago.

-Cumplido.

-Tercer año, un bloque pequeño para mí sola.

-Lo que actualmente se denomina *El rincón de Deanna* -dijo Fran y brindó por ese bloque con su ginger ale.

-Cuarto año, presentadora de la sección local del noticiero de la tarde.

-Algo que ya has hecho varias veces como suplente.

-Quinto año, enviar cintas de prueba y currículum vitae al sanctasanctórum: Nueva York.

-Donde jamás podrán resistir tu combinación de estilo, fotogenia y sinceridad.., a menos, desde luego, que quieras seguir en un segundo plano.

-Tienes razón, pero...

-Nada de peros. -Fran se mostraba implacable-. Tu trabajo es excelente, Dee. La gente habla contigo porque eres sensible. Para un periodista, eso es una ventaja, no un defecto.

-Pero no me deja dormir por las noches.

Inquieta y al sentirse de pronto cansada, Deanna se mesó el pelo. Se sentó sobre las piernas y se puso a estudiar el cuarto.

Allí estaban el desvencijado juego de comedor para el que todavía debía encontrar un sustituto conveniente, la alfombra deshilachada, el sólido sofá que había retapizado con una tela gris suave. Solo el escritorio se erguía allí en todo su esplendor, como testimonio de un triunfo parcial. Sin embargo, todo se encontraba en su lugar; las pocas chucherías que había logrado coleccionar estaban dispuestas en forma precisa.

Ese pulcro apartamento no era el hogar de sus sueños pero, como Fran acababa de señalar, sí era un excelente punto de partida. Y ella estaba decidida a catapultarse hacia el triunfo, tanto personal como profesionalmente.

-¿Recuerdas que en la universidad pensábamos lo excitante que sería correr tras las ambulancias, entrevistar a asesinos en serie, escribir notas incisivas que cautivaran la atención de los televidentes? Pues bien, lo es. Deanna suspiró y volvió a ponerse de pie-. Pero es algo que se paga caro. Angela me ha dado a entender que yo podría tener el puesto de jefe del equipo de periodistas de investigación de su programa con un aumento significativo de sueldo y que mi nombre saliera destacado en el listado de colaboradores.

Para no ejercer influencia sobre su amiga, Fran mantuvo su voz neutral.

-¿Y lo estás pensando?

-Cada vez que lo hago, recuerdo que tendría que renunciar a aparecer en antena. -Sonrió y sacudió la cabeza-. Dios, cómo extrañaría esa lucecita roja. ¿Ves?, ese es el problema. -Se dejó caer en un brazo del sofá. Sus ojos brillaban de nuevo-. No quiero ser jefa de investigación de Angela. Ni siquiera estoy segura de querer trabajar en Nueva York. Creo que lo que quiero es mi propio programa y que se transmita por ciento veinte canales. Quiero una tajada del veinte por ciento. Quiero aparecer en la portada de *TV Guide*.

Fran sonrió.

-Y bien, ¿quién te lo impide?

-Nadie. -Más confiada ahora que lo había dicho en voz alta, Deanna apoyó sus pies desnudos en el almohadón del sofá-. Tal vez eso ocurra en el año séptimo u octavo, todavía no lo sé. Pero lo quiero y puedo hacerlo. Pero.., significa tener que cubrir notas con sudor y lágrimas hasta que me lo haya ganado.

-La extensión del plan de carrera de Deanna Reynolds.

-Exactamente. -Le alegraba que Fran lo entendiera-. ¿No te parezco un poco chiflada?

-Cariño, creo que cualquiera con tu mente meticulosa, tu presencia ante las cámaras y tu fuerte ambición, conseguiría todo lo que desea. Pero recuerda que, cuando lo obtengas, no debes olvidar a la gente insignificante.

-¿Cómo decías que te llamabas?

Fran le arrojó un almohadón.

-Bueno, ahora que tienes la vida arreglada me gustaría anunciarte un agregado a la saga de Fran Myers: «Mi vida no es en absoluto lo que pensé que sería».

-¿Conseguiste un ascenso?

-No.

-¿Lo obtuvo Richard?

-No, aunque existe la perspectiva de que le ofrezcan el puesto de socio junior en Dowell, Dowell y Fritz. -Respiró hondo y su rostro se encendió como una rosa en flor-. Estoy embarazada.

-¿Qué? -Deanna parpadeó-. ¿Embarazada? ¿En serio? -Se echó a reír y se deslizó en el sofá para cogerle las manos a Fran-. ¿Un bebé? Qué maravilla. Es increíble. -Deanna la abrazó y al punto se echó hacia atrás y observó la cara de su amiga-. ¿No lo es?

-Ya lo creo. No lo esperábamos hasta dentro de uno o dos años, pero, diablos, solo son nueve meses, ¿no?

-Creo que sí. Estás feliz, te lo noto. Es que no puedo creerlo... -Calló, volvió a echar la cabeza hacia atrás-. Por Dios, Fran, llevas aquí casi una hora y solo ahora me lo dices. Y después hablas de esconder la cabeza.

Complacida, Fran se palmeó el vientre chato.

-Quería solventar los demás asuntos para que pudieras concentrarte en mí. En nosotros.

-De acuerdo. ¿Sientes náuseas por la mañana o algo por el estilo?

-¿Yo? -Fran hizo una mueca-. ¿Con mi estómago de hierro forjado?

-Correcto. ¿Qué dijo Richard?

-¿Antes o después de subirse por las paredes?

Deanna se echó a reír de nuevo, y se puso de pie de un salto para dar unas volteretas. Un bebé, pensó. Tenía que planear una fiesta con regalos, comprar animalitos de peluche, abrir una cuenta de ahorro.

-Tenemos que celebrarlo.

-¿Qué hacíamos en la universidad cuando teníamos algo que celebrar?

-Comida china con vino blanco barato -respondió Deanna con una sonrisa-. Perfecto, con el agregado de leche pura.

Fran hizo una mueca y se encogió de hombros.

-Supongo que tendré que acostumbrarme a eso. Pero tengo que pedirte un favor.

-Dime cuál.

-Sigue trabajando en ese plan para tu carrera, Dee. Creo que me gustará que mi hijo tenga una estrella por madrina.

Cuando sonó el teléfono a las seis de la mañana, Deanna se vio arrancada con violencia del sueño y arrojada en una resaca. Mientras se apretaba la cabeza con una mano, tanteó con la otra en busca del auricular.

-Reynolds.

-Deanna, querida, lamento despertarte.

-¿Angela?

-¿Quién más tendría la insolencia de llamarte a esta hora? -La risa de Angela brotó mientras Deanna trataba de enfocar su vista en el reloj-. Tengo que pedirte un gran favor. Hoy grabamos, y Lew está en cama afectado por un virus.

-Lo lamento.

Con valentía, Deanna carraspeó y logró incorporarse en la cama.

-Esas cosas pasan. Ocurre que hoy trataremos un tema muy delicado, y he pensado que tú eras la persona perfecta para manejar a los invitados fuera del escenario. Como sabes, esa es tarea de Lew, así que estoy en un brete.

-¿Qué me dices de Simon o Maureen?

Tal vez su mente estuviera un poco nublada, pero Deanna recordaba bien la cadena de mandos.

-Ninguno de los dos es adecuado para esto. Simon hace excelentes entrevistas previas por teléfono, y Dios sabe que Maureen es una joya para todo lo que tiene que ver con transportes y alojamiento. Pero estos invitados requieren un toque muy especial. El tuyo.

-Me encantaría ayudarte, Angela, pero debo estar en el estudio a las nueve.

-Yo lo arreglare con tu productor, querida. Me debe un favor. Simon puede ocuparse de la segunda grabación, pero te estaría muy agradecida si me ayudaras a solucionar este problema.

-Por supuesto. -Deanna se resignó a desayunar un café rápido con un bote de aspirinas-. Siempre y cuando no haya problemas.

-No te preocupes por eso. Todavía tengo influencias en el departamento de noticias. Te necesito aquí a las ocho en punto. Gracias, querida.

-Está bien, pero...

Todavía un poco aturdida, se quedó mirando el teléfono. Se dio cuenta de que hubo un par de detalles que ni siquiera se mencionaron. Por ejemplo, ¿que demonios era el tema de esa mañana y quienes eran los invitados que requerían un cuidado tan especial?

Deanna entró en el camerino con una sonrisa intranquila en el rostro y una taza de café en la mano. Ahora conocía el tema, y paseó la vista con cautela por los invitados, como un soldado veterano que reconoce un campo minado.

Triángulos conyugales. Deanna respiró hondo. Una pareja y la tercera en discordia que casi había destruido su matrimonio. Un campo minado habría sido más seguro.

-Buenos días. -El camerino permanecía sumido en un silencio ominoso, salvo por el murmullo de las noticias de la mañana por el televisor-. Soy Deanna Reynolds. Bienvenidos a *El programa de Angela*. ¿Puedo ofrecerles café recién hecho?

-Gracias. -El hombre sentado en un rincón movió el maletín abierto que tenía sobre las rodillas y luego extendió su taza. Le dedicó a Deanna un rápida sonrisa que se vio aumentada por el brillo divertido de sus ojos castaños-. Soy el doctor Pike. Marshall Pike. -Bajó la voz mientras Deanna le llenaba la taza-. No se preocupe, están desarmados.

Deanna le sostuvo la mirada.

-Bueno, pero tienen dientes y uñas -murmuró.

Ella sabía quien era él: el asesor del programa, un psicólogo que intentaría controlar esa caja de Pandora antes de que finalizara el interminable rollo de los créditos. Deanna calculó que tendría treinta y tantos años. Confiado, distendido, atractivo. Conservador, a juzgar por su pelo rubio cuidadosamente recortado y su impecable traje a medida. Sus zapatos brillaban como un espejo, tenía las uñas manicuradas y su sonrisa era fácil.

-Yo vigilaré su flanco -dijo él-, si usted vigila el mío.

Ella le devolvió la sonrisa.

-Trato hecho. ¿Señor y señora Forrester? -preguntó Deanna mientras la pareja la miraba. La expresión de la mujer era de profundo resentimiento: él parecía un hombre desdichado y confundido-. Ustedes estarán en el primer bloque..., con la señorita Draper.

Lori Draper, el último elemento del triángulo, se veía muy nerviosa y exaltada.

-¿Mi atuendo es apropiado para la televisión? -preguntó.

Viendo la mueca burlona de la señora Forrester, Deanna le aseguró que sí lo era.

-Se que en la entrevista previa ya les explicaron los detalles. Los Forrester y la señorita Draper saldrán en el primer...

-Yo no quiero estar sentada junto a ella -masculló la señora Forrester.

-Eso no será problema...

-Y tampoco quiero que Jim se siente al lado de ella.

Lori Draper puso los ojos en blanco.

-Por favor, Shelly, terminamos lo nuestro hace meses. ¿Qué te pasa? ¿Crees que me abalanzare sobre él ante las cámaras?

-No me extrañaría -dijo Shelly y apartó la mano cuando su marido intentó acariciársela-. No nos sentaremos junto a ella -le dijo a Deanna-. Y Jim tampoco le dirigirá la palabra. Nunca.

Esa afirmación fue como acercar una cerilla a las brasas que ardían en el triángulo número dos. Antes de que Deanna pudiera abrir la boca, todos comenzaron a hablar al mismo tiempo. Una andanada de acusaciones y reproches atravesó el camerino. Deanna miró a Marshall Pike, quien le sonrió y se encogió de hombros.

-De acuerdo -dijo Deanna con voz aguda para ser oída en medio del alboroto-. Estoy segura de que todos tienen puntos de vista válidos y bastante que decir. ¿Por qué no lo reservamos para el programa? Todos aceptaron venir aquí esta mañana para ofrecer su versión de los hechos y buscar alguna posible solución. Estoy segura de que arreglaremos la disposición de los asientos para complacer a cada uno.

Hizo un rápido repaso del resto de las instrucciones y se ocupó de controlar a los invitados de la misma manera en que una maestra lo hace con los chiquillos díscolos de cinco años: con tono jovial y mano firme.

-Bien. Señora Forrester, Shelly, Jim, Lori, por favor vengan conmigo. Los instalaremos y les colocaremos los micrófonos.

Diez minutos después, Deanna regresó al camerino, agradecida de que no hubiera habido derramamiento de sangre. Mientras los integrantes del triángulo restante permanecían inmóviles en sus asientos, la vista fija en el monitor de televisión, Marshall se encontraba de pie y examinaba con atención una fuente de pastas.

-Bien hecho, señorita Reynolds.

-Gracias, doctor Pike.

-Marshall -la corrigió él, mientras elegía un pastelillo con canela-. Es una situación difícil. Aunque el triángulo fue técnicamente roto cuando la aventura terminó, tanto emocional como moral e incluso intelectualmente, permanece vigente.

Tiene razón, pensó Deanna. Si alguien que ella amaba le era infiel, sería él el que resultaría roto..., en todos sentidos.

-Supongo que usted suele enfrentarse a situaciones similares en su práctica profesional.

-A menudo. Decidí dedicarme a este campo después de mi propio divorcio. -Su sonrisa fue dulce y un poco tímida. Por razones obvias. -Miró las manos de Deanna y notó que usaba un único anillo, un granate en un engarce antiguo de oro en la mano derecha-. ¿Usted no tiene necesidad de recurrir a una especialidad como la mía?

-No por el momento.

Marshall Pike le resultaba muy atractivo: la sonrisa encantadora, el cuerpo alto y enjuto que hacía que ella, que con tacones medía uno setenta y ocho, tuviera que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo a los ojos. Pero, en ese momento, necesitaba enfocar su atención en el grupo que se encontraba detrás de él.

-El programa comenzará inmediatamente después de este anuncio -dijo Deanna y señaló el plató-. Marshall, usted no entrará hasta los últimos veinte minutos, pero convendría que viera el programa para darnos un asesoramiento concreto.

-Por supuesto. -Disfrutaba al mirarla. Casi alcanzaba a oír su energía-. No se preocupe. Yo he estado tres veces en este programa.

-Ah, un veterano. ¿Puedo ofrecerle algo?

Los ojos de él enfocaron el trío que tenía a sus espaldas y luego de nuevo los de Deanna.

-¿Tal vez un uniforme de combate?

Ella rió por lo bajo y le dio un apretón en el brazo. Decidió que todo saldría bien.

-Veré lo que puedo hacer.

El programa resultó muy emotivo, y aunque volaron fuertes acusaciones, nadie salió herido de gravedad. Fuera de antena, Deanna admiró la forma en que Angela mantenía con suavidad las riendas: permitía que sus invitados tomaran su camino, y los hacía retroceder y los tranquilizaba cuando sus temperamentos comenzaban a entrar en ebullición.

Lo mismo hizo con el público. Con un instinto infalible, le cedía el micrófono a la persona adecuada en el momento adecuado, y a continuación pasaba con suavidad a una pregunta o un comentario propio.

En cuanto al doctor Pike, en opinión de Deanna no se podía haber elegido un mediador más hábil. Exudaba la perfecta combinación de intelecto y sensibilidad, a lo cual se sumaba el asesoramiento preciso tan necesario para ese medio.

Cuando el programa finalizó, los Forrester estaban cogidos de la mano. La otra pareja había cesado de recriminarse entre sí, y las otras dos mujeres conversaban como viejas amigas.

Angela había vuelto a triunfar.

-¿Has decidido volver a nuestro lado, Deanna? -preguntó Roger mientras la tomaba del brazo.

-Sé que no podéis estar sin mí.

Deanna avanzó por la ruidosa sala de redacción hacia su escritorio. Había ruido de teléfonos que sonaban y tableteo de teclados. Sobre una pared, los monitores exhibían los programas de ese momento de la CBC y de las otras tres cadenas. Por el aroma reinante, alguien había volcado hacía poco su café.

-¿En qué estáis trabajando? -le preguntó a Roger.

-En el incendio de anoche en el South Side.

Deanna asintió y se instaló detrás de su escritorio. A diferencia de los otros periodistas, ella mantenía el suyo meticulosamente arreglado. Los lápices de punta bien afilada asomaban en un vaso cerámico decorado con flores, junto al cual había un anotador.

-¿Premeditado?

-Esa es la opinión general. Tenemos grabada una entrevista con el jefe de bomberos, y otra en la escena del siniestro. Y, como soy un chico bueno, recogí tu correspondencia.

-Ya veo. Gracias.

-Esta mañana vi unos minutos del programa de Angela. ¿El hecho de hablar sobre adulterio tan temprano por la mañana no pone nerviosa a la gente?

-Les da tema de conversación para el almuerzo.

Deanna cogió un cortapapel de ébano y abrió el primer sobre.

-¿Y ventilarlo por la televisión en todo el país?

Ella levantó una ceja.

-Pues parece haber contribuido a mejorar la relación de los Forrester.

-A mí me pareció que la otra pareja enfilaba hacia un juzgado.

-A veces el divorcio es la respuesta adecuada.

-¿Eso piensas? ¿Si tu marido te fuera infiel, perdonarías y olvidarías o le pondrías un juicio de divorcio?

-Bueno, primero lo escucharía, hablaríamos, trataría de descubrir el motivo de lo que ocurrió. Y después le llenaría el cuerpo de balas a ese cerdo asqueroso y adúltero. -Le sonrió-. Bueno, pero eso es lo que haría yo. Y, ya ves, nos ha dado tema de conversación. -Miró la hoja de papel que tenía en la mano-. Eh, mira esto.

Inclinó la hoja para que los dos pudieran verla. En el centro del papel, escrita con tinta roja, había una única frase: «Deanna, te amo».

-El viejo admirador secreto, hmmm -dijo Roger con tono ligero, pero había preocupación en sus ojos.

-Eso parece. -Dio vuelta al sobre-. Nada de remitente. Ni estampilla.

-Yo acabo de sacar la correspondencia de tu buzón. -Roger sacudió la cabeza-. Alguien debe de haber metido allí ese sobre.

-Bueno, supongo que es bastante tierno. -Se frotó los brazos que de pronto sintió fríos-. Y truculento.

-Podríamos preguntar si vieron a alguien rondar por tu buzón.

-No tiene importancia.

Deanna arrojó la nota y el sobre en la papelería y tomó la siguiente carta.

-Perdón.

-Oh, doctor Pike. -Deanna dejó la carta en el escritorio y le sonrió al hombre-. ¿Se ha extraviado camino a la salida?

-No. En realidad, me dijeron que la encontraría aquí.

-Doctor Marshall Pike, este es Roger Crowell.

-Sí, lo he reconocido -dijo Marshall y le tendió la mano-. Yo los veo a ustedes dos con frecuencia.

-Yo también vi parte de su actuación. -Roger seguía pensando en la carta, y se prometió recuperarla de la papelería-. Necesitamos una copia del programa con los perros, Dee.

-Ningún problema.

-Mucho gusto en conocerlo, doctor Pike.

-Lo mismo digo. -Marshall giró hacia Deanna cuando Roger se alejó-. Quería agradecerle por contribuir esta mañana a mantener la cordura general.

-Es una de las cosas que mejor hago.

-Estoy de acuerdo. Siempre he pensado que usted relata las noticias con gran sensibilidad y perspicacia. Es una combinación notable.

-Y también un cumplido notable. Gracias.

Pike paseó la vista por la sala de redacción. Dos periodistas discutían acaloradamente sobre béisbol, sonaban los teléfonos, y un hombre empujaba un carro repleto de carpetas por el espacio angosto entre las mesas.

-Qué lugar tan interesante.

-Lo es. Con mucho gusto lo acompañaría en un recorrido, pero todavía tengo que escribir una nota para el noticiario del mediodía.

-Entonces me conformaré con la promesa de otra ocasión. -Volvió a mirarla, con su sonrisa fácil y dulce-. Deanna, tenía la esperanza de que, después de haber estado juntos en las trincheras, aceptaría cenar conmigo.

-¿Cenar? -Lo estudió con más atención, como hace toda mujer cuando un hombre deja de ser simplemente un hombre y se convierte en una posible relación. Sería tonto simular que no le interesaba-. Sí, supongo que aceptaría.

-¿Esta noche? ¿Digamos, a las siete y media?

Ella vaciló. Rara vez era impulsiva. Pensó que él era médico, tenía buenos modales y era agradable. Y, lo más importante, había exhibido inteligencia y corazón en una situación de gran tensión.

-De acuerdo.

Tomó una hoja de su bloc y escribió su dirección.

En las *Noticias del mediodía* presentaremos la historia de una mujer que abrió su casa y su corazón a los chicos desamparados de Chicago. Además, un informe actualizado del deponer con Less Ryder, y el pronóstico meteorológico para el fin de semana con Dan Block. Lo esperamos al mediodía.

En cuanto se apagó la luz roja de la cámara, Deanna se quitó el micrófono y se levantó de la mesa de noticias. Todavía tenía que terminar un guión, hacer una entrevista telefónica, y necesitaba revisar sus notas para *El rincón de Deanna*. En las dos semanas durante las cuales sustituyó a Lew, había dedicado más de cien horas al trabajo sin bajar el ritmo.

Pasó por las puertas del estudio, y estaba mitad de camino hacia la sala de redacción cuando Angela la detuvo.

-Querida, parece tener solo dos velocidades. Frenar y avanzar. -Angela le cerró el paso.

-En este momento es avanzar. Estoy hasta las cejas de trabajo.

-Jamás he visto que no hicieras todo lo que debías, y, además, en el plazo requerido. -Angela la tomó del brazo-. Y esto solo te tomará un minuto.

-Te doy dos, pero siempre que podamos hablar mientras camino.

-Está bien. -Angela echó a andar al ritmo de Deanna-. Tengo una comida de negocios dentro de una hora, así que yo también ando corta de tiempo. Necesito un pequeño favor.

-De acuerdo.

Con la mente ya en su trabajo, Deanna entró en la sala de redacción y se encaminó a su mesa. Sus papeles estaban apilados por orden de prioridad: las notas que debían ser transcritas y desarrolladas en un guión, la lista de preguntas para la entrevista telefónica, y las tarjetas para *El rincón de Deanna*. Encendió el ordenador e introdujo su contraseña mientras esperaba que Angela le dijera lo que deseaba.

Angela se tomó su tiempo. Hacía meses que no estaba en la sala de redacción, posiblemente más, puesto que sus oficinas y estudios se encontraban en ese lugar que los empleados de la CBC llamaban «la torre», una suena de lanza delgada y blanca que se proyectaba hacia el cielo; una manera no demasiado sutil de separar los programas nacionales de los locales.

-Mañana ofrezco una pequeña fiesta. Esta tarde debe llegar Finn Riley de regreso de Londres, y me pareció oportuno darle la bienvenida con una reunión.

-Ya.

Deanna comenzó a trabajar mentalmente esa idea.

-Ha estado ausente mucho tiempo, y después de ese feo asunto en Panamá antes de que regresara a su puesto de Londres, pensé que se merecía una recepción decente.

A Deanna no le parecía que una sangrienta guerra pudiera ser catalogada como un «feo asunto», pero de todas formas asintió.

-Como es algo que se me ocurrió en el último momento, necesito un poco de ayuda para organizarlo: los del *catering*, las flores, la música y, desde luego, la fiesta en sí misma. Quiero estar segura de que todo funcione perfectamente. Me gustaría que me regalaras un par de horas a última hora de hoy... y, por supuesto, de mañana.

Deanna luchó contra la sensación de ser usada.

-Me encantaría ayudarte, pero no tengo un minuto libre.

La sonrisa persuasiva de Angela no cambió, pero su mirada se volvió fría.

-No tienes nada concreto para el sábado.

-No, aunque estoy de guardia. Pero tengo planes. -Deanna le dio golpecitos a sus notas con un dedo-. Tengo una cita.

-Entiendo. Se rumorea que has estado viendo mucho al doctor Marshall Pike.

Los noticieros de la tarde se basaban en hechos e información contrastada, pero Deanna sabía que las salas de redacción y los estudios funcionaban a base de rumores y chismes.

-Fíjense salido algunas veces en el último par de semanas.

-Mira, no quisiera inmiscuirme, y espero que no lo tomes a mal, Dee, pero ¿realmente crees que es tu tipo de hombre?

-En realidad no tengo uno. Me refiero a un tipo de hombre.

-Por supuesto que lo tienes. Joven, buen cuerpo, del tipo atlético. Necesitas alguien que pueda mantener el ritmo terrible que te has impuesto. Y también un buen intelecto, desde luego, pero no demasiado cerebral.

Deanna no tenía tiempo para esas tonterías. Cogió uno de sus afilados lápices y lo hizo girar entre los dedos.

-Eso me hace quedar como bastante superficial.

-En absoluto. Querida, yo solo quiero lo mejor para ti. Detestaría ver que un interés pasajero interfiere con la importancia de tu carrera. En cuanto a Marshall... es un poco blando, ¿no crees?

Un destello de furia brilló en los ojos de Deanna.

-No sé qué quieres decir. Disfruto de su compañía.

-Me lo imagino -dijo Angela y palmeó el hombro de Deanna-. ¿A qué joven no le ocurriría lo mismo? Un hombre de más edad, experimentado, culto. Pero permitir que interfiera en tu trabajo...

-No interfiere en nada. Hemos salido algunas veces en las últimas semanas, y eso es todo. Lo siento, Angela, pero tengo que volver a mi trabajo.

-Lo lamento -dijo ella con frialdad-. Creí que éramos amigas. No pensé que un pequeño consejo constructivo te ofendería.

-No me ha ofendido, pero en este momento tengo mucha prisa. Mira, si consigo un rato libre, más tarde, haré lo que pueda para ayudarte con esa fiesta.

Como si se hubiera oprimido un interruptor, la mirada fría se transformó en la más cálida de las sonrisas.

-Eres una joya. Te diré lo que haremos. Para demostrarme que no estás ofendida, trae a Marshall mañana por la noche.

-Angela...

-No aceptaré una negativa. Y si puedes llegar una hora o dos antes, te estaría muy agradecida. Nadie organiza las cosas como tú, Dee. Hablaremos de todo ello más tarde.

Cuando Angela se alejó, Deanna se echó hacia atrás en su silla. Tenía la sensación de que acababa de pasarle una apisonadora por encima.

Sacudió la cabeza, miró sus notas, los dedos apoyados en el teclado. Frunció el entrecejo. Angela se equivoca, pensó. Marshall no interfería en su trabajo. El hecho de estar interesado en alguien no necesariamente entraba en conflicto con la profesión.

Disfrutaba saliendo con él. Le gustaba su manera de pensar, su forma de ver los dos lados de una situación. Y la forma en que se reía cuando ella se empecinaba en una opinión.

Apreciaba el hecho de que él permitiera que el aspecto físico de la relación de ambos fuera madurando con lentitud, al ritmo de ella. Aunque Deanna tenía que reconocer que cada vez le resultaba más tentador acelerar las cosas. Hacía mucho que no se sentía suficientemente segura, suficientemente fuerte con un hombre como para pensar en intimar con él. Cuando eso ocurra, pensó, tendré que contárselo todo.

Apartó los recuerdos, antes de que le clavaran las uñas en el corazón. Sabía por experiencia que era mejor cruzar un puente cada vez y prepararse para el siguiente.

El primer puente consistía en analizar su relación con Marshall, si es que existía, y decidir adónde quería llegar.

Una mirada al reloj la hizo gemir.

Tendría que cruzar ese puente personal cuando tuviera tiempo disponible. Puso manos a la obra.

Los empleados de Angela llamaban «la ciudadela» a su suite de oficinas. Ella reinaba como un señor feudal desde su escritorio estilo provenzal francés, donde impartía órdenes y otorgaba recompensas y castigos en igual medida. Cualquiera que siguiera trabajando con ella al cabo del período de prueba de seis meses, era leal, diligente y mantenía sus quejas en privado.

Angela era exigente, impaciente con las excusas y quería ciertos lujos personales para sí. Después de todo, se lo había ganado.

Entró en la oficina, donde su secretaria ejecutiva se ocupaba de todos los detalles de la grabación del lunes. Había otras oficinas junto a ese pasillo tranquilo: las de los productores, los investigadores, los asistentes. Hacía mucho que Angela había dejado atrás el bullicio de las salas de redacción. Había usado el periodismo no solo como escalón, sino como catapulta para sus ambiciones. Había una sola cosa que deseaba, y la había deseado desde que tenía memoria: ser el centro de la atención.

En los noticieros, la noticia era la reina del cotarro. La persona que transmitía esas noticias destacaría, por cierto, si era suficientemente capaz. Angela lo había sido. Seis años en la olla a presión del periodismo televisivo le habían costado un marido, procurado otro y preparado el camino para *El programa de Angela*.

Prefería, e insistía en conseguirlo, el silencio sepulcral de los suelos alfombrados y las paredes con aislamiento acústico.

-Tiene algunos mensajes, señorita Perkins.

-Más tarde -dijo Angela y abrió la doble puerta que conducía a su despacho privado-. Te necesito aquí dentro, Cassie.

Se puso a pasear por la habitación. Aunque oyó la puerta que se cerraba detrás de su secretaria, siguió paseándose por la alfombra de Aubusson, frente al escritorio elegante y la antigua vitrina que contenía su colección de premios.

Se detuvo junto a las fotografías que adornaban una pared. Tomas de Angela con celebridades, en espectáculos a beneficio de instituciones de caridad y ceremonias de entrega de premios. Sus portadas en *TV Guide*, *Time* y *People*. Las observó mientras respiraba hondo.

-¿Sabe ella quién soy? -murmuró-. ¿Se da cuenta de con quién está tratando?

Sacudió la cabeza y dio media vuelta. Recordó que era un pequeño error que resultaba fácil corregir. Después de todo, le tenía afecto a la muchacha.

Cuando se fue calmando, rodeó el escritorio y se instaló en el sillón de cuero rosa hecho a medida que el gerente general de su sindicato, su ex marido, le había regalado cuando su programa alcanzó el índice de audiencia más elevado.

Cassie seguía de pie. Sabía que no debía acercarse siquiera a una de las sillas de caoba con almohadones bordados hasta que se la invitara a hacerlo.

-¿Te has puesto en contacto con los del *catering*?

-Sí, señorita Perkins. El menú está en su escritorio.

Angela lo miró y asintió con aire ausente.

-¿Y el florista?

-Nos confirmaron todo excepto los lirios de agua. Están intentando conseguirlos, pero pueden sustituirse por otros.

-Si hubiera querido sustitutos los habría pedido -saltó Angela y movió la mano-. No es culpa tuya, Cassie. Siéntate. -Angela cerró los ojos. Comenzaba a sentir uno de sus terribles dolores de cabeza. Se masajeó la frente con dos dedos. Recordó que su madre también solía padecer fuertes dolores de cabeza, que aliviaba con alcohol-. Tráeme un poco de agua, ¿quieres? Se me está preparando una jaqueca.

Cassie cruzó el despacho hacia el bar. Era una mujer serena, tanto en su aspecto físico como en su habla. Y suficientemente ambiciosa como para pasar por alto los defectos de Angela con tal de progresar. No dijo nada, tomó el botellón de cristal que todos los días se llenaba con agua mineral fresca y sirvió un vaso.

-Gracias -dijo Angela y tragó un Percodan con el agua, rogando que le hiciera electo. No podía darse el lujo de distraerse con nada durante el almuerzo-. ¿Tienes una lista de confirmaciones para asistir a la fiesta?

-Está en su escritorio.

-Muy bien. -Angela mantuvo los ojos cerrados-. Entrégale una copia de eso, y de todo lo demás, a Deanna. Ella se ocupará de los detalles.

-Sí, señora.

Consciente de sus obligaciones, Cassie se colocó detrás del sillón de Angela y le masajeó suavemente las sienes. Pasaron los minutos, y el reloj de carillón dio el cuarto de hora.

-¿Has comprobado el pronóstico meteorológico? -preguntó Angela.

-Se anuncia tiempo soleado y frío, con una mínima de siete grados.

-Entonces habrá que poner las estufas en la terraza. Quiero que haya un baile.

Cassie anotó las instrucciones. No hubo palabras de agradecimiento por su atención; tampoco hacían falta.

-La peinadora llegará a su casa a las dos de la tarde. Le llevarán el vestido, a más tardar, a las tres.

-Está bien. Dejemos de lado todo eso por un momento. Quiero que te pongas en contacto con Beeker. Necesito saberlo todo sobre el doctor Marshall Pike. Es un psicólogo que tiene una consulta privada aquí en Chicago. Quiero la información a medida que Beeker la vaya obteniendo, en lugar de esperar un informe completo.

Volvió a abrir los ojos. El dolor de cabeza seguía allí, pero la píldora que había tomado comenzaba a luchar contra él.

-Dile a Beeker que no es una emergencia, pero sí prioridad uno. ¿Entendido?

-Sí, señorita Perkins.

A las seis de esa tarde, Deanna ya trabajaba a todo gas. Mientras hacía malabarismos con tres llamadas telefónicas, logró terminar una nota para el noticiero de la tarde.

-Sí, entiendo su posición. Pero una entrevista, sobre todo si es televisada, contribuiría a mostrar cómo lo ve usted. -Deanna apretó los labios y suspiró-. Si piensa eso, desde luego. Creo que su vecina está más que dispuesta a contarme su versión de los hechos. -Sonrió cuando su interlocutora saltó con indignación-. Sí, nosotros preferiríamos tener las dos partes representadas. Gracias, señora Wilson. Estaré allí mañana, a las diez.

Vio a Marshall y lo saludó con la mano mientras respondía la siguiente llamada.

-Lo siento, señora Carter. Sí, como le dije, entiendo su posición. Es una pena lo de sus tulipanes. Una entrevista televisada contribuiría a mostrar su lado en la disputa. -Deanna sonrió cuando Marshall le pasó una mano por el pelo a modo de saludo-. Si usted está segura. La señora Wilson aceptó contarme en antena su versión. -Miró a Marshall y puso los ojos en blanco-. Sí, eso sería espléndido. Estaré allí a las diez. Adiós.

-¿Una historia al rojo vivo?

-Ánimos muy exaltados en un vecindario -explicó Deanna-. Después de todo, tendré que trabajar mañana un par de horas. Dos vecinas están librando una batalla por un parterre con tulipanes, una medida antigua e incorrecta y un cocker spaniel.

-Fascinante.

-Te daré más detalles durante la cena. -No puso ninguna objeción cuando él bajó la cabeza y la besó en los labios. Fue un beso amistoso, sin la urgencia de la intimidad-. Estás empapado -murmuró ella.

-Fuera está diluviando. Lo único que necesito es un restaurante caldeado y vino tinto.

-Todavía tengo una llamada más.

-Tómate tu tiempo. ¿Quieres algo?

-Me vendría bien un refresco frío. Tengo las cuerdas vocales en carne viva.

Deanna atendió la siguiente llamada.

-Señor Van Damme, lamento la interrupción. Parece haber una confusión con el pedido de vino de la señorita Perkins para mañana por la noche. Necesita tres cajones de Taittinger's, no dos. Sí, eso es. ¿Y el vino blanco? Deanna verificó su lista mientras el proveedor leía en voz alta la suya-. Sí, está bien. ¿Puedo tranquilizarla con respecto a la escultura en hielo? -Le envió a Marshall otra sonrisa cuando él volvió con una lata helada de SevenUp-. Eso es perfecto, señor Van Damme. ¿Ha recibido el cambio de tartaletas a *petit fours*? Fantástico. Creo que lo hemos revisado todo. Le veré mañana. Adiós.

Con un gran suspiro, colgó el auricular.

-Fin -le dijo a Marshall-. Eso espero.

-¿Ha sido un día largo?

-Largo y productivo. -Automáticamente, se puso a ordenar su mesa-. Aprecio mucho que hayas venido a buscarme, Marshall.

-Mi agenda no estaba tan nutrida como la tuya.

-Mmm. -Bebió un trago de la lata-. Estoy en deuda contigo, por cambiar los planes de mañana para darle gusto a Angela.

-Todo buen psicólogo debe ser flexible. Además, parece que la fiesta será memorable.

-Creo que sí. Angela no es mujer de quedarse a mitad de camino.

-Y tú admiras eso.

-Por supuesto. Dame cinco minutos para que me refresque un poco, y luego prometo dedicar toda mi energía a distenderme contigo durante la cena.

Cuando Deanna se puso de pie, él se desplazó apenas para que su cuerpo rozara el de ella. Fue un movimiento sutil, una sugerencia sutil.

-Pues para mí estás perfecta.

Ella sintió una oleada de excitación. Al mirarlo a los ojos, vio en ellos deseo, necesidad y paciencia, una combinación que hizo que su pulso se acelerara.

Sabía que solo debía decir «sí» y los dos olvidarían la cena. Por un momento, por un momento muy largo y sereno, ella deseó que pudiera ser así de simple.

-No tardare -dijo.

-Te esperaré.

Deanna supo que lo haría. Y que ella tendría que decidir pronto si deseaba seguir adelante con esa relación.

-¿Te están haciendo un lavado de cerebro, Dee?

Vio al cámara junto a la puerta, mordisqueando un chocolate.

-Qué comentario tan estúpido, Joe.

-Ya lo sé. -Sonrió. En su chaleco desflecado llevaba un distintivo que decía DISPONIBLE. Tenía agujeros en las rodillas de los tejanos. Los técnicos no tienen que preocuparse por su aspecto. Eso le gustaba a Joe-. Pero alguien tiene que decirlo. ¿Ya has arreglado esas dos entrevistas para mañana? ¿La guerra de los tulipanes?

-Sí. ¿Seguro que no te importa renunciar a tu mañana de domingo?

-No, si me pagan las horas extra.

-Bien, Delaney sigue en la mesa del noticiero, ¿no?

-Lo estoy esperando -dijo Joe y mordisqueó otro trozo de chocolate-. Esta noche tenemos una partida de póquer. Pienso vengarme por el turno doble de trabajo que me endilgó la semana pasada.

-Entonces hazme un favor. Dile que ya he arreglado todo con las dos mujeres para las diez de la mañana.

-Así lo haré.

-Gracias.

Deanna se alejó deprisa para retocarse peinado y maquillaje.

Se estaba pintando los labios en el tocador de señoras, cuando Joe abrió la puerta y entró.

-Por Dios, Joe, ¿estás loco?

-Vamos, Dee, prepárate. Tenemos un trabajo, y debemos movernos deprisa.

Tomó el bolso de Deanna del lavabo con una mano, y un brazo de ella con la otra.

-¿Qué ocurre, por el amor de Dios? ¿Ha estallado una guerra?

-Es algo casi tan caliente como eso. Tenemos que ir al aeropuerto O'Hare.

-¿A O'Hare? Maldita sea, Marshall me está esperando.

Joe le soltó el brazo. La única queja que tenía con respecto a Deanna era que su visión no era suficientemente estrecha: ella siempre veía la periferia cuando la cámara necesitaba un primer plano cerrado.

-Ve a decirle a tu amigo que tienes que trabajar de periodista. Delaney acaba de recibir la noticia de que llega un avión y está en problemas.

-Dios -dijo ella y echó a correr hacia la sala de redacción con Joe pisándole los talones. Cogió un bloc de notas de su escritorio-. Marshall, lo siento. Tengo que irme.

-Ya me he dado cuenta. ¿Quieres que te espere?

-No -dijo y cogió su chaqueta-. No sé cuánto tardaré. Te llamaré por teléfono. ¡Delaney! -gritó.

El obeso director de operaciones apuntó hacia ella su cigarro apagado.

-Vete de una vez, Reynolds. Nos mantendremos en contacto. Te estaremos filmando en directo. Conseguidme una buena nota.

-Lo siento -le dijo ella a Marshall-. ¿De dónde viene el avión? -preguntó a Joe mientras subían por la escalera a toda velocidad.

-De Londres. Nos irán dando el resto de la información por el camino. -Abrió la puerta y lo recibió un baldazo de agua torrencial. Su sudadera de los Chicago Bulls le quedó pegada al cuerpo. Por entre la tormenta gritó, mientras abría la puerta de la furgoneta: Es un 747. Más de doscientos pasajeros. Falló la turbina izquierda, y hubo algún problema con el radar. Tal vez fue un rayo o algo por el estilo. -Como para subrayar sus palabras, un relámpago cruzó el cielo oscuro.

Ya empapada, Deanna subió a la furgoneta.

-¿Cuál es la hora estimada de llegada del vuelo?

Por puro hábito, sintonizó la radio policial debajo del tablero.

-No lo sé. Esperemos llegar allí antes que ellos. -Detestaba perderse una toma de la catástrofe. Aceleró y la miró. El brillo de sus ojos prometía un viaje a toda velocidad-. La ironía es esta, Dee. Finn Riley está a bordo del avión. Y el muy cabronazo fue el que transmitió la noticia.

Estar sentado en la cabina delantera de ese accidentado 747 era como montar un potro con dispepsia. El avión corcoveaba, se sacudía y se estremecía como si tratara de deshacerse de sus pasajeros. Algunos de estos rezaban, otros lloraban y otros tenían las caras apretadas contra los cojines, demasiado débiles para hacer otra cosa que gemir.

A Finn Riley no se le ocurrió rezar. A su manera, era religioso. Podía, si sentía la necesidad, rezar el acto de contrición, tal como lo había hecho de niño durante aquellas sesiones sombrías en el confesionario. Pero ahora la expiación no encabezaba su lista de prioridades.

El tiempo se estaba acabando... para la batería de su ordenador portátil. Pronto tendría que cambiarlo por su grabadora. Finn prefería mil veces realizar un reportaje escrito a medida que las palabras fluían de su mente a sus dedos.

Miró por la ventanilla. El cielo negro explotaba una y otra vez con relámpagos. Como lanzas de los dioses... no, esa era una frase demasiado cursi y la tachó. Un campo de batalla; la naturaleza contra la tecnología. Los sonidos eran parecidos a los de una guerra. Las oraciones, el llanto, los gemidos, las ocasionales risas histéricas. Las había oído antes en las trincheras. Y el eco del bramido de los truenos que sacudía el avión como si fuera un juguete.

Utilizó los últimos momentos de la batería que se agotaba para desarrollar ese punto de vista.

Cuando terminó, colocó el disquete y el ordenador en su estuche de metal. Tenía que confiar en lo mejor, pensó mientras sacaba su minigrabadora del maletín. Con frecuencia había presenciado los despojos de una catástrofe aérea y sabía que lo que sobrevivía era por pura suerte.

-Hoy es 5 de mayo, y son las 19.02, hora central -recitó al micrófono-. Estamos a bordo del vuelo 1129 que se acerca a O'Hare, aunque es imposible ver ninguna luz a través de la tormenta. Un rayo cayó sobre la turbina de estribor hace unos veinte minutos. Y por lo que he podido sonsacarle a la azafata de primera clase, hay también algún problema con el radar, posiblemente a causa de la tormenta. A bordo viajan doscientos cincuenta y dos pasajeros y doce tripulantes.

-Usted está loco. -El hombre sentado junto a Finn levantó por fin la cabeza de entre las rodillas. Su cara, bajo una pátina de sudor, estaba verdosa. Su elegante acento británico se veía bastante empañado por una combinación de whisky y terror-. Podríamos estar muertos dentro de unos minutos y a usted no se le ocurre nada mejor que hablarle a un maldito aparato.

-También es posible que dentro de unos minutos estemos vivos. En cualquier caso, es noticia. -Finn extrajo un pañuelo del bolsillo de sus tejanos-. Tenga.

-Gracias. -El inglés se secó la cara. Cuando el avión volvió a estremecerse, apoyó la cabeza contra el respaldo del asiento y cerró los ojos-. En lugar de sangre, por sus venas debe de correr agua helada.

Finn se limitó a sonreír. Su sangre no era helada: era caliente, casi hirviendo, pero no tenía sentido tratar de explicárselo a un lego. No era que no tuviera miedo, o que fuera particularmente fatalista. Pero sí poseía esa visión especial que solo tienen los periodistas. Tenía su grabadora, su bloc, su ordenador. Eran escudos que daban cierta ilusión de indestructibilidad.

¿Por qué, si no, un cámara seguía filmando cuando alrededor de él volaban los proyectiles? ¿Por qué un periodista ponía un micrófono delante de la cara a un psicópata, o corría hacia un edificio donde se suponía había una bomba, en lugar de huir por piernas? Porque estaba cegado por los escudos del cuarto poder. O quizá, pensó Finn con una sonrisa, sencillamente porque estaban chiflados.

Se movió en su asiento y apuntó la grabadora al inglés.

-¿Quiere protagonizar mi última entrevista?

El hombre abrió de par en par sus ojos enrojecidos para encontrarse con un individuo solo unos años menor que él, de tez clara oscurecida por una barba incipiente un poco más oscura que la maraña de pelo rizado color bronce que rozaba el cuello de una cazadora de cuero. Sus facciones definidas y angulosas se veían suavizadas por una boca grande y sonriente que revelaba un diente torcido. La sonrisa producía hoyuelos que deberían suavizar el rostro, pero sin embargo le conferían más fuerza.

Pero fueron sus ojos los que llamaron la atención a aquel pasajero. En ese momento eran azul oscuro, nebuloso, como un lago moteado por la bruma, y estaban llenos de diversión y temeridad.

-¿Es su primer viaje a Estados Unidos?

-Por Dios, sí que está loco. -Pero parte de su miedo comenzaba a diluirse-. No. Hago este trayecto dos veces por año.

-¿Qué es lo primero que piensa hacer si aterrizamos sanos y salvos?

-Llamar a mi esposa. Tuvimos una pelea antes de mi partida. Por una tontería. -Volvió a secarse la cara-. Quiero hablar con mi esposa y mis hijos.

El avión perdió altitud. Se oyeron gritos y sollozos.

«Damas y caballeros -chirrió la megafonía-, por favor permanezcan en sus asientos, con los cinturones de seguridad ajustados. Dentro de un momento aterrizaremos. Por su propia seguridad, por favor pongan la cabeza entre las rodillas y cójanse fuertemente los tobillos. Apenas aterricemos, iniciaremos la evacuación de emergencia.»

O nos recogerán de la pista con palas, pensó Finn. La visión de la catástrofe del vuelo 103 de la Pan Am en Escocia cruzó por su mente. Recordaba demasiado bien aquello, lo que había visto y oído, lo que había sentido cuando transmitió ese informe.

Se preguntó quién se pondría frente a los restos metálicos retorcidos y humeantes y le contaría al mundo el destino del vuelo 1129.

-¿Cómo se llama su esposa? -preguntó Finn.

-Anna.

-¿Y sus hijos?

-Brad y Susan. Oh Dios, no quiero morir...

-Piense en Anna, Brad y Susan -le dijo Finn-. Métselos en la cabeza. Eso le ayudará.

Con serenidad, estudió la cruz céltica que llevaba debajo del suéter y se balanceaba en la cadenilla. También él tenía personas en quienes pensar. Cerró la mano alrededor de la cruz y la apretó.

-Son las 19.09, hora central. El piloto inicia el descenso.

-¿Puedes verlo, Joe? ¿Alcanzas a verlo?

-No veo absolutamente nada con esta maldita lluvia. -Entrecerró los ojos y levantó la cámara. La lluvia resbalaba por la visera de su gorra de béisbol y caía en cascada delante de su cara-. No puedo creer que todavía no hayan llegado otros equipos de televisión. Típico de Finn hacer el reportaje y avisarnos para que podamos tener la exclusiva.

-A estas alturas, creo que ya todos se habrán enterado. -Esforzándose por ver a través de la oscuridad, Deanna se apartó de la cara un mechón empapado. Con las luces de la pista, la lluvia parecía una andanada de balas de plata-. No estaremos solos mucho tiempo. Espero que estemos en lo cierto con respecto a que usarán esta pista.

-Estamos en lo cierto. Espera. ¿Has oído eso? No creo que hayan sido truenos.

-No, sonaba como... ¡allí! -saltó Deanna y señaló con un dedo hacia el cielo-. Mira. Ha de ser el avión.

Las luces de posición eran apenas visibles en medio de esa lluvia torrencial. Se oyó el rugido de una máquina, y a continuación la sirena de los vehículos de emergencia. A Deanna se le apretó el estómago.

-¿Benny? ¿Estás filmando? -Levantó la voz y quedó satisfecha al oír la voz de su productor por los auriculares-. En este momento está bajando. -Asintió en dirección a Joe-. Estamos listos. Emitiremos en directo -avisó a Joe, y permaneció en pie de espaldas a la pista de aterrizaje-. Tómame primero a mí, después sigue hasta tener el avión. Quédate con el avión. Ellos nos tienen a nosotros -murmuró, mientras oía el caos de la sala de control por los auriculares.

Esperó hasta escuchar la introducción del presentador.

-Acabamos de avistar las luces del vuelo 1129. Como pueden ver, la tormenta se ha vuelto muy violenta, y las ráfagas de lluvia barren las pistas de aterrizaje. Las autoridades del aeropuerto se han negado a comentar la naturaleza exacta del problema del vuelo 1129, pero los vehículos de emergencia ya están preparados.

-¿Qué alcanzas a ver, Deanna? -preguntó el presentador del noticiero desde su mesa en el plató.

-Las luces, y podemos oír el motor a medida que el avión desciende. -Giró al ver que Joe enfocaba la cámara hacia el cielo-. ¡Allí está! -La aeronave resultó visible al resplandor de un relámpago; parecía un misil de plata que se precipitaba a tierra-. A bordo del vuelo 1119 hay 164 personas, entre pasajeros y tripulantes -gritó por sobre el fragor de la tormenta, los motores y las sirenas-. También está Finn Riley, el corresponsal de la CBC que vuelve a Chicago desde su puesto en Londres. Por favor, Dios -murmuró, y después se quedó en silencio para permitir que las imágenes contaran la historia mientras el avión comenzaba a verse con claridad.

Fue como un parto. Se imaginó dentro del avión mientras el piloto luchaba para mantener el morro levantado y nivelado. El ruido debía de ser ensordecedor.

-Casi -susurró, mientras se olvidaba de la cámara, del micrófono y los telespectadores, y mantenía la vista fija en el avión.

Vio bajar el tren de aterrizaje, y después el logo rojo blanco y azul de la compañía aérea en el fuselaje. En sus oídos había solamente estática.

-No puedo oírte, Martin. Mantente listo.

Contuvo el aliento cuando las ruedas tocaron la pista, chirriaron y rebotaron. Siguió conteniéndolo cuando el avión se deslizó hacia un lado, se ladeó y avanzó por la pista seguido por las luces destellantes de los vehículos de emergencia.

-Está resbalando -dijo en voz alta-. Hay humo. Veo lo que parece humo debajo del ala izquierda. Oigo el chirrido de los frenos y que la velocidad va disminuyendo. Sí, ahora avanza más despacio, pero hay problemas para controlarlo.

Un ala bajó, rozó contra la pista y lanzó una lluvia de chispas. Deanna las vio chisporrotear y apagarse, y que el avión viraba bruscamente. Luego, con un golpe estremecedor, se detuvo y quedó en posición sesgada en la pista.

-Ha descendido. El vuelo 1119 está en tierra.

-Deanna, ¿puedes evaluar los daños?

-No desde aquí. Solo el humo en el ala izquierda, que corrobora nuestros informes extraoficiales de algún fallo en la turbina izquierda. Los equipos de emergencia están anegando el área con espuma. Las ambulancias están preparadas. Las escotillas se abren, Martin. Sale el tobogán para evacuación de emergencia. Sí, ya los veo. Los primeros pasajeros están siendo evacuados.

-Acércate -le ordenó el productor-. Cortamos de vuelta a Martin para darte tiempo de acercarte más.

-Nos acercaremos y les proporcionaremos más informaciones sobre el vuelo 1129, que acaba de aterrizar en O'Hare. Deanna Reynolds, de la CBC, Chicago.

-¡Ya no estás en el aire! -le gritó el productor-. Vamos, acércate.

-¡Dios, menudas tomas! -La excitación hizo que la voz de Joe subiera una octava-. Son para un premio Emmy.

Ella lo miró con furia, pero estaba demasiado acostumbrada al estilo del cámara como para hacer un comentario al respecto.

-Vamos, Joe. Tratemos de conseguir algunas entrevistas.

Corrieron hacia la pista mientras los pasajeros se deslizaban por el tobogán de emergencia para caer en brazos de operarios del servicio de salvamento. Cuando los dos llegaron al amontonamiento de vehículos y se prepararon para emitir, ya había media docena de personas evacuadas, sanas y salvas. Una mujer lloraba sentada en el suelo. Con la obstinación de un hombre de prensa, Joe comenzó a filmarla.

-Benny, estamos en la escena. ¿Nos recibes bien?

-Sí. Son muy buenas tomas. Volveréis a antena. Consígueme un pasajero. Consígueme...

-¡Riley! -gritó Joe-. ¡Eh, Finn Riley!

Deanna giró la cabeza a tiempo para ver a Finn deslizarse a tierra. Al oír que lo nombraban, también él giró la cabeza. Con los ojos entrecerrados contra la lluvia torrencial, consiguió distinguir la cámara. Y sonrió.

Aterrizó con facilidad, pese al maletín metálico que apretaba contra su pecho. La lluvia le goteaba del pelo, descendía por su cazadora de cuero y le empapaba las botas.

De un par de zancadas, cubrió el espacio que lo separaba del cámara.

-Eres un bastardo con mucha suerte -le dijo Joe con una sonrisa y le dio un puñetazo en el hombro.

-Me alegro de verte, Joe. Perdóname un minuto.

Y tomó a Deanna y le estampó un beso en la boca. Ella tuvo tiempo de sentir el calor que irradiaba su cuerpo, de registrar la electricidad que se transmitió de su boca a la suya, antes de que él la soltara.

-Espero que no te moleste -dijo Finn y le dedicó una sonrisa seductora-. Había pensado besar la tierra, pero tú me has parecido mejor opción. ¿Puedes prestarme esto por un minuto? -preguntó, y le quitó los auriculares antes de que ella tuviera tiempo de responder.

-Eh, tío.

-¿Quién es tu productor?

-Benny. Y yo...

-¿Benny? -repitió él mientras tomaba el micrófono-. Sí, soy yo. Así que recibiste mi llamada. -Rió por lo bajo-. El gusto es mío. Ya sabes que me encanta colaborar con el departamento de noticias. -Escuchó un

momento y asintió-. Ningún problema. Saldremos en antena en diez segundos -le dijo a Joe-. Por favor, cuídame esto -le pidió a Deanna y dejó el maletín a sus pies. Se apartó el pelo de la cara y miró la cámara.

-Soy Finn Riley, y les presento un reportaje en directo desde O'Hare. A las 18.32 de esta tarde, el vuelo 1129 procedente de Londres fue alcanzado por un rayo.

Deanna se preguntó por qué la lluvia que se deslizaba por su ropa no chisporroteaba mientras observaba a Finn presentar su informe. La noticia que en realidad era de ella. Solo dos minutos después de tocar tierra, el muy cabrón le había usurpado el lugar, robado su papel y convertido en su ayudante.

De modo que es un buen periodista, pensó Deanna con furia mientras lo observaba conducir a los telespectadores por la odisea del vuelo 1129. Bueno, no era ninguna sorpresa para ella. Había visto sus informes antes; sí, desde Londres, América Central y Oriente Medio. Hasta había hecho la presentación de algunas de esas notas.

Pero esa no era la cuestión. La cuestión era que le había sacado su papel. Bueno, pensó Deanna, lo pagará caro.

Recordó que las entrevistas eran su punto fuerte. Ese era su trabajo. Y eso haría. Brillantemente. Dio la espalda a Finn y fue en busca de algunos pasajeros.

Un momento después, sintió un golpecito en la espalda. Se giró, levantó una ceja y preguntó:

-¿Qué pasa? ¿Necesitas algo?

-Coñac y un buen fuego -respondió Finn y se secó la lluvia de la cara. Se sentía estimulado por el caos. Y por el simple hecho de seguir con vida-. Mientras tanto, se me ocurrió que podíamos redondear la nota con entrevistas a pasajeros, integrantes del equipo de emergencia, y también a miembros de la tripulación, si tenemos suerte. Creo que podremos conseguirlos para un informe especial antes de las noticias de la noche.

-Yo ya tengo un par de pasajeros dispuestos a hablar conmigo en antena.

-Bien. Llévate a Joe y hazlo, mientras yo trato de conseguir una entrevista con el piloto.

Ella lo retuvo del brazo antes de que él pudiera alejarse.

-Necesito mi micrófono.

-Sí, claro. -Se lo dio, y también los auriculares. Pensó que ella parecía un cachorrito mojado. Pero no un perro mestizo, sino uno de esos elegantes afganos que logran conservar la dignidad y el estilo incluso en las circunstancias más adversas. Su placer de estar vivo subió otro grado. Era una verdadera delicia ver cómo ella lo fulminaba con la mirada-. Te conozco, ¿verdad? ¿No estás en *Noticias de la mañana*?

-Eso fue hace meses. Ahora estoy en *Noticias del mediodía*.

-Felicidades. -La observó mejor, y el azul brumoso de sus ojos se volvió nítido y claro-. Diana... no, Deanna, ¿verdad?

-Tienes buena memoria. No creo que hayamos hablado antes.

-No, pero he visto tu trabajo. Bastante bueno. -Pero ya miraba más allá de ella-. En el vuelo venían algunos chicos. Si no consigues hablar con ellos, por lo menos tomémoslos con la cámara. Ya está aquí la competencia -dijo y señaló otros periodistas que caminaban entre los pasajeros-. Trabajemos deprisa.

-Conozco bien mi trabajo -admitió ella, pero él ya se alejaba.

-Bueno, parece que ese tipo no tiene problemas con su autoestima.

Joe, junto a ella, añadió:

-Tiene un ego del tamaño de la torre Sears. Y no es frágil. Pero lo cierto es que cuando uno hace algo con él, sabe que lo hará a la perfección. Además, no trata a su equipo como si fueran deficientes mentales.

-Es una pena que no trate a los otros periodistas con la misma cortesía -dijo Deanna y giró sobre los talones-. Vamos, consigamos esas tomas.

Eran más de las nueve de la noche cuando llegaron a la CBC, donde le brindaron a Finn el recibimiento que se le ofrece a un héroe. Alguien le entregó una botella de Jameson. Con un estremecimiento, Deanna enfiló hacia su mesa, encendió el ordenador y comenzó a redactar su informe.

Sabía que se emitiría a todo el país. Era una oportunidad que no pensaba desaprovechar.

Se desconectó auditivamente de los gritos, las risas y el bullicio y escribió con furia. Cada tanto, se fijaba en las anotaciones tomadas cuando viajaba en la parte posterior de la furgoneta.

-Aquí tienes.

Deanna levantó la vista y vio que una mano de palma ancha y dedos largos, con una cicatriz en la base del pulgar, colocaba un vaso sobre su mesa. En el vaso había dos centímetros de un líquido color ámbar.

-No bebo cuando estoy trabajando -dijo ella, con la esperanza de parecer indiferente pero no estirada.

-No creo que unos tragos de whisky menoscaben tu buen juicio. Además, te calentarían un poco el cuerpo. Supongo que no piensas manipular maquinaria pesada, ¿no? -Finn rodeó su silla y se sentó en el

borde del escritorio-. Tienes frío. Vamos, bébelo y sécate el pelo con esta toalla. Tenemos mucho trabajo por delante.

-Eso estoy haciendo -respondió ella pero cogió la toalla. Y, tras un momento de vacilación, bebió el whisky.

Aunque solo bebió un trago, comprendió que él tenía razón, que le proporcionaba una agradable sensación de calidez en el estómago.

-Tenemos treinta minutos para trabajar. Benny ya está editando la cinta. -Finn estiró el cuello para ver el monitor. Buen trabajo -comentó.

-Sería mejor todavía si me dejaras tranquila.

El estaba acostumbrado a la hostilidad, pero le gustaba averiguar de dónde procedía.

-¿Estás molesta porque te besé? No te ofendas, Deanna, pero no fue algo personal. Fue, más bien, mi instinto primario.

-No estoy molesta por eso -dijo con los dientes apretados y se puso a escribir de nuevo-. Estoy furiosa porque me robaste la noticia.

Finn se rodeó una rodilla con las manos, pensó en lo que ella acababa de decir y decidió que algo de razón tenía.

-Deja que te haga una pregunta. ¿Qué toma es mejor? ¿Tú de pie, mientras entrevistas gente, o yo al hacer un relato paso a paso de lo ocurrido en vuelo, minutos después de la evacuación?

Ella lo fulminó con la mirada.

-Muy bien, mientras lo piensas, imprimiremos mi artículo y veremos cómo se compara con el tuyo.

-¿Qué quieres decir con eso de tu artículo?

-Lo escribí en el avión. Y además conseguí una breve entrevista con mi compañero de asiento. -De nuevo en sus ojos apareció aquella expresión temeraria y divertida-. Creo que tendrá bastante interés humano.

Pese a su furia, ella casi se echó a reír.

-¿Escribiste un artículo mientras tu avión caía en picado?

-Estos ordenadores portátiles funcionan en cualquier parte. Tienes unos cinco minutos antes de que Benny venga y empiece a tirarse de los pelos.

Deanna se quedó mirándolo cuando él se alejó.

Ese tipo estaba completamente loco.

Un loco con un enorme talento, decidió treinta minutos más tarde. La cinta editada se completó y los cartones se terminaron menos de tres minutos antes de salir en antena. El texto de la nota, reelaborado y reescrito se introdujo en el *teleprompter*. Y Finn Riley, todavía con su suéter y vaqueros, estaba sentado detrás del escritorio del presentador, a punto de transmitir su informe a todo el país.

-Buenas noches. Este es un informe especial sobre el vuelo 1129.

Soy Finn Riley.

Deanna sabía que estaba leyendo, puesto que ella misma había escrito los primeros treinta segundos. Sin embargo, daba la impresión de que estuviera contando una historia. Conocía exactamente qué palabra enfatizar, cuándo hacer un silencio. Sabía exactamente cómo meterse dentro de la cámara y los hogares.

Sin embargo no era una actitud de familiaridad. No era como si se instalara para entablar una cómoda conversación. Transmitía noticias, llevaba el mensaje, y, al mismo tiempo, guardaba cierta distancia.

Deanna pensó que era una excelente interpretación, teniendo en cuenta que había volado en el avión que estaba describiendo.

Incluso cuando leyó sus propias palabras, las palabras que había escrito mientras se precipitaba por el cielo en un avión averiado con la turbina de estribor echando humo, se mantenía distante. Él era narrador del cuento, no el cuento mismo.

La admiración superó las reservas de Deanna.

Cuando empezaron a emitir lo filmado, miró el monitor y se vio. El pelo empapado, los ojos grandes, el rostro tan pálido como el agua que caía sobre ella. Su voz era firme, sí, tenía eso, pensó Deanna. Pero no tomaba distancia. El miedo y el terror estaban allí y se transmitían con tanta claridad como sus palabras.

Y cuando la cámara giró para enfocar el avión que resbalaba sobre la pista, ella oyó el murmullo de su propia oración.

Comprendió que se involucraba demasiado en las cosas, y suspiró.

Se sintió peor cuando vio a Finn en el monitor, al retomar el relato minutos después de escapar del avión siniestrado. Tenía el aspecto de un guerrero recién salido de la batalla; un guerrero veterano que podía analizar cada golpe y ataque en forma concisa y sin emoción.

Y tenía razón. Producía más impacto.

Durante la publicidad, Deanna se acercó a la cabina de control para observar. Benny sonreía como un niño aunque tenía la frente empapada de sudor. Era un hombre gordo, con el rostro permanentemente colorado, y tenía el hábito de tirarse mechones de su pelo castaño. Pero Deanna sabía que era un estupendo productor.

-Hemos jodido a los otros canales de la ciudad -le decía a Finn por los auriculares-. Ninguno de ellos tiene una cinta del aterrizaje ni de las etapas iniciales de la evacuación. -Le sopló un beso a Deanna-. Es un gran material. Estarás de nuevo en el aire dentro de diez minutos, Finn. Emitiremos las entrevistas con los pasajeros.

A lo largo de los siguientes tres minutos y medio, Benny siguió murmurando cosas para sí mientras se tiraba del pelo.

-Tal vez deberíamos haberle puesto una chaqueta -dijo en determinado momento-. Quizá tendríamos que haber conseguido una jodida chaqueta.

-No. -No tenía sentido mostrarse resentida. Deanna apoyó una mano en el hombro de Benny-. Está espléndido así.

«Y en esos últimos momentos en el: aire, algunos, como Harry Lyle, pensaron en su familia. Otros, como Marcia DeWitt y Kenneth Morgenstern, pensaron en sueños no realizados. Para ellos, y para los otros a bordo del vuelo 1129, la larga noche terminó a las 19.16, cuando el avión aterrizó en la pista 3. Finn Riley, para la CBC. Buenas noches.»

-¡Música! ¡Hemos terminado!

En la cabina de control estallaron vivas. Benny se reclinó en su silla giratoria y levantó los brazos con aire triunfal. Los teléfonos comenzaron a sonar.

-Benny, es Barlow James, en la línea 2..

Se hizo un silencio en el control y Benny miró el receptor como si fuera una serpiente. Barlow James, el presidente de la división de noticias, rara vez llamaba por teléfono.

Todas las miradas estaban fijas en Benny cuando tragó y cogió el auricular.

-¿Señor James? -Benny escuchó un momento; primero se puso pálido y después enrojeció-. Gracias, señor. -Abrió la boca de par en par y levantó el pulgar, y los vivas resonaron nuevamente-. Sí señor, Finn es uno en un millón. Nos alegramos mucho de tenerlo de vuelta. ¿Deanna Reynolds? -Hizo girar la silla y puso los ojos en blanco en dirección a Deanna-. Sí señor, estamos muy orgullosos de tenerla en nuestro equipo. Muchísimas gracias. Se lo diré.

Benny colgó, se puso de pie y comenzó a bailar un boogie que hizo que su voluminoso vientre se bamboleara.

-Le ha encantado -remarcó Benny-. Le ha encantado todo. Quieren la totalidad de los ocho minutos para las repetidoras. Tú le encantaste. -Benny tomó las manos de Deanna y la hizo girar-. Le gustó tu estilo fresco y sensible, y cito sus propias palabras. Y el hecho de que te vieras bonita a pesar de estar empapada por la lluvia.

Radiante, Deanna dio un paso atrás y tropezó con Finn.

-Dos excelentes cualidades en una periodista -reconoció él-. Buen trabajo, muchachos. -Soltó a Deanna para estrechar las manos a los del equipo de control-. Realmente estupendo.

-James me pidió que te diera la bienvenida, Finn -dijo Benny-. Y está impaciente por ganarte al tenis la semana que viene.

-Que ni lo sueñe. -Por el rabillo del ojo vio que Deanna bajaba por la escalera-. Gracias de nuevo.

La alcanzó en la sala de redacción, justo cuando se ponía el abrigo.

-Fue un buen trabajo -reconoció él.

-Sí, lo fue -dijo ella.

-Leer el texto de una nota no es una de mis prioridades, pero leer la tuya fue un placer.

-Parece que es una noche de cumplidos. -Se colgó el bolso del brazo-. Gracias, y bienvenido a Chicago.

-¿Quieres que te lleve?

-No, tengo mi coche.

-Yo no. -Le dedicó una sonrisa compradora-. Lo más probable es que sea imposible conseguir un taxi con este tiempo.

Deanna lo miró. Con tacones ella era más o menos de la misma estatura que él. Estudió a fondo esos inocentes ojos azules. Demasiado inocentes, pensó, sobre todo en combinación con esa sonrisa deslumbrante y esos hoyuelos. Pensó que parecer inocente era precisamente lo que él quería: Por lo tanto, lo parecía. Buen truco.

-Supongo que, como deferencia profesional, podría llevarte a tu casa.

El notó que todavía tenía el pelo mojado y que no se había retocado el maquillaje.

¿-Sigues enojada conmigo?

-No. La furia se ha convertido en un leve enfado.

-Podría invitarte a una hamburguesa, y así borrar ese enfado.

-Estas cosas suelen seguir su curso. Sea como fuere, tu vuelta ha sido suficientemente excitante. Tengo que hacer una llamada.

Finn comprendió que ella salía con alguien. Una pena. Realmente una pena.

-Entonces, solo acércame a casa. Te estaré muy agradecido.

Para algunos, organizar una fiesta era una cuestión sin importancia. La comida, las bebidas, la música y la buena compañía eran elementos que se ponían juntos y se dejaba que se mezclaran por su propia cuenta.

Para Deanna era como una campaña presidencial. Desde el momento en que Cassie le pasó la nota, apenas veinticuatro horas antes, no dejó ningún detalle sin atender, ninguna lista incompleta. Como un general que arenga a sus tropas, hablaba con el del catering, el florista, los camareros, las personas encargadas del servicio. Arreglaba, volvía a arreglar y aprobaba. Contaba la cristalería, analizaba los temas que tocaría la orquesta y personalmente probaba las porciones de pollo Van Damme con salsa de mantequilla de cacahuete.

-Increíble -murmuró, los ojos cerrados, los labios entreabiertos, mientras degustaba el sabor-. Realmente increíble.

Cuando abrió los ojos, ella y Van Damme se sonrieron.

-Gracias a Dios-dijo el y le ofreció una copa de vino mientras se encontraban de pie en el centro de la amplia cocina de Angela-. La señorita Perkins quería platos típicos de distintas partes del mundo. Requirió mucha investigación y preparación, en un lapso tan corto, conseguir sabores que se complementaran entre sí. La *ratatouille*, los hongos fritos a la Berlin, la *spanakopita*... -La lista continuaba.

Deanna no distinguía la *ratatouille* del atún, pero hizo gestos de aprobación.

-Un trabajo excelente, señor Van Damme -dijo Deanna, levantó la copa en su honor y bebió un sorbo-. La señorita Perkins y sus invitados se sentirán encantados. Ahora sé que puedo dejar todo esto en sus manos.

Eso esperaba. Había media docena de personas en la cocina, que hacían sonar ollas, arreglaban fuentes, discutían.

-Tenemos treinta minutos -dijo Deanna y echó una última mirada.

Cada una de las mesadas rosadas de Angela estaba llena de bandejas y ollas. En el aire flotaban aromas deliciosos. Los asistentes de Van Damme corrían de un lado al otro. Maravillada de que alguien pudiera funcionar bien en medio de semejante caos, Deanna se alejó.

Se encaminó hacia la parte anterior de la casa. El amplio salón era todo colores pastel y flores. Delicados lirios de agua emergían en floreros de cristal. Grupos de rosas flotaban en frágiles boles. El tema floral continuaba en las pequeñas violetas que puntuaban el empapelado de seda de las paredes y en el suave diseño de las alfombras orientales que recubrían el suelo.

La habitación, como toda la casa de dos plantas de Angela, era un canto a la decoración femenina, con colores tenues y almohadones mullidos.

Por un momento, Deanna imaginó que la casa era suya. Le pondría más color, pensó. Y menos adornos superfluos. Pero decididamente disfrutaría de los techos altos y las ventanas curvadas, y el cálido hogar con leños de manzano.

Pero le gustaría que hubiera obras de arte en las paredes. Grabados y esculturas sinuosas. Algunas antigüedades seleccionadas para mezclarlas con atrevidas piezas modernas.

Algún día., pensó, y desplazó un florero varios centímetros por la superficie de una mesa.

Satisfecha, hizo un recorrido final de la planta baja. Acababa de cruzar la sala hacia la escalera, cuando sonó el timbre de la puerta. Es demasiado temprano para los invitados, pensó y giró para abrir. Esperaba que no se tratara de una entrega de último momento.

Finn estaba de pie en el porche. Le sonrió y la miró de arriba abajo.

-Hola. ¿Estás cubriendo la reunión de esta noche?

-Sí, por así decirlo -dijo ella, y notó que él se había afeitado. Aunque no se molestó en ponerse corbata, su chaqueta gris y los pantalones hacían que ese aspecto informal pareciera elegante-. Llegas temprano.

-Por expresa solicitud -contestó él, entró y cerró la puerta-. Me gusta tu vestido de fiesta.

-En este momento subía a cambiarme. ¿Por qué no te sientas? Avisaré a Angela que estás aquí.

-¿Qué prisa tienes? -repuso él mientras la seguía al salón.

-Ninguna. ¿Quieres beber algo? El camarero está en la cocina, pero puedo prepararte algo sencillo.

-No te molestes.

Se sentó en el brazo del sofá y paseó la vista. Decidió que la sofisticada feminidad de ese ambiente no armonizaba con Deanna, y tampoco con él. Ella lo hacía pensar en Titania. Y, aunque no sabía bien por qué, Titania lo hacía pensar en una relación sexual casi salvaje sobre el suelo húmedo del bosque.

-Nada ha cambiado aquí en estos últimos seis meses. Siempre tengo la sensación de entrar en unos jardines de la realeza.

Deanna reprimió la tentación de echarse a reír y estar de acuerdo con Finn.

-A Angela le encantan las flores. Iré a buscarla.

-Déjala acicalarse -dijo él y tomó a Deanna de la mano antes de que pudiera alejarse-. Eso también le encanta ¿Nunca te sientas?

-Desde luego que sí.

-Quiero decir, cuando no estás conduciendo un coche o escribiendo en el ordenador.

Ella no trató de liberar la mano.

-De vez en cuando me siento para comer.

-Qué interesante; yo también. Alguna vez podríamos hacerlo juntos.

Deanna levantó una ceja y ladeó la cabeza.

-Señor Riley, ¿pretende ligar conmigo?

El suspiró, pero la risa permaneció en sus ojos.

-Y yo que creí estar siendo sutil. ¿No lo soy?

-No, no lo eres. Y no. -Ahora sí liberó su mano-. Es una invitación agradable, pero tengo una relación con otra persona. Y si no la tuviera, igual creo que no es prudente mezclar el deber con el placer.

-Eso me parece muy definitivo. ¿Siempre eres así de categórica?

-Sí. -Sonrió-. Siempre.

Angela se detuvo junto a la puerta y apretó los dientes para disimular su furia. La imagen de su protegida y su amante sonriéndose en su salón la sacó de quicio. Suspiró hondo y se obligó a sonreír.

-¡Finn, mi amor! -exclamó y corrió hacia él. En el momento en que él se ponía de pie, ella se arrojó en sus brazos y lo besó en la boca con posesividad-. ¡Cuánto te he echado de menos! -murmuró y deslizó los dedos por su pelo-. Muchísimo.

Finn pensó que Angela sí sabía cómo producir impacto. Lo sabía muy bien. En la presión de su cuerpo, en el calor de su boca estaba presente el ofrecimiento de una relación sexual, Y el cuerpo de él respondió, aunque su mente trató de batirse en retirada.

-Yo también me alegro de verte. -Se liberó de su abrazo y la apartó para observarla-. Estás espléndida.

-Tú también. ¿Qué ha sucedido, Deanna -dijo, pero sin apartar los ojos de Finn-, para que no me hayas avisado que mi invitado de honor estaba aquí?

-Lo siento. Iba a hacerlo.

-Pero primero me iba a preparar un trago.

Finn miró a Deanna por sobre el hombro de Angela. Sus ojos todavía tenían un brillo divertido.

-No sé qué haría sin ella -dijo Angela, giró, deslizó un brazo por la cintura de Finn y se acurrucó contra él-. Dependo de Deanna para todo. Ah, lo olvidaba... -Mientras reía, extendió un brazo en busca de Deanna, como invitándola a ingresar en su círculo encantado-. Con toda esta confusión, olvidé por completo lo de anoche. Quedé preocupadísima cuando me enteré de lo del avión. -Se estremeció, y oprimió la mano de Deanna-. Y olvidé comentaros el maravilloso trabajo que hicisteis. Es tan de Finn, emerger del centro de lo que casi fue una catástrofe y hacer un informe de lo ocurrido.

Deanna miró a Finn y después a Angela. Había una atmósfera sexual tan cargada que casi no podía respirar.

-Bueno, no lo sé. Estoy segura de que os gustaría estar a solas antes de que lleguen los invitados, y yo tengo que cambiarme.

-Por supuesto, te estamos entreteniendo. Deanna es una tigresa para los horarios -dijo Angela-. Ve, querida. -Su voz fue un ronroneo cuando soltó la mano de Deanna-. Yo me ocuparé de todo a partir de ahora.

-Me prepararé ese trago -dijo Finn y se apartó de Angela cuando los pasos de Deanna resonaron en la escalera.

-Estoy segura de que allí hay champán -le dijo Angela cuando él se encaminó al bar-. Quiero brindar por tu regreso con lo mejor.

Finn sacó una botella de la pequeña nevera empotrada detrás del bat Pensó en las distintas maneras de manejar la situación con Angela, mientras descorchaba la botella.

-Anoche te llamé por teléfono varias veces -dijo ella.

-Cuando llegué a casa, dejé que el contestador se ocupara de las llamadas. Estaba agotado.

La primera mentira, pero no la última, decidió con una mueca e hizo saltar el corcho.

-Entiendo. -Angela se acercó al bar y apoyó una mano en la suya-. Pero ahora estás aquí. Han sido seis meses muy largos.

El no dijo nada, le sirvió champán y abrió una botella de agua mineral para él.

-¿No bebes conmigo?

-Por ahora prefiero esto. -Tenía la sensación de que esa noche necesitaría tener la cabeza bien despejada-. Angela, te preocupaste demasiado con todo este trabajo. No era necesario.

-Nada es demasiado trabajo para ti.

Bebió el champán y lo observó por encima del borde de la copa.

Tal vez fuera una actitud cobarde, pero él mantuvo el mostrador del bar entre los dos, aunque su mirada fue directa, firme y fría.

-Angela, hemos pasado muy buenos momentos, pero eso pertenece al pasado.

-¡Yo diría que también al futuro.! -Tomó la mano de Finn, se la llevó a los labios y le chupó un dedo-. Lo pasamos tan bien juntos, Finn. Lo recuerdas, ¿verdad?

-Sí, lo recuerdo. -Y su sangre latió como respuesta. Se maldijo por tener una reacción tan estúpida como el perro de Pavlov-. Pero no funcionará.

Ella comenzó a morderle el dedo, y eso lo excitó.

-Te equivocas -murmuró ella-. Te lo demostraré... -el timbre de la puerta volvió a sonar, y ella sonrió más tarde.

Finn tuvo la sensación de estar prisionero entre rejas de terciopelo. La casa estaba abarrotada de gente: amigos, colaboradores, jerifaltes de las cadenas, asociados, todos para celebrar con júbilo su regreso. La comida era fabulosa y exótica; la música, suave y romántica. Finn quería huir.

No le importaba ser grosero y descortés, pero tenía miedo de que, si intentaba irse, Angela podía hacer una escena que se comentaría de costa a costa. Había demasiadas personas de la prensa para que un altercado de esa naturaleza pasara sin pena ni gloria. Y él prefería mil veces transmitir noticias que ser noticia. Por ese motivo, optó por aguantarse, incluso con la inevitable y engorrosa confrontación que se produciría al final de esa fiesta interminable.

Por lo menos el aire estaba fresco y agradable en la terraza. Era un hombre capaz de apreciar el olor de la primavera y de la hierba recién cortada, de la mezcla de los perfumes de las mujeres y de la comida con especias. Tal vez habría preferido estar solo para disfrutar de la noche; pero había aprendido a ser flexible cuando no tenía elección.

Y poseía el talento necesario para escuchar y mantener una conversación mientras su mente estaba en otra parte. En ese momento, la dejó concentrarse en su cabaña, donde se sentaría junto al fuego con un libro y un coñac. La fantasía de estar a solas le permitió mantener la tranquilidad durante largas discusiones sobre índices de audiencia y programaciones.

-Te aseguro, Riley, que si no mejoran los programas de los martes por la noche, nos enfrentaremos a otra reducción en la división noticias. Me pongo enfermo de solo pensarlo.

-Sé lo que quieres decir. Nadie ha olvidado lo de hace dos años. -Vio a Deanna-. Excúsame un minuto. -Se abrió camino entre el gentío que había en la terraza y la rodeó con los brazos. Cuando ella se puso rígida, él meneó la cabeza-. Esto no es ligoteo, sino una huida.

-¿Ah, sí? -De forma automática, ella le siguió el ritmo del baile-. ¿De qué huyes?

-De una discusión sobre política televisiva. La programación del martes por la noche.

-Ah. Estamos un poco flojos en ese sentido, como seguramente sabrás...

-Cállate.

Elle sonrió cuando ella se echó a reír, y disfrutó de que los dos estuvieran casi mejilla a mejilla.

-Supongo que sabrás también que, como invitado de honor, se supone que debes mezclarte con los demás invitados.

-Detesto toda clase de reglas.

-Yo vivo para ellas.

-Entonces considera que este baile llena ese requisito. Hasta podemos hablar de trivialidades. Me gusta tu vestido.

Era cierto. Las líneas sencillas y la tela roja eran una visión agradable comparado con el vestido excesivamente adornado de tonos pastel y encaje de Angela.

-Gracias.

Ella le observó con curiosidad y hasta le pareció ver el dolor que le pulsaba en las sienes.

-¿Dolor de cabeza?
-No, gracias. Ya tengo uno.
-Te conseguiré una aspirina.
-No te preocupes. Se me pasará. -La acercó más a su cuerpo, apoyó su mejilla contra la de ella-. Ya me siento mejor. ¿De dónde eres?
-De Topeka.
-¿Por qué Chicago?
-Mi compañera de cuarto de la universidad vino a vivir aquí después de casarse y me convenció de que la siguiese. El puesto para la CBC hizo que todo me resultara más fácil.
El aroma del pelo de Deanna le trajo a la memoria el vino con especias y el humo de un fuego tranquilo. Recordó su lago, iluminado por las estrellas, y el canto de los grillos en la hierba alta.
-¿Te gusta pescar?
-¿Cómo dices?
-Pescar. ¿Te gusta pescar?
Ella se apartó para verle la cara.
-Ni idea. ¿Qué clase de pesca?
El sonrió, no solo por el desconcierto de sus ojos sino por el hecho de que Deanna estaba considerando su pregunta con seriedad profesional.
-Has estado muy bien, Kansas. Esa clase de curiosidad te llevará a la cima de tu carrera. Y Dios sabe que tienes la cara perfecta para llegar a la cumbre.
-Yo preferiría pensar que es porque tengo la inteligencia necesaria.
-Si es así, entonces sabes cuánto importa el aspecto físico en las noticias de televisión. Al público le gusta que toda esa información de muerte, destrucción y politiquero le sea transmitida por una persona atractiva. ¿Y por qué demonios no?
-¿Cuánto tardaste en ponerte así de cínico?
-Cinco minutos después de mi primer trabajo en antena en el canal 3 de Tulsa. Derroté a los otros dos postulantes porque salía mejor en pantalla.
-¿Y tu trabajo no tuvo nada que ver con eso?
-Lo tiene ahora.
Finn se puso a jugar con las puntas del pelo de Deanna que caían sobre sus hombros.
Ella se sintió fascinada por el roce de sus dedos, y reaccionó.
-¿Cómo te hiciste esa cicatriz?
-¿Cuál de ellas?
-Esta -dijo ella y se la mostró.
-Bueno, en una pelea en un bar. Eso fue en... -Entrecerró los ojos tratando de ubicar el incidente-. En Belfast. En un agradable pub donde van a beber los del IRA.
-Mmm. ¿No crees que es poco digno de un conocido corresponsal liarse a puñetazos en los bares?
-Creo que tengo derecho a un poco de diversión. Además, pasó hace mucho tiempo. Ahora soy mucho más mesurado -dijo Finn; le sonrió y la estrechó más.
Ella, literalmente, sintió que se derretía.
-No lo creo.
-Ponme a prueba -dijo él en voz muy baja. Era un desafío para el que ella no tenía respuesta-. Alguien te busca.
Deanna miró y vio a Marshall. Cuando las miradas de los dos se cruzaron, él le sonrió y levantó dos copas con champán.
-Supongo que he de dejarte ir -dijo Finn. La soltó, pero le tomó la mano un momento más-. ¿Cómo es de seria tu relación con ese hombre?
Ella vaciló y miró su mano entrelazada con la de él.
-No lo sé -dijo y lo miró a los ojos-. Todavía no lo he decidido.
-Avísame cuando lo hagas.
La observó alejarse.
-Siento llegar tarde -dijo Marshall y le dio a Deanna un beso fugaz antes de ofrecerle una copa de champán.
-Está bien. -Ella bebió un sorbo y le sorprendió descubrir que tenía la garganta reseca.
-¿No te parece que aquí hace demasiado fresco? -Le tocó una mano-. Estás fría. Entremos.
-De acuerdo. -Mientras Marshall la conducía dentro, ella miró hacia atrás en dirección a Finn-. Lamento que ayer se nos arruinara la noche.

-No te preocupes. Los dos tenemos que asumir las emergencias de nuestro trabajo.

-Te llamé cuando volví.

-Sí, recibí tu mensaje del servicio de llamadas. Pero me había acostado temprano.

-Entonces no viste el reportaje.

-¿Anoche? No. Pero vi trozos en las noticias de la mañana. ¿El que bailaba contigo era Finn Riley?

-Sí.

-Le han hecho un gran recibimiento. No puedo entender cómo mostró tanta sangre fría después de estar cara a cara con la muerte.

Deanna frunció el entrecejo.

-Yo diría que es una cuestión de instinto y entrenamiento.

-Pues me alegro de que tu instinto y entrenamiento no te hayan vuelto tan fría. Tu reportaje desde el aeropuerto fue muy emotivo, muy auténtico.

Ella sonrió.

-Se suponía que debía ser objetiva e informativa.

-Lo fuiste -dijo él y la besó de nuevo-. Y estabas preciosa bajo la lluvia. -Concentrado en el beso, él no notó su mueca de fastidio-. Al margen de las noticias -dijo-, ¿podemos planear escaparnos temprano para estar un rato a solas?

Veinticuatro horas antes, ella habría dicho que sí. Ahora, con el murmullo de la conversación, la música, el burbujeo del champán en su lengua, vaciló. Marshall le puso un dedo debajo del mentón, un gesto que antes a ella le parecía delicioso.

-¿Algún problema? -preguntó.

-No... Sí. -Suspiró, impaciente con su propia indecisión. Pensó que era el momento de dar un paso atrás-. Lo siento, Marshall, pero Angela cuenta conmigo para que vigile cómo va la fiesta. Y, si quieres que te diga la verdad, las cosas están yendo demasiado rápido para mí.

-No fue mi intención darte prisa.

-Descuida. Tiendo a ser muy cauta, tal vez demasiado, en lo que respecta a las relaciones. Hay motivos, y te los explicaré cuando pueda.

-No hay prisa. Ya sabes cuánto deseo estar contigo, y no es algo solamente sexual.

-Lo sé. -Deanna se puso de puntillas y apoyó su mejilla contra la de él. En ese momento recordó, con toda claridad, lo que sintió cuando apretó su mejilla contra la de Finn mientras bailaban.

Finn estaba cansado, y eso que no se cansaba con facilidad. Tantos años de dormir a ratos en trenes, aviones y autobuses, de acampar en junglas y desiertos y detrás de las líneas enemigas, lo habían endurecido. Disfrutaba de las sábanas de hilo y de las almohadas mullidas de los hoteles de lujo, pero podía dormir igualmente bien con la cabeza sobre una mochila y los ecos del fuego de artillería como canción de cuna.

Esa noche anhelaba una cama y olvidarse de todo. Por desgracia, había un asunto todavía no terminado. Era un hombre que tal vez no hiciera caso de las reglas, pero jamás pasaba por alto los problemas.

-Bueno, ya se fue el último -dijo Angela y entró en el salón tan fresca y atractiva como horas antes-. Todos se alegraron mucho de verte.

Lo rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro.

El le acarició el pelo. Era como estar atrapado en una enredadera fragante que podía terminar por asfixiarte si no la cortabas de raíz.

-Sentémonos. Tenemos que hablar.

-Sé que resulta difícil de creer, pero ya casi se me ha acabado la conversación. -Le pasó una mano por la camisa y jugueteó con el botón de arriba-. Y he estado esperando toda la noche estar a solas contigo para darte una verdadera bienvenida.

Se inclinó para besarla. En sus ojos apareció un peligroso destello cobalto cuando ella apartó.

-Angela, lo siento. No me interesa volver a empezar lo que dejamos hace seis meses. -Mantuvo las manos firmes en los hombros de ella-. Terminamos mal, y lo lamento, pero en aquella ocasión pusimos fin a nuestra relación.

-Quiero creer que no piensas castigarme por ser excesivamente impulsiva, por decir cosas en el calor del momento. Finn, significamos demasiado el uno para el otro.

-Tuvimos una aventura -la corrigió él-. Tuvimos relaciones sexuales. Y fueron estupendas. También tuvimos una especie de extraña amistad. Tal vez podamos salvar esa amistad si nos olvidamos del resto.

-Eres cruel.

-Soy sincero.

-¿No me deseas? -Echó la cabeza hacia atrás y rió-. Sé que sí. Puedo sentirlo. -La piel le brillaba cuando volvió a acercarse a él con los labios entreabiertos-. Sabes lo que puedo hacer por ti, Finn. Lo que te permitiré que me hagas. Lo deseas tanto como yo.

-Yo no tomo todo lo que deseo.

-Pero me tomaste a mí. Aquí mismo, en el suelo, la primera vez. ¿Recuerdas? Te volví loco, y tú me arrancaste la ropa. ¿Recuerdas lo que sentiste?

El lo recordaba, y ese recuerdo lo hizo morir de deseo.

-Quiero que me tomes de nuevo, Finn -dijo ella y le observó la cara mientras su mano descendía.

Él sabía cómo sería y por un momento deseó con desesperación ese instante de violento placer. Pero recordó bastante más que la urgencia del sexo y las fantasías deslumbrantes.

-No sucederá de nuevo, Angela -dijo.

La reacción de ella fue instantánea. Debería haberlo previsto, pero lo cierto fue que el bofetón que Angela le propinó lo hizo retroceder varios pasos.

Tenía los ojos calientes como soles, pero fríamente se secó la sangre de los labios.

-Por lo visto, algo más que esta habitación ha cambiado.

-Es porque soy mayor que tú, ¿verdad? Crees que puedes conseguir a alguien más joven, alguien a la que puedas modelar, enseñarle a arrastrarse y humillarse ante ti.

-Esa es una melodía que ya hemos tocado. Diría que las hemos tocado todas. -Finn ya cruzaba la sala cuando de pronto ella corrió y se le arrojó a los pies.

-No lo hagas. ¡No me dejes! -Sollozaba, y se aferró a sus piernas-. Lo siento. -En ese momento, lo decía absolutamente en serio-. Por favor, no me dejes.

-Por el amor de Dios, Angela -dijo él y, con una mezcla de pena y rechazo, la puso de pie-. No hagas esto.

-Te amo. Te amo tanto...

Colgada de su cuello, lloró apoyada en su hombro. Su amor era tan cierto como su furia anterior, e igualmente volátil y caprichoso.

-Si creyera que lo dices en serio, sentiría lástima por los dos. -La sacudió. Lágrimas. Siempre había pensado que eran el arma más poderosa y secreta de las mujeres- Basta, maldita sea. ¿Acaso crees que puedo haberme acostado contigo durante tres meses y no saber cuándo me estás manipulando? Tú no me amas, y solo tratas de retenerme porque yo quiero dejarte.

-Eso no es cierto -dijo Angela y levantó su rostro anegado en lágrimas. Había en él tanto dolor, tanta aparente sinceridad, que él estuvo a punto de ceder-. Te amo, Finn. Y puedo hacerte feliz.

Furioso con ella y con su propia debilidad, apartó los brazos de Angela.

-¿Crees que no sé que presionaste a James para que me despidiera, porque no querías que yo aceptara el puesto en Londres?

-Estaba desesperada -reconoció ella y se cubrió la cara con las manos-. Tenía miedo de perderte.

-Querías demostrar que lo controlabas todo. Y si James no me hubiera respaldado tanto, podrías haber arruinado mi carrera.

-El no me escuchó. -Bajó las manos; su rostro estaba frío-. Tampoco tú.

-No. Vine aquí esta noche porque esperaba que los dos habíamos tenido suficiente tiempo para que las cosas se serenaran. Parece que me equivoqué.

-¿Crees que puedes abandonarme así como así? -Lo dijo con serenidad mientras Finn se dirigía a la puerta. Las lágrimas ya estaban olvidadas-. ¿Crees que es tan fácil darme la espalda y largarte? Te arruinaré. Tal vez tarde años, pero juro que te arruinaré.

Finn se detuvo junto a la puerta. Angela estaba de pie en el centro de la sala, la cara congestionada por el llanto, los ojos hinchados y fríos como piedra.

-Gracias por la fiesta, Angela. Ha sido maravillosa.

Deanna habría estado de acuerdo. Mientras Finn se dirigía a su automóvil, ella bostezaba en el ascensor, camino de su apartamento. Estaba agradecida por tener todo el día siguiente para ella. Le daría tiempo para recuperarse, y para pensar en su relación con Marshall. Pero en ese momento solo podía pensar en un baño sedante y prolongado y en dormir toda la noche.

Había sacado las llaves del bolso antes de que se abrieran las puertas del ascensor. Mientras tarareaba para sí, abrió la cerradura común y la de seguridad. Encendió la luz junto a la puerta cuando cruzó el umbral.

Qué silencio tan maravilloso, pensó. Después de cerrar la puerta de nuevo con llave, se acercó al contestador automático para ver si había mensajes. Los escuchó, se sacó los zapatos negros de satén y movió

los dedos acalambrados. Sonrió al recordar a Fran enumerando posibles nombres para su bebé, cuando vio el sobre junto a la puerta.

Qué extraño, pensó. ¿Estaba allí cuando ella entró? Atravesó la habitación y observó por la mirilla antes de agacharse para recogerlo.

En el sobre cerrado no había nada escrito. Intrigada, y mientras reprimía otro bostezo, lo abrió y desplegó la única hoja de papel blanco.

Había solo una frase, escrita en letras mayúsculas y con tinta roja: DEANNA, TE ADORO.

Estamos en el aire dentro de treinta segundos.

-Lo lograremos.

Deanna se deslizó en la silla junto a Roger en el plató de noticias. Por los auriculares oía las voces frenéticas y sobrepuestas de la cabina de control. A pocos pasos de allí, el realizador pedía información a gritos y bailoteaba. Uno de los cámaras fumaba perezosamente y conversaba con un tramoyista.

-Veinte segundos. Dios. -Roger se secó las palmas húmedas de las manos en las rodillas del pantalón-. ¿De dónde sacó Benny la brillante idea de agregarle música a la cinta?

-De mí -contestó Deanna y le sonrió como pidiéndole perdón-. Fue una idea peregrina que tuve mientras miraba la cinta. Creo que quedará perfecto. -Alguien gritaba obscenidades por los auriculares, y la sonrisa de Deanna fue menos alegre. ¿Por qué buscaba siempre la perfección?-. En serio, no imaginaba que se lo iba a tomar así.

-Diez segundos. -Roger se miró de nuevo en su espejo de mano-. Si llegamos a tener que cubrir un bache, dejaré que tú lo hagas, preciosa.

-Todo saldrá bien -dijo Deanna con empecinamiento.

Por Dios que saldría bien. Sería el mejor *minuto diez* que el canal había puesto al aire. Las imprecaciones de la cabina de control se convirtieron en un pandemónium mientras el realizador comenzaba su cuenta regresiva.

-Estoy lista -dijo ella, miró a Roger y luego a la cámara.

-Buenas tardes, esto es *Noticias del mediodía*. Yo soy Roger Corwell.

-Y yo Deanna Reynolds. El recuento de los pasajeros del vuelo 1129 del viernes pasado, procedente de Londres, daba 264 personas. Esta mañana ese número se incrementó. Matthew John Carlyse, hijo de los pasajeros Mice y Eugene Carlyse, hizo su aparición a las cinco y cuarto de esta madrugada. Pese a haber nacido seis semanas antes de término, Matthew pesó dos kilos y medio.

Y mientras el reportaje seguía transmitiéndose, con el acompañamiento de una canción de cuna, Deanna soltó un suspiro de alivio y sonrió al monitor. Recordó que la idea fue suya. Y resultó perfecta.

-Las imágenes son maravillosas.

-Sí, no están mal -dijo Roger, y no tuvo más remedio que sonreír cuando en el monitor apareció la imagen de un bebé que se retorció en una incubadora. En la manta le habían adherido un pequeño par de alas-. Casi valió la úlcera.

-Los Carlyse han puesto a su hijo el nombre de Matthew por Matthew Kirkland, el piloto que hizo aterrizar sano y salvo el avión del vuelo 1129 en O'Hare, a pesar de tener una turbina averiada. El señor Carlyse dijo que ni a él ni a su esposa les preocupaba la idea de tomar un vuelo de vuelta a Londres a fin de mes. El joven Matthew no hizo ningún comentario.

-En otro orden de cosas... -continuó Roger como introducción al siguiente bloque.

Deanna miró la copia de su texto para calcular los tiempos. Cuando volvió a levantar la vista, vio a Finn en el fondo del estudio. Estaba de pie, se balanceaba y la felicitó por señas.

¿Qué demonios hacía allí? Tenía una semana de vacaciones por delante. ¿Por qué no estaba en una playa, en las montañas, en alguna parte? Incluso cuando ella giró la cabeza hacia la cámara y comenzó a hablar, sintió su mirada fija.

Cuando por fin interrumpieron para la última tanda de publicidad, antes de *El rincón de Deanna*, sus nervios estaban a flor de piel.

Deanna se puso de pie, bajó el escalón y atravesó el estudio entre una maraña de cables. Antes de que tuviera tiempo de darle la bienvenida a su invitado del día, Finn se plantó delante de ella.

-Eres incluso mejor de lo que recordaba.

-¿Ah, sí? Bueno, con un cumplido como ese puedo morir tranquila.

-Fue solo un comentario -dijo y la tomó del brazo-. Me desconciertas. ¿Sigo en la lista negra porque te robé la noticia la otra noche?

-No estás en ninguna lista. Sencillamente no me gusta que me vigilen.

El sonrió.

-Entonces te has equivocado de profesión, Kansas.

La soltó. De forma impulsiva, cogió una silla plegable. No había tenido intención de quedarse, y sabía que lo hacía solo para irritarla. Esa tarde había acudido allí, tal como lo hiciera la noche anterior, porque disfrutaba el estar de vuelta en los estudios de Chicago.

De momento, no tenía en su vida mucho más que su carrera. Observó cómo Deanna tranquilizaba a su invitada fuera de cámara. ¿Sería un alivio o la enojaría saber que en ningún momento había pensado en ella durante el fin de semana? Todos los años transcurridos en esa profesión lo habían convertido en un experto en separar su vida en compartimientos estancos: las mujeres no interferían en su trabajo, la preparación de un reportaje o sus ambiciones.

Los meses pasados en Londres habían acrecentado su reputación y su credibilidad, pero se alegraba de estar de vuelta.

Su pensamiento volvió a Deanna cuando la oyó reír. Una risa sonora y sincera. Sutilmente sexual. Esos ojos estaban ahora llenos de calidez y de interés al escuchar a su invitada, una pintora que esa misma noche inauguraba una muestra individual.

En ese momento, a Finn le interesó Deanna, y mucho. La forma en que se inclinaba apenas para darle cierta intimidad a la entrevista. Ni una sola vez consultó sus notas ni se mostró impaciente por hacer la siguiente pregunta.

Incluso cuando terminó el bloque, Deanna siguió brindándole su atención a la invitada. Como resultado, la pintora se marchó sintiéndose muy importante. Deanna se instaló detrás del escritorio del noticiero, junto a Roger, para cerrar el programa.

-Es muy buena, ¿verdad?

Finn giró la cabeza. Simon Crimsley se encontraba de pie al lado de las puertas del estudio. Era un hombre de hombros estrechos, cara angosta y larga en la que se dibujaban líneas de preocupación y duda. Incluso cuando sonreía, como en ese momento, había en sus ojos una expresión de fatalidad. Tenía bastante menos pelo que antes, y Finn calculó que andaría por los cuarenta. Vestía como siempre, con traje oscuro y corbata. Como siempre, su indumentaria acentuaba su cuerpo anguloso.

-¿Cómo van las cosas, Simon?

-Mejor no me lo preguntes -respondió Simon y puso en blanco sus ojos oscuros y pesimistas-. Angela hoy está de un humor de perros. Me arrojó un pisapapeles de baccarat. Por suerte, no tiene mucha fuerza.

-Tal vez pueda conseguir trabajo en un equipo de béisbol.

Simon rió.

-Bueno, está sometida a una gran presión.

-Ya.

-No es fácil mantenerse en el primer puesto.

Simon soltó un suspiro de alivio cuando se apagó el letrero de «en antena». La televisión en directo lo mantenía en un estado de constante agitación.

-Deanna -dijo, le hizo una señal y casi tropezó con un cable en su prisa por acercársele-. Buen programa. Realmente bueno.

-Gracias. -Ella lo miró, después a Finn, y de nuevo a Simon-. ¿Cómo salió la grabación de esta mañana?

-Bueno, salió -respondió con una mueca-. Angela me pidió que te diera este mensaje -dijo y le entregó un sobre rosa-. Parecía importante.

-Está bien. -Deanna resistió la tentación de metérselo en el bolsillo-. No te preocupes. Me pondré en contacto con ella.

-Bueno, más vale que suba de nuevo. Si tienes tiempo, ven a ver la grabación de esta tarde.

-Lo haré.

Finn vio cómo la puerta se cerraba detrás de Simon.

-Jamás entenderé cómo alguien tan nervioso y deprimido puede manejarse con los invitados de *El programa de Angela*.

-Es un hombre organizado. No conozco a nadie que maneje mejor las cosas que Simon.

-No era una crítica -dijo Finn mientras se ponía a la par de ella, que salía del estudio-. Solo un comentario.

-Hoy parece estar lleno de comentarios.

Por costumbre, giró hacia el camerino para retocarse el peinado.

-Entonces tengo otro. Tu entrevista a la pintora, se llamaba Myra, ¿no es así? Ha sido excelente.

Deanna no pudo evitar sentirse complacida.

-Gracias. Era un tema interesante.

-No necesariamente. La frenaste un poco cuando ella trató de embarcarse en la técnica y el simbolismo. Mantuviste el diálogo en un tono cordial y superficial.

-Yo prefiero que sea cordial y superficial -subrayó ella y sus ojos se encontraron con los de Finn en el espejo-. A Hussein y Gorbachov te los dejo a ti.

-Te lo agradezco. -Sacudió la cabeza mientras ella se retocaba los labios-. Qué susceptible eres. Ese comentario era un elogio.

Deanna pensó que tenía razón. Estaba susceptible.

-¿Sabes qué creo, Finn? Que en este cuarto hay demasiada energía. Energía en conflicto.

El había sentido la electricidad desde el momento en que había tropezado con ella en la pista de aterrizaje mojada por la lluvia.

-¿Y cómo te hace sentir toda esa energía en conflicto?

-Presionada -dijo ella y sonrió-. Supongo que por eso siempre tengo la sensación de que estás en mi camino.

-Entonces supongo que será mejor que me aparte y te deje más espacio.

-¿Por qué no lo haces? -contestó ella y tomó el sobre rosa que había colocado sobre la mesa.

Pero antes de que pudiese abrirlo, Finn le tomó la mano.

-Pregunta. ¿Cómo compatibilizas tu labor como periodista en la CBC con tu trabajo para Angela?

-Yo no trabajo para Angela. Trabajo en las noticias. -Con movimientos rápidos se pasó un cepillo por el pelo y se lo sujetó atrás-. De vez en cuando le hago favores a Angela, pero ella no me paga.

-¿Sois solo dos compañeras de trabajo que se echan una mano?

-Yo no diría que Angela y yo somos compañeras de trabajo. Somos amigas, y ella es muy generosa conmigo. La división noticias no tiene problemas con mi colaboración con Angela ni con el tiempo que le dedico.

-Eso he oído. Por otra parte, la división entretenimientos no tendría inconveniente en aplicar cierta presión por el hecho de poseer el poder que otorga tener uno de los programas de mayor audiencia. Eso me hace preguntarme por qué Angela se tomará el trabajo de usarte.

-No me está usando. Yo aprendo de ella. Y aprender es algo muy útil.

-¿Qué es exactamente lo que aprendes?

Cómo ser la mejor, pensó ella, pero no lo dijo.

-Tiene una habilidad increíble para entrevistar gente.

-Es verdad, pero la tuya me parece igualmente excelente. -Hizo una pausa-. Al menos en las noticias suaves.

-Disfruto de lo que hago, y si no fuera así, tampoco sería asunto tuyo.

-Una afirmación muy exacta. -El debería haber cambiado de tema, pero sabía demasiado bien lo que Angela podía hacer cuando clavaba sus garras. A menos que se equivocara mucho, Deanna sangraría pronto y copiosamente-. ¿No quieres un consejo amistoso sobre Angela?

-No. Yo me formo una opinión sobre la gente sin la ayuda de nadie.

-Como quieras. ¿Eres tan fuerte e implacable como crees ser?

-Puedo serlo más todavía.

-Te hará falta. -Le soltó la mano y se alejó.

Deanna suspiró. ¿Por qué, cada vez que pasaba cinco minutos con Finn, tenía la sensación de haber corrido un maratón? Exhausta, apartó a Finn de sus pensamientos y abrió el sobre de Angela. La caligrafía era una serie de lazos y floreos:

Querida Deanna: Tengo que hablar contigo de algo de vital importancia. Mi agenda de hoy es una locura, pero podré hacerme un rato libre a las cuatro. Reunámonos en el Ritz para tomar el té. Créeme, es urgente. Besos.

Angela.

Angela detestaba que la hicieran esperar. A las cuatro y cuarto ordenó un segundo cóctel de champán y comenzó a enfurecerse. Ofrecía a Deanna la oportunidad de su vida y, en lugar de gratitud, se topaba con descortesía. Como resultado, regañó a la camarera que le sirvió la copa, y observó de mal humor aquel salón tan suntuoso.

Recordó que todo ese lujo y oropel era muy diferente de Arkansas. Y se proponía llegar aún más lejos.

El solo hecho de pensar en sus planes borró la dureza de su expresión. Y su sonrisa hizo que una mujer se acercara a pedirle un autógrafo. Angela se mostró muy afable.

Cuando Deanna entró corriendo a las cuatro y veinte, vio a Angela conversando animadamente con una admiradora.

-Perdón -dijo y se sentó frente a Angela-. Siento llegar tarde.

-No tiene importancia -dijo Angela y sonrió-. Un placer haberla conocido, señora Hopkins. Me alegra que le guste el programa.

-No me lo perdería por nada del mundo. Y usted es mucho más guapa personalmente que en televisión.

-¿No es una monada? -le dijo Angela a Deanna cuando quedaron solas-. Ve el programa todas las mañanas. Ahora podrá alardear en su club de bridge de que me conoce personalmente. ¿Por qué no pides una copa?

-Prefiero té. Tengo que conducir.

-Tonterías -repuso Angela y le hizo señas a la camarera de que trajera otra bebida igual-. Me niego a hacer una celebración con algo tan aburrido como el té.

-Entonces será mejor que me digas qué estamos celebrando -dijo Deanna mientras se quitaba la chaqueta. Pensó que una copa podría durarle los treinta minutos que le había asignado a ese encuentro.

-No hasta que tengas tu champán. En serio, quiero agradecerte de nuevo la ayuda de la otra noche. Fue una fiesta fantástica.

-No fue mucho lo que tuve que hacer.

-Eso es fácil decirlo. Pudiste controlar todos esos pequeños detalles que a mí me fastidian muchísimo -dijo y sacó un cigarrillo-. Dime, ¿qué opinas de Finn?

-Bueno, que es uno de los melotes periodistas de la CBC y de cualquier cadena. Lleno de energía. Tiene una manera muy especial de ir al fondo del asunto y de mostrar solo un perfil de su personalidad, tanto como para despenar curiosidad en la audiencia.

-No, no me refiero a su faceta profesional -replicó Angela y exhaló una espiral de humo-. Como hombre.

-Como hombre no lo conozco.

-Quiero tus impresiones, Deanna -dijo Angela, y su tono agudo hizo que Deanna se pusiera alerta-. Eres periodista, ¿no es así? Estás entrenada para observar. ¿Qué has visto en él?

Terreno peligroso, decidió Deanna. En el estudio corrían rumores de una historia pasada, y comentarios sobre una aventura actual entre los dos.

-¿Objetivamente? Es muy atractivo, con carisma, y supongo que no me queda más remedio que utilizar de nuevo las palabras «lleno de energía». Por cierto, les cae muy bien a los técnicos y los jefes.

-Especialmente a las mujeres. -Angela comenzó a mover el pie en señal de agitación. También su padre había tenido carisma. Y había sido atractivo y lleno de energía... cuando tenía una racha ganadora. Y las había abandonado, a ella y a su madre, patética y borracha, por otra mujer. Pero desde entonces ella había aprendido mucho-. Sí, puede ser encantador -prosiguió-. Y muy tortuoso. Capaz de usar a la gente para conseguir lo que quiere. -Dio una calada y sonrió entre una nube de humo-. Noté que en la fiesta te buscaba, y me pareció que debía darte un consejo de amiga.

Deanna levantó una ceja y se preguntó qué sentiría Angela si supiera que Finn había usado una frase parecida apenas horas antes.

-No es necesario.

-Sé que en este momento estás saliendo con Marshall, pero Finn puede mostrarse muy persuasivo. -Apagó el cigarrillo y se acercó Deanna-. Sé cómo corren los rumores en los estudios de televisión, así que no es necesario que finjas no saber lo que hubo entre Finn y yo antes de que él se fuera a Londres. Me temo que, desde que rompí esa relación, él intente salvar su amor propio y vengarse tratando de conquistar a alguien que a mí me importa mucho. No quisiera verte lastimada.

-No me pasará nada semejante. -Incómoda, Deanna se echó hacia atrás-. Angela, tengo poco tiempo. Si era de esto que querías hablarme...

-No, no, para nada. -Sonrió cuando les sirvieron las copas-. Bueno, ahora tenemos las herramientas apropiadas para un brindis. -Levantó su copa y esperó a que Deanna hiciera lo propio con la suya-. Por Nueva York -dijo, y las copas tintinearon.

-¿Nueva York?

-Ha sido mi meta de toda la vida. -Después de beber un sorbo, Angela apoyó su copa en la mesa-. Ahora es una realidad. Lo que te estoy diciendo es confidencial. ¿Entendido?

-Por supuesto.

-Deanna, he recibido una oferta de Starmedia, una oferta increíble. Me iré de Chicago y de la CBC en agosto, cuando finalice mi contrato. El programa pasará a Nueva York, con el agregado de cuatro especiales por año en horarios centrales.

-Me parece maravilloso. Pero creí que ya habías aceptado renovar con la CBC y con Delacort.

-Verbalmente -dijo y se encogió de hombros-. Pero Starmedia es una empresa mucho más imaginativa. Los de Delacort no me han prestado suficiente atención, de modo que iré a donde más me aprecien... y más me paguen. Formaré mi propia productora. Y no produciremos solo *El programa de Angela*, sino especiales, telefilms, documentales. Tendré acceso a lo más importante y mejor de este medio. Por eso, quiero que seas mi productora ejecutiva.

-¿Me quieres a mí? -Deanna sacudió la cabeza como para aclararse las ideas-. Yo no soy productora. Y Lew...

-Lew. -Angela descartó a su asociado de tanto tiempo con un simple movimiento de la cabeza-. Yo quiero a alguien joven, fresco, imaginativo. No, no quiero llevarme a Lew. El puesto es tuyo, Deanna. Lo único que tienes que hacer es aceptarlo.

Deanna bebió un largo y lento sorbo de champán. Había esperado que le ofrecieran el puesto de investigadora periodística y, porque su ambición transitaba por otros carriles, estaba preparada para declinarlo. Pero esto no se lo esperaba. Y resultaba mucho más tentador.

-Me siento halagada. No sé qué decir.

-Entonces yo te lo diré: di que sí.

Deanna rió, se echó hacia atrás y observó a la mujer que estaba frente a ella. Ansiosa, impulsiva e implacable. En suma, cualidades nada despreciables. También poseía talento e inteligencia y una irritabilidad que Angela creía que nadie advertía. Era la combinación que la había catapultado a la cima y la mantenía allí.

-Ojalá pudiera aceptar, Angela. Pero necesito pensarlo bien.

-¿Qué tienes que pensar? En este negocio no se reciben todos los días ofertas como esta, Deanna. Hay que tomar lo que a uno se le brinda. ¿Tienes idea de la cantidad de dinero de la que estoy hablando? ¿El prestigio, el poder?

-Sí, tengo alguna idea.

-Un cuarto de millón de dólares, para empezar. Y todos los beneficios adicionales.

Deanna tardó un momento en cerrar la boca.

-No -dijo muy despacio-. Creo que no tenía idea.

-Tu propia oficina, tu propio equipo de trabajo, un coche con chófer a tu disposición. Oportunidades para viajar,, para alternar con la alta sociedad.

-¿Por qué yo?

Complacida, Angela se reclinó.

-Porque puedo confiar en ti, y cuando te miro, veo en ti algo de mí.

Un escalofrío recorrió a Deanna.

-Es un paso muy grande.

-Los pequeños son una pérdida de tiempo.

-Tal vez, pero necesito pensarlo bien. No sé si sirvo para ese trabajo.

-Yo opino que sí. -La impaciencia de Angela comenzaba a aumentar-. ¿Por qué dudas?

-Angela, una de las razones por las que creo que me ofreces este trabajo es porque soy una persona detallista. Porque soy eficaz y obsesivamente organizada. Pero no sería ninguna de esas cosas si no me tomo el tiempo suficiente para aclarar mis ideas.

Angela asintió y sacó otro cigarrillo.

-Tienes razón. No debería insistir, pero quiero que me acompañes en esto. ¿Cuánto tiempo necesitas?

-Un par de días. ¿Puedo contestarte el fin de semana?

-Está bien. -Accionó el encendedor y se quedó estudiando la llama-. Te diré solo una cosa más. Tu lugar no está detrás de una mesa en un programa local, para leer las noticias. Estás hecha para cosas más grandes. Me di cuenta desde el primer momento.

-Espero que tengas razón -dijo Deanna y suspiró-. De veras lo espero.

La pequeña galería cerca de la avenida Michigan estaba repleta de gente. Apenas más grande que un garaje suburbano, se encontraba profusamente iluminada para que lucieran los cuadros que cubrían las paredes. Tan pronto Deanna entró, se alegró de haber seguido el impulso que la llevó a ir. No solo

contribuyó a que olvidara el sorprendente ofrecimiento de esa tarde, sino que le permitió hacer un seguimiento de su propia entrevista.

El aire estaba saturado de sonidos y aromas. Champán barato y voces estridentes. Y también color. Los negros y grises de los asistentes ofrecían un violento contraste con el colorido de las pinturas. Lamentó no haber llevado consigo un equipo de filmación para hacer una nota breve.

-Todo un acontecimiento -le murmuró Marshall al oído.

Deanna sonrió.

-No nos quedaremos mucho. Sé que esto no es exactamente de tu estilo.

Él observó los fuertes colores salpicados sobre las telas.

-Es verdad, no exactamente.

Fran se abrió paso, cogida de la mano de Richard, su marido.

-Tu programa de esta tarde tuvo un gran impacto.

-No lo sabía.

-Bueno, no creo que te haya caído mal. -Fran levantó la cabeza y olisqueó-. Huelo a comida.

-Se le ha agudizado tanto el olfato que ahora es capaz de oler una salchicha hirviendo a tres calles de distancia explicó Richard y rodeó a Fran con un brazo.

Él tenía una cara adolescente que sonreía con facilidad. Su pelo rubio exhibía un corte conservador, pero la pequeña perforación en el lóbulo de su oreja izquierda se había visto adornada tiempo antes con una variedad de aros.

-Se me ha acentuado la percepción sensorial -dijo Fran-. Nos veremos más tarde -añadió y se llevó a Richard a la rastra.

-¿Tienes hambre? -preguntó Marshall.

-En realidad, no -contestó ella mientras él la apartaba un poco del gentío-. Te agradezco tu actitud frente a todo esto.

-¿Te refieres a venir aquí? Es interesante.

Ella se echó a reír y lo besó.

-Te lo agradezco. Ahora me gustaría acercarme a Myra y felicitarla -dijo Deanna y paseó la vista por el lugar-. Si es que puedo encontrarla.

-Tómate tu tiempo. Veré si puedo conseguir unos canapés para los dos.

-Gracias.

Deanna se abrió camino entre el público. Disfrutaba de la presión de los cuerpos, de los murmullos de excitación, de los fragmentos de conversación oídos al azar. Se encontraba a mitad de camino cuando una tela la hizo detenerse. Las líneas sinuosas y los manchones de color contra un fondo texturado azul convertían al cuadro en una explosión de emoción y energía. Fascinada, Deanna se acercó. Debajo del marco de ébano, un cartel rezaba: Despertares. Perfecto, pensó Deanna. Absolutamente perfecto.

Los colores tenían vida y parecían luchar por liberarse de la tela, por alejarse de la noche. Mientras observaba la obra, sintió cómo el placer se convertía en deseo, y el deseo en determinación. Si hacía algunos malabarismos con su presupuesto, tal vez...

-¿Te gusta?

Deanna se vio devuelta bruscamente a la realidad, pero no se molestó en girar la cabeza para mirar a Finn.

-Sí, mucho. ¿Sueles venir con frecuencia a las galerías de arte?

-De vez en cuando. -Se acercó a Deanna, fascinado por la forma en que ella miraba la tela-. En realidad, tu entrevista de esta tarde me convenció de darme una vuelta por aquí.

-¿En serio? -dijo ella y lo miró. Su atuendo era muy parecido al que llevaba cuando cruzó la pista de aterrizaje: cazadora de cuero, tejanos gastados, botas muy usadas.

-Sí, en serio. Y te debo una, Kansas.

-¿Por qué lo dices?

-Por esto -contestó y movió la cabeza hacia el cuadro-. Acabo de comprarlo.

-Tú... -Lo miró a él y luego al cuadro, y de nuevo a él. Tenía los dientes apretados.

-Me cautivó -dijo Finn y apoyó una mano en el hombro de Deanna-. Y no era caro. Creo que muy pronto se van a dar cuenta de que están vendiendo muy baratas las obras de tu entrevistada.

Maldito sea, si ya casi era de ella. Ya se lo había imaginado colgado en su casa, sobre el escritorio. Deanna no podía creer que él se lo hubiera quitado.

-¿Por qué precisamente este?

-Porque para mí es perfecto. -Aumentó apenas la presión sobre el hombro de Deanna y la obligó a girar para mirarlo-. Lo supe en cuanto lo vi. Y cuando veo algo que quiero... -agregó y la miró fijamente- hago todo lo posible para obtenerlo.

A Deanna se le aceleró el pulso, algo que la sorprendió y la enojó. Ahora estaban muy juntos, quizá demasiado, y ella podía verse reflejada en el azul soñador de los ojos de Finn.

-A veces lo que uno quiere es inaccesible.

-A veces. -El sonrió y Deanna olvidó el gentío que se apretujaba contra ellos, el ambicionado cuadro que estaba a sus espaldas, la voz interior que le decía que se apartara de Finn-. Un buen periodista tiene que saber cuándo moverse con rapidez y cuándo ser paciente. ¿No opinas lo mismo?

-Sí-respondió.

Pero en ese momento le costaba pensar. La culpa la tenían los ojos de ese hombre, la forma en que se fijaban en ella, como si allí no hubiera ninguna otra cosa ni nadie más. Y Deanna supo, de alguna manera, que él seguiría mirándola así, aunque de pronto se abriera la tierra bajo sus pies.

-¿Quieres que sea paciente, Deanna?

-Yo... -De repente sintió que le faltaba el aire.

-Ah, veo que has encontrado algo para beber -dijo Marshall.

-Sí, Marshall -dijo ella con voz vacilante. Mientras luchaba por serenarse, se aferró a los brazos de él como si fuera una roca en medio de un mar tormentoso-. Me he encontrado con Finn. Creo que no lo conoces. El doctor Marshall Pike, Finn Riley.

-Bueno, conozco bien su trabajo -dijo Marshall y le tendió la mano-. Bienvenido a Chicago.

-Gracias. Usted es psicólogo, ¿no?

-Sí. Me especializo en asesoramiento familiar.

-Un trabajo muy interesante. Las estadísticas parecen indicar el fin de la familia tradicional y, sin embargo, la tendencia general, a juzgar por la publicidad y los entretenimientos, demostraría que se está volviendo justamente a eso.

Deanna trató de encontrar algún sarcasmo por parte de Finn, pero solo se topó con un genuino interés por parte de él en iniciar una conversación con Marshall sobre la familia estadounidense. Supuso que era el periodista que llevaba dentro lo que le permitía hablar con cualquier persona, en cualquier momento y sobre cualquier tema.

Fue un alivio para ella tener su mano en la de Marshall; sentir que podía, si así lo decidía, ser parte de una pareja. Prefería mil veces el suave festejo de Marshall que el ataque directo de Finn. Si hubiera tenido que comparar a los dos hombres -que, por cierto, no era el caso- le habría otorgado las mayores calificaciones a Marshall por su cortesía, respeto y estabilidad.

Cuando Fran y Richard se les unieron, Deanna se hizo cargo de las presentaciones. Al cabo de pocos minutos de conversación intrascendente, se despidieron de los demás. Deanna trató de simular que no sentía los ojos de Finn sobre ella cuando los cuatro se abrieron camino hacia la puerta.

-Dios -le murmuró Fran a Deanna al oído-. Es incluso más atractivo en persona de lo que parece por televisión.

-¿Te parece?

-Querida, si yo no estuviera casada ni embarazada, me moriría por él -dijo Fran mientras lo miraba de nuevo por encima del hombro.

Mientras reía, Deanna le dio un empujoncito en dirección a la puerta.

-Vamos, Myers. Contrólate.

-Las fantasías no hacen mal a nadie, Dee. Y si me hubiera mirado a mí como te miró a ti, me habría convertido en un charquito de hormonas a sus pies.

-Pues yo no me derrito con tanta facilidad -dijo Deanna y combatió su desasosiego aspirando una bocanada de aire primaveral.

No derretirse con facilidad, pensó más tarde Deanna, era parte del problema. Cuando Marshall estacionó su coche junto al bordillo, frente al edificio donde ella vivía, supo que querría subir. Y si lo hacía, esperarí que lo invitara a pasar. Y después... Sencillamente no estaba preparada para ese «después».

Era evidente que el fallo estaba en ella. No tenía problemas en culpar al pasado por su vacilación para intimar. Era verdad. Pero no quería reconocer que otra parte de esa vacilación tenía que ver con Finn.

-No hace falta que me acompañes hasta arriba.

El se puso a jugar con el pelo de Deanna.

-Todavía es temprano.

-Lo sé. Pero mañana tengo que empezar a trabajar a primera hora. Te agradezco que hayas ido conmigo a la exposición.

-He disfrutado. Más de lo que creía.

-Me alegro.

Ella sonrió y le rozó los labios con los suyos. Y cuando él hizo más profundo ese beso, ella cedió. Había calidez, pasión apenas reprimida.

-Deanna -dijo él y comenzó a besarle toda la cara-. Quiero estar contigo.

-Ya lo sé. Pero necesito más tiempo, Marshall. Lo lamento.

-¿Sabes lo que siento por ti? -Le rodeó la cara con las manos y la observó-. Pero entiendo que este no es el momento apropiado para ti. ¿Por qué no nos vamos fuera un par de días?

-¿Irnos?

-Sí, salir de Chicago. Tomarnos un fin de semana. -Le echó la cabeza hacia atrás y la besó en la comisura de los labios-. A Cancún, St. Thomas, Maui. Donde quieras. Solo tú y yo. Nos permitiría averiguar cómo funcionamos juntos, lejos del trabajo y las presiones.

-Me gustaría. Lo pensaré.

-Entonces hazlo. -En sus ojos apareció una leve expresión de triunfo-. Revisa tus compromisos y déjame a mí el resto.

Deanna no había esperado sentir los agujones de la deslealtad. Después de todo, la televisión era un negocio. Y parte de ese negocio era ascender, conseguir el mejor trato. Pero, mientras en el edificio de la CBC todos, desde los jefes hasta los equipos de mantenimiento analizaban las encuestas de mayo referentes a los índices de audiencia de los programas nocturnos, Deanna se sentía una traidora.

Sabía que *El programa de Angela* dejaría de retransmitirse por ese canal antes de que comenzara la temporada de otoño. Y con el convenio que había hecho Angela, ella competiría con los programas diurnos de la CBC y también con los especiales en horarios centrales.

Cuanto más crecía el entusiasmo en la sala de redacción, más culpable se sentía Deanna.

-¿Tienes algún problema, Kansas?

Ella levantó la vista en el momento en que Finn se sentaba en el borde de su escritorio.

-¿Por qué lo preguntas?

-Hace quince minutos que tienes la vista clavada en la pantalla. Y yo estoy acostumbrado a verte mover de un lado para el otro.

-Estoy pensando.

-Eso por lo general no te detiene. -Se inclinó y le frotó las cejas con el pulgar-. Tensión. -Ella se apartó.

-Estamos en pleno mes de encuestas. ¿Quién no está tenso?

-*Noticias del mediodía* va bastante bien.

-Mucho más que bastante bien -saltó ella-. Tenemos unos índices del veintiocho por ciento. Y desde las últimas encuestas hemos subido tres puntos.

-Eso está mejor. Detestaría seguir viéndote tan triste como hace un momento.

-Yo no estaba triste -dijo ella con los dientes apretados-. Estaba pensando.

-Ya. -Se puso de pie y tomó la bolsa que había dejado en el suelo.

-¿Adónde vas?

-A Nueva York -contestó Finn y se colgó la bolsa del hombro-. Tengo que reemplazar al presentador de *A primera hora*. Kirk Brook. Tiene un ataque de alergia.

Deanna arqueó una ceja. Sabía que ese programa de la CBC andaba mal, muy por detrás de *Buenos días América y Hoy*.

-Me parece que es más bien un problema de audiencia.

Finn se encogió de hombros.

-Bueno, sí, hay algo de eso. Los directivos piensan que los telespectadores considerarán muy atractiva a una persona que ha participado en varias guerras y terremotos -dijo con desagrado-. De modo que durante unos días tendré que levantarme muy temprano y usar corbata.

-Será bastante más que eso. Es un programa complicado. Entrevistas, historias conmovedoras...

-Pura cháchara -dijo él con desprecio.

-Eso no tiene nada de malo. Implica al espectador, lo hace participar de los hechos. Y abre puertas.

Los labios de él se curvaron en una mezcla de sonrisa y mueca de desprecio.

-Correcto. La próxima vez que entrevistaste a Gaddafi, le preguntaré qué le parece el nuevo vídeo de Madonna.

Ella lo estudió. Hasta ese momento lo había considerado un rebelde empedernido que hace lo que se le antoja y da dolores de cabeza a los ejecutivos del canal.

-Si lo detestas tanto, ¿por qué lo haces?

-Es mi trabajo -fue su respuesta.

Deanna bajó la vista y jugueteó con unos papeles que había sobre su mesa. Yo también, se dijo y se sintió muy mal. Yo también.

-Entonces es una cuestión de lealtades.

-Por supuesto. -¿Qué estaba pasando en la cabecita de Deanna?, se preguntó. Era una pena que no tuviese tiempo para quedarse a averiguarlo-. Después se puede expandir. Si *A primera hora* se hunde, los ingresos disminuyen. ¿Y quién es el primero en sufrir las consecuencias?

-El departamento de noticias.

-Exacto. El programa de la mañana está en la cola de la lista de audiencia, y un par de imbéciles no parecen capaces de producir un programa decente para la noche del martes; antes de que uno tenga tiempo de nada, le recortan a uno el presupuesto.

-Los lunes y viernes estamos fuertes -murmuró ella-. Y además tenemos *El programa de Angela*.

-Es un poco duro saber que Angela y un puñado de programas cómicos nos están salvando los papeles.

-Sonrió y se encogió de hombros-. Supongo que no querrás darme un beso de despedida.

-Supongo que no.

-Pero me echarás de menos.

En sus ojos había suficiente diversión como para hacerla sonreír.

-No te vas a la guerra, Finn.

-Claro, para ti es fácil decirlo.

Se alejó y Deanna lo observó acercarse a otra periodista.

La mujer se echó a reír y luego le estampó un beso en la boca. Mientras estallaban los aplausos, él se dio la vuelta y le sonrió a Deanna. Después, con un saludo final a todos los que estaban en la sala de redacción, traspuso las puertas y desapareció.

Deanna todavía sonreía cuando volvió a concentrarse en su texto. Ese tipo podía tener sus defectos, pero vaya si tenía sentido del humor y podía hacerla reír.

Reconoció que también podía hacerla pensar.

Mentalmente, puso en pantalla su lista. Dos columnas, mecanografiadas, que especificaban sus razones para aceptar y declinar el ofrecimiento de Angela. En el cajón superior del escritorio de su casa tenía el original. Era sencillo visualizar esa lista. Con un suspiro, agregó una palabra a la columna con las razones para «declinar».

Lealtad.

-¿Señorita Reynolds?

Parpadeó. Detrás de una vasija de porcelana con hibiscos rojos apareció una cara redonda y jovial. Ella tardó un momento en reconocerlo. Pero cuando él se puso unas gafas con montura de metal lo reconoció.

-Hola, Jeff. ¿Qué es esto?

-Son para ti. -Colocó las flores en el escritorio y se metió las manos en los bolsillos. Como asistente de montaje, Jeff Hyatt se sentía más cómodo con los equipos que con las personas. Le dedicó a Deanna una sonrisa fugaz y se quedó mirando las flores-. Son bonitas. Me crucé con el chico que las traía, y como yo venía para aquí...

-Gracias, Jeff.

-De nada.

Deanna ya lo había olvidado cuando tomó la tarjeta escondida entre las flores: «¿Qué te parecería Hawai?».

Mientras sonreía, estiró el brazo para acariciar un pimpollo. Un punto más para agregar en la lista de motivos para declinar el ofrecimiento de Angela. Marshall.

-Ha venido la señorita Reynolds. Quiere verla, señorita Perkins.

-Dile que espere.

Con un cigarrillo entre los dedos, Angela frunció el entrecejo frente al informe sobre Marshall Pike presentado por Beeker.

Era un material muy interesante y exigía toda su atención. Sus éxitos estaban bien ganados: doctorado en Georgetown, un año de estudios en el extranjero. Y, financieramente, le iba bien como asesor de personas de la alta sociedad y políticos con respecto a sus matrimonios y familias. Compensaba su lucrativa práctica privada con la dedicación de tres tardes por semana a servicios sociales.

En líneas generales, un buen perfil de un hombre que había estudiado bien y se dedicaba a preservar la vida familiar.

Angela lo sabía todo con respecto a los perfiles y las ilusiones que fomentaban.

El matrimonio de Marshall había fracasado. Su divorcio, tranquilo y civilizado, no había agitado demasiado a la sociedad de Chicago y, por cierto, tampoco había tenido una influencia negativa sobre su actividad profesional. Sin embargo, era un dato interesante. Interesante porque Reeker había descubierto que el monto del arreglo económico con la ex esposa de Marshall era colosal, lo mismo que la pensión mensual. Mucho más de lo que exigía un matrimonio breve y sin hijos.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Angela cuando siguió leyendo. Él no se había atrevido a discutir el monto. Cuando a un hombre de treinta y cinco años lo pescan con la atractiva hija de su secretaria,

desnuda, a las dos de la madrugada, no queda mucho margen para negociar. Una menor, por dispuesta que se mostrara a hacer el amor con él, seguía siendo una menor. Y el adulterio, sobre todo con una muchacha de dieciséis años, tenía un precio muy alto.

Al seguir leyendo el informe de Reeker, Angela descubrió que Marshall se había cubierto con mucha inteligencia. La secretaria se había llevado una suma cuantiosa y una referencia excelente, y se trasladó con su familia a San Antonio. La esposa se había quedado con una tajada mucho más grande, sin que ni un suspiro escapara de la boca del buen profesional. Y cuando sí dijo algo -y Angela lo admiraba por su temeridad- los rumores lo vincularon con su secretaria, no con la hija de esta.

Así que el elegante doctor Pike seguía ejerciendo su profesión como uno de los divorciados más apetecibles de Chicago.

El eminente consejero familiar con debilidad por las adolescentes. Un tema muy interesante para un programa, decidió y se echó a reír. Pero no; lo mantendría en privado. Algunas informaciones valían mucho más que los índices de audiencia. Angela cerró la carpeta y la puso en un cajón. Se preguntó cuánto de todo eso sabría Deanna.

-Hazla pasar, Cassie.

Angela era todo sonrisas cuando Deanna entró.

-Siento haberte hecho esperar. Tenía que terminar algo.

-Sé que estas ocupada. ¿Puedes dedicarme un par de minutos?

-Por supuesto. -Se puso de pie y le indicó una silla-. ¿Puedo ofrecerte café?

-No, no te molestes. -Deanna se sentó y se obligó a entrelazar las manos sobre el regazo.

-No es molestia. ¿Una bebida fría? -Angela se dirigió al bar y sirvió agua mineral para las dos-. Si esta noche no tuviera una cena, le pediría a Cassie que trajera las pastas de chocolate que tiene en el escritorio. -Sonrió-. Ella no sabe que estoy enterada. Pero, bueno, mi política es saberlo todo sobre las personas que trabajan conmigo. Después de entregarle a Deanna un vaso, se dejó caer en un sillón y estiró las piernas-. Ha sido un día agotador. Y al amanecer salgo para California.

-¿California? No sabía que grabarías en exteriores.

-No es eso. Tengo que hablar en la ceremonia académica de Berkeley. -No está mal, pensó Angela, para alguien que trabajaba de camarera para costearse los estudios en Arkansas-. Estaré de vuelta el lunes para las grabaciones. ¿Sabes una cosa, Dee? Ya que pasaste por aquí, podrías echarle un vistazo a mi discurso. Sabes cuánto valoro tu opinión.

-Por supuesto. -Deanna se sentía muy mal, y bebió un sorbo de agua mineral-. No podré hacerlo hasta después de las cinco, pero...

-Puedes enviármelo después por fax a casa. Te daré una copia.

-Está bien. Angela... -La única manera de manejar eso era de forma directa-. He venido para hablar de tu ofrecimiento.

-Esperaba que así fuera. -Distendida y satisfecha, Angela se quitó los zapatos y cogió un cigarrillo-. No puedo decirte lo impaciente que estoy de mudarme a Nueva York, Deanna. Allí está el pulso del mundo. -Encendió el cigarrillo y dio una calada-. Allí está el poder. Mi agente ya me está buscando apartamento.

Sus ojos perdieron su expresión calculadora y se volvieron soñadores. Dentro de ella existía todavía la muchachita de Arkansas que ambicionaba ser princesa.

-Quiero algo con una buena vista, muchas ventanas y luz, mucho espacio. Un lugar donde pueda sentirme en mi casa, donde pueda recibir gente. Si encuentro el apartamento adecuado, hasta podríamos rodar allí algunos de los especiales. A los espectadores les gusta espiar un poco nuestras vidas privadas. -Sonrió. La suavidad de su mirada se agudizó-. Estamos escalando posiciones, Dee. Las mujeres finalmente nos hemos ganado un lugar en la televisión, y tú y yo llegaremos a la cima. ¿Sabes?, tu inteligencia y tu creatividad son solo parte del motivo por el que te quiero junto a mí. Puedo confiar en ti, Dee. No necesito decirte lo que eso significa para mí.

Deanna cerró los ojos un momento, mientras la culpa la invadía.

-No creo que me haya sentido alguna vez tan cerca de otra mujer -concluyó Angela.

-Angela, yo quiero...

-Serás más que mi productora ejecutiva; serás mi mano derecha. En realidad, debería haberle pedido a mi agente que buscara también un apartamento para ti. Será maravilloso para las dos.

-Angela, espera un momento -dijo Deanna y levantó una mano-. Creo entender cuánto significa para ti tu contrato con Starmedia, y me alegro muchísimo. Has sido maravillosa para mí. Valoro muchísimo tu ayuda y tu amistad, y te deseo todo el éxito del mundo. -Deanna se inclinó y tomó la mano de Angela-. Pero no puedo aceptar tu ofrecimiento.

El brillo de los ojos de Angela se oscureció. Su boca se apretó con fuerza. Ese rechazo inesperado casi le quitó el aliento.

-¿Estás segura de entender lo que te estoy ofreciendo?

-Sí, claro que sí -contestó Deanna y oprimió la mano de Angela antes de ponerse en pie para pasearse por la habitación-. Créeme, lo he estado pensando mucho. Me ha costado pensar en otra cosa. Pero no puedo hacerlo.

Muy lentamente, Angela se enderezó en el sillón. Cruzó las piernas.

-¿Por qué?

-Por muchas razones. En primer lugar, tengo un contrato.

-Hace suficiente tiempo que trabajas en este medio como para saber con qué facilidad se soluciona eso.

-Es posible, pero cuando firmé di mi palabra.

Angela dio otra calada y entrecerró los ojos.

-¿Eres tan ingenua?

Deanna entendió que eso equivalía a un insulto, pero se limitó a encogerse de hombros.

-Hay otros factores. Incluso al saber que no piensas llevarte a Lew, me sentiría culpable por ocupar su lugar; sobre todo porque no tengo su experiencia. Yo no soy una productora, Angela. Aunque esa propuesta me resulta terriblemente tentadora como para olvidarlo todo y aceptar: el dinero, la posición, el poder... Dios: y Nueva York. Y la oportunidad de trabajar contigo. No es fácil rechazar todo eso.

-Pero lo estás haciendo. -El tono de Angela era frío-. Eso es precisamente lo que estás haciendo.

-No es solo por mí. Se han interpuesto otros factores, no importa lo mucho que he tratado de evitarlos. Mis ambiciones tienen que ver con trabajar delante de las cámaras. Y estoy feliz en Chicago. Mi trabajo, mi hogar, mis amistades, están aquí.

Angela aplastó el cigarrillo con furia.

-¿Y Marshall? ¿Ha influido él en esa decisión?

Deanna pensó en los hibiscos rojos de su escritorio.

-Algo. Siento algo por él. Y me gustaría dar una oportunidad a esos sentimientos.

-Debo decirte que cometes una gran equivocación. Permites que detalles y sentimientos personales empañen tu juicio profesional.

-No lo creo. -Deanna atravesó el cuarto, volvió a sentarse y se inclinó. Pensó que resultaba muy difícil rechazar un ofrecimiento sin parecer ingrata. Sobre todo, cuando el ofrecimiento había tomado las connotaciones de un favor a una amiga-. He estudiado esto desde todos los ángulos. Eso es lo que suelo hacer siempre, y a veces de forma exagerada. No me fue fácil rechazar tu ofrecimiento, y confieso que sigue costándome hacerlo. Siempre te estaré agradecida, y me siento muy halagada porque hayas creído tanto en mí como para pedírmelo.

-¿De modo que te echarás atrás y seguirás leyendo noticias? -Ahora fue Angela la que se puso de pie, hecha una furia. Le había ofrecido un banquete y la muy tonta se conformaba con migajas. ¿Dónde estaba su gratitud? ¿Dónde su lealtad?-. Bueno, es tu elección -dijo con sequedad mientras se instalaba detrás de su escritorio-. ¿Por qué no te tomas unos días más, por ejemplo este fin de semana, mientras yo estoy ausente, por si cambias de idea? -Sacudió la cabeza para impedir cualquier comentario de Deanna-. Volveremos a hablar el lunes -añadió con tono de despedida-. Entre una grabación y otra. Digamos, a las... -se puso a pensar mientras hojeaba su agenda- once y cuarto. -Su sonrisa era de nuevo cordial cuando levantó la vista-. Si entonces sigues pensando lo mismo, no te lo discutiré. ¿Te parece correcto?

-Está bien. -Le pareció más elegante y más fácil mostrarse de acuerdo-. Nos veremos el lunes. Que tengas buen viaje.

-Así será. -Deliberadamente aguardó a que Deanna estuviera junto a la puerta-. Oh, Dee... -Sonrió y levantó un sobre de papel manila-. ¿Olvidas mi discurso?

-Tienes razón.

Deanna volvió a atravesar el cuarto para coger el sobre.

-Trata de mandármelo de vuelta antes de las nueve. Necesito descansar un rato.

Angela esperó que la puerta se cerrara para entrelazar las manos sobre el escritorio. Sus nudillos quedaron blancos por la fuerza con que lo hizo. Estuvo largo rato con la vista fija en la puerta, mientras respiraba en forma acompasada. Se dijo que no tenía sentido enfurecerse. No, no esta vez. Debía mantenerse fría, serena y concisa para repasar los hechos.

Le había ofrecido a Deanna una posición de poder, su propia amistad incondicional, su confianza. Y ella prefería leer las noticias al mediodía porque tenía un contrato, un apartamento alquilado y un hombre.

¿Podía alguien ser tan ingenuo? ¿Tan inocente? ¿Tan estúpido?

Aflojó los dedos y se obligó a reclinarse en su asiento y normalizar su respiración. Cualquiera que fuera la respuesta a esas preguntas, Deanna aprendería que nadie podía rechazar jamás a Angela.

Ya más serena, abrió un cajón y sacó la carpeta con el informe sobre Marshall. Le temblaban los labios de furia, pero terminaron con la expresión de una criatura a la que se le negaba algo. Deanna no iría con ella a Nueva York. Pero se arrepentiría.

Deanna apenas si había puesto un pie en la oficina exterior, cuando sus remordimientos se desvanecieron por una oleada de sorpresa y placer.

-Kate. Kate Lowell.

La mujer de largas piernas y mirada de gacela giró la cabeza y se apartó su gloriosa cabellera. Su cara -la tez de porcelana, los ángulos delicados, los ojos llenos de fuego y la boca generosa- era tan magnífica como famosa. Su sonrisa rápida y resplandeciente fue automática. Por encima de todo, era una actriz.

-Hola.

-Vaya si aquel aparato te arregló los dientes. -Ahora Deanna sonrió-. Kate, soy Dee. Deanna Reynolds.

-Deanna. -La tensión nerviosa debajo de su sonrisa se disolvió-. Dios, Deanna. No puedo creerlo -dijo y se echó a reír.

-Imagínate lo que siento yo. Han pasado catorce, quince años.

Para Kate, durante un momento maravilloso, fue como revivir el ayer. Recordaba las largas conversaciones, la inocencia de las confidencias.

Bajo la mirada fascinada de Cassie, las dos mujeres cruzaron la habitación y se abrazaron. Y se quedaron así un momento; apretadas con fuerza.

-Estás espléndida -dijeron las dos al unísono, y rieron.

-Es verdad -dijo Kate y se apartó un poco, pero sin soltarle la mano a Deanna-. Lo estamos. Hay un largo camino desde Topeka.

-Más largo todavía para ti. ¿Qué hace en Chicago la estrella más reciente de Hollywood?

-Negocios -dijo Kate y su sonrisa disminuyó-. Y publicidad. ¿Qué me dices de ti?

-Yo trabajo aquí.

-¿Aquí? -Lo que quedaba de sonrisa se desvaneció por completo-. ¿Para Angela?

-No. Abajo, en la sala de redacción. En *Noticias del mediodía*, ¡con Roger Crowell y Deanna Reynolds!

-No puedo creer que dos de mis personas favoritas se conozcan -dijo Angela al salir de su despacho-. Kate, querida, siento haberte hecho esperar. Cassie no me avisó que estabas aquí.

-Acabo de llegar. Mi vuelo se retrasó esta mañana, así que hoy he llegado tarde a todas partes.

-Qué terrible que hasta una mujer de tu talento se vea sujeta a los caprichos de la tecnología. Ahora dime... -Se acercó para apoyar una mano en el hombro de Deanna, como si fuera su propietaria-. ¿Cómo es que conoces a nuestra Dee?

-Mi tía vivía frente a la casa de la familia de Deanna. De niña, pasé algunos veranos en Kansas.

-¿Compañeras de juegos? -comentó Angela, y rió-. Encantador. Y Deanna no te había contado nada de su fama. Vaya por Dios.

Con un movimiento sutil, Kate cambió de lugar y Angela quedó fuera del círculo.

-¿Cómo está tu familia?

-Muy bien. -Sorprendida por la tensión que se respiraba, Deanna trató de encontrar su origen en los ojos de Kate, pero no estaba ahí-. Jamás se pierden una de tus películas. Tampoco yo. Recuerdo las obras de teatro que interpretabas en el patio de la casa de tu tía.

-Que tú escribías. Y ahora lees las noticias.

-Muchas de las cuales tú produces. Estuviste genial en *Impostura*, Kate. Lloré a mares.

-Se comenta que será nominada para un Oscar. -Angela se acercó y pasó un brazo por los hombros de Kate-. ¿Cómo podía ser de otra manera cuando Kate interpretó tan magníficamente el papel de una madre joven y heroica que lucha para conservar a su hijo?

-Las dos intercambiaron una mirada filosa como una navaja-. Yo asistí al estreno. En toda la sala no hubo un par de ojos secos.

-Bueno, imagino que sí hubo uno.

La sonrisa de Kate fue brillante y curiosamente felina.

-Me gustaría datos tiempo para poneros al día -dijo Angela y apretó el hombro de Kate-. Pero se nos está haciendo tarde.

-Bueno, entonces te dejaré ir. -Con el discurso de Angela debajo del brazo, Deanna dio un paso atrás-. ¿Cuánto tiempo estarás en Chicago?

-Me voy mañana -dijo Kate y también dio un paso atrás-. Ha sido una alegría verte.

-Para mí también. -Deanna, dolida, dio media vuelta y se alejó.

-¿No es maravilloso? -Angela le hizo a Kate un gesto para que entrara en su despacho y cerró la puerta-. Que justo te encontraras con una amiga de la infancia (que da la casualidad que es mi protegida), nada menos que en mi oficina. Dime, Kate, ¿te has mantenido en contacto con Dee? ¿Has compartido con ella todos tus secretos?

-Solo una tonta comparte sus secretos, Angela. No perdamos tiempo y vayamos al grano.

Satisfecha, Angela tomó asiento detrás de su escritorio.

-Sí, hagámoslo.

Para Finn Riley, Nueva York era como una mujer: una sirena resbaladiza y de piernas largas que sabía manejarse muy bien. Era sexy; alternatively cursi y elegante. Y Dios sabía que era peligrosa.

Tal vez por eso prefería Chicago. Finn amaba a las mujeres y tenía debilidad por las de piernas largas y tipo peligroso. Pero Chicago era un hombre corpulento y musculoso, con sudor en la camisa y una cerveza fría en sus puños. Chicago era un camorrista. Finn confiaba más en una pelea abierta que en una seducción.

Se manejaba bien en Manhattan. Había vivido allí un tiempo con su madre, durante una de las separaciones de sus padres. Había perdido la pista de cuántas separaciones hubo antes del inevitable divorcio, pero supuso que eso era por ser hijo de una pareja de abogados asesores de grandes corporaciones.

Recordaba lo razonables que ambos se habían mostrado. Tan fríos y civilizados. Y tenía presente el haber sido puesto en manos de criadas, secretarías, escuelas, supuestamente para evitarle formar parte de esa discordia de tan excelente coreografía. En realidad, él sabía que ninguno de sus padres se había sentido cómodo con un chiquillo que les hacía preguntas directas y no quedaba satisfecho con respuestas lógicas y cobardes.

De modo que vivió en Manhattan, en Long Island, en Connecticut y en Vermont. Pasó los veranos en Bar Harbor y en Martha's Vineyard. Estudió en tres de las mejores escuelas primarias de Nueva Inglaterra.

Tal vez por eso seguía siendo tan inquieto y movedizo. Tan pronto comenzaba a echar raíces en algún sitio, era una cuestión de honor para él cortarlas y dirigirse a otro.

Ahora estaba de vuelta en Nueva York. De forma transitoria. Conocía tan bien sus partes bajas como el elegante *penthouse* de su madre sobre West Central Park.

No sabía cuál prefería, como tampoco sabía si le importaba tener que trabajar algunos días en *A primera hora*.

En ese momento, Finn apartó Nueva York de su mente y se concentró en la pelota que volaba hacia su nariz. Dios sabía que ese esfuerzo, en una cancha de paddle, era un cambio bien recibido con respecto a las horas que, en los últimos cuatro días, se había pasado sentado en un sofá del plató de televisión.

Durante los siguientes cinco minutos solo existió el eco de las pelotas, el olor a sudor y el sonido de jadeos.

-Cabrón. -Barlow James se dejó caer junto a la pared cuando Finn le tiró un *smash*-. Me estás matando.

-Mierda. -Finn no se molestó en apoyarse en el muro y se dejó caer al suelo del Vertical Club. Todos los músculos le dolían-. La próxima vez traeré un revólver. Será mejor para los dos. -Tanteó en busca de una toalla y se secó la cara-. ¿Cuándo demonios piensas envejecer?

La risa de su rival rebotó en las paredes de la cancha. Barlow era un tipo musculoso de un metro ochenta de estatura, abdomen liso, pecho amplio y hombros que parecían de cemento. A los sesenta y tres años no exhibía ninguna señal de aminorar el paso. Al cruzar la cancha en dirección a Finn, se quitó la cinta naranja de su mata de pelo plateado.

-Te estás ablandando, muchacho -dijo Barlow; sacó una botella de agua mineral de su bolsa y se la arrojó a Finn, que la abrió y comenzó a beber con fruición-. He estado a punto de ganarte.

-He estado jugando con británicos -señaló Finn con una sonrisa-. No son tan malvados como tú.

-Bueno, bienvenido a Estados Unidos -agregó Barlow, le tendió una mano y lo ayudó a ponerse de pie. Era como ser sostenido por un oso amistoso-. ¿Sabes? Muchos hubieran pensado que el puesto en Londres era una promoción, incluso una jugada astuta.

-Es una bonita ciudad.

Barlow suspiró.

-Vamos a ducharnos.

Veinte minutos después, los dos se encontraban tendidos en sendas camillas para ser masajeados.

-Muy bueno el programa de esta mañana -comentó Barlow-. Tienes un buen equipo, excelentes redactores. Dale un poco de tiempo y estarás en plena competencia.

-El tiempo parece ser más corto de lo que solía ser en este negocio. Yo detestaba a los que estaban pendientes de la audiencia. Ahora vivo pendiente de ello.

-Pero al menos tienes imaginación.

Barlow no dijo nada. Finn respetó su silencio; sabía que ese encuentro informal tenía un propósito.

-Dame una opinión sobre Chicago.

-Son muy buenos -respondió Finn con cautela-. Demonios, Barlow, fuiste jefe allí más de diez años, y sabes cómo trabajamos. Tienes una sólida combinación de experiencia y sangre nueva. Es un buen lugar para trabajar.

-Los índices de audiencia de las noticias locales de la tarde son pobres. Lo que necesitamos es un anzuelo más fuerte. Me gustaría que emitieran *El programa de Angela* a las cuatro, para que arrastrara su audiencia.

Finn se encogió de hombros. No ignoraba los índices de audiencia pero detestaba su importancia.

-Angela lleva años a las nueve de la noche en Chicago y en la mayor parte del Medio Oeste. Creo que te costará trabajo lograrlo.

-Más del que crees -murmuró Barlow-. Tú y Angela... ¿ya no hay nada entre vosotros?

Finn abrió los ojos de par en par y frunció el entrecejo.

-¿Vamos a tener una conversación padre-hijo?

-Cabronazo -dijo sonriendo Barlow, pero su mirada era seria. Finn conocía esa mirada-. Me preguntaba si habríais retomado las cosas en el punto donde quedaron.

-El punto donde quedaron fue el cuarto de baño -dijo Finn secamente-. Y no las retomamos.

-Mmmm. ¿Cómo quedaron las relaciones? ¿Cordiales o tirantes?

-Públicamente cordiales. Pero en realidad me detesta.

Buenas noticias, pensó Barlow, porque le tenía afecto al muchacho, pero malas porque eso significaba que no podría usarlo. Tomó una decisión, así que se giró en la camilla y despidió a las dos masajistas.

-Tengo un problema, Finn. Es sobre un desagradable rumor que me llegó hace un par de días.

Finn se incorporó.

-¿Y quieres transmitírmelo a mí?

-Sí, y que quede entre nosotros.

-De acuerdo.

-Se dice que Angela Perkins está pensando irse de Chicago, de la CBC y de Delacort.

-Yo no he oído nada de eso. -Como cualquier periodista, Finn detestaba enterarse de cosas de segunda mano. Aunque solo se tratara de un rumor-. Mira, tiene que renovar el contrato, ¿no? Lo más probable es que haya hecho correr ese rumor para que los jefazos le ofrezcan otro vagón de oro.

-No. Lo cierto es que ella no responde. Lo que me dijeron es que su agente está dispuesto a negociar, pero me resulta dudoso. La filtración vino de Starmedia. Si ella se va, Finn, dejará un hueco muy grande.

-Eso es un problema de la división entretenimientos.

-Sus problemas son nuestros problemas. Sabes bien que es así.

-Mierda.

-Bien dicho. Te lo menciono porque creí que tú y Angela todavía...

-Pero no es así -dijo Finn y frunció el entrecejo-. Veré lo que puedo averiguar cuando vuelva allá.

-Te lo agradecería muchacho. Ahora vamos a comer algo. Así podremos hablar de las revistas de noticias.

-Yo no estoy haciendo una revista de noticias.

Era una vieja discusión, que continuaron amigablemente mientras se dirigían al vestuario.

-Hawái me parece perfecto -dijo Deanna por teléfono.

-Me alegro. ¿Qué te parecería la segunda semana de junio?

Complacida con la idea, Deanna se sirvió una taza de café y la llevó, junto con el teléfono móvil, a la mesa donde había instalado su ordenador.

-Veré cómo ando de trabajo. No me he tomado vacaciones desde que comencé en el canal, así que no creo que sea problema.

-¿Qué te parece si paso a verte? Así podremos conversar y ver algunos folletos de viaje.

Ella cerró los ojos y supo que no podía pasar por alto el insistente *blip* de la pantalla de su ordenador.

-Ojalá pudiéramos hacerlo, pero tengo que trabajar. Se ha presentado algo que me ha retrasado. -No mencionó la hora que se había pasado puliendo el discurso de Angela-. El hecho de haber tenido que conducir el noticiero este fin de semana me ató mucho. ¿Qué te parece un desayuno-almuerzo el domingo?

-¿A eso de las diez? Podríamos encontrarnos en el Drake. Así vemos un poco los folletos y decidimos qué nos gusta más.

-Perfecto. Esperaré ese momento con impaciencia.

-Yo también.

-Lamento lo de esta noche.

-No te preocupes. Yo también tengo trabajo pendiente. Buenas noches, Deanna.

-Buenas noches.

Marshall colgó. Mozart sonaba por el equipo estéreo, un fuego sereno ardía en el hogar y el aroma de aceite de limón y humo flotaba en el aire.

Después de terminar su coñac, subió a su dormitorio. Allí, mientras sonaban los violines por los altavoces empotrados, se sacó su traje a medida. Usaba ropa interior de seda.

Era una pequeña debilidad suya. Le gustaban las prendas suaves y caras. Le gustaban, reconocidamente y sin vergüenza, las mujeres. Su esposa solía bromear al respecto, y hasta apreciaba su admiración por el sexo opuesto. Por supuesto, hasta que lo encontró admirando a la joven Annie Gilby de manera íntima.

Hizo una mueca al recordar el momento en que su esposa regresó a casa de un viaje de negocios, un día antes de lo previsto. La expresión de su cara cuando entró en el dormitorio y lo pescó haciendo el amor con Annie. Había sido una terrible equivocación. Una equivocación trágica. El argumento que él esgrimió, perfectamente justificado, de que la preocupación de su esposa por su propia carrera y su desinterés en tener relaciones sexuales con él lo habían convertido en presa fácil, cayó en oídos sordos.

A ella no le importó que la muchacha lo hubiera seducido deliberadamente; que se hubiera aprovechado de sus debilidades y frustraciones. Hubo otras mujeres antes, sí. Pero fueron solamente diversiones momentáneas, discretos desahogos sexuales cuando su esposa se encontraba ausente o enfrascada en sus trabajos de decoración. Y ni siquiera valía la pena mencionarlas.

Jamás había deseado lastimar a Patricia, se dijo Marshall ahora, mientras elegía pantalones oscuros y una camisa. La había amado profundamente y la echaba muchísimo de menos.

Era un hombre que necesitaba estar casado. Que necesitaba una mujer al lado para hablar con ella, para compartir con ella su vida y su hogar. Una mujer inteligente como Patricia. Es verdad, necesitaba también el estímulo de la belleza. Eso no era un defecto. Patricia era hermosa y ambiciosa; tenía un estilo y un gusto impecables.

En suma, había sido perfecta para él. Salvo por su incapacidad para comprender algunas debilidades muy humanas. Al pescarlos a los dos, se había mostrado tan implacable como una piedra. Y él la había perdido.

Aunque seguía añorándola, comprendía que la vida seguía su curso. Ahora había encontrado a otra mujer. Deanna era hermosa, ambiciosa e inteligente. La compañera perfecta que un hombre podía desear. Y él la deseaba... la deseaba desde la primera vez que vio su rostro en la pantalla de un televisor. En este momento era más que una imagen, era una realidad, y quería ser muy cuidadoso con ella.

Sexualmente, Deanna era un poco reprimida, pero él podía ser muy paciente. La idea de alejarla de Chicago, de las presiones y distracciones, había sido brillante. Una vez ella se sintiera relajada y segura, se le entregaría. Hasta ese momento controlaría sus necesidades y frustraciones.

Pero esperaba que no tuviera que hacerlo por mucho tiempo más.

-¿Maui? -dijo Fran mientras engullía un bocado de su hamburguesa con queso-. ¿Por un fin de semana? Suena poco propio de ti, Deanna.

-¿Te parece? -Deanna hizo una pausa en su comida y lo pensó un momento-. Tal vez lo sea, pero pienso disfrutar de cada minuto de ese fin de semana. Hemos reservado una suite en un hotel que está justo sobre la playa, desde donde el folleto dice que se pueden ver las ballenas. Binoculares -dijo de pronto, y metió la mano en la cartera en busca de un bloc-. Necesito un buen par.

Fran estiró el cuello y leyó la lista que Deanna había comenzado.

-Esa es mi Deanna. ¿Te vas a comer todas estas patatas fritas?

-No, cómetelas tú.

Enfrascada ya en su lista, Deanna empujó su plato hacia Fran.

-Un fin de semana en Hawai suena bastante serio -dijo Fran mientras bañaba las patatas fritas con ketchup-. ¿Lo es?

-Podría ser. -Levantó la vista y el rubor de sus mejillas dijo más que mil palabras-. De veras, creo que podría serlo. Me siento muy cómoda con Marshall.

-Querida mía, tú te sientes cómoda hasta con un par de chinelas.

-No hablo de esa comodidad. Con él puedo distenderme. Sé que no me presionará, así que puedo... dejar que las cosas sucedan cuando a mí me apetezca. Puedo hablar con él de cualquier cosa.

Las palabras salieron rápido. Demasiado rápido, pensó Fran. Si conocía a Deanna -y la conocía bien- apostaría el sueldo de un mes a que su mejor amiga intentaba convencerse de ello.

-Marshall tiene un increíble sentido de la justicia -prosiguió Deanna-. Nos interesan las mismas cosas. Y es tan romántico... No me había dado cuenta de lo maravilloso que es que alguien me mande flores y prepare cenas con velas.

-Eso es porque siempre está buscando una trampa.

-Sí. -Deanna suspiró y cerró el bloc-. Pienso contarle lo de Jamie Thomas.

Fran extendió el brazo y cubrió la mano de Deanna con la suya.

-Bien. Eso significa que confías en él.

-Así es. Quiero una relación normal y sana con un hombre. Y por Dios que la tendré. Pero eso no podrá ser hasta que le cuente lo que me ocurrió. Mañana viene a cenar conmigo.

Fran abandonó las patatas fritas para cogerle a Deanna las dos manos.

-Si necesitas apoyo moral, no tienes más que llamarme.

-Estaré bien. Fran, debo volver -agregó tras consultar su reloj-. Tengo un flash informativo a las veinte y treinta.

-Presentarás las noticias de las diez de la noche, ¿verdad? Richard y yo te miraremos desde la cama. Y me aseguraré de que él esté desnudo.

-Gracias -dijo Deanna y sacó unos billetes para pagar la cuenta-. Eso me permitirá tener una hermosa imagen mental mientras leo las noticias.

Era casi medianoche cuando Deanna se metió en la cama. Como siempre, puso el despertador y se aseguró de que en la mesilla de noche, junto al teléfono, hubiera un bloc y un lápiz. El teléfono sonó justo cuando estaba por apagar la luz. Instintivamente, levantó el auricular con una mano y el lápiz con la otra.

-Reynolds.

-Has estado maravillosa esta noche.

Una oleada de placer la hizo sonreír mientras se reclinaba en las almohadas.

-Gracias, Marshall.

-Solo quise que supieras que te estaba mirando. Fue casi tan paradisíaco como estar contigo.

-Me alegro de saberlo. -Era una sensación maravillosa estar en la cama, medio adormilada, y oír la voz del hombre al que tal vez podría llegar a amar-. Estuve todo el día pensando en Hawai.

-Yo también. Y en ti. -En la pantalla del televisor tenía la imagen congelada de Deanna que había grabado, y se excitaba con esa imagen y su voz-. Estoy en deuda con Angela Perkins por habernos reunido.

-Yo también. Que duermas bien, Marshall.

-Lo haré. Buenas noches, Deanna.

Abrigada y contenta, Deanna colgó. Se abrazó, se echó a reír y se permitió una fantasía. Ella y Marshall caminaban por la playa mientras el sol teñía el mar de colores. Una brisa suave, palabras dulces. El cosquilleo que sentía la complació. Es normal, se dijo. Demostraba, por cierto, que ella era una mujer normal, con necesidades normales. Estaba lista para dar el siguiente paso para serlo por completo. Y se sentía impaciente.

Apenas segundos después de apagar la lámpara y acurrucarse debajo de las mantas, el teléfono volvió a sonar. Mientras reía por lo bajo, levantó el auricular en la oscuridad.

-Hola -murmuró-. ¿Has olvidado algo?

Recibió un silencio como respuesta.

-¿Marshall? Hola. ¿Quién es? -Pero el silencio continuó-. ¿Diga? ¿Quién es? -El clic le produjo un estremecimiento.

Número equivocado, se dijo al colgar. Pero sintió frío. Y tardó mucho en entrar en calor y quedarse dormida.

Otra persona estaba acostada y despierta en la oscuridad. La luz fantasmal de la pantalla del televisor era el único resplandor en el cuarto. En ella Deanna sonreía, miraba la habitación, miraba directamente a los ojos de su único espectador. Su voz, tan suave, tan seductora, sonaba una y otra vez al rebobinarse la cinta en el apartado de vídeo.

«Soy Deanna Reynolds. Buenas noches. Soy Deanna Reynolds. Buenas noches. Soy Deanna Reynolds. Buenas noches.»

-Buenas noches. -El suspiro con que le contestó fue muy leve, más bien un ronroneo de placer.

Angela había planeado meticulosamente cada detalle. De pie en el centro de su despacho, describió un lento círculo. Todo estaba listo. En el aire flotaba una leve fragancia de jazmín, proveniente de un jarrón con flores ubicado sobre la mesa, junto al sofá. Por una vez, la pantalla del televisor estaba en blanco. Los acordes suaves de una pieza de Chopin sonaban por el estéreo. Reeker había presentado un informe muy completo. Marshall Pike prefería la música clásica, un ambiente romántico y una mujer con estilo. Ella usaba el mismo traje a medida que había llevado para la grabación de aquella mañana, pero se había quitado la blusa. El cuello de la chaqueta era en V y en el escote se insinuaba encaje negro.

Exactamente a las diez en punto, contestó al timbre de su escritorio.

-Sí, Cassie.

-El doctor Pike está aquí, señorita Perkins.

-Muy bien.

Una sonrisa felina asomó en su cara al encaminarse hacia la puerta. Le gustaban los hombres puntuales.

-Marshall -dijo y extendió las manos para aprisionar la de él, mientras daba un paso adelante y ladeaba la cabeza para ofrecerle una mejilla y, de paso, darle la oportunidad de espiar ese encaje negro-. Le agradezco mucho que haya hecho tiempo para venir a verme.

-Usted subrayó que era importante.

-Y lo es. Cassie, ¿te importaría llevar estas cartas al correo? Después puedes ir a almorzar. No te necesitaré hasta la una. -Angela se volvió y condujo a Marshall a su despacho, asegurándose primero de dejar entreabierta la puerta unos centímetros-. ¿Qué puedo ofrecerle, Marshall? ¿Algo fresco? -Deslizó un dedo por su chaqueta-. ¿Algo caliente?

-Estoy muy bien así.

-Entonces sentémonos. -Ella volvió a tomarle la mano y lo guió hasta el sofá-. Me alegro muchísimo de volver a verlo.

-Yo también de verla a usted.

Con sorpresa, la vio echarse hacia atrás y también observó que la falda se le subía por el muslo cuando cruzó las piernas.

-Ya sabe lo complacida que estoy con la ayuda que me proporcionó para el programa; pero hoy le he pedido que viniera por un asunto personal.

-¿Ah, sí?

-Sé que ha estado saliendo mucho con Deanna.

-Sí, es verdad. Estaba pensando llamarla para agradecerle por haber hecho, indirectamente, que nos conociéramos.

-Yo le tengo mucho afecto a Deanna. Estoy segura de que a usted le ocurre lo mismo -agregó y le apoyó una mano en la pierna-. Toda esa energía, ese entusiasmo juvenil. Es una muchacha muy hermosa.

-Sí, lo es. Y muy dulce.

Los dedos de Angela comenzaron a acariciarle la pierna.

-Diría que no es para nada su tipo.

-No sé qué quiere decir.

-Usted es un hombre que se siente atraído por la experiencia, por cierta sofisticación. Salvo en un caso especial.

El se puso tenso.

-No sé de qué está hablando.

-Sí que lo sabe. -Su voz siguió sonando agradable, pero sus ojos se transformaron en dos navajas azules-. Lo sé todo sobre usted, Marshall. Estoy enterada de su tonto desliz con una tal Annie Gilby, de dieciséis años. Y de todas sus aventuras, diría que «pre-Deanna»,

y los arreglos con cierta mujer que vive en Lake Shore. En verdad, me he propuesto saberlo todo sobre usted.

-¿Me ha hecho seguir? -Trató de enfurecerse, pero ya el pánico era mayor que cualquier otro sentimiento. Ella podía arruinarlo con solo una mención de paso en su programa-. ¿Qué derecho tiene usted de inmiscuirse en mi vida privada?

-Ninguno en absoluto. Eso es lo que lo hace tan excitante. Y le aseguro que es excitante -agregó y se puso a jugar con el botón superior de su chaqueta. Cuando él bajó los ojos para observar aquel movimiento, ella aprovechó para mirar la hora en el reloj antiguo que había detrás de él. Las once y diez. Perfecto.

-Si cree que puede chantajearme para destruir mi relación con Deanna, está muy equivocada. -Tenía las palmas de las manos húmedas, por el miedo y por la excitación que sentía. Pero la resistiría. Debía hacerlo-. Ella no es una niña. Lo entenderá.

-Tal vez sí, tal vez no. Pero yo sí. -Mientras lo miraba a los ojos, Angela se desabrochó el primer botón de la chaqueta-. Yo sí lo entiendo a usted. Y le he dicho a mi secretaria que se vaya, Marshall... Para estar a solas contigo. ¿Por qué crees que me tomé el trabajo de averiguar cosas sobre ti?

Se desabrochó el segundo botón y jugueteó con el tercero y último.

El no estaba seguro de poder hablar. Cuando por fin pudo hacerlo, las palabras fueron como granos de sal en su garganta.

-¿Qué clase de juego es este, Angela?

-El que tú quieras. -Y con la velocidad de una serpiente se abalanzó y le mordió el labio inferior-. Te deseo susurró-. Hace mucho que te deseo. -Trepó encima de él y apretó sus pechos contra su cara-. Tú también me deseas, ¿verdad? -Angela notó que él abría la boca y tanteaba a ciegas. Ella sintió una oleada de triunfo, de poder. Había ganado-. ¿No es así?

-Sí... -dijo él y comenzó a subirle la falda hasta la cintura.

Deanna aguardó con impaciencia a que el ascensor subiera al piso 16.

En realidad no tenía tiempo para acudir a la cita con Angela, pero se sentía obligada a hacerlo por esa invencible combinación de cortesía y afecto.

Volvió a mirar su reloj mientras la gente bajaba y subía en el séptimo.

Pensó que Angela se enfadaría. Y ella no tenía modo de impedirlo. Solo confiaba en que las rosas que le llevaba suavizarían su negativa.

Le debía a Angela mucho más que unas pocas flores. Eran muchas las personas que no comprendían lo generosa y vulnerable que era Angela Perkins. Lo único que veían en ella era el poder, la ambición, la obsesión por la perfección. Si Angela hubiera sido hombre, esos rasgos habrían sido aplaudidos. Pero como era mujer, se los consideraba defectos.

Al salir del ascensor en el piso 16, se prometió que ella seguiría el ejemplo de Angela, y al demonio con las críticas.

-Hola, Simon.

-Dee. -Pasó junto a ella y de pronto se frenó en seco y retrocedió-. No es su cumpleaños, ¿verdad? Dime que no lo es.

-¿Qué? Oh. -Al ver la expresión de horror en su cara, al mirar el ramo de flores, se echó a reír-. No. Estas flores son de agradecimiento.

Simon suspiró.

-Gracias a Dios. Me habría matado si lo hubiera olvidado. Esta mañana ya estaba en plan de cortar cabezas porque su vuelo se retrasó anoche.

La sonrisa cordial de Deanna se esfumó.

-Estoy segura de que solo se sentía cansada.

Simon puso los ojos en blanco.

-Claro, está bien. ¿Quién no lo estaría? Yo me canso cuando viajo en ascensor. -Para demostrar su completa comprensión con los cambiantes estados de ánimo de su jefa, aspiró profundamente el aroma de las flores-. Bueno, me parece que este regalo la ayudará a cambiar de humor.

-Eso espero.

Deanna siguió avanzando por el pasillo y se preguntó si Angela llevaría a Simon a Nueva York. Si no se llevaba a Lew... ¿cuántos de su equipo serían descartados? Simon, el eterno soltero preocupado por detalles sin importancia, podía ser una lata pero era leal.

El hecho de saber -sin que ello supiera- que el trabajo de ese hombre corría peligro, la hizo sentirse culpable.

Cuando llegó a la oficina la encontró desierta. Intrigada, volvió a consultar su reloj. Cassie debía de haber salido a hacer algún recado. Se encogió de hombros y se acercó a la puerta del despacho de Angela.

Lo primero que oyó fue una música suave y delicada. El hecho de que la puerta estuviera entreabierta le llamó la atención. Deanna sabía que Angela era obsesiva en lo referente a tenerla cerrada, estuviera ella o no dentro. Volvió a encogerse de hombros, se acercó y llamó a la puerta suavemente.

Oyó otros sonidos, no tan suaves y armoniosos como la música. Abrió un poco más la puerta.

-¿Angela?

El nombre se le pegó en la garganta cuando vio las dos siluetas en plena lid amorosa sobre el sofá. Debería haberse alejado inmediatamente, con las mejillas arboladas por la vergüenza; pero reconoció al hombre, y el calor se convirtió en un frío helado.

Marshall tenía las manos sobre los pechos de Angela, la cara hundida en el valle que los separaba. Incluso mientras Deanna los observaba, esas manos, las que ella tanto había admirado por su elegancia, se deslizaron hacia abajo para tironear la falda de hilo.

Y en ese momento, Angela giró la cabeza con lentitud y su mirada se cruzó con la de Deanna.

Incluso en medio de su conmoción, Deanna alcanzó a ver la rápida sonrisa, y el astuto deleite antes de que se instalara la congoja.

-¡Dios mío! -exclamó Angela y se apretó contra el hombro de Marshall-. Deanna... -En su voz apareció el horror que no consiguió llevar a su mirada.

El giró la cabeza. Sus ojos oscuros se fijaron en los de Deanna. Todos los movimientos se congelaron, como si un control los hubiera fijado en una pantalla. Hasta que Deanna gritó, se dio la vuelta y echó a correr, mientras las rosas que llevaba caían a sus pies.

Jadeaba cuando llegó al ascensor. Sentía un dolor intenso en el pecho. Apretó una y otra vez el botón de bajada. Como el ascensor no llegaba, corrió hacia las escaleras. No podía quedarse quieta, no podía pensar. Bajó dando tumbos, y el instinto le impidió caerse. Sabía solamente que tenía que alejarse, y bajó piso tras piso, mientras en las paredes resonaban sus sollozos.

Ya al nivel de la calle, embistió ciegamente contra una puerta. Llorando, la empujó hasta encontrar el picaporte. Al traspasarla, se topó con Finn.

-¡Eh! -dijo él, al principio divertido. Pero cuando vio la cara de Deanna se puso serio. Estaba blanca como el papel, los ojos bien abiertos y empapados por el llanto-. ¿Te has hecho daño? -La tomó de los hombros-. ¿Qué ocurre?

-Suéltame -dijo ella y se retorció para liberarse de él-. Maldita sea, suéltame.

-No, no lo haré. -La rodeó con los brazos.

La mecío y le acarició el pelo mientras ella lloraba contra su hombro. Deanna no trató de soltarse, sino que dejó que toda la impresión y el dolor fluyeran con sus lágrimas. La presión de su pecho se alivió, del mismo modo en que una inflamación mejora con agua fría. Cuando Finn sintió que ella se calmaba, aflojó su abrazo. Con un brazo sobre los hombros de Deanna, la condujo por el parque hasta un murete de piedra.

-Sentémonos. -Sacó un pañuelo del bolsillo y se lo dio. Aunque detestaba ver llorar a una mujer, escapar lo hubiera convertido en un cobarde de la peor calaña-. Bueno, aquí puedes serenarte y contárselo todo al tío Finn.

-Vete al diablo -murmuró ella y se sonó la nariz.

-Ese es un buen comienzo. -Con suavidad, le apartó el pelo de las mejillas húmedas-. ¿Qué ha ocurrido Deanna?

Ella apartó la vista.

-Acabo de descubrir que soy una idiota. Que no sé juzgar a la gente y que no se puede confiar en nadie.

-Eso me suena como un resumen para una presentadora de noticias. -Al ver que ella no sonreía, le tomó una mano-. No llevo whisky encima, y el año pasado dejé de fumar. Así que solo puedo ofrecerte mi hombro.

-Me parece que ya lo he usado.

-Bueno, tengo otro.

Deanna se sentó más erguida y cerró los ojos un momento. Tal vez fuera una idiota, pero seguía teniendo orgullo.

-Acabo de pescar juntos a una mujer que consideraba mi amiga y a un hombre que casi consideraba mi amante.

-Vaya, eso sí que es serio. -Y no se le ocurrió suavizar el hecho-. ¿El psicólogo?

-Marshall, sí. -Le temblaban los labios. Con un esfuerzo, los controlé-. Y Angela. En el despacho de ella.

Mascullé una imprecación y Finn levantó la vista hacia las ventanas del piso 16.

-Supongo que no existe posibilidad de que hayas entendido mal la situación.

Ella se echó a reír con amargura.

-Soy una observadora entrenada. Cuando veo a dos personas, una de las cuales está medio desnuda, sobándose, sé qué ocurre. No necesito corroborarlo.

-Supongo que no -asintió él y permaneció un momento en silencio. La brisa susurraba a través del césped detrás de ellos y mecía el parterre de tulipanes que escribían CBC en un amarillo intenso-. Yo podría conseguir un equipo de personas con una cámara, luces y un micrófono, subir al piso 16 y convertir la vida de ese tipo en un infierno.

Ella volvió a reír.

-¿Y entrevistarle en la escena del crimen? Es un buen ofrecimiento.

-Realmente lo disfrutaría. -Cuanto más lo pensaba, más se convencía de que era la solución perfecta-. Doctor Pike, como respetado consejero familiar, ¿cómo explica usted que lo hayan pescado con los pantalones bajados en un despacho antes del mediodía? ¿Era una visita profesional? ¿Una nueva forma de terapia que le gustaría compartir con los telespectadores?

-No los tenía bajados... todavía -dijo ella con un suspiro-. Yo los interrumpí. Y aunque tu ofrecimiento es tentador, preferiría manejar la situación yo sola. Maldición, me han hecho sentir como una estúpida. Ella lo planeó. No sé por qué, y tampoco sé cómo, pero lo planeó. Lo vi en su ojos.

Esa noticia no lo sorprendió. Nada de lo que hacía Angela lo sorprendía.

-¿En los últimos tiempos le has dado motivos para que se enojara contigo?

-No. -Levantó una mano para apartarse el pelo y pensó. Nueva York, se dijo y estuvo a punto de reír de nuevo-. Tal vez sí. Y esta es una forma retorcida de venganza por lo que ella considera una ingratitud de mi parte. Furiosa ahora, Deanna lo miró-. Ella sabía lo que yo sentía por él, y lo usó. Qué sentido del tiempo y la oportunidad. Menos de una hora antes de que yo tenga que aparecer en pantalla. -Miró su reloj y se cubrió la cara con las manos-. Dios, solo faltan veinte minutos.

-Tranquilízate. Le diré a Benny que estás enferma. Te conseguirán un sustituto.

Por un momento, Deanna tomó en cuenta su ofrecimiento. Pero entonces recordó la sonrisa satisfecha de Angela.

-No. Ella lo disfrutaría demasiado. Puedo cumplir con mi trabajo.

Finn la observó. Tenía las mejillas surcadas por lágrimas y sus ojos lucían enrojecidos e hinchados, pero estaba decidida.

-En Kansas las crían muy valientes -dijo él con tono de aprobación.

Ella levantó un poco el mentón.

-Ya lo creo que sí -afirmó.

-Te acompaño a la sala de maquillaje.

Ella no dijo nada hasta que cruzaron el parque y traspusieron la puerta.

-Gracias.

-De nada.

Mantuvo con ella una conversación intrascendente hasta que llegaron a la sala de maquillaje. Le llevó hielo para los ojos, agua para la garganta, y después se quedó para charlar mientras ella disimulaba con cosméticos lo peor del daño. Pero él pensaba, y sus pensamientos no eran nada bondadosos.

-Así está bastante bien -dijo-. Ponte un poco más de colorete.

Finn tenía razón. Deanna se pasó la brocha por las mejillas. Y entonces vio el reflejo de Marshall en el espejo. La mano le tembló antes de apartar la brocha.

-Deanna, te he estado buscando.

-¿Ah, sí? -Sintió que Finn se replegaba junto a ella, como un leopardo a punto de saltar sobre su presa, y le puso una mano sobre el brazo. Con un estremecimiento, ella comprendió que atacaría a ese hombre ante la menor señal suya, idea que no era tan poco atractivo como ella quisiera pensar-. Yo he estado aquí -dijo con frialdad-. Tengo que hacer mi programa.

-Ya lo sé. Yo... -La miró con expresión suplicante-. Te esperaré.

-No es necesario. -Qué extraño, pensó. Se sentía poderosa. Invencible. No parecía existir ninguna relación entre la mujer que era en ese momento y la que había salido corriendo y llorando del despacho de Angela-. Puedo concederte un par de minutos. -Con calma, se irguió y miró a Finn-. ¿Te importaría dejarnos a solas?

-Claro. -Extendió el brazo y le levantó un poco el mentón con los dedos-. Te ves muy bien, Kansas.

Y con una gélida mirada a Marshall, salió del cuarto.

-¿Era necesario meterlo a él en un asunto privado nuestro?

Deanna lo interrumpió con una mirada.

-¿Realmente tienes el descaro de criticarme en un momento como este?

-No. -Marshall dejó caer los hombros-. No, por supuesto que no. Tienes razón. Es solo que esta situación ya me resulta suficientemente difícil y embarazosa sin que corra la voz por toda la sala de redacción.

-Finn tiene cosas más importantes de que hablar que tu vida sexual, Marshall. Te lo aseguro. Ahora, si tienes algo que decir, será mejor que lo digas. Solo me quedan unos minutos.

-Deanna -dijo él, dio un paso adelante y habría extendido los brazos hacia ella si el fulgor en sus ojos no le hubiera advertido que no lo hiciera-. No tengo excusa para lo que sucedió., o casi sucedió. Pero quiero que sepas que no hay nada entre Angela y yo. Fue solo un impulso -prosiguió hablando rápido al ver que Deanna permanecía callada-. Fue algo puramente físico y sin ninguna importancia. No tuvo nada que ver con lo que siento por ti.

-Estoy segura de que no -dijo ella-. Y te creo. Creo que fue una reacción sexual e impulsiva, sin importancia.

Marshall sintió alivio. No la había perdido. Se le iluminaron los ojos y extendió los brazos.

-Sabía que lo entenderías. Desde el momento en que te vi por primera vez supe que eras una mujer suficientemente generosa para aceptarme y comprenderme. Por eso tuve la certeza de que éramos el uno para el otro.

Inmóvil como una estatua, ella lo miró.

-Aparta tus manos de mí-dijo.

-Deanna. -Marshall aflojó apenas la presión de sus manos.

-He dicho que me sueltes -insistió ella. Una vez libre, retrocedió y respiró hondo-. Y he dicho que te creía, Marshall, y es verdad. Lo que hiciste con Angela no tuvo nada que ver con tus sentimientos hacia mí. Sin embargo, tuvo todo que ver con lo que yo sentía por ti. Confié en ti, y has traicionado esa confianza. Eso hace que sea imposible que nos separemos como amigos. De modo que, sencillamente, nos separaremos.

-En este momento te sientes herida -dijo él-, y eso te hace no ser razonable. -Era como con Patricia, pensó. Tan parecido a lo de Patricia.

-Sí, estoy dolida. Pero soy muy razonable. Tengo por costumbre ser razonable. Notarás que no te estoy diciendo todos los insultos que se me cruzan por la cabeza.

-Consideras esto culpa mía. Como una debilidad. -Al confiar en su habilidad como mediador, Marshall cambió de táctica-. Lo que todavía no has podido ver es tu parte en lo ocurrido. Tu responsabilidad. Estoy seguro de que concuerdas conmigo en que ninguna relación exitosa es fruto de los esfuerzos de una sola parte. Todas las semanas que hemos salido juntos yo me he mostrado paciente y esperado que tú permitieses que nuestra relación avance hacia la fase natural y muy humana del placer físico.

Deanna no creía que él pudiera volver a lastimarla. Pero se equivocaba.

-¿Me estás diciendo que porque no quise acostarme contigo, te obligué a caer en brazos de Angela?

-No estás viendo los matices, Deanna -dijo él con voz paciente-. Yo respeté tus deseos, tu necesidad de un progreso lento. Al mismo tiempo, a mí me resulta imprescindible satisfacer mis propias necesidades. Angela fue sin duda un error...

Ella asintió.

-Comprendo. Me alegro de que esto se haya aclarado, Marshall, antes de haber ido más lejos. Ahora me mostraré muy razonable al decirte que te vayas a la mierda. -Y avanzó hacia la puerta, pero él le bloqueó el paso.

-Todavía no hemos terminado, Deanna.

-Yo he terminado contigo, y eso es lo único que cuenta. Los dos cometimos una equivocación, Marshall, una equivocación muy grande. Ahora apártate de mi camino, y mantente lejos antes de que yo corneta otra equivocación cuando te arranque la piel a tiras.

Muy tieso, él se hizo a un lado.

-Hablares de esto cuando te hayas tranquilizado.

-Pero si estoy tranquila -murmuró Deanna al dirigirse al estudio-. Estoy muy tranquila, grandísimo hijo de puta.

Trasapó las puertas del estudio y ocupó su lugar detrás del escritorio del presentador de las noticias.

Finn la observó durante todo el primer bloque. Cuando se convenció de que estaba tranquila y controlaba la situación, salió y se dirigió al ascensor.

Mientras celebraba su éxito con una copa de champán, Angela vio las noticias del mediodía en su oficina. No le importaban las palabras ni las imágenes, lo que le interesaba, incluso la fascinaba, era Deanna. Tenía un aspecto sereno y dulce... salvo por los ojos. Angela se habría sentido muy decepcionada si no hubiera notado la furia reprimida en su mirada.

-Fue un golpe directo -murmuró, encantada.

Yo gano, pensó de nuevo, pero no pudo evitar sentir admiración por Deanna.

Acurrucada en el sillón de cuero detrás del escritorio, bebió y sonrió, y por último levantó su copa en un brindis silencioso por Deanna.

-Tiene estilo, ¿verdad? -preguntó Finn desde la puerta.

Angela siguió bebiendo y observando atentamente la pantalla.

-Ya lo creo. Podría llegar muy lejos con un buen maestro.

-¿Ese es el papel que te has adjudicado? -Finn cruzó la habitación, rodeó el escritorio y se paró detrás del sillón de Angela-. ¿Piensas enseñarle las cosas a tu manera, Angela?

-Mi manera funciona. Dee sería la primera en contarte lo generosa que he sido con ella.

-Te da miedo, ¿no es así?

Colocó las manos sobre los hombros de Angela y la sostuvo con firmeza para que los dos viesen la imagen de Deanna.

-¿Por qué habría de asustarme?

-Porque tiene algo más que estilo. Tú ya tienes suficiente como para que eso te preocupe. Ella tiene inteligencia, pero tú también la tienes. Pero ella te supera, Angela. Porque tiene clase. Es algo innato en ella. Sus dedos se clavaron más cuando Angela intentó moverse. El ignoraba con cuánta precisión había dado en el blanco-. Eso es algo que tú jamás tendrás. Por más que te pongas tus perlas y tus trajes de mil dólares, eso no significa nada. Porque la clase es algo que no se puede poner si no se posee. No se puede comprar ni simular. Hizo girar el sillón para que quedaran frente a frente-. Jamás tendrás eso. Por eso ella te asusta, y tuviste que encontrar la manera de demostrarle quién era la que mandaba.

-¿Ella acudió enseguida a ti, Finn? -Se sentía muy alterada, mucho más de lo que se atrevía a reconocer, pero levantó su copa y bebió con delicadeza, aunque tuvo la sensación de que ahora la bebida era más una ayuda-. ¿Estaba desesperada y acudió llorando a ti para que la consolaras?

-Qué gran hija de puta eres Angela.

-Siempre te gustó esa faceta mía. -Se encogió de hombros-. Lo cierto es que lamento haberla herido así. Es obvio que Marshall no era el hombre que le convenía, pero sé que Deanna lo quería mucho. Pasó que sencillamente él se sintió atraído por mí, y yo por él -explicó, como para convencerse a sí misma de que era así-. Pero las cosas se salieron de control y yo me culpo absolutamente de ello. Fue un accidente, algo que ocurrió sin que me lo propusiera.

-Y un cuerno. Tú ni siquiera respiras sin pensarlo antes.

-No estés celoso, Finn.

-Qué patética eres. ¿Creíste que con esa estratagema la doblegarías?

-Si ella lo hubiera amado, sí. De modo que quizá le hice un favor.

El se echó a reír.

-Sí, quizá sí. Pero en realidad me hiciste un favor a mí. La deseo, y tú me despejaste el camino.

No hizo falta que él tratara de esquivar la copa que Angela le arrojó: fue a dar contra la ventana, a quince centímetros de su cabeza. El cristal se hizo pedazos. Encantado, Finn se metió las manos en los bolsillos.

-Sigues teniendo mala puntería.

Ya no había risas, ni el arrepentimiento que ella había tratado de convencerse de que sentía. Solo había furia.

-¿Crees que ella te aceptará cuando escuche todo lo que yo puedo contarle sobre ti?

-Crees que te escuchará después de lo que hiciste? Esta vez has ido demasiado lejos. No vendrá llorando a ti. Capeará la tormenta y saldrá más fortalecida. Y tú tendrás que empezar a cuidarte las espaldas.

-¿Acaso piensas que puede preocuparme una insignificante lectora de noticias? Solo tengo que hacer una llamada y la despedirán. Así como así -dijo y chasqueó los dedos-. ¿Quién crees que ha sacado a flote este canal durante los últimos dos años? ¿Adónde crees que irá cuando yo me haya ido?

-De modo que te vas... Bueno, felicidades y bon voyage.

-Así es. Cuando empiece la nueva temporada estaré en Nueva York, y mi programa será producido por mi propia compañía. Las emisoras de la CBC se arrastrarán y tendrán que pagar lo que yo pida para poner al aire mi programación. En dos años seré la mujer más poderosa de la televisión.

-Es posible -convino él-. Por un tiempo.

-Seguiré estando en la cima de los índices de audiencia cuando tú trates de conseguir un espacio de dos minutos en las noticias de última hora. -Angela temblaba, su furia acicateada por una oleada de inseguridad-. La gente me quiere. Me admira. Me respeta.

-Yo también... antes.

Ambos giraron la cabeza hacia la puerta, donde se encontraba Deanna, pálida debajo de su maquillaje. Notó, sin sorpresa, que Angela había salvado la mayor parte de las rosas y las había colocado en un lugar prominente del escritorio.

-Deanna. -Con lágrimas en los ojos, Angela cruzó la habitación hacia ella-. No sé cómo disculparme.

-Por favor, no lo hagas. Puesto que solo estamos aquí los tres, creo que podemos ser sinceros. Sé que planeaste todo el episodio, que arreglaste las cosas para que yo entrara aquí en el momento justo.

-¿Cómo puedes decir una cosa así?

-Vi la expresión de tu cara. -Le falló un poco la voz, pero se serenó. Estaba decidida a no perder el control-. Te vi la cara -repitió-. No estoy segura de si fue porque querías demostrarme que me equivocaba con respecto a Marshall, o porque yo no quise aceptar tu ofrecimiento. Tal vez fue una combinación de ambas cosas.

-Deberías conocerme mejor.

-Sí, debería haberte conocido mejor. Pero quería creer en ti. Quería sentirme halagada por tu amistad, pensar que habías visto algo en mí. Así que me quedé en la superficie.

-De modo que estás dispuesta a renunciar a nuestra amistad por culpa de un hombre.

-No. No lo hago por ningún hombre sino por mí. Quería que lo supieras.

-Te di mi tiempo, mi ayuda, mi afecto -saltó Angela-. Nadie me rechaza.

-Entonces supongo que soy la primera. Buena suerte en Nueva York.

Y muy buen libreto el mío, se dijo Deanna al abandonar la habitación. Un libreto excelente.

-No olvides cuidarte las espaldas -le aconsejó Finn a Angela al cerrar la puerta tras de sí.

ANGELA CAMBIA CHICAGO POR LA GRAN MANZANA
LA REINA DE LA TV EN NUEVA YORK.
CONTRATO MULTIMILLONARIO
PARA LA RUBIA FAVORITA DE CHICAGO

Los titulares aparecieron en todos los periódicos, incluso en los más serios como el *Chicago Tribune*, el *New York Times* y el *Washington Post*. Durante un día soleado de junio, los comentarios sobre el monto récord del contrato de Angela superaron a temas más inquietantes como la economía y el Oriente Medio.

Angela se sentía en su elemento.

Con la majestuosidad de una reina, concedió entrevistas, recibió a un equipo de periodistas de *People* en su casa, conversó por teléfono con Liz Smith. Apareció la noticia en *Variety* y una nota de varias páginas en *McCall's*.

Finalmente, a fuerza de mucho trabajo, ambición y agallas, obtuvo lo que siempre había deseado: ser el centro de atención de todo el mundo.

Tuvo la astucia necesaria para expresar solamente palabras de elogio para la CBC, Delacort y Chicago. Hasta derramó algunas lágrimas en *Entertainment Tonight*.

Y su servicio de prensa recogió cada palabra, cada centímetro impreso publicado sobre ella.

Entonces, en medio del bullicio, propinó su *coup de grace*: las últimas seis semanas de contrato se las tomaría como vacaciones.

-Angela sí que sabe apretar los tornillos -comentó Fran.

-Eso no es lo peor -dijo Deanna mientras caminaba por el salón del apartamento de Fran-. Ha despedido a la mitad de su equipo. La otra mitad tiene que elegir entre abandonar la CBC y mudarse a Nueva York o buscarse otro empleo. Y en este momento no hay demasiado trabajo.

-Es obvio que no lees los periódicos. El gobierno asegura que no estamos en recesión. Dice que eso es solo fruto de nuestra imaginación.

Nada divertida, Deanna tomó un libro de nombres para bebés y se lo golpeó contra la palma de la mano mientras seguía caminando por el cuarto.

-Vi la cara de Lew McNeil cuando abandonó ayer el edificio. Por Dios, Fran, trabajó con Angela seis años, y ella lo despidió de un día para otro.

-Lo siento -dijo Fran-. Lo siento por todos ellos. Los que trabajan en televisión saben que por lo general impera el juego sucio. Pero tú me preocupas más. ¿Marshall sigue llamándote?

-Ya no me deja mensajes en el contestador -dijo Deanna y se encogió de hombros-. Creo que finalmente comprendió que no contestaría sus llamadas. Pero sigue enviándome flores, ¿puedes creerlo? Está convencido de que así terminará por olvidar lo ocurrido.

-¿Quieres que hablemos mal de los hombres? Richard está jugando al golf en este momento, así que no tendrá oportunidad de ofenderse.

-No, gracias.

-Te cuento, Dee, que Richard se está poniendo muy formal. Ya sabes, golf los sábados, trajes de tres piezas. La casa que estamos por comprar en los suburbios. Dios, pensar que solíamos ser rebeldes. Y ahora, en cambio... -Se estremeció

Deanna se echó a reír y se sentó en el suelo con las piernas cruzadas.

-Lo creeré cuando os compréis un Volvo.

-El otro día estuve a punto de comprar uno de esos autoadhesivos de «Bebé a bordo» para poner en la luneta del coche. Por suerte, recuperé la cordura a tiempo.

-Entonces todo está bien. No te he preguntado cómo te sientes.

-Fabulosamente bien. En el trabajo, las mujeres que han tenido hijos me miran con una mezcla de burla y envidia. Todas tienen historias horripilantes con respecto al embarazo: náuseas, desmayos, retención de líquidos. Y yo me siento como Rocky. Como si pudiera correr kilómetros sin siquiera transpirar. ¿Qué te parece?

Durante los minutos que siguieron permanecieron en silencio.

-Fran, he estado pensando.

-Me preguntaba cuándo llegarías a eso. Si hasta me parecía ver la idea saltando en tu mente.

-Podría ser impracticable -dijo Deanna-. Demonios, podría ser imposible. Cuando te lo haya contado, quiero que seas franca conmigo.

-Está bien -dijo Fran-. Adelante, te escucho.

-Delacort, la empresa con la que Angela trabajaba, se encontrará con un gran hueco en su programación y en sus ingresos. Estoy segura de que podrá cubrirlo en forma adecuada, pero... ¿sabías que el gerente general de Delacort es el segundo marido de Angela?

-Por supuesto. Loren Bach. -Aparte de las ocasionales novelas de misterio, la lectura favorita de Fran eran las revistas de cotilleos, y no se avergonzaba de ello. Si uno quería saber qué celebridad estaba haciendo tal cosa, con quién y dónde, no había más que preguntárselo a Fran-. Se casaron en cuanto ella dejó a su primer marido, el magnate inmobiliario. Sea como fuere, Loren Bach invirtió mucho dinero y trabajo en nuestra muchacha. La convirtió en una estrella.

-Y pese a que corrieron algunos rumores y comentarios en las columnas de chismes de la farándula diciendo lo contrario, supuestamente se separaron de forma amistosa. -Eso era lo que Deanna había leído-. Pero conociendo a Angela como ahora la conozco, realmente lo dudo mucho.

Fran levantó las cejas.

-Se dice que el acuerdo le costó a él por lo menos dos millones de dólares, además de la casa y el mobiliario, así que en total calculo cuatro millones. Y no creo que a Bach le quedara demasiado afecto residual por nuestra heroína.

-Exactamente. Y Bach es amigo desde hace mucho de Barlow James, el presidente de la división noticias de la CBC. Y al señor James le gusta mi trabajo.

-¿Y entonces? -preguntó Fran.

-Bueno, tengo algo de dinero ahorrado, y también algunas conexiones. -La sola idea le aceleró tanto los latidos del corazón que tuvo que apretárselo con la mano para aquietarlo. Deseaba aquello mucho, quizá demasiado. Lo suficiente como para saltarse varios pasos del plan que había diseñado con tanto cuidado para su carrera-. Quiero alquilar un estudio, grabar una cinta. Y mandársela a Loren Bach.

-Dios. -Fran se reclinó en el sofá-. ¿Eres tú la que habla?

-Sé que suena descabellado, pero lo he estado pensando mucho. Bach hizo que Angela pasara de un programa modesto y local a un éxito a nivel nacional. Podría hacerlo de nuevo. Yo podría reunir varios clips de *El rincón de Deanna* y mis informes periodísticos. Creo que puedo conseguir que Barlow James me respalde. Si tuviera un programa piloto, algo simple e ingenioso, quizá tenga posibilidades. -Se puso de pie de nuevo, demasiado nerviosa para permanecer sentada-. El momento es perfecto. Delacort todavía se tambalea por el impacto de la desertión de Angela, y aún no tienen preparado un sucesor. Si lograra convencerlos de que me dieran una oportunidad en un programa local, y un puñado de mercados en el Medio Oeste, sé que tendría éxito.

Fran suspiró y tamborileó los dedos sobre su abdomen.

-Sí, suena descabellado. Y me encanta. -Dejó caer la cabeza hacia atrás y se echó a reír-. Es suficientemente loco como para que funcione.

-Yo lo haré funcionar. -Deanna se acercó al sofá, se puso en cuclillas frente a Fran y la tomó de las manos-. Sobre todo si cuento con una productora experimentada.

-Cuenta conmigo. Pero piensa en el coste del estudio, los técnicos; incluso en el de un equipo de producción ajustado. Es un gran riesgo.

-Estoy dispuesta a correrlo.

-Richard y yo tenemos algunos ahorros.

-No. -Emocionada y agradecida, Deanna sacudió la cabeza-. En absoluto no. No ahora que está en camino mi ahijado. Aceptaré tu inteligencia, tu respaldo y tu tiempo, pero no tu dinero. -Después de palmear el abdomen de Fran, se puso de pie-. Créeme, esas tres cosas son mucho más importantes.

-Está bien. ¿Cuál es tu proyecto, tu tema y tu público?

-Quiero algo sencillo, cómodo. Hacer lo que mejor hago, Fran: hablar con la gente. Conseguir que hablen conmigo. Me hará falta un par de sillones mullidos y cómodos. Dios sabe que de todos modos necesito muebles nuevos. Pero me propongo hacer algo íntimo, cordial.

-Y divertido -dijo Fran-. Si tu enfoque no busca las lágrimas ni la angustia, inclínate por lo divertido. Algo que atraiga al público.

-Pensé recurrir a algunos de los invitados que tuve en *El rincón de Deanna*. Hacer algo así como *La mujer en el arte*.

-No está mal, pero es poco interesante. Y pretencioso. No creo que lo mejor para una *demo* sea presentar intelectuales, sobre todo del mundo del arte -dijo Fran y pensó en las distintas posibilidades-. El año pasado hicimos en *Temas de mujeres* una sección sobre las novedades que se usan. Y salió muy bien.

-¿Te refieres a algo así como «lo de antes y lo de ahora»?

-Sí, las novedades en maquillaje y peinados. Es divertido. Algo así como un programa de modas. ¿Qué novedades hay? ¿Qué se usará este verano? ¿Cuáles son las últimas tendencias de la moda? Conectarnos con Marshall Field's y que ellos presenten los estilos del verano: modelos para ir al trabajo, trajes de noche, ropa de deporte.

Con los ojos entrecerrados, Deanna trató de visualizarlo.

-Sí, e incluir zapatos y accesorios, con un coordinador de modas. Después elegimos mujeres del público.

-Exactamente. Mujeres reales, no cuerpos perfectos.

Entusiasmada con la idea, Deanna buscó su bolso y sacó un bloc.

-Tendremos que elegir las antes, para que el coordinador de modas tenga tiempo de buscarles la ropa y el maquillaje adecuados.

-Después les damos, por ejemplo, un vale de cien dólares para una de las grandes tiendas.

-Cómo parecer de un millón por solo cien dólares o menos.

-Sí, me gusta -subrayó Fran-. Realmente me gusta.

-Tengo que volver a casa -dijo Deanna y se puso de pie-. Y hacer unas llamadas. Tenemos que movernos deprisa.

-Cariño, jamás te he visto moverte de otra manera.

Aquello exigía a Deanna trabajar dieciocho horas por día, la totalidad de sus ahorros y cierta dosis de frustración. Como solamente pudo conseguir una semana libre en sus obligaciones con la CBC, no dormía. Alimentada con café y ambición, siguió con el proyecto. Reuniones con el departamento de promoción de Marshall Field's, llamadas a los encargados de relaciones públicas, horas de búsqueda de los accesorios adecuados.

Quizá el primer programa de *La hora de Deanna* tendría que ser producido con muy poco dinero, pero el objetivo era que no lo pareciera. Deanna supervisó cada paso y cada etapa. Aunque terminara siendo una derrota o una victoria, estaba decidida a que llevara su marca.

Regateó, ofreció canje, suplicó y pidió prestado. Consiguió un juego de sillones, cincuenta sillas plegables, arreglos florales, equipos.

La mañana de la grabación, el pequeño estudio que había alquilado era un caos. Los técnicos de iluminación gritaban órdenes y sugerencias mientras hacían los ajustes de último momento. Las modelos estaban apiñadas en un camerino diminuto, y hacían malabarismos para conseguir vestirse. El micrófono de Deanna entró en cortocircuito, y el florista entregó una corona para un entierro en lugar de cestas con pimpollos de flores.

«En memoria de Milo.» Deanna leyó la tarjeta y soltó una breve risa histérica

-Dios santo, ¿qué más?

-Lo solucionaremos. -En el control de la situación, Fran intervino-. Ya he enviado a Vinnie, el sobrino de Richard, en busca de cestas. Sacaremos las flores de la corona y las arrojaremos a las cestas como al descuido. Quedará fantástico -dijo con desesperación-. Será un arreglo natural.

-Eso espero. Nos queda menos de una hora. -Hizo una mueca al oír el ruido de una silla plegable que se caía-. Si nadie aparece como público, será un desastre.

-Vendrán -dijo Fran y atacó los gladiolos-. Todo saldrá bien. Entre las dos nos hemos puesto en contacto con todas las organizaciones femeninas del condado. Las cincuenta entradas ya han sido repartidas. Podríamos haber conseguido el doble de público si hubiésemos tenido un estudio más grande. No te preocupes.

-Tú estás preocupada.

-Es la tarea de un productor. Ve a cambiarte y péinate. Imagina que eres una gran estrella.

-¿Señorita Reynolds? ¿Deanna?

La asesora de modas, una mujer pequeña y vivaz, con una sonrisa permanente en la boca, le hizo señas desde fuera del decorado.

-La mataré -dijo Deanna en voz baja-. En serio, la mataré.

-Ponte en la cola -dijo Fran-. Si ha vuelto a cambiar de idea sobre la ropa, yo haré el primer disparo.

-¿Deanna?

-Sí, Karyn. -Deanna se obligó a sonreír y giró la cabeza-. ¿Qué puedo hacer por usted?

-Tengo un pequeño problema. ¿Los shorts en color anaranjado?

-¿Sí, qué pasa? -Deanna hizo chirriar los dientes. ¿Por qué tenía esa mujer que convertir cada afirmación en una pregunta?

-No le quedan bien a Mónica. No sé yo en qué estaba pensando. ¿Le parece que podríamos hacer que alguien corriera a la tienda y trajera el mismo conjunto en color berenjena?

Antes de que Deanna pudiera abrir la boca, Fran se adelantó.

-Le diré lo que haremos, Karyn. ¿Por qué no llama por teléfono a la tienda y pide que alguien traiga aquí el conjunto?

-Oh -dijo Karyn y parpadeó-. Supongo que podría, ¿no? Dios mío, tengo que darme prisa. Ya casi es la hora del programa.

-¿De quién fue la idea de hacer un programa sobre modas?

Fran retomó la tarea de dismantelar la corona para entierro.

-Debe de haber sido tuya -dijo-. A mí jamás se me habría ocurrido algo tan complicado. Ve a arreglarte. No creo que puedas dar indicaciones sobre moda con Jersey y rulos en la cabeza.

-Tienes razón. Si voy a arrojar una bomba, más vale que lo haga con elegancia.

El camerino de Deanna era del tamaño de un armario, pero tenía lavatorio, baño y espejo. Sonrió al ver la enorme estrella dorada que Fran había adherido a la puerta.

Tal vez fuera solo un símbolo, pensó mientras pasaba un dedo por el papel metálico, pero era un símbolo. Ahora tenía que ganársela.

Aunque todo fracasara, conservaría el recuerdo de tres semanas increíbles. El entusiasmo y el apuro para tratar de organizar el programa, la fascinación y el esfuerzo de ocuparse de todos los detalles. Y la certeza de que eso era exactamente lo que quería hacer con su vida. A lo cual se sumaba, sorprendentemente, el hecho de que muchas personas creían que ella podía hacerlo.

Hubo datos del realizador de la CBC, consejos de Benny y de otros integrantes de la producción. Joe había aceptado dirigir el equipo de cámaras y persuadido a algunos de sus compañeros para ayudar con el sonido y la iluminación. Jeff Hyatt se ocuparía del montaje y de la parte gráfica.

Ahora era el momento de ganarse la confianza de todos... o perderla.

Se estaba poniendo un pendiente y dándose ánimos cuando oyó golpes en la puerta.

-¡No me digáis nada! -gritó-. El conjunto berenjena tampoco le queda bien y tenemos que conseguir uno color tomate, ¿verdad?

-Lo siento -dijo Finn y abrió la puerta-. No he traído comida.

-Oh -exclamó ella, se le cayó el tornillo del pendiente y lanzó una imprecación-. Creí que estabas en Moscú.

-Lo estaba. -Se apoyó en el umbral de la puerta mientras ella buscaba la pequeña tuerca de oro-. Y mira lo que ocurre cuando me voy por un par de semanas. Protagonista principal de los rumores de la sala de redacción.

-Fantástico -comentó Deanna y terminó de ponerse el pendiente-. Debo de estar loca para empezar esto.

-Imagino que pensabas con claridad. -Finn se dijo que ella estaba fabulosa. Nerviosa, pero en funcionamiento y lista-. Viste una puerta abierta y decidiste que podías ser la primera en traspasarla.

-En este momento me parece más una ventana abierta. En el último piso.

-Solo preocúpate de aterrizar de pie. ¿Cuál es el tema de programa?

-Es un programa de modas, con participación del público.

-¿Un programa de modas? ¿Con tus antecedentes como periodista?

-Aquí no se trata de noticias, sino de entretenimiento. Eso espero. ¿No tienes que cubrir una guerra o algo así?

-No por el momento. Pensaba quedarme por aquí un rato, y después volver a la sala de redacción. Dime una cosa. -Le puso una mano en el hombro para serenarla-. ¿Haces esto por ti o para irritar a Angela?

-Por las dos cosas. Pero sobre todo por mí.

-Muy bien. -Sintió la energía y los nervios que vibraba contra su mano-. ¿Cuál es el siguiente paso?

Ella lo miró de reojo y vaciló.

-¿Confidencialmente?

-Confidencialmente.

-Una reunión con Barlow James. Y, si consigo su respaldo, iré a ver a Bach.

-De modo que no piensas jugar en segunda división.

-No por mucho tiempo -afirmó y suspiró-. Hace un minuto creí que me moriría. Ahora me siento bien. Estupendamente bien.

-¡Dee! -Mientras se colocaba los auriculares, Fran corría por el estrecho pasillo-. El estudio está repleto. No queda ni un asiento libre. Las tres mujeres que elegimos de la Sociedad Histórica del Condado de Cook están histéricas. No pueden esperar a que empiece el programa.

-Entonces no las hagamos esperar.

-Está bien. Podemos empezar cuando estés lista.

Dejó que Fran motivara al público; se puso a un costado del estudio y escuchó las risas y los aplausos. Sus nervios habían desaparecido. En cambio, sentía una energía tan grande que le costaba quedarse quieta. Impulsada por ella, hizo su entrada y se sentó en su sillón, debajo de las luces y frente a la cámara.

Se oyó la cortina musical, gentileza de Vinnie, sobrino de Richard y aspirante a músico. Fuera de cámara, Fran pidió aplausos a la audiencia. Se encendió la luz roja.

-Buenos días. Soy Deanna Reynolds.

Sabía que fuera del plató había un caos: complicados cambios de ropa, órdenes impartidas a gritos, los inevitables inconvenientes. Pero ella sentía que controlaba la situación: conversaba amigablemente con la detestable Karyn y después caminaba entre el público en busca de opiniones mientras las modelos presentaban la ropa.

Casi podía olvidar que era una demo de la cual dependía su carrera y no una travesura mientras reía con una mujer del público a causa de un par de shorts diminutos de tela a lunares.

Parece una mujer que entretiene a sus amigas, pensó Finn al vagabundear por el fondo del estudio. Como periodista implacable, con un desprecio natural por lo frívolo, no podía decir que estuviera particularmente interesado en el tema. Pero, al margen de sus gustos, el público estaba fascinado. Vitoreaba y aplaudía, profería exclamaciones de asombro y después las equilibraba con gruñidos divertidos cuando un atuendo no le satisfacía.

Y, sobre todo, las espectadoras mantenían una relación muy especial con Deanna. Y ella con su público; en la manera en que le pasaba el brazo a una de las presentes, establecía contacto visual con otra o daba un paso atrás para permitir que sus invitadas estuvieran bajo los focos.

Finn decidió que Deanna había logrado trasponer la puerta, y sonrió para sí. Se le ocurrió que no estaría de más llamar por teléfono a Barlow James, y sostener la puerta un poco más abierta.

Angela caminó por el enorme salón de su nuevo *penthouse*.

Sus tacones repiquetearon en el parquet, se amortiguaron sobre las alfombras, y volvieron a resonar sobre los suelos de cerámica cuando se alejó de un sillón junto a la ventana. Mientras caminaba, fumaba con furia.

-Está bien, Lew. -Más tranquila, se detuvo frente a una mesa baja y apagó el cigarrillo en un cenicero de cristal-. Dime por qué crees que puede interesarme una cinta casera de una presentadora de noticias de segunda categoría.

Lew se movió con incomodidad en su asiento.

-Creí que te gustaría estar enterada. -Advirtió el tono lastimero de su propia voz y bajó los ojos. Detestaba lo que estaba haciendo, pero tenía dos hijos en la universidad, una cuantiosa hipoteca y la amenaza de quedar sin empleo-. Deanna alquiló un estudio, contrató técnicos, pidió favores. Consiguió unos días de licencia en la sala de redacción y montó un programa de cincuenta minutos, y una cinta con fragmentos de su material viejo. Me han dicho que el programa es bastante bueno.

-¿Bastante bueno? -El desprecio en la voz de Angela fue tan filoso como un bisturí-. ¿Y por qué tendría yo interés en algo «bastante bueno»? ¿Por qué habría de interesarle a alguien? Los aficionados tratan todo el tiempo de meterse en el mercado. Eso no me preocupa.

-Ya lo sé... quiero decir que se comenta que vosotras tuvisteis una fuerte discusión.

-¿Ah, sí? -La sonrisa de Angela fue helada-. ¿Has venido en avión desde Chicago para contarme los últimos chismes de la CBC, Lew? No es que no aprecie tu gesto, pero me parece un poco exagerado.

-Supuse que... -Respiró hondo y se pasó la mano por su pelo ralo-. Sé que le ofreciste mi puesto a Deanna.

-¿En serio? ¿Te lo dijo ella?

-No. -El poco orgullo que le quedaba salió a la superficie. La miró a los ojos-. Pero se filtró. Tal como se filtró que ella rechazó tu oferta. -Vio un destello familiar en los ojos de Angela-. Y ahora -se apresuró a continuar-, después de trabajar contigo durante tantos años, sé que no te gustaría ver que ella se beneficiara con tu generosidad.

-¿Cómo podría hacerlo?

-Al convertirlo en una cuestión de lealtad hacia el canal. Al pedir el respaldo de Barlow James.

Había logrado interesarla. Para ocultarlo, ella giró y sacó un cigarrillo de una caja laqueada. Su mirada se dirigió al bar, donde siempre tenía champán helado. Asustada por la urgencia con que necesitaba una copa de esa bebida, se humedeció los labios y apartó la vista.

-¿Y por qué habría de participar Barlow?

-A él le gusta el trabajo de Deanna. Se ha tomado el trabajo de llamar varias veces al canal para decirlo. Cuando la semana pasada fue a visitar la oficina de Chicago, tuvo tiempo para reunirse con ella.

Angela accionó el encendedor.

-Se comenta que miró la cinta. Y que le gustó.

-¿De modo que quiere lisonjear a una de sus periodistas jóvenes?

Angela echó la cabeza hacia atrás. Solo un trago, pensó. Un trago frío y espumoso.

-Deanna le mandó la cinta a Loren Bach.

Lentamente, Angela bajó el cigarrillo y lo apoyó en el cenicero.

-La muy hija de puta -dijo en voz baja-. ¿Realmente cree que puede empezar a competir conmigo?

-No sé si se propone eso. Todavía. -Dejó que esa idea se fuera asentando-. Sé que algunas de las repetidoras del Medio Oeste están preocupadas por el coste de tu nuevo programa. Cabe la posibilidad de que prefieran algo más barato, y más cercano.

-Entonces que lo hagan. -Con una carcajada, se acercó a los ventanales para disfrutar de su vista de Nueva York. Tenía todo lo que quería, todo lo que necesitaba. Por fin era la reina que miraba a sus súbditos desde su alta e inexpugnable torre. Ya nadie podía tocarla. Y mucho menos Deanna-. Yo estoy aquí arriba, Lew, y pienso quedarme aquí. Cueste lo que cueste.

-Yo puedo usar mis conexiones, averiguar qué decide Loren Bach.

-Me parece bien, Lew -murmuró ella mientras observaba los árboles de Central Park-. Hazlo.

-Pero quiero mi puesto de nuevo. -Su voz tembló con emoción y autodesprecio-. Tengo cincuenta y cuatro años, Angela. A mi edad, y tal como están las cosas, no puedo empezar a mandar mi currículum por correo. Quiero un contrato por dos años. Para entonces, ya mis dos hijos habrán terminado la universidad. Puedo vender la casa de Chicago. Barbara y yo podremos comprar una más pequeña aquí. Solo necesito un par de años para estar seguro de tener un buen respaldo económico. Creo que no es mucho pedir.

-Por lo visto, lo has pensado todo con cuidado.

-He hecho un buen trabajo para ti -le recordó Lew-. Y puedo seguir haciéndolo. Además, tengo muchos contactos en Chicago. Gente que me pasará información confidencial, si llegáramos a necesitarla.

-No imagino que podamos necesitar eso, pero... -Sonrió para sí-. No me gusta pasar por alto posibilidades. Siempre recompenso la lealtad. -Lo observó. Decidió que era un hombre que trabajaría de forma incansable y que tenía suficiente miedo como para sepultar la ética debajo de la necesidad-. Te diré lo que haremos, Lew. No puedo ofrecerte el puesto de productor ejecutivo porque ya lo tengo cubierto. -Lo vio palidecer-. Pero sí el de productor asistente. Sé que, técnicamente, es un descenso, pero no tenemos por qué considerarlo así.

Sonrió. Con la facilidad de una niña, olvidó su fastidio anterior hacia él y su propia traición. Ahora, una vez más, eran compañeros de equipo.

-Siempre he dependido de ti, y me alegro de poder seguir haciéndolo. La diferencia en el sueldo es muy poca, y estamos en Nueva York. Eso compensa muchas cosas, ¿no crees? -Le sonrió, complacida por su propia generosidad-. Y para demostrarte cuánto te valoro, te quiero conmigo para el primer especial. Haremos que el departamento legal redacte el contrato y sea algo oficial. Mientras tanto... -Se puso de pie, se le acercó y le tomó la mano entre las suyas; como un gesto afectuoso entre viejos amigos-. Vuelve a Chicago y arregla tus asuntos allá. Haré que mi agente inmobiliario busque una vivienda agradable para ti y Barbara. Tal vez en Brooklyn Heights. -Se puso de puntillas para besarla en la mejilla-. Y mantén los oídos bien abiertos, ¿lo harás, querido?

-Por supuesto, Angela -respondió-. Lo que tú digas.

La oficina de Loren Bach se encontraba en el último piso de la torre que era la base de operaciones de Delacort en Chicago. Sus ventanales ofrecían una vista que se extendía más allá de Monopoly. En un día claro y despejado, se podían ver las planicies brumosas de Michigan. A Loren le gustaba decir que podía mantener la vigilancia sobre cientos de canales que transmitían la programación de Delacoft y miles de hogares que la veían.

La suite de oficinas reflejaba su personalidad. El área principal era una habitación moderna y severa, diseñada para el trabajo serio. Las paredes verde oscuro con terminaciones de nogal resultaban agradables a la vista, como un pulcro telón de fondo para el amoblamiento moderno y las pantallas de televisión empotradas. Sabía que, en ocasiones, además de hacer negocios, en una oficina era preciso entretener invitados. Como concesión y comodidad, había un sofá semicircular con tapizado de cuero burdeos, un par de sillas cromadas con asiento mullido y una amplia mesa de cristal opaco. El contenido de una nevera bien provista abastecía su adicción a la coca-cola.

Una de las paredes estaba repleta de fotografías suyas con celebridades. Estrellas, cuyas comedias y dramas habían pasado a ser transmitidos por infinidad de canales, políticos que se postulaban para algún cargo, capitostes de cadenas de televisión. La única omisión, muy notable, era Angela Perkins.

Contiguo a la oficina había un cuarto de baño en blanco y negro, completo, con jacuzzi y sauna. Detrás había una habitación más pequeña con una cama, una enorme pantalla de televisión y un armario empotrado. Loren no había perdido el hábito de su juventud, y solía trabajar hasta muy tarde; ese cuarto le permitía dormir unas horas y cambiarse de ropa sin abandonar el lugar.

Pero su santuario era un sector de la oficina lleno de coloridos juegos electrónicos, en los que podía salvar mundos o a una damisela en desgracia.

Todas las mañanas se permitía una hora con esos juegos, llenos de campanas y silbidos, y con frecuencia desafiaba a los ejecutivos de la empresa a superar sus puntuaciones. Pero nadie lo lograba.

Loren Bach era un mago del video, y ese idilio había comenzado durante su infancia, en las salas de bowling que poseía su padre.

A los veinte años, con su diploma del MIT bajo el brazo, había expandido el negocio de la familia, incorporando juegos electrónicos. Después, comenzó a interesarse en el rey de los vídeos: la televisión.

Treinta años más tarde, su trabajo era su juego, y su juego era su trabajo.

Aunque había permitido algunos toques decorativos en el área de oficina, el núcleo central del cuarto era su escritorio, que era en realidad más una consola que un escritorio tradicional. Loren mismo lo había diseñado. Disfrutaba de la fantasía de estar sentado en una cabina de mando mientras controlaba destinos.

Simple y funcional, en la base del escritorio había decenas de compartimientos en lugar de cajones. La superficie de trabajo era amplia y curva, lo que permitía a Loren, cuando se sentaba detrás del escritorio, estar rodeado de teléfonos, teclados y monitores.

Pirata informático consumado, Loren podía obtener la información que deseaba de cualesquiera de los sistemas o programas de Delacort o de sus competidores: desde las tarifas de publicidad hasta a cuanto estaba el dólar respecto al yen.

Como hobby, diseñaba y programaba juegos de computación para una subsidiaria de su empresa.

A los cincuenta y dos años, tenía el aspecto sereno y estético de un monje, con una cara larga y huesuda y cuerpo menudo. Pero su mente era filosa como un bisturí.

Sentado detrás de su escritorio, oprimió un botón en el control remoto. Una de las cuatro pantallas de televisión se encendió. Buscó una botella de coca-cola y se puso a ver la cinta de Deanna Reynolds.

La habría visto aunque Barlow James no lo hubiera llamado, pero era dudoso que hubiera encontrado tiempo para hacerlo con la misma rapidez sin esa recomendación.

-Atractiva -le dilo a su minigrabadora-. Buena voz. Excelente presencia en cámara. Mucha energía y entusiasmo. Sexy pero sin ser amenazadora. Se relaciona bien con la audiencia. Las preguntas del guión parecen espontáneas, no preparadas. ¿Quién le escribe el guión? Averigüémoslo. La producción necesita mejorarse, en particular la iluminación.

Vio los cincuenta minutos de grabación. De vez en cuando rebobinaba, otras veces congelaba la imagen, pero siempre hacía al mismo tiempo comentarios breves a la grabadora.

Tomó otro sorbo de refresco y sonrió. Él había levantado a Angela, desde una celebridad menor a un fenómeno nacional.

Y podía volver a hacerlo.

Con una mano congeló el rostro de Deanna en la pantalla; con la otra, oprimió una tecla del intercomunicador.

-Shelly, ponte en contacto con Deanna Reynolds en la CBC, división noticias de Chicago. Concierta una cita con ella. Quiero que venga a verme lo antes posible.

Deanna estaba acostumbrada a preocuparse por su aspecto. Aparecer frente a las cámaras significaba que parte del trabajo estaba relacionado con tener buena presencia. Con frecuencia descartaba un traje precioso que le gustaba mucho, porque el color o el corte no salían bien por televisión.

Pero no recordaba haberse preocupado tanto con la imagen que proyectaba como al prepararse para el encuentro con Loren Bach.

Y seguía buscando justificaciones cuando se encontraba sentada en recepción, junto a la oficina del ejecutivo.

El traje azul marino que había elegido era demasiado severo. Haberse dejado el pelo suelto era demasiado frívolo. Debería haber usado alhajas más atrevidas. O ninguna en absoluto.

La ayudaba bastante el concentrarse en la ropa y el peinado, porque eso le impedía obsesionarse con lo que esa entrevista podría significar para su futuro.

Todo, pensó. O nada.

-El señor Bach la recibirá ahora.

Deanna se limitó a asentir. Se le estrechó la garganta, y tuvo miedo de no poder pronunciar ni una palabra, o de que en lugar de voz le saliera un chillido.

Cruzó la puerta que la recepcionista le abrió y entró en el despacho de Loren Bach.

El se encontraba detrás de su escritorio: un hombre delgado y de hombros caídos, con una cara que a Deanna le recordó la de un apóstol. Lo había visto en fotografías y en clips de televisión, pero lo creía más corpulento. Qué tonta, pensó. Justo ella que sabía bien lo diferente que sale la gente por la pantalla.

-Señorita Reynolds. -Se puso de pie y le tendió la mano-. Es un placer conocerla.

-Gracias. -El apretón de Loren era firme, cordial y breve-. Aprecio mucho que se haya tomado tiempo para verme.

-El tiempo es mi negocio. ¿Quiere una coca-cola?

-Yo... -Pero él ya atravesaba la habitación hasta una nevera empotrada en la pared-. Bueno sí, gracias.

-Su cinta es interesante. -Dándole la espalda, Loren destapó dos botellas-. Un poco deficiente en algunos valores de producción, pero interesante.

¿Interesante? ¿Qué quería decir? Con una sonrisa tiesa, Deanna aceptó la botella que él le entregaba.

-Me alegro de que piense eso. No tuvimos demasiado tiempo para montar bien el programa.

-¿No pensó que era necesario tomarse más tiempo?

-No. No creí tener más tiempo.

-Entiendo. -Loren volvió a sentarse detrás de su escritorio y bebió un trago de refresco-. ¿Por qué no?

-Porque hay muchas personas que querrían meterse en el horario que dejó Angela, sobre todo localmente. Sentí que era importante salir lo antes posible de las gateras.

-¿Qué es exactamente lo que le gustaría hacer con La hora de Deanna?

-Entretener e informar. -Demasiado suelta, pensó enseguida. Serénate, Dee. La sinceridad está bien, pero agrégale algo de cerebro-. Señor Bach, desde pequeña quise trabajar en televisión. Puesto que no soy actriz, me centré en el periodismo. Soy una buena periodista. Pero en este último par de años me di cuenta de que presentar las noticias no satisface realmente mis ambiciones. Me gusta hablarle a la gente. Me gusta escucharla..., y creo que hago bien las dos cosas.

-Un programa de una hora requiere algo más que habilidad en el arte de la conversación.

-Exige conocer cómo funciona la televisión, cómo se comunica a través de ella. Cómo puede ser de íntima y de poderosa. Y que, cuando la luz roja se enciende, la otra persona sepa que no soy yo la única que la está escuchando. Ese es mi punto fuerte -agregó y se echó hacia adelante-. Hice algunas suplencias de verano en un canal local de Topeka cuando estaba en el instituto, y después una suplencia de cuatro años en un canal de New Haven, durante la universidad. Trabajé como redactora de noticias en Kansas City antes de mi primer trabajo ante la cámara. Técnicamente hace diez años que trabajo en televisión.

-Lo sé bien. -En realidad, él conocía cada detalle de la vida profesional de Deanna, pero prefería recibir sus propias impresiones, cara a cara. Apreció el hecho de que ella mantuviera su mirada y su voz

equilibradas. Recordaba su primer encuentro con Angela. Todo ese despliegue sexual, esa energía maniaca, esa feminidad abrumadora. Deanna Reynolds era completamente diferente. No más débil, pensó. Ni menos potente. Sencillamente... diferente-. Dígame, aparte del tema modas, ¿qué otros tópicos piensa tocar?

-Me gustaría centrarme en cuestiones personales más que en temas de primera plana. Y me gustaría evitar la televisión truculenta.

-¿Nada de lesbianas pelirrojas y sus amantes?

Ella se distendió lo suficiente para sonreír.

-No; les dejaré eso a los demás. Mi idea es equilibrar programas como el de la cinta con otros más serios, pero mantenerlos a nivel personal y comprometer al público, tanto al que está en el estudio como al que lo ve en su casa. Temas como las familias adoptivas, el acoso sexual en los lugares de trabajo, los encuentros entre hombres y mujeres de más de cuarenta años que buscan pareja estable. Temas que se centran en lo que el televidente medio podría estar experimentando.

-¿Usted se considera portavoz del televidente medio?

Deanna volvió a sonreír. Al menos en ese punto podía mostrarse confiada.

-Yo soy un televidente medio. Veo televisión desde que me levanto hasta que me acuesto. Y no me avergüenza confesarlo.

Loren se echó a reír y terminó su coca-cola. Ella acababa de describir lo que él también hacía.

-He oído decir que trabajaba también para Angela.

-Bueno, no fue exactamente algo tan formal como un trabajo. Y jamás estuve en su lista de pagos. Fue más un aprendizaje. Y aprendí mucho.

-Me lo imagino. -Loren hizo un silencio y luego prosiguió-. No es ningún secreto que Delacort siente mucho perder el programa de Angela. Cualquiera que pertenezca al mundo de la televisión sabe que no deseamos precisamente que le vaya bien. Sin embargo, dados sus antecedentes, lo más probable es que siga dominando la audiencia. Todavía no estamos preparados para competir con ella en un nivel nacional, con otro programa del mismo tipo.

-Entonces piensan luchar contra ella -dijo Deanna y Loren calló un momento y levantó una ceja-. Contrarrestar su éxito con programas de entretenimientos, puesta en pantalla de viejos éxitos, telenovelas.

-Esa es la idea. Me gustaría también probar un programa de entrevistas en un puñado de emisoras de la CBC.

-Yo solo necesito un puñado -dijo Deanna con tono sereno, pero se aferró con las dos manos a la botella para que no le fallara la voz. Me lanzo de cabeza, decidió-. Por ahora.

Quizá era un asunto personal, pensó Loren. Pero ¿y si lo fuera?

Podría usar a Deanna Reynolds para quitarle una pequeña tajada a Angela, podía pagar el coste que ello implicaría. Si el proyecto fallaba, lo consideraría una experiencia. Pero si conseguía que funcionara, si lograba que Deanna tuviera éxito, la satisfacción sería mucho mayor.

-¿Tiene usted un representante, señorita Reynolds?

-No.

-Consígase uno. Me gustaría darle la bienvenida a Delacort.

-Dímelo de nuevo -insistió Fran.

-Un contrato por seis meses. -No importa cuántas veces lo dijera en voz alta, las palabras seguían resonando maravillosamente en sus oídos-. Grabaremos aquí mismo, en la CBC, un programa por día, cinco días por semana.

Todavía atontada, aun después de dos semanas de negociaciones, recorrió la oficina de Angela. Lo único que quedaba eran las paredes en tonos pastel y una alfombra, y la vista de Chicago.

-Según el contrato con la CBC, podré usar esta oficina y otras dos más durante el período de prueba. Transmitirán el programa diez emisoras del Medio Oeste, y saldremos en directo en Chicago, Dayton e Indianápolis. Tenemos seis semanas para preparar todo antes de estrenarnos en agosto.

-Bueno, parece que lo has logrado.

Deanna no sonreía como Fran, pero los ojos le brillaban.

-Sí, realmente lo he logrado. -Respiró hondo, y agradeció al cielo que no flotara todavía en el aire el perfume de Angela-. Mi representante dice que lo que me están pagando es una bofetada en la cara. -Entonces sonrió-. Yo le dije que les presentara la otra mejilla.

-Un representante. -Fran sacudió la cabeza-. ¿Tienes un representante?

Deanna se dirigió a la ventana y le sonrió a Chicago. Había elegido una pequeña firma local, una empresa de representantes capaz de centrarse en sus propias necesidades y metas.

-Sí, tengo un agente. Y pertenezco a una empresa... al menos durante seis meses. Espero tener también un productor.

-Cariño, ya sabes que...

-Antes de que digas nada, déjame terminar. Es un riesgo, Fran, un riesgo muy grande. Si las cosas salen mal, estaremos en la calle dentro de unos meses. Tú tienes un trabajo seguro en Temas de mujeres y esperas un bebé. No quiero que arriesgues eso en aras de la amistad.

-Está bien, no lo haré por eso -afirmó Fran, se encogió de hombros y se sentó en el suelo-. Lo haré por mi ego. Fran Myers, productora ejecutiva. Suena bien. ¿Cuándo empezamos?

-Ayer. -Mientras reía, Deanna se sentó junto a ella y le pasó un brazo por los hombros-. Necesitamos personal. Tal vez consiga a algunas personas que fueron despedidas por Angela o no quisieron trasladarse a Nueva York. Necesitamos temas y gente capaz de investigarlos a fondo. El presupuesto que tengo para trabajar es reducido, así que tendremos que contentarnos con un nivel simple. -Miró las paredes desnudas-. En el próximo contrato el presupuesto será mucho mayor.

-Lo primero que necesitas es un par de sillas, un escritorio y un teléfono. Como productora, veré lo que puedo conseguir, pedir prestado o robar. -Se puso de pie-. Pero primero tengo que presentar mi renuncia.

Deanna la cogió de la mano.

-¿Estás segura?

-Muy segura. Ya he hablado del asunto con Richard. Pensamos esto: si todo se va al diablo dentro de seis meses, de todos modos yo tendría que pedir la excedencia para tener mi bebé. Te llamaré -dijo y se detuvo un instante junto a la puerta-. Ah, una cosa más. Pintemos estas malditas paredes.

A solas, Deanna acercó las rodillas al pecho y bajó la cabeza. Todo sucedía con tanta rapidez: las reuniones, las negociaciones, el papeleo. No le importaba el tiempo que le dedicaba. El hecho de ver cristalizados sus sueños le provocó un estallido de energía. Pero, debajo de todo ese entusiasmo, había una sensación de terror helado.

Las cosas se encauzaban en la dirección adecuada. Una vez se acostumbrara al nuevo ritmo, se orientaría. Y si fracasaba, significaría solo retroceder unos peldaños y empezar de nuevo.

Pero no lo lamentaría.

-¿Señorita Reynolds?

Deanna levantó la vista y vio a la secretaria de Angela junto a la puerta.

-Cassie. -Paseó la vista por el lugar y sonrió-. Esto está muy cambiado, ¿no?

-Sí. Quería avisarle que estoy sacando las últimas cosas de la oficina.

-Está bien. No será oficialmente mi territorio hasta la semana que viene. -Se puso de pie y se alisó la falda-. He oído decir que no te vas a Nueva York.

-Mi familia está aquí. Y yo soy del Medio Oeste hasta la médula. -Es una decisión difícil. -Deanna la observó con detenimiento-. ¿Tienes algún otro trabajo en vista?

-Todavía no. Pero he concertado varias entrevistas. La señorita Perkins hizo el anuncio y apenas una semana después se fue. Todavía no he tenido tiempo de acostumbrarme.

-Estoy segura de que no serás la única.

-No la molestaré más. Tenía que llevarme a casa algunas plantas. Buena suerte con su nuevo programa.

-Gracias, Cassie. -Deanna dio un paso adelante y vaciló-. ¿Puedo hacerte una pregunta?

-Por supuesto.

-Trabajaste con Angela cuatro años, ¿verdad?

-En septiembre se cumplirían cuatro años. Empecé como secretaria asistente cuando regresé de la escuela de comercio.

-Incluso en la sala de redacción nos llegaban quejas de integrantes del equipo de trabajo de Angela. A veces eran quejas, otras veces chismes. Pero no recuerdo haber oído nada de ti, y me preguntaba por qué sería.

-Yo trabajaba para ella -respondió Cassie-. Y jamás hablo mal de la gente para la que trabajo.

Deanna levantó una ceja y la miró fijo.

-Pero ya no trabajas para Angela.

-No. Señorita Reynolds, sé que ustedes dos tuvieron un... desacuerdo antes de que ella se fuera. Tengo entendido que usted sintió cierta hostilidad. Pero prefiero que no me obligue a hablar de la señorita Perkins, como persona ni como profesional.

-¿Es por lealtad o por discreción?

-Quiero creer que por las dos cosas.

-Bien. Supongo que sabes que haré un programa similar. Tal vez no te guste repetir chismes, pero sin duda no has podido evitar enterarte, así que debes de saber que mi contrato es por un plazo corto. Es posible que no supere los seis meses iniciales o las diez emisoras.

Cassie se ablandó un poco.

-Tengo algunos amigos allá abajo. Las encuestas de la sala de redacción están tres a uno a favor suyo.

-Me alegro de saberlo, pero imagino que también se trata de una cuestión de lealtad. Necesito una secretaria, Cassie. Me gustaría conseguir a alguien que entienda esa clase de lealtad, que sepa cómo ser discreta y, al mismo tiempo, eficiente.

La expresión de Cassie pasó de un interés amable a una sorpresa total.

-¿Me está ofreciendo un puesto?

-Estoy segura de que no podré pagarte lo mismo que Angela, a menos (no, demonios, hasta) que esto cobre su verdadera dimensión. Y lo más probable es que tengas que trabajar muchas horas tediosas al principio, pero el puesto es tuyo si lo quieres. Confío en que lo pensarás.

-Señorita Reynolds, usted no sabe si yo participé o no en lo que ella le hizo. Si yo no la ayudé a poner a punto las cosas.

-No, no lo sé -contestó Deanna-. Y no quiero saberlo. Creo que, trabajemos juntas o no, deberías tutearme y llamarme Deanna. No es mi intención dirigir una organización menos eficiente que la de Angela, pero sí espero que su carácter sea más personal.

-No tengo nada que pensar. Acepto el trabajo.

-Espléndido -dijo Deanna y le tendió la mano-. Empezaremos el lunes por la mañana. Espero que para entonces habré podido conseguirte un escritorio. Tu primera tarea será conseguirme una lista de las personas despedidas por Angela, y cuáles te parece que nos resultarían útiles.

-Simon Grimsley estaría en primer lugar de esa lista. Y Margaret Wilson, del departamento de investigación. Y Denny Sprite, el asistente de la gerencia de producción.

-Tengo el número de Simon -murmuró Deanna, y sacó su libreta de direcciones para anotar los otros nombres.

-Yo puedo darte los otros.

Cuando Deanna vio que Cassie sacaba una gran libreta y comenzaba a hojearla, se echó a reír.

-Nos llevaremos muy bien, Cassie. Muy bien.

Resultaba difícil creer que Deanna renunciaría a la sala de redacción, sobre todo al considerar que estaba viendo una cinta en la sala de montaje.

-¿Cuánto dura ahora? -preguntó ella.

Jeff Hyatt miró el reloj digital de la consola.

-Un minuto cincuenta y cinco.

-Todavía es demasiado largo. Tenemos que cortarle otros diez segundos. Pásalo de nuevo, Jeff.

Deanna se inclinó en la silla giratoria, como un corredor en su marca, y aguardó. La historia de una adolescente desaparecida que se reunía con sus padres tenía que caber en el tiempo asignado. Deanna lo sabía pero, no quería cortar ni un segundo.

-Aquí -indicó Jeff y tocó el monitor con un dedo-. Esta parte en que todos caminan alrededor del jardín posterior se podría eliminar. -Pero muestra la emoción del reencuentro. La forma en que los padres caminan con ella en el medio, rodeándola con los brazos.

-Pero no es noticia. -Jeff se puso las gafas sobre la frente y esbozó una sonrisa de disculpa-. De todos modos, en la parte de la entrevista, cuando todos están sentados en el sofá, tienes todo eso de estar de nuevo reunidos.

-Es un buen material -dijo Deanna.

-Lo único que falta es un arco iris que los rodee.

Deanna giró la cabeza al oír la voz de Finn.

-No tenía ninguno a mano -contestó Deanna.

Pese al evidente fastidio de ella, Finn se acercó, le puso las manos en los hombros y terminó de ver la cinta.

-Tiene más impacto sin esa parte, Deanna. Al hacerlos caminar juntos debilita la entrevista y la emoción que buscas. Además, se trata de una noticia, no de la película de la semana.

Finn tenía razón, pero eso hacía más difícil que ella lo aceptara.

-Corta esa parte, Jeff.

Mientras él hacía correr la cinta, lo compaginaba y marcaba el tiempo, ella permaneció sentada con los brazos cruzados. Era uno de los últimos trabajos que haría para un noticiero de la CBC. Y era un asunto de amor propio querer que saliera perfecto.

-Tengo que volver a grabar la voz -dijo ella y miró a Finn.

-Imagina que no estoy aquí -sugirió él.

Cuando Jeff estuvo listo, ella se tomó un momento para estudiar el guión. Con un cronómetro en la mano, Deanna asintió y comenzó a leer.

-La peor pesadilla de un matrimonio llegó a su fin esta mañana, cuando su hija Ruthanne Thompson, de dieciséis años, que faltaba de su hogar desde hacía ocho días, regresó junto a su familia en Dayton...

Durante los minutos que siguieron, olvidó por completo a Finn mientras ella y Jeff seguían trabajando para perfeccionar ese bloque. Hasta que, satisfecha, le murmuró palabras de agradecimiento al editor y se puso de pie.

-Buen trabajo -comentó Finn mientras salía con ella de la sala de montaje-. Sólido, discreto y emotivo.

-¿Emotivo? -Deanna se detuvo y lo miró-. Creí que eso no te parecía importante.

-Sí me lo parece si se trata de noticias. He oído decir que la semana que viene te trasladan al piso de arriba.

-Has oído bien -dijo ella y entró en la sala de redacción.

-Felicidades.

-Gracias, pero creo que sería más prudente que esperaras hasta después del primer programa.

-Tengo la impresión de que todo saldrá bien.

-Es extraño, pero yo también. Aquí arriba -dijo y se tocó la cabeza-. El que duda es mi estómago.

-Quizá lo que tienes es hambre. ¿Por qué no cenamos juntos?

-¿Cenar?

-A las seis quedas libre. Me fijé en los horarios. Yo estoy libre hasta las ocho de la mañana, momento en que tengo que abordar un vuelo a Kuwait.

-¿Kuwait? ¿Qué pasa allá?

-Rumores. Siempre rumores. ¿Qué tal una cita conmigo, Kansas? Espaguetis, vino tinto, y un poco de conversación.

-Bueno, creo que hace tiempo que no salgo.

-¿Permites que ese tipo te controle la vida?

-No tiene nada que ver con Marshall -subrayó ella con frialdad. Pero en realidad sí tenía que ver-. Mira, me gusta comer y me gusta la comida italiana. ¿Por qué no lo llamamos, mejor, simplemente cenar juntos?

-No pienso discutir sobre semántica. ¿Qué tal si te paso a buscar a las siete? Eso te dará tiempo para volver a tu casa y cambiarte. El lugar en que estoy pensando es informal.

Deanna se alegró de haberle tomado la palabra. Estuvo tentada de ponerse un poco más elegante, pero finalmente se decidió por una blusa holgada y pantalones, un atuendo adecuado para el calor de pleno verano. La comodidad parecía ser lo importante esa noche.

El lugar que Finn había elegido era un restaurante pequeño y lleno de humo que olía a ajo y pan tostado. Había quemaduras de cigarrillo en los manteles a cuadros y astillas en los bancos de los reservados, que habrían sido fatales si ella hubiera llevado medias.

Un trozo de vela emergía de la boca de la consabida botella de Chianti. Finn la apartó cuando los dos se instalaron en el reservado.

-Confía en mí -dijo-. Este lugar es mucho mejor de lo que parece.

-A mí me gusta.

El sitio parecía agradable. Una mujer no necesitaba estar en guardia en un restaurante que parecía una cocina familiar.

Finn la vio relajarse. Pensó que tal vez esa era la razón por la que la había llevado allí: un sitio donde no había maitre ni lista de vinos encuadernada en cuero.

-¿Te parece bien Lambrusco? -preguntó Finn cuando vio acercarse a una camarera.

-Sí, me parece bien.

-Tráenos una botella, Janey, por favor, y un *antipasto*.

-Muy bien, Finn.

Divertida, Deanna preguntó:

-¿Vienes aquí a menudo?

-Una vez por semana cuando estoy en la ciudad. La lasagna de aquí es casi mejor que la mía.

-¿Tú cocinas?

-Cuando uno se cansa de comer en restaurantes, aprende a cocinar. Pensé en prepararte algo esta noche, pero temí que no aceptarás.

-¿Por qué?

-Porque cocinar para una mujer, si uno lo hace bien, es una poderosa arma de seducción, y es evidente que a ti te gusta andar con cautela, avanzar paso a paso. -Inclinó la cabeza cuando volvió la camarera con la botella y les llenó las copas-. ¿Tengo o no razón?

-Supongo que sí.

El se echó hacia delante y levantó su copa.

-Bueno, entonces este es el primer paso.

-No estoy segura de por qué razón estoy brindando.

El la miró a los ojos, extendió la mano y le acarició una mejilla. -Sí lo sabes.

El corazón de Deanna latió con fuerza. Enojada consigo misma, suspiró muy despacio.

-Finn, quiero dejarte claro que no tengo interés en empezar una relación con nadie. Debo volcar todas mis energías y sentimientos en llevar adelante un buen programa.

-Yo diría que eres una mujer con un gran caudal de sentimientos. ¿Por qué no esperamos a ver qué pasa?

La camarera colocó la fuente con el antipasto sobre la mesa.

-¿Saben ya lo que querrán?

-Yo sí -señaló Finn y volvió a sonreír-. ¿Y tú?

Turbada, Deanna intentó leer el menú. Era extraño, pero no podía comprender nada de lo que había allí escrito. Para el caso, podría haber estado escrito en griego.

-Me decido por los espaguetis.

-Que sean dos.

-Muy bien -dijo la camarera y le guiñó un ojo a Finn-. Los White Sox ganan por dos en el tercer tiempo.

-¿Los White Sox? -Deanna arqueó una ceja cuando la camarera se hubo alejado-. ¿Sigues siempre a ese equipo?

-Sí. ¿Te interesa el béisbol?

-Sí, una pena que te gusten los Sox.

-¿Por qué?

-Bueno, puesto que somos de la misma profesión, trataré de pasar eso por alto. Pero soy fanática de los Cubs.

-¿De los Cubs? -Finn cerró los ojos y gimió-. Y pensar que casi estaba enamorado de ti. Deanna, creí que eras una mujer práctica.

-Algún día seremos campeones.

-Sí, tienes razón, en el próximo milenio. Te diré lo que haremos. Cuando yo esté de vuelta, iremos juntos a ver un partido.

-¿Y a cuál de los dos equipos iremos a ver?

-Lo decidiremos lanzando una moneda al aire.

-De acuerdo -aceptó, y se puso seria-. Podríamos invitar al programa a las esposas de los jugadores de béisbol. De los Cubs y los Sox. Los telespectadores enseguida tomarían partido. Dios sabe bien que, en esta ciudad, la gente se moviliza con que solo mencionemos deportes o política. Podíamos tocar el tema de qué se siente al estar casada con alguien que debe viajar todo el tiempo. Y qué actitud tienen frente a las lesiones, un mal partido, etcétera.

-Eh. -Finn hizo chasquear los dedos frente a la cara de Deanna y la hizo parpadear.

-Oh, lo siento.

-Uno aprende mucho al observarte. -Para sorpresa de Finn, eso también le resultaba excitante. Le hizo preguntarse si ella se concentraría de igual manera en las relaciones sexuales-. Y me parece una buena idea.

-Presiento que esto me va a encantar. -Con la copa de vino en una mano, Deanna se reclinó-. De veras, me va a encantar. Todo el proceso es fascinante.

-¿Y las noticias no lo eran?

-Sí, pero esto es más... no sé. Personal y cautivante. Es una aventura. ¿Eso es lo que sientes cuando tomas un vuelo hacia un país y otro?

-Sí, la mayor parte del tiempo. Diferentes lugares, diferente gente, diferentes historias. Es duro anquilosarse y caer en la rutina.

-No puedo creer que esa posibilidad te preocupe.

-Pero sucede. Uno se empieza a sentir cómodo, pierde la agudeza y las inquietudes.

-¿Cómodo? ¿En zonas de guerra, áreas de desastre, cumbres internacionales? ¿Por eso no te quedaste en Londres?

-En parte. Cuando dejo de sentirme extranjero, sé que ha llegado el momento de volver a casa. ¿Has estado alguna vez en Londres?

-No. ¿Cómo es?

Fue fácil contárselo, y fácil para ella escuchar. Conversaron mientras comían pasta y vino tinto, y, después, con los *cappucino* y los *cannoli*, hasta que la vela de la botella comenzó a apagarse, y el tocadiscos automático calló. Precisamente la falta de ruido hizo que Deanna paseara la vista por el lugar. El restaurante estaba casi vacío.

-Es tarde -reconoció sorprendida, cuando miró su reloj-. Tienes que tomar un vuelo dentro de menos de ocho horas.

-Me las arreglaré -dijo, y se puso de pie cuando ella lo hizo.

-Tenías razón con respecto a la comida. Ha sido fabulosa.

Pero su sonrisa se desvaneció cuando Finn le tomó la cara con las manos, la miró fijo y fue acortando la distancia entre los dos.

El beso fue lento y devastador. Ella había esperado algo más violento de ese hombre; por eso, quizá, ese beso tierno, perezoso y romántico la desarmó por completo.

Deanna le puso una mano en el hombro, pero en lugar de apartarlo, como era su intención, lo apretó fuertemente.

Cuando su boca cedió a la de él, Finn profundizó el beso. Siguió haciéndolo con lentitud, a la espera de una respuesta de parte de Deanna, hasta que la mano de ella se deslizó del hombro y aferró su cintura.

Miles de pensamientos cruzaron por la mente de Deanna. Y Finn deseó más, con desesperación. Pero la apartó levemente, por saber que era importante mantener la cordura, aunque en ese momento no supiera bien por qué.

-¿Y eso por qué ha sido?

-¿Además de la razón obvia? Pensé que si lo hacíamos aquí, tú no te pondrías a pensar en lo que podría o debería suceder cuando te lleve de vuelta a tu casa.

-Ajá. Pero te aseguro que yo no planeo cada aspecto de mi vida como el guión de una novela.

-Por supuesto que sí lo haces. Pero a mí no me importa. Considera esto como el principio. El resto del texto lo escribiremos a mi regreso.

Hacia fines de julio, Deanna había reunido lo que, a grandes rasgos, podría llamarse un equipo de trabajo. Además de Fran y Simon, tenía un investigador y una persona para hacer los contactos, supervisados por Cassie. Todavía le faltaban cuerpos y cerebros... y un presupuesto para poder pagarlos.

El aspecto técnico estaba ya bastante solucionado. En una de las interminables reuniones a las que Deanna asistió, se convino en que el estudio B contaría con buena iluminación y buenos técnicos. O sea que los elementos de producción serían excelentes.

Lo único que ella debía hacer era darles algo que producir.

Deanna había colocado transitoriamente dos escritorios en el que fuera el despacho de Angela: uno para ella y otro para Fran. Entre las dos se dividían el trabajo y concebían ideas geniales.

-Ya tenemos los ocho primeros programas vendidos. -Fran caminaba de aquí para allá en el despacho, con una tablilla con sujetador en la mano-. Cassie maneja todo lo referente a viajes y alojamiento. Está haciendo un muy buen trabajo, Dee, pero la hemos sobrecargado de tareas.

-Ya lo sé. Necesitamos un productor asistente, y otro investigador. Si podemos sacar adelante los primeros doce programas, tal vez logremos el éxito.

-Mientras tanto, tú no estás durmiendo lo suficiente.

-Aunque tuviera tiempo, no podría hacerlo. Tengo constantemente un nudo en el estómago, y me resulta imposible desconectar la cabeza. -Levantó el auricular para contestar una llamada-. Reynolds -dijo-. No, no lo he olvidado. -Consultó su reloj-. Tengo una hora. -Suspiró mientras escuchaba a su interlocutor-. Está bien, diles que suban aquí el guardarropa. Yo elegiré los trajes y bajaré dentro de treinta minutos para el maquillaje. Gracias.

-¿Una sesión de tomas? -recordó Fran.

-Y las promociones. No puedo acusar a Delacort de no ocuparse de la publicidad, pero ocurre que no tengo tiempo. Necesitamos una reunión de equipo, y todavía tenemos que leer las respuestas a las ochocientas encuestas.

-La convocaré para las cuatro -dijo Fran y sonrió-. Espera a leer el material de las encuestas. La idea de Margaret de por qué se debería matar a los ex maridos de un tiro, como a los perros, es increíble.

-Pero esa idea la suavizamos mucho, ¿no?

-Sí. Quedó en «por qué su ex marido es su ex marido». Bastante suave, pero las respuestas no lo eran. Tenemos de todo, desde casos de abusos serios a tipos que lavaban partes del motor del coche en el fregadero de la cocina. Necesitaremos un experto. Pensé que sería mejor un abogado en lugar de un consejero. Los abogados especializados en divorcios tienen anécdotas terribles, y Richard tiene bastantes contactos entre ellos.

-Está bien, pero... -Se interrumpió cuando por la puerta empujaron un perchero con ropa-. Ven, Fran, ayúdame a elegir ropa. -Una cabeza asomó entre los trajes y vestidos-. Hola, Jeff. ¿Ahora te tienen de chico de los recados?

-Confieso que estaba buscando la oportunidad de subir aquí y ver cómo marchan las cosas. Allá abajo todos te apoyamos con todas nuestras fuerzas.

-Gracias. ¿Cómo están todos en la sala de redacción? Hace días que no tengo ocasión de bajar a verlos.

-Bastante bien. El calor hace salir a los chiflados, así que nos llegan muchas noticias. Deanna... bueno, me preguntaba si tendrías un puesto vacante aquí. Ya sabes, para que alguien haga los recados, conteste el teléfono y esas cosas.

-¿Lo dices en serio? -preguntó Deanna.

-Sé que tienes gente con experiencia en esta clase de programas. Pero yo siempre he querido trabajar en este estilo de televisión. Y, bueno, se me ocurrió que...

-¿Cuándo puedes empezar?

Él la miró, asombrado.

-Yo...

-Lo digo en serio. Estamos desesperados. Necesitamos a alguien dispuesto a hacer un poco de todo. Sé que tú puedes, por tu trabajo en las noticias. Y tu experiencia en el montaje sería preciosa. El sueldo es miserable, y exige muchas horas de trabajo. Pero si quieres probar como productor asistente (con figuración en pantalla y todo el café que quieras beber) estás contratado.

-Daré aviso de que me voy -dijo Jeff con una sonrisa de oreja a oreja-. Es posible que deba seguir en mi actual trabajo una o dos semanas más, pero te daré todo el tiempo libre que me quede.

-Dios, Fran, hemos encontrado un héroe. -Deanna lo tomó de los hombros y lo besó en la mejilla-. Bienvenido al manicomio, Jeff. Dile a Cassie que te pruebe una camisa de fuerza.

-Está bien. -Mientras reía se dirigió a la puerta-. Muy bien. Fantástico.

Fran sacó un traje color ciruela del perchero y lo sostuvo frente a Deanna.

-¿Y? ¿Encontramos al hombre que necesitábamos?

-Sí, y al mejor. Jeff es capaz de bajar una montaña de papeles con más velocidad que nadie. Tiene un verdadero archivo en la cabeza. Pregúntale cuál fue la mejor película de 1956 y te lo dirá. O cuál fue la noticia principal a las diez de la noche, el martes pasado, y lo sabrá. Me gusta el vestido rojo.

-Para la promoción -convino Fran-. No para las fotos fijas. ¿Qué hace él abajo?

-Asistente de montaje. También escribe. Es bueno. Y absolutamente fiable.

-Con tal que trabaje muchas horas y cobre poco...

-Eso cambiará. Sé lo mucho que todos ponen en esto. Juro que haré que funcione.

Para tener más oportunidades, Deanna concedió entrevistas a medios de prensa, radio y televisión. Apareció en un bloque de *Noticias del mediodía* y fue entrevistada por Roger. Se tomó dos días para visitar todas las emisoras que quedaban relativamente cerca, y habló por teléfono con el resto.

Personalmente supervisó cada detalle de su plató, leyó cuanto artículo encontró con ideas para el programa, y pasó horas revisando las respuestas a los anuncios pidiendo temas y nombres de los invitados.

Eso le dejaba poco tiempo para la vida social, y le proporcionaba una buena excusa para eludir a Finn. Hablaba en serio cuando le dijo que no quería comprometerse. Decidió que no podía darse ese lujo. Ni en el terreno emocional ni en el profesional. ¿Cómo confiar en su propio juicio cuando se había mostrado tan dispuesta a creer en Marshall?

Pero no era fácil evitar a Finn Riley. Pasaba por la oficina de Deanna, se dejaba caer por su apartamento. Con frecuencia llevaba pizza o comida china. A Deanna le resultaba difícil discutirle cuando ella convencía de que, después de todo, tenía que comer en algún momento. En un momento de debilidad, Deanna aceptó ir al cine con él. Y después se sintió tan encantada y turbada como la vez anterior.

-Loren Bach por la línea uno -le dijo Cassie.

Todavía no eran las nueve, pero Deanna ya se encontraba frente a su escritorio.

-Buenos días, Loren.

-Cinco días, en la cuenta atrás -dijo él con tono jovial-. ¿Cómo vas?

-Estoy trabajando como una loca. La publicidad ha generado mucho interés local. No creo que tengamos problemas en llenar el estudio.

-También has despertado interés en la costa Este. Hay un artículo muy jugoso en el *National Enquirer*.

-¿Habla bien o mal de mí?

-Te lo mandare por fax. Como conozco bien a nuestra heroína, te cuento la información que ella filtró. Da la impresión de que te recogió de la calle, asumió el papel de hermana mayor y mentora, y después de tanta generosidad le diste una puñalada por la espalda.

-Al menos no dijo que me habían arrojado de una nave espacial al jardín de su casa.

-Tal vez lo hará la próxima vez. Mientras tanto, tú recibes publicidad en la prensa. Y, le guste o no, tu nombre ha quedado unido al de ella de tal manera que a la gente le despierta curiosidad. Creo que podremos sacarle provecho.

-Fantástico, espero.

-Deanna, podrás despreciar los periódicos sensacionalistas cuando seas famosa. De momento, considéralo publicidad gratis.

-Cortesía de Angela.

-Se dice que está negociando para escribir su autobiografía. Tal vez te dedique un capítulo.

-Vaya, eso sí que me entusiasma. Espero que no te importe que me concentre en la preparación del primer programa. Después podré preocuparme por retribuirle a Angela su generosidad.

-Deanna, si consigues que tu programa sea un éxito será retribución suficiente. Ahora hablemos de negocios.

Veinte minutos más tarde, con un dolor de cabeza incipiente, Deanna colgó. ¿Por qué había creído ser capaz de manejar detalles? ¿Qué la hizo pensar que deseaba la responsabilidad de conducir un programa de entrevistas?

-¿Deanna? -preguntó Cassie y entró con una bandeja-. Pensé que te gustaría un café.

-Me has leído el pensamiento -dijo Deanna y despejó un poco el escritorio para hacer lugar a la cafetera-. ¿Tienes tiempo para tomarte una taza? Creo que tal vez nos convendría llenar el depósito antes de que la agenda del día nos engulla.

-He traído dos tazas. -Sirvió café en las dos antes de sentarse-. ¿Quieres que repasemos tu agenda para hoy?

-No lo creo necesario. La tengo grabada en la frente. ¿Tenemos organizado un almuerzo para las esposas de los jugadores de béisbol después del programa?

-Simon y Fran harán de anfitriones. Las reservas ya han sido confirmadas. Y Jeff pensó que sería agradable que hubiera rosas en el camerino cuando ellas llegaran. Pero quería tener antes tu visto bueno.

-Jeff cuida los detalles. Una idea espléndida. Podríamos colocar tarjetas en cada ramo con un agradecimiento de nuestro equipo. Cassie, confieso que tengo mucho miedo. Quiero preguntarte algo, pero promete que me contestarás con total sinceridad, ¿de acuerdo?

-De acuerdo.

-Tú trabajaste con Angela mucho tiempo, así que probablemente sabes tanto sobre esta clase de programas como un productor o un director. Supongo que tienes una opinión acerca de por qué tuvo tanto éxito el programa de Angela. Quiero que me digas, con total franqueza, si crees que tenemos alguna posibilidad de triunfar.

-¿Quieres saber si podemos convertir *La hora de Deanna* en un programa competitivo?

-Ni siquiera tanto como eso -respondió Deanna y meneó la cabeza-. Si podemos presentar los primeros seis programas sin que se rían de nosotros y nos despidan.

-Es fácil. La semana que viene, la gente comenzará a hablar sobre *La hora de Deanna*. Y más gente verá el programa para comprobar de qué se trata. Les gustará, porque tú les gustarás. -Sonrió al ver la expresión de Deanna-. Y no lo digo para quedar bien. Pero lo cierto es que el espectador medio no verá ni apreciará todo el esfuerzo que ha costado que el programa sea bueno y fluido. No se enterará de las muchas horas de trabajo y sudor. Pero tú sí lo sabrás, así que eso te hará empeñarte más. Cuanto más te esfuerces tú, más lo haremos los demás. Porque tú haces algo que Angela no hizo. Algo que supongo que a ella le resultaba imposible. Nos haces sentir importantes. Y eso marca la diferencia. Tal vez no te coloque en cabeza de los índices de audiencia de forma inmediata, pero sí te pondrá en primer lugar para nosotros. Eso es lo que cuenta.

-Ya lo creo que cuenta -asintió Deanna-. Gracias.

-Dentro de un par de meses, cuando el programa tenga un éxito

total y te aumenten el presupuesto, volveré aquí. En ese momento sí te pediré aumento de sueldo. - Sonrió.

-Si nos aumentaran el maldito presupuesto, todos recibirían un aumento. Mientras tanto, necesito ver los vídeos promocionales para las emisoras.

-Necesitas un gerente de promoción.

-Y un gerente de unidad, y un director de publicidad, un director permanente y varios asistentes de producción. Hasta ese feliz día, yo también me ocuparé de esos asuntos. ¿Ya han llegado los periódicos?

-Se los di a Margaret. Ella los examinará en busca de ideas y recortará lo que le parezca interesante.

-Muy bien. Trata de traerme los recortes antes de almorzar. Necesitaremos algo realmente interesante para la segunda semana de septiembre. Bach acaba de decirme que competiremos con un nuevo concurso en tres ciudades durante las primeras semanas de otoño.

-De acuerdo. Ah, tu cita a las tres de la tarde con el capitán Queed quedó para las tres y media.

-El capitán... oh, Ryce. -Sin molestarse en tratar de ocultar una sonrisa, Deanna lo anotó en su agenda-. Sé que es una persona un poco excéntrica, Cassie.

-Y avasalladora.

-Y avasalladora -convino Deanna-. Pero es un buen director. Es un privilegio tenerlo para las primeras semanas.

-Si tú lo dices... -Se dirigió hacia la puerta, pero vaciló un momento y se detuvo-. Deanna, no sabía si mencionártelo.

-¿Qué?

-El doctor Pike. Llamó cuando hablabas con el señor Bach.

Deanna pensó un momento.

-Si vuelve a llamar, pásamelo. Yo me ocuparé de él.

-Está bien. -Sonrió y se hizo a un lado para no tropezar con Finn-. Buenos días, señor Riley.

-Hola, Cassie. Necesito hablar un minuto con tu jefa.

-Es toda suya -dijo Cassie y cerró la puerta tras de sí.

-Finn, lo siento, estoy hasta aquí de trabajo.

Pero no fue suficientemente rápida para esquivar el beso que él le dio tras rodear el escritorio.

-Ya lo sé. También yo tengo solo un minuto.

-¿Qué ocurre? -Vio la excitación en sus ojos, lo sintió en el aire-. Es algo importante.

-Estoy camino al aeropuerto. Irak acaba de invadir Kuwait.

-¿Qué? -Su adrenalina de periodista le hizo dar un respingo-. Dios mío.

-Un ataque con vehículos blindados, apoyado por helicópteros. Tengo un par de contactos en Green Ramp, Carolina del Norte, un par de tipos que conocí durante la toma del aeropuerto de Tocumen, en Panamá, hace unos meses. Lo más probable es que al principio ejerzamos presión diplomática y económica, pero es casi seguro que enviaremos tropas. Si mis corazonadas valen algo, será una acción a gran escala.

-En esa región hay conflictos continuamente -comentó ella y se sentó en el brazo de su sillón.

-Son tierras, Kansas. Y petróleo, y también una cuestión de honor. -Le tomó las manos, la hizo levantar y le apartó el pelo de la cara. Necesitaba mirarla un momento. Mirarla bien-. Es posible que esté ausente bastante tiempo, sobre todo si enviamos tropas.

Deanna estaba pálida y trataba de mantener la calma.

-Creen que ese tipo tiene armamento nuclear, ¿no? Y acceso a armas químicas.

-¿Estás preocupada por mí?

-Me preguntaba si llevarías una máscara antigás, además del equipo de fotografía. Estaré pendiente de tus informes.

-Sí, hazlo. Lamento perderme tu estreno.

-No te preocupes -musitó ella y logró sonreír-. Te enviaré un video.

-¿Sabes? Técnicamente me voy a la guerra, y solo Dios sabe lo que me deparará el mañana -dijo él y sonrió-. Supongo que no podré convencerte de que cierres esa puerta con llave y me ofrezcas una despedida memorable.

Ella tuvo miedo de querer hacerlo.

-Ese es un viejo truco, Finn. Además, todo el mundo sabe que Finn Riley siempre trae personalmente sus notas.

-Bueno, al menos lo he intentado. -Le rodeó la cintura con los brazos-. Dame algo para llevarme al desierto. Dicen que allí hace mucho frío por las noches.

Una parte de Deanna sintió miedo. La otra lo deseó con todo su corazón. Le rodeó el cuello con los brazos.

-Está bien, Riley. Recuerda esto.

Por primera vez, lo besó sin ninguna vacilación. Hubo algo más que un estremecimiento familiar cuando entreabrió la boca, más incluso que ese dolor abrumador que ella intentaba negar. Sintió necesidad de probar su sabor, de absorber y, curiosamente, de consolar.

Cuando el beso se profundizó, Deanna olvidó todo y solo se ocupó de sentir.

-Deanna... -Con desesperación, él le besó la cara y el cuello, donde se sentían los latidos de su corazón-. Dios, cómo te voy a añorar.

-No se suponía que esto fuera a pasar.

-Demasiado tarde. -El levantó la cabeza y le rozó la frente con los labios-. Te llamaré en cuanto pueda.

-Finn se dio cuenta de que era la primera vez que hacía esa promesa. Era la clase de compromiso del que siempre escapaba-. Buena suerte la semana que viene.

-Gracias. -Ella dio un paso atrás para que ambos se pudieran medir con la mirada, como dos boxeadores después de un combate cuerpo a cuerpo-. Sé que es inútil que te lo diga, pero cuídate mucho.

-Me portaré bien -dijo él-. Eso es más importante. -Se acercó a la puerta, y se detuvo con una mano en el pomo-. Mira, Deanna, si el imbécil del psicólogo vuelve a llamarte...

-¿Has estado escuchando tras la puerta?

-Por supuesto que sí, soy periodista. De todos modos, si vuelve a llamar, sácatelo de encima, ¿quieres? No deseo verme obligado a matarlo.

Ella sonrió, pero su sonrisa pronto se desvaneció. Algo en los ojos de Finn le dijo que hablaba en serio.

-Qué absurdo. Marshall no me interesa en absoluto, pero...

-Es una suerte para él -dijo Finn y se llevó un dedo a la frente a modo de saludo-. Espérame, Kansas. Volveré.

Cuando comenzaron a escocerle los ojos, giró la cabeza para contemplar Chicago. Había una guerra en el otro extremo del mundo, pensó cuando apareció la primera lágrima. Y un programa para producir allí mismo.

Así que, ¿qué hacía ella enamorándose?

-Bueno, Dee, ya casi estamos listos para ti -dijo Fran y volvió a meterse en el camerino-. El público ya ha llenado el estudio.

-Fantástico -dijo Deanna y siguió con la vista fija en el espejo mientras Marcie terminaba de retocarle el peinado-. Fantástico.

-Usan gorras de los Cubs y camisetas de los Sox. Algunos hasta han traído banderines, y los agitan como locos. Están muy motivados.

-Estupendo.

Mientras sonreía para sí, Fran miró su bloc de notas.

-Las seis esposas están en el camerino. Se ven muy sociables. Simon las ayuda a prepararse.

-Yo pasé por allí más temprano para presentarme. -Su voz era monótona. Deanna sintió que comenzaba a tener náuseas-. Por Dios, Fran, creo que voy a vomitar.

-Nada de eso. No tienes tiempo. Marcie, ese peinado le queda fabuloso. Podrías darme más tarde algunos consejos sobre el mío. Vamos. -Fran le dio un tirón que la obligó a levantarse-. Tienes que salir y hablar un poco con el público, ganártelo.

-Debería haberme puesto el traje azul marino -dijo Deanna mientras Fran la arrastraba-. Los colores naranja y kiwi son demasiado.

-Te quedan de maravilla. Dan la imagen justa. -Fran la tomó por los hombros-. Por esto es por lo que hemos luchado tanto durante el último par de meses, y es lo que has deseado desde hace años. Ahora sal y hazte querer.

-Esto me preocupa. ¿Qué pasará si los dos bandos se pelean? Ya sabes lo violentos que son los fanáticos de los Sax y los Cubs. ¿Si se me acaban las preguntas? ¿O si no puedo controlar al público? ¿Y si alguien pregunta por qué se me ocurre hacer un estúpido programa sobre béisbol cuando estamos mandando tropas a Oriente Medio?

-Primero, a nadie se le ocurrirá pelearse porque todos se estarán divirtiendo demasiado. Segundo, jamás te quedarás sin preguntas, y eres capaz de controlar cualquier gentío. Por último, haces este programa sobre béisbol porque es preciso entretener a la gente, sobre todo en tiempos como este. Ahora junta todo esto, Reynolds, y ve a hacer tu trabajo.

-De acuerdo -aceptó Deanna y respiró hondo-. ¿Seguro que estoy bien de aspecto?

-Vete de una vez.

-Ya me voy.

-Deanna.

Se dio la vuelta, sorprendida, y se puso furiosa al ver a Marshall.

-¿Qué haces aquí?

-Quería desearte suerte. Personalmente. -Le tendió un ramo de rosas rojas-. Estoy muy orgulloso de ti. Ella no cogió las flores y le sostuvo la mirada.

-Acepto tus buenos deseos. Pero me temo que aquí solo se permite la entrada de la gente de mi equipo. El bajó las flores.

-No imaginaba que fueras tan cruel.

-Parece que los dos nos equivocamos. Tengo que hacer mi programa, Marshall, pero me tomaré un momento para decirte una vez más que no deseo reanudar ninguna clase de relación contigo. ¿Simon? -llamó sin apartar la vista de Marshall-. Acompaña al doctor Marshall, ¿quieres? Creo que se ha equivocado de lugar.

-Conozco el camino -dijo Marshall con los dientes apretados y dejando caer el ramo de rosas-. Pero te advierto que no siempre permitiré que me echen de esta manera.

Y se fue, con Simon detrás.

-Basura -murmuró Fran-. Hijo de puta. Venir aquí justo antes del programa en vivo. ¿Estás bien? -le preguntó a Deanna.

-Sí, estoy bien -contestó Deanna y se sacudió la furia. Tenía demasiadas cosas importantes que hacer como para distraerse con eso-. Estoy bien. -Y salió, y al pasar le quitó el micrófono a Jeff.

Entró en el plató y sonrió a un mar de rostros.

-Hola a todos, gracias por venir. Yo soy Deanna. Dentro de cinco minutos empezaremos el programa. Espero que me ayudéis. Es mi primer día en este trabajo.

-Pon esa maldita cinta. -En su oficina de Nueva York, Angela apagó un cigarrillo y encendió otro.

-He hecho lo imposible para conseguir una copia de ese vídeo -le dijo Lew mientras lo metía en la casetera.

-Ya me lo has dicho. -Angela estaba harta de oírlo. Y también muerta de miedo por lo que podría ver en el monitor durante los próximos minutos-. Vamos, hazlo funcionar de una vez.

Lew pulsó el *play* y dio un paso atrás. Con los ojos entrecerrados, Angela escuchó la música de introducción. Decidió que estaba demasiado cerca del rock. Luego vino la panorámica del público: gente con gorras de béisbol que aplaudía y agitaba banderines. Decidió que era gente de medio pelo, y se recostó en el sillón.

Se tranquilizó. Al fin y al cabo, todo iría bien.

-Bienvenidos a *La hora de Deanna*. -La cámara tomó un primer plano de la cara de Deanna, en la que apareció una sonrisa cálida y un atisbo de nervios en la mirada-. Nuestras invitadas de hoy, aquí en Chicago, son seis mujeres que saben todo lo que hay que saber sobre béisbol.

Está nerviosa, pensó Angela, complacida. Con suerte llegará a la publicidad. Al anticipar la humillación Angela se permitió sentir lástima por Deanna. Después de todo, ¿quién mejor que ella misma para saber lo que era enfrentarse al ojo implacable de una cámara de televisión?

Deanna se había propuesto algo demasiado ambicioso, y demasiado pronto. Cuando fracasara, como sin duda ocurriría, y llamara a su puerta para suplicar ayuda, Angela decidió que la perdonaría y le daría una segunda oportunidad.

Pero Deanna salió adelante con éxito y en medio de grandes aplausos. Después de los primeros quince minutos de programa, para Angela el sabor agradable de la compasión se convirtió en amargura.

Siguió mirando el programa hasta los créditos de cierre, pero sin decir nada.

-Apágalo -dijo, se puso de pie y se acercó al bar. En lugar del habitual vaso de agua mineral se sirvió una copa de champán-. No vale nada -afirmó, en parte para sí misma-. Un programa mediocre con atractivo para una mínima franja de audiencia.

-La respuesta de las emisoras fue entusiasta -dijo Lew y le dio la espalda para sacar la cinta del reproductor.

-Un puñado de canales en el polvoriento Medio Oeste? -dijo y bebió deprisa-. ¿Crees que eso me preocupa? ¿Te parece que ella podría hacer lo mismo en Nueva York? Lo que funciona aquí es lo que importa. ¿Sabes cuál fue mi porcentaje de audiencia la semana pasada?

-Sí -dijo Lew y decidió seguirle la corriente-. No tienes nada de que preocuparte, Angela. Tú eres la mejor, y todo el mundo lo sabe.

-Ya lo creo que soy la mejor. Y cuando estrene mi programa especial en horario central durante los sondeos de audiencia de noviembre, empezaré a recibir el respeto que merezco. -Con una mueca, terminó lo que quedaba de champán. Ya no le sabía a celebración, pero la ayudaba a contrarrestar el miedo-. Yo ya tengo mucho dinero. -Se dio media vuelta. Podía darse el lujo de ser generosa, ¿no?- Le permitiremos a Deanna tener su pequeño momento de gloria, ¿por qué no? No durará. Déjame la cinta, Lew, y dile a mi secretaria que venga. Tengo una tarea para ella.

A solas, Angela giró en su sillón para observar la vista desde su nuevo hogar. Nueva York haría por ella algo más que convertirla en estrella. Le daría un imperio.

-¿Sí, señorita Perkins?

-Cassie... maldición. Lorraine. -Se dio la vuelta y fulminó con la mirada a su nueva secretaria. Detestaba tener nuevos empleados, verse obligada a recordar sus nombres y sus caras. Todos esperaban siempre demasiado de ella-. Consígueme a Beeker por teléfono. Si no lo encuentras, déjale un mensaje. Quiero que se ponga en contacto conmigo lo antes posible.

-Sí, señora.

-Eso es todo.

Angela miró la botella de champán, pero sacudió la cabeza. No, no caería en esa trampa. Ella no era su madre. No necesitaba alcohol para pasar el día. Jamás lo había hecho. Lo que necesitaba ahora era acción. Una vez pusiera a Beeker en movimiento para que escarbara a fondo y encontrara roña en Deanna Reynolds, tendría toda la acción que deseaba.

SEGUNDA PARTE

Toda la fama es peligrosa.

THOMAS FULLER

Bajo un sol abrasador, enemigo de las lluvias, de la vida vegetal y de los seres humanos, están ardiendo las arenas cambiantes del desierto saudí. -Finn trató de no entrecerrar los ojos frente a la cámara mientras el implacable sol cala sobre él. Usaba camiseta del ejército, pantalones color caqui y un sombrero desteñido-. Las tormentas de arena, el calor agobiante y los espejismos son moneda corriente en este medio hostil. A este mundo han venido las fuerzas de Estados Unidos para trazar su línea en la arena.

«Han pasado tres meses desde que los primeros hombres y mujeres de nuestras fuerzas armadas fueron apostados bajo el *Escudo del desierto*. Con la eficiencia e ingenuidad de los yanquis, estos soldados se están adaptando a su nuevo medio o, en algunos casos, tratando de que el medio se adapte a ellos. Un cajón de madera, un forro de poliestireno y el ventilador de un aparato de aire acondicionado. -Finn apoyó una mano en un cajón de madera-. Y algunos soldados muy hábiles han fabricado un refrigerador casero para ayudar a combatir esta temperatura de casi cincuenta grados. Con un aburrimiento que es un enemigo casi tan astuto como el clima, los soldados que no están de servicio pasan el tiempo mientras leen la correspondencia que reciben de su país, negocian los pocos y valiosos periódicos que logran pasar por la censura y organizan carreras de lagartijas. Pero el correo es lento y los días son largos. Mientras en nuestro país se realizan desfiles y picnics en celebración del día del Excombatiente, los hombres y mujeres del *Escudo del desierto* trabajan y esperan.

»Para la CBC, Finn Riley, desde Arabia Saudí.

Cuando la luz roja se apagó, Finn sacó las gafas para sol del cinturón y se las puso. Detrás de él había un F-15C Eagle y hombres y mujeres en uniforme de campaña.

-No me vendría mal un plato de patatas fritas y una banda de rock, Curt. ¿Y a ti?

Su cámara, cuya piel color hueso brillaba como mármol pulido con su capa de sudor y de filtro solar, puso los ojos en blanco.

-La limonada que prepara mi madre. Litros y litros.

-Cerveza helada.

-Helado de melocotón... y un beso con lengua de Whitney Houston.

-Basta, me estás matando -dijo Finn y bebió un largo trago de agua de la cantimplora. Le pareció tibia y con sabor a metal, pero le limpió la aspereza de la garganta-. Veamos qué nos dejan fotografiar, e intentaremos algunas entrevistas.

-No nos darán mucho -gruñó Curt.

-Tomaremos lo que podamos.

Horas más tarde, en la comodidad relativa de un hotel saudí, Finn se desnudó. La ducha le quitó las capas de arena, sudor y suciedad de dos días y dos noches en el desierto. Sintió un dulce anhelo, casi romántico, de una cerveza Bud, pero se conformó con un zumo de naranja. Se estiró en la cama, desnudo y exhausto. Con los ojos cerrados, tanteó en busca del teléfono para iniciar el complicado y con frecuencia frustrante proceso para intentar llamar a Estados Unidos.

El teléfono despertó a Deanna de un sueño profundo. Lo primero que pensó fue que de nuevo era un número equivocado, probablemente el mismo idiota que más temprano la hizo salir de un baño relajante y terminó colgando con una disculpa. Algo fastidiada, levantó el auricular.

-Reynolds.

-Allí deben de ser... veamos..., las cinco y media de la mañana. -Finn mantuvo los ojos cerrados y sonrió al oír la voz adormilada de Deanna-. Lo siento.

-¿Finn? -Deanna se sacudió el sueño, se incorporó en la cama y encendió la luz-. ¿Dónde estás?

-Disfruto de la hospitalidad de los saudíes. ¿Has comido sandía hoy?

-¿Cómo dices?

-Sandía. El sol es un infierno aquí, sobre todo a las diez de la mañana. Esa fue la hora en que empecé a tener una fantasía con las sandías. Curt lo empezó todo, y después los demás del equipo comenzaron a torturarse pensando en helados, sorbetes y pollo frito frío.

-Finn, ¿estás bien?

-Solo muy cansado. Pasamos un par de días en el desierto. La comida es una mierda, el calor es infernal, y las malditas moscas... No quiero ni pensar en las moscas. Hace treinta horas que estoy despierto, Kansas. Me siento un poco aturdido.

-Deberías dormir más.

-Háblame.

-He visto alguno de tus reportajes -dijo ella-. El de los rehenes que Hussein llama «huéspedes» fue impresionante. Y también el de la base aérea saudí.

-No. Dime qué has estado haciendo tú.

-Hoy hicimos un programa sobre los compradores obsesivos. Uno de los invitados suele quedarse despierto toda la noche para mirar uno de los canales de ofertas y compra todo lo que aparece en pantalla. Su esposa finalmente decidió cortar el cable cuando él compró una docena de collares electrónicos contra las pulgas. Te aclaro que no tienen perro.

Eso hizo reír a Finn, tal como Deanna esperaba.

-Tengo la cinta que me mandaste, aunque tardó bastante en llegarme. Mi equipo y yo la visionamos. Te vi muy bien.

-Me sentí muy bien. Otro par de canales de Indiana van a transmitir nuestro programa a última hora de la tarde. Competiremos contra una telecomedia famosa pero ¿quién puede saber qué pasará?

-Ahora dime que me echas de menos.

Ella no le contestó enseguida.

-Sí, supongo que es así. A ratos.

-¿Y ahora?

-Sí.

-Cuando vuelva a casa quiero que vayas conmigo a mi cabaña. -Finn...

-Quiero enseñarte a pescar.

-¿Ah, sí? -preguntó ella y en sus labios se dibujó una sonrisa-. ¿En serio?

-Me parece que no debería tomar en serio a una mujer que no distingue un extremo de la caña del otro. Recuérдалo. Me mantendré en contacto.

-Está bien. ¿Finn?

-¿Sí?

Deanna se dio cuenta de que él estaba casi dormido.

-Te mandaré otra cinta.

-De acuerdo. Hasta pronto.

Finn consiguió colgar antes de empezar a roncar.

Los informes y los reportajes siguieron llegando. La escalada de hostilidades, las negociaciones para la liberación de los rehenes que muchos temían fueran usados como escudos humanos. La cumbre de París y la visita del presidente a las tropas norteamericanas con ocasión del día de Acción de Gracias. Hacia fines de noviembre, las Naciones Unidas votaron la resolución 678; se aprobó el uso de la fuerza para expulsar a Irak del territorio de Kuwait, y se le dio a Saddam plazo hasta el 15 de enero.

En Estados Unidos ondeaban cintas amarillas en las antenas de los automóviles y en las barandas de los porches. Estaban mezcladas con muérdago y acebo porque Estados Unidos se preparaba para la Navidad, no para la guerra.

-Este reportaje sobre juguetes no solo mostrará qué regalarles a los chicos para Navidad sino también qué es seguro. -Deanna levantó la vista de sus papeles y miró a Fran-. ¿Te sientes bien?

-Por supuesto que sí -contestó ella con una mueca-. Para ser alguien con la sensación de tener un camión sobre la vejiga, estoy muy bien.

-Deberías irte a tu casa, recostarte y levantar los pies. Faltan menos de dos meses para la fecha del parto.

-En casa me volvería loca. Además, tú eres la que debería sentirse agotada, después de pasarte la mitad de la noche en una cena-baile de caridad.

-Es parte de mi trabajo -dijo Deanna con expresión ausente-. Como comentó Loren, hice una serie de contactos y tuve algo de prensa.

-Mmmm. Y nada más que cinco horas de sueño. -Fran se puso a jugar con un conejo de juguete que movía las orejas y chillaba cuando se le apretaba la panza-. ¿Crees que a Big Ed le gustará esto?

Con las cejas levantadas, Deanna contempló el enorme vientre de Fran, donde Big Ed -como llamaban al bebé parecía estar creciendo a pasos gigantados.

-Ya tienes dos docenas de animalitos de peluche.

-Tú empezaste la colección con ese osito de dos patas. -Fran apartó el conejo y, entre los juguetes diseminados en el suelo de la oficina, eligió a un soldado en uniforme de campaña-. ¿Por qué demonios siempre quieren jugar a soldados?

-Esa es una de las preguntas que le haremos a nuestro experto. ¿Has tenido noticias de Dave?

Fran trató de no preocuparse por su hermanastro, un oficial de la Guardia Nacional que estaba en el Golfo.

-Sí. Recibió la caja que le mandamos. Los cómics tuvieron mucho éxito.

-¿Richard realmente le va a comprar al bebé un casco de los Bears?

-Ya lo ha hecho. Lo cual me recuerda que quiero asegurarme de que en ese bloque se trate este tema: de qué manera la sociedad y los padres perpetúan estereotipos cuando compran esa clase de juguetes a los varones indicó al soldado- y esos a las niñas. -Y señaló una muñeca.

-Zapatillas de ballet para las chicas, zapatillas de fútbol para los varones.

-Lo cual lleva a que las chicas agiten pompones a los costados de la cancha mientras los varones hacen *touch downs*.

-Lo cual lleva -prosiguió Deanna- a que los hombres tomen decisiones corporativas mientras las mujeres les sirven café.

-Dios mío -exclamó Fran-. ¿Educaré mal a mi hijo? Deberíamos haber esperado y practicado con un cachorrito. Yo seré responsable de traer al mundo a otro ser humano.

A lo largo de las últimas semanas, Deanna se había acostumbrado a los estallidos de Fran. Se inclinó hacia atrás en el asiento y sonrió.

-¿De nuevo se hacen sentir las hormonas?

-Ya lo creo. Iré a buscar a Simon y a verificar los índices de audiencia de la semana pasada... y simular que soy un ser humano normal y en su sano juicio.

-Entonces vete a tu casa -insistió Deanna-. Cómete un paquete de galletas y mira una película vieja por cable.

-Está bien. Le pediré a Jeff que recoja los juguetes y los baje al plató.

A solas, Deanna se echó hacia atrás y cerró los ojos. Fran no era la única en estar quisquillosa esos días. Todo el equipo se sentía nervioso. Dentro de seis semanas, Delacort volvería a firmar contrato para que *La hora de Deanna* continuara, o todos se quedarían sin trabajo.

La audiencia había subido, pero ¿era suficiente? Sabía que estaba poniendo en el programa todo lo que tenía de sí, y también todo lo posible en el terreno de las relaciones públicas y los encuentros con la prensa acerca de los cuales Loren insistía tanto. Pero ¿era suficiente?

El período de prueba ya casi había terminado, y si Delacort decidía prescindir de ellos...

Inquieta, se puso de pie y se volvió hacia los ventanales. Se preguntó si Angela se habría parado allí alguna vez, preocupada, atormentada por algo tan básico como un punto de audiencia. ¿Habría sentido sobre sus hombros la pesada responsabilidad por el programa, el equipo, los anunciadores? ¿Por eso se había convertido en una mujer tan dura e implacable?

Si el programa fracasaba, no sería solo su carrera la que se desmoronaría; otras seis personas habían invertido su tiempo, su energía y su amor propio. Otras seis personas que tenían familias, hipotecas, letras del coche, facturas del dentista.

-¿Deanna?

-Sí, Jeff. Necesitamos llevar estos juguetes abajo, al... -Se interrumpió al ver un abeto de plástico de más de dos metros de altura-. ¿De dónde demonios has sacado eso?

-Yo... bueno, lo liberé de un depósito -dijo Jeff y se asomó de detrás del árbol. Tenía las mejillas encendidas y las gafas casi en la punta de la nariz. Su aire adolescente resultaba encantador-. Se me ocurrió que podría gustarte.

Deanna se echó a reír y examinó el árbol. Era bastante patético con sus ramas caídas y su chillón color verde que nadie confundiría jamás con un árbol auténtico. Miró la expresión de Jeff y volvió a reír.

-Es exactamente lo que necesito. Pongámoslo frente a la ventana.

-Tenía un aspecto muy solitario allá abajo -dijo Jeff mientras lo colocaba con cuidado frente al ventanal-. Pensé que con algunos adornos...

-De modo que lo liberaste.

El se encogió de hombros.

-En este edificio hay cosas que nadie ha usado o visto en años. Con algunas luces y adornos quedará muy bien.

-Y muchas cintas amarillas -agregó ella pensando en Finn-. Gracias, Jeff.

-Todo saldrá bien, Deanna -dijo él, le puso una mano en el hombro y se lo apretó-. No te preocupes tanto.

-Tienes razón. Reunamos aquí al resto del equipo y decoremos a este bebé.

Deanna siguió trabajando durante las vacaciones con el árbol de plástico a sus espaldas. Mientras hacía malabarismos con los compromisos y trabajaba dieciocho horas diarias durante tres días, se hizo un hueco para un viaje de veinticuatro horas a su casa, para Navidad. Volvió a Chicago, muerta de frío, el primer día laborable.

Cargada de equipaje y de regalos de Topeka, abrió la puerta de su apartamento. Lo primero que vio fue el sobre blanco encima del felpudo, justo debajo de la puerta. Con desasosiego, apoyó las maletas. No la sorprendió encontrar dentro del sobre una única hoja de papel, ni ver lo escrito en letras rojas de imprenta: «FELIZ NAVIDAD, DEANNA. ME ENCANTA VERTE TODOS LOS DÍAS. ME ENCANTA VERTE. TE AMO».

Qué extraño, pensó, pero también inofensivo, si consideraba algunas cartas disparatadas que recibía desde agosto. Se metió la nota en el bolsillo, y apenas si había tenido tiempo de echarle la llave de nuevo a la puerta, cuando oyó un golpe en la misma. Se sacó el gorro de lana con una mano y abrió con la otra.

Era Marshall. Llevaba el sobretodo prolijamente doblado sobre un brazo.

-Deanna, ¿no crees que esta historia se ha prolongado demasiado? No has contestado a ninguna de mis llamadas.

-No hay ninguna historia entre nosotros, Marshall; acabo de regresar a la ciudad. Estoy cansada, tengo hambre y no estoy de humor para una discusión civilizada.

-Si yo puedo tragarme mi amor propio como para venir aquí, lo menos que puedes hacer tú es invitarme a pasar.

-¿Tu amor propio?

Deanna se soliviantó. Sabía que era mala señal, cuando solamente había intercambiado algunas palabras.

-Está bien. Pasa.

Al entrar, Marshall vio las maletas.

-¿O sea que pasaste la Navidad en tu casa?

-Así es.

Él colocó el sobretodo sobre el respaldo de una silla.

-¿Y tu familia está bien?

-Sí, muy bien. Marshall, no tengo ánimo para una conversación intrascendente. Si tienes algo que decir, dilo.

-No creo que podamos solucionar nada a menos que nos sentemos y lo hablemos a fondo. -Señaló el sofá-. Por favor.

Ella se sacó el abrigo y se sentó en una silla. Entrelazó las manos sobre el regazo y aguardó.

-El hecho de que todavía estés enfadada conmigo me demuestra que existe entre nosotros un compromiso emocional. Me di cuenta de que tratar de resolver las cosas tan rápido después del incidente fue un error.

-¿El incidente? ¿Así lo llamas?

-Porque -prosiguió él con calma- las emociones de los dos estaban muy cerca de la superficie, con lo cual resultaba difícil comprometerse y hacer algo constructivo.

-Yo rara vez me desahogo constructivamente. Creo que no llegamos a conocernos lo suficiente para que te dieras cuenta de que, en ciertas circunstancias, tengo un carácter muy agrio.

-Entiendo -afirmó él, complacido de estar comunicándose nuevamente con ella-. Verás, Deanna, yo creo que parte de nuestras dificultades nacieron del hecho de que no nos conocíamos tan bien como debíamos. En ese sentido compartimos la culpa, pero es muy humano y natural mostrar solo nuestras facetas positivas cuando iniciamos una relación.

Deanna respiró hondo y trató de obligarse a permanecer sentada, cuando lo que quería era ponerse de pie de un salto y atizarle un buen puñetazo.

-Si tú quieres compartir esa culpa conmigo, de acuerdo, sobre todo porque yo no tengo ninguna intención de pasar más allá de esa etapa contigo.

-Deanna, si eres sincera contigo misma, tendrás que reconocer que estábamos creando algo muy especial entre nosotros. Una fusión de intelectos, de gustos. -Como buen terapeuta, no apartó la mirada de sus ojos y le habló con voz suave y tranquilizadora.

-Creo que nuestra fusión de intelectos y gustos se quebró cuando yo entré y os encontré a Angela y a ti en plena faena. Dime, Marshall, ¿tenías en ese momento en el bolsillo los folletos del viaje que pensábamos hacer a Hawai?

-Me he disculpado repetidamente por ese desliz.

-Ahora es un desliz. Antes era un incidente. Déjame que te diga cómo lo llamo yo, Marshall. Yo lo llamo traición, traición de dos personas que yo admiraba y quería. Deliberada, por parte de Angela, y penosa por parte tuya.

-Tú y yo no estábamos formalmente comprometidos, ni en el plano sexual ni en el emocional.

-¿Me estás diciendo que si yo me hubiera acostado contigo eso no habría sucedido? -Se puso de pie-. Yo no pienso compartir la culpa por eso. Tú eres el que pensó con la entrepierna. Así que sigue mi consejo, doctor, y sal de mi casa. Quiero que te mantengas lejos de mí. No quiero que llames a mi puerta. No quiero oír tu voz por teléfono. Y no quiero más llamadas en medio de la noche, en las que ni siquiera tienes agallas para hablar.

El se puso de pie.

-No sé de qué estás hablando.

-¿De veras?

-Solo quiero aclarar esto. Durante estos meses, desde que me arrojaste de tu vida, me he dado cuenta de que tú eres la única mujer que puede hacerme feliz.

-Entonces te espera una vida muy triste. Yo no estoy disponible ni interesada.

-Hay alguien más, ¿verdad? -Se adelantó y la aferró por los antebrazos antes de que ella tuviera tiempo de apartarse-. ¿Y tú hablas de traición, cuando con tanta facilidad me dejas y te entregas a otro?

-Sí, hay alguien más, Marshall. Yo. Ahora quítame las manos de encima.

-Deja que te recuerde lo que tuvimos -murmuró y la atrajo hacia sí-. Deja que te muestre lo que podría haber sido.

El viejo miedo volvió y la hizo temblar mientras trataba de liberarse. Acorralada, se mostró cruel.

-¿Sabes cuál sería un tema interesante para mi programa, Marshall? Escucha esto. Los respetables consejeros familiares que acosan a las mujeres con las que han salido y seducen a menores de edad. Sí, losé todo. Una jovencita, Marshall. ¿Te imaginas cuánto me asquea? La mujer con la que salías cuando supuestamente desarrollabas nuestra relación tiene poca importancia comparado con eso. Angela me dejó un pequeño informe antes de irse a Nueva York.

-No tienes ningún derecho a ventilar mi vida privada.

-No tengo intenciones de hacerlo. A menos que sigas acosándome. Y si lo haces...

-No esperaba de ti una amenaza semejante, Deanna.

-Bueno, parece que te has equivocado de nuevo. -Se encaminó a la puerta y la abrió de par en par-. Ahora, lárgate.

Él cogió su sobretodo.

-Me debes la cortesía de darme la información que tienes.

-Yo no te debo nada. Y si no sales por esta puerta en cinco segundos, gritaré tan fuerte que los vecinos vendrán corriendo.

-Estás cometiendo una equivocación -dijo él al acercarse a la puerta-. Una gran equivocación.

-Felices vacaciones -terminó ella, pegó un portazo y cerró la puerta con llave y cerrojo.

-Gran programa -dijo Marcie cuando Deanna entró en el camerino-. Fue fantástico reunir a las familias de soldados que están en el Golfo. Y pasar esos videos filmados allí.

-Gracias, Marcie. -Deanna se acercó al espejo iluminado y se sacó los pendientes-. ¿Sabes, Marcie?, es víspera de Año Nuevo.

-Sí, eso he oído.

-Es el momento de «fuera lo viejo, venga lo nuevo». -Deanna se pasó una mano por el pelo, se miró en el espejo y se estudió el perfil izquierdo, luego el derecho, después toda la cara-. Marcie, amiga mía, me siento temeraria.

-Vaya. ¿Como para qué? ¿Para salir y pescar un hombre en el primer bar que encuentres?

-No dije que estuviera loca, dije que temeraria. ¿Cuánto tiempo libre tienes hasta que venga Bobby Marks a maquillarse?

-Veinte minutos.

-Creo que alcanzarán. -Deanna hizo girar la silla y le dijo-: Cámbiame.

-¿Hablas en serio?

-Muy en serio. Tuve una escena muy desagradable con un individuo hace unos días. No sé si el mes que viene tendré trabajo, y mucho menos una carrera. Es posible que me esté enamorando de un hombre que pasa más tiempo fuera del país que aquí, y dentro de dos semanas puede estar en medio de una guerra. Esta noche, vísperas de Año Nuevo, no estaré con ese hombre con el que creo sentirme así, sino en una reunión con muchísima gente, para hacer sociabilidad con extraños, porque eso es ahora parte de mi trabajo. Así que me siento temeraria, Marcie, suficientemente osada como para hacer algo drástico.

-Creo que deberías definir qué significa exactamente «drástico» antes de que yo empiece.

-No -dijo Deanna, respiró hondo y exhaló despacio-. Sorpréndeme.

-De acuerdo. -Marcie tomó su aerosol y humedeció el pelo a Deanna-. ¿Sabes una cosa? Hace semanas que estoy deseando hacer esto.

-Entonces esta es tu oportunidad. Transfórmame en una mujer nueva.

A Deanna se le contrajo el estómago cuando empezó a oír el clic clic de las tijeras de Marcie y vio caer a sus pies un mechón tras otro de pelo color ébano.

-Sabes lo que estás haciendo, ¿no?

-Confía en mí-le dijo Marcie y siguió cortando-. Quedarás fabulosa. Muy distinguida y elegante.

-¿Ah, sí? -Deanna trató de volverse hacia el espejo.

-Nada de espiar -advirtió Marcie y le apoyó una mano en el hombro-. Es como zambullirse en una piscina de agua helada -explicó-. Si uno trata de mojarse despacio y poco a poco, es una tortura. Y a veces uno retrocede antes de hacerlo. Si lo haces de golpe, al principio sientes un choque, pero después estás encantada. ¿Sabes?, creo que tal vez se parezca más a perder la virginidad.

-¡Dios mío!

Marcie levantó la vista y le sonrió a Bobby Marks, el chef titular de los programas de cocina de la CBC.

-Hola, Bobby. Ya casi he terminado.

-¡Dios mío! -repitió y se acercó a examinar a Deanna-. ¿Qué has hecho, Dee?

-Quería un cambio -dijo Deanna y comenzó a llevarse una mano a la cabeza, pero Marcie se lo impidió.

-Una piscina helada -recordó Marcie.

-Vaya si es un cambio. -Bobby dio un paso atrás y sacudió la cabeza-. ¿Puedo quedarme con un poco de este pelo? -Se agachó y recogió un puñado-. Puedo mandar hacerme un peluquín. Diablos, me alcanzará para media docena.

-Dios, ¿qué he hecho? -dijo Deanna y cerró los ojos.

-¿Dee? ¿Qué te ha entretenido? Necesitamos... ¡Dios santo! -Fran se frenó en seco junto a la puerta, con una mano contra su boca abierta y la otra sobre su vientre.

-Fran. -Desesperada, Deanna extendió un brazo-. Fran, creo que he tenido un colapso nervioso. Es vísperas de Año Nuevo -balbuceó-. Bobby encargará peluquines. Creo que mi vida desfila frente a mis ojos.

-Te lo has cortado -dijo Fran, al cabo de un momento-. Vaya si te lo has cortado.

-Pero me volverá a crecer, ¿verdad?

-Dentro de cinco o diez años -predijo alegremente Bobby y se puso unos mechones de Deanna sobre la calva-. No con la velocidad necesaria para respetar la cláusula que imagino tienes en tu contrato con respecto a cambios en tu aspecto.

-Dios -dijo Deanna y palideció-. Lo había olvidado. Creo que me he vuelto majara.

-Dile a tu abogado que utilice ese argumento con Delacort -sugirió Bobby.

-Les fascinará -agregó Marcie-. Ella misma lo verá dentro de un minuto.

Marcie la peinó. Insatisfecha, agregó un poco de laca y siguió peinando con la concentración de quien talla diamantes.

-Ahora respira hondo y no exhales -dijo Marcie-. Y no digas nada hasta que te veas bien.

Nadie habló cuando Marcie giró la silla de Deanna hacia el espejo. Deanna miró su imagen, los labios entreabiertos, los ojos abiertos de par en par. La larga cabellera había desaparecido, y en su lugar aparecía un pelo bien corto. Aturdida, vio que la mujer del espejo levantaba una mano y se tocaba la nuca.

-Acompaña la forma de tu cara -explicó Marcie, nerviosa, en tanto Deanna seguía mirándose-. Te hace lucir los ojos y las cejas. Tienes esas cejas oscuras maravillosas, con un arco natural. Y tus ojos tienen fuerza y forma almendrada, pero se perdían un poco con tanto pelo.

-Yo... -Deanna exhaló y volvió a respirar hondo-. Me encanta.

-¿Sí? -A Marcie se le aflojaron las rodillas y se dejó caer en una silla junto a Deanna-. ¿En serio?

-Sí, me encanta. ¿Te das cuenta de todas las horas por semana que tenía que dedicarle a mi peinado? ¿Por qué no se me ocurrió antes? -Tomó un espejo y se miró la parte de atrás-. Esto me permitirá ahorrar casi

ocho horas por semana... una jornada entera de trabajo. -Tomó sus pendientes y se los puso-. ¿Qué tal? -le preguntó a Fran.

-Sin restarle importancia a tus prioridades en cuanto a ahorro de tiempo, te queda espléndido.

-¿Bobby?

-Muy sexy. Un cruce de amazona y hada. Estoy seguro de que a Delacort no le importará volver a grabar los vídeos promocionales.

-Dios santo. -Al caer en la cuenta, Deanna miró a Fran.

-No te preocupes, esta noche deslumbrarás a Loren. Después nos ocuparemos del próximo programa.

-Ahora, si las señoras no tienen inconveniente -dijo Bobby debo empezar a maquillarme. Tengo que freír una trucha.

Con las primeras luces del Año Nuevo, con un vídeo de *La hora de Deanna* en el televisor, una figura solitaria caminaba por una habitación pequeña y en penumbra. Sobre la mesa donde las fotografías enmarcadas de Deanna resplandecían con el resplandor apareció un nuevo tesoro: una gruesa trenza de cabello color ébano anudada con un hilo de oro.

Era tan suave al tacto como la seda. Después de una última caricia, los dedos se apartaron hacia el teléfono. Marcaron con lentitud. Un momento después, la voz de Deanna se oyó del otro lado de la línea, medio dormida, un poco inquieta, y trajo con ella una oleada de placer que duró hasta mucho después de colgar el auricular.

Eran más de las dos de la madrugada en Bagdad cuando Finn revisó sus notas para la transmisión en directo de las Noticias de la tarde de la CBC. Se sentó en la única silla que no estaba llena de cintas y cables y se puso una camisa limpia mientras mentalmente convertía ideas y observaciones en un reportaje.

Desconectó su mente del entorno: los ruidos de los preparativos, el olor a comida fría y las conversaciones.

Los técnicos estaban diseminados alrededor de la suite, revisaban equipos y hacían bromas. El sentido del humor, sobre todo si era negro, ayudaba a eliminar tensiones. Durante los últimos dos días habían almacenado comida y agua embotellada.

Era 16 de enero.

-Quizá deberíamos anudar varias sábanas juntas -sugirió Curty colgarlas fuera de la ventana como una enorme bandera blanca.

-No; pondremos mi gorra de los Bears -dijo el ingeniero y se tocó la visera-. ¿A qué muchacho estadounidense se le ocurriría bombardear a un fanático del rugby?

-Oí que el Pentágono ordenó que bombardearan primero los hoteles. -Finn levantó la vista de sus apuntes y sonrió-. Ya sabes lo harto que está Cheney de la prensa. -Finn tomó el teléfono que lo conectaba con Chicago y pescó la conversación que tenía lugar en el escritorio de noticias durante los anuncios-. Oye, Martin, ¿qué hicieron los Bulls anoche? -Mientras hablaba se colocó frente a las ventanas para que Curt pudiera medir la luz contra el cielo nocturno-. Sí, aquí todo está tranquilo pero con muchos nervios.

Cuando apareció el realizador en línea, Finn asintió.

-Entraremos en antena en el próximo bloque -le dijo a Curt-. Dentro de cuatro minutos.

-Acercad las luces -pidió Curt-. Tengo una sombra fea aquí.

Pero antes de que nadie tuviera tiempo de moverse, se oyó un estruendo a lo lejos.

-¿Qué demonios ha sido eso? -El ingeniero palideció y tragó saliva-. ¿Truenos? ¿Han sido truenos?

-Dios. -Finn giró la cabeza a tiempo de ver la andanada de proyectiles que surcaba el cielo nocturno-. Martin. ¿Todavía estás allí? ¿Haversham? -Llamó al director mientras Curt enfocaba el cielo con la cámara-. Tenemos juerga. El ataque aéreo ha comenzado. Sí, estoy seguro. Ponme en antena, por el amor de Dios.

Oyó las maldiciones y los gritos provenientes de la sala de control de Chicago y luego solo zumbidos de estática.

-Nos han perdido, maldición. -Con frialdad, observó el violento espectáculo de luces. En ningún momento se le ocurrió pensar que sobre ellos podía caer una bomba. Lo único que pensaba era en transmitir lo que ocurría-. Sigue filmando.

-No tienes que decírmelo dos veces. -Curt prácticamente estaba colgado de la baranda-. ¡Mira eso! -gritó. Las sirenas antiaéreas ululaban sobre el estruendo de las bombas-. Hemos conseguido un asiento de primera fila.

Desalentado, Finn sacó fuera su micrófono para registrar los sonidos de la batalla.

-Intenta restablecer comunicación con Chicago.

-Eso hago -dijo el ingeniero y siguió manejando los controles con manos temblorosas-. Eso trato de hacer, maldita sea.

Con los ojos entrecerrados, Finn se dirigió a la baranda del balcón y luego se volvió hacia la cámara. Si no podían salir en directo, por lo menos grabarían un vídeo.

-El cielo nocturno de Bagdad estalló a las dos y treinta y cinco de esta mañana. Hay explosiones y fuego de artillería antiaérea. Cada tanto, del horizonte brotan llamas. -Cuando miró hacia fuera vio, con incredulidad, la estela de un proyectil que se dirigía hacia ellos-. Dios, ¿has filmado eso? ¿Lo has conseguido?

Oyó que su ingeniero lanzaba una imprecación cuando el edificio se estremeció. Finn gritó al micrófono:

-La ciudad está siendo bombardeada desde el aire. La espera ha terminado. La cosa ha empezado.

Volvió a mirar al ingeniero.

-¿Has tenido suerte?

-No. -Aunque estaba blanco como el papel, logró esbozar una sonrisa-. Creo que nuestros cordiales anfitriones aparecerán en cualquier momento para sacarnos de aquí.

-Primero tienen que encontrarnos -repuso Finn.

Mientras Finn grababa su reportaje sobre la contienda, Deanna asistía a una cena interminable y aburrida. Los acordes monótonos de una música para piano flotaban en la sala de baile del hotel de Indianápolis. Además de los discursos que se pronunciarían al término de la cena, del vino mediocre y el pollo de consistencia gomosa, también debería soportar el largo viaje de vuelta a Chicago.

Con malicia, pensó que al menos no tenía que sufrir todo eso sola: se había llevado con ella a Jeff Hyatt.

-El pollo no está tan malo -murmuró él al tragar un trozo-. Siempre y cuando uno le agregue bastante sal.

Ella lo miró.

-Eso es lo que me encanta de ti, Jeff. Siempre optimista. A ver si puedes sonreír cuando sepas que, después que terminemos de tragar este corcho, el gerente del canal, el jefe de ventas y dos de nuestros anunciantes pronunciarán un discurso.

El pensó un momento y decidió beber agua en lugar de vino.

-Bueno, podría ser peor.

-¿Ah, sí?

-Sí. La nieve podría aislarnos en este lugar.

Deanna se estremeció.

-No lo digas ni en broma.

-Me gustan estos viajes. Conocer a todo el mundo, ver cómo te ponen alfombra roja.

-Eso también me gusta a mí. Pasar un tiempo en uno de los canales repetidores y ver el entusiasmo que tienen por el programa. Y casi todas las personas son estupendas.

Suspiró y se puso a jugar con el arroz que había junto al pollo. Se sentía cansada. Siempre había tenido energía de sobra, pero ahora la sensación era la de haber agotado sus reservas.

El hecho de conducir un programa no significaba solamente tener buena presencia delante de las cámaras y habilidad para las entrevistas, sino también estar disponible las veinticuatro horas del día.

Bueno, has conseguido lo que querías, Dee, se dijo. Ahora basta de quejas y ponte a trabajar. Con una sonrisa decidida, miró al hombre que estaba a su lado. Fred Banks, recordó, era el dueño del canal y un entusiasta del golf.

-No puedo decirle lo mucho que he disfrutado hoy viendo el funcionamiento de su emisora -le dijo ella-. Tiene un equipo de gente maravillosa.

-Bueno, me gusta creer que es así -respondió él con orgullo-. En este momento somos el número dos, pero nos proponemos ser el número uno en el curso de este año. Y su programa nos ayudará a conseguirlo.

-Eso espero. He oído decir que usted nació aquí, en Indianápolis.

-Así es. Nací y me crié aquí.

Mientras él se extendía en historias sobre las delicias de su ciudad natal, Deanna hacía comentarios adecuados y paseaba la vista por el lugar. Cada mesa estaba ocupada por personas que, de alguna manera, dependían de ella. Y hacer un buen programa no era suficiente. Ella lo había hecho esa mañana. Pero hubo casi diez horas previas, sin contar el tiempo pasado para maquillarse, peinarse, probarse ropa y la preproducción. Después hubo una entrevista, una reunión de equipo, llamadas telefónicas que era preciso devolver, correspondencia para contestar.

La correspondencia había incluido otra extraña carta de quien ella comenzaba a considerar su admirador más persistente: «CON EL PELO CORTO PARECES UN ÁNGEL SEXY. ME ENCANTA TU ASPECTO. TE AMO».

Se guardó la nota y contestó tres docenas de otras cartas. Todo eso antes de abordar un avión con Jeff para ir a Indianápolis y el recorrido por la emisora, las reuniones y apretones de manos con los integrantes del equipo local, el almuerzo de negocios, la breve aparición en las noticias locales y, ahora, ese banquete interminable.

No, un buen programa no era suficiente. Ella tenía que ser también diplomática, embajadora, reina, socia de negocios y celebridad. Debía cumplir cada uno de esos roles correctamente, y al mismo tiempo simular que no se sentía sola o preocupada por Finn, o que no echaba en falta esas horas tranquilas en que podía acurrucarse en el sofá y leer un libro por puro placer, en lugar de verse obligada a hacerlo porque estaba a punto de entrevistar a su autor.

Bueno, esto es lo que quería, se dijo Deanna y le sonrió al camarero que le servía melocotones con nata.

-Puedes dormir en el avión, en el viaje de vuelta -le susurró Jeff al oído.

-¿Se me nota?

-Un poco.

Deanna se excusó y se levantó de la mesa. Si no podía vencer la fatiga, sí podía al menos disimular sus señales.

Estaba casi en la puerta cuando oyó que alguien golpeaba el micrófono ubicado en el podio. Miró hacia atrás y vio a Fred Banks de pie debajo de las luces.

-Ruego su atención. Acabo de recibir la noticia de que Bagdad está siendo atacada por fuerzas de las Naciones Unidas.

A Deanna le zumbaban los oídos. Borrosamente alcanzó a oír que los decibelios aumentaban en el salón de baile, como el mar con marea alta. Desde algún lugar cercano, un camarero levantó un puño en ademán triunfal.

-¡Espero que echen a patadas a ese hijo de perra! -gritó.

Lentamente, desaparecida la fatiga, regresó a la mesa. Tenía una tarea que terminar.

Finn estaba sentado en el suelo de la habitación de un hotel, con el ordenador portátil sobre las rodillas. Escribía una nota con toda la velocidad que sus dedos le permitían. Ya casi era el amanecer y aún tenía los ojos muy irritados, pero no se sentía cansado. Fuera, la batalla continuaba. Dentro, se iniciaba el juego del gato y el ratón.

A lo largo de las últimas tres horas se habían mudado dos veces y arrastrado los equipos y las provisiones. Mientras los soldados iraquíes registraban el edificio y desplazaban a los huéspedes y a los equipos internacionales de prensa al subsuelo del hotel, Finn y su equipo se pasaban de una habitación a otra.

Mientras él tomaba su turno como centinela, sus dos compañeros se echaron sobre la cama para dormir un rato.

Satisfecho con lo que había escrito hasta ese momento, Finn apagó el ordenador. Se puso de pie, se desperezó para aflojar el entumecimiento de la espalda y el cuello y se puso a fantasear con el desayuno que le apetecería comer: crepes con mermelada de arándano y litros de café caliente. Levantó la cámara.

Por la ventana filmó las imágenes finales del primer día de guerra, los resplandores de los veloces misiles y las huellas de las balas. Pensó en la devastación que verían cuando amaneciera del todo, y cuánto podría filmar.

-Me parece que tendré que denunciarte al gremio, amigo.

Finn bajó la cámara y miró a Curt. El cámara estaba de pie junto a la cama, y se frotaba los ojos.

-Lo que te revienta es que yo sepa manejar la cámara tan bien como tú.

-Mierda. -Ante ese desafío, Curt se acercó a la cámara-. Tú no puedes hacer nada, salvo aparecer apuesto en los vídeos.

-Entonces prepárate para demostrarlo. Tengo que leer una noticia.

-Bueno, para eso eres el jefe -reconoció el otro y comenzó a grabar mientras las bombas explotaban-.

¿Vamos a tratar de encontrar la manera de salir de aquí?

-Tengo algunos contactos en Bagdad -dijo Finn mientras observaba los fuegos que se elevaban en el horizonte-. Creo.

Cuando terminaron los discursos después de la cena, hubo estrechado las últimas manos y besado las últimas mejillas, Deanna enfiló hacia un teléfono. Mientras ella llamaba a Fran y Richard, Jeff usó el otro teléfono para ponerse en contacto con la sala de redacción en Chicago.

-¿Qué? -contestó Richard-. ¿Qué ocurre?

-¿Richard? Richard, soy Deanna. Voy camino al aeropuerto de Indianápolis. Me acabo de enterar del bombardeo de Bagdad y...

-Nosotros también. Pero en este momento tenemos aquí una crisis particular. Fran tiene contracciones. Estábamos por salir para el hospital.

-¿Ya? -Sintió una punzada y se apretó fuerte las sienes-. Creí que todavía faltaban diez días.

-Eso díselo a Big Ed. Respira, Fran, no te olvides de respirar.

-Solo dime si ella está bien.

-Acaba de terminarse media pizza... por eso no quiso decirme que las contracciones habían empezado. Ya se puso en contacto con Bach. Parece que mañana suspenderán tu programa... No, maldita sea, Fran, no te dejaré hablar con ella. Tienes que respirar.

-Estaré allí lo antes que pueda. Dile... Dios, solo dile que estaré allí.

-Cuento con ello. ¡Eh! ¡Vamos a tener un bebé! Hasta pronto.
Deanna apoyó la frente contra la pared.
-¡Vaya día!
-Finn Riley ha informado del ataque aéreo.
-¿Qué? -Se volvió para mirar a Jeff-. ¿Finn? ¿Entonces está bien?
-Estaba hablando con el estudio cuando empezó el ataque. Consiguió pasar alrededor de cinco segundos de imágenes antes de que perdieran el contacto.
-De modo que no sabemos nada más -dijo ella muy despacio.
-Mira, no es la primera vez que está en una situación como esta, ¿no? -dijo Jeff, le pasó el brazo por los hombros y la condujo al coche que los esperaba.
-Sí, claro. Es verdad.
-Míralo de esta manera. Nosotros hemos podido salir de aquí una hora antes de lo previsto porque todos querían llegar a sus casas y encender el televisor.
Ella casi se echó a reír.
-Eres incorregible, Jeff.
Elle dedicó una sonrisa radiante.
-Lo mismo digo.

Eran las seis de la mañana cuando Deanna finalmente entró en su apartamento. Hacía veinticuatro horas que estaba en pie y sentía un cansancio terrible. Pero recordó que había cumplido con sus obligaciones profesionales y visto nacer a su ahijada.

Aubrey Deanna Myers, pensó, y sonrió mientras se dirigía al dormitorio. Un milagro pelirrojo de tres kilos seiscientos. Después de ver llegar al mundo a esa criatura tan hermosa, costaba creer que en el otro extremo del mundo se librara una guerra.

Mientras se sacaba la ropa, con una enorme gratitud por saber que esa mañana habían suspendido el programa, encendió el televisor y trasladó esa guerra a su casa.

Se preguntó qué hora sería en Bagdad, pero su mente se negó a hacer cálculos. Muy cansada, se sentó en el borde de la cama, y trató de concentrarse en las imágenes e informes.

Cuídate mucho, maldita sea, fue lo último que pensó antes de tumbarse sobre el edredón y quedarse dormida.

Tarde, durante la segunda noche de la guerra del Golfo, Finn se instaló en una base saudí. Estaba deseando un baño, cansado y hambriento. Oía el rugido de los cazas que despegaban del campo de aviación para dirigirse a Irak. Sabía que otros equipos periodísticos difundirían las noticias.

Estaba de un humor de perros. Como resultado de las restricciones del Pentágono sobre los medios de prensa, él tendría que aguardar su turno antes de viajar al frente y, una vez allí, solamente podría ir a donde los oficiales del ejército le indicaran. Por primera vez desde la Segunda Guerra Mundial, todos los informes y reportajes estarían sujetos a censura.

Era una de las pocas palabras que Finn consideraba una obscenidad.

-¿No quieres tomarte un poco más de tiempo para afeitarte esa cara bonita?

-Lárgate, Curt. Salimos al aire dentro de diez minutos. -Escuchó la cuenta atrás en su auricular-. En las horas previas al amanecer del segundo día de la operación Tormenta del Desierto... -comenzó.

Sentada en su sofá en Chicago, Deanna se inclinó hacia delante y estudió la imagen de Finn en la pantalla. Está cansado, pensó. Tenía un aspecto terriblemente exhausto. Pero, al mismo tiempo, decidido y valiente. Y estaba vivo.

Ella levantó su vaso de Pepsi diet en su honor y siguió comiendo el sándwich de mantequilla de cacahuete que se había preparado como cena.

Se preguntó qué pensaría él, qué sentiría mientras hablaba de misiones de ataque y estadísticas o respondía a las preguntas del nuevo presentador de las noticias. Detrás se desplegaba el cielo de Arabia y, cada tanto, Finn tenía que levantar la voz por encima del rugido de las turbinas de los jets.

«Nos alegra mucho que hayas salido sano y salvo de Bagdad, Finn. Estaremos a la espera de otros informes tuyos.»

«Gracias, Martin. Para la CBC, Finn Riley desde Arabia Saudí.»

-Me alegra mucho verte, Finn -murmuró Deanna, luego suspiró y se puso de pie para llevar los platos a la cocina.

Solo cuando pasó junto al contestador automático se dio cuenta que la luz de los mensajes titilaba.

-Demonios.

Apoyó los platos y pulsó la tecla de rebobinado. Había dormido seis horas, y después había salido nuevamente. Pasó por el hospital, estuvo unas horas en la oficina, donde reinaba el caos. Ese caos, y los rumores sobre la guerra, la hicieron salir de nuevo con una pila de recortes y una bolsa de correspondencia. Había trabajado el resto de la tarde, sin prestar atención al teléfono y sin verificar si había mensajes. El nacimiento de un bebé y el estallido de una guerra eran motivos más que suficientes para distraerse, pensó mientras oprimía el play.

Había una llamada de su madre y otra de Simon. Anotó los mensajes en un bloc. Después, dos personas colgaron sin dejar mensaje, cada una con una larga pausa antes de que sonara el clic.

«¿Kansas? -Deanna dejó caer el lápiz cuando la voz de Finn llenó el cuarto-. ¿Dónde demonios estás? Deben de ser las cinco de la mañana ahí. Solo tengo esta línea por un minuto. Salimos de Bagdad. Dios, este lugar es una locura. No sé cuándo podré llamarte de nuevo, así que puedes seguirme por las noticias. Estaré pensando en ti, Deanna. Dios, me cuesta pensar en cualquier otra cosa. Cómprate un par de camisas de franela y botas de goma. En la cabaña puede hacer mucho frío. Escíbeme, ¿de acuerdo? Envíame un vídeo, una señal de humo. Y cuéntame por qué demonios no contestas al teléfono.»

Deanna ya bajaba la mano para pulsar rebobinado y volver a oír el mensaje, cuando emergió la voz de Loren Bach.

«Dios Santo, sí que eres una mujer difícil de encontrar. Llamé a tu oficina y tu secretaria me dijo que estabas en el hospital. Tuve un breve ataque de pánico hasta que me explicó que Fran estaba teniendo su bebé. He oído decir que es una niña. No sé por qué demonios no estás de vuelta en tu casa, pero estas son las noticias: Delacort quiere ampliarte el contrato por dos años. Nuestra gente se pondrá en contacto con tu representante, pero yo quería ser el primero en contártelo. Felicidades, Deanna.»

No supo bien por qué, pero se sentó en el suelo, se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar.

Los acontecimientos se precipitaron durante las siguientes cinco semanas. Con el nuevo contrato con Delacort firmado y sellado, Deanna descubrió que su presupuesto y sus esperanzas se ampliaban. Pudo aumentar el sueldo de los integrantes de su equipo y amueblar un despacho para Fran cuando volviera de su excedencia por maternidad.

Pero, lo mejor de todo, los índices de audiencia comenzaron a subir de forma sostenida durante las primeras semanas del nuevo año.

Ahora tenía diez ciudades que retransmitían su programa, y si bien todavía estaba por debajo del de Angela, cada vez que los dos programas se emitían a la misma hora, el margen se había reducido.

Para celebrar ese éxito, compró una alfombra de Aubusson para reemplazar la que había conseguido en un mercadillo para su salón. Armonizaba a la perfección con el escritorio.

En abril tenía previsto salir en la portada de *Woman's Day*, con un artículo en *People* y también aceptó aparecer en un bloque de *Temas de mujeres*. *El Chicago Tribune* le hizo un reportaje importante en su edición dominical y la llamó «una estrella en ascenso».

Rechazó, con una mezcla de diversión y espanto, un ofrecimiento para posar en *Playboy*.

Cuando se encendió la luz roja, Deanna estaba sentada en el plató.

-¿Recuerdan ustedes su primer amor? ¿Ese primer beso que aceleró los latidos de su corazón? ¿Las largas conversaciones, las miradas furtivas? -Suspiró, y con ella suspiró todo el público presente-. Hoy vamos a reunir a tres parejas que lo recuerdan muy bien. Janet Hornesby tenía dieciséis años cuando tuvo su primer romance. Esto fue hace cincuenta años, pero ella no ha olvidado al muchachito que esa primavera le robó el corazón.

La cámara comenzó a ofrecer una panorámica sobre el panel y fue enfocando las risas nerviosas mientras Deanna continuaba hablando.

-Robert Seinfeld solo tenía dieciocho años cuando se separó de su novia de secundaria y se trasladó con su familia a una ciudad a más de tres mil kilómetros de distancia. Aunque ha pasado una década, todavía piensa en Rose, la muchacha que le escribió su primera carta de amor. Y hace veintitrés años, los planes de estudio y las presiones familiares separaron a Teresa Jamison del hombre con el que ella creyó que se casaría. Creo que nuestros invitados de hoy se estarán preguntando: ¿Qué habría pasado si...? Yo, por lo menos, me lo pregunto. En el próximo bloque lo averiguaremos.

-Dios, qué buen programa. -Fran, con Aubrey pegada a su pecho, apareció en el plató-. Creo que la señora Hornesby y su candidato tal vez tengan una segunda oportunidad.

-¿Qué haces aquí?

-Quería que Aubrey viera dónde trabaja su mamá. -Mientras sostenía fuertemente al bebé, miró con afecto el plató-. No sabes cuánto he añorado esto.

-Fran, acabas de tener un bebé.

-Sí, eso me han dicho. ¿Sabes, Dee?, deberías hacer un programa de seguimiento. A la gente le encantan estas cosas sentimentales. Si alguna de esas tres parejas se junta, podrías hacer un programa de aniversario o algo así.

-Ya lo he pensado -contestó Deanna, dio un paso atrás y puso los brazos en jarra-. Bueno, te veo espléndida. Realmente espléndida.

-Me siento muy bien. En serio. Pero por mucho que me encanta ser mamá, detesto quedarme en casa. Necesito trabajar o soy capaz de hacer una locura. Como por ejemplo dedicarme a las labores.

-No podemos permitir que eso suceda. Subamos y hablemos.

-Primero quiero saludar a los miembros del equipo.

-Estaré en la oficina cuando termines.

Con una sonrisa, Deanna enfiló hacia el ascensor. Había ganado su apuesta de cincuenta dólares con Richard. Él estaba convencido de que Fran se quedaría en casa durante dos meses enteros. Mientras subía al piso 16, miró su reloj y calculó el tiempo.

-Cassie -dijo cuando entró en la oficina-, trata de cambiar mi compromiso para almorzar a la una y media.

-Muy bien. A propósito, muy buen programa. He oído decir que los teléfonos enloquecieron.

-Nuestra meta es complacer al espectador -comentó y se dejó caer en su sillón para examinar la correspondencia que Cassie le había puesto en el escritorio-. Fran está abajo. Subirá dentro de unos minutos..., con el bebé.

-¿Ha traído al bebé? Dios, estoy deseando verla. -Se detuvo al ver la expresión en la cara de Deanna-. ¿Pasa algo malo?

-¿Malo? -Sorprendida, Deanna sacudió la cabeza-. No lo sé. Cassie, ¿sabes cómo llegó esto aquí?

Levantó un sobre blanco que llevaba su nombre.

-Ya estaba en tu escritorio cuando traje el resto de la correspondencia. ¿Por qué?

-Es extraño. He estado recibiendo estas notas desde la última primavera -dijo y volvió el papel para que Cassie pudiera leerlo.

-«Deanna, eres tan hermosa. Tus ojos me penetran el alma. Te amaré eternamente.» Bueno, supongo que es halagador. Y bastante inofensivo comparado con algunas de las cartas que recibes. ¿Te preocupa?

-Bueno, no diría que me preocupa. Tal vez me inquieta un poco. Me parece malsano que alguien mantenga esto durante tanto tiempo.

-¿Estás segura de que todas esas cartas son de la misma persona?

-La misma clase de sobre, el mismo tipo de mensaje, el mismo tipo de escritura con letras de imprenta y tinta roja. Quizá es alguien que trabaja en este edificio.

Alguien que ella viera todos los días. Alguien con quien hablara. Y trabajara.

-¿Alguna persona te ha estado invitando a salir o intentando ligarte?

-¿Qué? No. -Con esfuerzo, Deanna se sacudió el mal humor y se encogió de hombros-. Es estúpido. Inofensivo dijo, como tratando de convencerse a sí misma y después, lentamente, rompió la hoja en dos y la tiró a la papelera-. Veamos qué asuntos podemos solucionar antes del mediodía, Cassie.

-Está bien. ¿Viste anoche el especial de Angela?

-Por supuesto. No pensarás que me iba a perder el primer programa en horario central de mi principal competidora, ¿no? Hizo un buen trabajo.

-No todas las críticas opinaron lo mismo -señaló Cassie y colocó los recortes sobre el escritorio de Deanna-. La del *Times* ha sido directamente asesina.

Deanna tomó la pila de recortes y leyó la primera reseña.

-«Pomposa y superficial. -Hizo una mueca-. Alternativamente con una sonrisa tonta y otra astuta.»

-Tampoco la audiencia fue lo que ellos esperaban -añadió Cassie-. No fue mala, pero para nada espectacular. El *Post* la acusó de hacer «autoexaltación».

-Ese es precisamente su estilo.

-Fue demasiado hacer ese recorrido por su penthouse para la cámara y tantos elogios para Nueva York. Había más tomas de ella que de sus invitados. -Cassie se encogió de hombros y sonrió-. Las conté.

-Supongo que esto será difícil de digerir para Angela. -Deanna apartó la pila de recortes-. Pero ella se vengará. Le dirigió a Cassie una mirada de advertencia-. Yo he tenido problemas con ella, pero no le deseo a nadie críticas lapidarias.

-Yo tampoco. Es solo que no quisiera que Angela te lastimara.

-A mí las balas me rebotan -dijo Deanna secamente-. Ahora olvidemos a Angela. Estoy segura de que esta mañana, en la última persona en la que piensa es en mí.

La pataleta inicial de Angela, por las críticas a su programa, tuvo como resultado un diluvio de periódicos hechos añicos que cubrieron el suelo de su oficina.

-Esos cabronazos no se saldrán con la suya después de atacarme de este modo.

Dan Gardner, el nuevo productor ejecutivo del programa de Angela, esperó prudentemente hasta que lo peor de la tormenta hubiera pasado. Tenía treinta años, la contextura física de un peso mediano con un cuerpo musculoso y compacto. Su pelo castaño con peinado conservador armonizaba con su rostro adolescente, acentuado por unos ojos azul oscuro y barbilla sutilmente marcada. Tenía una mente astuta y un objetivo simple: llegar a la cima en cualquier vehículo que lo llevara allí con la mayor rapidez posible.

-Angela, todo el mundo sabe que las críticas son una mierda -afirmó y le sirvió una taza de té-. Esos imbéciles siempre le lanzan golpes bajos a la persona que está arriba. Y allí es donde estás tú. En la cima.

-Lo sé -dijo, furiosa.

Sabía que la furia era mejor que las lágrimas. Y no permitiría que nadie, absolutamente nadie, tuviera la satisfacción de ver lo herida que se encontraba. Se había sentido muy orgullosa al mostrar su nueva casa, al compartir su vida con el público.

-Y los índices de audiencia lo habrían demostrado -saltó ella- si no hubiera sido por esa maldita guerra. A los malditos espectadores no hay guerra que les baste. Nos bombardean noche y día. ¿Por qué no pulverizamos ese maldito país y terminamos de una vez con todo?

Las lágrimas estaban cerca, peligrosamente cerca. Angela las contuvo y bebió el té como si fuera una medicina. Lo que deseaba en realidad era una copa.

-Eso no nos perjudica. Tu entrada en el noticiero de las seis de la tarde ha aparecido en cinco cadenas. Y a los espectadores les encantó tu participación de la semana pasada en la base Andrews de la fuerza aérea.

-Bueno, pues yo estoy harta de todo. -Arrojó la taza de té contra la pared, con lo cual la hizo estallar en mil pedazos y manchó el revestimiento de seda del cuarto-. Y estoy harta de esa putita de Chicago que trata de socavar mi audiencia.

-Su éxito durará lo que dura un relámpago -dijo él.

Ni siquiera se había inmutado con el estallido de Angela. Lo esperaba. Ahora que había pasado, sabía que ella comenzaría a calmarse. Y cuando se calmaba, empezaba la necesidad.

Hacía varios meses que él abastecía las necesidades de Angela.

-Dentro de un año será historia, y tú seguirás siendo la número uno.

Ella se sentó detrás de su escritorio, se reclinó y cerró los ojos. Nada parecía salir como lo había planeado cuando formó su compañía productora. Lo controlaba todo, pero había tanto que hacer. Demasiadas exigencias, y demasiadas maneras de fracasar.

Pero ella no podía fracasar, jamás lo soportaría. Se calmó con una respiración lenta, controlada, como hacía cuando tenía pánico de presentarse ante las cámaras. Comprendió que era más productivo centrarse en los fracasos de otra persona que en los propios.

-Tienes razón. Cuando Deanna caiga en el olvido, se podrá considerar afortunada si la dejan leer el parte meteorológico al final de las noticias.

Cuando una sonrisa curvó los labios de Angela, Dan se colocó detrás de su silla para masajearla y así aliviar la tensión de sus hombros.

-Tú relájate. Deja que yo me encargue.

A Angela le gustaba sentir aquellas manos competentes, suaves y seguras. La hacían sentirse protegida, a salvo. Ahora ella lo necesitaba con desesperación.

-Ellos me aman, ¿no es así, Dan?

-Por supuesto que sí. -Las manos de él subieron hasta el cuello de Angela y luego descendieron hasta sus pechos. Fran suaves y grandes, y siempre lo excitaban. La voz de él se volvió ronca cuando los pezones se endurecieron bajo los suaves pellizcos de su pulgar e índice-. Todo el mundo ama a Angela.

-Y seguirán viendo mi programa -añadió ella.

Suspiró y se distendió mientras las manos de ella modelaban.

-Todos los días. De costa a costa.

-Todos los días -repitió Angela y su sonrisa se ensanchó-. Ve a cerrar la puerta con llave, Dan. Dile a Lorraine que no me pase llamadas.

-De acuerdo.

Durante las noches heladas del desierto resultaba difícil recordar el calor abrasador del día. Inmediatamente después de la explosión de las bombas resultaba difícil recordar el tedio mortal de las interminables semanas de la operación Tormenta del desierto.

Finn había estado en otras guerras pero en ninguna se había visto tan paralizado por regulaciones militares. Sin embargo, un periodista emprendedor tenía maneras de hacerlas más flexibles, aunque desde luego era imposible transmitir ciertos datos vitales sin poner en peligro a las tropas. Pero Finn no era tonto y su ambición no lo cegaba. Consideraba que su misión y deber era averiguar lo que estaba pasando en realidad, y no solo lo que los informes oficiales contaban.

En dos oportunidades él y Curt habían trepado al camión alquilado, equipado con una antena de satélite, y, tras atravesar caminos poco señalizados y las cambiantes arenas, lograba establecer contacto con las tropas estadounidenses. Finn escuchaba quejas y anhelos, y volvía a la base para informar sobre las dos cosas.

Observó a los misiles Scuds surcar el aire y a los Patriots interceptarlos. Dormía intermitentemente y vivía con el temor de un ataque con armas químicas.

Cuando comenzó la guerra entierra, estaba listo y ansioso de seguirla hasta la capital de Kuwait.

La feroz lucha de cien horas para liberar Kuwait sería llamada más tarde ¡a madre de todas las batallas. Mientras las tropas tomaban posiciones a lo largo del río Éufrates y de las carreteras que unían la capital con otras ciudades, los iraquíes huían.

Había terribles atascos de tráfico, tanques estropeados, vituallas abandonadas. Desde un polvoriento camión que se dirigía a la ciudad, Finn observó los despojos: kilómetros y kilómetros de vehículos destrozados, colchones, mantas, sartenes, tiras de municiones, y hasta un candelabro cuyos cristales refulgían sobre la arena. Y, peor aún, cada tanto algún cadáver.

-Filmemos algo de esto. -Finn se bajó del camión.

-Los bastardos deben de haberlo saqueado todo mientras huían -comentó Curt.

Finn señaló un jirón de seda rosa que flameaba por debajo de camión volcado. El vestido de noche brillaba con sus lentejuelas.

-¿Dónde demonios pensaba usarlo ella?

Finn se preparó para la toma mientras Curt instalaba su equipo. No creía que ya nada pudiera sorprenderlo. No después de ver a los soldados iraquíes, patéticamente macilentos, rendirse a las tropas aliadas. Observar el miedo y la fatiga, y también el alivio en sus caras a medida que iban saliendo de sus trincheras en el desierto. No creyó que ninguna otra faceta de la guerra pudiera afectarlo: ni los cuerpos mutilados, ni las atrocidades de los rapiñadores ni el hedor de muerte que se cocía bajo el sol implacable.

Pero ese jirón de seda rosa que flameaba con el viento del desierto lo deprimió.

En la ciudad fue peor. La furia, la devastación; todo recubierto por una capa de hollín aceitoso de los incendios que habían vaciado a Kuwait de esa savia que era el petróleo.

Cuando el viento soplaba hacia la ciudad, el cielo se oscurecía con humo. El mediodía se convertía en medianoche. La playa estaba minada y las explosiones estremecían la ciudad varias veces por día. El fuego de artillería continuaba, tanto por la celebración del triunfo como por los salvajes ataques contra los soldados kuwaitíes, realizados desde vehículos en movimiento. Los supervivientes buscaban en los cementerios los restos de sus seres queridos, muchos de los cuales habían sufrido torturas y cosas aún peores.

A través de todo lo que observaba e informaba, Finn seguía pensando en un traje de noche con lentejuelas que asomaba en la arena y ondeaba al viento.

Como el resto del mundo, Deanna seguía por televisión el fin de la guerra. Oyó los informes de la liberación de Kuwait, el alto el fuego oficial, las estadísticas de la victoria. Convirtió en hábito el pasar por la sala de redacción antes de abandonar el edificio de la CBC con la esperanza de enterarse de retazos de información aún no emitidos.

Pero la realidad de las responsabilidades de todos los días limitaba sus movimientos. Cada vez que tenía una noche libre miraba las últimas noticias y después ponía un vídeo del programa de esa mañana. En

la privacidad de su apartamento, podía estudiarse con mirada crítica y buscar la manera de mejorar el programa.

Estaba sentada en el suelo, cruzada de piernas y cómoda con sudadera y tejanos, un bloc abierto sobre las rodillas. Notó que no le convenía usar esos pendientes de aro. Se balanceaban cada vez que ella movía la cabeza, y eso distraía al telespectador. Escribió: «nada de aros».

Y su mano hacía gestos demasiado amplios. Si no modificaba eso, terminaría siendo parodiada en Saturday Night Live. Lo anotó también.

¿Tocaba demasiado a la gente? Mientras se mordisqueaba los labios, Deanna se siguió observando. Parecía siempre poner la mano en el brazo del invitado o pasarlo por el hombro de alguien del público. Tal vez debería...

Al oír que llamaban a la puerta soltó una imprecación. Su ritmo de trabajo no le permitía recibir visitas inesperadas después de las diez de la noche. De mala gana, apagó el videocasete. Espió por la mirilla y, estupefacta, se apresuró a girar la llave y quitar la cadena.

-¡Finn! ¡No sabía que habías vuelto!

No supo cuál de los dos se movió primero, pero en un instante estaban abrazados, la boca de Finn sobre la suya, sus manos enredadas en el pelo de él. El cerró la puerta con un pie y los dos cayeron al suelo entrelazados.

No era un sueño sino una realidad, la única que importaba. Deanna parecía estallar debajo de él. Su piel era cálida y suave, increíblemente tersa. y ella deseaba con toda su pasión.

-Deanna. Deja que yo...

Levantó la cabeza y se esforzó por aclararse la vista. Comprendió que casi no la había mirado. Tan pronto ella había abierto la puerta y pronunciado su nombre, sintió que perdía el control.

Y ahora ella vibraba debajo de él como una cuerda tensa, los ojos abiertos de par en par y la boca turgente. Y su piel... Finn acarició esa piel encendida y húmeda.

Lágrimas. El siempre las había considerado el arma más eficaz de las mujeres. Conmovido, se las secó y se aclaró la garganta.

-Perdona por hacerte caer al suelo.

-No importa.

Entonces, lenta y prodigiosamente, afloró su sonrisa. Deanna le rodeó la cara con las manos.

-Bienvenido a casa -dijo, y dejó que un beso lento y tierno los serenara a los dos.

-Dicen que suelo ser muy tierno y suave con las mujeres -añadió Finn, cogiéndole una mano y llevándosela a los labios-. Aunque creo que en este momento te debe costar bastante creerlo.

-Prefiero no pedirte que me lo demuestres.

El sonrió.

-Oye, por qué no... -Se detuvo al pasarle una mano por el pelo. Confundido, se apartó un poco, entrecerró los ojos y la observó. ¿Qué demonios te has hecho en el pelo?

-Me lo corté la víspera de Año Nuevo. A los espectadores le gusta, en una proporción de tres a uno. Hicimos una encuesta.

-Lo tienes más corto que el mío. Ven aquí-pidió y se sentó en cuclillas-. Déjame observarte.

-Estaba cansada de tener que peinarlo -murmuró Deanna cuando él prosiguió con su estudio silencioso-. Esto me ahorra horas por semana y armoniza con la forma de mi cara. Además, sale bien en cámara.

-Ajá. -Fascinado, Finn comenzó a jugar con una oreja de Deanna, y después con su cuello-. Mira, o varios meses de celibato me han provocado un caos en la libido, o eres la mujer más sexy del mundo.

Encantada, ella se rodeó las rodillas con los brazos.

-Tú también te ves muy bien. ¿Sabes?, ya te llaman el intrépido del desierto.

El hizo una mueca. Después de las tomaduras de pelo de sus compañeros, el comentario no le resultaba demasiado gracioso.

-Ya pasará.

-No lo sé. Ya se ha formado en Chicago un club de admiradores de Finn Riley. -El hecho de que él se sintiera incómodo la divirtió-. Tenías un aspecto bastante atractivo con los Scuds surcando el cielo a tus espaldas, o con los tanques que avanzaban por el desierto detrás de ti. Sobre todo porque hacía varios días que no te afeitabas.

-Cuando comenzó la batalla en tierra, el agua era un bien escaso.

-¿Fue muy duro?

-Sí, bastante. -Le cogió la mano.

Eso era lo que necesitaba ahora, la calidez de Deanna. Tal vez dentro de dos días lograría olvidar un poco lo que había visto y vivido.

-¿Quieres hablar sobre eso?

-Ahora no.

-Pareces cansado. ¿Cuándo has vuelto?

-Hace una hora. He venido directamente aquí.

-¿No quieres que te prepare algo de comer?

El mantuvo la mano de Deanna en la suya y deseó poder explicarle -y explicarse a sí mismo- cuánto más tranquilo se sentía allí con ella. Juntos los dos.

-No te rechazaría un sandwich, sobre todo si viene con una cerveza.

Ella se puso de pie, le tendió una mano y lo obligó a levantarse. -Vamos, recuéstate en el sofá y distiéndete con Carson. Mientras comes, te contaré todas las novedades y rumores de la CBC.

-¿Puedo quedarme aquí esta noche, Deanna?

-Sí.

Ella se dio la vuelta rápidamente y fue a la cocina. Le temblaban las manos. Y era maravilloso. Todo su cuerpo se estremecía en respuesta a la mirada profunda de Finn antes de que ella se fuera. Deanna no conocía cómo sería, pero sabía que jamás había deseado tanto a un hombre. Los meses de separación no habían apagado el sentimiento que había comenzado a crecer en su interior.

Ese primer beso ávido, mientras los dos caían al suelo, había sido más asombroso y erótico que cualquier fantasía que ella hubiera abrigado mientras esperaba su regreso.

Finn había vuelto, y esa noche ella daría el gran paso. Porque lo deseaba, porque lo había decidido, sin que nadie se lo exigiera.

Puso en una bandeja un sandwich de jamón y queso y una cerveza. Levantó la bandeja y sonrió. El deseo era algo tan básico y humano como el hambre. Una vez hubieran satisfecho esta última, ella lo llevaría a la cama y lo recibiría en su cuerpo.

-También podría prepararte algo caliente -dijo mientras llevaba la bandeja a la sala-. Hay una lata de sopa en la... Deanna se interrumpió y se quedó mirando.

El intrépido del desierto dormía como un bebé.

Ni siquiera se había molestado en sacarse la chaqueta. El trabajo, el viaje y la fatiga del vuelo finalmente se habían cobrado su precio. Estaba boca abajo, la cara hundida en uno de los almohadones de satén, mientras un brazo colgaba del borde del sofá.

-¿Finn?

Apoyó la bandeja y le puso una mano en el hombro. Lo sacudió, pero él no se movió.

Resignada, fue a buscar una manta y lo tapó. Cerró con llave la puerta de entrada y echó la cadena. Bajó la intensidad de la lámpara y se sentó en el suelo frente a él.

-Por lo visto -dijo muy despacio y lo besó en la mejilla- nuestros tiempos son muy distintos. -Con un suspiro, cogió el sándwich y trató de superar la frustración sexual con comida y televisión.

Finn despertó del sueño con frío y cubierto de sudor. La visión que todavía no terminaba de desvanecerse ante sus ojos era horrible: un cuerpo acribillado a balazos a sus pies, sangre que manchaba el jirón de seda rosa con lentejuelas. A la suave luz de la mañana, se esforzó por incorporarse y se frotó la cara con las manos.

Desorientado, trató de recordar dónde estaba. ¿En una habitación de hotel? ¿En qué ciudad? ¿Qué país? ¿En un avión? ¿En un taxi?

Deanna. Finn dejó caer la cabeza hacia atrás en los almohadones y gimió. Primero la había derribado, y después se quedó dormido. Un capítulo más del frustrante romance de ambos.

Le sorprendió que ella no lo hubiera arrastrado por los pies fuera del apartamento y lo hubiera dejado roncando en el pasillo. Luchó por liberarse de la manta y se puso de pie. Se balanceó un momento, mientras su cuerpo flotaba todavía de cansancio. Habría matado por un café. Supuso que por eso sintió aroma a café. Después de meses en el desierto, sabía que los espejismos no eran solo resultado del calor sino de deseos desesperados.

Movió los hombros acalambrados y lanzó una imprecación. Dios, no quería ni pensar en sus deseos.

Pero tal vez no era demasiado tarde. Una rápida dosis de café instantáneo y podría deslizarse en la cama con Deanna y compensar su negligencia de la noche anterior.

Con la vista nublada, se tambaleó hacia la cocina.

Deanna, de pie en medio de un rayo de luz del sol, hermosa y fresca con pantalones y suéter, no era ningún espejismo y en ese momento servía un café de aroma increíble en una taza de cerámica roja.

-Deanna.

Ella dio un respingo y casi volcó el café.

-Me has asustado. Estaba pensando en el programa. ¿Cómo has dormido?

-Como un tronco. No sé si sentir vergüenza o pedirte perdón, pero si compartes conmigo ese café será lo que quieras.

-No tienes por qué avergonzarte o excusarte. Estabas agotado -dijo ella, pero no lo miró a los ojos.

Elle pasó una mano por el pelo.

-¿Estás muy enojada?

-No lo estoy en absoluto. ¿Crema o azúcar?

-No. Si no estás enojada, ¿entonces, qué?

-Es difícil de explicar. -Deanna comprendió que no había suficiente lugar en la cocina, y que él le bloqueaba el paso-. Finn, tengo que irme. Mi chófer vendrá a buscarme en unos minutos.

El no se movió.

-Trata de explicármelo.

-Esto no es fácil para mí. No tengo experiencia en conversaciones de la mañana después.

-Anoche no ocurrió nada.

-No se trata de eso. Anoche no pensé en nada. No podría haberlo hecho. Cuando te vi, me abrumó lo que estaba pasando, lo que yo sentía. Nadie me ha deseado como tú anoche.

-Y yo lo eché todo a perder. -Sin interés ya por el café, puso la taza sobre la mesa-. Lo siento. Tal vez no debería haber frenado esa primera acometida loca, pero tenía miedo de lastimarte.

Ella giró la cabeza y lo miró.

-No me estabas lastimando.

-Habría terminado por hacerlo. Por Dios, Deanna, podría haberte comido viva. Y eso de derribarte fue... Estaba fuera de mí.

-Esa es la cuestión. En lo que se refiere a mí, Finn, no a ti. Yo perdí el control, y eso es algo que no me ha pasado nunca. Las cosas que me hiciste sentir eran nuevas para mí. Y tal como salió todo... bueno, me dio tiempo de pensar.

-Fantástico. -Finn tomó la taza y bebió un sorbo de café-. Maravilloso.

-No he cambiado de idea -dijo ella-, pero tenemos que hablar antes de que esto vaya más lejos. Cuando te lo haya explicado, cuando tú lo hayas entendido, espero que sigamos adelante.

Había una súplica en sus ojos, algo que ella necesitaba de él. Finn no necesitó saber nada para responder. Le cogió la barbilla con las manos y la besó.

-Está bien. Hablaremos. ¿Esta noche?

-De acuerdo. El destino se muestra benévolo conmigo. Es el primer fin de semana libre que tengo en dos meses.

-Ven a mi casa -pidió él y volvió a besarla-. Hay algo muy importante que quiero hacer.

-Muy bien.

-Lo deseo mucho, mucho... Quiero prepararte la cena.

-¿Y? ¿Qué te va a preparar?

-No se lo pregunté.

Deanna se puso a repasar su lista de guardarropa y a fijarse en las fechas en que habían usado algunas faldas, blazers, blusas y accesorios. Tenía un asistente de producción que ponía la fecha y el detalle a cada pieza y anotaba, no solo cuándo había sido utilizada, sino también en combinación con qué prendas.

-La cosa es muy seria cuando un hombre decide cocinar para una mujer... sobre todo un viernes por la noche.

Al mismo tiempo, Fran vigilaba a Aubrey, que dormía pacíficamente en la cuna.

-Tal vez -dijo Deanna y sonrió. Comenzó a ordenar lo elegido para los programas de la semana siguiente-. Me propongo disfrutarlo.

-Mi intuición me dice que es un buen hombre para ti. Me gustaría tener tiempo para comprobarlo personalmente, pero la expresión de tu cara cuando llegaste esta mañana fue suficiente.

-¿Qué expresión?

-De felicidad. Una felicidad estrictamente femenina. Diferente del brillo que apareció en tus ojos cuando Delacort nos renovó el contrato, o cuando seis nuevos canales eligieron emitir nuestro programa.

-¿Parecida a cuando fuimos primeras de promoción en Columbus?

-Incluso diferente de esa vez. Ahora se trata de algo de importancia vital. En cuanto al programa, lo has sabido manejar muy bien. Hasta la forma en que organizaste todo para que yo pudiera traer a Aubrey al trabajo.

-Yo también la quiero aquí -le recordó Deanna-. Ninguno de los integrantes de mi equipo se verá obligado a elegir entre sus hijos y su carrera. Lo cual me recuerda una idea que tuve.

-Dime -dijo Fran y tomó su tablilla con sujetador.

-Encontrar la manera de incorporar guarderías infantiles en el lugar de trabajo. En los edificios de oficinas y las fábricas. Leí un artículo sobre un restaurante regentado por una familia. Prácticamente tienen un parvulario al lado de la cocina. Ya le he dado el recorte a Margaret.

-Lo verificaré.

-Bien. Ahora déjame que te cuente la idea que tengo sobre Jeff.

-¿Jeff? ¿Qué pasa con él?

-Está haciendo un buen trabajo, ¿no crees?

-Su trabajo es excelente. Está absolutamente consagrado a ti y al programa, y es un genio con la compaginación.

-Quiere dirigir. -Complacida de haber podido sorprender a Fran, Deanna se acomodó en el asiento-. No me ha dicho nada a mí ni a nadie. Sé que lo haría. Pero lo he observado. Se le nota por la forma en que merodea por el estudio y habla con los cámaras y técnicos. Cada vez que tenemos un realizador nuevo, Jeff prácticamente lo interroga.

-Es un compaginador.

-Yo era periodista -señaló Deanna-. Quiero darle una oportunidad. Dios sabe que necesitamos un realizador permanente, alguien capaz de entrar en nuestra rutina, de entender mi ritmo de trabajo. Creo que lo hará bien. ¿Qué opinas tú, como productora ejecutiva?

-Hablaré con él -contestó Fran-. Si está interesado, la semana que viene tenemos planeado un programa sobre citas por medio de video. No es difícil. Podríamos probarlo con eso.

-Espléndido.

-Deanna.

Cassie estaba junto a la puerta, con un periódico en la mano.

-No me lo digas. Solo faltan veinte minutos para grabar la nueva promoción, y después de eso tengo que cruzar la ciudad y mostrarme fascinante en el capítulo de Now dedicado a Chicago. Te aseguro que no pensaba escaparme.

-Deanna -repitió Cassie. En sus ojos no había humor, solo angustia-. Creo que deberías ver esto.

-¿Qué es? Oh, no, de nuevo los periódicos sensacionalistas. -Cogió el semanario que tenía Cassie, lo desplegó y miró los titulares-. Dios mío -murmuró, se le aflojaron las rodillas y retrocedió en busca de una silla-. Dios mío, Fran.

-Cálmate, cariño. Déjame ver. -Fran sentó a Deanna en una silla y cogió el periódico.

LA VIDA SECRETA DE DEANNA REYNOLDS

¡El ex amante de Deanna lo cuenta todo!

Un gran titular en rojo rezaba ¡EXCLUSIVA! ¡ORGÍAS DE ALCOHOL! ¡SEXO EN EL CAMPO DE JUEGO!, debajo de una fotografía reciente de Deanna. Junto a ella aparecía una fotografía con grano grueso de un hombre que ella había tratado de olvidar.

-¡El muy hijo de puta! -explotó Fran-. ¡Mentiroso de mierda! ¿Para qué demonios ha acudido a la prensa amarilla con esto? El dinero le sale por las orejas.

-¿Quién puede saber por qué las personas hacen algo? -Asqueada, Deanna se quedó mirando los titulares. La muchachita asustada y doblegada volvió a subir a la superficie-. Bueno, ha conseguido que su foto apareciera en un periódico, ¿no?

-Querida -dijo Fran y dobló el diario-. Nadie creará esa basura.

-Por supuesto que lo creerán, Fran. Lo creerán porque el titular promete una noticia escandalosa. Y la mayoría de las personas no pasarán de los titulares. Los leerán mientras hacen cola en las cajas de los supermercados. Tal vez llegarán a leer la nota de la primera página, u hojearán el interior del semanario. Después se irán a sus casas y hablarán sobre el asunto con sus vecinos.

-Es basura. Pura basura, y cualquiera con dos dedos de frente debería saberlo.

-Creí que tenías que saberlo -dijo Cassie y le dio un vaso de agua-. No quería que lo supieras por otra persona.

-Has hecho bien.

-Ya has recibido algunas llamadas por este asunto. -Incluyendo una de Marshall Pike que ella no mencionó.

-Me ocuparé de ello más tarde. Déjame ver qué han publicado, Fran.

-Voy a quemar esta asquerosa bazofia.

-Déjame ver -repitió Deanna-. No podré manejar esto si no sé qué pone.

De mala gana, Fran le pasó el semanario. Como siempre ocurre en los peores periódicos sensacionalistas había suficiente verdad mezclada con mentiras como para causar impacto. Deanna había estudiado en Yale, y también había salido con Jamie Thomas, una estrella del fútbol americano. Sí, había asistido con él a una fiesta después de un partido. Había bailado y flirteado con él. Y consumió más alcohol de lo que era prudente.

Había ido con él al campo de juego esa noche fresca y despejada. Había reído cuando él corrió por el césped derribando rivales invisibles. Hasta rió cuando la derribó a ella. Pero la nota no decía que ella dejó de reír muy pronto. No se mencionaban el miedo, el ultraje, los sollozos.

Según Jamie, ella no se había resistido. No había gritado. En su versión, él no la había dejado sola, con la ropa hecha jirones y el cuerpo lleno de moretones. No dijo cómo había llorado ella sobre ese césped frío, con su alma hecha pedazos y su inocencia violentamente robada.

-Bueno -dijo Deanna y se secó una lágrima en la mejilla-. El no ha cambiado mucho su versión a lo largo de los años. Tal vez la ha embellecido un poco, pero eso era de esperar.

-Creo que tendríamos que ponernos en contacto con la asesoría legal. -Fran tuvo que echar mano de todo su control para hablar con calma-. Deberías demandarlos por calumnias, a Jamie Thomas y al periódico. Quiero creer que no le permitirás salirse con la suya.

-Le permití salirse con la suya en un asunto mucho más grave, ¿no? -Deanna dobló el semanario con lentitud y lo metió en su bolso-. Cassie, por favor, despeja un poco mis compromisos para después de la reunión de *Now*. Sé que hacerlo puede causar algunos problemas.

-Yo me ocuparé -dijo Cassie.

-Cancélos todos -le indicó Fran.

-No; puedo cumplir con mis obligaciones -afirmó Deanna.

-Entonces te acompañaré. No te dejaré volver sola a casa.

-No voy a casa. Hay alguien con quien tengo que hablar. Estaré bien, no te preocupes -dijo y oprimió el brazo de Fran-. Te veré el lunes.

-Maldita sea, Dee, déjame ayudarte.

-Siempre lo has hecho. Esto tengo que hacerlo sola. Te llamaré.

En ningún momento supuso que la explicación sería fácil. Pero jamás imaginó que estaría sentada en su coche ante el camino que conducía a la bonita casa antigua de Finn, para tratar de reunir el coraje suficiente para llamar a la puerta.

Cobró ánimo, bajó del coche, avanzó por el sendero de lajas y subió al porche cubierto.

Era una casa antigua y sólida, con gabletes curvos y chimeneas rectas. Parecía un lugar seguro, un refugio contra las inclemencias.

Había un llamador de bronce con forma de arpa irlandesa. Se quedó mirándolo un rato antes de decidirse a llamar.

-Hola, Deanna. -El sonrió y extendió una mano en señal de bienvenida-. Es un poco temprano para la cena, pero puedo prepararte un almuerzo tardío.

-Tengo que hablar contigo.

-Lo sé -dijo él y cerró la puerta-. Estás pálida. ¿Por qué no te sientas?

-Sí, me gustaría sentarme -dijo ella y lo siguió a la primera habitación que daba al vestíbulo.

Su primera mirada distraída percibió el gusto de un hombre. Nada de adornos superfluos, solo piezas antiguas y señoriales que hablaban de riqueza fácil y de gustos masculinos. Eligió una silla de respaldo alto frente al fuego que ardía en el hogar. Esa calidez le resultó consoladora.

Sin preguntarle nada, él se dirigió a un gabinete curvo y eligió un botellón con coñac.

-Bebe esto primero y luego dime qué te preocupa.

Ella bebió un sorbo y comenzó a hablar.

-Termínalo -la interrumpió él-. He visto soldados heridos con más color en la cara del que tú tienes en este momento.

Ella lo obedeció y empezó a sentir calor en el estómago.

-Hay algo que quiero mostrarte. -Abrió e! bolso y sacó el periódico-. Creo que deberías leer esto primero.

El miró hacia abajo.

-Ya lo he visto -comentó y, con un gesto de desprecio, lo apartó a un lado-. Tienes suficiente sentido común como para que ese disparate no te haga daño.

-¿Lo has leído?

-Dejé de leer mala ficción cuando tenía diez años.

-Léelo ahora -insistió Deanna-. Por favor.

El la observó, confuso.

-Está bien.

Deanna no pudo permanecer sentada. Mientras Finn leía, ella se puso de pie y comenzó a pasearse por la habitación. Oyó el crujido del papel en sus manos, lo oyó maldecir en voz baja, pero no lo miró.

-¿Sabes? -dijo Finn al cabo-. Al menos podrían contratar a una persona que supiera escribir una frase decente. -Al mirar la espalda tensa de Deanna, suspiró. Volvió a arrojar a un lado el periódico. Se puso de pie, se le acercó y le puso las manos sobre los hombros-. Deanna...

-No lo hagas -dijo ella, y sacudió la cabeza.

-Por el amor de Dios, no puedo creer que permitas que un periódico barato te ponga así. Tú estás en el candelero. Elegiste estarlo. Vamos, Kansas, reacciona y hazte fuerte o vuelve a las noticias de mediodía.

-¿Has creído lo que pone? -Deanna dio media vuelta, los brazos cruzados sobre el pecho.

-¿Que eras una especie de ninfómana núbil? Si lo hubieras sido, ¿cómo te habrías resistido a mí tanto tiempo? bromeó él.

Esperaba oírla reír, y se habría contentado con una respuesta encendida. Pero solo recibió un gélido silencio.

-No todo es mentira -señaló ella finalmente.

-¿Quieres decir que asististe a un par de fiestas mientras estabas en la universidad? ¿Bebiste unas cervezas de más y tuviste un romance con un jugador de fútbol? -Sacudió la cabeza-. Bueno, estoy escandalizado y desilusionado. Me alegro de haberlo sabido antes de pedirte que te casaras conmigo y fueras la madre de mis hijos.

Una vez más, su broma no la hizo reír. En cambio, se echó a llorar.

-Dios, no llores, Deanna. Vamos, mi amor, no lo hagas. -Nada podría haberlo acobardado más. Torpemente, maldiciéndose a sí mismo, se acercó a Deanna decidido a cobjarla, aunque ella se resistiera-. Lo siento, cariño.

-¡El me violó! -gritó Deanna-. Me violó -repitió y se cubrió la cara con las manos mientras las lágrimas surcaban sus mejillas-. Yo no hice nada entonces. Y tampoco haré nada ahora. Porque me duele. Y en ningún momento dejó de dolerme.

Finn quedó horrorizado. Por un momento, todo en él se congeló y lo único que pudo hacer fue permanecer de pie y mirar a Deanna mientras ella lloraba.

Luego, el hielo se rompió y explotó con un estallido de furia tan intenso que su visión se nubló y sus manos se crisparon en puños dispuestos a golpear.

Pero allí solo estaba Deanna, que lloraba.

Dejó caer los brazos sintiéndose impotente. Confió en su instinto y levantó a Deanna, la llevó al sofá, la sentó en sus rodillas y la acunó hasta que dejó de llorar.

-Te lo iba a contar -logró decir ella-. Me pasé toda la noche pensando en ello. Quería que lo supieras antes de que intentáramos... estar juntos.

-¿Creías que eso podría cambiar lo que siento por ti?

-No lo sé. Pero sí sé que es algo que deja una cicatriz indeleble. No importa lo que una haga después con su vida, eso sigue allí. Desde que pasó... no he podido apartarlo lo suficiente como para hacer el amor con un hombre.

La mano que la acariciaba se detuvo un momento. Finn recordó la manera en que él había entrado en su casa la noche anterior. Y la forma en que habría iniciado la relación física con ella si la fatiga no se lo hubiera impedido.

-Yo no soy una mujer fría -afirmó ella con amargura-. No lo soy.

-Deanna. -Le soltó un poco la cabeza para que ella pudiera mirarlo a los ojos-. Eres la mujer más cálida que conozco.

-Anoche solo estabas tú; no tuve tiempo de pensar nada. Pero esta mañana no me pareció justo que no lo supieras primero. Porque si las cosas no funcionaban físicamente, sería por culpa mía, no tuya.

-Creo que esa es la primera estupidez que te oigo decir. Si quieres hablar de esto a fondo, yo te escucharé.

-Sí, quiero -dijo ella, pero se apartó para sentarse sola-. Todos en el campus conocían a Jamie Thomas. Estaba en el curso superior al mío y, al igual que casi todas las otras chicas, yo me sentía deslumbrada por él. Así que, cuando a comienzos de mi penúltimo año de estudios él se me acercó, me sentí fascinada y halagada. Él era un astro del fútbol americano y un astro de las pistas. Yo admiraba eso y sus planes para entrar en el bufete de su familia. Tenía inteligencia, ambición y mucho sentido del humor. Todo el mundo lo quería. Yo también.

Deanna respiró hondo y se permitió recordar.

-Nos vimos mucho durante los dos primeros meses de ese semestre. Estudiábamos juntos, dábamos largas caminatas juntos y teníamos esas conversaciones profundas y filosóficas de que tanto se jactan los universitarios. Durante los partidos de fútbol, yo me sentaba en las gradas y lo vitoreaba. -Hizo una pausa-. Después del partido más importante de la temporada fuimos juntos a una fiesta. Había jugado estupendamente bien, todo el mundo celebraba la victoria y los dos nos achispamos bastante. Fuimos al campo de juego, solo él y yo, y se puso a correr por allí como lo hace un jugador ya hacer payasadas. Hasta que de pronto dejó de hacerlas y lo tenía encima de mí. Al principio no me pareció mal, pero después él se puso muy violento y me asusté. Le dije que parara. Pero él no lo hizo. «Deja de fingir, Dee. Sabes que lo deseas. Lo has estado pidiendo toda la noche», me dijo. -Se estremeció y se apretó con fuerza las manos-. Yo me puse a llorar y a implorarlo. Pero él era fuerte, y yo no pude huir. Comenzó a desgarrarme la ropa. Me lastimaba... Grité pidiendo ayuda, pero no había nadie. Grité más fuerte. Me tapó la boca con la mano. Tenía unas manos muy grandes. Y yo solo podía verle la cara. «Te va a encantar, pequeña», me decía. Tenía los ojos vidriosos. Y me penetró. Me dolía tanto que creí que me mataría. Pero no se detuvo. No paró hasta haber terminado. Después de un rato (me pareció un rato muy largo), rodó hasta dejarme libre y se echó a reír. «Vamos, Dee, te ha gustado. Pregúntale a todas. Nadie hace tan feliz a las mujeres como el bueno de Jamie», dijo. Hasta que dejó de reír y se enojó mucho porque yo lloraba. Y yo no podía dejar de llorar. «No me vengas con esas. Los dos lo deseábamos. Si llegas a decir lo contrario, la mitad del equipo de fútbol dirá que también te lo montaste con ellos, aquí mismo, en este lugar», me amenazó. Me levantó de un tirón, apretó su cara contra la mía y me advirtió que si llegaba a decir que no había querido acostarme con él, nadie me creería. Porque él era Jamie Thomas. Y a todo el mundo le gustaba Thomas. Así que me dejó allí, y yo no hice nada. Porque me sentía avergonzada.

Finn recordó la fotografía de grano grueso aparecida en el periódico y tuvo que hacer un esfuerzo para contener la violencia que brotaba en él. Pero mantuvo su tono sereno.

-¿No tenías a nadie a quien acudir?

-Se lo conté a Fran un par de semanas después. No podía ocultárselo. Ella quiso que fuera a ver al decano, pero yo me negué. Hasta que logró convencerme de que necesitaba ayuda psicológica. Al cabo de un tiempo pude quitarme lo peor de encima. No quiero que esto controle mi vida, Finn. -Lo miró, los ojos hinchados y llenos de pesar-. No quiero que arruine lo que tal vez podamos tener tú y yo.

Finn tuvo miedo de que cualquier cosa que dijera fuera la menos adecuada.

-Deanna, no puedo decirte que no tiene importancia, porque la tiene. -Cuando ella bajó la vista, él le tocó la mejilla y la obligó a que lo mirara-. Porque no puedo soportar la idea de que te hayan lastimado de esa manera, y porque tal vez eso te impida confiar en mí.

-No es eso -afirmó ella-. Soy yo.

-Entonces permíteme hacer algo por ti. -Con ternura, la besó en la frente-. Ven a la cabaña conmigo. Ahora. Hoy. Un fin de semana juntos y solos, en un lugar donde podamos relajarnos y descansar.

-Finn, no sé si podré darte lo que quieres.

-No me importa qué puedas darme. Me interesa más lo que podamos darnos mutuamente.

Deanna supuso que él la llamaba cabaña porque estaba construida en madera. Pero, lejos de la edificación precaria y rectangular que ella había imaginado, esa estructura de dos plantas era magnífica. El tejado de cedro se había plateado con el tiempo, y destacaba el azul profundo de los postigos. Una valla de tejos altos convertía la casa en una reserva privada.

En lugar de césped, el suelo estaba cubierto por rocas, plantas bajas de hoja perenne, arbustos de flores y hierbas.

-Sabes de jardinería. ¿Dónde aprendiste?

-He leído muchos libros sobre el tema. -Finn sacó las maletas del coche mientras Deanna permanecía de pie en el sendero de grava y miraba en todas direcciones-. Nunca sé cuánto tiempo estaré ausente, así que poner césped no era una idea práctica. Y tampoco quería contratar un servicio para que me lo cuidara. Es mío. Así que me dediqué a plantar durante unas semanas.

-Es precioso.

-Estará todavía mejor dentro de un par de meses. Entremos. Encenderé el fuego y te mostraré la casa.

Ella lo siguió al porche y acarició con la mano una mecedora.

-Me resulta difícil imaginarte aquí sentado contemplando el paisaje y sin hacer nada.

-Ya lo entenderás -prometió Finn y la condujo al interior.

La puerta se abría a una habitación grande, sobre la cual había un desván y cuatro claraboyas. Una pared estaba dominada por un hogar, otra cubierta por libros en estanterías empotradas. El revestimiento de madera era color miel, lo mismo que el suelo, sobre el cual había una serie de alfombras: orientales, francesas, inglesas, hindúes. Y, además, la piel negra de un oso, completa, con cabeza y garras.

Al notar su mirada, Finn sonrió.

-Fue un regalo que me hicieron unos amigos.

-¿Es auténtica?

-Me temo que sí. Yo lo llamo Bruno. Como no soy el que le disparo, nos llevamos bastante bien.

-Supongo que te hace compañía.

-Y no come demasiado. -Percibió los nervios de Deanna y los entendió. Ella había sacado de Chicago y llevado allí antes de que ella tuviera tiempo de pensar en nada. Ahora estaba a solas con él-. Aquí dentro hace más frío que fuera.

-Sí. -Ella se frotó las manos y se acercó a una de las ventanas para mirar fuera. No se veía ninguna otra casa que perturbara el panorama, solo árboles y vegetación-. Esto no parece estar a solo una hora de la ciudad.

-Quería tener un refugio al que pudiera escaparme -señaló, mientras encendía el fuego-. Y del que fuera posible volver rápidamente si era necesario. Tengo televisor, radio y fax en el cuarto de aliado.

-Ajá, así estás al tanto de todo. Qué bien -comentó ella y se acercó al hogar donde ya comenzaban a crepitar los leños.

-Arriba hay otro hogar -dijo él.

Cogió la maleta de Deanna y le indicó la escalera que conducía a la buhardilla.

En el primer piso había un gran dormitorio con muebles del mismo estilo que la planta baja. En la sala de estar, frente a una ventana, había un sofá verde, una mecedora, una mesa baja de pino y un taburete de tres patas. La cama de bronce tenía un cobertor de piel de cordero color burdeos y estaba situada delante de un pequeño hogar de piedra. Había también una cómoda de pino y un amplio guardarropa.

-El cuarto de baño está allí -indicó Finn y señaló una puerta con una inclinación de la cabeza mientras se ponía en cuclillas para preparar el fuego.

Deanna abrió la puerta. Se quedó en el umbral sin saber si reír o aplaudir. Aunque el resto de la cabaña reflejaba un estilo rústico, en el cuarto de baño Finn había optado por lo espectacular.

La enorme bañera de ébano tenía instalado un jacuzzi y estaba rodeada de una repisa apoyada contra un amplio ventanal. La ducha se encontraba en un compartimiento separado, de cristal. Encima del lavabo, la pared estaba cubierta de espejos y tenía una larga repisa con azulejos blancos y negros. Sobre ella había un televisor portátil que miraba hacia la bañera.

-Vaya cuarto de baño.

-Si lo que uno quiere es descansar -comentó Finn al incorporarse-, entonces hay que descansar.

-¿No tienes televisor en el dormitorio?

Finn abrió la puerta del guardarropa. Allí, sobre un conjunto de tres cajones, había otro televisor.

-Hay una radio de onda corta en el cajón de la mesilla de noche. -Cuando ella se echó a reír, él le tendió la mano-. Ven conmigo mientras preparo la cena.

-Tú... bueno, no has subido tus maletas -comentó ella mientras bajaban.

-Abajo hay otro dormitorio.

-Ah.

La tensión que Deanna sentía fue reemplazada por cierto pesar.

El se detuvo al pie de la escalera, la miró, le puso las manos en los hombros y le dio un beso.

-¿Todo bien?

Deanna apoyó un momento la cara contra la de Finn.

-Sí -dijo-. Todo bien.

Todo estuvo bien cuando ella se puso a preparar una ensalada mientras Finn cortaba patatas para freírlas, y ambos oían el viento de marzo soplar entre los árboles y ulular contra las ventanas. Fue fácil para Deanna distenderse en esa cocina mientras las patatas se freían y el pollo se cocinaba a la parrilla, y ella reía al oír las anécdotas de Finn sobre sus aventuras en los bazares de Casablanca.

Todo esto mientras en la cocina las voces del televisor hablaban en voz muy baja, y mantenían así al mundo en segundo plano; hacían que, de alguna manera, la atmósfera que ambos compartían fuera más íntima.

La habitación era cálida y cómoda, con cortinas oscuras en las ventanas y velas encendidas en la mesa de la cocina.

-Esto es una maravilla -le dijo ella después de probar el pollo-. Eres tan bueno como Bobby Marks.

-Y mucho más buen mozo.

-Bueno, tienes más pelo. Supongo que yo tendría que ofrecerte a cocinar mañana.

-Eso depende -admitió él-. ¿Qué tal eres preparando pescado?

-¿Eso es lo que está en el menú?

-Si tenemos suerte podremos sacar un par del lago por la mañana.

-¿Por la mañana? -Deanna parpadeó-. ¿Iremos a pescar por la mañana?

-Por supuesto. ¿Para qué crees que te he traído? -Cuando ella se echó a reír, él sacudió la cabeza-. Kansas, tú no has entendido el plan esencial. Una vez hayamos tirado sedales juntos durante un par de horas, sacado juntos un par de truchas y limpiado esos pescados...

-¿Limpiarlos?

-Desde luego. Después de todo eso, yo te resultare irresistible. La excitación, la pasión, la sexualidad primaria de la pesca habrá derrumbado todas tus defensas.

-O me habrá aburrido mortalmente.

-Ten un poco de fe. No hay nada como un hombre o una mujer que lucha contra la naturaleza para acrecentar el deseo.

-Un plan bastante descabellado, por cierto. ¿Te ha dado buenos resultados?

Él sonrió y bebió un sorbo de vino.

-¿Quieres que te muestre mis señuelos?

-Mejor sorpréndeme mañana.

-Te despertaré a las cinco.

-¿A las cinco de la mañana?

-Ponte ropa bien abrigada -le advirtió.

Deanna había estado segura de que se sentiría inquieta y desasosegada, de que sus nervios reaparecerían en cuanto todo estuviera tranquilo alrededor de ella. Pero apenas se metió en la cama, se sumió en un sueño profundo. Un sueño que se vio bruscamente perturbado por una mano que le sacudía el hombro.

Abrió los ojos, parpadeó en la oscuridad y volvió a cerrarlos.

-Vamos, Kansas, levántate.

-¿Ha estallado otra guerra? -murmuró a la almohada.

-Hay un pez con tu nombre escrito en sus escamas -bromeó Finn-. El café estará listo dentro de diez minutos.

Ella se incorporó, volvió a parpadear y pudo distinguir la silueta de Finn. También percibió su olor: a jabón y piel húmeda.

-¿Por qué hay que pescar al amanecer?

-Algunas tradiciones son sagradas. -Se inclinó y le dio un beso en sus labios tibios-. Abrígate bien. En el lago hará mucho frío.

Y la dejó acurrucada en la cama. Finn no había dormido bien, lo cual era inusual en él. Recordó una vez más que Deanna necesitaba tiempo, cuidados y paciencia. La asustaría darse cuenta de cuánto la deseaba.

En el lago había niebla. Hacia el este, el cielo luchaba por aclararse, y el sol plateado asomaba entre la bruma. Deanna sintió olor a agua y pino, y al jabón de la ducha de Finn. Ella estaba sentada en la proa del pequeño bote, las manos apoyadas en las rodillas, el cuello de la chaqueta levantado para protegerse del frío.

-Qué hermoso -dijo-. Es como si fuéramos las únicas personas en muchos kilómetros a la redonda.

-El Senachwine recibe a muchos excursionistas. -Apagó el motor fuera borda y dejó que el bote se desplazara por el agua serena-. Lo más probable es que ya haya gente en el lago.

-Todo está tan silencioso. -Pero en ese momento oyó, a lo lejos, otro motor fuera borda que se apagaba, el canto de un ave y el leve golpeteo del agua contra el casco del bote.

-Esto es lo mejor de la pesca. -Después de lanzar el anda, le entregó una caña de pescar-. No se pueden apresurar las cosas. Lo único que uno debe hacer es quedarse sentado en un lugar y descansar la mente.

Deanna observó el agua.

-No veo ningún pez.

-Ya los verás. Confía en mí. Ahora lanzaré el sedal. Es todo cuestión de muñeca.

-Eso es lo que mi padre solía decir sobre las herraduras.

-Yo estoy hablando de algo muy serio.

-¿Las herraduras no son serias?

-Por Dios, Deanna, ¿no sabes que cuando un hombre quiere distenderse, eso no quiere decir que no desea que alguien compita con él?

Ella sonrió cuando él le cambió de posición las manos en la caña.

-A mi padre le gustarías.

-Parece un hombre sensato. Ahora mantén las manos firmes, y flojas las muñecas -indicó y lanzó el sedal.

Tomó su propia caña, eligió un señuelo y arrojó la suya.

-Quiero hacerlo de nuevo -dijo Deanna.

-Se supone que debes hacerlo de nuevo. Pero primero tienes que recuperar el sedal.

-Ya lo sé.

-Despacio -advirtió Finn mientras le mostraba cómo hacerlo-. Con suavidad. La paciencia es un arte tan importante como lanzar el sedal.

-¿De modo que nos quedamos aquí sentados, para arrojar el sedal y recuperarla una y otra vez?

-Esa es la idea. Yo me quedo aquí sentado y te miro, que es una buena manera de pasar la mañana. Ahora bien, si tú fueras un hombre, nos animaríamos contándonos historias sobre pescados y mujeres.

-Supongo que en ese orden -sugirió ella.

-Barlow James y yo nos pasamos una vez seis horas aquí. Y creo que no nos dijimos ni una sola cosa que fuera cierta.

-Yo también puedo mentir.

-No. No con esos ojos. Te facilitaré las cosas: háblame de tu familia.

-Tengo tres hermanos: dos mayores y uno menor. Los mayores están casados, y el pequeño aún está en la universidad. ¿Debería mover la caña o algo por el estilo?

-No, solo tranquilízate. ¿Todos viven en Kansas?

-Sí. Mi padre tiene una ferretería, y mi hermano mayor trabaja con él. Mi madre se ocupa de la contabilidad. ¿Qué estás haciendo?

-Estoy sacando un pez -dijo con calma mientras hacía girar el tij-. El muy tonto ha mordido el anzuelo.

-¿Ya has pescado uno?

-Creciste en la ciudad o en los suburbios?

-En los suburbios -respondió ella con impaciencia-. ¿Cómo es que ya has pescado uno? ¡Oh, mira! -exclamó fascinada cuando él sacó el pez del agua. La fascinación continuó viéndole recogerlo con una red y dejarlo caer en el fondo del bote-. Debes de usar un señuelo mejor que el mío -dijo cuando Finn se lo quitó y puso el pescado sobre hielo.

-¿Quieres que lo cambie por el tuyo?

-No -contestó y lo observó arrojar de nuevo el sedal.

Con actitud resuelta, ella recuperó el sedal, cambió de posición y la arrojó al otro lado del bote.

Cuando Finn le sonrió, ella frunció la nariz.

-¿Y qué me dices de tu familia?

-No es mucho lo que puedo decir. Mis padres se divorciaron cuando yo tenía quince años. Soy hijo único. Los dos son abogados. -Apoyó la caña para destapar el termo y servir café para los dos-. Ambos se sepultaron bajo una montaña de papeles muy civilizada, y acordaron dividir todos los bienes por la mitad. Y me incluyeron a mí.

-Lo siento.

-¿Por qué? Entre los Riley, los lazos familiares no son demasiado fuertes. Cada uno tiene su propia vida, y yo prefiero que sea así.

-No es mi intención criticar, pero me parece una actitud espantosamente fría.

-Es fría. -Bebió un poco de café y absorbió el sereno placer de esa mañana fresca con el sol que se reflejaba en el agua-. Pero también es una actitud práctica. Lo único que tenemos en común es la sangre. ¿Por qué fingir otra cosa?

Ella no supo qué responder. Vivía lejos de su familia, pero los lazos permanecían intactos.

-Deben de sentirse orgullosos de ti.

-Estoy seguro de que se alegran de saber que el dinero que invirtieron en mi educación no fue malgastado. No me mires así. -Extendió un brazo y le palmeó un tobillo-. Jamás me sentí traumatizado ni nada por el estilo. Y lo cierto es que fue beneficioso para mi carrera. Si uno no tiene raíces, no es preciso cortarlas cada vez que le destinan a otra parte.

-Las raíces no tienen por qué impedir el movimiento -dijo ella-. Si uno sabe cómo trasplantarlas.

-¿Kansas?

-¿Sí?

-Tienes un pez.

-Tengo... ¡oh! -Su sedal volvió a pegar un tirón. Si Finn no hubiera extendido un brazo y no la hubiera sujetado, Deanna habría pegado un salto y hubiese girado el bote-. ¿Qué tengo que hacer? Lo he olvidado. Espera, espera dijo, antes de que él tuviera tiempo de contestar-. Quiero hacerlo yo misma.

Con el entrecejo fruncido empezó a girar el ril y notó la resistencia del pez que luchaba por liberarse. Hubo un momento en que sintió el impulso de dejarlo en libertad. Pero el sedal se tensó, y el espíritu de lucha privó sobre todo lo demás.

Cuando finalmente dejó caer su presa en el fondo del bote, gritó con alborozo:

-¡Es más grande que el tuyo!

-Es posible.

Apartó la mano de Finn de un cachete antes de que él pudiera quitarle el señuelo.

-Lo haré yo -afirmó.

Y con el sol ya más alto en el este, los dos se sonrieron por encima de una trucha de más de dos kilos.

Regresaron a la cabaña con cuatro pescados; dos para cada uno. Deanna había insistido en quedarse para desempatar, pero Finn había encendido el motor. «No se debe pescar más de lo que se puede comer», le había dicho mientras los limpiaban.

-Ha sido fantástico -reconoció ella-. Realmente fantástico. Me siento una pionera. ¿Almorzaremos pescado?

-Por supuesto. Los comeremos fritos. Pero primero aumentaré el fuego de la sala.

-Y yo que creí que sería aburrido -suspiró ella y lo siguió-. Ha sido muy excitante. No sé. Muy satisfactorio -dijo y se echó a reír.

-Tienes mucha habilidad para la pesca. -Finn puso otro leño en el hogar y se acucilló sobre los talones-. Mañana por la mañana podemos ir un par de horas antes de regresar.

-Me encantaría. Me alegro de que me hayas traído.

Ella miró por encima del hombro y sonrió.

-Yo también me alegro.

-Y no solo por la lección de pesca.

La sonrisa de Finn se desvaneció, pero sus ojos siguieron fijos en ella.

-Ya lo sé.

-Me has traído aquí para alejarme de los periódicos, de las habladurías y de todo lo desagradable. No me has hecho más preguntas.

El soltó el atizador y giró la cabeza para mirarla.

-¿Quieres que te las haga?

-No lo sé -contestó ella e intentó sonreír-. ¿Qué pregunta me harías?

Elle preguntó algo que lo había mantenido despierto toda la noche.

-¿Me tienes miedo?

Ella vaciló.

-Un poco -se oyó decir-. Pero más me asusta lo que puedes hacerme sentir.

El volvió a contemplar el fuego.

-No te presionaré, Deanna. Nada pasará entre nosotros que tú no quieras. -Volvió a mirarla-. Te lo prometo.

-No es esa clase de miedo, Finn.

La expresión de los ojos de él la hizo desearlo con intensidad. Giró la cabeza para poder decirlo todo muy rápido.

-Por culpa de lo que pasó, jamás había podido recuperar lo que perdí. Hasta que llegaste tú. Eso me asusta. Y tengo miedo de arruinarlo.

Aunque él se puso de pie, no se acercó a ella.

-Lo que pase entre nosotros será porque los dos lo queremos. Yo esperaré hasta que estés lista.

-Me gustaría preguntarte algo.

-Adelante.

-¿Yo te doy miedo?

-Deanna, jamás nada me ha producido tanto miedo en la vida como tú y lo que consigues hacerme sentir.

Deanna lo miró. El primer paso que dio hacia Finn fue el más difícil. Luego fue sencillo avanzar hasta él, rodearlo con los brazos, apoyar la cabeza en su hombro.

-No podría haber pedido una respuesta mejor. Finn, no quiero perder lo que estoy sintiendo en este momento. -Como él no se movió, ella levantó la vista y le apoyó las manos en el pecho-. Y creo que no lo perderé si me haces el amor.

De todos los sentimientos que había esperado experimentar, la alarma era el último. Sin embargo, eso fue lo que sintió cuando Deanna lo miró con una mezcla de confianza y recelo.

-No hay ninguna presión aquí, Deanna.

-La hay. Pero no de ti. Está en mí. Te necesito.

Finn le tomó la cara con las manos y la besó.

-No te lastimaré.

-Lo sé -dijo ella-. Eso no me asusta.

-Yo creo que sí. Pero solo debes decirme cuándo parar.

-No lo haré.

En sus ojos volvía a haber resolución. El se juró que transformaría esa expresión en placer.

Se le secó la boca cuando le desabrochó la gruesa camisa de leñador. Lentamente, sin dejar de mirarla, le quitó la primera capa de ropa y luego sonrió.

-Esto tomará un rato.

-Tengo tiempo de sobra -dijo riendo Deanna.

Ella tenía los ojos cerrados, la boca levantada hacia la suya. Le resultaba tan natural, tan sencillo, apretar su cuerpo contra el de Finn, levantar los brazos y fundirse con él. Volvió a temblar cuando elle quitó el suéter de cuello alto, aunque no era de frío ni de miedo. Pero se estremeció cuando él la alzó y la depositó sobre la alfombra de pelo largo que había frente al hogar.

-Quiero que no pienses en otra cosa más que en mí -susurró él, volvió a besarla y se demoró antes de sacarle las botas-. En nadie más que en mí.

Oyó el chisporroteo del fuego, el crujido cuando él se quitó la camisa y las botas. El se quedó junto a ella, y le acarició la cara hasta que ella abrió los ojos y lo miró.

-Te he deseado desde el primer momento en que te vi.

-Hace casi un año.

-Mucho más -añadió él entre beso y beso-. Un día entraste corriendo a la sala de redacción. Enfilaste hacia tu escritorio, y después te echaste el pelo hacia atrás, te lo ataste con una cinta roja y te pusiste a escribir una nota. Fue algunos días antes de que yo me fuera a Londres. Me quedé contemplándote. Fue como si alguien me hubiera golpeado con un martillo. Muchos meses después, te vi de pie, en el aeropuerto, bajo la lluvia.

-Y me besaste.

-Te lo tenía reservado desde hacía seis meses.

-Y después me birlaste la noticia.

-Sí. Y ahora te tengo.

Ella se tensó cuando la mano de Finn se deslizó debajo de la seda de su vestido. Pero él no anduvo a ciegas, no se apresuró. Momentos después, la suave caricia de sus dedos sobre la piel hizo que se le aflojaran los músculos. Cuando ascendieron para rodearle el pecho, el cuerpo de Deanna se curvó para darles la bienvenida.

Al igual que una ducha tibia, ese placer fue suave, sereno y sedante. Ella lo aceptó, lo absorbió, y después lo deseó con intensidad cuando ella fue desvistiendo lentamente.

De pronto solo sintió sus manos, que la acariciaban con suavidad, exploraban, le despertaban sensaciones. Esta vez, cuando tembló, no fue de frío.

El cuerpo de Deanna entre sus manos subía y bajaba con las oleadas de placer que los dos se provocaban.

Finn sabía que podía hacerla flotar, como lo estaba haciendo ahora, elevar los ojos de Deanna como humo y modelar sus músculos como cera tibia. Y supo que faltaba poco para que ella estallara.

Casi sin aliento, se puso sobre ella y le cubrió de besos la cara, hasta que ella lo rodeó por completo, hasta que los movimientos de Deanna se hicieron frenéticos y el ardiente deseo de él se hizo insoportable.

-Mírame. -Finn tuvo que luchar para que esa palabra saliera de su garganta-. Mírame.

Y cuando ella lo hizo, cuando las miradas de ambos se encontraron, él la penetró y juntos llegaron al éxtasis.

Todavía entre sueños, Deanna se volvió hacia él, y él estaba allí. Sus brazos la envolvieron, su cuerpo estaba listo para poseerla. Mientras la cálida luz del amanecer se deslizaba perezosamente por el cuarto, ambos volvieron a fusionarse. Todo fue tan fácil, tan natural, sin prisas, sin pensamientos. Tan sencillo como respirar. Y cuando llegó el momento del clímax, ella pronunció el nombre de Finn y pasó del sueño a la realidad.

-Finn -dijo ella de nuevo.

-¿Mmmm?

-Esta es una manera de empezar el día incluso mejor que la pesca.

El rió por lo bajo y apoyo la cabeza en el cuello de Deanna.

-Ayer por la mañana no podía pensar en otra cosa que no fuera meterme en esta cama contigo.

La sonrisa de ella se ensanchó.

-Bueno, ahora estás aquí.

-Sí, eso parece. -El levantó la cabeza y la observó-. Nos hemos quedado dormidos -dijo y se puso a jugar con su pelo.

-Dormimos maravillosamente bien -reconoció ella y le pasó las manos por la espalda.

-¿Sabes? -dijo él mientras le acariciaba un pecho-, esta mañana pensaba enseñarte a pescar con mosca.

-¿Ah, sí?

-Eso es lo máximo en pesca. Requiere un toque mágico.

Ella giró la cabeza cuando él le besó el cuello.

-Podría aprender...

-Creo que sí. Tengo la impresión de que tienes un potencial ilimitado en ese sentido.

Ella suspiró.

-Siempre quiero ser la mejor. Supongo que es un defecto.

-No lo creo -murmuró él. El cuerpo de ella se arqueó para unirse al suyo-. Decididamente es una virtud.

-Deanna, quiero hacerte una pregunta. ¿Por qué una mujer inteligente como tú se empeña en mantener este vínculo sentimental con un perdedor?

-No es sentimental -dijo Deanna mientras giraba la llave en la cerradura de la puerta de su apartamento-. Es una lealtad práctica y muy lógica. Los Cubs van a sorprender a todos este año.

-Sí, de acuerdo -dijo Finn con tono irónico y la siguió al interior del apartamento-. Sería toda una sorpresa que logran salir del último puesto. ¿Cuándo fue la última vez que lo hicieron?

-Esa no es la cuestión. Es un equipo con corazón.

-Lástima que no tenga también bateadores.

Deanna se acercó al contestador automático.

-Discúlpame. Tengo que verificar si hay mensajes.

-Bien. -Mientras sonreía, él se dejó caer en el sofá-. Podemos seguir esta conversación después. Creo que no te he mencionado que fui líder del grupo de debate en la universidad. Esta es una discusión que no puedo perder.

Ella pulsó play.

«Deanna, soy Cassie. Siento molestarte en tu casa... aunque no estés allí en este momento. Tenemos un par de cambios en la agenda del lunes. Te los enviaré por fax. Si tienes alguna pregunta, ya sabes dónde ponerte en contacto conmigo. Y, demonios, hemos recibido muchas llamadas sobre el artículo de ese periódico sensacionalista. He descartado muchos. Por si deseas responder, tengo una lista de periodistas con quienes tal vez quieras hablar. Estaré en casa casi todo el fin de semana. Llámame si quieres que organice algo.»

-No me he hecho ninguna pregunta -murmuró Deanna-. Ninguna persona de la oficina me ha preguntado nada.

-Te conocen.

Ella asintió y apagó un momento el aparato.

-¿Sabes, Finn? Por duro que sea mi trabajo, y por mucha energía que me exija, algunas mañanas me despierto con la sensación de ser muy afortunada.

-Bueno, en mi opinión, ganarse la vida hablando una hora por día es muy sencillo.

Eso la hizo sonreír

-Tú ocúpate de los terremotos. Yo me ocuparé de los problemas de la gente.

Finn se sacó la chaqueta.

-Es una pena desperdiciar tanta inteligencia.

-No la desperdicio -saltó ella-. Yo... -Pero al ver el brillo pícaro en los ojos de Finn, sonrió. Se volvió de nuevo hacia el contestador-. ¿Alguna vez has pensado que, algún día, alguien te lo quitará todo? ¿Te dirá que se terminó y que no tendrás que enfrentarte a más cámaras?

-No. -Su seguridad, su arrogancia, la hizo sonreír más-. Y tú tampoco deberías pensarlo. -Le tomó la barbilla y la besó-. Eres una maravilla cuando de hablar se trata.

-Cállate, Finn.

Volvió a oprimir play y anotó el breve mensaje de Simon sobre un posible problema en el programa del día siguiente, y otro de Fran en el que le avisaba que el problema estaba solucionado. Después, apretó los dientes al oír tres llamadas de periodistas que habían logrado conseguir su número, pese a que no figuraba en la guía.

-¿Estás bien? -Finn se acercó y le masajeó los hombros para aliviarle la tensión.

-Sí. Estoy bien. Tengo que decidir entre negarme a hacer un comentario o escribir una declaración. Supongo que todavía no quiero pensar en eso.

-Entonces no lo hagas.

-Hacer de avestruz no eliminará el problema. Quiero tomar la decisión apropiada. Detesto equivocarme.

-Entonces tienes dos opciones. Reaccionar de manera emocional, o reaccionar como una periodista.

Ella frunció el entrecejo.

-O combinar ambas cosas -sugirió-. Había pensado hacer un programa sobre mujeres violadas por hombres a los que conocen. Y nunca me decidía porque me parecía demasiado cercano a lo que me había pasado a mí. Pero ahora tal vez sea el momento de hacerlo.

-¿Por qué quieres obligarte a pasar por ese mal trago, Deanna?

-Porque lo he pasado. Porque los hombres como Jamie siempre se salen con la suya. Y porque... -Dejó escapar un largo suspiro-. Porque estoy cansada de sentir vergüenza por no haber hecho nada al respecto. Ahora se me presenta la oportunidad de hacerlo.

-Te dolerá. como aquella vez. Ya no -afirmó y le cogió la mano.

El se la apretó. Maldición, necesitaba protegerla. Y ella necesitaba pararse sobre sus propios pies. Lo único que Finn podía hacer era rastrear a Jamie Thomas! y tener una interesante conversación con él.

-Si decides hacer ese programa, avísame. Quiero estar allí si puedo.

-De acuerdo. ¿Por qué no abrimos una botella de vino y olvidamos este tema por un rato?

-Siempre y cuando me dejes pasar la noche aquí. Esta vez prometo que no me quedare dormido en el sofá.

-No te daré oportunidad de hacerlo -le advirtió ella y se fue a la cocina.

Finn se acercó al televisor y lo encendió, justo cuando comenzaba el noticiero de la noche. Retrocedió hacia el sofá, con la intención de sacarse las botas y descansar los pies. En ese momento vio el sobre que asomaba por debajo de la puerta.

-Tengo patatas fritas -dijo Deanna, que apareció con una bandeja y la apoyó en la mesita de café-. El viaje en coche me ha abierto el apetito. -Su sonrisa se congeló al ver el sobre en manos de Finn-. ¿De dónde has sacado eso?

-Estaba debajo de la puerta. -Vio que ella se ponía pálida-. ¿Qué problema hay?

-No es nada. -Fastidiada consigo misma, se sacudió el miedo-. Es una tontería, eso es todo.

Mientras trataba de convencerse a sí misma y a Finn de que nada la preocupaba, abrió el sobre: DEANNA, NADA DE LO QUE DIGAN CAMBIARÁ MIS SENTIMIENTOS. SÉ QUE TODO ES MENTIRA. SIEMPRE CREERÉ EN TI. SIEMPRE TE AMARE.

-Un admirador tímido -comentó ella y se encogió de hombros que necesita conseguirse una esposa.

Finn cogió la hoja y la observó.

-Es algo así como una respuesta a la prensa amarilla, diría.

-Eso parece.

-Tengo la impresión de que has recibido antes una nota como esta.

-Tendría una colección si las hubiera guardado -señaló y levantó su copa de vino-. Las vengo recibiendo desde hace un año.

-¿Un año? -La miró-. ¿Como esta?

-Sí. Las he recibido aquí, en la sala de redacción y en mi oficina. -Volvió a encogerse de hombros-. Y con el mismo formato y la misma clase de mensaje.

-¿Lo has denunciado?

-¿A quién? ¿A la policía? ¿Por qué? ¿Qué podría decirles? Oficial, he estado recibiendo cartas de amor anónimas.

-El hecho de que hayan seguido llegando durante un año las conviene en algo más que en cartas de amor inofensivas. Se transforman en una obsesión. Y las obsesiones son malsanas.

-No me parece que una docena de notas sensibleras a lo largo de un año sean una obsesión. Es solo alguien que me ve por televisión, Finn, o que trabaja en el mismo edificio. Alguien a quien le atrae mi imagen pero es demasiado tímido para acercarse a pedirme un autógrafo. -Pensó en las llamadas, en esos mensajes silenciosos en mitad de la noche. Y en el hecho de que esa persona hubiera podido deslizar una nota debajo de la puerta de su apartamento-. Asusta un poco, pero no es algo amenazador.

-A mí no me gusta nada.

-Es tu exagerado instinto de periodista. Por supuesto, si quieres mostrarte un poco celoso...

Los ojos de ella le sonrieron. Finn le devolvió la sonrisa, pero no pudo dejar de pensar en esa hoja de papel desplegada sobre la mesilla de café, y en su mensaje de devoción rojo como la sangre.

-Ni una sola declaración -dijo Angela, rió por lo bajo y se tendió boca abajo sobre las sábanas de satén rosado de su enorme cama. El televisor estaba encendido y el suelo estaba cubierto de periódicos y revistas.

Era una habitación hermosa y con la majestuosidad de un museo, con sus antigüedades doradas y sus toques femeninos. Una de las criadas había comentado a una amiga que le sorprendió no toparse con un cordón rojo que cruzara la puerta y una taquilla.

Había espejos en todas las paredes; ovales, cuadrados y oblongos, que reflejaban tanto el buen gusto del cuarto como su propia imagen.

Los únicos colores, aparte del oro y las tonalidades madera, eran el rosado y el blanco.

Había muchos ramos con rosas frescas, salpicadas de rocío. En la cabecera de la cama con dorados había una montaña de cojines de seda con encaje. Cerca de la cama había una poltrona, en la que Angela había arrojado con descuido una de sus muchas batas.

Antes, hacía mucho tiempo, había envidiado las hermosas pertenencias de otras personas. De niña, y de joven, solía mirar los escaparates y desear lo que veía. Ahora poseía todo lo que podía desear.

O a quien pudiera desear.

Desnudo, Dan Gardner frotaba aceite perfumado sobre sus espaldas y hombros.

-Ya ha pasado más de una semana -le recordó Angela- y Deanna no da señales de vida.

-¿Quieres que me ponga en contacto con Jamie Thomas?

-Adelante, dile que siga hablando con los periodistas y que amplíe un poco la historia. Recuérdale que, si no le provoca suficientes problemas a nuestra pequeña Dee, nos veremos obligados a filtrar el asunto de su romance con la droga.

-Creo que eso bastará. Si llegara a saberse que le gusta la cocaína, su carrera se irá al infierno. Aunque trabaje en el bufete de su papáito.

-Recuérdale eso si se niega a cooperar. El muchachito rico tendrá que pagar -murmuró Angela.

Lo habría odiado por el hecho de haber nacido en una familia adinerada, con privilegios, y malgastar todo eso en una debilidad como las drogas. Pero la forma penosa en que se había doblegado ante su primera amenaza hizo que lo despreciara incluso más.

-Oh, y envíale a Beeker una caja de Dom Perignon. Ha hecho un buen trabajo. Que siga en el caso. Si encontramos suficiente basura debajo de la alfombra de nuestra pequeña Dee, podremos acabar con ella.

-Me encanta tu cabeza, Angela. Es tan maravillosamente retorcida.

-Me importa un cuerno lo que pienses de mi cabeza. En este caso, la tengo bien enfocada. No sé cómo ocurrió, pero los índices de audiencia de esa mujer están subiendo. Y no pienso permitirlo, Dan, sobre todo después que traicionara mi amistad. Así que tú sigue... -Pero de pronto se puso de rodillas y lanzó un gemido de protesta cuando en la pantalla apareció un flash con Deanna y Finn.

«Ahora otras noticias del mundo de la televisión -prosiguió el locutor-. La estrella de los programas de entrevistas Deanna Reynolds acompañó al corresponsal en el extranjero de la CBC Finn Riley al banquete del Club Nacional de Prensa, en Chicago, donde se rindieron honores a Riley por su trabajo durante la guerra del Golfo. Se comenta que Riley está tomando en cuenta una oferta para conducir un programa semanal de noticias por la CBC. Riley no hizo comentario alguno sobre el proyecto ni sobre su relación personal con Deanna.»

-¡No! -estalló Angela desde la cama-. Yo la tomé bajo mi protección. Le ofrecí oportunidades, le di mi afecto. Y ahora me hace esto...

Caminó desnuda hasta donde tenía una botella de champán abierta y se sirvió una copa. Había lágrimas en sus ojos.

-Y ese hijo de puta también se ha vuelto contra mí. Me dejó por ella. Porque es más joven. -Furiosa, arrojó su copa contra el televisor-. Ella no es nada. Es menos que nada. Una cara bonita en un cuerpo vistoso. Cualquiera puede tener esas cosas. No podrá retener a Finn. El la abandonará, como harán también los telespectadores. Ellos me preferirán a mí. Siempre me preferirán a mí.

-Deanna no te llega ni a los talones, Angela -afirmó Dan-. Tú eres la mejor. En público... -con suavidad, la hizo girar para que quedara frente al espejo de cuerpo entero- y en privado... -murmuró y comenzó a acariciarla-. Eres tan hermosa... Ella tiene el físico de una chiquilla, pero tú... tú eres toda una mujer.

-Necesito ser deseada, Dan. Necesito saber que la gente me quiere. No puedo vivir sin ello.

-La gente te quiere. Y yo también. -Estaba acostumbrado a los estallidos de Angela, y también a sus necesidades. Sabía cómo sacar provecho de ambas cosas-. Cuando te veo en el plató, tan fría, tan controlada, me asombra. -Siguió acariciándola entre los muslos-. Y en esos momentos casi no puedo esperar a que estemos a solas, como ahora.

-¿Harías cualquier cosa por mí?

-Cualquier cosa.

-¿Y para mí?

El se echó a reír. Sabía de quién era el poder. Cuanto más maquinara ella, más poder ponía en sus manos.

-¿Qué quieres de mí, Angela?

-Que me poseas aquí mismo, para que yo pueda mirar.

Él volvió a reír. Ella temblaba como una perra en celo. Su vanidad, su conmovedora inseguridad, le conferían todavía más poder a Dan. Pero cuando él trató de moverse, ella se lo impidió.

-No -dijo-. Por atrás. Como un animal. Y cuando terminemos, encontraremos una nueva manera de hacer pagar a Deanna por esto.

-Deanna, ¿estás segura de que quieres hacer esto? -preguntó Fran, de pie junto al escritorio de ella.

-Por supuesto -respondió ella y siguió firmando correspondencia. Su firma era rápida y automática-. Es un programa que quiero hacer. ¿Cuántas respuestas hemos recibido?

Fran miró los formularios de encuesta que tenía en la mano, y que se le habían entregado al público después de cada programa. Los formularios decían: «Conoce a alguna mujer que haya sido violada por un conocido? ¿Le gustaría que ese tema fuera tratado en La hora de Deanna?»

Había espacio para comentarios, nombres y números de teléfono. De las doscientas respuestas revisadas, Fran eligió solamente dos.

-Estas son las que considero que deberías ver. -De mala gana, Fran las colocó sobre el escritorio-. Será muy penoso para ti, Deanna.

-Puedo arreglármelas.

Miró la primera respuesta y la releyó con atención. «El dijo que yo me lo había buscado. Pero no fue así. Dijo que era culpa mía. Yo no estoy tan segura. Me gustaría hablar sobre ello, pero no sé si podré.» Cogió la segunda; «Era la primera vez que salía con un hombre después de mi divorcio. Fue hace tres años y desde entonces no he vuelto a estar con un hombre. Sigo asustada, pero confío en usted».

-Dos mujeres -murmuró Deanna. Sí, era doloroso-. Y estaban entre el público del estudio. ¿Cuántas más habrá, Fran? ¿Cuántas más se estarán preguntando si fue culpa suya? ¿Cuántas más siguen teniendo miedo?

-No puedo tolerar verte sufrir así. Ya sabes que si haces ese programa tendrás que sacar a relucir lo de Jamie Thomas.

-Lo sé. Ya lo he consultado con la asesoría legal.

-¿Y si él te demanda?

Deanna suspiró. No había dormido bien. Y, como Finn estaba en Moscú, había dormido sola.

-Que lo haga. Para resumirte lo que me dijeron en la asesoría legal, él ya ha hecho pública su versión. Como es su palabra contra la mía, yo haré pública mi versión. Podría haberlo hecho en una docena de entrevistas desde que esos periódicos sensacionalistas publicaran la noticia. Dos docenas -se corrigió-. Pero prefiero hacerlo así, a mi manera y en mi propio programa.

-La prensa te caerá encima.
-Ya lo sé. Por eso lo haremos durante los sondeos de audiencia de mayo.
-Por Dios, Dee...
-Yo me la estoy jugando con esto, Fran. Valdrá la pena si lo que estoy haciendo ayuda a una sola mujer que vea el programa. Y juro que, al hacerlo, superaré la audiencia de la competencia.

Deanna estaba muy serena antes del programa. Había repasado las tarjetas con preguntas mientras Marcie le retocaba el maquillaje. Preparada, incluso impaciente, giró el sillón hacia Loren Bach.

-¿Estás aquí como observador, Loren, o para ofrecerme consejo?

-Un poco por las dos cosas. Como sabes, yo no tengo por costumbre interferir en el contenido de un programa.

-Lo sé, y lo aprecio.

-Pero sí tengo por costumbre proteger a mi gente. -Permaneció un momento en silencio mientras observaba el cuarto ordenado, lleno de pilas de periódicos y revistas, y un estante con videos. En el aire flotaba un leve aroma a cosméticos y lociones. Femenino, pensó, pero también lleno de herramientas de trabajo-. Puedes hacer este programa, y un excelente programa, sin necesidad de sacar a relucir tu experiencia personal.

-Sí, es posible. ¿Me estás pidiendo que haga eso, Loren?

-No. Solo quiero recordártelo.

-Entonces te recordaré que soy parte del programa, no solo la anfitriona. Y una parte esencial; creo que en eso radica precisamente su éxito.

El sonrió.

-No lo discutiré. Pero, Deanna, si tienes alguna duda con respecto a lo que estás haciendo, no necesitas seguir adelante.

-No tengo dudas, Loren. Tengo miedo. Creo, al menos espero, que la única respuesta es plantarles cara. Es posible que a ti te preocupe la posibilidad de que Jamie Thomas intente alguna clase de venganza legal, pero...

-Tengo abogados que se ocuparán de eso. Sea como fuere, creo que ese golpe de publicidad le produjo un resultado adverso. En este momento, tengo entendido que se encuentra pasando unas vacaciones en Europa.

-Ajá -dijo ella y respiró hondo-. Está bien, entonces.

-¿Te importa que me quede a ver el programa? -preguntó él y se puso de pie cuando ella lo hizo.

-Al contrario, te lo agradecería. -Siguiendo un impulso, lo besó en la mejilla. Cuando él la miró, sorprendido, sonrió. Eso no ha sido para mi socio en los negocios. Ha sido por tu apoyo.

Cuando ella abrió la puerta, se encontró de pronto en brazos de Finn.

-Se supone que estabas en Moscú.

-Pues ya no. -Había tocado todos los contactos posibles para estar de regreso en Chicago a tiempo para el programa-. Te veo bien, Kansas. ¿Cómo te sientes?

-Temblorosa. Pero lista.

-Estarás espléndida. -Mantuvo un brazo alrededor de sus hombros y asintió en dirección a Loren-. Me alegra verte.

-Lo mismo digo. Puedes acompañarme mientras Deanna va a trabajar.

-Muy bien. -Finn la acompañó al estudio-. ¿Trabajas esta noche?

-Tengo una cena de la cadena a las siete. Pero creo que quedaré libre a eso de las diez de la noche.

-¿Quieres venir a casa?

-Sí -contestó ella y le apretó la mano. Miró a Fran y se rodeó con los brazos-. Esto es como zambullirse en una piscina helada.

-¿Qué quieres decir?

Se obligó a sonreír al mirar a Finn.

-Es una frase que me dijeron una vez. Te veré en una hora.

-Aquí estaré.

Deanna ocupó su lugar con las tres mujeres que ya se encontraban en el plató. Habló en voz baja con las tres y aguardó la señal.

Música. Aplausos. La luz roja de la cámara.

-Bienvenidos a *La hora de Deanna*. Hoy nuestro programa se ocupa de un tema doloroso. La violación, en todas sus formas, es un hecho trágico y horrible. Pero cobra una dimensión diferente cuando la

víctima conoce a su agresor y confía en él. Todas las personas que están hoy con nosotros hemos sido víctimas de lo que se llama violación por parte de un amigo o conocido. Y todas tenemos una historia que contar. Cuando me ocurrió a mí, hace casi diez años, yo no hice nada. Espero poder hacerlo ahora.

Para celebrar el primer año del programa de Deanna, Loren Bach ofreció una fiesta en su casa, que daba al lago Michigan. Por encima de la música suave y el entrecuchar de copas, se oía el murmullo de las voces. También, provenientes del cuarto de juegos contiguo, los sonidos de los videojuegos.

Además de los integrantes del equipo del programa y del personal de la CBC y los ejecutivos de Delacort, había invitado a un puñado de columnistas y periodistas cuidadosamente seleccionados. La popularidad de Deanna desde los sondeos de audiencia de mayo no daba muestras de disminuir. Y Loren no tenía intenciones de permitir que ello ocurriera.

Mientras la audiencia aumentaba, también lo hacían los ingresos por publicidad. A medida que la celebridad de Deanna se incrementaba y pasaba de ser la mimada de Chicago a convenirse en un nombre famoso en el país, comenzaron a aparecer en su programa nombres estelares para promover sus películas o sus giras de conciertos. Ella continuó mezclando los famosos con bloques dedicados a esposos celosos, cómo elegir el traje de baño adecuado o parejas por internet.

El resultado era un programa cuidadosamente preparado pero con aspecto informal y hogareño. Deanna estaba en medio de todo, tan impresionada como su público por la aparición de una estrella de cine, tan divertida como ellos por la posibilidad de elegir pareja a través de un ordenador, y tan cautelosa y acobardada como cualquier mujer ante la idea de ponerse un bikini en una playa pública.

Esa imagen de la vecina del tercero conquistó a la audiencia.

-Parece que lo has logrado, muchacha.

Deanna sonrió a Roger y lo besó en la mejilla.

-Al menos durante este primer año.

-Pues, en este negocio eso es casi un milagro. Es una pena que Finn no haya podido estar aquí.

-Estos soviéticos... elegir justo mi aniversario para un golpe de Estado.

-¿Has tenido noticias de él?

-No en el último par de días. Lo vi en las noticias. Al hablar de eso, vi tu nueva promoción. Me pareció muy buena.

-Nuestro equipo de noticias es su equipo de noticias -dijo Roger con voz de locutor-. Mantenemos informado a Chicago.

-Tú y tu nueva compañera tenéis buena química.

-Sí, está bastante bien. Tiene buena voz y buena cara. Pero no entiende mis bromas.

-Rog, nadie las entiende.

-Tú sí.

-No. Lo que yo hacía era simular que las entendía, porque te quiero mucho.

-Seguimos echándote de menos en la sala de redacción. también os extraño, Roger. Siento lo de Debbie y tú.

El se encogió de hombros, pero la herida de su reciente divorcio estaba todavía abierta.

-Ya sabes lo que se dice en estos casos, Dee. Mala suerte. Tal vez me ponga a buscar pareja por internet.

Ella se echó a reír y le apretó la mano.

-Sobre eso tengo un consejo para darte: no lo hagas.

-Bueno, puesto que Finn está muy ocupado saltando de un lado al otro del mundo, tal vez tú estés interesada en una relación estable con un hombre un poco mayor.

Deanna se habría echado a reír de nuevo, pero no estaba del todo segura de que Roger hablara en broma.

-Da la casualidad de que ya tengo una relación estable con un hombre un poco mayor, cuya amistad significa mucho para mí.

-Hola, Dee.

-Jeff.

-Como he visto que no tenías copa, pensé que te gustaría un poco de champán.

-Gracias. Nunca se te pasa un detalle. Yo también provoqué un golpe de Estado cuando robé a Jeff del departamento de noticias -le explicó a Roger-. Jamás podríamos poner en antena *La hora de Deanna* sin él.

-Yo solo me ocupo de los cabos sueltos.

-Y les pones la guinda.

-Excúsenme. -Barlow James se colocó detrás de Deanna y le rodeó la cintura con el brazo-. Necesito secuestrar a la estrella por un momento, caballeros. Te veo muy bien, Roger.

-Gracias, señor James.

-No la retendré mucho tiempo -prometió Barlow y condujo a Deanna a los ventanales abiertos que daban a la terraza-. Tú sí que te ves más que bien -comentó-. Estás resplandeciente.

Ella se echó a reír.

-Creo que tengo algo que le dará todavía más brillo a ese resplandor. Finn se puso esta mañana en contacto conmigo.

Deanna se sintió aliviada al oír aquello.

-¿Cómo está?

-En su elemento.

-Sí. Supongo que sí.

-Entre tú y yo, creo que podremos ejercer suficiente presión como para convencerlo de que se encargue de ese programa de noticias y permanezca en Chicago.

-Yo no puedo. El tiene que hacer lo que le parezca mejor.

-Eso se aplica a todos -afirmó Barlow con un suspiro-. Bueno, acabo de opacar un poco ese resplandor tuyo. Creo que esto te lo devolverá. -Sacó un estuche largo y angosto del bolsillo interior de su chaqueta-. Finn me pidió que buscara esto para ti. Algo que mandó hacer antes de tener que viajar. Y que te dijera que siente no poder dártelo personalmente.

Ella no dijo nada al ver el contenido del estuche. La pulsera estaba delicadamente formada por eslabones ovalados de oro, unidos por un arco iris de gemas multicolores. Esmeraldas, zafiros, rubíes y turmalinas brillaban y refulgían a la luz de la luna. En el centro, una D y una R en filigrana, rodeadas por una estrella de diamantes.

-Creo que la estrella no necesita explicación -le dijo Barlow-. Es para conmemorar tu primer año. Confiamos en que habrá muchos más.

-Es hermosa.

-Como la mujer para la que fue hecha -agregó Barlow y sacó la pulsera del estuche para colocársela alrededor de la muñeca-. No cabe duda de que el muchacho tiene buen gusto. ¿Sabes, Deanna?, necesitamos un programa fuerte los martes por la noche. Tal vez tú no te sientas cómoda al usar tu influencia para persuadir a Finn, pero yo pienso hacerlo.

Le guiñó un ojo, le palmeó un hombro y se alejó.

-Estás demasiado lejos -dijo Deanna en voz baja mientras rozaba la pulsera con la yema de un dedo.

Eran tantas las cosas que deseaba. Tanto por lo que había trabajado. Entonces, ¿por qué se sentía tan desasosegada? Su programa se estaba convirtiendo rápidamente en un éxito a nivel nacional. Pero todavía tenía que encontrar un nuevo apartamento. Aparecía casi constantemente en los medios de comunicación, en casi todos los casos con comentarios halagüeños. Y estaba en una fiesta ofrecida en su honor, pero se sentía perdida e insatisfecha.

Por primera vez en su vida, sus metas profesionales y personales no parecían equilibradas. Sabía exactamente lo que deseaba para su carrera y veía con toda claridad qué pasos debía tomar para conseguirlo. Se sentía capaz y confiada en su propósito de llevar a *La hora de Deanna* al primer puesto del *ranking* de audiencia. Y cada vez que debía pararse frente al público, con la cámara enfocándola en ella, se sentía increíblemente viva, con un control absoluto, y con suficiente placer como para que su trabajo se convirtiera en una gratísima satisfacción.

No daba por sentado el éxito porque conocía demasiado bien los caprichos de la televisión. Pero sabía que si su programa fuera cancelado mañana, ella se repondría y empezaría de nuevo.

Sus necesidades personales no estaban tan claras, como tampoco el camino que deseaba seguir. ¿Quería el objetivo tradicional de hogar, matrimonio y familia? Si era posible fusionar esa clase de ideal con una carrera intensa y exigente, encontraría la manera de hacerlo.

¿O prefería lo que tenía en ese momento? Un lugar para ella sola, una relación satisfactoria pero al mismo tiempo independiente con un hombre fascinante. Un hombre del que estaba locamente enamorada y que, aunque no lo había expresado en palabras, sabía que la amaba con la misma intensidad.

Si ambos cambiaban lo que tenían, cabía la posibilidad de que ella perdiera esa relación maravillosa y emocionante. O quizá descubriría una relación más serena e igualmente intensa para reemplazarla.

Como Deanna no lograba ver con claridad la respuesta a estas incertidumbres, como la confusión que reinaba en su corazón la confundía, se propuso más que nunca separar el intelecto de las emociones.

-Aquí estás -dijo Loren Bach y salió al balcón con una botella de champán en una mano y una copa en la otra-. La invitada de honor no debería esconderse en las sombras. -Le llenó la copa antes de colocar la botella en una mesa de cristal-. Sobre todo cuando está aquí toda la prensa.

-Estaba admirando el panorama que tienes -dijo ella-. Y, de paso, quería darle a la prensa la oportunidad de echarme en falta.

-Eres una mujer inteligente, Deanna -reconoció y entrecrocó su copa con la de ella-. Esta noche me doy el gusto de sentirme satisfecho por haber seguido mi intuición y haber firmado contrato contigo.

-Yo también me siento bastante satisfecha por el mismo motivo. -Ese entusiasmo tuyo es lo que vende, Dee. Es lo que le permite al público identificarse contigo.

Ella hizo una mueca.

-De veras me siento entusiasmada con el programa, Loren.

-Ya lo sé. Por eso es! tan perfecto.

-Lo estoy disfrutando a fondo. La nota en *Premiere*, la portada de *McCall's*, la nominación para el premio del público...

-Deberías haberlo ganado -dijo él.

-La próxima vez le ganaré a Angela -afirmó ella y sonrió-. Quería el Emmy de Chicago y lo conseguí. Cuando llegue el momento, me propongo ganar el nacional. No tengo prisa, Loren, porque disfruto cada momento del camino. Mucho.

-Haces que parezca fácil, Dee. Y divertido. Esa es la forma en que yo vendo juegos de ordenador. Es la forma en que pasas tú de la pantalla del televisor al salón de cada espectador. Y la manera en que vas subiendo en los rankings. -Su sonrisa se ensanchó-. Es así como le arrebatarás el primer puesto a Angela.

El brillo en los ojos de Loren le produjo inquietud y Deanna eligió con cuidado sus palabras.

-Ese no es mi objetivo principal. Aunque suene a ingenua, Loren, lo único que quiero es hacer un buen trabajo y ofrecer un buen programa.

-Tú sigue haciéndolo, que yo me ocuparé del resto. -Pensó que era extraño que hasta ese momento no se hubiera dado cuenta de las ansias de venganza que ardían en él. Hasta que apareció Deanna-. No pienso alegar que yo convertí a Angela en la número uno, porque la cosa es más compleja. Pero yo aceleré el proceso. Mi error fue engañarme con la imagen que aparecía en la pantalla y casarme con alguien que no existía fuera de las cámaras.

-Loren, no tienes que decirme todo esto.

-No, nadie tiene que decirte nada, pero todos lo hacen. Ese es parte de tu encanto, Deanna. Puedo decirte que Angela se desembarazó de mí con tanta ligereza como una serpiente se libra de su piel, cuando decidió que ya era más importante que yo. Y me dará mucha satisfacción ayudarte a superarla. Una enorme satisfacción.

-Loren, no quiero librar una batalla contra Angela.

-De acuerdo. Pero yo sí.

Lew McNeil estaba tan obsesionado por el éxito de Angela como Loren Bach por su fracaso. Su futuro dependía de ese éxito. Confía en jubilarse en diez años, con una buena cuenta corriente. No tenía esperanzas de seguir trabajando en el programa de Angela durante tanto tiempo. Su mayor oportunidad era mantener su contrato mientras el programa siguiera siendo el número uno, y después pasar a la producción de algún otro.

Tenía sobrados motivos para estar preocupado. Si bien el programa seguía en lo más alto del ranking y había agregado otro Emmy a su colección, su presentadora parecía estar desgastándose. En Chicago había logrado manejar a su equipo de trabajo al ejercer su voluntad de hierro, sus ansias de perfección, a lo cual sumaba considerables dosis de encanto.

Pero desde que se había mudado a Nueva York, gran parte de su encanto había sido consumido por el estrés, y el estrés era regado con champán francés.

Lew sabía -había convertido en su tarea el saber- que ella había invertido gran parte de su dinero en la inexperta empresa A. P. Producciones. El veterano programa impidió que los números de la empresa estuvieran en rojo, pero la intervención poco seria de Angela en telefilmes había sido desastrosa hasta ese momento. Su último especial había recibido comentarios poco entusiastas, pero los índices de audiencia habían colocado al programa entre los primeros diez más vistos de la semana.

Eso fue afortunado, pero su audiencia diaria había descendido en agosto, cuando Angela insistió en que fueran emitidas repeticiones, mientras ella se tomaba unas prolongadas vacaciones en el Caribe.

Nadie podía negar que se merecía ese descanso y tampoco que el

momento elegido no fue el adecuado, justo cuando La hora de Deanna iba acortando distancias con su programa.

Hubo otras equivocaciones, otros errores de valoración, el mayor de los cuales fue Dan Gardner. A medida que el poder iba pasando gradualmente de manos de Angela a las de su amante y productor ejecutivo, el tono del programa sufrió una transformación sutil.

-¿Más quejas, Lew?

-No es una queja, Angela. Solo quería decirte una vez más que considero un error tener en el programa una familia sin techo junto a un hombre como Trent Walker. Es un estafador, Angela.

-¿De veras? Pues a mí me pareció encantador.

-Por supuesto, es encantador. Estuvo muy encantador cuando compró ese edificio y lo convirtió en una serie de costosos apartamentos.

-Se llama renovación urbanística, Lew. De todos modos, creo que será interesante verlo debatir con una familia de cuatro personas que en este momento vive en su furgoneta. Espero que él se ponga sus gemelos de oro.

-Si las cosas salen mal, puede quedar como que no simpatizas con la causa de los sin techo.

-¿Y qué pasa si es así? Hay muchos trabajos. Demasiadas de esas personas prefieren recibir una limosna antes que ganarse la vida con un trabajo honesto. -Pensó en la época en que había tenido que trabajar como camarera y hacer tareas de limpieza para costearse los estudios, y lo humillada que se había sentido-. No todos nacimos en cuna de oro, Lew. Cuando el mes próximo salga mi libro a la calle, podrás leer cómo superé mis modestos orígenes y trabajé hasta llegar a la cima. -Con un gesto de la mano despidió a su peluquera-. Está bien, querida, puedes irte. Lew, en primer lugar te diré que no me gusta que me critiques en presencia de miembros de mi personal.

-Angela, yo no...

-Y en segundo lugar -lo interrumpió-, no tienes por qué preocuparte. No tengo intención de permitir que nada salga mal, ni que el público se entere de qué pienso yo. Dan ya se está ocupando de que se sepa que yo, personalmente, patrocinaré a la familia que presentaremos en el programa. Al principio declinaré con modestia hacer ningún comentario y después, a regañadientes, reconoceré que he encontrado trabajo para el padre y la madre, junto con seis meses de alquiler y un estipendio para ropa y comida. Ahora, me gustaría verlos antes de que salgamos al aire.

-Están en el camerino -murmuró Lew-. He preferido poner a Walter en otro lugar por el momento.

-Muy bien.

Salió al pasillo. Después, con simpatía y afecto, saludó a la familia de cuatro personas que estaban sentadas en el sofá frente a un monitor en el camerino. No quiso escuchar sus palabras de agradecimiento, les ofreció comida y bebidas, acarició al pequeño en la cabeza y le hizo cosquillas al bebé debajo del mentón.

Su sonrisa desapareció como por arte de magia al volver a su camerino.

-No dan la impresión de haber vivido en la calle durante seis semanas. ¿Por qué tienen la ropa tan pulcra? ¿Por qué se ven tan limpios?

-Yo... bueno, ellos sabían que saldrían por televisión en todo el país, Angela. Así que se arreglaron lo mejor posible. Tienen su orgullo.

-Bueno, pues ensúcialos un poco -replicó ella. Empezaba a tener dolor de cabeza y deseó tener a mano sus píldoras-. Quiero que parezcan menesterosos, por el amor de Dios, no una familia de clase media venida a menos.

-Pero eso es lo que son -repuso Lew.

Ella dio media vuelta y le lanzó una mirada de furia.

-No me importa si esos cuatro tienen licenciaturas por Harvard. ¿Entendido? La televisión es un medio visual. Creo que lo has olvidado. Quiero que parezca que acabamos de sacarlos de la calle. Ensucia un poco a esos chicos. Quiero ver agujeros en su ropa.

-Angela, no podemos hacer eso. Sería ficción, no realidad.

-No me digas lo que puede o no hacerse. Yo te digo lo que hay que hacer. Es mi programa, ¿recuerdas? Tienes diez minutos. Ahora sal de aquí y haz algo para ganarte el sueldo. -Lo empujó al pasillo y dio un portazo.

El ataque de pánico le había empezado casi en el pasillo. Tenía escalofríos; temblaba y se apoyó contra la puerta. Pronto tendría que salir. Salir y enfrentarse a la audiencia. Todos estarían esperando un error suyo, que dijera algo equivocado. Si lo hacía, si cometía una sola equivocación, saltarían sobre ella como una jauría de perros salvajes.

Y podría perderlo todo. Absolutamente todo.

Las manos le temblaron cuando se sirvió champán. Sabía que eso la ayudaría. Después de años de negarlo, había descubierto que una copa antes de un programa le permitía superar esos escalofríos. Y que dos copas le borran el miedo.

Bebió con avidez y se sirvió una segunda copa con manos más firmes. Se dijo que una tercera copa no le haría mal. Solo para suavizar los nervios. ¿Dónde había oído decir eso?

De su madre. Dios santo, de su madre.

«Nada más que para suavizar los nervios, Angie. Un par de sorbos de gin los suaviza maravillosamente.»

Horrorizada, dejó caer la copa llena y se dio vuelta temblando.

No la necesitaba. No era como su madre. Ella era Angela Perkins. Era la mejor.

No habría errores. Se lo prometió al volverse hacia el espejo para que su imagen la calmara. Saldría y haría un trabajo intachable.

-¿Satisfecho, Lew? -Mientras oía todavía los ecos de los aplausos, Angela se dejó caer en el sillón detrás de su escritorio-. Te dije que saldría bien.

-Has estado fantástica, Angela. -Lo dijo porque era lo que ella esperaba oír.

-No; ha estado sencillamente fabulosa -afirmó Dan, se sentó en el borde del escritorio y se inclinó para besarla-. Ha sido un movimiento maestro cuando sentaste a ese chico en tu regazo.

-Me gustan los chicos -mintió ella-. Ese parecía bastante inteligente. Procuraremos que vaya al colegio. Ahora concentrémonos en los negocios. ¿A quién tendrá ella en su programa el mes próximo?

Resignado, Lew le entregó una lista.

-Los nombres con los asteriscos ya han sido confirmados.

-Parece que va a tener algunos invitados importantes, ¿no? Modas, cine. Pero todavía nada de política.

-Temas intrascendentes, como ves -acotó Dan, sabiendo que ese comentario agradaría a Angela.

-Intrascendentes o no, no queremos que tenga éxito. Ya ha conseguido demasiada prensa. Ese maldito asunto con Jamie Thomas.

-Todavía tenemos los datos sobre él -le recordó Dan-. Sería sencillo filtrarle a la prensa el problema de drogas que él tiene.

-Eso no nos beneficiaría en nada, y solo haría que los medios se mostraran más a favor de Deanna. -Examinó la hoja que tenía en la mano-. Veamos a quién conocemos suficientemente bien para persuadirlo de que le haga la zancadilla a Deanna. -Levantó la vista y sonrió a Lew-. Puedes irte. No te necesito.

Cuando Lew hubo cerrado la puerta tras de sí, Dan le encendió el cigarrillo a Angela.

-Ese tipo envejece cada vez más rápido -comentó.

-Pero es útil. Es muy importante saber qué planea nuestra pequeña Dee antes de que lo ponga en práctica. Angela eligió dos nombres de la lista-. Puedo ocuparme de estos dos con solo una llamada telefónica. Es muy gratificante que la gente importante esté en deuda con uno. Mira, por ejemplo, este: Kate Lowell.

-Muy atractiva. Uno de esos casos fuera de lo común que hacen que el término modelo-actriz sea un cumplido.

-Sí, es muy hermosa y tiene talento. En este momento está en el candelero, con su nueva película que bate todos los records de público. -Angela sonrió-. Da la casualidad de que Deanna conoce a Kate. Veranearon juntas en Topeka. Y sucede que conozco un secreto muy interesante de Kate. Un pequeño secreto que me dará la seguridad de que no entrevistará a su vieja amiga. En realidad, creo que lo haremos nosotros. Yo me ocuparé personalmente de ello.

-No lo entiendo, Finn -dijo Deanna, y se dejó caer ene! sofá al lado de él y !e apoyó la cabeza en el pecho-. Ya estábamos haciendo los arreglos para su viaje, y de pronto su representante nos avisa que se han presentado problemas en su agenda de compromisos.

-Suele suceder.

-No así. Intentamos ponerla otro día, le dimos una fecha abierta, pero recibimos la misma respuesta. Yo quería tenerla en noviembre, pero no me puse en contacto personalmente con ella porque no quería que pareciera que le pedía un favor. -Sacudió la cabeza al recordar lo cordial que había estado Kate al principio, cuando se encontraron en la oficina de Angela, y lo fría y distante que se mostró después-. Maldita sea, éramos amigas.

-Las amistades suelen ser una de las primeras bajas en este negocio. No permitas que eso te deprima, Kansas.

-Lo intento. Sé que conseguiremos a alguien más. Me siento desairada, tanto personal como profesionalmente. Hizo un esfuerzo por quitarse ese pensamiento de la cabeza. El tiempo de ambos era demasiado precioso para malgastarlo de esa manera-. Esto es muy agradable.

-¿A qué te refieres?

-A estar sentada aquí, sin hacer nada. Contigo.

-A mí también me gusta. Tengo miedo de que se convierta en un hábito. Barlow James está en la ciudad.

-Sí, eso he oído. ¿Quieres comer algo?

-No.

-Bien. Yo tampoco. No quiero moverme en todo el día. Qué domingo tan maravilloso.

Un domingo absolutamente libre para los dos. Ella no quería arruinarlo mencionándole a Finn la última nota que había encontrado en su correspondencia: **SÉ QUE EN REALIDAD NO LO AMAS, DEANNA. FINN RILEY NO PUEDE SIGNIFICAR PARA TI TANTO COMO YO. PUEDO ESPERARTE. TE ESPERARE ETERNAMENTE.**

Desde luego, esa nota era poca cosa comparada con la del camionero de Alabama que quería que ella viera el país desde la cama de su vehículo de dieciséis ruedas. O la del reverendo que aseguraba haber tenido una visión de ella desnuda; señal enviada por Dios de que ella y su talonario de cheques debían unirse a él en su trabajo.

De modo que no tenía por qué preocuparse. Realmente, no tenía importancia.

-Ayer estuve reunido con él.

Ella parpadeó.

-¿Con quién?

-Con Barlow James. ¿En qué estabas pensando?

-Lo siento. ¿Adónde te manda ahora?

-Tengo que viajar a París dentro de unos días. Y pensé que a lo mejor querías acompañarme un fin de semana.

-¿París? -Deanna giró la cabeza y lo miró-. ¿Un fin de semana?

-Tú tomas el Concorde. Comemos comida francesa, recorremos París y hacemos el amor en un hotel francés. Hasta es posible que yo pueda volver en el mismo vuelo que tú.

La sola idea la hizo erguirse.

-No puedo imaginarme un fin de semana en París.

-Eres una celebridad -le recordó él-. Se supone que haces cosas como esa. ¿Nunca lees las revistas del espectáculo?

-Yo nunca he estado en Europa.

-Tienes pasaporte, ¿no?

-Por supuesto. Lo renové hace poco, un hábito de mis épocas de periodista, cuando abrigaba la vaga esperanza de que me enviarían al extranjero.

-Entonces esta será tu primera misión en el extranjero.

-Si pudiera aligerar mis compromisos... Sí, lo haré -dijo y lo abrazó.

Cuando ella se apartó, él le preguntó:

-¿Adónde vas?

-Tengo que hacer una lista. Debo conseguir un vídeo de la academia Berlitz y una guía y...

-Más tarde -afirmó él y la besó-. Dios, qué previsora eres, Kansas. Apenas sugiero una idea, tú te pones a hacer una lista.

-Soy una mujer organizada. Eso no significa que sea previsora.

-Más tarde puedes hacer seis listas si quieres. Todavía no te he hablado de mi reunión con Barlow.

Pero ella no lo escuchaba. Decidió que necesitaría una cámara de video. Como la que tenía Cassie.

-¿Qué? Ah, sí, tu reunión con Barlow -dijo e hizo a un lado su lista mental-. Dijiste que te enviaba a París.

-La reunión no fue sobre eso. Fue la continuación de una discusión que tenemos cada tanto desde hace un año.

-El programa de noticias -dijo ella-. Parece que no se da por vencido.

-Pienso hacerlo.

-Creo que es... ¿Qué has dicho? ¿Lo harás?

El esperaba que ella se sorprendiera. Ahora confiaba en que se alegraría.

-Nos ha tomado cierto tiempo ponernos de acuerdo sobre los plazos y la forma.

-Pero yo pensé que no te interesaba. Te gusta tener tiempo para hacer un reportaje de actualidad. Colgarte al hombro tu bolso e irte.

-El paladín de los cronistas de noticias. Seguiría haciéndolo, hasta cierto punto. Cuando hubiera algún suceso importante, yo iría, pero lo estaría cubriendo para el programa. Haríamos transmisiones exteriores cada vez que fuera necesario, pero tendríamos nuestra base de operaciones aquí, en Chicago. -Ese había sido un punto importante a discutir, porque Barlow lo quería en Nueva York-. Yo podría tomar una historia y explorar todos los ángulos en lugar de tener que presentar una noticia de tres minutos en las noticias. Y pasaría más tiempo aquí. Contigo.

-No quiero que lo hagas por mí -dijo Deanna y se puso de pie-. No niego que me resulta doloroso que nos tengamos que separar tan a menudo, pero...

-Nunca me lo habías dicho.

-No habría sido justo. Por Dios, Finn, ¿qué podría haberte dicho? ¿No te vayas? ¿Sé que en el mundo pasan cosas terribles, pero prefiero que te quedes conmigo?

El también se puso de pie y le rozó la mejilla con un nudillo.

-No le habría hecho mal a mi ego escucharlo.

-No habría sido justo para ninguno de los dos. Y tampoco habría sido justo que por mí cambiaras el ritmo de tu carrera.

-No lo hago solamente por ti. También por mí.

-Dijiste que no querías echar raíces. Lo recuerdo bien. Finn, somos profesionales y los dos entendemos las exigencias de nuestra profesión. No quiero que te sientas presionado.

-No lo entiendes, ¿verdad? No hay nada que yo no hiciera por ti, Deanna. Las cosas han cambiado para mí en este último año. No me resulta fácil súbitamente coger la bolsa e irme. No me hace gracia quedarme dormido en un hotel de algún lugar del mundo. Te echo de menos.

-Yo también. ¿Eso te hace feliz?

-Ya lo creo -afirmó y la besó-. Quiero que me añores, que te mueras de pena cada vez que me voy. Quiero que te sientas tan desconcertada, incómoda y frustrada como yo con todo este lío en que nos hemos metido.

-Bueno, yo siento exactamente eso, así que estamos a la par.

-Igual tendré que irme de vez en cuando. Tendré más control sobre dónde y cuándo, pero tendré que viajar. Y quiero que sufras cuando yo sufro.

-Puedes irte al diablo.

-No sin ti -agregó él y le tomó la cara con la mano cuando ella comenzó a apartarse-. Maldita sea, Deanna, te amo.

Cuando los dedos de él se aflojaron, ella dio un paso atrás con piernas temblorosas. Tenía los ojos abiertos de par en par y lo miraba. Tardó un momento en recuperar el aliento. Y otro momento en decir algo coherente.

-Jamás me lo habías dicho antes.

-Te lo digo ahora. ¿Algún problema?

-¿Lo tienes tú?

-Yo he preguntado primero.

Ella se limitó a sacudir la cabeza.

-Supongo que no. Me parece bien, porque yo también te amo. Hasta este momento no sabía cuánto necesitaba oír esas palabras.

-Tú no eres la única persona que tiene que ir asimilando las cosas poco a poco. -Le acarició la mejilla-. Bastante alarmante, ¿no?

-Sí. Pero no me importa tener miedo. En realidad me gusta, así que no tengo inconveniente en que lo repitas.

-Te amo -dijo Finn, la levantó y la hizo reír, y los dos cayeron sobre el sofá-. Más vale que te prepares -le advirtió, y le sacó el suéter por la cabeza-, porque pienso asustarte mucho más.

En profundidad, con Finn Riley, salió en antena en enero para reemplazar a un desastroso melodrama de tema hospitalario. La cadena tenía la esperanza de que un programa semanal de noticias, con un rostro conocido pudiera subir los índices de audiencia. Finn tenía experiencia, credibilidad y, más importante aún, era muy popular entre las mujeres, en particular las de dieciocho a cuarenta años.

La CBC emitió el programa con mucha publicidad previa. Se filmaron flashes promocionales, se diseñaron anuncios gráficos, y se compuso un tema musical. Cuando estuvo lista la escenografía, con un mapa tridimensional del mundo y una mesa de cristal, Finn y los otros tres periodistas ya trabajaban a toda máquina.

Con su primer programa, Finn superó a los de la competencia en un 30%. A la mañana siguiente, en Estados Unidos todo el mundo hablaba de las oportunidades que tendría el país de ganar la medalla de oro en los juegos Olímpicos, y de la astuta entrevista mantenida por Finn Riley con Boris Yeltsin.

En un clima de cordial competencia, Deanna preparó un programa protagonizado por Rob Wingers, un veterano actor de cine cuyo debut como director le estaba granjeando elogios de la crítica y el público.

Encantador, apuesto y desenvuelto ante las cámaras, Rob mantuvo entretenido al público. Su anécdota final, sobre la filmación de una ardiente escena de amor y una inesperada invasión de gaviotas, cerró el programa con un estallido de carcajadas.

-No puedo agradecerte lo suficiente que hayas participado en mi programa.

Deanna le apretó la mano con afecto cuando él terminó de firmar autógrafos a algunos asistentes que se quedaron después de la finalización del programa.

-Estuve a punto de no hacerlo. -Mientras los de seguridad hacían salir al público del estudio, él observó a Deanna. Si quieres que te sea franco, el único motivo por el que acepté venir fue que recibí muchas presiones para que no lo hiciera. Por eso tengo fama de hombre difícil.

-No estoy segura de entenderte bien. ¿Tu representante te aconsejó que no vinieras?

-Entre otras personas. -Deanna lo miró, confundida-. ¿Tienes un minuto? -preguntó él.

-Por supuesto. ¿Quieres que subamos a mi despacho?

-Estupendo. Me vendría bien un trago -sonrió-. En Hollywood durarías veinte minutos con unos ojos como esos -comentó y le apoyó una mano en el brazo mientras se dirigían al ascensor-. Si permites que suficientes personas vean lo que estás pensando, te engullirán y tragarán entera.

Deanna entró ene! ascensor y oprimió el botón del piso 16.

-¿Qué es lo que estoy pensando?

-Que son apenas las diez de la mañana y ya pienso zamparme un par de whiskis. Piensas que debería haberme quedado en la clínica de rehabilitación de Betty Ford más tiempo.

-Durante el programa dijiste que ya no bebías.

-No bebo... alcohol. Mi nueva adicción es la Pepsi diet con una rodaja de lima. Sé que es algo embarazoso, pero soy suficientemente mayor para manejarlo.

-Deanna... -dijo Cassie, pero vio al hombre que estaba junto a ella, abrió los ojos de par en par.

-¿Me necesitas para algo, Cassie?

-¿Qué? -Parpadeó, se ruborizó, pero no le quitó los ojos de encima a Rob-. No... no, no es nada.

-Rob, esta es Cassie, mi secretaria y colaboradora personal.

-Me alegra conocerte -dijo Rob y le estrechó la mano.

-Admiro su trabajo, señor Winters. Todos nos alegramos muchísimo de que hoy haya estado en el programa.

-Ha sido un placer.

-Cassie, por favor no me pases llamadas. Te prepararé el trago que quieres -le dijo a Rob mientras lo conducía a su despacho.

Ese cuarto había cambiado mucho desde los primeros días. Las paredes estaban pintadas en tonos pastel, y la alfombra había sido reemplazada por un suelo de roble con dibujos geométricos. Los muebles eran aerodinámicos y cómodos. Deanna le indicó a Rob una silla y abrió la nevera compacta.

-Creo que no he estado aquí arriba desde hace cinco o seis años. -Estiró sus largas piernas y paseó la vista-. Has mejorado este lugar -comentó y volvió a mirar a Deanna-. Pero bueno, es probable que los tonos pastel no sean tu estilo.

-Supongo que no. -Cortó un par de rodajas de lima y las agregó a dos vasos de gaseosa helada-. Tengo curiosidad de saber por qué tu representante te aconsejó que no participaras en el programa. -Curiosidad no era la palabra exacta, pero Deanna mantuvo la voz serena-. Siempre hacemos todo lo posible para que nuestros invitados se sientan cómodos.

-Creo que más bien tuvo que ver con una llamada de Nueva York. -Aceptó el vaso y esperó a que Deanna estuviera sentada-. De Angela Perkins.

-¿Angela? -Desconcertada, meneó la cabeza-. ¿Angela llamó a tu representante con respecto a tu aparición en mi programa?

-Sí, al día siguiente de que tu gente se pusiera en contacto con él. Dijo que un pajarito le había contado que yo pensaba darme una vuelta por Chicago.

-Muy propio de ella -murmuró Deanna-. Pero no sé cómo pudo enterarse tan rápido.

-Eso no lo dijo. Y no mencionó el asunto cuando habló conmigo ¿os días después. Con mi representante usó su encanto y le recordó que ella me había presentado en su programa cuando mi carrera renqueaba, y que si yo aceptaba tu invitación ella no podría recibirme en Nueva York como deseaba. Dijo que me quería en su próximo especial, y que garantizaba que usaría su influencia para agregarle peso a mi nominación para un Oscar. Lo cual significaba hablar de la película en público, en privado y apoyar la campaña publicitaria.

-Un soborno nada sutil -comentó Deanna-. Pero estás aquí.

-Tal vez no lo estaría, si ella no hubiera ido más allá de ese soborno. Quiero ese premio, Deanna. Muchas personas, incluyéndome a mí mismo, pensaron que yo estaba acabado cuando me interné en esa clínica de rehabilitación para alcohólicos. Tuve que mendigar dinero para hacer esta película. Hice tratos y promesas, dije mentiras. Lo que fuera. Cuando estábamos en la mitad de la filmación, la prensa comenzó a decir que el público daría la espalda a la película porque a nadie le importaba un comino una historia de amor épica. Quiero ese premio.

Hizo una pausa y bebió un trago.

-Prácticamente había decidido hacerle caso a mi representante y dejarte plantada. Pero Angela me llamó. No usó su encanto sino que me amenazó. Ese fue su error.

Deanna se puso de pie para volver a llenar su vaso.

-¿Amenazó con no apoyar tu película si venías a mi programa?

-Hizo algo mejor que eso. -Sacó un cigarrillo y se encogió de hombros-. ¿Te importa que fume? Todavía no he podido sacarme este vicio de encima.

-Adelante.

-He venido porque estaba furioso. -Encendió una cerilla, aspiró y exhaló humo-. Fue mi manera de decirle a Angela que se fuera al infierno. Yo no pensaba hablar de nada de esto, pero hay algo en la manera en que te conduces. Entrecerró los ojos-. Uno no puede sino confiar en esa cara tuya.

-Eso dicen. -Logró esbozar una sonrisa, aunque la ira le cerraba la garganta-. Sea cual fuere la razón, lo cierto es que has venido, y no sabes cuánto me alegro.

-¿No vas a preguntarme con qué más me amenazó?

-Trato de no preguntártelo.

El se echó a reír.

-Me dijo que eras un monstruo manipulador y que echarías mano de todo lo que fuera necesario para permanecer bajo las candilejas. Que habías traicionado su amistad y su confianza, y que el único motivo por el que estabas en antena era porque te acostabas con Loren Bach.

Deanna se limitó a enarcar una ceja.

-Estoy segura de que Loren se sorprendería mucho al oír eso.

-A mí me pareció más un autorretrato. Sé lo que es tener enemigos, Deanna, y como parece que ahora tenemos una en común, te diré lo que Angela usó para amenazarme. Necesito que no se lo cuentes a nadie en las próximas veinticuatro horas, hasta que yo vuelva a la costa y ofrezca una conferencia de prensa.

-Está bien -aceptó ella, pero un escalofrío le recorrió el cuerpo.

-Hace seis meses me hice un examen de rutina. Me sentía cansado, pero había estado trabajando muy duro hacía más de un año, al filmar la película, supervisar el montaje e intervenir en la promoción. Yo siempre me hacía reconocimientos médicos durante la época en que bebía mucho, y mi médico es muy discreto. Discreción aparte, Angela se las ingenió para apoderarse de los resultados de esa prueba. -Le dio una última calada al cigarrillo y lo aplastó en el cenicero-. Soy seropositivo.

-Oh... lo siento. -Inmediatamente, ella tendió el brazo y le apretó la mano-. Lo siento mucho.

-Siempre pensé que el alcohol acabaría conmigo. Jamás se me ocurrió que sería el sexo.

Levantó su vaso.

-Por otro lado, he pasado tanto tiempo borracho que no sé cuántas mujeres hubo, y mucho menos quiénes eran.

-Todos los días se descubren más tratamientos... -Se interrumpió. Esas palabras eran tan triviales, tan inútiles-. Tienes derecho a tu privacidad, Rob.

-Una afirmación muy extraña en labios de una ex periodista.

-Aunque Angela filtre esa información, no es preciso que tú la confirmes.

-Ahora estás enojada.

-Por supuesto que lo estoy. Me ha usado para atacarte a ti. Es solo televisión, por el amor de Dios. Se trata de índices de audiencia, no de acontecimientos capaces de cambiar el mundo. ¿Qué clase de negocio es este en el que alguien es capaz de usar tu tragedia para fastidiar un programa de la competencia?

-Es el mundo del espectáculo, cariño. Nada está más cerca de la vida y la muerte que la vida y la muerte -observó él y sonrió-. Yo debería saberlo.

-Lo siento. -Deanna cerró, los ojos y trató de controlarse-. Una pataleta de mi parte no te ayudará en nada. ¿Qué puedo hacer por ti?

-¿Tienes algún amigo que sea miembro de la Academia y vote para el Oscar?

Ella sonrió.

-Tal vez un par.

-Entonces puedes llamarlos y usar esa voz sexy y persuasiva para influir sobre sus votos. Y después, puedes regresar ante las cámaras y desbancar el programa de Angela.

-Tienes razón. Eso haré.

Deanna convocó una reunión de equipo para esa tarde, en su oficina, y se sentó detrás de su escritorio para proyectar una imagen de autoridad. Seguía muy enojada. Su voz sonó fría y formal.

-Tenemos un problema muy serio del que acabo de enterarme.

Paseó la mirada y notó las caras de asombro. Las reuniones de equipo eran casi siempre agotadoras, a veces acaloradas, pero siempre informales y en ellas reinaba el buen humor.

-Margaret -prosiguió Deanna-, tú te pusiste en contacto con la gente de Kate Lowell, ¿no es así?

-Así es. Estaban muy interesados en que ella apareciera en el programa. Teníamos como gancho que ella había vivido en Chicago varios años cuando era adolescente. Pero de pronto se echaron atrás y adujeron problemas en su agenda.

-¿Cuántas veces ha ocurrido eso en los últimos seis meses?

Margaret parpadeó.

-Bueno, es difícil decirlo. Muchas de las ideas no terminan de concretarse.

-Me refiero a los programas con celebridades.

-Bueno, no hacemos demasiado de esos porque el esquema generalmente se centra en invitados normales, la gente corriente que tan bien manejas. Pero supongo que en cinco o seis ocasiones durante los últimos seis meses nos ha fallado algún invitado de esa clase.

-¿Y cómo manejamos la lista de invitados futuros? ¿Simon?

-Como siempre, Dee. Barajamos ideas. Cuando llegamos a algunos temas y nombres que nos parecen factibles, recabamos información y realizamos algunas llamadas.

-¿Y esa lista de invitados es confidencial hasta que está confirmada?

-Por supuesto. Es el procedimiento normal. No queremos que nuestros rivales se enteren de nuestros planes.

Deanna cogió un lápiz y comenzó a golpetear la superficie del escritorio.

-Hoy me he enterado que Angela Perkins sabía que estábamos interesados en traer a Rob Winters a nuestro programa, y que lo supo apenas horas después de que nosotros nos pusiéramos en contacto con su representante. -Se produjo un murmullo general entre los presentes-. Y por lo que he oído, sospecho que también estaba enterada de varios otros. Kate Lowell apareció en el programa de Angela dos semanas después de que su representante nos dijera que tenía problemas de agenda. No fue la única. Aquí tengo una lista de las personas que tratamos de confirmar y que aparecieron en el programa de Angela las dos semanas siguientes a nuestro contacto inicial.

-Hay una filtración -dijo Fran-. Qué hija de puta.

-Vamos, Fran. La mayoría de nosotros hemos estado aquí desde el primer día. Somos como una familia -afirmó Jeff. Dee, no puedes creer que alguno de nosotros haría algo para perjudicarte a ti o al programa.

-Es verdad, no puedo creerlo. Así que necesito ideas, sugerencias.

-Maldita sea -murmuró Simon y se apretó los ojos con los dedos-. Ha sido por mi culpa. Lew McNeil. Hemos estado en contacto todo el tiempo. Demonios, somos amigos desde hace diez años. Jamás pensé que... Me siento asqueado.

-¿De qué estás hablando? -preguntó Deanna, pero creía saber la respuesta.

-Hablamos una o dos veces por mes -aclaró él, se levantó y atravesó el cuarto para servirse un vaso de agua. Sacó dos píldoras de un frasco-. El se desahogaba hablando mal de Angela. Sabía que conmigo podía hacerlo. Entonces me contaba algunas de las ideas que el equipo tenía para los bloques. Y alguna vez me preguntaba a quiénes pensábamos invitar nosotros. -Tragó las píldoras-. Y yo se lo decía, porque no éramos más que dos amigos que hablábamos de nuestro trabajo. Jamás até cabos hasta este momento, Dee. Te lo juro por Dios.

-Está bien, Simon. De modo que ahora sabemos el cómo y el porqué. ¿Qué haremos al respecto?

-Contratar a alguien para que vaya a Nueva York y le rompa las piernas a Lew McNeil -sugirió Fran al ponerse de pie para acercarse al desesperado Simon.

-Lo pensaré. Mientras tanto, la nueva política será no mencionar el nombre de ningún invitado, ninguna idea ni ninguna de las etapas en desarrollo del programa fuera de esta oficina. ¿De acuerdo?

Hubo un murmullo general. Ninguno se miró.

-Y tenemos una nueva meta, en la que todos nos vamos a concentrar -prosiguió Deanna. Hizo una pausa y los miró a todos-. En el plazo de un año vamos a lograr que el programa de Angela deje el primer puesto. -Levantó una mano para acallar el aplauso espontáneo-. Quiero que todos empecéis a pensar ideas para exteriores. Tenemos que sacar este programa a la calle. Quiero exteriores atractivos, divertidos, exóticos, y quiero reflejar las costumbres, la cultura y el estilo de vida de las ciudades pequeñas de Estados Unidos.

-Disneyworld -sugirió Fran.

-Nueva Orleans el martes de carnaval -agregó Cassie-. Siempre he querido ir allí en esa época.

-Verificadlos -ordenó Deanna-. Quiero seis exteriores factibles. Y quiero todas las ideas sobre temas en mi escritorio al final de este día. Cassie, haz una lista de todos los pedidos de presentaciones personales que tengo y acéptalas.

-¿Cuántas?

-Todas. Ubícalas en mi agenda. Y llama a Loren Bach. -Se echó hacia atrás en su asiento y colocó las manos sobre el escritorio-. Vamos allá.

-Deanna. -Simon se acercó mientras los demás salían de la oficina-. ¿Tienes un minuto?

-Solo uno -dijo y sonrió-. Quiero empezar enseguida esta campaña.

El joven se paró muy tieso frente al escritorio.

-Sé que te tomará cierto tiempo reemplazarme, y que preferirías una transición suave. Te entregaré mi renuncia cuando lo desees.

Deanna ya redactaba una lista en un bloc.

-No quiero tu renuncia, Simon. Quiero que uses ese cerebro que tienes para ponerme en el número uno del ranking.

-Te he fallado, Dee. He sido un desastre.

-Confiaste en un amigo.

-En la competencia -la corrigió él-. Solo Dios sabe cuántos programas he saboteado por abrir la boca. Demonios, Dee, lo hice para alardear. Fue algo así como «mi trabajo es más importante que el tuyo». Lo hice también porque era una manera de vengarme de Angela.

-Yo te estoy dando otra manera. Ayúdame a desplazarla del primer puesto, Simon. No podrías hacerlo si renuncias.

-No entiendo cómo aún puedes confiar en mí.

-Yo sospechaba dónde se había producido la filtración, Simon. He estado aquí suficiente tiempo como para saber que Lew y tú erais muy amigos. Si no me lo hubieras dicho, no habrías tenido que ofrecerme tu renuncia. Yo te habría despedido.

El se pasó la mano por la cara.

-De modo que reconozco haberte fallado y conservo mi trabajo.

-Sí, creo que eso lo resume muy bien. Espero que por eso mismo trabajarás incluso más para ponerme en la cima.

Desconcertado, él sacudió la cabeza.

-Creo que, después de todo, has aprendido algunas cosas de Angela.

-Aprendí lo que necesitaba. -Cuando sonó el intercomunicador, levantó el auricular-. ¿Sí, Cassie?

-Loren Bach en la línea uno, Deanna.

-Gracias. ¿Todo aclarado, Simon?

-Sí, perfectamente.

Esperó a que la puerta se hubiera cerrado detrás de Simon y respiró hondo.

-Loren -dijo al auricular-. Estoy lista para entrar en combate.

En una fría mañana de febrero, Lew le dio un beso de despedida a su esposa. Ella, medio dormida, le palmeó la mejilla antes de arrebujarse debajo del edredón para dormir otra media hora.

-Esta noche cenamos pollo -farfulló-. Estaré en casa a las tres para prepararlo.

Desde que los hijos habían crecido, cada uno había entrado en una cómoda rutina matinal. Lew dejó dormida a su esposa y bajó para desayunar viendo las noticias de la mañana. Hizo una mueca al oír el pronóstico del tiempo, aunque al mirar por la ventana ya se había dado cuenta de que las perspectivas no eran nada alentadoras. El viaje en coche desde Brooklyn Heights al estudio en Manhattan sería muy poco agradable. Se puso el sobretodo, los guantes y el gorro de piel estilo ruso que su hijo menor le había regalado por Navidad.

Hacía mucho viento, que le salpicaba la cara con nieve. Todavía no eran las siete y las luces de la calle seguían encendidas.

No vio a nadie en el vecindario, salvo un gato que se frotaba frente a la puerta de su dueño.

Demasiado acostumbrado a los inviernos de Chicago como para quejarse por una tórrmenta, Lew se acercó a su coche y se puso a limpiar el parabrisas.

No prestó atención al mundo de cuento de hadas que comenzaba a formarse a sus espaldas. Los siempreverdes bajos con su encaje de nieve, la alfombra blanca que cubría el césped y la acera, los copos de nieve que bailoteaban en el resplandor de las farolas.

En lo único que pensaba era en lo fatigoso de tener que limpiar el parabrisas, en lo incómodo que era sentir la nieve en el cuello, en el viento que le zumbaba en los oídos, en el tráfico al que debería enfrentarse un momento después.

Oyó a alguien pronunciar su nombre en voz baja, y volvió la cabeza.

Por un momento no vio nada sino todo blanco y el resplandor de la farola.

Después vio. Por apenas un instante, pero vio.

El disparo de la escopeta le dio de lleno en la cara y arrojó su cuerpo sobre el capó del auto. Un perro comenzó a ladrar. El gato huyó a esconderse detrás de un junípero cubierto de nieve.

El eco del disparo se apagó deprisa; casi tan rápidamente como Lew McNeil.

-Eso fue por Deanna -murmuró el asesino y lentamente se alejó en su vehículo.

Cuando Deanna oyó la noticia unas horas más tarde, el impacto superó la impresión que recibió al encontrar el sobre en su escritorio. La nota decía simplemente: DEANNA, SIEMPRE ESTARÉ ALLÍ POR TI.

Deanna holgazaneaba en la enorme bañera de Finn, mientras el vapor la rodeaba en círculos, los ojos semicerrados. Era sábado por la mañana, y todavía tenía una hora antes de que Tim O'Malley, su chófer, pasara a buscarla para una presentación en Merrillville, Indiana.

Se sentía tan perezosa y complacida como un gato tumbado al sol.

-¿Qué estamos celebrando?

-Que estás en la ciudad, y yo estoy en la ciudad. Y, sin contar que esta tarde cruzarás la frontera del estado, da la impresión de que esto podría durar una semana.

Desde el extremo opuesto de la bañera, Finn vio cómo la tensión de ella iba cediendo poco a poco. Hacía semanas que estaba tensa como un resorte. Incluso antes del atroz asesinato de Lew McNeil, era un manojo de nervios. En las semanas que siguieron a la muerte de Lew, los sentimientos de Deanna pasaron del remordimiento a la culpa y luego al desaliento con respecto a un hombre que había hecho todo lo posible por sabotear su programa.

Pero ahora sonreía, y en sus ojos había placer.

-Las cosas han sido un poco caóticas últimamente.

-Sí, tú al volar a Nueva York y yo a la caza de los candidatos presidenciales de un estado a otro. Y los dos en tratar de montar un programa, mientras la prensa y los paparazzi nos pisan los talones. -Finn se encogió de hombros.

No había sido fácil trabajar para ninguno de los integrantes del equipo, sobre todo con la permanente atención con que los medios enfocaban la relación entre Finn y Deanna. Por razones que ninguno de los dos terminaba de entender, se habían convertido en la pareja del año. Justamente esa mañana, Deanna había leído acerca de la inminente boda de ambos en un periódico sensacionalista, que un alma caritativa había deslizado debajo de la puerta de la calle.

En líneas generales, eso la hacía sentirse intranquila, insegura y confundida.

-¿Llamas a todo esto caótico? -dijo Finn y volvió a captar su atención.

-Tienes razón, es solo un día más de la vida común. Y al menos estamos haciendo cosas. Realmente me gustó tu programa sobre la infraestructura en decadencia de Chicago, aunque me hizo comenzar a temer que las calles se desintegren bajo mi coche.

-Lo tenía todo: pánico, comedia, funcionarios municipales medio chiflados. Pero no fue tan apasionante como tu entrevista con los ratones Mickey y Minnie.

Deanna abrió un ojo.

-Bromeas.

-Pues no -afirmó él con una sonrisa maliciosa-. Hiciste reflexionar al país. ¿Qué clase de relación tienen, y qué papel juega en ella Goofy? Esas preguntas candentes deben encontrar respuesta. ¿Y quién puede saber si no contribuyen a calmarnos un poco?

-Se trata de tradiciones estadounidenses -replicó ella-. De la necesidad de entretenimiento y fantasía, y de la gigantesca industria que las nutre. Lo cual es tan relevante como ver a los políticos insultarse mutuamente. O incluso más. La gente necesita una válvula de escape, sobre todo durante una recesión. Tú haz tus programas sobre el recalentamiento del planeta y los problemas socioeconómicos en la ex Unión Soviética, Riley. Yo seguiré dedicándome a los temas cotidianos que afectan a los ciudadanos de a pie.

El siguió sonriéndole.

-Me estás tomando el pelo -dijo Deanna.

-Me encanta la forma en que tus ojos se oscurecen. -Finn se deslizó hacia adelante hasta cubrir con su cuerpo el de ella-. Se te forma esta arruga aquí -dijo y le pasó el pulgar entre las cejas-, que yo hago desaparecer así.

Pero con su mano libre le acariciaba otra parte del cuerpo.

-Algunos podrían decir que eres un verdadero cabrón, Finn.

-Algunos lo han dicho. Otros lo dirán. Y, hablando de Mickey y Minnie... -insinuó, mientras sus manos la recorrían.

-¿De eso hablábamos?

-Me preguntaba si podríamos comparar nuestra relación con la de ellos. Indefinida y de largo alcance.

-Yo puedo definirla: somos dos personas que nos amamos, nos disfrutamos y queremos estar juntas.

-Podríamos estar más tiempo juntos si vinieras a vivir conmigo.

Era un tema que ya habían discutido antes, sin llegar a un acuerdo.

-Es más fácil para mí tener mi propio apartamento cuando te ausentas.

-En la actualidad, estoy más tiempo aquí que fuera.

-Ya lo sé. Dame más tiempo para pensarlo.

-A veces hay que confiar en los impulsos, Deanna, en los instintos. -La besó; sabía que si insistía ella aceptaría, pero su intuición le advirtió que no debía presionarla-. Puedo esperar. Solo te pido que no me hagas esperar demasiado.

-Podemos hacer una prueba. Yo traeré algunas cosas y me quedaré aquí la semana que viene.

-Prometo que intentaré que te resulte difícil irte.

-Apuesto a que sí -afirmó ella sonriendo. Le apartó el pelo de la frente y le rodeó la cara con las manos-. Estoy tan enamorada de ti, Finn. Puedes creerlo. Y juro que los rumores sobre Goofy y yo son falsos. Solo somos amigos.

-No confío en ese cabronazo de orejas largas -señaló él.

-Me he valido de él para darte celos, aunque confieso que tiene cierto encanto ingenuo que encuentro extrañamente atractivo.

-¿Quieres encanto? Entonces por qué no... Maldición -dijo cuando sonó el teléfono-. Sí, soy Riley.

Deanna pensaba en varias maneras interesantes de entretenerlo, cuando vio el cambio en su expresión. Finn salió de la bañera y cogió una toalla.

-Consigue a Curt -dijo goteando, mientras se ceñía la toalla a la cintura-. Ponte en contacto con Barlow James. Quiero el equipo técnico completo, una unidad móvil en el lugar en cinco minutos. Estaré allí dentro de veinte minutos -dispuso y maldijo en voz no tan baja-. Puedes si yo te digo que puedes.

-¿Qué ocurre? -dijo Deanna y se levantó.

-Hay un caso con rehenes en Greektown. -Encendió el televisor al enfilar hacia el dormitorio para vestirse-. Las cosas pintan mal. Ya han muerto tres personas.

Deanna se estremeció. Se puso su bata. Deseaba decirle a Finn que iría con él. Pero, por supuesto, no podía hacerlo. Varios cientos de personas la esperaban en el salón de baile de un hotel en Indiana.

¿Por qué sentía tanto frío?, se preguntó. Finn ya se remetía la camisa dentro de los pantalones, con la calma de un hombre que se dirige a su oficina para rellenar formularios. Había sobrevivido a ataques aéreos y terremotos. Seguramente una escaramuza en Greektown no era nada preocupante.

-Cuídate mucho.

Él cogió una corbata y una chaqueta.

-Me portaré bien. -Y mientras ella abría el armario en busca del vestido que había elegido para esa noche, él la hizo girar y la besó-. Lo más probable es que esté de vuelta antes que tú.

La peor guerra es la que no tiene líneas de frente ni planes de batalla. Esta estaba alimentada por la furia, el miedo y el impulso ciego de destruir. El que una vez fuera un bonito restaurante con su marquesina a rayas y sus mesas en la acera, estaba destruido. El golpeteo de la lona de la marquesina movida por el viento era amortiguado por los ruidos de las radios de la policía. Los periodistas, mantenidos a distancia por barricadas, se agolpaban como lobos hambrientos.

Desde el interior se oyó otra andanada de disparos. Y un prolongado grito de terror.

-Joder. -La frente de Curt se perló de sudor mientras trataba de mantener inmóvil la cámara-. Los está matando.

-Haz una toma de aquel policía -le ordenó Finn-. El que tiene el megáfono.

-Bien.

Curt enfocó la cámara en un policía con un impermeable naranja fluorescente, con cara afligida y pelo entrecano. En medio de los alaridos y gritos, el llanto, las amenazas e imprecaciones provenientes del interior del restaurante, ese policía seguía hablando con tono monocorde.

-Un tipo bastante frío -comentó Curt, y a una señal de Finn se dio vuelta y se puso en cuclillas para hacer una toma de los SWAT que ocupaban posiciones.

-Sí, muy frío -convino Finn-. Si sigue hablando, tal vez no hagan falta los tiradores expertos. Sigue filmando. Veré si puedo abrirme camino y averiguar quién es.

El salón de baile estaba repleto. Donde Deanna se encontraba, sentada sobre el estrado, alcanzaba a ver las trescientas cincuenta personas que habían acudido a oírla hablar sobre la mujer en la radiodifusión.

Ella se proponía retribuirles con creces lo que habían pagado para asistir. Durante el viaje en coche desde Chicago había repasado con cuidado sus notas y permitido que su concentración se distendiese solo cuando veía a Finn en el televisor de la limusina.

Finn estaba, como diría Barlow James, en su elemento. Todo parecía indicar que ella estaba en el suyo.

Deanna aguardó durante la halagüeña presentación y el aplauso que siguió, y luego se puso de pie y se acercó al podio. Paseó la vista por el salón y sonrió.

-Buenas tardes. Una de las primeras cosas que aprendemos en la radiodifusión es que se trabaja los fines de semana. Espero conseguir que la próxima media hora sea tan entretenida como informativa. Para mí, eso es la televisión, y he descubierto que es una manera muy satisfactoria de ganarme la vida. Se me ocurre que, como ustedes son profesionales, no tienen demasiadas oportunidades de ver televisión durante el día, así que espero convencerlos de que graben el programa del lunes por la mañana. Aquí en Merrillville salimos a las nueve.

Eso le ganó a Deanna las primeras risas, y estableció el tono de los siguientes veinte minutos, hasta que su discurso se transformó en un intercambio de preguntas y respuestas.

Una de las primeras cuestiones fue si Finn Riley la había acompañado.

-Lamentablemente no. Como todos sabemos, una de las características e inconvenientes de este medio es el acontecimiento imprevisto. Finn se encuentra en este momento cubriendo uno, pero pueden verlo los martes por la noche en su programa *En profundidad*. Yo siempre lo sigo.

-Señorita Reynolds, ¿qué opina sobre el hecho de que el aspecto físico se haya convertido en un factor importante para aparecer en pantalla?

-Estoy dispuesta a convenir con los ejecutivos de las cadenas en que la televisión es un medio audiovisual. Pero hasta cierto punto. Les digo esto: si dentro de treinta años Finn Riley sigue trabajando como periodista y apareciendo por televisión, yo no solo espero sino que exijo, como mujer, que se me brinde idéntico respeto.

Finn no pensaba en el futuro; estaba demasiado comprometido con el presente. Valiéndose de ardides, astucia y arrogancia, había logrado ubicarse junto al negociador de rehenes, el teniente Arnold Jenner. Jenner todavía sostenía el megáfono, pero se había tomado un breve descanso en su intento de que liberaran a los rehenes.

-Teniente, he oído decir que Johnson... así se llama, ¿no? ¿Elmer Johnson?...

-Ese es el nombre al que responde -confirmó Jenner.

-Tiene una historia de depresión. Sus antecedentes como excombatiente...

-No creo que usted haya podido tener acceso a su historial médico, señor Riley.

-No directamente. -Pero tenía contactos, y los había usado-. Tengo entendido que Johnson sirvió en el ejército y ha tenido problemas desde que lo dieron de baja en marzo del año pasado. La semana pasada perdió a su esposa y su trabajo.

-Está bien informado.

-Para eso me pagan. Entró en este restaurante esta mañana poco después de las diez (hace alrededor de tres horas) armado con una Magnum 44, una Bushmaster, una máscara antigás y un fusil. Disparó y mató a dos camareros y un transeúnte, después tomó cinco rehenes, incluidas dos mujeres y una chiquilla de doce años, la hija del dueño del restaurante.

-Diez -corrigió Jenner-. La pequeña tiene diez años. Señor Riley, usted suele hacer un buen trabajo, y yo por lo general lo disfruto. Pero en este momento mi misión es sacar a esas personas de allí con vida.

Finn observó la posición de los tiradores. No esperarían mucho más.

-¿Qué exige ese hombre? ¿Puede decírmelo?

Jenner decidió que no importaba si se lo decía. Había habido una sola exigencia, y él no había podido satisfacerla.

-Quiere a su esposa, señor Riley, pero ella abandonó Chicago hace cuatro días. Estamos tratando de localizarla pero no hemos tenido suerte.

-Yo puedo hacer que salga en directo. Si ella llega a verlo, tal vez llame. Permítame hablar con él. Tal vez yo pueda negociar si le digo que pondré a toda mi gente en esa tarea.

-¿Tan desesperado está por conseguir su reportaje?

Los insultos eran moneda corriente en esa línea de trabajo; difícilmente Finn se ofendería.

-Siempre estoy dispuesto a negociar por una buena historia, teniente. -Entrecerró los ojos y midió al hombre que tenía al lado-. Mire, la niña solo tiene diez años. Déjeme intentarlo.

Jenner creía en el instinto, y también sabía, sin ninguna duda, que no podía seguir manteniendo la situación mucho tiempo más. Al cabo de un momento, le entregó el megáfono a Finn.

-No prometa lo que no pueda cumplir.

-Elmer, soy Finn Riley, un periodista.

-Ya sé quién es usted. -La voz salió tan aguda como un alarido entre el vidrio roto-. ¿Cree que soy estúpido?

-Estuviste en el Golfo, ¿no es así? Yo también estuve.

-Mierda. ¿Y cree que eso nos hace camaradas?

-Lo que creo es que cualquiera que haya estado allá ya conoce el infierno. Pensé que tal vez podíamos hacer un trato.

-No hay trato. Si mi esposa viene aquí yo los libero. Si no, todos nos vamos al infierno. Pero al infierno de verdad.

-La policía está tratando de encontrarla, pero se me ocurrió que yo podría sacarte por televisión. Puedo hacer que tu historia se vea en todo el país, y que la imagen de tu esposa aparezca en las pantallas de televisión de costa a costa. Aunque ella no esté mirando, la verá alguien que la conozca. Pondremos un número de teléfono al que ella pueda llamar. Y podrás hablar con ella, Elmer.

Incluso cuando trató de sacarle el megáfono a Finn, Jenner decidió que lo estaba haciendo muy bien. Por usar su nombre de pila y ofrecerle no solo esperanzas sino también unos minutos de fama. Tal vez sus superiores no lo aprobaran, pero en opinión de Jenner tal vez funcionaría.

-¡Entonces hágalo! -gritó Johnson-. ¡Hágalo de una puta vez!

-Me encantaría hacerlo, pero no puedo a menos que me des algo a cambio. Deja salir a la pequeña, Elmer, y yo difundiré tu historia por todo el país dentro de diez minutos. Hasta puedo arreglar que le envíes un mensaje a tu esposa. Con tus propias palabras.

-No pienso dejar salir a nadie, salvo en una bolsa para cadáveres.

-No es más que una niña, Elmer. Es probable que a tu esposa le gusten los chicos. Si la dejas ir, ella se enterará y querrá hablar contigo.

-Es una treta.

-Tengo una cámara aquí. -Miró a Curt-. ¿Hay un televisor en el bar? -gritó.

-¿Qué pasa si lo hay?

-Podrás ver todos mis movimientos. Haré que me pongan en directo.

-Hágalo, entonces. Hágalo dentro de cinco minutos, o tendrá otro cadáver aquí adentro.

-¡Llamad a la mesa de control! -gritó Finn-. Preparad todo para una transmisión en directo.

-Es un policía bastante bueno para ser periodista -dijo Jenner.

-Gracias -dijo Finn y le entregó el megáfono-. Dígame que deje en libertad a la pequeña mientras yo estoy en pantalla, o suspenderé la transmisión.

En cinco minutos, Finn se puso delante de la cámara. Cualquiera que fuera su estado emocional, su aspecto era sereno, sus ojos, fríos. Detrás de él se veía el exterior deteriorado del restaurante.

-Esta mañana, en Greektown, Chicago, en este restaurante regentado por una familia, estalló la violencia. Se sabe que tres personas murieron en un tiroteo entre la policía y Elmer Johnson, un exmecánico que eligió este lugar para atrincherarse. La única exigencia de Johnson es ponerse en contacto con su esposa Arlene, de la, que está separado.

Aunque percibió actividad a sus espaldas, los ojos de Finn permanecieron fijos en la cámara.

-Johnson, tiene cinco rehenes. Su deseo es que...

Detrás de él se oyó un grito. Finn se apartó para dejar que Gun filmara.

Todo ocurrió rápidamente, como si las horas de espera anteriores se hubieran centrado en ese único momento. La pequeña, que temblaba y gritaba, salió del edificio. Cuando la sombra de la marquesina todavía le daba en la cara, un hombre con los ojos desorbitados salió corriendo. La andanada de disparos procedente del restaurante derribó al hombre hacia delante. Finn vio que Jenner levantaba a la pequeña y la apartaba en el momento en que Johnson se asomaba por la puerta.

La bala del francotirador le dio a Johnson en la frente.

-Dios mío -repetía todo el tiempo Curt mientras mantenía inmóvil la cámara.

Finn solo sacudió la cabeza. Un dolor intenso en el brazo izquierdo lo hizo bajar la vista. Se tocó un agujero en la manga y sus dedos quedaron pegajosos de sangre.

-Demonios -murmuró-. Compré este abrigo en Milán.

-¡Mierda, Riley! -exclamó Curt-. Joder, tío, estás herido.

-Ya. -Todavía no sentía dolor, solo un fastidio sordo-. Maldita sea, este abrigo me encantaba y ahora tendré que tirarlo.

El lunes, cuando se transmitió lo ocurrido en el programa de la mañana, Deanna permaneció de pie en el centro de su oficina, su mirada fija en la pantalla del televisor. Parecía increíble que pudiera oír la voz de Finn mientras suministraba los detalles en un informe especial.

Vio la escena como él la había visto: el vidrio destrozado, el cuerpo ensangrentado. La cámara osciló con el disparo del francotirador.

Durante todo el tiempo la voz de Finn permaneció serena, fría, con una furia subyacente que ella dudaba que los espectadores hubieran percibido. Ella permaneció de pie, un puño apretado contra el corazón, cuando la cámara hizo un zoom hacia la pequeña, que lloraba en los brazos de un hombre desgreñado de pelo canoso

-Deanna. -Jeff vaciló junto a la puerta, y después se acercó a ella.

-Ha sido horrible -murmuró ella-. Si ese hombre no hubiera caído presa del pánico y corrido en esa dirección, las cosas podrían haber tenido un desenlace diferente. Esa pequeña pudo haber quedado entre el fuego cruzado. Y Finn...

-El está bien. Se encuentra abajo. De vuelta al trabajo.

-De vuelta al trabajo.

-Deanna -dijo y le puso una mano en el hombro-. Sé que esto es muy difícil para ti. No solo saber lo que ocurrió, sino verlo. -Se acercó al televisor y lo apagó-. Pero él está bien.

-Lo hirieron. Y yo estaba en indiana. No sabes qué horrible fue que Tim entrara en el salón de baile y me dijera que lo había visto en el televisor de la limusina. Me sentí impotente. Deseaba estar a su lado cuando lo llevaron al hospital.

-Si te pone tan mal, y si se lo pides puede conseguir un trabajo de oficina.

Por primera vez en toda la mañana, ella le dedicó una sonrisa auténtica.

-Las cosas no funcionan de esa manera. Yo tampoco lo querría. Será mejor que volvamos al trabajo. - Le dio un rápido apretón de manos antes de rodear su escritorio-. Gracias por escucharme.

-Para eso estoy aquí.

-Nos quedaremos aquí esta noche hasta tarde -anunció Angela durante una reunión de emergencia con el equipo de trabajo-. Nadie se irá hasta que terminemos de preparar este programa. Quiero un coloquio, y quiero que realmente haya debate. Tres del grupo de la supremacía blanca y tres del NAACP. Quiero posiciones extremas. Se sentó detrás del escritorio y tamborileó los dedos sobre la superficie-. Aseguraos de que cada bando recibe por lo menos una docena de pases, para que puedan tener seguidores entre el público. Quiero que sea como una bomba.

Señaló con el dedo a su investigador principal.

-Consígueme algunos de los parientes.

-Algunos tal vez no sean fáciles de convencer.

-Entonces págales -replicó ella-. El dinero siempre convence a la gente. Y quiero algunos vídeos, lo más gráficos posibles, de manifestaciones. Algunos testigos de delitos realizados por motivos raciales; mejor aún, el relato de alguna persona que los haya perpetrado. Promételes que protegeremos sus identidades. Promételes cualquier cosa, pero consíguelos.

Cuando Angela se quedó callada, Dan hizo un movimiento con la cabeza que señalaba el fin de la reunión. Aguardó hasta que todos salieron y cerraron la puerta.

-¿Sabes, Angela? Con este programa podrías estar caminando sobre hielo muy quebradizo.

-Hablas como Lew.

-No estoy aconsejando que no lo hagas. Solo sugiero que estés preparada para el fuego cruzado.

-Sé lo que hago. -Había visto la noticia de Finn, igual que todo estadounidense que tuviera un televisor. Ahora pensaba superarlos a él y a Deanna-. Necesitamos algo que pegue fuerte, y el momento no podría ser mejor. El país está conmocionado por los problemas raciales, y la ciudad es un caos.

-Quiero creer que no estás preocupada por Deanna Reynolds -agregó él con una sonrisa.

-Se me está subiendo a las barbas, ¿no?

-Ya se caerá. Lo que necesitas ahora es un golpe de publicidad. Algo que concentre la atención del público en tu persona. Tengo una buena idea para lograrlo.

-Más vale que sea buena.

-Es más que buena, es genial -reafirmó y le besó la mano-. Hay una cosa que fascina al público todavía más que oír hablar de chanchullos, sexo y violencia: las bodas -dijo y la hizo ponerse de pie-. Las bodas ostentosas; las bodas privadas repletas de celebridades. Cástate conmigo, Angela. No solo te haré feliz sino que me ocuparé de que tu fotografía aparezca en cada periódico y revista del país.

-¿Y qué provecho sacarías tú, Dan?

-Tú -dijo él, y la besó-. Lo único que quiero es tenerte a ti.

La ceremonia tuvo lugar el segundo sábado de junio en la casa de campo que Angela había comprado en Connecticut, y a ella asistió una lista de estrellas importantes. Algunos invitados estaban contentos de estar allí, ya sea por afecto o por la idea de que su nombre y fotografía aparecieran en los medios de comunicación. Otros asistieron porque resultaba más fácil que enfrentarse después a la furia de Angela.

Costosos regalos llenaban el salón y, custodiados por guardias uniformados, se exhibían para miembros selectos de la prensa. Angela estaba convencida de que, al ver eso, nadie dudaría de lo mucho que todos la querían.

La recepción se llevó a cabo en el jardín de rosas, y cuando Angela vio aparecer una serie de helicópteros con paparazzis, supo que la boda era un éxito.

Como toda recién casada, estaba radiante. El sol refulgía en el anillo con un diamante de cinco quilates, que llevaba en el anular de la mano izquierda al posar con Dan para las fotos.

Dijo a los periodistas que, lamentablemente, su madre, el único integrante de su familia que quedaba con vida, no había podido asistir porque se encontraba enferma. En realidad, estaba internada en una clínica privada para alcohólicos.

Kate Lowell besó a Angela en la mejilla para beneficio de las cámaras. Tenía un rostro que las cámaras veneraban: pómulos altos, labios generosos, ojos grandes y dorados. La imagen se completaba con un cuerpo sinuoso, piernas bien torneadas y una sonrisa contagiosa.

Kate Lowell podría haberse convertido en estrella solo por sus gloriosos atributos físicos, pero tenía algo más: talento y encanto. Y ambición.

Fascinó a los fotógrafos al dedicarle una sonrisa seductora, y enseguida le ofreció la otra mejilla a Angela.

-Te detesto -le dijo en voz muy baja.

-Ya lo sé, querida. -Angela le pasó un brazo por la cintura y le hincó los dedos sin piedad mientras ofrecía su mejor perfil a la cámara-. Sonríe ahora, demuestra que eres la estrella más taquillera.

Kate lo hizo con una sonrisa capaz de derretir acero.

-Ojalá estuvieras muerta -murmuró.

-Eso lo deseas tú y muchas otras -replicó Angela, y ambas se alejaron como dos amigas que quieren decirse algo en privado-. Ahora dime, ¿es verdad que tú y Rob Winters estáis leyendo guiones para hacer un telefilme?

-Sin comentarios.

-Vamos, querida. ¿No convinimos en arrojarnos mutuamente?

-Lo que a mí me gustaría es dejarte desnuda en el polo -dijo Kate, pero supo que no podría hacerlo. Había demasiadas cosas en juego.

-Me ha llegado un guión, querida Katie. Creo que te gustará, y que podrás lograr que también a Rob le interese. Vosotros dos habéis sido compañeros desde hace años, y te convendría que él lo aceptara. Después de todo, a él no le queda demasiado tiempo para elegir, ¿verdad?

-Hija de puta.

Angela lanzó una carcajada estridente. Nada podía haberla complacido más que ver desvanecerse la sonrisa de Kate.

-El problema con vosotros los actores es que necesitáis de alguien que os escriba diálogos inteligentes. Tendrás el guión el lunes, querida. Y consideraría un favor que lo leyeras rápido.

-Me estoy cansando de tus favores, Angela. Otras personas podrían llamarlo chantaje.

-Yo no soy otras personas. Se trata simplemente de poseer cierta información que con todo gusto conservaré en secreto. Como un favor para ti, querida. En retribución, tú hazme uno. Eso se llama cooperación.

-Espero algún día poder cooperar en enviarte al infierno.

-Son solo negocios. Tú has estado suficiente tiempo en el mundo del espectáculo como para no tomártelo todo tan a pecho. Hablaremos de los términos cuando yo vuelva de mi luna de miel. Ahora tendrás que perdonarme. No puedo desairar a mis invitados.

-Algún día... -musitó Kate cuando Angela se alejaba- algún día alguien tendrá suficiente valor para hacerlo.

-Se la ve espléndida. -Tumbada en la cama de la cabaña, Deanna observó la portada de *People*-. Radiante.

Finn reunió la energía suficiente para mirar. Por fin habían conseguido sincronizar tres días libres juntos. Si el teléfono no sonaba, el fax no se ponía en funcionamiento y el mundo no se hundía en las próximas veinticuatro horas, lo habrían logrado.

-Parece uno de esos muñecos que se ponen sobre los pasteles de bodas. Todo merengue y nata sobre algo indigerible.

-Tu visión está distorsionada por la maldad.

-La tuya también debería estarlo.

Ella se limitó a suspirar y a pasar las hojas hasta el artículo central.

-No necesita gustarme para que yo reconozca que está preciosa. Parece feliz, realmente feliz. Tal vez el matrimonio la ablandará.

-Como esta es la tercera vez, lo dudo.

-No si es la elección apropiada. No le deseo mala suerte, ni personal ni profesionalmente. -Espió por sobre la revista-. Quiero derrotarla en buena ley.

-Lo estás consiguiendo.

-En Chicago y en otros sitios. Pero esta boda forzosamente inclinará la balanza de su lado, al menos por un tiempo.

-¿Y por qué crees que lo ha hecho?

-Oh, vamos, Finn, dale un poco más de crédito. Una mujer no se casa para que su fotografía aparezca en las portadas de algunas revistas.

-Kansas. -Sorprendido de que ella pudiera seguir siendo tan ingenua, Finn le arrebató la revista-. Cuando uno resbala por la escalera, se aferra a cualquier cosa que tenga a mano.

-Creo que estás mezclando metáforas.

-¿Crees que lo hace por amor? -Mientras reía, Finn arrojó la revista por el aire. Angela, la novia feliz, cayó de cara al suelo-. Ha tenido seis semanas de publicidad gratis desde el día en que misteriosamente se filtró la noticia de su compromiso secreto.

-Tal vez realmente fue una filtración. Y aunque hubiera sido ella la que hizo correr la noticia, eso no cambia los resultados. Angela es una mujer hermosa y vibrante que se enamoró de un hombre apuesto y carismático.

-¿Apuesto? -dijo Finn y le tomó el tobillo-. ¿Te parece apuesto?

-Sí, es... -Se echó a reír y se retorció cuando él le hizo cosquillas en el pie-. Basta, no sigas.

-¿Y carismático?

-Sexy -dijo ella muerta de risa, y se incorporó para tratar de liberarse-. Pecaminosamente atractivo. -Trató de morderlo cuando él la arrojó al suelo.

-Peleas como una chiquilla.

-¿Y qué?

-Me gusta. Y ahora pienso sacarte de la cabeza a ese tal Dan no sé qué.

-Dan Gardner. No sé si podrás. Quiero decir, él es tan elegante, tan sofisticado, tan... tan romántico.

-Creo que este es un buen momento para pedirte que pienses en una cosa.

-¿En qué?

-En casarte conmigo.

-¿Casarme contigo?

Era ridículo que Finn sintiera tanto pánico, pero lo único que podía imaginar era que ella le contestaría que no.

Por primera vez en su vida, quería algo y a alguien que no estaba seguro de conseguir.

-No debería sorprenderte tanto, Deanna. Hace más de un año que somos amantes.

-Sí, pero... todavía no hemos resuelto siquiera lo de vivir juntos.

-Razón de más. Mi estrategia de conseguir que vengas a vivir conmigo y después convencerte de que nos casemos no parece dar buenos resultados.

-¿Tu estrategia?

-Kansas, doblegarte a ti es como una partida de ajedrez. Uno tiene que planificar por lo menos media docena de movimientos de antemano para vencerte.

-Creo que esa analogía no me gusta nada.

-Pero es bastante precisa. Te pasas tanto tiempo pensando las cosas y tratando de evitar las equivocaciones, que yo he tenido que darte un empujón.

-¿Eso es una propuesta de matrimonio? ¿Un empujón?

-Lo llamaremos un codazo suave, puesto que estoy dispuesto a dejar que lo pienses.

-Muy generoso de tu parte -repuso ella con los dientes apretados.

-De hecho nos estoy dando tiempo a los dos. No puedo decir que yo esté del todo convencido tampoco.

Ella parpadeó.

-¿Cómo dices?

El comprendió que había sido una jugada muy astuta. Inspirada.

-Venimos de campos opuestos en este tema. Tú de una familia grande y feliz, donde «hasta que la muerte nos separe» significa algo. Para mí, el matrimonio siempre significó «hasta que el divorcio nos separe».

-Para alguien tan cínico como tú, me sorprende que siquiera lo hayas pensado.

-No soy cínico sino realista. El matrimonio se ha convertido en algo parecido a los periódicos. Uno los tira a la papelera cuando ha terminado con ellos, y no son muchas las personas que se molestan en reciclar el papel.

-Entonces ¿qué sentido tiene?

-Que estoy enamorado de ti -dijo él simplemente y en voz baja, y le impidió salir llena de furia de la habitación-. Me gusta pensar en la idea de empezar una vida contigo, tener hijos contigo, darle una oportunidad a esos sentimientos tradicionales.

Sus palabras borraron la furia de Deanna.

-Maldito seas, Finn.

Elle sonrió.

-Entonces ¿lo pensarás?

Dan Gardner no se casó con Angela por su dinero. No del todo. Algunas personas eran tan malvadas como para pensar que sí lo había hecho... e incluso afirmarlo. Durante las primeras semanas, después del matrimonio, aparecieron numerosas especulaciones en la prensa amarilla sobre ese punto, así como con respecto a la disparidad de edad entre ambos: ella era diez años mayor que él. Convencido de la fuerza de la publicidad, Dan mismo había hecho publicar esos artículos.

Pero había otros motivos por los que él se había casado con ella. Admiraba su habilidad. Comprendía sus debilidades y, aún más importante, sabía cómo explotarlas. Fue él, al reconocer las inseguridades y recelos de Angela, quien había insistido en firmar un acuerdo prenupcial. El divorcio no lo beneficiaría. Dan no planeaba divorciarse de Angela... a menos que eso lo beneficiara. Fue él, porque sabía la debilidad de Angela por todo lo romántico y su necesidad de ser el centro del amor, quien dispuso cenas para dos con luz de velas y fines de semana tranquilos en el campo.

Tal vez no se había casado por su dinero, pero se proponía disfrutarlo.

-¡Mira esto! -dijo Angela y le arrojó un ejemplar de *TV Guide* desde el otro extremo del cuarto con la foto de Deanna hacia arriba-. ¡Míralo! ¡La nueva princesa de la televisión! Cálida y accesible, sexy e inteligente. Nada más que lisonjas, Dan. Maldita sea, le han dado la portada y dos páginas completas.

-No permitas que eso te preocupe. -Como esa noche se quedaban en casa, Dan le sirvió una copa de champán. Era más fácil manejarla cuando estaba un poco borracha y llorosa. Cuando estaba deprimida, la relación sexual era sencillamente estupenda-. Ahora su caída será mucho más dolorosa, eso es todo.

-Eso no es todo -negó Angela y le arrebató la copa. No quería beber, pero lo anhelaba y no estaba de humor para tratar de luchar contra ello-. Ya has visto los índices de audiencia. Tuvo un veinte por ciento en las últimas tres semanas.

-Y tú terminaste el año como la número uno -le recordó él.

-Pero este es otro año -saltó ella-. El ayer no cuenta -dijo y bebió con avidez. Muerta de envidia, apartó la revista de un puntapié-. No importa lo que yo haga, ella sigue subiendo. Ahora me roba prensa. -Vacío su copa y se la dio a Dan.

-Tu programa no es tu único interés -afirmó él y volvió a llenarle la copa-. Tienes los especiales, los proyectos que estudia A. P. Producciones. Tus intereses están mucho más diversificados que los de ella. Deanna solo tiene un instrumento, Angela. Lo toca bien, pero es solo uno.

Esa descripción la tranquilizó un poco.

-Siempre fue una persona limitada, con sus horarios y pequeñas tarjetas. Pero no quiero que me supere, Dan reconoció con los ojos llenos de lágrimas-. Creo que no podría soportarlo. De ella, menos que de nadie.

-Lo estás convirtiendo en algo demasiado personal -aseveró él y le llenó la copa de nuevo, pues sabía que después de la tercera quedaría tan dócil como un bebé con la barriga llena.

-Es personal. Ella quiere herirme, Dan. Ella y ese bastardo de Loren Bach. Harían cualquier cosa con tal de lastimarme.

-Nadie te lastimará.

-Saben que yo soy la mejor.

-Por supuesto que lo saben. Déjalo todo de mi cuenta, querida, yo me ocuparé. -Dan apartó la copa, le abrió la bata y comenzó a acariciarle los pezones.

-¿Las discusiones con su pareja terminan en una batalla campal, con acusaciones mutuas y platos voladores? Vea mañana, en *La hora de Deanna*, «Cómo pelear limpio».

Durante el resto de la hora Deanna grabó flashes promocionales para las emisoras de todo el país; un trabajo tedioso en el mejor de los casos, pero al que jamás se negaba.

Cuando terminó, Fran entró en el plató con una lata de Pepsi. Se contoneaba un poco al caminar, pues estaba embarazada de su segundo hijo.

-El precio de la fama -dijo.

-Puedo pagarlo -repuso Deanna y bebió un buen trago de bebida helada-. ¿No te dije que te fueras temprano a tu casa?

-¿No te dije yo que estoy perfectamente bien? Todavía me faltan tres semanas.

-Dentro de tres semanas no pasarás por la puerta.

-¿Qué has dicho?

-Nada. -Deanna bebió otro trago antes de abandonar el plató. Se detuvo junto al espejo de cuerpo entero y pasó un brazo alrededor de la cintura de Fran-. ¿No crees que estás un poco más voluminosa que cuando esperabas a Aubrey?

-Es la retención de líquido.

-¿Seguro que no tiene nada que ver con todas esas rosquillas de chocolate que te zampas?

-Al bebé le encantan. ¿Qué se supone que debo hacer? Los antojos tienen que filtrarse a través mío.

Las dos se dirigieron a los ascensores. Cuando subieron a uno, Fran dijo:

-Estoy deseando que te toque a ti. Si no fueras tan empecinada y te casaras con Finn, podrías empezar a tener hijos. Y también tú vivirías los gozos de la maternidad: pies hinchados, indigestión, estrías y vejiga débil.

-Suenan muy atractivo

-El problema (y también la razón de que de nuevo me aproxime al tamaño de un pequeño planeta) es que es atractivo. No hay nada igual en el mundo -murmuró. Las puertas del ascensor se abrieron-. ¿Y? ¿Vas a casarte con Finn o qué?

-Lo estoy pensando.

-Hace semanas que lo estás pensando.

-El también lo está pensando -adujo Deanna, aunque sabía que sonaba a evasiva. Fastidiada, entró en su oficina-. Y en este momento las cosas están bastante complicadas.

-Las cosas siempre están complicadas. Las personas que esperan el momento perfecto, por lo general mueren antes.

-Vaya consuelo.

-Bueno, no quiero presionarte.

-¿Ah, no? -repuso Deanna y sonrió.

-Bueno, no presionarte pero sí darte un empujoncito. ¿Qué es esto? -Fran recogió la rosa blanca que había sobre el escritorio de Deanna. La olió-. Muy romántico y dulce. -Vio el sobre blanco-. ¿Finn?

No, pensó Deanna, y se estremeció. No era de Finn. Tomó la correspondencia que Cassie le había preparado.

-¿No vas a abrir el sobre?

-Más tarde.

-Dios, qué tranquila eres, Dee. Si un tipo me mandara una rosa, yo estaría muy nerviosa.

-Estoy ocupada.

Fran levantó la cabeza al notar el cambio de tono en Deanna.

-Ya lo veo. Me voy. Te dejaré tranquila.

-Lo siento. -Deanna le tomó un brazo-. No fue mi intención ser desagradable contigo. Pero estoy muy irritable. Se acerca la fecha de los Emmy. Esa historia estúpida que la prensa amarilla publicó la semana pasada sobre mi aventura secreta con Loren Bach terminó de ponerme los nervios de punta.

-No dejes que eso te trastorne. Vamos, estoy segura de que a Loten le agradó la idea.

-El puede darse ese lujo.

-Nadie cree esas cosas. Bueno, al menos nadie con un cociente intelectual de ocho. En cuanto al Emmy, tampoco allí tienes nada de que preocuparte. Lo ganarás.

Deanna se echó a reír y despidió a Fran con la mano.

-Lárgate de aquí y vete a tu casa. De todos modos ya son casi las cinco.

-Te veré mañana.

-De acuerdo.

Deanna recogió el sobre con cautela. Tomó el abrecartas con mango de ébano y lo abrió: DEANNA, HARÍA CUALQUIER COSA POR TI. SI TAN SOLO ME MIRARAS, TE DARÍA LO QUE QUISIERAS. TODO. HACE TANTO QUE TE ESPERO.

Deanna comenzaba a pensar que el autor de las notas no bromeaba. Metió la carta de nuevo en el sobre, abrió el cajón inferior del escritorio y lo colocó sobre los anteriores mensajes. Decidida a manejar el asunto de manera práctica, cogió la rosa y se puso a estudiar sus frágiles pétalos, como si pudieran darle una pista sobre la identidad del remitente.

Obsesión. Una palabra que asustaba, pero pensó que algunas formas de obsesión eran inocuas. Sin embargo, la flor indicaba un cambio. Antes no había obsequios, solo mensajes con tinta roja. Seguramente la rosa era una señal de afecto, de estima..., pero las espinas que adornaban su tallo podían hacer que brotara la sangre.

Se dijo que se estaba comportando como una tonta. Se puso de pie, llenó un vaso de agua y puso allí la rosa. No podía dejar que una flor hermosa se marchitara y muriera. De todos modos, la colocó en una mesa en el otro extremo de la habitación antes de regresar a su escritorio.

Durante los siguientes veinte minutos firmó correspondencia. Todavía tenía la pluma estilográfica en la mano cuando sonó el intercomunicador.

-Sí, Cassie.

-Es Finn Riley por la línea dos.

-Gracias. Ya he terminado con estas cartas. ¿Puedes despacharlas camino a tu casa?

-Por supuesto.

-¿Finn? ¿Estás abajo? Lo siento, hemos tenido algunos inconvenientes y voy retrasada. -Miró su reloj e hizo una mueca-. No podré llegar puntual para cenar.

-No importa. Yo estoy en el otro extremo de la ciudad, clavado en una reunión. Me parece que yo tampoco podría llegar a esa hora.

-Lo cancelamos, entonces. Podemos comer más tarde. -Levantó la vista y miró a Cassie, que en ese momento recogía la correspondencia firmada del escritorio de Deanna-. Cassie, por favor, cancela mi compromiso de las siete.

-Está bien. ¿Necesitas algo más antes de que me vaya? Ya sabes que puedo quedarme a visionar esos vídeos contigo.

-No, gracias. Nos veremos mañana. ¿Finn?

-Sigo aquí.

-Tengo que visionar algunos videos. ¿Por qué no pasas por aquí a buscarme antes de volver a casa? Dejaré ir a mi chófer.

-De acuerdo. Será alrededor de las ocho, o quizá un poco más tarde.

-Si es más tarde, mejor todavía. Necesitaré por lo menos tres horas para terminar aquí. Trabajo mejor cuando todo el mundo se ha ido.

-Si tengo algún inconveniente, te avisaré.

-Aquí estaré. Adiós.

Deanna colgó e hizo girar su sillón para quedar frente a la ventana. El sol ya se ponía y el cielo se oscurecía. Alcanzó a ver luces que se encendían en otros edificios como puntitos contra la creciente oscuridad.

Imaginó que los edificios comenzarían a vaciarse y a llenarse la autopista. En sus casas, las personas encenderían el televisor para enterarse de las noticias de la tarde y pensarían en la cena.

Si se casaba con Finn, ambos regresarían a su casa. A la casa de ambos, no a la de él ni a la de ella.

Si se casaba con Finn... Juguetó con la pulsera que siempre llevaba puesta y que era para ella un talismán, así como lo era para Finn el crucifijo que usaba. Si se casaba con él, haría promesas para toda la eternidad.

Ella creía en cumplir las promesas.

Ambos comenzarían a formar una familia.

Ella creía firmemente en la familia.

Tendría que encontrar la manera de que todo funcionara bien, de que todos los elementos se equilibraran.

Eso era lo que la detenía.

No importa cuántas veces tratara de serenarse y de razonarlo todo, o con cuánta frecuencia se esforzara por hacer una lista de prioridades y un plan de ataque, siempre terminaba por acobardarse y por fracasar.

No estaba segura de que saliera bien.

Recordó que no había ninguna prisa. Y que en ese momento su prioridad número uno era ascender el siguiente peldaño de su carrera.

Miró su reloj y calculó el tiempo que necesitaba. Decidió que tenía suficiente para distenderse un poco antes de poner manos a la obra.

Intentó poner en práctica una de las técnicas de relajación que le había enseñado un invitado a su programa: cerró los ojos y comenzó a hacer inhalaciones profundas. Se suponía que debía visualizar una puerta cerrada. Cuando estuviera lista, debía abrir esa puerta y entrar en un escenario que a ella le resultara agradable, apacible y sereno.

Como siempre, abrió la puerta demasiado rápido, impaciente por ver lo que había del otro lado.

El porche de la cabaña de Finn. Primavera. Mariposas que revoloteaban entre hierba y las flores. Alcanzaba a oír el monótono zumbido de las abejas alrededor de las azaleas que ella había ayudado a Finn a plantar. El cielo estaba despejado, de un azul intenso y perfecto para los sueños.

Suspiró. Había también música para cuerdas. Una cascada de emotivas notas de violín se filtraba por las ventanas abiertas.

Después, estaba tumbada sobre el césped, los brazos levantados hacia Finn. El sol formaba un halo alrededor de la cabeza de él y arrojaba sombras en su cara. De pronto él estaba entre sus brazos, y su boca sobre la suya. Deanna sintió que su cuerpo se tensaba por el deseo. Comenzaron a moverse juntos, fluidamente, con la gracia de un par de bailarines, con la bóveda azul sobre ellos y el zumbido de las abejas que les arrullaban.

Oyó pronunciar su nombre, un susurro que asomó entre la música del sueño. Ella sonrió y abrió los ojos para mirarlo.

Pero no era Finn. Las nubes habían tapado el sol y oscurecido el cielo tanto que ella no pudo verle la cara. Pero no era Finn. Y él volvió a pronunciar su nombre.

-Pienso en ti. Siempre.

Deanna despertó, bañada en sudo; con el corazón desbocado. Como para defenderse, se abrazó fuertemente para contrarrestar un escalofrío. Al demonio con la meditación, pensó, y luchó por librarse de los últimos vestigios del sueño. Haría esos ejercicios de relajación otro día.

Pero sus ojos se abrieron de par en par cuando miró el reloj. Había dormido casi una hora.

Una pérdida de tiempo absurda, reflexionó, y se puso de pie para estirarse. Debes trabajar, se dijo con firmeza, y se dio la vuelta para volver al escritorio.

Entonces vio las rosas. Dos pimpollos idénticos surgían del vaso de agua en el centro de su escritorio. Al principio no pudo creerlo; dio un paso y miró el lugar donde antes había colocado aquella única rosa. Ya no estaba allí. Ya no estaba allí porque ahora se encontraba sobre el escritorio, junto a su réplica casi exacta.

Se frotó los ojos y miró las dos rosas. Tal vez lo ha hecho Cassie, se dijo. O Simon, o Jeff o Margaret. Cualquiera que se hubiera quedado trabajando tarde en el edificio. Uno de ellos había encontrado una segunda rosa en alguna parte y se la había llevado. Al verla dormida, la colocó junto a la primera y puso las dos sobre el escritorio.

Al verla dormida, pensó de nuevo. Se estremeció y sintió que se le aflojaban las piernas. Había estado dormida. Sola, indefensa. Al dejarse caer sobre el brazo del sillón, vio la cinta sobre el escritorio. Por la marca se dio cuenta de que no era de los que usaban en el programa.

Esta vez no había nota. Tal vez no era necesaria. Pensó en huir, en salir corriendo de la oficina. Sin duda habría gente en la sala de redacción. Mucha gente trabajaba en el lapso entre las noticias de la tarde y el de la noche.

No estaba sola.

Con una llamada se pondría en contacto con el personal de seguridad. Con solo meterse en el ascensor entraría en el bullicio de actividad reinante unos pisos más abajo.

No, no estaba sola, y no había motivos para tener miedo. Y había muchas razones para visionar esa cinta. Se secó las manos húmedas en las caderas, antes de sacar la cinta de su caja y meterla en el aparato.

Los primeros segundos, después de apretar el play, mostraron una pantalla vacía y azul. Después, reconoció el edificio donde vivía, oyó el ruido del tráfico. Algunas personas caminaban por la acera en mangas de camisa, lo cual indicaba tiempo caluroso.

Se vio entrar por la puerta, levantar una mano, pasársela por el pelo. Consultar su reloj. La cámara hizo un zoom a su cara, a sus ojos llenos de impaciencia. Oyó también la respiración entrecortada del cámara.

Una furgoneta de la CBC se detuvo junto al bordillo. La imagen se fundió en negro.

Después ella caminaba por Michigan con Fran, llevando varios paquetes. Usaba un Jersey grueso y una chaqueta de gamuza. Cuando volvió la cabeza para reírse de Fran, la imagen se congeló y se mantuvo sobre su cara sonriente hasta hacer un fundido.

Había más de una docena de clips, de retazos de su vida. Un recorrido de compras por el mercado, su llegada a una fiesta de beneficencia, una caminata por la Water Tower Place, juegos con Aubrey en el parque, firma de autógrafos en un centro comercial. Ahora tenía el pelo corto y su ropa indicaba otro cambio de estación.

Y, todo el tiempo, la respiración entrecortada de quien sostenía la cámara.

El último clip era de ella durmiendo, acurrucada en el sillón de su despacho. Siguió con la vista clavada en la pantalla. El miedo se instaló en su corazón y la hizo temblar.

Durante años él la había estado siguiendo y vigilando. Había invadido pequeños momentos de su vida privada y los había hecho suyos. Ella en ningún momento se había dado cuenta.

Ahora, él quería que ella lo supiera. Quería que Deanna entendiera lo cerca que estaba. Y cuánto más cerca podría estar.

Deanna se precipitó para pulsar el eject. Tomó el bolso, metió la cinta y salió de su despacho. El pasillo estaba oscuro. Corrió hacia el ascensor.

Casi sin aliento, oprimió el botón de llamada. Se dio media vuelta y, apretada contra la pared, escudriñó las sombras en busca de algún movimiento.

-Apresúrate, apresúrate.

Se llevó una mano a la boca al oír su propia voz.

El ruido del ascensor la hizo pegar un respingo. A punto de llorar por el alivio que sentía, se arrojó hacia las puertas que se abrían, pero dio un salto hacia atrás cuando vio una forma que descendía de la cabina.

-Hola, Dee. ¿Te he asustado? -Roger se acercó más mientras las puertas del ascensor se cerraban detrás de él-. Caray, estás blanca como el papel.

-No te acerques -dijo ella y dio otro paso atrás. Miró la salida de incendios que daba a las escaleras.

-¿Qué te pasa? Estás temblando. Creo que será mejor que te sientes.

-Estoy bien. Ya me voy.

-Primero deberías recuperar el aliento. Vamos...

Ella se apartó y evitó su mano.

-¿Qué quieres?

-Cassie pasó por abajo antes de irse. Dijo que te quedabas a trabajar hasta tarde, así que se me ocurrió subir a preguntarte si querías algo de comer.

-Viene Finn. Estará aquí en cualquier momento.

-Bueno, era solo una idea. ¿Te sientes bien? ¿Tu familia está bien?

Un nuevo miedo le atenazó la garganta.

-¿Por qué? ¿Por qué me preguntas eso?

-Te veo tan trastornada que pensé que habrías recibido malas noticias.

-No. -Muerta de pánico, se apartó de él-. Tengo muchas preocupaciones. -Estuvo a punto de gritar cuando volvió a oír el sonido del ascensor.

-Por Dios, Dee, tranquilízate -dijo él y la cogió por el brazo cuando ella echaba a correr hacia las escaleras. En ese momento se abrieron las puertas del ascensor.

-¿Qué demonios está pasando aquí?

-Oh, Dios. -Deanna se liberó de Roger y cayó en brazos de Finn-. Gracias a Dios estás aquí.

Ella estrechó y miró a Roger.

-He preguntado qué demonios está pasando.

-Dímelo tú a mí -dijo Roger y se pasó una mano por el pelo-. Subí hace un minuto, y la he encontrado muy alterada. Solo trato de averiguar qué pasa.

-¿Te ha hecho daño? -le preguntó Finn a Deanna para perplejidad de Roger.

-No -negó ella sin apartar su cara del hombro de Finn. Pero sus temblores no cesaban-. Tenía tanto miedo... No puedo pensar. Por favor, llévame a casa.

Finn logró sonsacarle una explicación. Después le dio un coñac y visionó la cinta.

Deanna no protestó cuando él telefoneó a la policía. Y se mostró más serena cuando volvió a contar lo sucedido. Ella conocía el valor de los detalles, de los horarios, de los hechos inequívocos y bien definidos. El detective que la entrevistó en el salón de Finn anotó todo en su libreta.

Ella conocía a ese hombre de pelo entrecano de Greektown: era la persona que había apartado a la pequeña de la línea de fuego.

Arnold Jenner era un policía tranquilo y meticuloso. Su cara franca tenía una nariz que había sido rota, no en su trabajo sino en un partido de softball. Usaba un traje marrón oscuro que revelaba una incipiente barriga. Su pelo era una mezcla de marrón y gris y lo llevaba muy corto. Había arrugas alrededor de su boca y de sus ojos, que indicaban que reía o fruncía el entrecejo con facilidad. Sus ojos, de un verde pálido y perezoso, debían de ser tan indescritibles como el resto de su persona. Pero cuando Deanna los miró, le inspiraron confianza.

-Me gustaría llevarme las cartas.

-No las he guardado todas -señaló ella-. Las primeras..., bueno, pensé que eran inofensivas. Los periodistas que aparecemos ante las cámaras recibimos muchas cartas, algunas muy raras.

-Entonces deme las que tenga.

-Tengo algunas en la oficina, y otras en mi apartamento.

-¿Usted no vive aquí?

-No. -Miró a Finn-. No exactamente.

-Mmmm. -Jenner hizo otra anotación-. Señorita Reynolds, usted ha dicho que la última parte del vídeo había sido filmada esta misma tarde, entre las cinco y media y las seis y veinte.

-Sí. Me había quedado dormida. Me sentía tensa, así que se me ocurrió practicar los ejercicios de relajación que me había enseñado un invitado al programa. Algo que ayudaba a meditar. -Se encogió de hombros y se sintió ridícula. Supongo que no es mi estilo. O estoy despierta o estoy dormida. Cuando desperté, vi la segunda rosa sobre el escritorio. Y la cinta.

-¿Quién tiene acceso a su oficina a esa hora?

-Muchas personas. Mi propio equipo de trabajo, cualquiera que trabaje abajo.

-¿De modo que el edificio estaba cerrado salvo el personal de la CBC?

-No necesariamente. La puerta de atrás no estaría cerrada con llave a esa hora. Hay gente que termina su turno, otras personas que llegan a tomarlo, personas que vienen a buscar a otras. Incluso a echar un vistazo al lugar.

-Un lugar con mucho movimiento.

-Sí, lo es.

-¿Sospecha de alguien? ¿De alguna persona que usted haya desairado? ¿Alguien que haya demostrado un interés por usted mucho más que casual o amistoso?

-No. No se me ocurre nadie que pudiera hacer una cosa así. Estoy segura de que es un extraño... probablemente un telespectador.

-Bueno, con el éxito que tiene su programa, eso no limita precisamente los sospechosos. Usted hace muchas presentaciones públicas. ¿Ha notado alguna cara en particular que siempre aparezca en ellas?

-No. Ya lo he pensado.

-Me llevaré la cinta. -Se puso de pie y se metió la libreta en el bolsillo-. Mandaré a alguien a buscar las cartas.

-No hay nada más, ¿verdad? -preguntó ella y se puso de pie.

-Nunca se sabe lo que podremos descubrir en la cinta. Un equipo sofisticado o algún pequeño sonido' posible de identificar. Mientras tanto, no se preocupe. Estas cosas suceden con más frecuencia de lo que usted imagina.

-Gracias, detective Jenner.

-Nos mantendremos en contacto. Ha sido un placer conocerla, señorita Reynolds, y a usted, señor Riley. He pasado mucho tiempo con ustedes dos en mi sofá.

-Bueno, ya está -dijo ella cuando cerró la puerta detrás de Jenner.

-No ha servido de mucho. -Finn la cogió por los hombros. Había terminado la entrevista con Jenner, pero ahora era su turno-. No volverás a quedarte a trabajar hasta tarde.

-Pero Finn...

-Esto no es negociable, así que no discutas. ¿Sabes cómo me sentí cuando te vi aterrada mientras forcejeabas con Crowell?

-El trataba de ayudarme -aclaró' ella. Cerró los ojos y suspiró-. Sí, creo que lo sé. Lo siento. Cuando tenga mucho trabajo me lo traeré a casa.

-Hasta que esto se resuelva necesitas protección las veinticuatro horas.

-¿Un guardaespaldas? Finn, no volveré a quedarme en el despacho. Hasta procuraré tener a alguien a mi lado cuando salga a hacer exteriores o presentaciones públicas. Pero no pienso contratar a ningún matón para que me vigile.

-No es nada inusual que una mujer de tu posición contrate un agente de seguridad.

-Sea cual fuere mi posición, sigo siendo Deanna Reynolds, de Topeka, y me niego a que un gorila asuste a la gente a la que trato de llegar. No lo soportaría, Finn. Sería demasiado estilo Hollywood para mí. Créeme, tomaré precauciones. Pero no he sido amenazada.

-Te han espiado, seguido, filmado, acosado con cartas y llamadas anónimas.

-Eso me asusta. Has hecho bien en llamar a la policía. Ahora que lo has hecho, tengo la sensación de que la situación se ha colocado en su justo lugar. Démosle la oportunidad de hacer aquello por lo que les pagamos.

-Una fórmula de transacción -dijo Finn mientras se paseaba con inquietud-. Por Dios, siempre estoy negociando contigo.

Ella se acercó y lo abrazó.

-Por eso nuestra relación es tan sana. ¿Cuál es la concesión en este caso... una guardaespaldas llamada Sheila?

-Tú instálate aquí. Eso no significa ninguna presión de mi parte, Deanna. Mantén tu lugar; a mí no me importa. Pero vivirás aquí, conmigo.

-Qué extraño -dijo ella y le besó en la mejilla-. Yo estaba por sugerir la misma solución.

Elle levantó la barbilla. Quería preguntarle si lo hacía porque estaba asustada o porque lo necesitaba. Pero no se lo preguntó.

-¿Qué pasará cuando tenga que ausentarme de la ciudad?

-Pensaba preguntarte si te gustan los perros -dijo ella y lo besó.

Los premios no son importantes. Un trabajo de calidad y la satisfacción de una tarea bien hecha son en sí mismos suficiente recompensa. Las estatuillas y los discursos no son más que promoción comercial.

Deanna no creía ninguna de esas cosas.

Para una muchacha de Kansas, cuyo primer trabajo frente a una cámara había sido informar sobre una muestra canina, el hecho de bajarse de una limusina en Los Ángeles como nominada a un Emmy representó una emoción muy grande. Y no tenía inconveniente en reconocerlo.

El día era perfecto. Seguramente había polución, pero ella no la veía. El cielo era de un celeste precioso, como el de una acuarela, iluminado por un sol brillante. Una suave brisa jugueteaba con los vestidos elegantes y los peinados de la concurrencia, y extendía los aromas de los perfumes y las flores sobre la multitud entusiasta.

-No puedo creer que sea yo -dijo Deanna.

-Te lo has ganado -subrayó Finn y le besó la mano.

-Eso lo sé, aquí -dijo ella y se tocó la sien-. Pero aquí -se llevó la mano al corazón- tengo miedo de que alguien me pellizque y despierte y me dé cuenta de que solo se trata de un sueño. ¡Ay!

-Ya ves, estás despierta -agregó él con una sonrisa- y sigues estando aquí.

Aunque se sentía un poco mareada, igual se apeó con gracia de la limusina, levantó la cabeza y se enderezó para pasear la vista por el gentío. El sol brillaba sobre su corto vestido.

Finn pensó que Deanna había elegido bien su vestimenta: ese vestido recto y sin breteles, color escarlata, la hacía parecer joven y fresca y una verdadera estrella. Varias personas la reconocieron y gritaron su nombre.

Esa reacción la sorprendió. Al principio pareció confundida, después, desconcertada y finalmente encantada. Devolvió los saludos, no con la descuidada indiferencia de una veterana sino con placer y entusiasmo genuinos.

-Tengo la sensación de estar entrando en una película -dijo y rió por lo bajo mientras entrelazaba su mano con la de Finn-. Me parece estar llevándome al héroe.

Ella complació a ella y al público al darle un beso. No un beso de circunstancia sino un beso fogoso y que dio material en abundancia a los paparazzi.

-Eso ha sido porque eres hermosa -señaló Finn y la besó de nuevo entre vítores-. Y esto para desearte buena suerte.

-Gracias. Por las dos cosas.

Echaron a andar hacia el edificio, donde los curiosos y los admiradores habían sido divididos como el mar Rojo por las vallas de la policía. Las celebridades y los reporteros se entremezclaban y filmaban flashes sabrosos que serían emitidos en las noticias de la noche.

Deanna conocía a algunas de esas personas. Varias habían asistido a su programa, se habían sentado junto a ella y conversado como viejos amigos. A otras las había conocido en las fiestas de beneficencia y acontecimientos que eran parte de su trabajo. Intercambió saludos y buenos deseos, dio besos y estrechó manos mientras se dirigían a la recepción.

Le pusieron micrófonos delante y la enfocaron con las cámaras.

-Deanna, ¿cómo se siente al estar aquí esta noche?

-¿Quién diseñó su vestido?

-Finn, ¿qué siente al conducir un programa de éxito cuando tantos otros programas de noticias han fracasado?

-¿Tienen planes de matrimonio?

-Por Dios, esto se parece a una carrera de obstáculos -murmuró Finn cuando consiguieron abrirse paso entre la maraña de periodistas.

-Yo estoy disfrutando cada minuto -reconoció ella-. ¿No sabes que cuando le preguntan a uno quién le ha diseñado la ropa es porque uno ha causado sensación?

-Pues a mí no me lo preguntaron.

Ella se dio la vuelta y jugueteó con la corbata de Finn.

-Y eso que estás de muy buen ver.

-Bebamos algo antes de entrar.

-Tendrá que ser champán. Solo una copa.

-Espérame aquí. Yo lucharé contra la horda.

-Eres mi héroe.

Ella se volvió, y se habría dirigido a un rincón, donde pudiera permanecer de pie y observarlo todo, pero se topó con Kate Lowell.

-Hola, Dee.

-Hola, Kate. -Deanna le tendió la mano y las dos se saludaron como dos extrañas-. Me alegra verte.

-¿De veras? -comentó Kate-. Estás espléndida, lista para ganar. -Eso espero.

-Me gustaría desearte suerte, sobre todo al tener en cuenta quién es tu rival.

-Gracias.

-No me lo agradezcas. Es un deseo egoísta de mi parte. A propósito, Rob Winters me dijo que te mandaba recuerdos.

La sonrisa tensa de Deanna se distendió.

-¿Cómo está Rob?

-Se está muriendo. Lo siento. Hace mucho que somos amigos y es muy penoso para mí verlo así.

-No tienes que disculparte. Entiendo bastante acerca de amistades y lealtades.

-Un golpe directo, Dee.

-Un golpe bajo -la corrigió Deanna y de forma instintiva tomó la mano de Kate. Pero esta vez no fue por mera cortesía sino como muestra de apoyo-. No puedo imaginar siquiera lo que será para ti.

Kate miró las manos unidas de las dos y recordó lo bien que se llevaban antes.

-Dee, ¿por qué no anunciaste la enfermedad de Rob cuando él te dijo lo que le pasaba?

-Porque me pidió que no lo hiciera.

Kate sacudió la cabeza.

-Eso fue siempre suficiente para ti. Me preguntaba si habrías cambiado.

-He cambiado, pero no en eso.

-De veras espero que ganes esta noche. Espero que la hagas trizas -afirmó, y se alejó.

Al verla caminar entre la multitud, Deanna creyó entender las lágrimas que había visto en los ojos de Kate, pero no el veneno de su voz.

-Bueno, parece que hemos ascendido en el mundo -dijo Angela al aparecer delante de Deanna-. Sonríe para la cámara, querida -murmuró mientras se inclinaba para dar un beso al aire a las dos mejillas de Deanna-. Quiero creer que no has olvidado todo lo que te enseñé.

-No he olvidado nada. Ha pasado mucho tiempo, Angela.

-Ya lo creo que sí. Supongo que no conoces a mi marido. Dan, esta es Deanna Reynolds.

-Es un placer -dijo Dan y le tomó la mano-. Es usted tan encantadora como Angela me había comentado.

-Estoy segura de que no le dijo nada semejante, pero gracias de todos modos. Anoche vi tu especial, Angela. Me gustó mucho.

-¿Lo viste? Pues yo no. Tengo tan poco tiempo para ver televisión...

-Cualquiera diría que eso te aislaría de tu público. A mí me encanta ver televisión. Supongo que soy la telespectadora media.

-Yo no quisiera ser medio de nada. -Angela miró más allá de Deanna-. Hola, Finn. ¿No es increíble que todos hayamos terminado reuniéndonos en Los Ángeles?

-Angela -saludó Finn, le dio a Deanna una copa de champán y le pasó un brazo por la cintura-. Se te ve muy bien.

-Finn solía ser más original en sus cumplidos -dijo Angela a Dan. Después se ocupó de hacer las presentaciones y, al ver una cámara con el rabillo del ojo, se colocó en una posición más adecuada e importante-. Tengo que empolvarme la nariz antes de entrar. Deanna, ven conmigo. Ninguna mujer va sola al tocador.

Aunque Finn trató de retenerla, Deanna se soltó.

-Sí, por supuesto. -Decidió que era mejor afrontar en ese momento las cosas desagradables que Angela tenía para decirle, que dejar que las expresara después en público-. Finn, me reuniré contigo dentro en un minuto.

Para ofrecerle a la cámara una imagen cordial, Angela le dio el brazo a Deanna.

-Hace mucho que no tenemos una conversación privada, ¿verdad?

-Bueno, hace dos años que no nos vemos.

-Tú siempre tan literal. -Angela se echó a reír y entró en el tocador. Tal como había esperado, estaba casi vacío. Más tarde se encontraría lleno, pero ahora la gente estaba impaciente por sentarse. Se acercó a la

repisa con espejos, se sentó e hizo exactamente lo que había dicho que haría: se empolvó la nariz-. Te has comido casi todo el rouge. ¿Estás muy nerviosa?

-Excitada, más bien. -Deanna permaneció de pie, pero colocó su copa en la repisa para buscar un lápiz de labios en su bolso-. Supongo que es una reacción natural al ser nominada.

-Con el tiempo se convierte en rutina. Como sabes, yo tengo varios premios. Qué interesante que te hayan nominado por ese programa sobre la violación, que a mí me pareció más una autoconfesión. Supongo que Finn ganará una estatuilla por su programa de horario central. En la industria todos lo quieren y ha sido capaz de crear un programa que gusta tanto a los fanáticos de las noticias como al espectador en busca de entretenimiento.

-¿No dijiste que no veías televisión?

-Cada tanto miro algún programa que creo puede interesarme.

Desde luego, Finn siempre me ha interesado. Dime, ¿sus ojos siguen poniéndose color cobalto cuando está excitado? Porque supongo que algunas veces logras excitarlo, ¿no es así?

-¿Por qué no se lo preguntas a él?

-Tal vez lo haga... si consigo tenerlo a solas. Pero también es posible que si lo tengo a solas él se olvide de ti. De modo que, ¿qué sentido tendría?

Deanna ya no estaba nerviosa, sino furiosa.

-Ocurre que tú estás casada, y que Finn dejó hace mucho de estar interesado en ti.

-¿De veras lo crees? Querida, si yo decidiera tener una aventura con Finn (y Dan es un hombre muy comprensivo, así que mi matrimonio no es ningún obstáculo), él no solo se mostraría dispuesto sino también agradecido.

-Angela, tratar de hacerme sentir celos es una pérdida de tiempo. Te acostaste con Finn. Ya lo sé. No soy tan ingenua como para suponer que no te encontraba tremendamente atractiva y seductora. Pero lo que yo tengo con él ahora es a un nivel completamente diferente. Haces el ridículo al tratar de convencerme de que es un perrito faldero que corre hacia ti cuando chasqueas los dedos.

-Eres muy fría, ¿no?

-Solo me siento feliz. Angela, solíamos ser amigas o, al menos, tener una relación cordial. Yo te agradezco la oportunidad que me diste de observar y aprender. Tal vez ya no podamos tener una relación cordial, pero no veo por qué tenemos que agredimos. Somos rivales, pero hay lugar de sobra para las dos.

-¿Crees que puedes competir conmigo? -preguntó Angela y comenzó a temblar-. ¿De veras piensas que puedes acercarte a lo que yo he conseguido, lo que tengo, lo que tendré?

-Sí, estoy segura de ello. Y no tengo que recurrir a que se publiquen mentiras en la prensa amarilla o a un espionaje chapucero para conseguirlo.

-Maldita presumida. Te aplastaré.

-No, no lo harás. Te aseguro que te costará mucho mantenerte a la par conmigo.

Con un alarido, Angela arrojó el contenido de la copa de champán a la cara de Deanna. Dos mujeres, que acababan de entrar, se quedaron de piedra cuando Angela abofeteó a Deanna.

-Tú no eres nadie. Menos que nadie. Yo soy la mejor.

Y se abalanzó con los dedos en forma de garras. Mientras la furia le nublaba la vista, Deanna se defendió y con su mano abierta abofeteó la mejilla de Angela. Instantáneamente la acción se detuvo. Al menos por una vez, estaban las dos a la par. Las dos mujeres que estaban junto a la puerta se quedaron mirándolas.

-Perdón, señoras -dijo Kate Lowell al salir de pronto de uno de los compartimientos y dirigirse a las dos mujeres, que huyeron enseguida-. Pero bueno, y yo que creía que la competencia tendría lugar fuera.

Atontada, Deanna se miró la mano que todavía le dolía por el golpe que había propinado. Parpadeó por el escozor del champán en los ojos.

-Demonios.

Kate señaló con la cabeza la puerta, que todavía oscilaba por la precipitada salida de las dos mujeres.

-Será un comentario muy sabroso en la cobertura de mañana de la entrega de los Emmy -dijo Kate y sonrió-. ¿Os gustaría que haga de árbitro?

-No te metas en esto -admitió Angela y, con los dientes apretados, dio un paso hacia Deanna. Había sido humillada en público y eso le resultaba intolerable-. Y tú, apártate de mi camino. Ya has cruzado la línea.

-Yo no te ofrecí la otra mejilla -afirmó Deanna- y no pienso hacerlo. Así que, ¿por qué no tratamos de mantenernos a distancia?

-No ganarás esta noche -dijo Angela y, con una mano que seguía temblando, cogió su bolso-. Ni nunca.

-Un discurso de salida muy desagradable -comentó Kate cuando la puerta se cerró detrás de Angela.

-¿Y ahora, qué? -preguntó Deanna y cerró los ojos.

-Límpiate -dijo Kate. Abrió un grifo y empapó una toalla-. Recupera la compostura y sal.

-Perdí el control -dijo Deanna y se miró en el espejo-. Dios mío.

Tenía las mejillas encendidas y mojadas. Sus ojos estaban irritados y se le había corrido el maquillaje.

-Vamos, recupera tu imagen anterior -indicó Kate y le entregó la toalla húmeda-. Y cuando salgas, hazlo con una sonrisa.

-Creo que debería...

Preparada para lo peor, se volvió hacia la puerta al sentir que se abría. Las mejillas le ardieron todavía más al ver entrar a Finn.

-Perdón, señoras, pero como periodista es mi deber preguntar qué demonios pasa aquí. Alguien me dijo que... Por Dios, Kansas, no puedo dejarte sola ni un minuto. Me pareció que el rubor que noté en la mejilla de Angela no era maquillaje ni timidez. ¿Cuál de vosotras la ha golpeado?

-Deanna ha tenido ese placer.

El se inclinó para besarle la mejilla húmeda.

-Buen trabajo, cariño. -Le rozó los labios con la lengua-. Por cierto, se supone que el champán es para beberlo, no para tirarlo.

Deanna se miró en el espejo y se prometió que no permitiría que nada la intimidara.

-Por favor, espérame fuera cinco minutos.

-Tu categoría está por salir -advirtió él al enfilar hacia la puerta.

-Allí estaré.

Peinada, con el maquillaje retocado y los nervios a flor de piel, Deanna estaba sentada junto a Finn.

Observó a los maestros de ceremonia nombrar a candidatos y hacer las bromas habituales. Ella aplaudió con cortesía, de vez en cuando con entusiasmo, a medida que se anunciaban los ganadores y estos subían al escenario.

Registró cada instante, cada gesto, cada palabra en su memoria. Porque ahora le importaba, y muchísimo. Había perdido gran parte del dulce entusiasmo que sintió cuando venía en la limusina. No, pensó, ya no soy aquella muchacha de Kansas deslumbrada por las luces y focos. Era Deanna Reynolds y pertenecía a ese mundo. Ya no era solo un premio, un palmeo en la espalda por un trabajo bien hecho. Ahora era un símbolo. La culminación de algo que había comenzado hacía mucho tiempo. Era el triunfo sobre los engaños, las manipulaciones, la sórdida intriga que había terminado en una pelea patética en un tocador de damas.

Una cámara la enfocaba. Deanna sentía ese ojo frío y objetivo sobre ella. Solamente podía esperar que, por una vez, sus emociones no se reflejaran con tanta claridad en su cara. Oyó anunciar el nombre de Angela, y después el suyo.

Le faltaba el aliento. Finn se llevó las manos entrelazadas de ambos a los labios y casi toda la tensión desapareció.

-Y el Emmy es para...

Dios, ¿cómo se podía tardar tanto en abrir un sobre?

-Deanna Reynolds, por el capítulo «Cuando uno lo conoce» de *La hora de Deanna*.

-Oh... -Todo el aire retenido en sus pulmones salió en un largo suspiro. Antes de que pudiera hacer otra inspiración, Finn la besó.

-En ningún momento he tenido dudas de que ganarías.

-Yo tampoco -mintió ella, y sonreía cuando se puso de pie.

Avanzó entre aplausos hacia el escenario.

-Quiero dar las gracias a cada uno de los miembros de mi equipo. Son los mejores. Quiero también enviar mi agradecimiento a las mujeres que aparecieron en el programa, que lucharon con sus miedos para sacar a la luz un tema tan penoso. No creo que ningún programa que haya hecho ni que haga en el futuro sea tan difícil o gratificante como ese. Gracias por darme algo que me lo recuerde.

Después de los discursos, los aplausos, las entrevistas y las fiestas, Deanna estaba en la cama, apoyada en el hombro de Finn.

-Creo que mi estatuilla es más bonita que tu Premio Nacional de la Prensa -comentó ella.

-El mío es más profesional.

-La mía es más brillante.

-Deanna -murmuró él y le besó la sien-, no presumas tanto.

-Pienso seguir haciéndolo. Tú has ganado infinidad de premios. Puedes darte el lujo de estar hastiado.

-¿Quién dijo que estoy hastiado? Cuando gane mi Emmy será tan brillante como el tuyo.

-He triunfado. No quería reconocer lo mucho que deseaba tener esa estatuilla. Pero después de la escena con Angela en los lavabos, supe que deseaba ganar. Por mí, claro, pero también por todos mis colaboradores. Cuando pronunciaron mi nombre, fue como si volara. Ha sido maravilloso.

-Una velada muy interesante en todos los sentidos. Cuéntame de nuevo cómo la tumbaste.

-No la tumbé. Fue solo una bofetada femenina particularmente eficaz.

-¡Vaya si fue eficaz!

-No debería sentirme orgullosa por eso. Sin embargo, por un instante, antes de quedar horrorizada, la sensación fue maravillosa. Después me quedé confundida, y enseguida me sentí furiosa de nuevo. Además, ella fue la que empezó.

-Y tú lo terminaste. Puedes estar segura de que ahora ella te atacará más que nunca.

-Que lo haga. Me siento invulnerable. Es increíble. Tengo la sensación de que no puedo sentirme mejor.

-Sí que puedes.

Para demostrárselo, él comenzó a besarla.

-Tal vez tengas razón.

El cielo empezaba a aclararse con el amanecer y a perseguir las sombras del cuarto. El cuerpo de Deanna se arqueó, listo para recibir a Finn. Se habían amado un momento antes con excitante velocidad, y ahora empezaron a moverse juntos con lentitud, perezosamente.

En el otro extremo de la ciudad había una cama de habitación de hotel en la que no se había dormido ni amado. Angela estaba sentada en el borde, con la bata echada sobre los pechos. El vestido que había usado para la ceremonia estaba destrozado y hecho un guiñapo en el suelo, víctima de su ataque de rabia.

-No significa nada, querida. -Dan le dio una copa de champán-. Todo el mundo sabe que esos premios están amañados.

-Pero la gente lo ve. Miles de personas ven esa entrega de premios, Dan. La vieron subir al escenario, cuando debería haber subido yo. La vieron recoger mi premio. El mío, maldita sea.

-Mañana lo habrán olvidado. -Dan reprimió su impaciencia y hastío. La única manera de manejar a Angela era con lisonjas, halagos y mentiras-. Nadie recuerda nada cuando las luces se apagan.

-Pues yo lo recuerdo. -Levantó la cabeza y su expresión fue de nuevo fría y controlada-. No se saldrá con la suya. Haré todo lo que sea necesario para hacerla pagar por esto. Por la bofetada, por el premio. Por todo.

-Hablabamos más tarde de ello. -El ya se había enterado del incidente ocurrido en el tocador. Varias personas habían visto a Angela pegar primero-. Ahora tienes que descansar. Tienes que estar recuperada para cuando volvamos a casa.

-¿Descansar? -saltó Angela-. ¿Descansar? Deanna Reynolds está arrebatándome mi prensa, mi audiencia, y ahora mis premios. -Y también estaba Finn. No, ella no olvidaría a Finn-. ¿Cómo demonios puedes decirme que tengo que descansar?

-Porque no podrás derrotarla si ofreces un aspecto de perdedora resentida.

-¿Cómo te atreves a hablarme así? ¡Precisamente esta noche!

-Te lo digo por tu propio bien. Necesitas proyectar dignidad, madurez y confianza.

-Me está arruinando la vida. Igual que cuando era niña. Siempre alguien se llevaba lo que yo anhelaba.

-Ya no eres una niña, Angela. Habrá más premios.

Ella quería ese premio. Pero no lo dijo para que Dan no se disgustara y no se alejara de ella. Lo necesitaba a su lado, necesitaba su apoyo.

-Está bien, tienes razón. Mañana, en público, me mostraré serena y digna. Y, créeme, Deanna Reynolds no ganará ningún otro premio que me corresponda. -Forzó una sonrisa, extendió un brazo y lo hizo sentarse junto a ella-. Me siento tan frustrada, Dan. Por los dos. Tú trabajaste tanto como yo por este Emmy.

-Trabajaremos con más ahínco para el próximo.

-A veces hace falta más que trabajo. Dios sabe que tengo suficiente experiencia en ese campo. -Suspiró y bebió de nuevo. Se prometió que esa noche bebería todo lo que quisiera. Se lo merecía-. Cuando era pequeña hacía todas las tareas de la casa. De lo contrario, habríamos vivido en un vertedero. Siempre me

gustaba que las cosas parecieran bonitas y pulcras. Después comencé a hacer tareas de limpieza para otras personas. ¿Te lo había contado?

-No. -Sorprendido de que se lo dijera ahora, se puso de pie para coger la botella y le llenó la copa-. Sé que no te gusta hablar sobre tu infancia, y lo entiendo.

-Pero ahora me apetece hacerlo. -Volvió a beber e hizo un gesto hacia los cigarrillos. Dan le encendió uno-. De esa manera ganaba dinero extra para poder comprarme cosas. Mis propias cosas. Pero gane más que dinero. ¿Sabes? Es sorprendente todo lo que la gente deja tirado en sus casas, metido en los cajones o en cajas. Siempre sentí curiosidad hacia la gente. Supongo que por eso terminé en esto. Descubrí muchas cosas sobre la gente para la que trabajaba, cosas que ellos preferían mantener en secreto. Yo podía mencionarle a cierta mujer el nombre de un hombre que no era su marido. Después podía expresar mi admiración por algunos pendientes, una pulsera o un vestido. -Por entre el humo del cigarrillo, sonrió ante ese recuerdo-. Parecía obra de magia la rapidez con que lo que yo admiraba se convertía en mío. Solo por el favor de no revelar cierta información que yo poseía.

-Empezaste de muy joven -comentó Dan y volvió a llenarle la copa.

-Tuve que hacerlo. Nadie pelearía por mí. Nadie que no fuera yo iba a sacarme de ese infierno. Mamá era una borracha; papá jugaba o se iba con prostitutas.

-Debe de haber sido muy duro para ti.

-Me convirtió en una mujer dura -corrigió ella-. Yo observaba cómo vivía la gente y veía lo que yo deseaba. Encontré maneras de conseguir lo que quería. Me dejé la piel para ser la mejor. Y ahora nadie va a sacarme de la cima. Y desde luego no Deanna Reynolds.

-Esta es la Angela que amo -dijo él y la besó.

Ella sonrió. Tenía la cabeza embotada, y sentía el cuerpo ligero. Se preguntó por qué había tenido tanto miedo de distenderse bebiendo.

-Demuéstramelo -lo desafió, y dejó caer la bata de sus hombros.

La nieve alrededor de la cabaña era de un blanco de cuento de hadas. Las rocas y los arbustos hacían que esa cubierta blanca formara montículos y protuberancias, de modo que parecía un manto blanco debajo del cual se escondían decenas de duendes a la espera de la primavera. Ninguna nube deslucía el misterioso y gélido azul del cielo, y el sol refulgía sobre los troncos lustrosos de los árboles.

Desde la ventana, Deanna observaba cómo Finn y Richard ayudaban a Aubrey a hacer un muñeco de nieve. Con su traje azul de abrigo, la pequeña parecía un ave exótica que había perdido su rumbo camino al sur. Una serie de rizos, tan rojos como la cresta de un cardenal, asomaban de su gorra.

Al lado de ella los hombres parecían gigantes. Vio cómo Richard le enseñaba a Aubrey a hacer una bola de nieve. Él señaló a Finn, y Aubrey, con una risita nerviosa, arrojó la bola contra la rodilla de Finn, quien se dejó caer al suelo como si lo hubieran derribado con una piedra.

El perro, de pelaje largo y desgredado, se puso a ladrar y levantó una lluvia de nieve en su intento por participar en el juego.

-Es un muñeco de nieve muy bonito -dijo Fran mientras amamantaba a su pequeña Kelsey.

-Han iniciado una pequeña guerra -le informó Deanna-. Las bajas no son muchas, pero me parece que los combates durarán bastante.

-Puedes salir y gastar en ella algo de esa energía nerviosa. No necesitas quedarte aquí conmigo.

-No. Me gusta mirar. No sabes cuánto me alegró que pudierais venir este fin de semana.

-Puesto que es el primero libre que tienes en seis semanas, lo que me sorprende es que quisieras compartirlo.

-Salir de la ciudad con amigos es uno de esos lujos de los que he tenido que prescindir demasiado tiempo. He descubierto que necesito cosas como esta para mantenerme centrada.

-Entonces me alegro de colaborar. La idea de pescar con este clima le pareció a Richard suficientemente primitiva y varonil como para despertar su interés. En cuanto a mí, estaba lista para ir a cualquier parte. Si comienza a nevar a esta altura de noviembre, nos espera un invierno muy largo.

-Y no particularmente agradable. -Deanna comprendió que Fran tenía razón al referirse a toda la energía nerviosa que ella tenía almacenada-. Tengo la sensación de haber estado sitiada, Fran. Todas esas mentiras en los periódicos sensacionalistas sobre la pelea entre Angela y yo la noche de los Emmy...

-Querida, ya casi nadie se acuerda de eso y, además, todo el mundo sabía que eran mentiras.

-No todos. Algunos comentarios sobre la pelea se acercaron suficientemente a la verdad como para hacernos quedar a las dos como idiotas. Por supuesto, Loren no puede estar más feliz. Los índices de audiencia han subido hasta las nubes desde esa noche, y no tienen miras de bajar. La gente a la que el contenido del programa no podría interesar, ahora lo mira para ver si a mí me da por atacar a algún invitado.

Fran se echó a reír hasta que su mirada se cruzó con la de Deanna.

-Lo siento.

-Ojalá pudiera seguir viéndolo como algo divertido. Me pareció divertido hasta que empecé a recibir cartas.

-Pero Dee, casi todas las cartas han sido de apoyo, y hasta de felicitación.

-Lo cierto es que yo solo recuerdo las otras. Las que me decían que «debería darme vergüenza», o que «merezco ser castigada por mi falta de gratitud hacia una mujer tan maravillosa como Angela Perkins».

-¿Por qué no me dices qué es lo que realmente te está torturando? -dijo Fran.

-Estoy asustada. He recibido otra nota.

-Dios mío. ¿Cuándo?

-El viernes, justamente después de haber estado hablando con ese grupo de alfabetización en el Drake.

-Cassie estaba contigo.

-Sí. Parece que ya no voy a ninguna parte sola. Siempre con un séquito.

-Bueno, yo no diría que Cassie es un séquito. Cuéntame lo de la nota, Dee.

-Después tuvimos una sesión fotográfica. Cassie se fue. Tenía cosas que terminar en la oficina antes del fin de semana.

Mentalmente revivió la escena. Otro apretón de manos, otro clic del disparador de la cámara. Gente que la rodeaba para cambiar con ella una palabra, una mirada:

-Solo una toma más, Deanna, por favor. De ti con la esposa del alcalde.

-Solamente una más -advirtió Cassie con una sonrisa cordial pero con voz firme-. La señorita Reynolds ya llega tarde a su siguiente compromiso.

Deanna recordó que esas palabras le hicieron gracia. Por suerte, su siguiente compromiso era ir a su casa, meter un poco de ropa en una maleta y salir de la ciudad.

Posó de nuevo con la esposa del alcalde y la placa de homenaje por su trabajo a favor de la alfabetización, y después partió, con Cassie corriendo tras ella.

-Buen trabajo, Dee. Deja que yo lleve eso -dijo Cassie y puso la placa en su maletín mientras Deanna se enfundaba en su abrigo.

-No me pareció un trabajo. Todos han estado fantásticos.

-Ellos..., y tú también. -Cassie miró hacia atrás. La elegante recepción del Drake seguía repleta de gente-. Pero sigue mi consejo. Continúa caminando y no mires atrás o no saldrás de aquí hasta la medianoche. -Cassie la cogió del brazo y la llevó a la acera-. Tomaré un taxi hasta la oficina.

-Qué tontería. Tim puede dejarte allí.

-Sí, claro. Y en ese momento a ti se te ocurrirá que tienes algo que hacer en la oficina ya que estás allí. Vete a tu casa -le ordenó Cassie-. Haz la maleta, vete y no vuelvas a la ciudad hasta el domingo por la noche.

El consejo era demasiado tentador como para desoírlo.

-De acuerdo, señora metomentodo.

Cassie rió y la besó en la mejilla.

-Que pases un buen fin de semana.

-Tú también.

Se separaron y ambas tomaron direcciones opuestas entre el fuerte viento y la nieve.

-Siento llegar tarde, Tim.

-Descuide, señorita Reynolds -contestó Tim y le abrió la puerta de la limusina-. ¿Cómo ha ido todo?

-Muy bien, gracias.

Todavía rebosante de la energía de una tarea bien hecha, entró en el coche.

Allí estaba el sobre. Un cuadrado blanco recortado contra el asiento de cuero burdeos.

-Le pregunté a Tim si alguien se había acercado al coche -prosiguió Deanna-, pero él dijo que no había visto a nadie. Que como hacía frío entró un rato en el edificio. Aseguró que el coche estaba cerrado con llave. Sé cuán responsable es Tim, así que estoy segura de que lo estaba.

Demasiadas notas, pensó Fran, preocupada.

-¿Llamaste a la policía?

-Llamé al teniente Jenner desde el teléfono del coche. No tengo ningún control sobre esta situación, Fran. No puedo analizarla y ponerla en un compartimiento estanco. No puedo asumirla ni olvidarla. Ni siquiera puedo hablar de esto de manera racional. Cada vez que recuerdo que no he sido amenazada ni atacada, empiezo a ponerme histérica. Ese individuo me encuentra en todas partes. Quiero suplicarle que me deje en paz. Que por favor me deje en paz. Fran, estoy en un lío.

Fran se levantó y puso a Kelsey en la cuna. Se acercó a Deanna y le tomó las manos. En ese contacto había más que consuelo: había furia.

-¿Por qué no me has contado esto antes?

-Ya tienes suficientes problemas, Fran. Aubrey, el nuevo bebé...

-¿De modo que te compadeciste de la madre novata y simulaste no prestar importancia al asunto, como si fuera solo una consecuencia de la fama?

-Me pareció que no tenía sentido preocuparte. Están pasando tantas cosas en este momento: el programa, el contraataque de Angela, el accidente de coche de la hija adolescente de Margaret, el fallecimiento de la madre de Simon. -Deanna volvió junto a la ventana-. Finn se va a Haití la semana que viene. -Tuvo ganas de llorar. Apoyó la cabeza contra el frío vidrio y esperó a serenarse-. Pensé que podía manejarlo yo sola. Quería hacerlo.

-¿Y qué dice Finn? -Fran se acercó y le masajó la espalda-. ¿Sabe lo que estás pasando?

-El tiene muchas cosas en que ocuparse.

-¿Le contaste lo de la última nota?

-Me pareció mejor esperar a que volviera de su próximo viaje.

-Me parece muy egoísta de tu parte.

-¿Egoísta? -preguntó Deanna, sorprendida-. ¿Cómo puedes decir eso? No quiero que él se preocupe por mí cuando esté a miles de kilómetros de aquí.

-El quiere preocuparse por ti. Por Dios, Dee, ¿cómo puede alguien tan sensible y compasivo ser tan obstinado? Tienes a un hombre que te ama. Que quiere compartirlo todo contigo, lo bueno y lo malo. Él merece saber lo que sientes. Si lo amas la mitad de lo que él te ama a ti, no tienes derecho a escamotearle cosas.

-No pretendía eso.

-Pero es lo que estás haciendo. Es injusto con él, Dee. Es... -Se interrumpió-. Lo siento. No es asunto mío cómo manejeis vuestra relación.

-No te detengas -pidió Deanna-. Termina lo que estabas por decir.

-Está bien -siguió Fran y respiró hondo. La amistad de ambas había durado más de diez años. Esperaba que aguantase una tormenta más-. Pienso que es injusto que le pidas que postergue sus propias necesidades.

-No sé qué quieres decir.

-Por el amor de Dios, mira a Finn ahí fuera. Míralo jugar con Aubrey.

Ella lo hizo y vio a Finn haciendo girar a Aubrey en el aire, mientras la nieve le cubría los pies. Los gritos de alborozo de la pequeña resonaban como una canción.

-Ese hombre quiere una familia. Te quiere a ti. Tú le estás negando las dos cosas porque todavía no tienes todo minuciosamente encajado en su lugar. Eso no es solo egoísta, Dee, ni solo injusto. Es triste. -Como Deanna no dijo nada, ella se alejó-. Tengo que cambiar al bebé. -Alzó a Kelsey y abandonó la habitación.

Deanna se quedó allí de pie un buen rato. Vio a Finn jugar con el perro mientras Aubrey saltaba en brazos de su padre para ponerle una capa vieja al muñeco de nieve.

Pero vio algo más: a Finn cruzando aquella pista de aterrizaje bajo una lluvia torrencial, con una sonrisa arrogante en los labios, a Finn exhausto y dormido sobre el sofá, o riendo al girar el ril de la caña de pescar para ayudarla a sacar su primer pez, a Finn tierno y dulce al llevarla a la cama, a Finn con los ojos irritados al volver del lugar de un siniestro.

Siempre estaba allí, comprendió Deanna. Siempre.

Esa noche, ella aparentemente hizo las cosas como de costumbre, sirvió grandes platos con ternera estofada y festejó las bromas de Richard. Si alguien hubiera espiado por la ventana de la cocina, habría visto un grupo de amigos que compartían una comida con alegría. Personas que se sentían cómodas entre sí. Habría sido difícil detectar rastros de tensión o de discordia.

Pero Finn era un observador bien entrenado, y era capaz de percibir los estados de ánimo de Deanna por el movimiento de sus pestañas.

No le había hecho preguntas sobre la tensión que intuía, con la esperanza de que ella se lo contara por iniciativa propia. A medida que la velada fue transcurriendo, comprendió con impaciencia que tendría que presionarla un poco. Tal vez tendría que hacerlo siempre.

La vio instalarse en el salón, con una sonrisa en la cara y desdicha en los ojos. Cómo lo fascinaba. Hacía casi dos años que eran amantes y la relación física entre ambos era plena. Sin embargo, no importa lo abierta que fuera, lo sincera que fuera, siempre se las ingeniaba para ocultarle algunas cosas. Para guardar las distancias en algunas parcelas de la relación.

Comprendió que lo estaba haciendo en ese momento.

Quizá la mano de Deanna buscara la suya y la oprimiera con una familiaridad cómoda. Pero su mente estaba en otra parte, ocupada en resolver un problema que se negaba a compartir con él.

«Es mi problema», solía decirle con ese tono tan razonado que a veces lo enfurecía y otras lo divertía. No se trataba de nada que ella no pudiera manejar sola. Nada que requiriera la ayuda de él.

Dolido, Finn colocó su vaso sobre la mesa y subió al piso superior.

Encendió el fuego en la chimenea del dormitorio. Se preguntó cuánto tiempo debía esperar para que Deanna diera el paso siguiente. Pensó que eternamente.

Su necesidad cada vez más fuerte de tener una familia y una vida más estable y con raíces, no era nada comparado con la necesidad que tenía de ella. Y lo que era peor, deseaba, casi con desesperación, que ella también lo necesitara a él. Algo completamente nuevo. La necesidad de ser necesitado, de atarse a alguien no era precisamente agradable.

Comenzaba a detestar aquel statu quo.

Deanna lo encontró acurrucado frente al hogar, la vista fija en las llamas. Después de cerrar la puerta, se le acercó y le pasó una mano por el pelo.

-¿Qué demonios está pasando, Deanna? -preguntó él sin apartar la vista del fuego-. Estás nerviosa desde que llegamos anoche, pero simulas no estarlo. Antes de la cena habías estado llorando. Y tú y Fran os evitáis como un par de boxeadores en el décimo round.

-Fran está enfadada conmigo. -Se sentó en un cojín y entrelazó las manos. Sintió la tensión de Finn-. Supongo que tú también lo estarás. -Bajó la vista y le contó lo de la nota.

Luego respondió a sus preguntas y aguardó su reacción. No tuvo que esperar mucho.

Él se puso de pie y la miró.

-¿Por qué no me lo contaste enseguida?

-Pensé que era mejor esperar hasta que las cosas se aclarasen un poco en mi cabeza.

-Pensaste... -Finn asintió y se metió las manos en los bolsillos-. Pensaste que no era asunto mío.

-No es eso. Es solo que no quería arruinar el fin de semana. De todos modos, no hay nada que puedas hacer.

Los ojos de Finn se ensombrecieron y adoptaron el tono cobalto al que había hecho referencia Angela. Era una señal segura de pasión. Sin embargo, cuando habló, su voz no cambió. Eso sí era autodominio.

-Maldita sea, Deanna, te quedas ahí sentada y me obligas a conducir esto como si fuera una entrevista difícil en la que hay que extraer los hechos con tirabuzón. Estoy harto de que me ocultes cosas y las archives como «solo para Deanna». -Se acercó y la hizo ponerse de pie. Ella había esperado su enojo, pero no la furia que vio en su rostro.

-Finn, me estás lastimando.

-¿Y qué crees que me estás haciendo tú a mí? -La soltó tan rápido que ella trastabilló hacia atrás. Él se dio media vuelta y metió los puños en los bolsillos-. ¡No sabes lo impaciente que estoy por ponerle las manos encima a ese bastardo! Quiero darle una paliza por haberte asustado. Me siento impotente cuando recibes esas malditas notas y palideces. Pero lo peor es que después del tiempo transcurrido todavía no confías en mí.

-No es una cuestión de confianza. -La violencia que vio en sus ojos le puso el corazón en la boca-. Es orgullo. No quería reconocer que no podía manejarlo sola.

-Maldito sea tu orgullo, Deanna. Estoy cansado de darme de bruces contra él.

Deanna se asustó. Las palabras de Finn eran un punto final. Con un grito de alarma, lo tomó del brazo para que no se fuese.

-Finn, por favor.

-Voy a caminar un rato. Hay maneras de vencer esta clase de locura. La más constructiva es caminar.

-No he querido herirte. Te quiero.

-Me alegro, porque yo también te quiero. Pero no parece suficiente.

-No me importa que estés furioso -dijo Deanna y lo abrazó-. Te entiendo. Deberías estar gritando de furia.

Con suavidad, él logró soltarse.

-Tú eres la que grita, Deanna. Creo que es algo que está en tus genes. Yo provengo de una larga estirpe de negociadores. Pero sucede que en este momento no sé cómo hacerlo.

-No te pido que negociemos. Solo quiero que me escuches.

-Muy bien. -Pero se apartó de ella y fue a sentarse en un sillón junto a la ventana-. Después de todo, hablar es tu fuerte. Adelante, Deanna. Muéstrate razonable y objetiva. Yo seré tu público.

Ella volvió a sentarse.

-No sabía que estabas tan enojado conmigo. Creo que no es solamente porque no te conté lo de la última nota, ¿verdad?

-¿Qué dirías tú?

A lo largo de los años, ella había entrevistado a decenas de invitados hostiles, pero dudaba que alguno hubiera sido más difícil que Finn Riley con su sangre irlandesa.

-Siempre doy por sentado tu apoyo y no he sido justa contigo. Tú me lo has permitido.

-Ya -dijo él secamente-. Empiezas con una afirmación modesta, y luego le das la vuelta. Con razón estás en la cima.

-Déjame acabar, por lo menos antes de decirme que todo ha terminado...

-¿Crees que podría marcharme sin más?

-No lo sé -respondió ella y una lágrima resbaló por su mejilla-. Últimamente no me he permitido pensar mucho en eso.

-Por Dios, no llores.

-No lo haré. -Se secó la lágrima y se tragó las que amenazaban con brotar de sus ojos. Sabía que podría ablandarlo con lágrimas, pero después se odiaría por ello-. Siempre creí que podría hacer que todo

saliera bien si trabajaba lo suficiente para conseguirlo. Si lo planeaba todo con cuidado. Así que escribí listas de objetivos y me impuse horarios. Te he defraudado al tratar nuestra relación como si fuera una tarea, una tarea maravillosa, pero una tarea que cumplir. -Hablabas demasiado rápido, pero no podía detenerse-. Supongo que me sentí bastante orgullosa de la tarea que estaba haciendo. Los dos nos llevamos tan bien y me encanta ser tu amante. Pero hoy te observé cuando estabas fuera, y por primera vez comprendí lo mucho que me he equivocado... Ya sabes cuánto detesto cometer errores.

-Sí, lo sé. -Lo que estaba en juego no era solo el orgullo de Deanna-. Me parece que ahora eres tú la que está poniendo punto final, Deanna.

-No -saltó ella-. Lo que estoy intentando es pedirte que te cases conmigo.

Un leño cayó en el hogar y crepitó. Cuando volvió a reinar el silencio, el único sonido que Deanna oyó fue su propia respiración irregular. Finn se puso de pie con mirada enigmática.

-¿Tienes miedo de que te deje si no te casas conmigo?

-La sola idea de perderte me aterra. No sé por qué he esperado tanto. Tal vez me equivoco y tú ya no quieres casarte conmigo. Si es así, esperaré. -Si él seguía mirándola fijamente con esa expresión de curiosidad, gritaría-. Di algo, maldita sea.

-¿Por qué? ¿Por qué ahora, Deanna?

-No conviertas esto en una entrevista.

-¿Por qué? -repitió él. Cuando le cogió los brazos, Deanna comprendió que no estaba precisamente de un humor fino.

-Porque todo es muy complicado ahora. Porque la vida no se ciñe a ninguno de mis planes cuidadosamente diseñados, pero yo no quiero que el estar casada contigo sea algo cuidadosamente diseñado. Porque con los sondeos de audiencia de noviembre, toda esta loca publicidad con Angela, y tu viaje a Haití, probablemente sea el peor momento posible para pensar en casarse. Así que eso lo convierte en el mejor momento.

A pesar de sus sentimientos encontrados, Finn se echó a reír.

-Por una vez tu lógica me resulta incomprensible.

-No necesito que la vida sea perfecta, Finn. Ya no lo necesito. Solo tiene que estar bien. Y nosotros estamos hechos el uno para el otro. -Reprimió las lágrimas con parpadeos, pero al final las dejó brotar-. ¿Te casarás conmigo?

Finn le inclinó la cabeza hacia atrás para observar su cara. Sonrió con lentitud, mientras esos sentimientos encontrados se fundían en uno solo.

-Caramba, Kansas, esto es demasiado repentino...

La noticia del compromiso se propagó con rapidez. En el primer día del anuncio oficial, la oficina de Deanna recibió un aluvión de llamadas. Pedidos de entrevistas, ofrecimientos de diseñadores, empresas de catering, chefs, felicitaciones de amigos, llamadas de otros periodistas.

Cassie las atendió, y solamente le pasó a Deanna las que requerían su toque personal.

Curiosamente, no hubo llamadas, notas ni contacto alguno de la persona que la había acosado durante años. Pero el silencio la asustaba más que encontrar uno de aquellos sobres blancos sobre su escritorio o debajo de la puerta.

No llegó ninguna carta, porque ninguna fue escrita. En la pequeña habitación en sombras, donde las fotografías de Deanna sonreían desde las paredes y las mesas, solo se oía llanto. Lágrimas amargas caían sobre el ejemplar del periódico que anunciaba el compromiso de dos de las estrellas más populares de la televisión.

Solo, solo desde hacía tanto tiempo. Había esperado con paciencia, seguro de que Finn jamás querría echar raíces. De que él podría conseguir a Deanna. Pero ahora, esa esperanza que alimentaba su paciencia se había hecho añicos, como una copa de cristal arrojada a un lado, y que se descubre que todo el tiempo ha estado vacía.

No había ningún vino dulce del triunfo para compartir. Ni ninguna Deanna para llenar esas horas vacías.

Pero incluso antes de que sus lágrimas terminaran de secarse, comenzó a elaborar un plan. Era necesario demostrarle a Deanna que nadie podría amarla mejor que él. Ella necesitaba que se lo demostrara, tomar conciencia de ello de manera brusca. Y también necesitaba que se la castigara, aunque fuera un poquito.

Había una forma de hacerlo.

Deanna había optado por una boda sencilla. Una ceremonia privada, le dijo a Finn cuando terminó de hacerle el equipaje para ir a Haití. Nada más que la familia y los amigos más íntimos.

Pero ella sorprendió.

-Nada de eso. Lo haremos a bombo y platillo, Kansas -afirmó y se colgó la bolsa del hombro-. Una boda en una iglesia, música de órgano, montañas de flores y varios familiares lejanos emocionados. Seguida de una recepción de proporciones colosales en la que esos mismos familiares beberán demasiado y harán avergonzar a sus respectivos cónyuges.

-¿Sabes cuánto tiempo llevará organizar algo así?

-Sí. Tienes cinco meses. -La abrazó y la besó-. Tienes hasta abril, Deanna. Revisaremos juntos tu lista cuando yo vuelva.

-Pero, Finn... -quiso objetar ella, corrió tras él pero tuvo que coger al perro por el collar para impedir que saliera por la puerta que Finn acababa de abrir.

-Esta vez quiero que sea perfecto. Te llamaré en cuanto pueda.

Echó a andar hacia donde su chófer lo esperaba, se dio vuelta y caminó hacia atrás con una sonrisa pícar.

De modo que ahora Deanna debía organizar una boda en gran escala. Eso, desde luego, contribuyó a que se le ocurriera para un programa sobre los preparativos de boda y el consiguiente estrés.

-Podríamos invitar a parejas rotas a causa de que las peleas y discusiones durante los preparativos de la boda socavaron la relación.

Desde su asiento en la cabecera de la larga mesa de reuniones, Deanna miró a Simon con solemnidad.

-Gracias, eso es lo que me hacía falta oír.

-Hablo en serio -dijo y se ahogó de risa-. Oye, de verdad, tengo una sobrina que...

-Él siempre tiene una sobrina o un sobrino o un primo -explicó Margaret.

-¿Es culpa mía tener una familia numerosa?

-Chicos, chicos. -Para restablecer el orden, Fran sacudió el sonajero de Kelsey-. Se supone que somos un equipo serio y organizado con un programa que ocupa el número uno del ranking.

-Estamos en el número uno -recordó Jeff con una ancha sonrisa.

-Y queremos seguir en ese sitio. -Mientras sonreía, Deanna levantó las manos-. Está bien. Aunque confieso que no es algo que precisamente me tranquilice, la de Simon es una buena idea. ¿Cuántas parejas creéis que rompen en algún momento entre el quiere y el acepta?

-Muchas -afirmó Simon-. Tomemos como ejemplo a mi sobrina... -No prestó atención al avioncito de papel que Margaret lanzó hacia él-. Habían reservado la iglesia, el salón para la fiesta y el catering del bufé, pero peleaban como perro y gato todo el tiempo. El golpe final se produjo con motivo de los vestidos de las madrinas de honor. No consiguieron ponerse de acuerdo sobre el color.

-¿Que suspendieron la boda por los vestidos de las damas de honor? -preguntó Deanna con incredulidad y entrecerró los ojos-. Te lo estás inventando.

-Juro que no -dijo Simon y se llevó la mano al corazón-. Ella quería celeste y él quería lavanda. Por supuesto, las flores también influyeron. Si uno no se pone de acuerdo en eso, ¿cómo puede coincidir en qué colegio mandar a los chicos? -Se le iluminó la cara-. Quizá podamos conseguir que acudan al programa.

-Lo tendremos en cuenta. -Deanna hizo unas anotaciones. Entre ellas, recordar que debía ser flexible con respecto a los colores-. Creo que lo importante es que los preparativos de una boda provocan estrés, y que existen maneras de aflojar la tensión. Necesitaremos un experto, pero no un psicólogo -agregó al pensar en Marshall.

-Un coordinador de matrimonios -sugirió Jeff y miró a Deanna en busca de aprobación o desaprobación-. Alguien habituado a orquestar el negocio de manera profesional. Bueno, el matrimonio es un negocio -afirmó y miró a todos.

-Ya lo creo -dijo Fran y sacudió el sonajero contra la mesa-. Me parece bien un coordinador. Podríamos hablar de que hay que mantenerse dentro de los medios y las expectativas de cada uno. Cómo no dejar que las propias fantasías de perfección empañen lo realmente importante.

-Podríamos hablar también con los padres de la novia. Tradicionalmente ellos son los que pagan la fiesta. ¿Qué clase de tensión representa para ellos, tanto personal como financieramente? ¿Cómo se decide, de forma razonable, sobre las invitaciones, la recepción, la música, las flores, el fotógrafo? ¿Tenemos un

bufé o una cena fría servida en mesitas? ¿Y los centros de mesa? ¿La fiesta, la decoración, la lista de invitados? -En su voz hubo un leve atisbo de desesperación-. ¿Dónde demonios alojaremos a los invitados que no viven en la ciudad, y cómo es posible que alguien organice todo esto en cinco meses?

Apoyó la cabeza sobre los brazos.

-Creo -afirmó en voz baja- que lo mejor será escapar por piernas.

-Eh, eso está muy bien -comentó Simon-. Alternativas al estrés de la boda. Yo tengo un primo que...

Esta vez, el avioncito de Margaret le acertó en la frente.

Semanas después, el escritorio de Deanna estaba repleto de bocetos de vestidos de novia; desde los elaboradamente tradicionales hasta los espantosamente futuristas.

Detrás de ella, el árbol de plástico que Jeff había llevado a la oficina se escoraba peligrosamente a estribor por el peso de guirnaldas y bolas de adorno.

Alguien -Deanna supuso que Cassie- había rociado el despacho con un ambientador de pino que hacía que las ramas plásticas teñidas parecieran todavía más conmovedoras. A Deanna le encantaba.

Ya era una tradición, una superstición. No habría cambiado ese árbol tan feo por el abeto más bonito de la ciudad.

-No puedo imaginarme diciendo «sí quiero» con un atuendo como este.

Levantó un boceto para que lo viera Fran. El vestido corto estaba coronado por un tocado que parecía tener aspas de helicóptero.

-Bueno, Finn podría darle un empujoncito a las aspas y los dos avanzaríais por el aire a lo largo de la nave central de la iglesia. Pero este otro es impresionante.

Sostuvo un boceto en el que la delgada modelo tenía las piernas separadas con un traje de dos piezas, con minifalda y botas con tacones de aguja.

-Solo si llevara un látigo en lugar de un ramillete de flores.

-Conseguirías mucha publicidad gratis -comentó Fran y lo arrojó a un lado-. No tienes mucho tiempo para decidir antes de que abril se nos eche encima.

-No me lo recuerdes. -Siguió hojeando diseños-. Este es bonito.

Fran miró por sobre su hombro.

-Es precioso -dijo y lanzó exclamaciones de admiración hacia la falda amplia y las mangas abullonadas. El cuerpo tenía perlas bordadas y encaje, con un diseño que se repetía en la falda. El tocado era un sencillo aro del cual fluía el velo espumoso-. Es realmente bonito. Casi medieval. Un vestido para usar una vez en la vida.

-¿Te parece?

Fran entrecerró los ojos.

-Ya lo has decidido.

-Quiero una opinión objetiva. Pero sí -reconoció riendo-, lo supe en cuanto lo vi. -Ordenó la pila y puso el boceto elegido encima-. Ojalá las demás cosas fueran tan sencillas. El fotógrafo...

-Yo me ocupo de eso.

-El catering.

-Es tarea de Cassie.

-La música, las servilletas, las flores, las invitaciones -añadió Deanna antes de que Fran pudiera interrumpirla de nuevo-. Deja que al menos finja que esto me está volviendo loca.

-Difícil, cuando nunca te he visto tan feliz como ahora.

-Gracias a ti. Me diste el puntapié en el trasero que necesitaba.

-Me alegro. Ahora saldremos, ya que tienes la tarde libre, e iremos a la avenida Michigan a comprar tu ajuar. Con Finn fuera de la ciudad, esta es la única oportunidad que tengo. No hay tiempo que perder.

-Estoy lista. -Cogió su bolso pero en ese momento sonó el teléfono-. Vaya. -Como Cassie ya había salido, Deanna contestó-. Reynolds -dijo, por la fuerza de la costumbre, y su sonrisa se esfumó-. ¿Angela? -Levantó la vista y vio interés en los ojos de Fran-. Gracias. Estoy segura de que Finn y yo seremos muy felices.

-Por supuesto que sí -afirmó Angela mientras proseguía troceando con un abrecartas la portada de una revista en la que aparecían Finn y Deanna-. Siempre has sido muy confiada, Deanna.

-¿Puedo hacer algo por ti?

-Claro que no. Pero sí hay algo que yo puedo hacer por ti. Llamémoslo un regalo de compromiso. Un pequeño retazo de información sobre tu novio, que creo encontrarás interesante.

-Nada de lo que puedas decirme sobre Finn me interesa, Angela. Aprecio tus buenos deseos, pero me temo que he de colgar.

-No te des tanta prisa. Solías ser bastante curiosa y dudo que hayas cambiado. Creo que sería prudente, para ti y para Finn, que escucharas lo que tengo que decirte.

-Está bien. -Deanna apretó los dientes y volvió a sentarse-. Te escucho.

-Oh, no, querida, no por teléfono. Precisamente estoy en Chicago. Un poco por negocios y otro poco por placer.

-Sí, tu almuerzo de mañana en la Liga de Mujeres Sufragistas. Ya he leído sobre eso.

-Eso y otro pequeño asunto. Pero estaré libre para una pequeña conversación, digamos que a medianoche.

-¿La hora de las brujas? Angela, eso es demasiado obvio, incluso para ti.

-Vigila tu lengua o no te daré la oportunidad de oír lo que tengo que decirte antes de acudir a la prensa. Puedes tomar mi deferencia como un regalo de compromiso y de Navidad juntos, querida. A medianoche -repitió-. En el estudio. En mi viejo estudio.

-Yo no... maldita sea. -Deanna colgó con brusquedad.

-¿Qué quería?

-No estoy segura. Quiere que nos veamos. Dice que tiene una información interesante para mí.

-Lo único que quiere es causar problemas, Dee. -Había preocupación en la voz de Fran, y en sus ojos-. Pero es ella la que tiene problemas. En los últimos seis meses su programa ha bajado de forma espectacular con los rumores sobre lo mucho que ella bebe, que sus programas están amañados, que soborna a sus invitados. No resulta sorprendente que quiera volar en su escoba y entregarte una manzana envenenada.

-Eso no me preocupa -dijo Deanna y volvió a ponerse de pie-. De veras. Es hora de que ambas nos digamos a la cara lo que pensamos la una de la otra. En privado. Nada de lo que ella diga podrá hacerme daño.

TERCERA PARTE

Todo poder de la fantasía sobre la razón muestra un grado de insania.

SAMUEL JOHNSON

Pero alguien había dañado a Angela. Alguien la había matado.

Deanna siguió llorando histéricamente. Incluso cuando su visión se hizo borrosa, no pudo apartar la mirada de aquel horror que tenía ante sí. También sentía olor a sangre, a sangre caliente y espesa...

Tenía que huir antes de que Angela extendiera esa mano delicada y muerta, y la estrangulara.

Presa del pánico, logró levantarse de la silla y tuvo miedo de moverse demasiado aprisa, miedo de apartar la vista del cadáver de Angela Perkins. Cada movimiento, cada sonido era reproducido por el monitor mientras la cámara seguía registrando la escena. Sintió que algo le rozaba la espalda. Contuvo un grito y levantó las manos para defenderse, pero sus dedos se enredaron en el cable de un micrófono.

-¡Oh, Dios mío! -exclamó.

Logró liberarse, arrojó el micrófono a un lado y huyó del estudio muerta de pánico.

Tropezó, y un espejo de pared le devolvió la imagen horrorizada de ella misma. Estuvo a punto de enredarse con sus propios pies mientras corría por el oscuro pasillo. Alguien respiraba cerca de su cuello. Lo sentía, lo sabía.

Gimiendo, se metió en su camerino, dio un portazo y echó la llave. Se quedó parada en la oscuridad mientras el corazón le latía desbocadamente.

Tanteó en busca del interruptor de la luz y luego volvió a gritar cuando vio su propio reflejo. Una guirnalda dorada rodeaba el espejo. Como un nudo corredizo, pensó. Aterrorizada, se recostó contra la puerta. Todo comenzó a girar a su alrededor. Logró llegar al teléfono y marcó el 911.

-Por favor, ayúdenme. -Mareada, se sentó en el suelo-. Le han destrozado la cara. Necesito ayuda. Edificio de la CBC, estudio B. Por favor, apúrense -rogó y dejó que la oscuridad la devorara.

Finn llegó a su casa poco después de la una de la madrugada. Lo primero que quería era una ducha bien caliente y un coñac tibio. Esperaba a Deanna de vuelta antes de una hora, después de la reunión que había tenido. Se había mostrado imprecisa con respecto a los detalles cuando hablaron entre toma y toma, y él no tuvo tiempo ni ganas de insistir. Los dos trabajaban en ese medio desde hacía demasiado tiempo como para cuestionar las reuniones a medianoche.

Despidió al chófer y enfiló el sendero de acceso, sorprendido por los ladridos ansiosos del perro, que estaba encerrado en el trastero.

-Tranquilo, Cronkite. Muestra un poco más de respeto por el descanso de los vecinos.

Al acercarse a la puerta buscó las llaves y se preguntó por qué se habría olvidado Deanna de encender la luz del porche. Los pequeños detalles como ese jamás se le pasaban por alto.

Seguramente era por los preparativos de la boda, pensó complacido.

Algo crujió bajo sus pies. Vio el brillo de un cristal roto. Su desconcierto se trocó en furia al ver los añicos de los paneles de vidrio opaco de la puerta.

Se le secó la boca. ¿Y si la reunión se había cancelado? ¿Si Deanna se encontraba en la casa? Entró llamándola a gritos.

Algo se rompió en la parte posterior de la casa, y los ladridos frenéticos del perro se convirtieron en aullidos. Mientras rogaba que no le hubiese ocurrido nada a Deanna, Finn encendió las luces y echó a correr hacia el origen del ruido.

Solo encontró destrucción. Las lámparas y las mesas estaban caídas, la cristalería destrozada. Cuando llegó a la cocina, le pareció ver una silueta que corría por el césped. El perro volvió a aullar y arañar la puerta del trastero.

Estuvo a punto de salir en su persecución, pero la posibilidad de que Deanna estuviera en la casa se lo impidió.

-Está bien, Cronkite. -Abrió la puerta y el perro saltó hacia él nerviosamente-. Te has asustado, ¿verdad? Yo también. Ahora busquemos a Deanna.

Registró cada habitación y cada vez sintió más incredulidad. La casa parecía devastada por un tornado.

Pero lo más aterrador era el mensaje escrito con el lápiz de labios de Deanna sobre la pared, encima de la cama que ambos compartían.

HE MATADO POR TI AHORA TE ODIÓ.

-Gracias a Dios que ella no estaba aquí. Gracias a Dios -musitó Finn. Cogió el teléfono y llamó a la policía.

-Tranquilícese -pidió el teniente Jenner y le dio un vaso de agua.

-Ya estoy bien -dijo Deanna-. Lo lamento. Sé que antes he estado incoherente.

-Es comprensible. -Ya había visto el cuerpo de Angela Perkins y le pareció más que comprensible el estado de Deanna. No la culpaba por haberse encerrado en un camerino y que hubiera hecho falta una suave persuasión para convencerla de que abriera la puerta-. Necesitará que un médico la vea.

-Descuide, estoy bien.

Está en estado de shock, pensó él. El recurso que tenemos de protegernos con la ilusión de que todo está bien. Pero seguía con los ojos vidriosos y, pese a que él le puso su abrigo sobre los hombros, temblaba.

-¿Puede contarme qué sucedió?

-La encontré así. Llegué y la encontré.

-¿Qué hacía usted en el estudio después de medianoche?

-Ella me pidió que nos reuniéramos aquí. Ella me llamó... ella... Ella me llamó.

-De modo que convinieron en encontrarse aquí.

-Ella quería hablar conmigo. Dijo que tenía cierta información sobre... sobre algo que me interesaría saber. Al principio pensé no acudir, pero después me pareció mejor que termináramos de una vez.

-¿A qué hora llegó aquí?

-A medianoche. Miré el reloj en el aparcamiento. Era medianoche. Entré en el estudio, que se hallaba a oscuras. Así que pensé que ella no había llegado aún, y me alegré. Yo quería ser la primera en llegar. Pero cuando fui a encender las luces, algo me golpeó. Al volver en mí me encontraba en el plató. La cámara estaba funcionando, Dios, la cámara estaba funcionando y la vi, en el monitor, la vi a ella. -Se llevó una mano a la boca para reprimir los gemidos.

-Tómese un minuto antes de continuar -dijo Jenner y se reclinó en el asiento.

-No sé nada más. Corrí hacia aquí y me encerré con llave. Llamé a la policía y me desvanecí.

-¿Vio a alguien camino al estudio?

-No. A nadie. A esa hora los equipos de limpieza ya se habían ido. Habría algunas personas en la sala de redacción, pero después de la última emisión, el edificio queda desierto.

-Hace falta tener una tarjeta para entrar en el edificio, ¿no es así?

-Sí. Es un sistema de seguridad que instalaron el año pasado.

-¿Este bolso es suyo, señorita Reynolds? -preguntó él.

-Sí, es mío. Debí de dejarlo caer cuando... entré.

-¿Y esta tarjeta?

-Sí, es mía.

El policía hizo unas anotaciones.

-¿A qué hora la llamó la señorita Perkins para concertar esta cita?

-A las cinco de la tarde. Me llamó a la oficina.

-¿Su secretaria contestó la llamada?

-No, ya se había ido a su casa. Contesté yo misma. ¿Cree que yo la maté? ¿Por qué haría algo así? -Se puso de pie-. ¿Cree que la convencí de que viniera aquí, la asesiné y lo filmé todo para poder mostrarles el espectáculo a mi audiencia de la mañana?

-Cálmese señorita Reynolds -dijo Jenner y se puso de pie-. Nadie la acusa de nada. Solamente trato de reconstruir los hechos.

-Yo se lo explicaré. Alguien la mató. Alguien le destrozó la cara y la sentó en esa silla. Dios mío -exclamó y se llevó una mano a la frente-. Esto no puede estar sucediendo.

-Siéntese y serénese.

Jenner la tomó por el brazo. Oyó una conmoción proveniente del pasillo, y se volvió hacia la puerta.

-Maldición, tengo que verla. -Finn se soltó del policía que intentaba sujetarlo y entró en la habitación-. ¡Deanna! Se precipitó hacia ella-. Oh, Dios mío, estás bien. -La rodeó con los brazos y hundió la cara en su pelo.

-Oh, Finn. -Se apretó contra él, ansiosa por sentir su tacto, su calidez, su consuelo-. Alguien mató a Angela. Yo la encontré. Finn, yo la encontré.

Pero él observaba con preocupación la hinchazón y la sangre coagulada de la parte posterior de la cabeza de Deanna. El alivio se transformó en sed de venganza.

-¿Quién te hirió?

-No lo sé -contestó y volvió a perderse entre sus brazos-. No pude ver nada. La policía cree que lo hice yo, Finn, que yo la maté.

Por sobre el hombro tembloroso de Deanna, Finn miró a Jenner.

-¿Se ha vuelto loco?

-La señorita Reynolds se equivoca. Nadie la ha acusado de nada.

-Entonces puede irse a casa, ¿verdad?

Jenner se frotó el mentón.

-Claro que sí. Necesitaremos que firme una declaración, pero podemos dejarlo para mañana. Señorita Reynolds, sé que ha sufrido un terrible shock, y me disculpo por haberla sometido a un breve interrogatorio. Le aconsejo que vaya al hospital para que la examinen.

-Yo la llevaré. -Con suavidad, Finn la hizo sentar en una silla-. Quiero que esperes aquí un minuto. Tengo que hablar con el teniente Jenner.

Ella le apretó la mano.

-No me dejes.

-Estaré en el pasillo. Es solo un minuto. Teniente Jenner.

Jenner siguió a Finn al pasillo y le hizo señas al agente uniformado de que se alejara.

-Ha sufrido una experiencia muy difícil, señor Riley.

-Lo sé. Y por eso no quiero que usted aumente sus preocupaciones.

-Tampoco yo quiero eso. Pero tengo entre manos un homicidio muy desagradable, y ella es la única testigo. ¿Le importa decirme dónde estuvo usted esta noche?

-Estuve filmando en el South Side. Una docena de testigos afirmarán que estuve allí hasta la medianoche. Después, mi chófer me llevó a casa donde me dejó poco después de la una. Llamé al 911 a la una y veinte.

-¿Por qué?

-Porque mi casa ha sido allanada.

Jenner volvió a frotarse el mentón.

-¿Dice que a la una y veinte?

-Sí. Quien entró en casa dejó un mensaje para Deanna en la pared del dormitorio. Puede verificar los detalles con su gente. Ahora me llevaré a Deanna de aquí.

-Está bien. -Jenner hizo otra anotación-. Señor Riley, sugiero que la lleve por otro camino para que no tenga que atravesar el estudio.

-¡Eh, Arnie! -gritó otro policía de paisano desde el extremo del pasillo que comunicaba con el estudio-. El médico forense ya ha terminado aquí.

-Dile que espere un minuto. Nos mantendremos en contacto, señor Riley.

Finn no dijo nada y regresó al camerino. Se sacó la chaqueta y se la echó a Deanna por los hombros.

-Vamos, cariño, salgamos de aquí.

-Quiero irme a mi casa -dijo Deanna y se recostó contra él.

-De ningún modo. Vamos a urgencias.

-No me dejes allí, por favor.

-No pienso dejarte.

Dio un rodeo para evitar el estudio y bajaron por la escalera que conducía al aparcamiento. Como sabía lo que les esperaba, antes de abrir la puerta le besó la frente y la cogió por los hombros.

-Este lugar estará repleto de periodistas y cámaras de televisión.

Ella apretó los ojos y se estremeció.

-Ya lo sé.

-Aférrate a mí.

-Ya lo hago.

Cuando abrió la puerta, los destellos de los flashes los cegaron. Deanna se cubrió la cara y vio gente que se precipitaba hacia ella, micrófonos y cámaras en mano.

Profirieron docenas de preguntas, pero se limitó a encogerse de hombros mientras Finn la hacía pasar entre la nube de periodistas.

Ella los conocía a casi todos. Y a casi todos les tenía afecto. En otros tiempos habían competido por alguna noticia. En otros tiempos ella habría estado junto a ellos, para tratar de conseguir la mejor toma y el

mejor comentario. Después, hubiera corrido al estudio para poner la información en antena antes que la competencia.

Pero ahora ya no era la entrevistadora sino la entrevistada. ¿Cómo decirles lo que sentía, lo que sabía? La cabeza le palpitaba, y tuvo la sensación de que se desmayaría.

-Por Dios, Dee.

Una mano se extendió hacia ella y vaciló. Y entonces vio a Joe, con la cámara al hombro, la gorra de béisbol puesta del revés.

-Lo siento -dijo él-. Lo siento de veras.

-Descuida. Yo también estuve en tu sitio, ¿recuerdas? Es tu trabajo. -Subió al coche de Finn y cerró los ojos.

Jenner dejó el lugar en manos de la policía científica y los forenses. Como ya había ordenado a dos de sus hombres que interrogaran a los ocupantes del edificio, decidió esperar hasta la mañana para hacer allí un rastreo. Abandonó el edificio de la CBC y condujo hasta la casa de Finn Riley.

-¿Cómo está la señorita Reynolds? -preguntó cuando Finn llegó pocos minutos después.

-Sufre una conmoción -señaló Finn-. Estará en observación hasta mañana. Sabía que usted vendría.

Jenner asintió y los dos se encaminaron hacia la puerta.

-Una noche muy ajetreada -comentó-. Según los registros, su llamada entró en la comisaría a la una y veintitrés. La primera unidad llegó a la una y veintiocho.

-Una respuesta muy rápida. -Aunque, en realidad, no le había parecido tan rápida durante los interminables cinco minutos en que estuvo contemplando la destrucción de su hogar-. ¿También se ocupa de robos y otros delitos, teniente?

-Me gusta diversificarme. Y la verdad es que... -hizo una pausa delante de la puerta- creo que esto me interesa. Me interesan tanto aquel asunto de Greektown como la investigación de esas cartas recibidas por la señorita Reynolds. ¿Eso le molesta?

Finn lo estudió. Parecía cansado, pero estaba completamente alerta. Era una combinación que Finn entendía a la perfección.

-No.

-Entonces -agregó Jenner al entrar- tal vez quiera ayudarme. ¿Le ha mencionado lo ocurrido aquí a la señorita Reynolds?

-No.

-No lo culpo. Ha pasado una noche muy difícil. -Paseó la vista por el lugar. Daba la sensación de haber sufrido un bombardeo-. Y usted también.

-Ya lo creo. Casi todas las habitaciones han resultado destruidas.

-Debe de estar furioso.

-Las cosas pueden reemplazarse -contestó Finn mientras subían por la escalera.

-Ya. -Jenner entró en el dormitorio y miró la pared-. De modo que a su admirador le ha dado por escribir en las paredes. -Sacó su bloc y anotó el mensaje. Era la primera vez que ese malnacido se exponía de manera tan flagrante. Observó el estado de la habitación-. A los forenses les costará trabajar en medio de todo este lío. Veamos. El homicidio tuvo lugar cerca de la medianoche. El trayecto desde la CBC hasta aquí supone unos quince minutos. Digamos que el tipo pasa diez minutos en preparar todo en el plató. Otros diez en llegar aquí. Y usted llega a su casa a la una y veinte. Sí, diría que es tiempo suficiente.

-No me está diciendo nada que yo no sepa, teniente. ¿Qué haremos ahora?

-Mañana peinaremos todo el vecindario. Alguien puede haber visto algo.

-Aún no ha entrevistado a Dan Gardner, ¿verdad?

-No. Es mi siguiente visita.

-También la mía.

-Señor Riley, será mejor que vuelva al hospital y acompañe a su mujer. Déjeme el resto a mí.

-Me ocuparé de Deanna -asintió Finn- y también quiero hablar con Gardner. Pienso llegar al fondo de esto. Puedo hacerlo con usted, teniente, o por mi cuenta.

-Bueno, esa no es una actitud precisamente cordial, señor Riley.

-No me siento particularmente cordial, teniente.

-Supongo que no, pero esto es un asunto para la policía.

-También lo era Greektown.

Jenner enarcó las cejas mientras estudiaba a Finn. Ese hombre sabía qué teclas apretar.

-Usted me cae bien -reconoció Jenner al cabo de un momento-. Me gustó la forma en que manejó las cosas en Greektown.

-Es mi trabajo.

-Sí, y este es el mío. Estoy dispuesto a hacer la vista gorda en ciertos aspectos, señor Riley, por un par de razones. La primera es que de veras admiro a su mujer, y la segunda... que hay una chiquilla de diez años que tal vez le deba la vida. No creo haberle mencionado que yo tengo una nieta de esa edad.

-No.

-De acuerdo -agregó Jenner y volvió a asentir-. Puede seguirme en su coche.

Cuando Deanna despertó, ya era media mañana. Pero no tuvo necesidad de orientarse: recordaba todo con claridad. Estaba en observación en el hospital. El término le hizo gracia. Sabía que seguiría en observación -en muchos sentidos- durante mucho tiempo.

Giró la cabeza y miró a Finn, que dormitaba en una silla junto a la cama, su mano sobre la de ella. Sin afeitarse, agotado y pálido, era una visión maravillosa.

Como no quería despertarlo, se movió muy despacio. Pero ese leve movimiento le hizo abrir los ojos.

-¿Sientes dolor?

-No. No debiste quedarte sentado toda la noche. Aquí te habrían encontrado alguna cama.

-Yo puedo dormir en cualquier parte. Soy periodista, ¿recuerdas? Tú deberías tratar de dormir un poco más.

-Quiero irme a casa. Una leve conmoción no es suficiente para retenerme en el hospital. -Se incorporó lentamente en la cama-. Veo bien, recuerdo todo sin lagunas, no tengo náuseas.

-Estás blanca como el papel, Deanna.

-Tampoco tú tienes muy buen aspecto que digamos. ¿Quieres meterte en la cama conmigo?

-Más tarde. -Se sentó en el borde y le acarició la mejilla-. Te quiero.

-Lo sé. Creo que no habría soportado lo de anoche sin ti.

-No tienes que soportar nada sin mí.

Ella sonrió, pero su mirada se desvió al televisor ubicado en la pared.

-Supongo que no habrás visto las noticias de la mañana.

-No. Ya nos enfrentaremos; a eso más tarde.

Sí, pensó ella. Más tarde sería mejor.

-Ha sido espantoso. Necesito pensar en ello, pero no puedo hacerlo.

-Entonces no lo hagas. No te exijas nada, Deanna. -Volvió la cabeza al oír a Fran en plena discusión con el policía apostado junto a la puerta-. Le diré que estás descansando.

-No, por favor. Quiero verla.

Finn fue a hablar con el policía, cuando Fran entró como una exhalación. Corrió hacia la cama y abrazó a Deanna.

-Dios, no sabes lo nerviosa que estoy desde que me enteré. ¿Estás bien? ¿Te han herido?

-Solo un golpe en la cabeza -dijo Deanna y le devolvió con fuerza el abrazo-. Estaba a punto de levantarme y vestirme.

-¿Estás segura? -Fran se apartó y la observó-. Te veo muy pálida. Finn, ve a buscar al médico. Creo que debería echarle otro vistazo.

-No te preocupes -dijo Deanna y le apretó las manos con fuerza-. He pasado la noche en observación. ¿Cómo están las cosas en la oficina?

-Un caos. ¿Qué otra cosa podía esperarse? La policía le está tomando declaración a todo el mundo.

-Yo tendría que estar allí.

-Ni hablar. No hay nada que tú puedas hacer, y si aparecieras por allí en este momento solo provocarías más confusión. Creo que en cuanto yo vuelva y les diga que estás bien, todo se calmará. -Su boca tembló antes de abrazar de nuevo a Deanna-. ¿De veras estás bien? Ha de haber sido horrible para ti. Cada vez que pienso en lo que podría haber pasado.

Deanna apoyó la cabeza en el hombro de Fran.

-Angela. Por Dios, Fran, todavía no puedo creerlo. ¿Quién podía odiarla tanto?

Tienes para elegir, pensó Fran.

-No quiero que te preocupes por el programa ni por la oficina. Hoy repetiremos una emisión. Cassie está ocupándose de todo, reubicando a los invitados que teníamos para la semana próxima.

-No es necesario.

-Yo soy la productora y digo que sí lo es. -Después de abrazarla una vez más, Fran miró a Finn en busca de apoyo. ¿No estás de acuerdo?

-Claro que sí. Pienso llevármela a la cabaña por unos días.

-No puedo irme así como así. Seguro que Jenner quiere hablar de nuevo conmigo. Y yo quiero hablar con Loren y con los miembros del equipo.

Finn la observó.

-Yo lo veo de otra manera -dijo-. Puedo sacarte de aquí hoy y llevarte a la cabaña. O decirles que te aten a esa cama por un par de días más.

-Qué tontería. -Deanna se sentía demasiado cansada para enojarse-. El que vayamos a casarnos no significa que puedas dirigir mi vida.

-Sí puedo hacerlo cuando te pones demasiado obstinada para saber lo que es mejor para ti.

-Muy bien -añadió Fran con expresión satisfecha y besó a Finn en la mejilla-. Ahora que sé que Deanna está en buenas manos, iré en busca del médico. Necesito hablar contigo -le dijo a Finn en voz muy baja y miró a Deanna-. Tú no te preocupes por los detalles. El equipo y yo podemos ocuparnos de todo. Volveré dentro de unos minutos.

-Estupendo. -Deanna se recostó en las almohadas e hizo una mueca de dolor cuando ese movimiento le repercutió en la cabeza-. Dile a todos que me he ido de pesca.

-Buena idea. -Finn acompañó a Fran a la puerta-. Veré si consigo que alguien me firme el alta. Tú quédate en cama -le ordenó a Deanna y salió-. ¿Qué es lo que no quieres que ella sepa?

-El piso 16 está atestado de policías -dijo Fran mientras los dos se dirigían a los ascensores-. El despacho de Deanna ha sido destrozado, como si un loco furioso hubiese sufrido allí una crisis aguda. Creo que anoche ella estaba demasiado trastornada para advertirlo. Las listas que ella había confeccionado para la boda y los bocetos del vestido de novia estaban rotos. Alguien escribió en las paredes con pintura roja «Te amo» una y otra vez. No quiero que ella vea eso, Finn.

-No lo verá. Descuida.

-Lo sé. Pero tengo miedo. Quienquiera que haya matado a Angela está tan obsesionado con Dee que no creo que jamás la deje en paz.

-No logrará acercarse a ella -afirmó Finn-. Ahora quédate con Deanna hasta que yo regrese.

Después de una siesta de dos horas, Jenner llamó a la puerta de la suite del hotel donde vivía Dan Gardner. Junto a él estaba Finn, quien repasaba mentalmente una lista de preguntas que quería hacerle.

-Esta vez será mejor que esté de humor para hablar.

Jenner se encogió de hombros. No le importaba tomar el camino más largo, siempre y cuando terminara en el lugar adecuado.

-No es fácil hablar cuando uno está sedado.

-Muy conveniente -murmuró Finn.

-Bueno, al pobre diablo le han convertido en viudo, así que tiene derecho a sentirse abatido, ¿no cree?

-Lo lógico sería que quisiera saber algunos detalles antes de deprimirse. En mi opinión, cuanto más tarde en hablar con usted, más tiempo tendrá para fabricarse una coartada. Angela Perkins era una mujer muy rica. ¿Quiere adivinar quién es el principal beneficiario de su fortuna?

-Si él la mató, habría sido una estupidez no tener una coartada desde el principio. Tengo la sensación de que usted es un hombre acostumbrado a ponerse al volante.

-¿Y?

-Pues que en este caso tendrá que resignarse a un asiento trasero y recordar quién conduce esta investigación.

-Los policías y los periodistas tienen mucho en común, teniente. No somos los primeros en usarnos mutuamente.

-Ya -reconoció Jenner-. Pero eso no cambia lo que acabo de decirle.

Finn asintió de mala gana mientras la puerta se abría. Dan tenía el aspecto de un hombre que ha pasado una semana borracho. Tenía la cara grisácea, los ojos hundidos y el pelo alborotado. Su pijama y una bata de seda negra le daban un formal toque de elegancia.

-¿Señor Gardner?

-¿Quién es usted? -Dan se llevó un cigarrillo a los labios y dio una calada.

-Soy el detective Jenner. -Le mostró su placa.

Dan la miró y después vio a Finn.

-Un momento. ¿Qué hace él aquí?

-Investigación periodística -dijo Finn.

-Yo no hablo con periodistas, en particular con este.

-Me resulta muy curioso, viniendo de alguien que no hace más que cortejar a la prensa. -Finn encajó un pie en la puerta antes de que Dan tuviera tiempo de cerrarla-. Considerare confidencial lo que usted diga, pero no haga tonterías. Estoy de muy mal humor.

-¿Y cómo me siento yo?

-Mis condolencias, señor Gardner -terció Jenner-. Desde luego, no está obligado a hablar en presencia del señor Riley, pero sospecho que de todos modos él volvería. ¿Por qué no lo intentamos de este modo para que sea lo más breve posible? A usted le resultará más fácil que lo interrogué aquí, en lugar de tener que ir a la comisaría.

Dan los miró un momento, se encogió de hombros y finalmente los dejó entrar.

Las cortinas seguían echadas y daban al salón una atmósfera opresiva. El aire estaba impregnado de olor de tabaco, que se mezclaba repulsivamente con la fragancia de dos floreros con rosas que flanqueaban el sofá.

Dan se sentó y parpadeó cuando Jenner encendió una lámpara.

-Lamento tener que molestarlo en este momento, señor Gardner -dijo Jenner-, pero necesito su cooperación.

Dan se limitó a darle una calada al cigarrillo.

-¿Puede decirnos qué sabe sobre las actividades de su esposa ayer?

-¿Además de ser asesinada? -Con una risa amarga, se puso de pie para acercarse al bar y servirse una generosa ración de whisky.

Finn levantó una ceja al ver cómo se lo zampaba de un trago y volvió a servirse. Eran apenas las diez de la mañana.

-Nos ayudaría mucho -prosiguió Jenner- tener una visión clara de los movimientos de su esposa a lo largo del día. Adónde fue, con quién estuvo.

-Se levantó a eso de las diez -recordó Dan y regresó al sofá-. Tuvo una sesión de masajes, la peinaron y la maquillaron y le hicieron la manicura. Todo aquí, en la suite. -Dan bebía con una mano, fumaba con la otra, y sus movimientos eran mecánicos y extrañamente rítmicos-. Ofreció una entrevista a un periodista del *Chicago Tribune*, después bajó al salón para almorzar. Tuvo otros varios compromisos a lo largo del día: entrevistas, reuniones. La mayor parte aquí, en la suite.

Apagó el cigarrillo y se reclinó en el sofá.

-¿Usted estaba con ella? -preguntó Finn.

Dan lo miró con furia y se encogió de hombros.

-La mayoría de las veces, no. A Angela no le gustaba que la distrajeran cuando trataba con la prensa. Tenía una entrevista a la hora de cenar con la revista *Premiere* para que le promocionaran su próximo especial. Me dijo que no sabía cuánto tardaría, y que después tenía otra, así que era mejor que yo fuera al bar y me entretuviera.

-¿Lo hizo usted? -indagó Jenner.

-Tomé un par de copas y escuché algunas canciones al piano.

Jenner lo anotó en su bloc.

-¿Estuvo acompañado?

-No tenía humor como para estar con nadie, así que aproveché para estar solo. -Entrecerró los ojos-. ¿Usted quiere saber los movimientos de Angela o los míos?

-Ambos -señaló Jenner-. Así puedo tener un panorama claro de la situación. ¿Cuándo vio por última vez a su esposa, señor Gardner?

-Justo antes de las siete, cuando se estaba preparando para la cena.

-¿Ella le contó que pensaba reunirse con Deanna Reynolds en la CBC esa noche?

-No. Si me lo hubiera dicho, la habría disuadido. El también lo sabe -dijo, y movió la cabeza hacia Finn-. Por eso quiere participar de la investigación, para tratar de manejar la situación. No es ningún secreto que Deanna Reynolds odiaba a mi esposa, sentía envidia de ella y quería destruirla. No tengo ninguna duda de que ella asesinó a Angela, o la hizo asesinar.

-Una teoría muy interesante -comentó Finn-. ¿Eso es lo que le dirá a sus agentes publicitarios?

Jenner carraspeó.

-¿Cree usted que la señorita Reynolds había amenazado a su esposa?

Dan miró fijamente a Jenner.

-Ya se lo he dicho, ella la atacó físicamente una vez. Dios sabe bien que a lo largo de estos años la atacó también emocionalmente decenas de veces. Quería sacarla del camino. Y ahora lo ha logrado. Que eso quede bien claro. ¿Qué piensa hacer al respecto?

-Lo estamos investigando -respondió Jenner-. Señor Gardner, ¿a qué hora volvió anoche al hotel?

-Entre las doce y media y la una.

-¿Vio a alguien o habló con alguien que pueda confirmarlo?

-No me gusta esa pregunta, teniente. Mi esposa ha sido asesinada. Y, a juzgar por lo que he oído, había solo una persona con ella. -Miró fijamente a Finn-. Una persona que tenía todos los motivos del mundo para hacerlo. No me hace ninguna gracia que me pida usted una coartada.

-¿La tiene? -repuso Finn.

-Pero bueno, Riley, ¿de veras cree que conseguirá que la policía deje de sospechar de Deanna y sospeche de mí?

Finn enarcó una ceja.

-No ha respondido a mi pregunta.

-Es posible que algún empleado del bar me haya visto entrar. También es posible que la camarera recuerde haberme servido, y a qué hora me fui. ¿Qué clase de coartada tiene Deanna Reynolds?

Jenner se preguntó si la voz de Dan traslucía furia o miedo.

-Me temo que no puedo hablar de eso en este momento -dijo-. ¿Tiene idea de cómo entró su esposa en el edificio de la CBC y en el estudio B?

-Trabajó allí durante un tiempo -contestó Dan con sequedad-. Supongo que sencillamente entró. Conocía el camino.

-Hay un nuevo sistema de seguridad en el edificio.

-Entonces supongo que Deanna la hizo entrar y después la mató. Imagino lo que esto significará para la audiencia de su programa, teniente Jenner. Ello sabe. -Señaló a Finn con un dedo-. ¿Cuánta gente verá el programa de una asesina a sangre fría, Riley? Deanna acabará con toda la competencia. Igual que acabó con Angela.

-Quien haya matado a su esposa no se beneficiará con ello -dijo Jenner. Miró a Finn y se alegró de que mantuviese la calma; le gustaba que los dos trabajaran en equipo-. ¿La señorita Perkins tenía una agenda de compromisos?

-Su secretaria le llevaba la agenda, pero Angela siempre tenía en el bolso una libreta en la que anotaba sus compromisos.

-¿Le importaría que echáramos un vistazo a su habitación?

-Mierda, hagan lo que quieran.

-Debería pedir que le suban el desayuno, señor Gardner -sugirió Jenner al ponerse de pie.

-Sí, debería hacerlo.

Jenner sacó una tarjeta y la dejó sobre la mesilla junto al cenicero lleno de colillas.

-Le agradecería que se pusiera en contacto conmigo si recuerda alguna otra cosa. Dentro de algunos minutos nos marcharemos.

Lo primero que Finn hizo en el dormitorio de la suite fue abrir las cortinas para que la luz entrara a raudales. La cómoda estaba repleta de frascos y botes, los costosos juguetes de una mujer vanidosa que podía darse el lujo de pagar lo mejor. Una copa de champán con marcas de lápiz de labios estaba en el centro. Una bata de seda con estampado de flores se encontraba sobre el brazo de una silla, junto a unas zapatillas tipo ballet a juego.

La única prueba de que un hombre compartía esa habitación era un traje colgado en el armario.

-Usted no dijo haber encontrado una libreta en su bolso, teniente.

-No la había. Contenía cosméticos, una llave de hotel, tabaco, encendedor, un pañuelo de seda, un billetero de piel de anguila con documentos de identidad, tarjetas de crédito y trescientos dólares en efectivo. Pero ninguna agenda.!

-Interesante. -Finn señaló la copa de champán-. Diría que esa copa era de ella.

-Es más que probable.

-Hay otra en la sala, sobre el bar, también con marcas de lápiz de labios rojo oscuro.

-Buen ojo, señor Riley. ¿Por qué no averiguamos si en el servicio de habitaciones saben quién acompañó a Angela a beber champán?

Carla Méndez jamás había vivido nada igual. Era la mayor de cinco hijos de un vendedor de zapatos y una camarera, y su vida era sencilla y monótona. A los treinta y tres años, tenía tres hijos y un marido fiel que por lo general estaba sin empleo.

A Carla no le importaba trabajar de camarera de hotel. No era el sueño de su vida, pero lo hacía bien, aunque mecánicamente. Solía llevarse pequeños frascos de champú y cremas para manos, además de las propinas.

Era una mujer corpulenta y pequeña, de pelo negro rizado y diminutos ojos oscuros que casi se perdían en una red de arrugas de preocupación. Pero ahora sus ojos brillaban al pasar del policía al periodista.

No le gustaban los policías. Si Jenner se le hubiera acercado solo, ella se habría cerrado en banda. Sin embargo no podía resistirse a Finn Riley. La forma en que se le formaban hoyuelos cuando le sonreía, la manera caballeresca con que le había tomado la mano.

Y él quería entrevistarla.

Para Carla era el momento más importante de su vida.

Jenner lo advirtió y dejó que Finn cogiese el timón.

-¿A qué hora entró en la habitación de la señorita Perkins para hacerle la cama, señora Méndez?

-A las diez. Por lo general lo hago mucho más temprano, pero ella me pidió que no la molestara antes de esa hora. Tenía compromisos. No me gusta trabajar hasta tan tarde, pero ella era muy agradable. -La propina de veinte dólares había sido muy agradable-. Yo la había visto por televisión. Pero no era arrogante ni presuntuosa. Era muy educada aunque bastante desordenada. Ella y su marido solían usar seis toallones de baño por día. Ella dejaba colillas de cigarrillos en todos los ceniceros. Y platos sucios por todas partes.

Finn le dedicó una sonrisa.

-¿La señorita Perkins estaba con su marido cuando usted fue a hacer la cama?

-No podría decirlo. Yo no lo vi ni lo oí. Pero sí la oí a ella y a la otra.

-¿La otra?

-La otra mujer. Se estaban peleando como dos gatas. No es que me pusiera a escuchar, yo solo me ocupo de mis propios asuntos. Hace siete años que trabajo en este hotel, y no podría hacerlo si husmeara en la vida privada de los huéspedes. Pero cuando supe cómo habían asesinado a la señorita Perkins, le dije a Gino, mi marido, que había oído a la señorita Perkins pelearse con esa mujer en su suite horas antes de morir. El dijo que tal vez debería informar a mi supervisora, pero pensé que podría meterme en líos.

-¿De modo que no se lo ha dicho a nadie? -preguntó Finn.

-No. Cuando ustedes me dijeron que querían hablar conmigo sobre los de la 2403, pensé que ya lo sabían.

-¿Qué puede decirnos sobre la mujer que estaba con la señorita Perkins?

-Yo no la vi, solo la oí. Las oí a las dos. La mujer dijo: «Estoy harta de tener que someterme a tus juegos, Angela. Y de una manera u otra se va a terminar». Entonces la señorita Perkins se echó a reír. Supe que era ella porque, como ya he dicho, la veía por televisión. Rió como lo hace la gente cuando se siente enfadada. Y dijo: «Ya lo creo que seguirás jugando, querida. Las apuestas... hay demasiado en juego para que hagas otra cosa». Durante un rato las dos se insultaron. Entonces la otra mujer dijo: «Podría matarte, Angela. Pero quizá haga algo mejor que eso». Entonces oí un portazo, y la señorita Perkins volvió a reír. Yo terminé rápido y salí al pasillo.

-¿Sabe, señora Méndez?, creo que debería dedicarse a mi trabajo. Es usted muy observadora -aseguró Finn.

-Una ve muchas cosas cuando trabaja en un hotel.

-Ya. Me pregunto si vio a la mujer que se fue.

-No. Allí fuera no vi a nadie, pero tardé un par de minutos en terminar de colocar toallas limpias, así que ella podría haberse ido ya. Esa era mi última habitación, por lo que después me marché a casa. A la mañana siguiente me enteré de que habían asesinado a la señorita Perkins. Al principio pensé que esa mujer había regresado y la había matado aquí, en la suite. Pero después supe que no había ocurrido en el hotel, sino en el canal de televisión donde Deanna Reynolds tiene su programa. Me gusta más su programa -agregó-. Tiene una sonrisa franca y hermosa.

Deanna intentó utilizar su sonrisa cuando Finn vaciló en la puerta de la cabaña. -Estoy bien -le dijo. Se lo había dicho repetidamente desde que le dieron el alta en el hospital, veinticuatro horas antes-. Finn, solo vas a comprar algunas cosas que necesitamos, no me estás dejando sola para que defienda el fuerte de un ataque de los apaches. Además -agregó y se agachó para rascar las orejas del perro- tengo un protector.

-Vaya protección. -Rodeó la cara de Deanna con las manos-. Deja que me preocupe por ti. Sigue siendo una experiencia nueva para mí.

-Con tal que no te preocupes tanto que olvides comprarme ese chocolate que te pedí.

-No lo olvidaré. -La besó. Ese día que habían pasado en la cabaña había aliviado el horror de Deanna; pero todavía no dormía bien y los sonidos inesperados la sobresaltaban-. ¿Por qué no duermes un rato, Kansas?

-Vete de una vez a comprarme el chocolate -ordenó ella y sonrió-. Cuando vuelvas podrás dormir conmigo.

-Hecho. No tardaré.

No, pensó ella mientras lo observaba caminar hacia el coche, no tardaría. Detestaba dejarla sola. Aunque no acababa de entender qué creía él que haría ella si se quedaba sola: ¿sufrir un ataque de histeria?, ¿huir de la cabaña?

Con un suspiro, volvió a agacharse y a acariciar al perro mientras el animal gruñía. Le encantaba dar paseos, pero Finn no lo había llevado, lo había dejado como centinela.

Pero no podía culpar a Finn por ser sobreprotector. Después de todo, ella había estado sola con un asesino. Un asesino que la habría matado con la misma rapidez y crueldad con que había asesinado a Angela. Todos se preocupaban por Deanna: sus padres, Fran, Simon, Jeff, Margaret, Cassie, Roger y Joe y muchos otros de la sala de redacción. Hasta Loren y Barlow habían llamado para expresarle su preocupación y ofrecer su ayuda.

«Tómame todo el tiempo que necesites -le había dicho Loren, sin mencionar los índices de audiencia ni los gastos. Ni se te ocurra volver hasta que te sientas completamente recuperada.»

Pero Deanna decidió que no se sentía débil. Estaba con vida. Nadie había tratado de matarla. Sin duda todos tenían que comprenderlo. Sí, había estado a solas con un asesino, pero seguía con vida.

Se incorporó y comenzó a ordenar lo que ya estaba ordenado. Preparó un té que no le apetecía y siguió paseándose con la taza entre las manos. Atizó el fuego que ardía alegremente.

Miró por la ventana. Se sentó en el sofá.

Necesitaba hacer algo que la distrajera.

Ese no era uno de aquellos fines de semana llenos de risas, amor y discusiones sobre artículos de los periódicos. Había problemas con el satélite, así que tampoco había televisión.

Deanna sabía que Finn estaba intentando mantenerla alejada del mundo, ponerla dentro de una burbuja protectora donde nada ni nadie pudiera acongojarla ni amenazarla.

Ella se lo permitió, porque lo ocurrido en Chicago había sido demasiado horrible. Pero ahora necesitaba acción.

-Volvemos a Chicago -le dijo al perro, que respondió meneando la cola.

Se dirigía a la escalera con la intención de hacer las maletas cuando oyó un coche que se acercaba.

-No puede haber llegado ya -murmuró y enfiló hacia la puerta detrás del perro, que ladraba-. Oye, Cronkite, yo también le quiero, pero no hace ni diez minutos que se fue. -Deanna abrió la puerta mosquitera y se echó a reír al ver que el perro se le adelantaba. Pero cuando levantó la vista y vio el coche, su risa cesó.

Era un sedán marrón, y lo conducía Jenner. Debiera de haber sentido alivio al verlo, pero se puso tensa y experimentó una mezcla de miedo y resignación.

Jenner sonrió, divertido con los ladridos y saltos de Cronkite a su alrededor. Se agachó y acarició al perro. Levantó la vista cuando Deanna salió al porche.

-Veo que tiene un buen perro guardián, señorita Reynolds.

-Me temo que no es precisamente un asesino en potencia. Ha hecho usted un viaje bastante largo desde Chicago, teniente.

-Ha sido agradable -afirmó y observó el entorno-. Un lugar precioso. Debe de ser bueno poder salir de la ciudad de vez en cuando.

-Sí, así es.

-Señorita Reynolds, lamento molestarla, pero quiero hacerle algunas preguntas.

-Entre. Acabo de preparar té, pero puedo ofrecerle un café si lo prefiere.

-Un té será perfecto -convino Jenner y se encaminó a la puerta con el perro saltándole detrás.

-Tome asiento -dijo ella y le indicó la sala-. Solo tardaré un minuto.

-¿Riley no está aquí?

-Fue a hacer unas compras. Volverá pronto. ¿Ya ha descubierto quién mató a Angela?

-No. -Jenner se instaló en el sofá, con el perro a sus pies-. Estamos comenzando a colocar las piezas en su sitio.

-¿Azúcar, limón?

-Azúcar, gracias. Señorita Reynolds, no quisiera pasar de nuevo por una declaración...

-Se lo agradezco -dijo Deanna y suspiró-. Quiero cooperar, teniente, pero no sé qué más puedo decirle. Tenía una cita con Angela. Pero alguien la mató.

-¿No le pareció raro que ella quisiera reunirse con usted tan tarde?

Deanna lo miró.

-Angela solía hacer cosas muy extravagantes.

-¿Y usted siempre cedía?

-No. En realidad no quería verla. No es ningún secreto que no manteníamos buenas relaciones, y yo sabía que terminaríamos peleándonos. Ese hecho me puso muy nerviosa. Los enfrentamientos no me gustan, teniente, pero tampoco los rehuyo. Angela y yo teníamos una historia común que estoy segura usted conoce.

-Ustedes eran rivales -indicó Jenner-. No se tenían simpatía.

-Así es. Yo estaba preparada para decirle las cosas a la cara. Una parte de mí confiaba en arreglar todo de forma amigable, y otra parte estaba impaciente por arrancarle el cuero cabelludo. No niego que deseaba quitármela de encima, pero no quería que muriera. -Miró a Jenner-. ¿Por eso ha venido? ¿Soy una sospechosa?

Jenner se frotó el mentón.

-Dan Gardner, el marido de la víctima, parece creer que usted la odiaba lo suficiente como para matarla. O para que la mataran.

-¿Pagarle a alguien? -Deanna parpadeó y casi soltó una carcajada-. De modo que contraté a un asesino a sueldo para que asesinara a Angela, me golpeará hasta hacerme perder el conocimiento y lo filmara todo. Muy original de mi parte. -Se puso de pie y sus mejillas volvieron a recuperar el color-. Ni siquiera conozco a Dan Gardner. Es muy halagador que me considere tan inteligente. ¿y cuál fue el móvil? ¿Los índices de audiencia?

-Señorita Reynolds, no he dicho que la policía coincida con Gardner.

Ella se quedó mirándolo.

-¿Quería ver mi reacción? Espero haberlo hecho bien.

-Señorita Reynolds, ¿fue a ver a la señorita Perkins en su hotel la noche en que fue asesinada?

-No. ¿Por qué lo habría hecho? Íbamos a encontrarnos en el estudio.

-Podría haber sentido impaciencia.

Jenner sabía que solo eran tanteos. Las huellas digitales de Deanna no habían sido encontradas en la suite, y tampoco en la segunda copa de champán.

-Aunque así hubiera sido, Angela me había dicho que estaba muy ocupada hasta la medianoche. Tenía varias reuniones.

-¿Le mencionó con quién?

-No fue una conversación amigable, detective, y a mí no me interesaban sus cosas personales ni profesionales.

-¿Sabía que ella tenía enemigas?

-Sabía que no era precisamente una mujer querida. En parte podía deberse a su carácter, y en parte porque era una mujer con mucho poder. Podía mostrarse cruel y vengativa, aunque también podía ser encantadora y generosa.

-Supongo que no le resultó precisamente encantadora cuando lo arregló todo para que usted los encontrara a ella y al doctor Pike en una situación comprometida.

-Eso es agua pesada.

-Pero usted estaba enamorada de él...

-Casi enamorada -lo corrigió Deanna-. No niego que me dolió y me enfureció, y que cambió de manera irrevocable mis sentimientos hacia los dos.

-Pero el doctor Pike intentó continuar la relación con usted.

-No veía ese episodio de la misma forma que yo. Pero a mí no me interesaba seguir con él, y se lo dejé claro.

-Pero él insistió durante cierto tiempo.

-Sí.

-Con respecto a las notas que usted ha estado recibiendo con regularidad desde hace años, ¿alguna vez pensó que el remitente era él?

-¿Marshall? -Sacudió la cabeza-. No. No es su estilo.

-¿Cuál es su estilo?

Deanna cerró los ojos.

-Creo que eso debería preguntárselo a él.

-Lo haremos. ¿Ha tenido usted relación con algún otro hombre, aparte de Pike? ¿Alguien a quien el anuncio de su compromiso con Riley lo hubiera trastornado tanto como para allanar su oficina y la casa de Riley?

-No, solo hubo... ¿qué quiere decir con eso de allanar?

-Parece lógico que el remitente de las notas sea también el causante de los destrozos en su oficina y en la casa que usted comparte con Riley -afirmó Jenner. Y pensó: y también el asesino de Angela.

-Pero... -Deanna se quedó de una pieza-. ¿Cuándo sucedió eso?

Desconcertado, Jenner dejó de hacer anotaciones en su libreta. Deanna había palidecido. Jenner comprendió que Riley no se lo había contado, y que no le haría ninguna gracia que él se le hubiera adelantado.

-La noche que asesinaron a Angela Perkins, alguien allanó la casa de Riley.

-Finn no me... nadie me lo dijo. -Cerró los ojos y trató de serenarse-. Cuénteme qué ocurrió. Con todos los detalles, por favor.

Jenner pensó que iba a tener problemas con Riley. Mientras le relataba los hechos a Deanna, ella hizo muecas, como si las palabras fueran dardos, pero permaneció inmóvil.

Luego se inclinó para servir más té. Su pulso era firme. Jenner admiró su aplomo y autodominio.

-Usted piensa que el remitente de las notas allanó mi oficina y mi casa y mató a Angela.

Jenner notó el tono de periodista: fría, serena y sin inflexiones. Pero en sus ojos apareció el miedo.

-Es una hipótesis -admitió Jenner-. Tiene sentido que se trate de una misma persona.

-¿Entonces por qué no yo? ¿Por qué Angela y no yo? Si esa persona estaba tan furiosa conmigo, ¿por qué la mató a ella y no a mí?

-Ella se cruzó en su camino -dijo Jenner, y vio cómo esas palabras golpeaban a Deanna como un puñetazo.

-¿Insinúa que él la mató por mí? Oh, Dios mío...

-No podemos estar seguros -aclaró Jenner, pero ya Deanna se levantaba de la silla.

-Finn. Dios mío, podría atacar a Finn. Entró en casa por la fuerza. Si Finn hubiera estado allí lo habría... Usted tiene que protegernos.

-Señorita Reynolds...

Pero en ese momento ella oyó el coche de Finn. Se dio media vuelta y corrió hacia la puerta.

Finn ya maldecía al haber visto otro automóvil, cuando la oyó gritar su nombre. Ella salió corriendo de la cabaña. Se arrojó a sus brazos y reprimió los sollozos.

Finn la estrechó contra su pecho y fulminó con la mirada a Jenner, que había salido al porche.

-¿Qué demonios ocurre?

-Lo siento -fue lo único que se le ocurrió decir a Finn. Jenner se había marchado. Después, claro de dejar caer la bomba.

-¿Por qué? ¿Por qué lo he sabido por Jenner? ¿Por qué no confiaste en mí para decírmelo?

-No he hecho bien. Pero no fue una cuestión de confianza, Deanna. Acabas de salir del hospital.

-Quieres protegerme, lo sé. Por eso no funciona el televisor. Por eso querías ir a hacer las compras solo, y no has traído el periódico. Para que la pobrecita Deanna no se enterara de noticias que podrían perturbarla.

-Bueno, sí -reconoció Finn y se metió las manos en los bolsillos-. Pensé que necesitabas más tiempo.

-Pero te equivocaste. -Se dio la vuelta y enfiló hacia la escalera-. No tenías derecho a ocultarme nada.

-Sí, es verdad, te lo oculté. Maldita sea, si vamos a reñir, al menos que sea cara a cara.

La detuvo en el pie de la escalera y la hizo volverse.

-Puedo reñir mientras hago el equipaje.

Se soltó y entró en el dormitorio.

-Quieres regresar. Está bien, volveremos cuando hayamos arreglado esto.

Deanna sacó una bolsa del armario.

-Nosotros no iremos a ninguna parte. Yo me voy. -Arrojó la bolsa sobre la cama y la abrió-. Sola -dijo y empezó a llenarlo con sus cosas-. Vuelvo a mi apartamento. Más adelante recogeré de tu casa mis cosas.

-No -dijo él-. No irás a ninguna parte.

-Pues eso es exactamente lo que haré. Me has mentido, Finn. Si Jenner no hubiera venido aquí para hacerme preguntas de rutina, no me habría enterado de lo ocurrido en mi despacho y en tu casa, ni de que hablaste con Dan Gardner y la criada del hotel. No habría sabido nada.

-Ya. Y tal vez eso te habría permitido dormir bien algunas noches.

-¡Me mentiste! -se obcecó-. No trates de decirme que ocultar parte de la verdad no es mentir. Es lo mismo. No pienso seguir con una relación que no es sincera.

-Si así lo quieres, de acuerdo. -Se volvió y cerró la puerta con llave-. Haré todo lo que esté a mi alcance para protegerte -afirmó y se le acercó-. No dejaré que me abandones, Deanna. Y no dejaré que te valgas de tonterías sobre derechos y confianza como vía de escape. Si quieres separarte de mí, al menos sé sincera.

-Está bien. -Ella se volvió para que él no viera cómo le temblaban las manos-. Cometí un error cuando acepté casarme contigo, y desde entonces he tenido tiempo de pensarlo mejor. Necesito concentrarme en mi carrera, en mi propia vida. Y no podré hacerlo si tengo que sacar adelante un matrimonio, si tengo hijos. Traté de convencerme de que podía, pero me! equivocaba. No quiero casarme contigo, Finn, y no es justo para ninguno de los dos que continuemos con esto. En este momento, mi prioridad absoluta es mi trabajo.

-Mírame, Deanna. Te he dicho que me mires. -Con las manos firmes sobre los hombros de ella, la volvió-. Sé que me estás mintiendo.

-Pero bueno...

-Por Dios, Deanna, ¿no sabes que puedo leer en tu cara lo que sientes? Jamás has sabido mentir. ¿Por qué haces esto?

-Suéltame.

-Ni hablar.

-No te amo -dijo ella y se le quebró la voz-. No quiero esto. ¿Ha quedado claro?

-No. -La atrajo hacia sí y la besó con ardor. Ella tembló y su cuerpo se estremeció contra el de él-. Pero esto sí ha quedado claro.

-Esa no es la respuesta -arguyó Deanna, pero su cuerpo se había despertado.

-¿Quieres que me disculpe de nuevo? -dijo él y le acarició el pelo-. Muy bien. Lo siento. Pero volvería a hacer exactamente lo mismo. Si quieres llamarlo mentira, entonces te mentiría. Haría cualquier cosa por protegerte.

-No quiero que me protejan -dijo ella y se apartó-. No necesito ser protegida. ¿No lo entiendes? El la mató por mí. No quiere hacerme daño a mí, y por tanto no necesito que me protejan. Pero solo Dios sabe a quién más es capaz de atacar por mí.

-A mí -señaló Finn-. De eso se trata todo esto, ¿verdad? Crees que puede intentar matarme a mí. Y la mejor manera de evitarlo es dejarme para asegurarte de que todo el mundo sepa que hemos roto, ¿no es así?

-No pienso discutir contigo, Finn.

-En eso tienes razón. -Cogió la bolsa y volcó su contenido-. No trates de hacerme esto nunca más. Jamás te aproveches de mis sentimientos.

-El tratará de matarte -dijo Deanna-. Sé que lo hará.

-De modo que has mentido para protegerme. -Cuando ella abrió la boca para replicar él sonrió-. Quid pro quo, Deanna. Estamos en paz. Tú no quieres que te protejan... y yo tampoco. ¿Qué es exactamente lo que quieres?

-Que dejes de vigilarme como a una niña.

-Hecho. ¿Qué más?

-Que prometas que nunca más me ocultarás nada, no importa lo mucho que creas que me perturbará.

-Hecho, y lo mismo vale para ti.

Ella asintió y lo miró.

-Sigues enojado.

-Sí. Ocurre cuando la mujer que amo me da calabazas.

-Todavía me deseas.

-Sí, todavía te deseo.

-Pero no me has hecho el amor desde que esto sucedió.

-Es verdad. Quería darte tiempo.

-¡No necesito tiempo! No soy frágil ni débil ni delicada. Quiero que dejes de mirarme como si pensaras que me voy a derrumbar. Estoy viva. Quiero sentirme viva. ¡Hazme sentir viva!

Elle rozó la mejilla con los nudillos.

-Deberías haberme pedido algo más difícil.

La consulta de Marshall Pike era muy elegante. Pero nadie vivía allí. Le recordó a Finn una de esas ambiciosas casas modelo, decoradas para posibles compradores que jamás se repantigarían en el sofá de brocado ni jugarían sobre la alfombra de Aubusson. Ningún vaso dejaría su marca circular sobre la mesa baja Chippendale. Ningún niño jugaría al escondite detrás de las cortinas de seda ni se acurrucaría para leer en uno de los sillones de mullidos cojines.

Hasta el escritorio de Marshall parecía más un adorno que un mueble utilizable. La lustrada madera de roble se veía inmaculada y los herrajes de bronce brillaban. El juego de escritorio de piel burdeos armonizaba a la perfección. El ficus que había junto a la ventana no era artificial pero se veía tan perfecto, sus hojas tan absolutamente libres de polvo, que bien podría haberlo sido.

Finn siempre había vivido rodeado de todas las cosas materiales que el dinero puede comprar; pero aún así la prístina consulta de Marshall Pike, con el leve zumbido del filtro de aire que discretamente absorbía todas las impurezas, le resultaba artificial y sin alma.

-Desde luego cooperaré con la policía -dijo Pike-. Pero como ya le he dicho, no consideraron necesario interrogarme. ¿Por qué habrían de hacerlo? No tengo nada que declarar.

-Y como yo ya le he dicho, no estoy aquí como periodista. Usted no está obligado a hablar conmigo, Pike, pero si no lo hace... -Finn apretó los puños. A Jenner le enfadaría que él no hubiese avisado a la policía de esa entrevista, pero era algo personal-. A algunos de mis compañeros podría resultarles interesante que les recordaran cierto incidente entre usted y Angela hace un par de años.

-No creo que algo tan trivial pueda resultarle interesante a nadie.

-Es curioso la clase de cosas que despiertan el interés de la audiencia. Y las cosas que pueden interesarle a la policía.

Eran puros faroles, por supuesto, se dijo Marshall. No había nada que pudiera relacionarlo con Angela, salvo aquel fugaz error. Sin embargo... una palabra dicha a la persona equivocada podría arrojar como resultado una publicidad negativa que él no podía permitirse.

Decidió que era preferible responder algunas preguntas. Después de todo, era un experto en comunicación. Si no conseguía manipular a un periodista pesado, no se merecía los diplomas colgados en la pared de su consulta.

E incluso disfrutaría mostrándose más listo que el hombre que Deanna había elegido para sustituirlo en su corazón.

-Mi última cita del día ha sido cancelada y tengo libre hasta las siete, de modo que puedo concederle unos minutos.

-Es todo lo que necesito. ¿Cuándo se enteró de la muerte de Angela?

-Lo supe por los noticieros, la mañana después del asesinato. No me lo podía creer. Tengo entendido que Deanna estaba con ella en el estudio. Como sabe, Deanna y yo mantuvimos una relación y, como es natural, estoy preocupado por ella.

-Estoy seguro de ello.

-He tratado de hablar con ella y ofrecerle mi apoyo.

-Deanna no lo necesita.

-En mi profesión es esencial ser equitativo -dijo Marshall y sonrió-. Deanna me importó mucho durante cierto tiempo.

En algunas entrevistas era necesario aguijonear y estimular al entrevistado; en otras, todo lo contrario. En el caso de Marshall, cuanto más breve era la pregunta, más extensa era la respuesta.

-¿De veras?

-Ha pasado mucho tiempo. Ahora Deanna está comprometida con usted. De todos modos, quisiera ofrecerle todo el apoyo o ayuda que daría a una persona a la que aprecio, sobre todo en circunstancias tan difíciles.

-¿Y Angela Perkins? -Finn se reclinó en su asiento. Aunque aparentara permanecer relajado, estaba alerta y observaba la expresión que aparecía en los ojos de Marshall-. ¿También la apreciaba?

-No -negó lacónicamente-. En absoluto.

-Sin embargo, fue su desliz con la señorita Perkins lo que puso fin a su relación con Deanna.

-No hubo ningún desliz -agregó Marshall y entrelazó las manos sobre el escritorio-. Hubo una fugaz falta de control y sentido común. Enseguida comprendí que Angela había orquestado todo el episodio para servir a sus propios fines.

-¿Que eran...?

-En mi opinión, manipular a Deanna y causarle angustia. Tuvo éxito. Aunque Deanna no aceptó el puesto que Angela le ofreció en Nueva York, sí cortó lazos conmigo.

-¿A usted eso lo agravió?

-Lo que me agravió, señor Riley, es que Deanna se negase a ver el incidente como lo que realmente fue: una mera reacción física frente a estímulos deliberados. No hubo ninguna emoción en juego, ninguna en absoluto.

-Algunas personas ligan más el sexo con los sentimientos que otras -observó Finn con una sonrisa-. Para Deanna, ambos son inseparables.

-Ya -asintió Marshall. Como Finn permaneció en silencio, añadió-: No entiendo cómo ese lamentable incidente puede estar relacionado con la investigación.

-No he dicho que lo estuviera. Pero, si vamos a eso, ¿por qué no me dice dónde estuvo la noche del asesinato? Digamos, entre las once y las dos.

-En casa.

-¿Solo?

-Sí, solo. Coincidirá conmigo en que si hubiera planeado un asesinato tendría la sensatez de procurarme una coartada. Sin embargo, cené solo, trabajé unas horas en varios historiales clínicos y finalmente me acosté.

-¿No habló con nadie ni recibió llamadas?

-Dejé que mi servicio de mensajería tomara las llamadas. No me gusta ser interrumpido cuando estoy trabajando... salvo, por supuesto, si se trata de emergencias. ¿Me aconseja usted que me ponga en contacto con mi abogado, señor Riley?

-Si lo considera necesario... -Si estaba mintiendo, pensó Finn, lo hacía con total frialdad-. ¿Cuándo vio a Angela por última vez?

En los ojos de Marshall apareció una expresión de auténtico placer.

-No veía a Angela desde que se trasladó a Nueva York. O sea, desde hace más de dos años.

-¿Tuvo algún contacto con ella desde entonces?

-¿Por qué lo habría tenido? Como ya le he dicho, lo nuestro no fue una aventura amorosa.

-Tampoco la tuvo con Deanna -comentó Finn, y tuvo la satisfacción de borrarle la sonrisa-, pero siguió tratando de ponerse en contacto con ella.

-No durante casi un año. Deanna no es de las que perdonan.

-Pero le enviaba notas. La llamaba por teléfono.

-No lo hice hasta que me enteré de esto. Ella no me ha devuelto las llamadas, así que debo entender que no quiere ni necesita mi ayuda -aclaró, y se puso de pie-. Como ya le dije, tengo una cita a las siete, y debo volver a casa y cambiarme para la noche. Ha sido una conversación muy interesante. No deje de darle mis saludos a Deanna.

-No creo que lo haga. -Finn también se puso de pie, pero no dio muestras de irse-. Tengo otra pregunta. A esta puede considerarla de periodista a psicólogo.

Marshall esbozó una mueca.

-Es sobre la obsesión. -Finn dejó la palabra flotando y esperó cualquier señal: un contacto visual esquivo, un tic, un cambio de tono-. Si una persona se obsesionase con otra durante un largo tiempo, digamos dos o tres años, y tuviera fantasías pero no se atreviese a acercarse a esa persona, y en esas fantasías se sintiera traicionado, ¿cuáles serían sus sentimientos? ¿De amor o de odio?

-Una pregunta difícil, señor Riley, con tan poca información. El amor y el odio están tan interrelacionados como los poetas aseguran. Cualquiera de los dos puede tomar el control de la situación, y cualquiera de los dos, según las circunstancias, puede ser peligroso. Las obsesiones rara vez son constructivas. Dígame, ¿acaso piensa organizar un programa sobre el tema?

-Tal vez -respondió Finn y tomó su abrigo-. Como leigo, me pregunto si alguien que ha vivido esa clase de obsesión es capaz de ocultarla y llevar adelante sus actividades diarias sin delatarse. -Observó el rostro de Marshall-. Como en el caso del que mata una docena de personas en un supermercado y sin embargo los vecinos aseguran que era un hombre agradable y tranquilo.

-Ocurre, es cierto. La mayoría de las personas se las ingenian para que los demás solamente vean lo que ellas quieren. De todas formas, también la mayoría solo ven lo que quiere ver. Si el ser humano fuese más sencillo, nosotros tendríamos que ganarnos la vida en otra actividad.

-Es verdad. Gracias por su tiempo.

Mientras Finn se dirigía a los ascensores, se preguntó si Marshall Pike sería la clase de persona capaz de volarle tranquilamente la cara a una mujer. Tenía mucha sangre fría. De eso estaba seguro. Pero su intuición le decía que ocultaba algo, y que dependía de él descubrirlo.

Valdría la pena darse una vuelta por el hotel y averiguar si alguien había visto a Marshall allí, la noche de la muerte de Angela.

En su consulta, Marshall esperó hasta oír el ruido del ascensor. Y volvió a esperar hasta que no oyó nada en absoluto. Luego cogió el teléfono, marcó los números y se pasó la palma húmeda por la cara.

Oyó la voz de Finn informando de lo que él ya sabía: que Deanna no estaba allí. Marshall colgó con rabia.

Maldito Finn Riley. Maldita Angela. Y maldita Deanna. Tenía que verla. Tenía que verla ya.

-No deberías haber vuelto todavía. -Jeff estaba en el despacho de Deanna, con cara de preocupación. Todavía olía a pintura nueva.

Los dos sabían por qué se habían pintado las paredes y por qué la alfombra era nueva. El escritorio de Deanna exhibía una serie de marcas. La policía había registrado el despacho cuarenta y ocho horas antes y no había habido tiempo para reparar todo o reemplazarlo.

-Pensé que te alegraría verme.

-Me alegro de verte, pero no aquí. -Como eran poco más de las ocho de la mañana, estaban solos. Jeff se sentía obligado a tratar de convencerla de que se tomara más tiempo para ella-. Has vivido una pesadilla, Dee, y todavía no ha pasado ni una semana.

-Jeff, ya he discutido esto con Finn...

-El no debía dejarte venir.

La reacción de Deanna fue de furia, pero se contuvo. Admitió que sin duda seguía con los nervios de punta si reaccionaba así contra el pobre Jeff.

-Finn no es quién para dejarme o no hacer algo. Si eso te hace sentir mejor, coincide contigo en cuanto a que debería tomarme más tiempo. Pero yo no opino lo mismo. Necesito trabajar, Jeff. La muerte de Angela fue horrible, pero esconder la cabeza debajo de la almohada no hará que esa imagen desaparezca ni que las cosas cambien. Y necesito a mis compañeros. -Extendió una mano-. De veras que os necesito.

Jeff se acercó y le tomó la mano.

-Todos queríamos haber estado allí contigo, Dee.

-Lo sé. -Le apretó la mano y lo hizo sentarse junto a ella, en el antepecho de la ventana-. Supongo que esto no ha sido fácil para nadie. ¿La policía te ha interrogado?

-Sí. -Hizo una mueca y se ajustó las gafas-. Ese teniente Jenner. «¿Dónde estaba usted la noche de los hechos?» -La mímica de Jeff fue tan perfecta que Deanna se echó a reír-. Tuvimos que aguantarlo todos. Simon se moría de los nervios. Ya sabes cómo se pone cuando está bajo presión. Se retuerce las manos y traga con fuerza. Se puso tan mal que Fran lo hizo recostarse y luego acusó al policía de acoso.

-Siento habérmelo perdido. -Deanna apoyó la cabeza en el hombro de Jeff, feliz de estar de vuelta con sus amigos-. ¿Qué otra cosa me perdí? -Sintió que él se ponía tenso y le apretó la mano para tranquilizarlo-. Me sentiría mejor si lo supiera, Jeff. Solo me dieron una vaga idea de cómo quedó destrozado este despacho. Echo en falta tu árbol de Navidad. Qué tontería, ¿no?, con todo lo que fue destruido aquí, yo me aflijo por ese árbol.

-Te conseguiré otro. Igual de feo.

-Imposible -afirmó ella-. Vamos, dímelo.

Él vaciló un momento.

-El despacho estaba hecho un caos, Dee. Pero los daños fueron superficiales. Cuando la policía nos dejó entrar, Loren lo limpió, pintó y cambió la alfombra. Estaba furioso. No contra ti -se apresuró a decir-. Contra todo el asunto, ya sabes. El hecho de que alguien hubiera entrado aquí y... hecho lo que hizo.

-Lo llamaré.

-Deanna... lo siento. No se me ocurre qué otra cosa decir. No sabes cuánto lamento que hayas tenido que pasar por todo esto. Ojalá pudiera decir también que lo siento por Angela, pero no es así.

-Jeff...

-Es verdad, no lo siento en absoluto -repitió y le apretó más la mano-. Ella quería lastimarte. Intentó arruinar tu carrera. Utilizó a Lee, dijo mentiras, hizo pública toda la historia con aquel jugador de fútbol americano. No puedo lamentar que ya no esté. -Suspiro-. Supongo que eso me convierte en una persona muy fría.

-Nada de eso. Angela no inspiraba demasiada devoción.

-Tú sí.

Ella levantó la cabeza, se dio vuelta para sonreírle y en ese momento un sonido procedente de la puerta los sobresaltó a los dos.

-Dios mío. -Cassie estaba allí, con un pesado pisapapeles en una mano y una escultura de bronce en la otra-. Creí que algún intruso se había colado. -Se llevó el pisapapeles al pecho.

-He venido temprano -explicó, Deanna mientras trataba de parecer serena y controlar la situación-. Pensé que había llegado el momento de ponerme al día.

-Entonces somos tres. -Sin quitarle los ojos a Deanna, colocó la escultura y el pisapapeles sobre la mesa-. ¿Seguro que estás bien?

-No. -Deanna cerró un momento los ojos-. Pero necesito estarlo.

Aunque seguía con los nervios de punta y muy irritable, a media mañana Deanna encontró cierto consuelo en la rutina básica de la oficina. Había que reubicar las citas, pensar y analizar nuevos temas para el programa. Cuando corrió la voz de que estaba de vuelta, los teléfonos comenzaron a sonar y la gente de la sala de redacción comenzó a subir, algunos por pura curiosidad y otros por auténtica preocupación.

-Benny desea que ofrezcas una entrevista -le anunció Roger-. Una exclusiva por los buenos tiempos.

-Son noticias, Dee. Muy calientes cuando se piensa que ocurrieron aquí mismo, en la CBC, e involucraron a dos grandes estrellas.

Una gran estrella, pensó ella. ¿Qué diferencia había entre una gran estrella y una pequeña estrella? Sabía lo que habría dicho Loten: una pequeña estrella busca salir el mayor tiempo posible en antena. Una gran estrella vende ese tiempo.

-Dame un poco de tiempo, por favor. Dile que lo estoy pensando.

-Por supuesto. Si tu decisión es afirmativa, me gustaría hacerte la entrevista. -La miró y apartó la vista-. Sería algo así como un espaldarazo. En la sala de redacción se rumorea de nuevo que habrá recortes.

-Siempre hay rumores en la sala de redacción. -No le cayó bien el favor que él le pedía, y deseó que no lo hubiera hecho-. Está bien, Roger, por los buenos tiempos. Solo dame un par de días.

-Eres un ángel, Dee -afirmó él-. Será mejor que baje. Tengo que hacer unas grabaciones. -Se puso de pie-. Me alegra tenerte de vuelta. Ya sabes que si necesitas un hombre amigo, yo tengo dos.

-Que quede entre nosotros.

El tuvo el buen tino de ruborizarse.

-Por supuesto. Entre nosotros.

Ella levantó las manos como para borrar esas palabras.

-Lo siento. Supongo que estoy muy quisquillosa. Haré que Cassie organice una entrevista para dentro de uno o dos días. ¿Está bien?

-Cuando tú digas -dijo él, y se marchó.

Deanna se reclinó en su sillón, cerró los ojos y trató de oír solamente el murmullo impersonal del televisor que había en el otro extremo de la habitación. Pensó que Angela estaba muerta y que eso la convertía en una noticia, todavía más «caliente» que cuando estaba viva.

Pero Deanna sabía que lo más espantoso era que ahora ella misma era también una noticia caliente. Y esa clase de noticias significaban audiencia. Desde el día del asesinato, *La hora de Deanna* o, mejor dicho, las reposiciones de *La hora de Deanna* habían escalado varios puntos en los índices y superaban ampliamente a la competencia. Ningún programa de entretenimiento o telenovela diurna podía competir con el enorme peso del crimen y el escándalo.

Angela le había dado a su más importante rival el éxito que había pretendido arrebatarle. Pero había tenido que morir para conseguirlo.

-¿Deanna?

Dio un respingo y abrió los ojos de par en par. Del otro lado del escritorio, Simon se sobresaltó tanto como ella.

-Lo siento -se apresuró a decir-. Supongo que no me has oído llamar a la puerta.

-Está bien. -Fastidiada por su propia reacción, sonrió-. Creo que tengo los nervios más descontrolados de lo que pensaba. Pareces agotado.

Él trató de sonreír.

-No consigo dormir bien -comentó y sacó un cigarrillo.

-Pensaba que te habías ido.

-Yo también. -Incómodo, movió los hombros-. Sé que has dicho que querías empezar a grabar el lunes.

-Así es. ¿Algún problema?

-Es solo que... -Se detuvo y dio una calada-. He pensado que, dadas las circunstancias... pero tal vez a ti no te importa. Pero me parecía que...

Deanna se preguntó si sería preciso tirarle de la lengua para que terminara la frase.

-¿Qué te parecía?

-El plató -dijo y se mesó el pelo-. Pensé que quizá querías cambiar el decorado. Las sillas..., ya sabes.

-Dios mío. -Se llevó un puño a la boca visualizando a Angela allí sentada, muerta, en la silla blanca-. Por Dios, no lo había pensado.

-Lo siento, Deanna. -Como no se le ocurrió nada mejor, la palmeó en la espalda-. No debí mencionarlo. Soy un idiota.

-Gracias a Dios que lo has mencionado. Creo que yo no habría podido... -Se imaginó entrando en el plató y quedando paralizada por la impresión y el horror. ¿Habría salido huyendo, como lo había hecho antes?-. Oh, Simon. Dios santo.

-Dee. -Volvió a palmearle la espalda-. No era mi intención hacerte sentir mal.

-Al contrario, creo que acabas de salvar mi cordura. Por favor, que el encargado del decorado se ponga a trabajar. Dile que cambie todo. Los colores, las sillas, las mesas, las plantas. Todo. Dile...

Simon sacó un bloc para escribir sus instrucciones. Ese gesto sencillo y habitual, de alguna manera le levantó el ánimo a Deanna.

-Gracias, Simon.

-Yo soy la persona encargada de los detalles ¿recuerdas? -Apagó el cigarrillo a medio fumar-. No te preocupes. Tendremos un decorado completamente nuevo.

-Pero que siga siendo cómodo y acogedor. ¿Por qué no te vas a casa temprano? Consigue alguien que te haga in buen masaje.

-Prefiero trabajar.

-Entiendo.

-No pensaba que me afectaría tanto -reconoció y se guardó el bloc-. Trabajé con Angela muchos años. No puedo decir que le tuviera afecto, pero la conocía. Yo solía pararme exactamente aquí, donde estoy, cuando ella estaba detrás del escritorio. -Levantó la vista y su mirada se encontró con la de Deanna-. Ahora está muerta. No puedo dejar de pensar en eso.

-Yo tampoco.

-El asesino estuvo aquí también. -Con cautela, paseó la vista por la habitación, como si esperara que alguien saltara desde un rincón con una pistola-. Caray, lo siento. Lo único que hago es asustarnos a los dos. Supongo que estoy así porque la ceremonia fúnebre será esta noche.

-¿Esta noche? ¿En Nueva York?

-No; aquí. Supongo que quería ser enterrada en Chicago, donde tuvo su gran oportunidad. No será una gran ceremonia ni nada por el estilo, porque... -De pronto recordó el motivo y tragó con fuerza-. Bueno, solo habrá un servicio en la funeraria. Creo que yo debería asistir.

-Por favor, dale los detalles a Cassie. Creo que también yo debería ir.

-Esto no es solo insensato -afirmó Finn con furia apenas contenida-. Es directamente una locura.

Deanna observó cómo los limpiaparabrisas arrastraban la sucia cellisca de los vidrios. La nieve caída durante el día se había convertido en fango junto a los bordillos de las aceras. Y la cellisca que la reemplazaba caía, helada, con saña.

Una noche perfecta para un funeral.

-Te dije que no tenías por qué venir conmigo.

-Sí, claro. -Vio un grupo de periodistas apiñados en el exterior y siguió adelante-. Maldita prensa.

Deanna se sorprendió por el comentario y sintió la extraña necesidad de reírse. Pero temió que pareciera una reacción histérica.

-Aparcaré al final de la calle -anunció él con los dientes apretados-. Veremos si podemos encontrar una entrada lateral o posterior.

-Lo siento -repitió ella cuando él hubo estacionado el vehículo-. Lamento haber hecho que salieses con esta noche. -Tenía un dolor de cabeza que no se atrevía a mencionar. Y una sensación desagradable en la boca del estómago que prometía acrecentarse.

-No recuerdo que me hayas obligado a venir.

-Sabía que no me dejarías venir sola. Así que es más o menos lo mismo. Ni siquiera yo puedo explicarme por qué creo que debo hacer esto. Pero tengo que hacerlo.

De pronto se volvió hacia él y le apretó la mano.

-El asesino podría estar aquí. No hago más que preguntarme si lo reconoceré. Si al mirarlo a la cara lo sabré. Me aterra la posibilidad de que así sea.

-Pero igualmente quieres asistir.

-Tengo que hacerlo.

Pensó que la cellisca ayudaba. No solo era helada sino que exigía abrigos largos y paraguas. Caminaron en silencio, contra el viento. Vio la furgoneta de la CBC antes de que Finn condujera por el lateral del edificio. El la hizo entrar, y los dos se empaparon cuando él cerró el paraguas.

-Detesto los malditos funerales.

Deanna lo observó mientras se sacaba los guantes y el abrigo. Ahora lo entendía. Más que fastidio con ella por insistirle en que asistiera, más que preocupación o incluso miedo, en los ojos de Finn había espanto.

-Lo siento. No lo sabía.

-No he estado en uno desde... hace años. ¿Qué sentido tiene? Lo muerto, muerto está. Las flores y la música de órgano no cambian nada.

-Se supone que sirve de consuelo para los vivos.

-No lo he notado.

-No nos quedaremos mucho.

Deanna le tomó la mano, sorprendida por el hecho de que fuera él más que ella quien necesitaba consuelo.

Finn pareció estremecerse.

-Terminemos con esto de una vez.

Ya alcanzaban a oír el murmullo de voces, el sonido apagado de una música fúnebre. Con alivio, Finn advirtió que no había música de órgano sino un sombrío dúo de piano y cello. El ambiente olía a limón, perfume, flores. Podría haber jurado que también alcanzó a oler whisky, como una hoja filosa que cortaba esa atmósfera dulzona.

Una gruesa alfombra apagó sus pisadas cuando atravesaron un amplio vestíbulo. A ambos lados, unas pesadas puertas de roble se encontraban discretamente entornadas. En el extremo del vestíbulo estaban abiertas de par en par. El humo de los cigarrillos se sumaba al miasma de olores.

Cuando Finn sintió que Deanna temblaba, la ciñó con firmeza por la cintura.

-Podemos darnos la vuelta e irnos, Deanna. No es algo de lo que debemos avergonzarnos.

Ella se limitó a menear la cabeza. Entonces vio una cámara de televisión. Al parecer; la prensa no se encontraba solamente reunida en la calle. A varios equipos periodísticos con sus cámaras, micrófonos y luces se les había permitido asistir. El suelo estaba lleno de cables entrecruzados.

Los dos entraron.

En el techo, con sus murales de querubines y serafines, reverberaba el murmullo de voces y el entrec chocar de copas.

La habitación estaba repleta de gente. Mientras pasaba la vista de un rostro a otro, Deanna se preguntó si encontraría pesar o al menos resignación. ¿Angela sentiría que la estaban llorando lo suficiente? ¿Su asesino estaría también allí, para observarlo todo?

Finn notó que nadie lloraba. Sí vio estupor y miradas serias. La gente, respetuosamente, hablaba en voz baja. Y las cámaras lo filmaban todo. Finn se preguntó si también, sin saberlo, registrarían un rostro al que quizá le resultaría imposible disimular su sensación de macabro triunfo. Mantuvo a Deanna cerca suyo, al intuir que el asesino estaría allí, mientras miraba todo.

Había una fotografía de Angela en un marco de oro. Esa halagadora toma publicitaria estaba encima de un féretro brillante de caoba.

Le recordó a Finn, con súbita intensidad, lo que se encontraba discretamente oculto por esa tapa cerrada. Al sentir que Deanna se estremecía, instintivamente la apretó contra sí.

-Vámonos de aquí.

-No.

-Kansas...

Pero al mirarla, vio algo más que sobrecogimiento y miedo. Vio lo que le faltaba a las otras caras que poblaban la habitación: dolor.

-Cualesquiera hayan sido sus motivos -musitó Deanna-, ella me ayudó en cierta época. Y el asesino se justificó en mí. -Se le quebró la voz-. No puedo olvidarlo.

Tampoco Finn. Era lo que más lo aterraba.

-Sería mejor que Dan Gardner no nos viese.

Deanna asintió y en ese momento lo vio en un rincón del cuarto, recibiendo las condolencias.

-Ella está usando, aunque esté muerta. Es horrible.

-Una escena muy interesante, ¿no creéis? -comentó Loren cuando se unió a ellos. Miró a Deanna y asintió-. Te veo muy recuperada.

-No, no lo estoy. -Agradecida por el cumplido, ella lo besó en la mejilla-. Pensaba que no vendrías.

-Yo podría decir lo mismo. Sin embargo, de alguna manera me pareció necesario, pero ya lo estoy lamentando. -Su expresión se trocó en fastidio al mirar a Dan Gardner-. Se rumorea que ese tipo planea presentar clips de este evento junto con el especial que Angela grabó para el próximo mes de mayo. Y les está pidiendo otros cinco mil dólares por minuto a los anunciantes. Lo peor es que el muy hijo de puta los conseguirá.

-El mal gusto a menudo cuesta más que el bueno -murmuró Deanna-. Aquí debe de haber quinientas personas.

-Por lo menos. Un puñado de ellas hasta lamenta que ella haya muerto.

-Oh, Loren -exclamó Deanna y sintió un nudo en el estómago.

-Detesto reconocer que soy una de ellas. -Suspiró y se encogió de hombros-. Seguro que a Angela le habría gustado saberlo. ¿Sabéis una cosa?, no termino de decidir si Angela merecía o no a Dan Gardner.

-Estoy segura de que no te merecía a ti. Nosotros nos vamos, Loten. ¿Vienes?

-No; me quedaré hasta el final. Pero creo que tú deberías evitar toda clase de publicidad esta noche aquí. Escabullíos discretamente.

Cuando hubieron salido de aquella sala, Deanna le confió a Finn:

-No sabía que él todavía la amaba.

-Yo tampoco. -Miró con fijeza a Deanna-. ¿Estás bien?

-De hecho, me siento mejor -contestó y apoyó la mejilla en su hombro. Se dio cuenta de que casi todo su temor había desaparecido-. Me alegro de que hayamos venido.

-Perdón. -La voz de Kate Lowell. Estaba de pie en el umbral, con un vestido de seda negra-. Lamento interrumpiros.

-Descuida -respondió Deanna-. Ya nos íbamos.

-Yo también me voy. No es la clase de fiesta que me gusta. -Esbozó una leve sonrisa-. Ella era una hija de puta y yo la odiaba. Pero no estoy segura de que ni siquiera Angela mereciese ser usada de manera tan flagrante. Suspiró y movió los hombros como para alejar esos pensamientos-. Quisiera un trago. Y necesito hablar contigo. Miró a Finn y frunció el entrecejo-. Supongo que tendrá que ser con los dos, y a estas alturas admito que no me importa. -Vio cómo Finn enarcaba una ceja y volvió a sonreír-. Mira, ¿por qué no vamos a un bar? Os invito a una copa y os contaré una pequeña historia que tal vez encontréis interesante.

Por Hollywood -brindó Kate mientras levantaba su vaso de whisky-. Tierra de ilusiones.

Desconcertada, Deanna bebió su vino mientras Finn tomaba un café.

No era la clase de bar donde uno esperaría encontrar una estrella de Hollywood. En el piano se interpretaban blues que ascendían en la atmósfera llena de humo. El rincón donde estaban se encontraba a media luz, tal como Kate quería. Sobre la desconchada mesa, las bebidas estaban cerca de un cenicero de vidrio medio roto.

-Pues has hecho un trayecto muy largo para el funeral de alguien que no te gustaba nada -comentó Deanna.

-Yo estaba aquí, en la ciudad. Pero si no hubiera estado, habría venido igual. Por el placer de comprobar que realmente Angela ha muerto. Supongo que a ti no te gustaba más que a mí, pero tu situación es más difícil puesto que tú la encontraste. -Kate la miró-. Según dicen, no fue un espectáculo muy agradable.

-No, no lo fue.

-Ojalá hubiera sido yo -afirmó Kate en voz baja-. Tú siempre fuiste más blanda. Incluso después de todo lo que te hizo y trató de hacerte. Sé mucho más sobre ello de lo que imaginas -agregó cuando Deanna la miró-. Cosas que no aparecieron en la prensa. A Angela le gustaba hacer alarde. Te odiaba. -Inclinó el vaso hacia Finn-. Porque tú no acudiste corriendo cuando ella chasqueó los dedos. Y, por esa misma razón, te quería. Pensó que Deanna estaba en su camino. Habría hecho cualquier cosa para quitarla de en medio.

-Eso no es ninguna novedad. -Al ver que tenía el vaso vacío, Finn hizo señas para que le sirvieran otro.

-No, claro, no es más que mi pequeña introducción. No creo que te sorprenda saber que Angela se tomó bastante trabajo y gastos para desenterrar ese asuntito de tu pasado, Deanna. Lo de tu violación. Pero el tiro le salió por la culata, por supuesto. -Sonrió-. Eso ocurría con algunos de sus proyectos. Así los llamaba ella y no chantaje. Rob Winters fue uno de sus proyectos. Y también Marshall Pike. -No miró a la camarera, pero apartó el vaso cuando se lo pusieron delante-. Hubo muchos más. Nombres que os sorprenderían. Contrató a un investigador privado llamado Beeker, de Chicago. Angela lo mantenía muy ocupado reuniendo datos para sus proyectos. Me costó cinco mil dólares conseguir que una asistente de Angela me diera su nombre. Pero, bueno, todo el mundo tiene un precio. Yo tuve también el mío -agregó.

-¿Me estás diciendo que Angela chantajeaba a la gente? -Deanna se inclinó-. ¿Que cambiaba secretos por dinero?

-Sí, de vez en cuando. Prefería cambiar secretos por favores. «Hazme un pequeño favor, querido, y yo no le contaré a nadie lo que sé.» «Su esposa tiene un problema de drogas, senador. No se preocupe, no diré una palabra si me hace un favor.» ¿Qué ganador de innumerables Grammys fue víctima de un incesto? ¿Qué astro de la televisión está relacionado con el Ku Klux Klan? Pregúntenselo a Angela. Ella se las arreglaba para conocer los secretos de todo el mundo. Y si estaba segura de tenerte suficientemente enganchado, tal vez te los contaría. Estaba segura de tenerme a mí.

-Ahora está muerta.

Kate asistió ante el comentario de Finn con una inclinación de la cabeza.

-Qué curioso, ahora que ya no constituye una amenaza para mí, siento el impulso de llevar a cabo lo que ella siempre me amenazó con hacer. Pienso hacerlo público. De hecho, decidí hacerlo la misma noche en que la asesinaron. A la policía le podría resultar muy conveniente, ¿no? Como un mal guión. Yo estuve con ella esa noche. -Vio horror en los ojos de Deanna-. No en el estudio sino en su hotel. Discutimos. Como había una criada en la habitación contigua, supongo que la policía ya lo sabe.

Miró a Finn.

-Sí, ya veo que tú lo sabes. Bueno, pienso presentarme a la policía y hacer una declaración, antes de que ellos vengán por mí. Creo que hasta la amenacé de muerte. -Kate cerró los ojos. De nuevo un guión muy malo-. Yo no la maté, pero vosotros tenéis que decidir si creerme o no cuando haya terminado de hablar.

-¿Por qué nos estás contando esto a nosotros? -preguntó Deanna-. ¿Por qué no acudes directamente a la policía?

-Soy actriz y me gusta elegir a mi público. Tú siempre fuiste un buen público para mí, Dee. De todos modos, creo que tienes derecho a saber toda la historia. ¿Nunca te has preguntado por qué no asistí a tu programa? ¿Por qué nunca estaba disponible para aparecer en él?

-Sí. Pero creo que ya me has contestado esa pregunta: Angela te estaba chantajeando para que boicotearas mi programa.

-Este era una. Hace un par de años, cuando te acercaste a mí, yo estaba en la cresta de la ola. Había intervenido en dos películas que fueron éxitos de taquilla. Los críticos me adoraban. La simpática y sexy vecina del tercero. No creas eso que dicen de que las estrellas no leen comentarios críticos de sus trabajos. Yo los leía con avidez. Cada palabra -agregó, con una sonrisa soñadora-. Creo que podría citar algunos de los mejores. Siempre he querido ser una buena actriz. Y ser una estrella -aclaró y se encogió de hombros-. La crítica me bautizó como mejor actriz de la joven generación. Algo así como una Bacall, una Bergman o una Davis. No me llevó muchos años llegar. Un papel secundario en una película que tuvo un éxito fenomenal, y una nominación para un Oscar. Después coprotagonice otra película con Rob e incendiamos la pantalla, conmovimos millones de corazones. En la siguiente película, mi nombre aparecía antes que el título. Mi imagen había quedado consolidada. Una mujer que fascina con una sonrisa. -Sonrió y bebió un sorbo de whisky-. La buena chica, la heroína, la novia que a todos les gustaría que su hijo llevara a casa a cenar. Esa es la imagen, lo que Hollywood quiere de mí, lo que el público espera. Y eso les di. Me otorgaron bastante crédito por mi talento, pero la imagen es igualmente importante.

Entrecerró los ojos.

-Os parece que los más importantes productores, directores y actores, los hombres que deciden qué proyecto vale y cuál queda descartado, llenarían la oficina de mi representante con ofertas si supieran que su perfecta heroína, la mujer que ganó un Oscar por encarnar a una madre devota, quedó embarazada a los diecisiete años y entregó a su hijo en adopción sin pensarlo dos veces?

Se echó a reír cuando Deanna abrió la boca.

-No pega, ¿verdad? Incluso en esta época de mayor tolerancia, ¿cuántas personas gastarían siete dólares en comprar una entrada para verme interpretar el papel de heroína sufriente y valerosa?

-Yo no... -Deanna hizo una pausa para ordenar sus pensamientos-. No entiendo cuál sería la diferencia. Hiciste una elección, una elección que estoy segura no fue fácil para ti. Tú misma eras poco más que una niña.

Divertida, Kate miró a Finn.

-¿De veras es tan ingenua?

-En ciertas cosas. Me parece entender por qué un anuncio de esa naturaleza habría despertado muchas reacciones. Habrías recibido algunos golpes de la prensa, pero habrías salido adelante.

-Tal vez. Pero yo tenía miedo, y Angela lo sabía. Sentía vergüenza, y ella también lo sabía. Al principio se mostró muy comprensiva: «Qué difícil debió de ser para ti, querida. Apenas una chiquilla, con toda su vida bajo sospecha por culpa de una pequeña equivocación. Qué difícil debió de ser para ti hacer lo que pensaste que era mejor para la criatura».

Fastidiada consigo misma, Kate se secó una lágrima.

-Y como la experiencia había sido difícil, incluso horrible, y porque Angela se mostraba tan comprensiva, cedí. Desde ese momento ella me tuvo en sus manos. Me recordó que mi error no les caería bien a ciertos peces gordos de Hollywood. Claro, ella me entendía y me apoyaba. Pero ¿lo harían ellos? ¿Lo entendería el público que pagaba para ver mis películas y que me había colocado en el sitio que ocupaba?

-Kate, solo tenías diecisiete años.

Muy lentamente, ella levantó la vista y miró a Deanna.

-Tenía edad suficiente para gestar una hija, y edad suficiente para darla en adopción. Y edad suficiente para pagar por ello. Espero tener ahora la fuerza necesaria para asumir las consecuencias. Hace pocos años no la tenía. Es así de simple. No creo que entonces hubiera podido sobrevivir a las cartas insultantes, los periódicos sensacionalistas o las bromas maliciosas. -Volvió a sonreír, pero Deanna advirtió su dolor-. No puedo decir que esa perspectiva me resulte atractiva ahora. Pero lo cierto es que es inevitable que la policía me siga la pista. Tarde o temprano revisarán el material que tiene Beeker y los archivos de Angela. Pienso elegir el tiempo y el lugar para mi anuncio público. Me gustaría hacerlo en tu programa.

Deanna parpadeó.

-¿Cómo dices?

-He dicho que me gustaría hacerlo en tu programa.

-¿Por qué?

-Por dos motivos. Primero, para mí sería una manera de vengarme de Angela. Ya veo que eso no te gusta murmuró al ver desaprobación en los ojos de Deanna-. Esto te gustará más: confío en ti, tienes clase y compasión. No me resultará fácil, y necesitaré esas dos cosas. Tengo miedo. Detesto este hecho, pero no me queda más remedio que reconocerlo. Perdí a mi hija por mi ambición -añadió-. Eso ya está perdido, pero no quiero perder lo que he conseguido. Todo por lo que he trabajado. Para mí Angela es tan peligrosa muerta

como en vida. Al menos de esta manera puedo elegir mi tiempo y lugar. Te respeto mucho, Deanna. Siempre te he respetado. Tendré que hablar sobre mi vida privada, sobre mis desdichas. Me gustaría hacerlo con alguien a quien respeto.

-Arreglaremos la agenda -contestó Deanna-, y lo haremos el lunes por la mañana.

Kate cerró los ojos y reunió todo el coraje que le quedaba.

-Gracias -dijo.

La cellisca había cesado cuando llegaron de vuelta a casa. Gruesos nubarrones cubrían el cielo. Había luz en una de las ventanas de enfrente. El perro se puso a ladrar cuando Finn encajó la llave en la cerradura.

Debería haber sido' un recibimiento cordial, pero el omnipresente olor de pintura les recordó que la casa había sido violada. Enormes telas cubrían el vestíbulo para protegerlo de la pintura, y los ladridos del perro resonaban en el recinto vacío. De muchos cuartos se habían sacado cacharros rotos y muebles deteriorados. Era como ser recibido por un amigo con una enfermedad terminal.

-Todavía podemos ir a un hotel.

Deanna sacudió la cabeza.

-No, eso sería otra manera de esconderse. No puedo evitar sentirme responsable de esto.

-Ese es tu problema.

Deanna percibió impaciencia en su voz. Se agachó para acariciar al perro mientras Finn se quitaba el abrigo.

-Eran tus cosas, Finn.

-Cosas. -Arrojo el abrigo a la percha del vestíbulo-. Solamente cosas, Deanna. Aseguradas, reemplazables.

Ella permaneció donde estaba, pero levantó la cabeza. Tenía los ojos bien abiertos y en ellos había cansancio.

-Te quiero tanto, Finn. Detesto saber que ese hombre estuvo aquí, que tocó cosas que eran tuyas.

El se acucilló junto a ella y la cogió por los hombros.

-Tú eres lo único que tengo, y es irremplazable. La primera vez que te vi, esa primera' vez supe que nada de lo que me había pasado antes o me pasara después significaría tanto para mí. ¿Lo entiendes? Lo que siento por ti es abrumador.

-Sí. -Ella le tomó la cara con las manos y guió su boca hacia la suya-. Puedo entenderlo.

Cuando se besaron, el perro se movió y se puso a gemir.

-Estamos haciendo que Cronkite sienta celos -murmuró él y ayudó a Deanna a incorporarse.

-Deberíamos buscarle una esposa -dijo ella con una sonrisa que se desvaneció enseguida-. Finn, tengo que hablar contigo.

-Parece algo serio.

-¿Podemos subir?

Ella quería estar en el dormitorio, puesto que ya estaba restaurado casi por completo. El se había ocupado de que lo terminaran antes que el resto de la casa. Las cosas que no habían sido destruidas estaban allí. Detrás de la cama, donde ella sabía que habían escrito aquel mensaje, la pared estaba recién pintada. Allí Finn había colgado el cuadro que había comprado hacía tanto tiempo.

Despertares. Esas pinceladas de colores tan vivos, tanta energía y vigor. Sabía que ella necesitaría esa tela allí, como un recordatorio de la vida. Así, esa habitación se había convertido en un refugio.

-¿Te sientes mal por lo de Kate?

-Sí. -Mantuvo su mano en la de él mientras subían por la escalera-. Pero lo que quiero decirte es otra cosa. -Entró en el dormitorio, se acercó al hogar, luego a la ventana, y enseguida volvió junto a él-. Te amo, Finn.

El tono con que lo dijo hizo que él se pusiera en guardia.

-Eso ya lo sé.

-Pero el hecho de amarte no me da derecho a meterme en cada parcela de tu vida.

Elladeó la cabeza. Podía leer en Deanna como en un libro abierto. Estaba preocupada.

-¿A qué parcelas crees no tener acceso?

-Estás enojado. Nunca termino de entender por qué te irrita, sobre todo cuando trato de mostrarme razonable.

-Detesto que te muestres razonable. Dilo de una vez, Deanna.

-Está bien. ¿Qué información tenía Angela sobre ti?

La expresión de Finn pasó de la impaciencia a la confusión.

-¿De qué me hablas?

Ella se quitó el abrigo y lo arrojó a un lado. Con su traje negro y sus zapatos húmedos, se puso a pasear por la habitación.

-Si no quieres contármelo, vale. Acepto que cualquier cosa que hayas hecho en el pasado no está necesariamente vinculada con nuestra relación.

-Cálmate y deja de pasearte como una posesa. ¿Qué es exactamente lo que crees que he hecho?

-No lo sé. Y si crees que no tengo por qué saberlo, de acuerdo. Pero cuando la policía interrogue a ese tal Beeker tu secreto forzosamente saldrá a la luz.

-Un momento. -Levantó las manos mientras ella se desabrochaba la chaqueta de su traje-. Si entiendo bien, y corrígeme si me equivoco, tú crees que Angela me estaba chantajeando. ¿Es así?

Deanna se acercó al armario y sacó una percha acolchada.

-Dije que no me inmiscuiría si tú no querías. Me estaba mostrando razonable.

-Ya lo creo. -Se le acercó, le puso las manos sobre los hombros y la llevó hacia una silla-. Ahora siéntate y dime por qué crees que me estaba chantajeando.

-Aquella noche iba a encontrarme con Angela porque ella me dijo que sabía algo sobre ti. Algo que podía dañarte.

El también se sentó, en el borde de la cama, mientras una nueva furia crecía en su interior.

-¿De modo que la manera de hacerte ir al estudio fue amenazándome?

-No directamente. No exactamente. Nada de lo que ella pudiera decirme haría cambiar lo que siento por ti. Yo quería asegurarme de que Angela lo entendiera, para que nos dejara en paz.

-Deanna, ¿por qué no acudiste a mí?

Ante esa pregunta sencilla y racional ella hizo una mueca.

-Porque quería arreglármelas sola. Porque no necesito que tú ni nadie hagan las cosas por mí.

-¿No fue precisamente eso lo que trataste equivocadamente de hacer por mí?

Eso la hizo callar, pero solo por un momento. Deanna supo que se trataba de una especie de duelo de especialistas en entrevistas en el que ella no pensaba perder.

-Estás escurriendo el bulto. ¿Qué me habría dicho ella, Finn?

-No tengo la menor idea. No soy gay, no consumo drogas, nunca robé nada. Salvo un par de cómics cuando tenía doce años... y nadie pudo probarlo.

-No me parece gracioso.

-Ella no me estaba chantajeando, Deanna. Tuve un lío con ella, pero eso no era un secreto para nadie. No fue la primera mujer de mi vida, y no hubo nada escabroso o pervertido que yo quisiera ocultar. No estoy relacionado con la mafia y jamás he hecho un desfalco. No oculto hijos ilegítimos. Nunca he matado a nadie.

De pronto se detuvo en seco, y de su rostro desapareció la expresión de divertida impaciencia.

-Dios mío. -Se llevó las manos a la cara y se apretó los ojos.

-Lo siento. -Deanna se puso de pie y se acercó a él-. Finn, lo siento, no debería haber tocado el tema.

-¿Podría ella haber hecho eso? -se preguntó para sí-. ¿Podría haberlo hecho? Y ¿para qué? ¿Para qué?

-¿Qué es lo que podría haber hecho? -preguntó Deanna sin dejar de abrazarlo.

Finn se apartó apenas, como si lo que estaba pensando pudiera lastimarla.

-Mi mejor amigo en el college, Pete Whitney. Nos gustaba la misma chica. Una noche nos emborrachamos y cada uno trató de poner fuera de combate al otro. Pero nos aseguramos de que la pelea no tuviera lugar en el campus. Después decidimos que ella no valía la pena y seguimos bebiendo. -Su voz sonaba fría e inexpresiva, la voz de un periodista dando una noticia-. Esa fue la última vez que me emborraché. Pete solía bromear con que esa era mi parte irlandesa. Que podía solucionar cualquier cosa con la bebida, una pelea o hablando. -Finn recordó cómo era por entonces: rebelde, beligerante, agresivo. Decidido a no parecerse en nada a los padres fríos y civilizados que tenía-. Ya no bebo mucho, y he aprendido que por lo general las palabras son mejores armas que los puños. El me dio esto -dijo Finn y sacó la cruz celta de abajo de su camisa y cerró la mano alrededor de ella-. El fue mi mejor amigo, lo más parecido a una familia que jamás tuve.

«Fue», pensó Deanna, y sintió pena por Finn.

-Nos olvidamos de la chica. Ella no era tan importante como nosotros lo éramos el uno para el otro. Nos bajamos otra botella. Yo tenía un ojo a la funerala, así que le di las llaves del coche, me instalé en el asiento de atrás y me dormí. Teníamos veinte años y éramos muy inocentes. La idea de meternos en un coche borrachos como cubas no significaba nada para nosotros. Cuando uno tiene esa edad, piensa que vivirá para siempre. Pero no ocurrió en el caso de Pete.

»Abrí los ojos cuando lo oí gritar. Y lo siguiente que recuerdo es despertar rodeado de luces y personas, y la sensación de haber sido atropellado por un camión. El había tomado una curva a demasiada

velocidad y nos estrellamos contra un poste. Los dos salimos despedidos del coche. Yo tenía conmoción cerebral, una clavícula rota, un brazo roto e infinidad de cortes y moretones. Pete estaba muerto.

-Oh, Finn -exclamó Deanna y volvió a estrecharlo fuertemente.

-Era mi automóvil, así que todos pensaron que yo lo conducía. Me iban a acusar de homicidio no intencional causado con un vehículo. Mi padre acudió en mi ayuda, pero para entonces ya la policía había encontrado a varios testigos que dijeron haber visto a Pete al volante. Pero, desde luego, eso no le devolvió la vida. Tampoco modificó el hecho de que yo había estado borracho y me había portado como un estúpido, con una negligencia inadmisibile.

Cerró los dedos alrededor de la cruz de plata.

-No es algo que oculte, Deanna. Es simplemente algo que no me gusta recordar. Qué curioso, esta noche, en el funeral de Angela, pensé en Pete. Yo no había asistido a ninguno desde el de Pete. Su madre siempre me culpó, y yo entendí su sentir.

-Tú no conducías el coche, Finn.

-¿Importa eso realmente? -El la miró, pero ya sabía la respuesta-. Podría haberlo conducido. Mi padre les dio dinero a los Whitney y así terminó todo. No se formularon cargos contra mí ni me consideraron responsable de lo ocurrido.

Apretó la cara contra el pelo de Deanna.

-Pero lo era. Fui tan responsable como Pete. La única diferencia es que yo estoy vivo y él no.

-La diferencia es que a ti se te dio otra oportunidad y a él no. -Deanna cerró la mano sobre la de Finn, de modo que los dos apretaban la cruz-. Lo siento tanto, cariño.

También ello sentía. Toda su vida adulta la había pasado tratando de convertirse en el hombre que era, tanto por sí mismo como por Pete. Usaba la cruz todos los días como talismán, y también como recordatorio.

-A Angela le habría resultado fácil reconstruir los hechos -añadió Finn-. Incluso podría haber mencionado que el dinero y el poder de los Riley había influido en el desenlace. Pero te habría chantajeado a ti, no a mí. Sabía que si se acercaba a mí, le habría dicho que lo publicara en los periódicos.

-Quiero hablar con la policía.

-Les diremos muchas cosas. Mañana. ¿Tú me habrías protegido, Deanna?

-Sí. ¿Por qué lo preguntas?

-Gracias.

Ella sonrió mientras acercaba su boca a la de Finn.

No muy lejos de allí alguien lloraba. Sus lágrimas, ardientes y amargas, le quemaban la garganta, los ojos, la piel. Una serie de fotografías de Deanna miraban con una sonrisa benévola a ese cuerpo sollozante. Tres velas constituían la única luz, y sus llamas iluminaban las fotografías, el aro y el mechón de pelo sujeto por un cordón dorado: todos los tesoros colocados sobre el altar del deseo frustrado.

Había también pilas de cintas de vídeo, pero la pantalla del televisor estaba oscura y silenciosa.

Angela estaba muerta, pero eso no era suficiente. El amor, profundo, sombrío y demencia!, había apretado el gatillo del arma, pero no era suficiente. Tenía que haber más.

El resplandor de las velas dibujó el contorno de un hombre acurrucado y lleno de desesperación. Ya vería Deanna, tenía que verlo, hasta qué punto la amaba, la quería, la adoraba...

Había una manera de demostrárselo.

Finn habría preferido acudir solo a la entrevista. A Jenner le ocurría otro tanto. Pero como ninguno de los dos logró deshacerse de! otro, ambos se dirigieron juntos a !a oficina de Reeker.

-Más vale que !e saque provecho a esta entrevista -dijo Jenner-. Al dejarlo acompañarme, le estoy haciendo un favor, señor Riley.

Ese comentario le valió una gélida mirada de Finn.

-Permítame recordarle que usted no sabría nada de Kate Lowell ni de Beeker si nosotros no le hubiéramos pasado esa información.

Jenner sonrió y se frotó la barbilla, que se había cortado al afeitarse.

-Tengo la sensación de que usted no me !o habría dicho si la señorita Reynolds no hubiera insistido.

-Ella se siente más tranquila al saber que la policía está al frente de la investigación.

-Y qué siente con respecto a que usted participe en la investigación? -Silencio-. No lo sabe -sacó en conclusión Jenner-. Como hombre que en julio cumplió treinta y dos años de casado, permítame decirle que lo que está haciendo es muy arriesgado.

-Ella está aterrada. Seguirá estándolo hasta que usted haya apresado al asesino de Angela.

-Ya. Ahora bien, tenemos el asunto de Kate Lowell. Tal vez usted no esté de acuerdo conmigo porque es periodista, pero creo que ella tiene derecho a su privacidad.

-Es difícil alegar privacidad cuando uno se gana la vida gracias al público. Yo creo en el derecho de saber, teniente. Pero no creo en el chantaje, ni en enfocar teleobjetivos en la ventana del dormitorio de una persona.

-Veo que mi comentario lo ha molestado. Pues a mí esa mujer me da lástima. En aquella época era una chiquilla, y seguro que estaba muerta de miedo.

-Usted es un blando y un sensiblero, teniente.

-En absoluto. No se puede ser policía y ser blando. -Pero lo era, maldita sea. Como eso lo avergonzaba, su respuesta fue agresiva-. De todos modos, ella bien podría haber matado a Angela Perkins.

Finn aguardó a que Jenner hubo estacionado en doble fila y colocado el rótulo de la policía detrás del parabrisas.

-A ver, convéncame de ello.

-Ella discute con Angela en el hotel. Está harta de Angela, furiosa porque la hizo sufrir por algo ocurrido cuando ella era poco más que una chiquilla.

-De nuevo el blando. Siga -comentó Finn mientras se apeaba del coche.

-Está harta de que Angela la controle y la amenace. Se da cuenta de la presencia de la criada en el dormitorio y se va. Pero sigue a Angela al edificio de la CBC y la asesina. Entonces llega Deanna, y a ella se le ocurre una idea. Hace años que trabaja en cine, de modo que sabe cómo emplazar una cámara y hacerla funcionar.

-Ya -dijo Finn cuando ambos cruzaron la calle-. Entonces decide ocultar sus motivos con el recurso de hacer público precisamente aquello por lo que mató a Angela. Es mejor que el mundo sepa que es una madre soltera y no que es una asesina.

-No me cuadra -opinó Jenner.

-Tampoco a mí. Si Beeker tiene en sus archivos la mitad de mierda de lo que Kate piensa, antes de la hora de la cena tendremos una docena más de guiones.

Se dirigieron al edificio de oficinas, y Jenner le mostró su placa al guardia de seguridad del *lobby*.

Una vez arriba, Jenner observó el largo pasillo. Los óleos colgados eran originales y muy buenos. La alfombra era gruesa. Cada pocos metros había plantas altas de grandes hojas.

Las puertas de cristal de Investigaciones Reeker se abrían a una zona de recepción con un abeto en miniatura para estar a tono con las cercanas Navidades.

Una mujer trigüeña, de alrededor de treinta años, se encontraba detrás de una mesa de recepción realizada a partir de un bloque de vidrio.

-¿En qué puedo servirles?

-Queremos hablar con Beeker -dijo Jenner y le mostró su identificación.

-El señor Reeker está reunido, teniente. ¿Quiere hablar con alguno de sus socios?

-Esperaremos, pero yo de usted le avisaría que estamos aquí.

-Muy bien. ¿Puedo preguntarle para qué tema es?

-Homicidio.

-Todo un detalle -murmuró Finn cuando se acercaron a los sillones de la sala de espera. Paseó la vista por el lugar. Muy elegante para un investigador privado.

-Un par de clientes como Angela Perkins significan que este tipo cobra en un mes lo que yo gano en un año.

-¿Teniente Jenner? -llamó la recepcionista-. El señor Beeker los recibirá ahora.

Los condujo por otro par de puertas de cristal y más allá de varias oficinas. Llamó a una puerta y la abrió.

Clarence Beeker era parecido a su oficina: pulcro, sutilmente elegante y servicial. Se puso de pie detrás de su escritorio. La mano que extendió era de dedos finos.

Su pelo exhibía canas en las sienes, y su rostro de facciones suaves se veía favorecido por las arrugas y líneas cinceladas por el tiempo. Era un hombre delgado.

-¿Puedo ver su identificación?

Su voz era suave, como crema sobre café.

Jenner se sentía decepcionado. Había esperado que Beeker fuera un hombre desaliñado y mal trajeado. Examinó la placa después de ponerse gafas de montura plateada.

-A usted lo reconozco, señor Riley. Con frecuencia veo su programa los manes por la noche. Puesto que ha venido con un periodista, detective Jenner, doy por sentado que no es una visita oficial.

-Lo es -lo corrigió Jenner-. El señor Riley está aquí como portavoz del alcalde.

Ni Finn ni el propio Jenner pestañearon ante tamaña mentira.

-Es un honor. Por favor, tomen asiento. Díganme qué puedo hacer por ustedes.

-Estoy investigando el homicidio de Angela Perkins -explicó Jenner-. Ella era diente suya.

-Lo era -admitió Beeker y se acomodó detrás de su escritorio-. Fue un golpe muy fuerte para mí enterarme de su muerte.

-Tenemos información que nos hace suponer que la difunta estaba chantajeando a una serie de personas.

-¿Chantaje? -Las cejas entrecanas de Beeker se enarcaron-. Un término muy poco atractivo relacionado con una mujer muy atractiva.

-También es un motivo atractivo para el asesinato -observó Finn-. Usted investigó a muchas personas por orden de la señorita Perkins.

-Me ocupé de una serie de casos para la señorita Perkins a lo largo de nuestra asociación de diez años. Dada la naturaleza de su profesión, resultaba ventajoso para ella estar enterada de detalles, antecedentes y hábitos de los invitados que pensaba entrevistar.

-Ese interés y el uso que hizo de esos datos pueden haber desembocado en su muerte.

-Señor Riley, yo realicé investigaciones para la señorita Perkins y le informé de los resultados- Estoy seguro de que lo entiende. No tenía ningún control sobre el uso que ella hacía de la información proporcionada por mí.

-Y ninguna responsabilidad.

-Ninguna -convino Beeker-. Nosotros proporcionamos un servicio. Investigaciones Beeker tiene una excelente reputación porque somos hábiles, discretos y fiables. Respetamos la ley, teniente, y un código de ética. Si nuestros clientes no hacen lo mismo es asunto de ellos, no nuestro.

-A uno de sus clientes le destrozaron la cara de un tiro -señaló Jenner-. Nos gustaría ver copias de los informes que usted presentó a la señorita Perkins.

-Por mucho que quisiera cooperar, me temo que eso es imposible. A menos que tenga una orden judicial -afirmó con tono cordial.

-Usted no tiene una diente a la que debe confidencialidad, señor Beeker -contestó Jenner y se inclinó hacia delante-. Lo que queda de ella está en un ataúd cerrado.

-Tengo plena conciencia de ello. Sin embargo, sí tengo un cliente. El señor Gardner tiene contratados los servicios de esta compañía. Como él es el viudo y heredero de la desaparecida señorita Perkins, yo estoy moralmente obligado a acceder a sus deseos.

-¿Que son...?

-Investigar la muerte de su esposa. La verdad, caballeros, él no está nada satisfecho con la investigación que hasta la fecha lleva a cabo la policía. Y como él era mi cliente en vida de su esposa, y lo sigue siendo después de su muerte, por una cuestión de ética no puedo entregarles mis archivos sin una orden judicial. Estoy seguro de que lo entienden.

-Usted sin duda también lo entenderá -replicó Finn-. Soy un periodista y como tal tengo obligación de informar al público. Sería muy interesante informar al público sobre la clase de trabajo que usted hizo para Angela. Me pregunto si sus demás clientes lo apreciarían.

Beeker se puso tenso.

-No me gustan las amenazas -dijo.

-Estoy seguro de que no. Pero eso no las hace menos efectivas. -Finn consultó su reloj-. Creo que tengo suficiente tiempo para una breve nota en las noticias de la noche. Mañana podremos presentar una versión más detallada.

Con los dientes apretados, Beeker llamó a su secretaria.

-Necesito copias de los archivos de Angela Perkins. Todos. -Colgó y entrelazó los dedos-. Llevará algo de tiempo.

-Tenemos tiempo de sobra -le aseguró Jenner-. Mientras esperamos, ¿por qué no nos dice dónde estaba usted la noche en que mataron a Angela Perkins?

-Estaba en casa, con mi esposa y mi madre. Por lo que recuerdo, jugamos una partida de bridge de tres hasta la medianoche.

-Entonces no objetará que lo confirmemos con su esposa y su madre...

-Desde luego que no. -Aunque no le gustaba que lo manipularan, Beeker era un hombre práctico-. ¿Puedo ofrecerles café mientras esperamos los archivos?

Marshall Pike esperaba en su automóvil, desde hacía más de una hora, en el aparcamiento de la CBC. Cuando finalmente Deanna salió del edificio, él sintió que se le tensaban los músculos: en parte por la furia que sentía, y en parte por el deseo. Durante los últimos dos años se había visto obligado a contentarse con apreciar su imagen en la pantalla del televisor. El hecho de verla ahora a la suave luz del atardecer, con su falda corta y sus piernas atractivas, caminar deprisa hacia su sedan oscuro, lo excitó.

-Deanna -llamó mientras se apeaba de su coche.

Ella se detuvo y miró hacia él. La breve sonrisa de saludo se desvaneció.

-Marshall, ¿qué quieres?

-Nunca contestas a mis llamadas. -Se maldijo por parecer petulante. Quería parecer fuerte, dinámico.

-No me interesaba hablar contigo.

-Pero hablarás conmigo -afirmó y la retuvo por un brazo. Su gesto hizo que el chófer de Deanna bajara del coche con presteza.

-Aleja a tu gorila, Deanna. Estoy seguro de que puedes concederme cinco minutos.

-Está bien, Tim -dijo ella, pero apartó la mano de Marshall antes de volverse hacia su chófer-. No te haré esperar mucho.

-Está bien, señorita Reynolds. -Midió a Marshall con la mirada y se llevó la mano a la gorra.

-En privado -sugirió Marshall y señaló un lugar más alejado-. Tu guardián podrá verte, Deanna. Estoy seguro de que correrá en tu ayuda si yo intentara propasarme.

-Me creo capaz de protegerme sola. -Cruzó el aparcamiento con él, mientras confiaba en que el encuentro fuese breve-. Como no tenemos nada que decirnos a nivel personal, supongo que quieres hablarme de Angela.

-Debió de ser muy difícil para ti encontrarla.

-Lo fue.

-Yo podría ayudarte.

-¿Profesionalmente? No, gracias. Dime qué quieres.

El se quedó mirándola. Seguía siendo perfecta, fresca, seductora. Toda ojos luminosos y labios húmedos.

-Cenemos juntos -propuso-. A ese lugar francés que tanto te gustaba.

-Marshall, por favor. -No había ira en su voz, solo lástima.

-Ya. Olvidaba felicitarte por tu compromiso con nuestro apuesto corresponsal.

-Gracias. ¿Eso es todo?

-Quiero el informe. -Ante la mirada de desconcierto de Deanna, él la aferró con fuerza-. No finjas no entenderme. Sé que Angela te dio una copia del informe sobre mí realizado por su investigador. Me lo dijo. Se jactó de ello. No te lo he pedido antes porque confiaba en que te darías cuenta de todo lo que yo puedo ofrecerte. Ahora, dadas las circunstancias, lo necesito.

-Pues yo no lo tengo.

La ira le ensombreció el rostro.

-Mientes. Ella te lo dio.

-Sí, así es. ¿De veras crees que lo habría conservado todo este tiempo? Lo destruí hace mucho.

Elle aferró los dos brazos y casi la levantó del suelo.

-No te creo.

-Me importa un cuerno lo que creas. No lo tengo. -Más furiosa que asustada, forcejeó para liberarse-. ¿No entiendes que no me importaba lo bastante para guardármelo? Tú no eres importante para mí.

-Zorra. -Fuera de sí, la arrastró hasta su automóvil-. No permitiré que me perjudiques con ese informe.

Lanzó un gruñido cuando alguien lo levantó en vilo desde atrás. Luego cayó estrepitosamente, y se lastimó la cadera y la dignidad.

-No, Tim. -Aunque estaba temblando, Deanna detuvo al chófer antes de que le atizara una vez más.

Tim se alisó la chaqueta.

-¿Está bien, señorita Reynolds?

-Sí.

-¡Eh! -Con una gorra de béisbol que le tapaba la frente y una cámara al hombro, Joe atravesó corriendo el aparcamiento-. ¿Dee? ¿Estás bien?

-No te preocupes. -Se apretó la sien con una mano mientras Marshall se ponía de pie-. Estoy muy bien.

-Entraba en el aparcamiento cuando vi que este tipo forcejeaba contigo. -Joe entrecerró los ojos-. Es el loquero, ¿no? -Le dio un empujón con la mano abierta antes de que Marshall pudiera huir hacia su vehículo-. Un momento, tío. Dee, ¿quieres que llame a la policía o prefieres que Tim y yo le mostremos a este cabrón qué les sucede a los hombres que atacan a mujeres?

-Suéltalo.

-¿Seguro?

Deanna miró a Marshall a los ojos. Había ahora en ellos algo muerto, pero no encontró rastros de piedad.

-Sí. Suéltalo.

-La señora te está ofreciendo una oportunidad -murmuró Joe-. Si llego a pescarte molestándola una vez más, no saldrás tan bien parado.

En silencio, Marshall subió a su coche, se puso el cinturón de seguridad y abandonó el aparcamiento.

-¿Seguro que no la ha lastimado, señorita Reynolds?

-No lo hizo. Gracias, Tim.

-Muy bien -dijo el chófer y se dirigió al coche.

-Ojalá me hubieras dejado atizarlo -dijo Joe y suspiró con pesar antes de volver a mirar a Deanna-. Te ha asustado, ¿no? -Miró la cámara que tenía sobre el hombro-. Me he puesto tan furioso que no atiné a filmar lo que pasaba.

Eso, al menos, era algo.

-Supongo que es inútil que te pida que no comentes nada de esto en la sala de redacción.

El sonrió mientras la acompañaba al coche.

-Completamente inútil. Las noticias son noticias.

No quería contárselo a Finn, pero habían hecho un trato. Nada de ocultarse cosas. Esperaba que Finn tendría trabajo hasta tarde, pero la suerte quiso que él le abriera la puerta y la recibiera con un beso.

-Hola.

-Hola -respondió ella y le dio a Cronkite la caricia por la que gemía.

-Hemos tenido un cambio de agenda, así que volví a casa temprano. -El cambio de agenda fue cancelar todos sus compromisos y pasar la tarde con Jenner leyendo los archivos de Beeker-. He preparado la cena.

Deanna olfateó.

-Parece exquisita.

-Una nueva receta. -Con una ceja levantada, le puso un dedo debajo del mentón-. ¿Qué pasa?

-¿Por qué lo preguntas?

-Estás alterada.

Ella le apartó la mano.

-Maldición, Finn, es irritante. ¿No sabes que a las mujeres nos gusta creer que tenemos algo de misterio?

Sin abandonar la esperanza de ganar tiempo, se sacó el abrigo y lo colgó en la percha del vestíbulo.

-¿Qué ha ocurrido, Kansas?

-Hablares de ello más tarde. Estoy muerta de hambre.

Elle cerró el paso.

-Vamos, desembucha.

Podía negarse a hablar, pero como quería evitar una discusión, ¿qué sentido tendría?

-¿Prometes escucharme hasta el final y reaccionar razonablemente?

-Por supuesto. -Le sonrió, le pasó un brazo por los hombros y la condujo a la escalera. Se sentaron juntos en los escalones, con el perro a sus pies-. ¿Es algo sobre Angela?

-No directamente -respondió ella y suspiró-. Es sobre Marshall. Me tendió una soga de emboscada en el aparcamiento.

-¿Emboscada?

El tono glacial de Finn la alertó. Pero cuando lo miró, los ojos de Finn parecían muy serenos. Con expresión de curiosidad y algo de fastidio, pero serenos.

-Es solo una manera de decirlo. Estaba trastornado. Ya sabes que nunca contesté sus llamadas. -Como Finn no dijo nada, ella prosiguió-. Estaba enojado y alterado, eso es todo. Por ese motivo, y por los informes que Angela me había mandado. Te hablé sobre eso, ¿recuerdas? Marshall cree que yo me los guardé. Como es lógico, con la investigación que se está llevando a cabo, se siente preocupado. Es natural.

-Es natural -repitió Finn con tono cordial.

Deanna recordó que, de todos modos, se enteraría del resto. Por Joe o por alguna otra persona de la sala de redacción. Eso sería peor.

-Tuvimos un pequeño forcejeo.

En los ojos de Finn apareció un brillo peligroso.

-¿Te puso las manos encima?

Deanna se encogió de hombros.

-En cierto modo. En realidad fueron una serie de empujones. Pero Tim estaba allí -añadió-. Y Joe. De modo que no ocurrió nada. De verdad.

-Te puso las manos encima -repitió Finn-. ¿Te amenazó?

-No sé si llamarlo amenaza. Fue solo... ¡Finn! -E! ya estaba de pie, cogiendo su abrigo-. Finn, maldita sea, prometiste ser razonable.

La mirada que elle lanzó casi le detuvo el corazón.

-Te he mentado. -Y se marchó.

A Deanna le temblaban las piernas, pero corrió tras él. El frío y la mirada de Finn hicieron que le castañetearan los dientes mientras luchaba por ponerse el abrigo.

-Basta, Finn. No sigas. ¿Qué vas a hacer?

-Le explicaré a Pike por qué debe mantener las manos apartadas de mi mujer.

-¿Tu mujer? -Esa fue la gota que colmo el vaso. Se adelantó y comenzó a golpearle el pecho con las manos-. No te hagas el macho conmigo, Finn Riley. Yo: no pienso...

Pero en ese momento él la tomó por los codos y la levantó en vilo. Sus ojos echaban chispas.

-Tú eres mi mujer, Deanna. Eso no es un insulto, sino un hecho. Cualquiera que te maltrate, cualquiera que te amenace, tendrá que vérselas conmigo. Ese es otro hecho. ¿Algún problema?

-No. Sí. -Sus pies tocaron tierra con un golpe y ella apretó los dientes-. No lo sé. Entremos y hablemos civilizadamente.

-Habla cuando yo vuelva.

Ella corrió tras él en dirección al coche.

-Iré contigo. -Todavía había una posibilidad, por pequeña que fuera, de que pudiera convencerlo.

-Vuelve a casa, Deanna.

-Iré contigo. -Abrió la portezuela, subió y la cerró con un golpe. E! no era el único capaz de dar miedo con la mirada-. Si mi hombre quiere hacer el papel de estúpido, yo quiero estar allí. ¿Algún problema?

Finn dio un portazo y encendió el motor.

-Demonios, no.

Deanna rogó que Marshall no estuviera en casa.

El viento había arreciado y amenazaba con nevar. Revolvía el pelo de Finn mientras él se encaminaba a la puerta de Marshall. Tenía una sola cosa en mente y, como un experimentado periodista, apartó todos los motivos de distracción: las protestas murmuradas por Deanna, los chirridos ocasionales de los neumáticos en la calle, el terrible frío.

-El no lo vale -agregó Deanna por enésima vez-. El no vale que le hagas una escena.

-No pienso hacerle una escena. Hablaré con él y tendrá que escucharme. Después, a menos que me equivoque mucho, tú no volverás a verlo nunca más.

El deseaba un enfrentamiento con Marshall desde el día en que Deanna salió llorando del edificio de la CBC, y cayó en sus brazos. Finn ya sentía la sonrisa de satisfacción del placer postergado.

Deanna vio que sus ojos se entrecerraban como los de un depredador cuando la puerta se abrió. Tragó saliva y se le ocurrió una idea absurda: interponerse entre los dos.

Pero Finn no se abalanzó contra Marshall, como ella tanto temía. Sencillamente entró en la sala.

-No creo haberlo invitado a pasar -dijo Marshall y desplazó un dedo por la corbata negra de su esmoquin-. Además estaba a punto de salir.

-Haremos esto lo más rápido posible, porque no creo que Deanna se sienta cómoda aquí.

-Deanna siempre es bienvenida en mi casa -repuso Marshall muy tieso-. Pero usted no.

-Lo que usted no parece entender es que somos una pareja. Si la amenaza a ella, me amenaza a mí. Y yo no reacciono nada bien ante las amenazas, doctor Pike.

-Mi conversación con Deanna fue de índole personal.

-Se equivoca nuevamente -afirmó Finn y se acercó a él. El brillo feroz de sus ojos obligó a Marshall a dar un paso atrás-. Si vuelve a acercarse a ella, si alguna vez vuelve a ponerle las manos encima, juro que lo cortaré en trocitos.

-Existen leyes que protegen a un hombre de una agresión física en su propia casa.

-Conozco formas mejores de tratarlo. El informe que Angela tenía sobre usted era muy interesante, Pike.

Marshall miró a Deanna y dijo:

-Ella no tiene ese informe. Lo destruyó.

-Ya. Pero usted no sabe lo que yo tengo, ¿verdad?

La atención de Marshall volvió a centrarse en Finn.

-Usted no tiene ningún derecho de...

-Me amparo en la Primera Enmienda. Tenga cuidado, Pike, o lo partiré en dos.

-Cabrón.

El miedo de resultar desenmascarado acicateó a Marshall, que le lanzó un puñetazo, más por pánico que por otra cosa. Finn esquivó el golpe con facilidad y le soltó un directo al plexo solar.

Fin del combate. Deanna había lanzado un pequeño chillido,

Marshall apenas un gemido, Finn no emitió absolutamente sonido alguno.

Se agachó y le dijo a Marshall:

-Escúcheme con atención. No vuelva a acercarse nunca a Deanna. No la llame, no le escriba, no le mande telegramas. ¿Me ha entendido? -Quedó satisfecho al ver que Marshall parpadeaba-. Esto pone fin a nuestra breve entrevista. -Dio un paso atrás hacia donde Deanna todavía permanecía boquiabierta-. Vámonos.

Ella seguía con las piernas flojas. Tuvo que apretar las rodillas para no balancearse.

-Por Dios, Finn...

-Tendremos que recalentar la cena -comentó mientras iban hacia el coche.

-Tú... quiero decir, tú... -En realidad no sabía qué quería decir-. No podemos dejarlo allí tirado.

-Por supuesto que podemos. No necesita atención médica, Deanna. No he hecho más que arrugarle el esmoquin y magullarle el amor propio.

-Le has golpeado.

El malhumor de Finn desapareció. Se sintió radiante mientras conducía de regreso a casa.

-No es exactamente mi estilo, pero como él golpeó primero, no me quedó más remedio.

Ella volvió la cabeza. No podía explicarlo, no podía creer lo que estaba sintiendo. La forma en que Finn había sacudido a Marshall con palabras. Con palabras tan afiladas y frías como una espada. Y luego había desplazado el cuerpo con la gracia de un bailarín. Ni siquiera había visto el golpe que lanzó a continuación, ni tampoco Marshall. Finn se había movido tan rápidamente... Deanna se apretó el estómago con una mano y lanzó un pequeño gemido.

-Para -pidió con voz ahogada-. Ahora.

Ello hizo, preocupado por el malestar de Deanna, y fastidiado por no haberla hecho quedar en casa.

-Tranquila, cariño. Lamento que hayas tenido que presenciar eso.

Pero no pudo continuar porque ella se quitó el cinturón de seguridad y se abalanzó sobre él. La boca de Deanna estaba caliente, húmeda y ávida. Entre la sorpresa y su respuesta instantánea, Finn sintió los latidos del corazón de Deanna.

Y sus manos. Dios, sus manos.

Los coches pasaban velozmente junto a ellos. El beso de Deanna fue apasionado y profundo.

Los dos jadeaban cuando ella se echó hacia atrás.

-Muy bien -logró balbucir él.

-No es algo que me enorgullezca -explicó ella, de nuevo en su asiento, la cara encendida y los ojos brillantes-. No apruebo las amenazas ni las peleas. Pero.., oh, Dios mío. -Con una risita cerró los ojos. Su cuerpo vibraba como un motor en ebullición-. Estoy a punto de estallar. Conduce rápido por favor.

-De acuerdo. -La mano de Finn tembló un poco al girar la llave del contacto. Pero cuando pisó el acelerador, comenzó a sonreír. La sonrisa se convirtió en una carcajada-. Deanna, estoy loco por ti.

-Los dos estamos completamente locos -decidió ella-. Apresúrate.

Marshall se consoló como pudo. La vergüenza y la furia lo hicieron salir de casa y tomar varias copas antes de ir a su cita en la ópera. Pensaba que no disfrutaría de la música ni de la compañía, pero al final se sosegó. Era un hombre culto y respetado. No iba a permitir que un periodista como Finn Riley lo intimidara. Esperaría con paciencia su oportunidad.

Seducido aún por el aria final de la diva, seguía sereno cuando enfiló con el coche el sendero de acceso a su casa, aunque todavía le dolía bastante el estómago. Un buen sedante lo solucionaría. La furia y la frustración se habían diluido con Mozart. Mientras tarareaba en voz baja, cerró el coche. Si Deanna tenía ese informe, conseguiría que se lo devolviera. Pero debía esperar a que Riley se marchara de la ciudad.

Se prometió que hablarían y finalmente conseguiría que el pasado quedara atrás para siempre. Como Angela.

Cuando rebuscaba las llaves le pareció percibir un movimiento a su izquierda. Tuvo tiempo de volver la cabeza, tiempo para darse cuenta de lo que pasaba, pero no para gritar.

Finn contemplaba a Deanna durmiendo cuando sonó el teléfono. Lanzó una imprecación y ella despertó.

-¿Finn? Soy Joe.

-Joe. -Vio cómo la tensión desaparecía de los hombros de Deanna-. Supongo que sabes que pasan de la una de la madrugada.

-Tengo un dato para ti, amigo. Un homicidio en Lincoln Park.

-Las noticias policiales no son mi especialidad.

-Lo sé, Finn. Pero supuse que esta te interesaría. Se trata de Pike, el psiquiatra que acosó hoy a Dee. Alguien se lo ha cargado.

Finn miró a Deanna.

-¿Cómo?

-Al parecer, una muerte muy parecida a la de Angela. Le destrozaron la cara. El contacto que tengo en la policía no se explayó en detalles, pero dijo que ocurrió en la puerta de su casa. Un vecino informó haber oído disparos alrededor de medianoche. La policía lo encontró. Te estoy llamando desde el bar de la policía. Tenemos una unidad trabajando en el lugar. Será la información estrella de Noticias del Amanecer.

-Gracias.

-He pensado que Dee lo tomará mejor si se lo dices tú.

-Sí. Mantenme informado, ¿quieres?

-Por supuesto.

Y colgó, perplejo.

-Ocurre algo. -Deanna lo veía en su rostro-. Dímelo sin rodeos, Finn.

Cubrió las manos de ella con las suyas.

-Marshall Pike ha sido asesinado.

Deanna se estremeció.

-¿Asesinado?

-Sí.

Ella ya sabía la respuesta, pero aun así preguntó:

-¿Igual que a Angela? Fue igual que con Angela, ¿verdad?

-Eso parece.

De la garganta de Deanna surgió un gemido.

-Tenemos que contarle a la policía lo que pasó hoy en el aparcamiento del estudio. Tiene que estar relacionado.

-Es posible.

Ella se levantó de la cama.

-Marshall me acosó hoy, y nosotros fuimos a su casa. Horas después, lo asesinan. La relación entre los hechos es clara.

-Ya, pero ¿qué podemos hacer?

-Lo que pueda. -Se vistió de prisa-. Yo no apreté el gatillo, pero soy la causa de su muerte.

Ella abrazó.

-Tengo que hacer algo, Finn. De lo contrario, no podré soportarlo.

-Iremos a ver a Jenner. -Le tomó la cara con las manos y la besó-. Ya pensaremos qué hacer.

-Está bien.

Ella terminó de vestirse en silencio. Estaba segura de que Finn no se sentiría culpable de haber derribado a Marshall apenas horas antes, porque lo consideraba solo un acto de justicia. Tal vez tenía razón.

¿Eso había pensado también el que había disparado a la cara de Marshall? La sola idea la hizo sentir mal.

-Te esperaré abajo -dijo.

Vio el sobre antes de llegar abajo. Su blancura resaltaba sobre el suelo de la sala, a unos centímetros de la puerta. Sintió una punzada en la boca del estómago. Se acercó y lo recogió.

Finn estaba detrás de ella cuando Deanna lo abrió.

-Maldita sea -comentó él, se lo arrebató y lo leyó: EL YA NO VOLVERÁ A HACERTE DAÑO.

Cuando los dos salieron de la casa, alguien los observaba; una persona cuyo corazón rebosaba de amor, necesidad y congoja. Haber matado por ella no le preocupaba. Lo había hecho antes y debía hacerlo de nuevo.

Tal vez así, finalmente, Deanna comprendería.

Jeff se encontraba de pie en la cabina de control que daba al estudio, y se mordía el labio con nerviosismo. Deanna estaba a punto de grabar su primer programa desde la muerte de Angela.

-Cámara tres, sobre Deanna -dijo, y siguió impartiendo órdenes-. Cámara dos, zoom de alejamiento. Cámara uno, toma más amplia y panorámica. Ahora, plano cono de Dee. Música. Aplausos. Vídeo en playback.

Aplaudió, como hicieron también los demás que estaban en el control. Desde ese lugar, que dominaba el estudio, vieron cómo el público se ponía de pie y aplaudía.

Deanna, de pie en su nuevo decorado, dejó que los aplausos la envolvieran. Sabía que eran una muestra de apoyo y bienvenida. Cuando se le llenaron los ojos de lágrimas no se molestó en reprimirlas.

-Gracias -dijo y suspiró-. Es magnífico estar de vuelta. Yo... -Se interrumpió mientras paseaba la vista por el público. Entre los desconocidos vio algunos rostros familiares. Rostros de la sala de redacción, de la producción-. Es magnífico veros. Antes que nada, quiero agradecerlos las cartas y llamadas que he recibido durante toda la semana pasada. Vuestro apoyo nos ha ayudado mucho a mí y a todos los que hacemos este programa, en un momento tan difícil. -Pensó que ese era todo el espacio que concedería al pasado-. Ahora quisiera presentaros a una mujer que nos ha proporcionado muchas horas de entretenimiento. Es una mujer luminosa, con un talento tan extraordinario como sus ojos. Según Newsweek, Kate Lowell es capaz de prender fuego a la pantalla con un movimiento de sus pestañas, con el brillo de su sonrisa. Ha demostrado con creces su popularidad y su éxito al mantenerse como la actriz más taquillera durante dos años seguidos, y al ganar un Oscar por su interpretación de la heroica e inolvidable Tess en *Impostura*. Señoras y señores, Kate Lowell.

El público estalló en aplausos. Kate irrumpió en el plató con el aspecto confiado y fresco de una auténtica estrella. Pero cuando Deanna le cogió la mano, la encontró fría y temblorosa. La abrazó fuerte.

-No digas nada que no quieras decir -le murmuró al oído-. No pienso presionarte para que reveles nada.

Kate vaciló un momento.

-No sabes cuánto me alegro de que estés aquí, Dee. Sentémonos, por favor. Me tiemblan las piernas.

No fue un programa fácil. Deanna pudo llevar adelante los primeros diez minutos con sabrosos comentarios sobre Hollywood, que mantuvieron entretenido y divertido al público. Hasta el punto de que ella llegó a pensar que Kate había cambiado de idea con respecto al anuncio que se proponía hacer.

-Me gusta interpretar personajes fuertes y de carácter -dijo Kate y cruzó las piernas-. Y actualmente proliferan los guiones con mujeres fuertes, mujeres que no son simples espectadoras de la vida, sino que tienen convicciones y principios por los que están dispuestas a luchar. YO agradezco la oportunidad de encarnar a esas mujeres, porque en mi caso no siempre luché por lo que quería.

-¿Sientes que ahora sí puedes hacerlo, a través de tu trabajo?

-Me identifico con muchos de los personajes que he interpretado. Sobre todo con Tess, una mujer que lo sacrificó todo y lo arriesgó todo por su hija. De alguna manera, yo soy una imagen especular de Tess. Las imágenes del espejo son opuestas. En mi caso, yo sacrifiqué a mi hija, mi oportunidad con mi hija, cuando decidí entregarla en adopción hace diez años.

-¡Joder! -En la cabina de control, Jeff abrió los ojos de par en par. En el público reinaba un silencio asombrado-. Joder -repitió-. Cámara dos, plano muy corto de Kate. Maldita sea.

Pero mientras se mordía el labio con preocupación, observó la cara de Deanna. Comprendió que ella lo sabía, y suspiró. Ella lo sabía...

-Un embarazo no querido, en cualquier momento, o circunstancia, es algo aterrador. -Deanna deseaba que su público recordara bien eso-. ¿Qué edad tenías?

-Diecisiete años. Como sabes, Dee, yo tenía una familia que me apoyaba, un buen hogar. Acababa de iniciar mi carrera como modelo, y creí que el mundo estaba a mis pies. Pero de pronto descubrí que estaba embarazada.

-¿Qué me dices del padre? ¿Quieres hablar de él?

-Era un muchacho muy bueno y dulce, y estaba tan asustado como yo. Fue mi primer amor. -Sonrió al recordarlo-. Y yo fui también su primera relación. Estábamos deslumbrados el uno con el otro y con lo que

sentíamos. Cuando se lo conté, los dos nos quedamos asombrados y en silencio. Estábamos en Los Ángeles, y habíamos ido a la playa. Permanecimos sentados contemplando el mar. El me propuso casarse conmigo.

-Para algunas personas esa es la solución. ¿Para ti no?

-No. No era la solución para mí, para él ni para el bebé -prosiguió Kate, y echó mano de todos sus recursos para mantener la voz serena-. ¿Recuerdas cómo solíamos conversar de lo que nos gustaría hacer en la vida?

-Sí, lo recuerdo -asintió Deanna y tomó la mano de Kate-. Tú nunca tuviste dudas en ese sentido.

-Siempre quise ser actriz. Había progresado un poco como modelo, y me proponía conquistar Hollywood a toda costa.

-¿No pensaste en abortar? ¿En hablar de esa posibilidad con el padre de la criatura, con tu familia?

-Sí, lo hice. En tan difícil situación, mis padres me apoyaron. Yo los había herido, los había decepcionado. No entendí cuánto hasta que fui mayor y vi las cosas! con más perspectiva. Pero ellos jamás titubearon. No sé por qué tomé esa decisión. Fue una decisión puramente emocional, pero creo que el firme apoyo de mis padres me ayudó a llevarla adelante. Decidí tener el bebé y darlo en adopción. Jamás imaginé, por lo menos hasta que llegó el momento de hacerlo, lo difícil que me resultaría.

-¿Sabes quién adoptó la criatura?

-No. No quise saberlo. Había decidido cederla a personas que la amarían y la cuidarían. De modo que ya no era mi bebé sino de ellos. Ahora tiene casi once años. -Con los ojos llenos de lágrimas, miró a la cámara-. Espero que sea feliz. Espero que no me odie.

-Miles de mujeres se enfrentan a lo mismo que tú. Cada decisión que tomen es la suya, por difícil que sea. Creo que una de las razones por las que interpretas tan bien a mujeres admirables es que has pasado por una de las pruebas más difíciles y dolorosas a las que se enfrenta una mujer.

-Cuando interpreté a Tess, me pregunté cómo habrían salido las cosas si hubiera tomado una decisión diferente. Nunca lo sabré.

-¿Lamentas tu decisión?

-Una parte de mí siempre lamentará no haber sido madre de esa criatura. Pero creo que, después de todos estos años, finalmente he comprendido que en realidad fue la decisión más acertada. Para todos.

-Volveremos en un momento -dijo Deanna a la cámara, y luego miró a Kate-. ¿Estás bien?

-Más o menos. Nunca pensé que sería tan difícil. -Hizo dos inspiraciones profundas, pero siguió con la vista fija en Deanna, en lugar de mirar el público-. Ahora me acribillarán a preguntas. Dios mío, no quiero ni pensar en la prensa de mañana.

-Saldrás adelante.

-Sí, Dee. -Se inclinó y apretó la mano de Deanna-. Era muy importante para mí hacer esto aquí, contigo. Durante unos minutos he tenido la sensación de que estábamos aquí las dos solas, conversando como solíamos hacerlo.

-Entonces quizá a partir de ahora te mantendrás en contacto conmigo.

-Sí, lo haré. ¿Sabes?, mientras hablaba me he dado cuenta de por qué odiaba tanto a Angela. Yo creía que era porque me estaba usando. Pero en realidad era porque estaba usando a mi hijita. Me ayuda mucho entenderlo.

-Un programa estupendo -afirmó Fran cuando Deanna entró en el camerino-. Tú lo sabías. Me di cuenta de que lo sabías. ¿Por qué no me lo dijiste? A mí, tu productora y tu mejor amiga.

-Porque no estaba segura de que ella se atreviese a seguir adelante. -La tensión de la última hora le provocaba dolor en los hombros. Mientras se los masajeaba, se acercó al espejo para cambiarse el maquillaje-. No me parecía bien hablar sobre el tema hasta que ella lo hiciera. Cuéntame cuál ha sido la reacción del público, Fran.

-Diría que un sesenta y cinco por ciento estaba con Kate, que un diez por ciento no logró superar el asombro, y que el resto quedó muy impresionado al ver caer a la diosa de su pedestal.

-Me lo imaginaba. No está mal -comentó Deanna mientras se ponía crema humectante en la cara-. Ella estará bien. ¿Y tú en qué bando estás, Fran?

-En el de Kate. Debió de ser un infierno para ella, pobrecilla. Por Dios, Dee, ¿qué la hizo decidir hacerlo público?

-Bueno, tiene que ver con Angela -comenzó Deanna, y se lo contó todo.

-Chantaje -dijo Fran-. Sabía que esa mujer era una hija de puta, pero jamás pensé que caería tan bajo. Supongo que la lista de sospechosos ha aumentado en varias decenas de personas. ¿No creerás que Kate...?

-No, en absoluto. -No porque no hubiera barajado esa posibilidad, pensó Deanna, con actitud lógica y hasta objetiva-. Aunque yo creyera que Kate asesinó a Angela, ella no tenía ningún motivo para matar a Marshall. Ni siquiera lo conocía.

-Supongo que no. Ojalá la policía solucione el caso de una vez y encierre a ese lunático. No sabes cuánto me preocupa que sigas recibiendo esas notas. Al menos dormiré mejor al saber que Finn no se marchará de la ciudad hasta que esto haya terminado.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque... -Fran miró su reloj-. Dios, ¿qué hago aquí? Tengo mil cosas...

-Fran. -Deanna se puso de pie-. ¿Cómo sabes que Finn no abandonará la ciudad hasta que esto haya terminado? Tengo entendido que viajará a Roma después de Navidad.

-Caramba, seguramente me he confundido.

-Venga ya.

-Caray, Dee, no me gusta nada la expresión de tu cara.

-¿Cómo lo sabes?

-Porque él me lo dijo; ¿satisfecha? Yo debía mantener la boca bien cerrada, pero ya ves. Ha cancelado lo de Roma y cualquier otro compromiso fuera de Chicago.

-Entiendo -dijo Deanna y bajó la vista.

-No, no lo entiendes, porque tienes las anteojeras puestas. ¿Realmente esperas que Finn tome alegremente un vuelo que lo lleve al otro lado del Atlántico mientras todo esto sucede aquí? Por el amor de Dios, Deanna, él te ama.

-Lo sé -afirmó, muy tensa-. Yo también tengo cosas que hacer -agregó y se marchó.

-Felicidades, Myers.

Mientras mascullaba imprecaciones, Fran llamó a la oficina de Finn. Si involuntariamente había desatado una guerra, lo menos que podía hacer era advertir a Finn.

En su oficina ubicada sobre la sala de redacción, Finn colgó y miró a Barlow James con evidente malhumor.

-Estás a punto de recibir refuerzos. Deanna viene hacia aquí.

-Espléndido. -Complacido, Barlow se reclinó en su asiento y estiró los brazos-. Arreglaremos esto de una vez por todas.

-Ya está arreglado, Barlow. No pienso ir a ningún lugar que esté a más de una hora de casa hasta que la policía atrape a ese maníaco. -Finn, entiendo tu preocupación por Deanna. Pero tu reacción es exagerada.

-¿Ah, sí? Pues yo creía estar comportándome como un hombre cabal.

-Puede conseguir protección durante las veinticuatro horas del día. De profesionales. Dios sabe que una mujer en su posición financiera puede darse el lujo de tener lo mejor. Eso no debe herir tu hombría, Finn, porque tú eres un periodista, no un guardaespaldas. Y -prosiguió antes de que Finn pudiera responder- aunque eres un periodista muy hábil, no eres detective. Deja que la policía haga su trabajo y tú dedícate al tuyo. Tienes una responsabilidad para con el programa, para con la gente que trabaja contigo. Para con el canal, la red, los anunciadores. Tienes un contrato, Finn. Estás obligado a viajar a donde estén las noticias. Tú aceptaste esos términos. Demonios, si basta los exigiste.

-Demándame -sugirió Finn. Miró hacia la puerta que se abría.

Deanna entró con su traje de seda, los ojos lanzando chispas y el mentón levantado. Cada paso era un desafío. Se acercó al escritorio y lo golpeó con las palmas.

-No lo toleraré.

Finn no se molestó en fingir que no sabía de qué hablaba.

-Tú no tienes nada que ver con esto, Deanna. Es mi decisión.

-Ni siquiera me lo has comentado. ¿Pensabas poner alguna ridícula excusa de que el viaje había sido cancelado? Me habrías mentido.

Habría sido capaz de matar por ti, pensó Finn y se encogió de hombros.

-Me parece que nada de esto es necesario -precisó-. ¿Cómo fue el programa esta mañana?

-Basta. No sigas. -Deanna miró a Barlow-. Tú puedes ordenarle que vaya, ¿verdad?

-Pensaba que podía. -Levantó las manos y las dejó caer-. He venido de Nueva York con la esperanza de hacerlo entrar en razones. Pero eso es imposible. -Con un suspiro, se puso de pie-. Estaré en la sala de redacción durante la próxima hora.

Finn esperó a que la puerta estuviera cerrada.

-Más vale que aceptes, Deanna. No lograrás hacerme cambiar de idea.

-Quiero que vayas -dijo ella, y enfatizó cada palabra-. No quiero que lo que está pasando interfiera en nuestras vidas. Es importante para mí.

-Tú eres importante para mí.

-Entonces hazlo por mí.

Finn tomó un lápiz, lo hizo girar entre los dedos y lo partió en dos.

-No.

-Esto podría poner en peligro tu carrera.

-No lo creo.

-Podrían cancelar tu programa.

-Bien, supongamos que deciden cancelar un programa con una audiencia muy alta, que produce muchas ganancias y que ha obtenido premios, solo porque yo decido no viajar por un tiempo. -Miró a Deanna con expresión divertida-. En ese hipotético caso tendrías que mantenerme hasta que consiga un nuevo empleo. A lo mejor me gusta y decido no trabajar más y dedicarme a la jardinería o al golf. Incluso podría ser tu manager.

-Esto no es una broma, Finn.

-Tampoco es una tragedia. Me quedo aquí, Deanna. Y llegaré al fondo de este asunto.

-Eso es lo que has estado haciendo? ¿Por eso el martes por la noche repitieron un programa? Y todas esas llamadas de Jenner. Estás trabajando con Jenner, ¿verdad?

-A él no le importa. ¿Por qué debería importarte a ti?

-Detesto esto. Detesto que nuestras vidas privadas y profesionales se mezclen y desequilibren. Detesto estar tan asustada. Pegar un respingo cada vez que oigo un ruido en el pasillo, o prepararme para lo peor cada vez que se abre la puerta del ascensor.

-Eso es exactamente lo que yo siento. Ven aquí. -Extendió una mano y tomó la de ella cuando Deanna se acercó al escritorio. La hizo sentar sobre sus rodillas-. Tengo miedo, Deanna, mucho miedo.

Ella abrió la boca, sorprendida.

-Nunca me lo dijiste.

-El orgullo masculino es una cuestión espinosa. Lo cierto es que necesito estar aquí, participar en la investigación, saber qué está sucediendo. Es la única manera que tengo para luchar contra el miedo.

-Prométeme que no te arriesgarás.

-El no me persigue a mí, Deanna.

-Quisiera estar segura de eso.

Cerró los ojos. Pero no estaba segura.

Cuando Deanna se marchó, Finn bajó al archivo de vídeo. Desde el asesinato de Marshall tenía la sensación de que había olvidado algo. O que lo había pasado por alto.

Lo que Barlow dijo sobre responsabilidades y lealtades le hizo surgir un recuerdo. Finn rebuscó entre las cajas de videocasetes hasta encontrar la correspondiente a febrero de 1992.

Puso la cinta en la máquina y avanzó por las noticias locales, internacionales, deportivas y parte meteorológico. No estaba seguro de la fecha exacta, pero sí de que la conexión previa de Lew McNeil con Chicago habría merecido por lo menos un informe completo sobre su homicidio.

Encontró más de lo que esperaba.

Finn entrecerró los ojos para observar al periodista de la CBC en una nevada acera de los suburbios.

«La violencia estalló en las primeras horas de la mañana en este suburbio de Nueva York. Lewis McNeil, productor sénior del popular *Programa de Angela* fue abatido a tiros esta mañana en el exterior de su casa, en Brooklyn Heights. Según una fuente policial, McNeil, oriundo de Chicago, al parecer se disponía a salir para su trabajo cuando le dispararon a quemarropa. La esposa de McNeil se encontraba en la casa... - La cámara hizo una lenta panorámica-. Despertó poco después de las siete de la mañana al oír un disparo.»

Finn escuchó el resto del informe. Después visionó otra semana de noticias para enterarse de la marcha de las investigaciones.

Luego se dirigió a la sala de redacción. Encontró allí a Joe en el momento en que el cámara salía para un trabajo.

-Pregunta.

-Que sea breve. Tengo que irme enseguida.

-Febrero del noventa y dos. Homicidio de Lew McNeil. Tú cubriste esa noticia, ¿no?

-¿Qué quieres saber? -ratificó Joe y se frotó las uñas sobre su sudadera-. Mi arte es incomparable.

-De acuerdo. ¿Dónde le dispararon?

-Por lo que recuerdo, fuera de su casa. Sí, al parecer estaba limpiando el parabrisas de su coche.

-No, me refería a qué parte del cuerpo. ¿En el pecho, el estómago, la cabeza? Ninguno de los informes que he comprobado lo menciona.

-Oh. -Joe frunció el entrecejo y entrecerró los ojos como para evocar la escena-. Habían limpiado todo bastante bien cuando llegamos allí. En ningún momento vi el cadáver. -Abrió los ojos-. ¿Conocías a Lew?

-Un poco.

-Sí, yo también. ¿Por qué tu interés?

-Por algo en lo que estoy trabajando. ¿El periodista que trabajaba contigo no pidió detalles a la policía?

-A ver..., era Clemente, ¿sí? No duró mucho por aquí. Era muy chapucero. No sé bien qué averiguó. Oye, tengo que irme. Espera un momento... Me parece haber oído que a Lew le dispararon en la cara. Jodido, ¿no?

-Sí, muy jodido -asintió Finn y una sensación de satisfacción lo inundó.

A media mañana, Jenner se tomó un pastelillo y un café, mientras estudiaba las fotografías sujetas a un tablero de corcho. La sala de reuniones estaba ahora en silencio, pero había dejado las persianas abiertas en la puerta de cristal que la separaba del resto de la comisaría.

Angela Perkins. Marshall Pike. Miró lo que les habían hecho. Sabía que si las observaba lo suficiente, entraría en una suerte de trance, un estado mental que le permitiría obtener ideas y posibilidades.

Estaba enfadado con Finn. Ese hombre debería haberle contado los detalles de su conversación con Pike. Por leve que hubiera sido lo ocurrido, era competencia de la policía. La idea de que Finn entrevistara solo a Pike le quemaba más a Jenner que el café que estaba bebiendo. Recordó la última reunión que habían mantenido, en las primeras horas de la mañana en que Pike fue asesinado.

-Sabemos que la persona que efectuó el disparo conoce a la señorita Reynolds -había dicho Jenner antes de levantar un dedo-. Conocía la relación que había tenido con Pike. -Levantó otro dedo-. Conoce la dirección de Deanna, conocía la de Pike, y posee suficientes conocimientos del estudio como para emplazar la cámara y hacerla funcionar después de matar a Angela Perkins.

-De acuerdo.

-Las notas han aparecido debajo de la puerta de Deanna, sobre su escritorio, en su coche, en el apartamento que ella todavía conserva en old Town. Así pues, tiene que ser alguien que trabaja en la CBC -concluyó Jenner.

-De acuerdo. En teoría. Podría ser alguien que trabajó allí. Es posible que se trate de un admirador que estuvo en el estudio. Un miembro habitual del público que asiste a sus programas. Muchas personas poseen conocimientos rudimentarios de televisión como para hacer funcionar una cámara.

-Me parece que eso es exagerar las cosas.

-Sigamos. Ella ve todos los días por televisión.

-Podría ser una mujer.

Finn lo pensó un momento y meneó la cabeza.

-Es una posibilidad muy remota. Descartémosla por un momento y consideremos esta otra teoría. Es un hombre, un hombre solitario y frustrado. Vive solo, pero todos los días Deanna entra en su casa a través del televisor. Ella está sentada allí con él, le habla, le sonríe. El no se siente solo cuando ella está allí. Y quiere tenerla allí todo el tiempo. No le va bien con las mujeres. Les tiene un poco de miedo. Sabe planear bien las cosas, probablemente tiene un trabajo decente, de cierta responsabilidad, porque es eficiente y meticuloso.

-Vale -reconoció Jenner, impresionado- parece que ha hecho los deberes.

-Así es. Porque estoy enamorado de Deanna, creo entender a ese hombre. Lo cierto es que él tiene su temperamento, es un hombre irascible. Pero no mata en medio de un ataque de furia. Creo que lo hace con total frialdad. -Eso era lo que más asustaba a Finn-. Destroza mi casa, y la oficina de Deanna. Escribe en la pared lo que él considera una traición. ¿De qué manera lo traicionó ella? ¿Qué cambió de la época en que Deanna recibió la primera nota hasta el asesinato de Angela?

-¿Que ella lo eligió a usted?

-Hace dos años que Deanna está conmigo. -Finn se inclinó hacia delante-. Acabábamos de comprometernos cuando se produjo el asesinato de Angela y los destrozos.

-¿De modo que mató a Angela porque estaba despechado con Deanna Reynolds?

-Mató a Angela y a Pike porque ama a Deanna Reynolds. ¿Qué mejor manera de demostrar su devoción que eliminar a las personas que la acosan o fastidian? El destrozó las cosas de Deanna, pero en especial los bocetos del vestido de novia, las noticias del compromiso publicadas en los diarios, las fotografías donde aparecíamos Deanna y yo. Estaba furioso porque ella había anunciado públicamente que prefería a otro hombre y no a él, y estaba dispuesta a comprometerse para demostrarlo.

Jenner asintió lentamente y comenzó a hacer dibujitos sobre una hoja de papel.

-¿Cómo es que no le han dado el diploma de psiquiatra? Dígame, ¿por qué ese tipo no va detrás de usted?

-Porque yo no he herido a Deanna. Marshall sí lo hizo, el día que lo mataron, y también hace un par de años, cuando cayó en la trampa preparada por Angela.

-Lamento no haber hablado con él -reconoció Jenner-. Tal vez sabía algo o había visto algo. Tal vez había recibido amenazas.

-Lo dudo mucho. Era la clase de persona que habría acudido a la policía. O me lo habría dicho a mí cuando lo entrevisté.

-Usted estaba demasiado ocupado propinándole una paliza.

-No ocurrió así. Él intentó golpearme y yo solo me defendí. De todos modos, lo que quiero decir es que él me lo habría dicho cuando fui a verlo a su consulta.

Jenner interrumpió sus dibujos.

-¿Fue a verlo por el asesinato de Angela Perkins?

-Era una teoría.

-¿Una teoría que no considero necesario comentar conmigo?

-Era algo personal.

-Nada es personal en esto, nada. -Jenner se echó hacia delante y entrecerró los ojos-. Lo he dejado participar en esta investigación porque lo considero un hombre inteligente, y comprendo la posición en que se encuentra. Pero si me oculta cosas quedará al margen de la investigación.

-Haré lo que tenga que hacer, teniente, con o sin usted.

-Los periodistas no son los únicos que pueden hostigar. Recuérdelo. -Jenner cerró la carpeta y se puso de pie-. Ahora, tengo mucho trabajo por delante.

No, pensó ahora Jenner: admiración y comprensión aparte, no estaba dispuesto a permitir que Finn investigase por su cuenta. Tal vez él no quería reconocer que su vida estaba en peligro, pero Jenner sabía que sí.

Se puso de pie para servirse más café y miró por la puerta de cristal.

-Hablando de Roma... -murmuró y abrió la puerta-. ¿Me buscaba? -le preguntó a Finn y le hizo una seña al agente que le cerraba el paso-. Está bien, agente. Veré al señor Riley. -Le hizo una leve inclinación de la cabeza a Finn-. Tiene cinco minutos.

-Nos llevará un poco más. -Finn observó las fotografías que se exhibían en el tablero. Eran instantáneas de las dos víctimas tomadas antes y después de su muerte-. Tendrá que pinchar otro juego de fotografías en este tablero.

Veinte minutos después, Jenner telefoneo al detective de Brooklyn Heights.

-Nos mandarán un fax -le dijo a Finn-. Está bien, Riley, ¿quién sabía que McNeil le estaba pasando información a Angela?

-Los del equipo de trabajo de Deanna. De eso estoy casi seguro. Como de que la información seguramente se había filtrado a la sala de redacción. Siempre ha habido mucha interacción entre la gente que trabaja con Deanna y la sala de redacción. ¿Estamos en este momento en la misma longitud de onda? Tres personas están muertas porque de alguna manera amenazaron a Deanna.

-No puedo comentar nada sobre eso, Riley.

-Maldita sea, no estoy aquí como periodista. No estoy tratando de sonsacarle información. ¿Quiere cachearme para ver si llevo un micrófono oculto?

-No creo que esté buscando una noticia -afirmó Jenner-. Si lo hubiera pensado, no habría entrado usted aquí. Pero creo posible que esté demasiado acostumbrado a hacer las cosas a su manera, a conducir su propio espectáculo, como para entender la delicada cuestión de la cooperación.

Finn dio un golpe sobre la mesa.

-Si piensa que se va a librar de mí, está muy equivocado. Y sí, tiene razón en lo del hostigamiento, teniente. Con una sola llamada puedo hacer que una docena de cámaras lo sigan a todas partes. Puedo presionarlo tanto que no podrá estornudar sin que alguien le ponga un micrófono bajo la nariz. Antes de que parpadee, Chicago se verá sacudida por la historia de un asesino múltiple. El jefe de policía y el alcalde se sentirán encantados, ¿no cree? Esperó un instante-. Usted me usará a mí, o yo lo usaré a usted. Usted elige.

Jenner se cruzó de brazos.

-No me gustan las amenazas.

-A mí tampoco. Pero haré mucho más que amenazarlo si trata de quitarme de en medio. -Miró las fotos de las víctimas en el tablero-. Ese cabrón podría perder la cabeza en cualquier momento y tratar de poner una fotografía de Deanna allí. Usted está furioso porque he hecho algunas investigaciones por mi cuenta. De acuerdo, enfádese. Pero úseme. O yo lo usaré a usted.

Jenner reprimió su irritación al calcular todo el daño que podría causar una guerra con los medios de comunicación.

-Bien, Riley, digamos que McNeil fue la primera víctima de tres... pero mantengamos esa teoría en privado.

-Le dije que no estoy aquí como periodista.

-De acuerdo. Seguiremos adelante con esa teoría, y con que únicamente un número reducido de personas tenían un móvil. -Le indicó una silla a Finn y esperó a que se sentara-. Hábleme de esas personas. Empezé por Loren Bach.

Jenner abrió el expediente sobre Loren que Angela había encargado a Beeker.

Cassie entró en el despacho de Deanna y suspiró. Se encontraba de pie sobre un taburete bajo en el centro de la habitación, y la modista estaba a sus pies. Las dos en medio de metros y metros de seda blanca.

-Es una hermosura.

-Está apenas en los comienzos. -Deanna también suspiró al pasar la mano por la extensa falda, prendida con alfileres al cuerpo de encaje del vestido. De encaje irlandés, pensó. Para Finn-. Pero tienes razón.

-Traeré mi cámara. -Inspirada, Cassie corrió hacia la puerta-. No te muevas.

-No pienso ir a ninguna parte.

-Por favor, quédese quieta -se quejó la modista.

Deanna tuvo que esforzarse para no desplazar el peso de un pie al otro.

-Estoy quieta.

-Vibra como un resorte.

-Lo siento -contestó Deanna y respiró hondo-. Supongo que estoy nerviosa.

-La futura novia -dijo Cassie al regresar con una cámara de video-. Deanna Reynolds, la reina de la televisión diurna, ha elegido un elegante vestido de...

-Seda italiana -informó la modista-. Con toques de encaje irlandés y perlas.

-Exquisito -elogio Cassie mientras filmaba-. Díganos, señorita Reynolds -con el zoom enfocó la cara de Deanna-, ¿cómo se siente en esta ocasión tan especial?

-Aterrada.

Cerró los ojos. Si la prueba del vestido llegaba a tardar cinco minutos más del tiempo estipulado, durante toda la semana tendría que recuperar ese tiempo.

-Si permanece un momento inmóvil, haré una toma circular para que nuestros espectadores puedan percibir el efecto total del vestido. -Cassie dio un paso al costado y realizó una panorámica-. Esto formará parte de mi creciente videoteca sobre lo que ocurre detrás de *La hora de Deanna*.

Deanna sintió que su sonrisa se tensaba.

-¿Tienes muchas cintas?

-Sí. Un poco de esto, un poco de aquello. Simon, al arrancarse los pocos pelos que le quedan. Margaret, cuando arroja pelotillas de papel masticado. Tú, mientras corres hacia el ascensor.

El corazón de Deanna comenzó a latir con fuerza.

-Supongo que nunca le he prestado atención. Hay tantas cámaras por todas partes. Siempre tienes esa a mano, ¿no?

-Uno nunca sabe qué momento memorable o humillante puede registrar.

Deanna recordó que alguien la había grabado a ella, dormida frente a su escritorio, cuando llegaba al trabajo, cuando se marchaba, al hacer compras, cuando jugaba con el bebé de Fran en el parque.

También la habían filmado en el estudio, junto al cuerpo de Angela.

Cassie, que entraba y salía de la oficina decenas de veces por día. Cassie, que conocía en detalle las actividades de Deanna. Cassie, que había sido novia de uno de los cámaras del estudio.

-Apaga eso, Cassie.

-Solo un momento más.

-Apágala.

-Lo siento. -Sorprendida, Cassie bajó la cámara-. Supongo que me he dejado llevar por el entusiasmo.

-No te preocupes. Es solo que me siento algo nerviosa.

Deanna logró sonreír de nuevo. Qué ridículo, se dijo. Era descabellado imaginar que Cassie fuera capaz de matar.

-Es tu primer día de vuelta al trabajo. -Cassie le rozó la mano y Deanna tuvo que hacer un esfuerzo para no apartarse de un salto-. Dios sabe que esto era un verdadero manicomio después del programa, con todas las llamadas que recibimos sobre Kate Lowell. ¿Por qué no te tomas un descanso cuando termines con la prueba del vestido y te vas a tu casa? Yo puedo ocuparme de reubicar los compromisos que tienes para la tarde.

-Me parece una buena idea. Tengo muchas cosas que hacer en casa.

Cassie apretó los labios.

-No me refería a que salieras de un manicomio para meterte en otro. No vas a poder hacer nada allá, con todos esos pintores y obreros. -Vio que los ojos de Deanna miraban detrás de ella y volvió la cabeza-. Hola, Jeff. Está fabulosa, ¿no crees?

-Sí, ya lo creo. -Miró la cámara que Cassie sostenía-. ¿La has filmado?

-Por supuesto. Para inmortalizar este momento. Oye a menos que se trate de una crisis, no digas nada, ¿vale? Esta es una ocasión trascendental: Dee se marcha temprano a su casa.

-Una buena idea. Finn ha llamado, Deanna. Me pidió que te dijera que tiene una reunión y te verá en casa. Calcula estar allí a eso de las cuatro de la tarde.

-Creo que yo llegare antes.

-No si no se queda quieta -murmuró la modista.

Eran apenas las tres y cuarto cuando Deanna se puso los zapatos y cogió su maletín.

-Cassie, ¿puedes llamar a Tim?

-Ya lo he hecho. Debe de estar esperándote abajo.

-Gracias. -Se detuvo junto al escritorio de Cassie, y se sintió avergonzada y ridícula por lo que había pensado un rato antes-. Siento lo de la cámara, Cassie.

-No te preocupes. Sé que soy una pesada. -Rió por lo bajo-. Creo que me gusta serlo. Te veré mañana.

-Está bien. No te quedes hasta tarde.

Más tranquila, Deanna se acercó al ascensor y consultó su reloj. Con suerte, sorprendería a Finn al llegar antes que él.

Podría ocuparse de una montaña de papeles y llamadas telefónicas desde su casa. Después, si programaba un rato de descanso, pensaría en algo que le gustara a Finn.

Mientras salía a la calle, decidió que cenarían tarde, muy tarde.

El golpe de sol hizo que se pusiera las gafas oscuras. Luego, subió a la limusina que la aguardaba.

-Hola, Tim.

Cerró los ojos y se desperezó. La temperatura del coche era maravillosamente cálida.

-Hola, señorita Reynolds.

-Un día precioso, ¿verdad?

Por puro hábito, cogió la botella de zumo de frutas que siempre había allí para ella. Con despreocupación, miró la espalda del chófer. Pese al calor reinante en el vehículo, tenía el cuello de la chaqueta levantado, y la gorra bien encasquetada.

-Sí, ya lo creo que sí.

Comenzó a beber el zumo y abrió el maletín. Apartó la carpeta titulada «Planes para la boda» y buscó la correspondencia del día, que Cassie le había preparado. Siempre consideraba que el trayecto de ida y vuelta de la oficina era parte de la jornada de trabajo. En este caso, debía recuperar el tiempo perdido probándose el vestido y marchándose más temprano que de costumbre.

Pero al llegar a la tercera carta, las palabras se volvieron borrosas. No había ningún motivo para sentirse tan cansada a esa hora del día. Fastidiada, deslizó los dedos debajo de las gafas para frotarse los ojos. Pero su visión se nubló todavía más, como si se hubiera frotado los ojos con aceite. Sintió que le daba vueltas la cabeza y su brazo cayó pesadamente sobre el asiento.

Se sentía tan cansada y tenía tanto calor... Como a cámara lenta, trató de quitarse la chaqueta. Los papeles cayeron al suelo y el esfuerzo por recogerlos aumentó su mareo.

-Tim...

Se inclinó hacia delante y se apoyó contra el respaldo del asiento delantero.

El no contestó, pero esa palabra le sonó opaca y lejana aun a sus propios oídos. Mientras luchaba por enfocar la vista, la botella semivacia del zumo se escurrió entre sus dedos adormecidos.

-Algo anda mal... -logró balbucear mientras lentamente se deslizaba hacía el suelo alfombrado del coche-. Muy mal...

Pero él no respondió. Deanna se imaginó cayendo a un abismo oscuro e insondable.

Deanna soñó que nadaba entre nubes teñidas de rosa; que lentamente y con torpeza emergía a la superficie, donde una débil luz blanca brillaba a través de capas brumosas. Gimió y forcejeó. No de dolor sino por las náuseas que comenzaba a sentir y que le quemaban la garganta.

Mantuvo los ojos cerrados e hizo una serie de inspiraciones profundas con la esperanza de vencer el malestar. Su cuerpo se perló de sudor, y su fina blusa de seda le colgaba de los brazos y la espalda.

Cuando lo peor pasó, abrió con cautela los ojos.

Recordó que estaba en el coche. Que Tim la llevaba a su casa y que había comenzado a sentirse mal. Pero ahora no se hallaba en su casa. Se preguntó si estaría en un hospital. La habitación estaba tenuemente iluminada y el empapelado de las paredes tenía un diseño de flores. Un ventilador de techo susurraba quedamente. En una cómoda de caoba había una colección de bonitos frascos y botes de colores. Una magnífica planta de flor de fuego y un abeto en miniatura, decorado con campanillas plateadas, le conferían un aire navideño.

¿Un hospital?, se preguntó de nuevo. Aturdida, trató de incorporarse. La cabeza comenzó a darle vueltas y de nuevo sintió náuseas. Su visión se duplicó. Cuando intentó llevarse la mano a la cara, la sintió pesada y torpe. Por un momento lo único que pudo hacer fue permanecer tendida e inmóvil. Vio que el cuarto era una especie de caja, una caja cerrada y sin ventanas. Como un ataúd.

Sintió una oleada de pánico. Se levantó de la cama, tambaleándose como una borracha. Avanzó a tientas hacia una pared y deslizó los dedos por el horroroso empapelado en busca de una abertura. Estaba atrapada. Se volvió, los ojos abiertos de par en par. Estaba atrapada.

Entonces vio lo que colgaba de la pared, sobre la cama: una enorme fotografía que le sonreía. Perpleja, Deanna contempló a Deanna. Lentamente con el palpitir de su corazón resonándole en los oídos, escudriñó el resto de la habitación.

No había puertas ni ventanas, solo flores y otras fotografías, decenas de fotografías suyas poblando las paredes laterales. Instantáneas, portadas de revistas y fotografías de prensa alternaban con el papel floreado.

-Dios mío... -susurró presa del pánico y se mordió el labio.

Se quedó mirando la mesa de refectorio, con su mantel blanco almidonado como fondo de los candelabros de plata. Allí se encontraban dispuestos decenas de pequeños tesoros: un aro que ella había perdido unos meses atrás, un lápiz de labios, la bufanda de seda que Simon le había regalado por Navidad, un guante de cuero rojo que le había desaparecido el invierno anterior.

Había más. Se acercó para estudiar la colección de objetos. Un memorándum que le había escrito a Jeff, un mechón de cabello caoba sujeto con un hilo dorado, otras fotografías suyas, siempre suyas, en marcos elegantes y trabajados. Los zapatos que llevaba en la limusina también estaban allí, junto con su chaqueta, cuidadosamente doblada.

Aquel lugar era un santuario, comprendió con un estremecimiento. En un rincón había un televisor, y en un estante una pila de álbumes de fotos. Y lo más aterrador: cámaras sujetas en la parte superior de las esquinas del cuarto. Los puntos de sus luces rojas brillaban como ojos diminutos.

Se tambaleó hacia atrás y el pánico la inundó. Su vista pasó de una cámara a otra.

-Me está viendo. Sé que lo está haciendo. Pero no se saldrá con la suya. Ellos me buscarán, y usted sabe que me encontrarán.

Se miró la muñeca para comprobar la hora, pero ya no tenía el reloj. Se preguntó cuánto tiempo habría pasado. Tal vez minutos, o días, desde que perdiera el conocimiento en el coche.

El coche.

Tim.

Tim, tienes que dejarme ir, suplicó mentalmente, trataré de ayudarte. Te lo prometo. Haré todo lo que pueda por ti. Por favor, déjame ir.

En ese momento una sección de la pared se abrió. Instintivamente, Deanna se precipitó hacia allí, pero tuvo que detenerse cuando la cabeza comenzó a darle vueltas. Igualmente, enderezó los hombros y confió en guardar la compostura.

-Tim -dijo, pero se quedó mirando, totalmente confundida.

-Bienvenida a casa, Deanna.

Con la cara encendida de placer, Jeff entró en el cuarto. Llevaba una bandeja de plata con una copa de vino, un plato de pasta y un único pimpollo de rosa.

-Espero que la habitación te guste -comentó y colocó la bandeja sobre la cómoda-. He tardado mucho en tenerla preparada. No quería que solamente estuvieras cómoda sino que te sintieras feliz. Ya sé que no tienes vistas al exterior. -La miró con los ojos brillantes aunque había un dejo de disculpa en su voz-. Pero es más seguro. Nadie nos molestará cuando estemos aquí.

-Jeff. -Cálmate, se ordenó. Debía mantener la calma-. No puedes retenerme aquí.

-Sí que puedo. Lo he planificado todo con mucho cuidado. Hace años que lo planeo. ¿Por qué no tomas asiento, Dee? Es posible que te sientas un poco mareada, y quiero que estés cómoda mientras comes.

Dio un paso adelante y, aunque ella se preparó para defenderse, él ni siquiera la tocó.

-Más tarde -prosiguió-, cuando lo hayas comprendido todo, te sentirás mucho mejor. Solo necesitas tiempo.

Adelantó una mano para rozarle la mejilla, pero se abstuvo, como si no quisiera asustarla:

-Por favor, trata de distenderte. Nunca te relajas. Sé que en este momento tal vez tienes un poco de miedo, pero todo saldrá bien. Si opones resistencia tendré que... -Como no podía pronunciar las palabras, sacó una jeringuilla del bolsillo-. Pero no quiero hacerlo. -El gesto de negación de ella hizo que volviera a guardar la jeringa. De verdad, no lo deseo. Y tú no podrías alejarte.

Sonrió de nuevo y acercó una mesa y una silla a la cama.

-Necesitas comer -dijo con tono cordial-. Siempre me ha preocupado lo poco que te cuidas. Todas esas comidas rápidas, olas que te salteabas. Pero yo te cuidaré muy bien. Siéntate, Deanna.

Ella decidió seguirle la corriente. Conocía a Jeff, o creía conocerlo, desde hacía años. Recordó que podía mostrarse muy empecinado, pero ella siempre conseguía hacerlo entrar en razón.

-Tengo hambre -señaló, y confió en que su estómago no se rebelaría-. ¿Te quedarás conmigo y me hablarás mientras como? ¿Me lo explicarás todo? -Le dedicó su mejor sonrisa de entrevistadora.

-Sí. Pensé que estarías enojada...

-No estoy enojada. Solo tengo miedo.

-Yo jamás te haría daño. -Le cogió una mano y se la apretó-. Y no permitiré que nadie te lo haga. Sé que tal vez pienses en escapar, Deanna. Pero sería una tontería. No importa lo que hagas, seguirás aquí conmigo. Siéntate. Ella obedeció. Tenía ganas de echar a correr, pero sus piernas se negarían a obedecer. ¿Cómo correr si apenas podía mantenerse en pie? La droga seguía anegando su sistema. Era precisamente la clase de detalle que él no hubiese descuidado. Precisamente la clase de detalle que lo había convertido en un miembro tan valioso de su equipo de trabajo.

-No está bien que pretendas retenerme aquí, Jeff.

-Ya lo sé. -Colocó la bandeja sobre la mesa, delante de ella-. Lo he pensado mucho tiempo, pero creo que es lo mejor para ti. Siempre estoy pensando en ti. Más adelante podremos viajar juntos. He estado buscando villas en el sur de Francia. Creo que te gustará vivir allá. Te amo tanto...

-¿Por qué no me lo dijiste nunca? Podrías haberme hablado de tus sentimientos.

-No podía. Al principio pensé que era por timidez, pero después comprendí que era una especie de proyecto. Un proyecto de vida. De tu vida y de la mía, juntos.

Impaciente por contárselo, acercó otra silla. Al inclinarse hacia delante, las gafas se le deslizaron por la nariz. Ella lo observó ajustárselas; un viejo hábito, en alguna época algo que le inspiraba ternura, pero ahora le helaba la sangre.

-Había cosas que tú necesitabas hacer, experiencias (y hombres) que debías eliminar de tu vida antes de que pudiéramos estar juntos. Yo lo entendí, Dee. Jamás te he culpado por lo de Finn. Me dolió, eso sí. Tampoco lo he culpado a él. -Su cara se iluminó-. ¿Cómo culparlo sabiendo lo perfecta que eres? La primera vez que te vi por televisión quedé sin aliento. Te confieso que me asustó un poco. Me mirabas a los ojos. Jamás lo olvidaré. ¿Sabes?, antes yo estaba muy solo. Fui hijo único. Crecí en esta casa... No estás comiendo, Deanna.

Obedientemente, ella cogió el tenedor. Él quería hablar, parecía ansioso por hacerlo. Deanna pensó que la mejor manera de escapar era tratar de entenderlo.

-Pero me contaste que tu infancia transcurrió en Iowa.

-Allí me llevó mi madre más tarde. Mi madre era una mujer indómita. Jamás escuchaba a nadie, nunca obedecía las reglas. Así que, como es natural, tío Matthew tuvo que castigarla. Él era el mayor, el cabeza de familia. La encerraba en su cuarto y trataba de que comprendiera que existían maneras adecuadas y maneras inadecuadas de hacer las cosas, pero mi madre jamás aprendió. Huyó de la casa y quedó embarazada. Cuando yo tenía seis años, se la llevaron. Tuvo un colapso nervioso y yo vine a vivir con tío Matthew. No había nadie más que pudiera hacerse cargo de mí. Y era su deber familiar.

Deanna logró tragar dificultosamente un bocado de pasta, que se le pegó a la garganta; pero tuvo miedo de probar el vino. Jeff podía haberle puesto alguna droga, como había hecho con el zumo de frutas.

-Lo siento, Jeff.

-Descuida -dijo y se encogió de hombros-. Ella no me quería. Nadie me ha querido nunca, salvo tío Matthew. Y tú... Es solo vino, Dee. De tu marca favorita. -Mientras sonreía, cogió la copa y bebió un trago para demostrárselo. No le he puesto nada. No hacía falta, porque ahora estás aquí. Conmigo.

No obstante, ella evitó el vino, porque no estaba segura de cómo se combinaría con la droga que había consumido.

-¿Qué fue de tu madre?

-Estaba loca. Murió. ¿Tu cena está bien? Sé que la pasta italiana es tu plato favorito.

-Sí, está muy bien -contestó Deanna y se llevó otro bocado a la boca-. ¿Qué edad tenías cuando ella murió?

-No lo sé ni me importa. Yo estaba feliz aquí, con mi tío. -Lo ponía nervioso hablar de su madre-. Era un gran hombre, fuerte y bondadoso. Casi nunca tenía que castigarme, porque yo también era bueno. No fui un problema para él, como lo fue mi madre. Los dos nos cuidamos mutuamente. -Ahora hablaba con rapidez, cada vez más excitado-. Estaba orgulloso de mí. Yo estudiaba mucho y no perdía tiempo con otros chicos. No los necesitaba. Quiero decir, lo único que ellos querían era ir en coche a toda velocidad y escuchar música chillona y pelearse con sus padres. Yo, en cambio, era respetuoso. Nunca olvidaba cosas como limpiar mi habitación o cepillarme los dientes. Tío Matthew siempre me decía que yo no necesitaba a nadie excepto a la familia. Y él era la única familia que yo tenía. Después, cuando él murió, apareciste tú.

-Jeff. -Deanna echó mano de todas sus habilidades para conducir la conversación en la dirección que ella quería-. ¿Crees que tu tío aprobaría lo que estás haciendo ahora?

-Oh, sí, desde luego que sí. Me habla todo el tiempo desde allá arriba. Me dijo que fuese paciente, esperar hasta el momento adecuado. ¿Recuerdas cuando empecé a mandarte canas?

-Sí, lo recuerdo.

-En esa época soñé por primera vez con tío Matthew. Solo que no parecía un sueño. Era tan real. Me dijo que debía cortejarte, tal como lo haría un caballero. Que debía ser paciente. Siempre solía decir que las cosas buenas llevan tiempo. Me dijo que tendría que esperar, y que debía cuidarte. Se supone que los hombres deben valorar a sus mujeres y protegerlas. Hoy en día eso se ha olvidado. Nadie parece valorar a nadie.

-¿Por eso mataste a Angela, Jeff? ¿Para protegerme?

-Lo planeé durante meses. -Volvió a echarse hacia atrás y cruzó las piernas. Las conversaciones con Deanna siempre habían sido un punto importante en su vida. Pensó que esa era la mejor de todas-. Tú no sabías que yo le hice creer que ocuparía el lugar de Lew.

-¿De Lew? ¿De Lew McNeil?

-Después de matarlo...

-Lew. -El tenedor golpeó contra el plato cuando se le deslizó de los dedos-. Mataste a Lew.

-El te traicionó. Tenía que castigarlo. Y usó a Simon. Hasta que empecé a trabajar contigo jamás había tenido verdaderos amigos. Simon es mi amigo. Yo pensaba matarlo también a él, pero después comprendí que lo habían usado. En realidad no fue su culpa, ¿verdad?

-No -se apresuró a decir ella, y puso una mano sobre la de Jeff-. No, Jeff, no fue culpa de Simon. Yo le tengo mucho afecto a Simon. No querría que lo lastimaras.

-Eso pensé. -Sonrió, una criatura elogiada por un adulto indulgente-. Verás, te conozco muy bien, Deanna. Lo sé todo sobre ti. Tu familia, tus amistades, tus comidas y colores favoritos. En qué sitio te gusta hacer la compra. Sé todo lo que estás pensando. Es como si estuviera dentro de tu cabeza. O tú dentro de la mía. A veces creo que estabas dentro de la mía. Sabía que querías librarte de Angela y también que jamás le harías daño. Eres demasiado bondadosa. -Le apretó la mano-. De modo que yo lo hice por ti. Quedé en encontrarme con ella en el aparcamiento de la CBC. Ella despidió a su chofer, tal como le dije que hiciera. La hice entrar en el edificio y la llevé al estudio. Le había dicho que había fotocopiado una serie de papeles de la oficina. Ideas para los programas, listas de invitados, planes para filmaciones en exteriores. Ella me los iba a comprar, pero no me dijo que tú irías al estudio. Me mintió sobre eso.

-Tú la mataste. Tú pusiste en funcionamiento las cámaras.

-Estaba enfadado contigo -se justificó, y bajó la vista.

Deanna volvió a empuñar el tenedor y pensó en clavárselo en la frente. Los efectos de la droga comenzaban a desvanecerse, y se sentía más fuerte.

-Sabía que estaba mal, pero quería herirte. Creo que casi tenía ganas de matarte. Tú pensabas casarte con él, Dee. Entendía que te acostaras con él. La carne es débil. Tío Matthew me explicó cómo el sexo puede

pervertir a la gente, y lo débiles que pueden ser las personas. Incluso tú. De modo que lo entendí y tuve paciencia, porque siempre he sabido que al final vendrías a mí. Pero no podías casarte con él, no podías comprometerte. Supe que eras tú cuando abriste la puerta. Siempre sé cuándo eres tú. Te golpeé. Quise golpearte de nuevo, pero no pude. Así que te llevé a una silla y puse a Angela en la otra, y encendí la cámara. Quería que vieras lo que yo había hecho por ti. Ya había estado arriba, en tu oficina. -Apretó los labios y le soltó la mano-. Estuvo mal que destrozara tu oficina. Tampoco debería haber ido a la casa de Finn. Lo siento.

-Jeff, ¿le has hablado a alguna otra persona sobre tus sentimientos?

-Solo a mi tío, cuando hablo con él en mi cabeza. El estaba seguro de que tú lo entenderías muy pronto y vendrías a casa conmigo. Y cuando me enteré de lo que ese perverso te había hecho en el aparcamiento, supe que ya casi había llegado el momento.

-¿Te refieres a Marshall?

-El trató de lastimarte. Joe me lo contó, así que lo maté de la misma manera que a los otros. Era algo simbólico, Deanna. Mi visión destrozó la visión de ellos. Es algo casi sagrado, ¿no lo crees?

-No es sagrado matar, Jeff;

-Eres demasiado buena. -El escrutó su rostro, con expresión de adoración-. Si perdonas a las personas que te hieren, volverán a hacerlo. Tienes que proteger lo que es tuyo.

Se puso de pie y se acercó a la cómoda. Abrió el cajón superior y sacó una lista.

-Yo lo planeé -dijo-. Tú y yo siempre hacemos listas y planeamos las cosas de antemano. No somos personas de actuar impulsivamente, ¿verdad? -Resplandeciente, le ofreció la lista.

LEW MCNEIL
ANGELA PERKINS
MARSHALL PIKE
DAN GARDNER
JAMIE THOMAS
¿FINN RILEY?

-Finn... -fue todo lo que ella consiguió decir.

-El no es seguro. Lo anoté por si te trataba mal. Una vez estuve a punto de matarlo, pero en el último momento me di cuenta de que iba a matarlo porque me sentía celoso. Fue como si tío Matthew estuviera allí, y en el último instante me desvió el arma. Me alegré de no haberlo matado cuando vi cómo te pusiste al saber que lo habían herido.

-En Greektown -dijo Deanna con labios temblorosos-. Aquel día en Greektown. ¿Tú le disparaste?

-Fue un error. Lo siento.

-Oh, Dios. -Horrorizada, Deanna se echó hacia atrás-. Dios mío...

-Fue un error -repitió Jeff y apartó la vista-. He dicho que lo sentía. No le haré nada a menos que te lastime.

-No lo ha hecho. No lo hará.

-Entonces no tendré que hacerle nada.

-Prométeme que no lo harás, Jeff. Es importante para mí que Finn esté a salvo. Ha sido muy bueno conmigo.

-Yo soy mejor para ti.

En su rostro apareció la expresión petulante de un chico. Deanna sacó partido del momento.

-Prométemelo, Jeff, o me sentiré muy desdichada. Y tú no quieres eso, ¿verdad?

-No. -Jeff luchó entre sus necesidades y las de ella-. Supongo que ya no importa. No ahora que estás aquí.

-Tienes que prometérmelo. Sé que no quebrantarías tu palabra.

-Está bien. Si te hace feliz. -Para demostrarle su sinceridad, sacó un bolígrafo y tachó el nombre de Finn de la lista. ¿Satisfecha?

-Gracias. Y Dan Gardner...

-No. -Con voz decidida, dobló la hoja-. El ya te ha lastimado, Dee. Ha dicho cosas terribles sobre ti; ayudó a Angela a tratar de arruinarte. Debe ser castigado.

-Pero él no tiene importancia, Jeff. El no es nadie. -Ten calma, se recordó. Muéstrate serena pero firme. Como un adulto que le habla a un chico-. Y lo de Jamie Thomas ocurrió hace muchos años. Esos dos no tienen ninguna importancia para mí.

-Para mí sí. A mí me importa. Lo habría matado a él primero, enseguida, pero estaba en Europa. Se escondía -dijo con sorna-. No es fácil pasar un arma por la aduana, así que tuve que tener paciencia. Pero ahora ha vuelto, como sabrás. Está en New Hampshire. Pienso ir allá muy pronto.

La droga ya no la hacía sentir mal, pero seguía con náuseas.

-El no me importa. No me importa ninguno de ellos, Jeff. No quiero que lastimes a nadie más por mí. El apartó la vista.

-No quiero seguir hablando de esto.

-Yo quiero...

-Tienes que pensar también en lo que quiero yo. -Volvió a poner la lista en el cajón y lo cerró de un golpe tan fuerte que hizo tambalear los frascos-. Yo únicamente pienso en ti.

-Sí, lo sé. Pero si vas a Nueva York a matar a Gardner, o a New Hampshire a liquidar a Jamie, yo me quedaré sola aquí. No quiero estar encerrada y sola, Jeff.

-No te preocupes. Tengo suficiente tiempo por delante, y tendré mucho cuidado. Me alegro tanto de que estés aquí.

-¿Me dejarías salir fuera, por favor? Necesito respirar aire puro.

-No puedo. No todavía. -Volvió a sentarse y se echó hacia adelante-. Necesitarás tres meses para habituarte.

El horror la hizo palidecer.

-No puedes tenerme aquí encerrada tres meses.

-Tendrás todo lo que necesites. Libros, televisión, compañía. Alquilaré vídeos, te prepararé la comida. Te he comprado ropa. -Se puso de pie y abrió otro panel-. ¿Ves? Pasé semanas para elegir lo más adecuado. -Señaló el interior del armario lleno de pantalones, vestidos y chaquetas-. Y hay también camisas y suéteres, ropa para dormir y ropa interior en la cómoda. Aquí... -Abrió otra puerta oculta-. El cuarto de baño.

Se ruborizó y clavó la vista en sus propios pies.

-En el baño no hay cámaras. Yo jamás te espiaría en el baño. He comprado tus sales de baño y jabones preferidos, y también los cosméticos que usas. Tendrás todo lo que necesitas.

«Todo lo que necesitas. Todo lo que necesitas.» Las palabras le dieron vueltas en la cabeza.

-No quiero estar encerrada.

-Lo lamento. Es la única cosa que no puedo darte en este momento. Pronto, cuando realmente lo hayas entendido, será diferente. Pero cualquier otra cosa que quieras te la conseguiré. Cada vez que yo tenga que salir, tú estarás bien aquí. El cuarto es seguro, insonorizado. Aunque alguien entrara en la casa, no podría encontrarte. Del otro lado, la puerta es una biblioteca. Yo mismo diseñé todo. Nadie adivinaría siquiera que aquí hay un cuarto, así que estarás segura y a salvo cuando yo no esté. Cuando me encuentre atareado por la casa, podré verte. Señaló las cámaras-. De modo que si me necesitas, lo sabré.

-Me encontrarán, Jeff. Tarde o temprano. Ellos no lo entenderán y te harán mucho daño. Debes dejarme ir.

-No, te quedarás aquí. ¿Quieres ver televisión? -Cruzó el cuarto y cogió el mando a distancia-. Tenemos televisión por cable.

Mientras reprimía una risa histérica, Deanna se apretó los ojos con los dedos.

-No, ahora no.

-Puedes ver televisión cuando quieras. Y el estante está lleno de vídeos. Películas y cintas en que te he filmado. Y los álbumes de recortes. Los he guardado para ti. Todo lo que se ha publicado sobre ti está allí. También tienes un equipo estéreo. Tengo toda tu música favorita. En el baño hay una pequeña nevera con refrescos y bocadillos.

-Jeff. -Deanna sintió que el pánico aumentaba. Las manos le temblaban cuando se puso de pie-. Te has tomado mucho trabajo. Lo entiendo. Y entiendo que has hecho lo que creíste debías hacer. Pero esto está mal. Me tienes aquí prisionera y eso no puede ser.

-Te equivocas. -Se le acercó deprisa y le cogió las manos-. Eres como la princesa del cuento de hadas, y yo te estoy protegiendo. Es como si estuvieras sumida en un hechizo, Dee. Un día despertarás y yo estaré a tu lado. Y seremos felices.

-No estoy bajo ningún hechizo. Y no soy una maldita princesa. Soy un ser humano, con derecho a hacer mis propias elecciones. No puedes encerrarme y esperar que yo te agradezca el privilegio de ir al baño sin que me espíes.

-Sabía que al principio te enfadarías -reconoció Jeff con decepción mientras se inclinaba para recoger los platos de la cena-. Pero te serenarás.

-Y un cuerno.

Saltó hacia él y lo golpeó con las manos. El primer golpe rebotó en su mejilla. Los platos cayeron al suelo haciéndose pedazos. Deanna trató de recoger uno filoso.

Gritó y forcejeó cuando él la derribó. Era un hombre fuerte, mucho más fuerte de lo que parecía con esos brazos largos y delgaduchos. El no hizo ningún ruido, simplemente le aferró la muñeca y se la apretó hasta que ella soltó el trozo de plato.

La arrastró a la cama y soportó con estoicismo sus puñetazos y puntapiés. Cuando quedó apretada debajo de él, y sintió su erección contra el muslo, su terror se duplicó.

Había cosas peores que estar encerrada.

-¡No! -Asqueada, volvió la cabeza-. No eres mejor que Jamie. Me estás lastimando, Jeff. Tienes que dejar de lastimarme.

Cuando él levantó la cabeza le resbalaban lágrimas por las mejillas.

-Lo siento, Deanna. Lo siento mucho. Es solo que he esperado tanto... No haremos el amor hasta que estés lista. No temas.

-Tengo miedo. -Comprendió que él no la violaría, y casi le dio vergüenza que estuviera dispuesta a resignarse a eso-. Me tienes encerrada. Acabas de decirme que nadie podrá encontrarme. ¿Y si te ocurre algo? Podría morir aquí.

-No me pasará nada. Lo he planeado todo hasta el menor detalle. Te amo, Deanna y sé que en el fondo tú también me amas. Me lo has demostrado de mil maneras. La forma en que me sonríes. La manera en que me tocas, o ríes. La forma en que tu mirada se cruza con la mía desde el otro extremo de una habitación. Tú me convertiste en tu realizador. No sabría explicarte lo que eso significó para mí. Confiaste en mí para que yo te guiara. Creíste en mí. En nosotros.

-Eso no es amor. Yo no te amo.

-Todavía no estás preparada. Ahora necesitas descansar. -Le aferró las muñecas con una mano y sacó la jeringuilla con la otra.

-No... No lo hagas. -Deanna forcejeó, luchó, suplicó-. Por favor, no. No me iré a ninguna parte. Tú mismo dijiste que no puedo escapar.

-Necesitas descansar -afirmó él con calma y le clavó la aguja debajo de la piel-. Yo te cuidaré, Deanna.

La cabeza de ella cayó hacia atrás, y las lágrimas de él cayeron y se mezclaron con las suyas. Jeff aguardó hasta que Deanna dejó de luchar. Cuando el cuerpo de ella se aflojó, él reprimió su deseo de acariciarle todo el cuerpo.

No hasta que ella esté preparada, se recordó, y se limitó a secarle las mejillas. Con suavidad, la colocó sobre la cama y la besó en la frente.

Mi princesa, pensó mientras la observaba dormir. Le había construido una torre de marfil. Vivirían allí, juntos y para siempre.

-¿No te parece perfecta, tío Matthew? ¿No es hermosa? Tú también la habrías amado. Habrías sabido que ella es la mujer que me estaba destinada, la única.

Suspiró. Tío Matthew no le estaba hablando. Se equivocó al permitir que el deseo sexual modificara sus planes. Debía ser castigado. Solo pan y agua durante dos días. Eso es lo que tío Matthew habría dictaminado. Se agachó para recoger los platos rotos. Ordenó el cuarto y apagó las luces. Con una última mirada a Deanna, salió de la habitación y cerró silenciosamente el panel.

-Creo que será mejor que lleve usted a su casa a la señorita Reynolds. -Jenner subía en el ascensor con Finn. Seguía sintiéndose agraviado por la presión que Finn había ejercido sobre él un rato antes, pero lo encajó con serena dignidad-. Preferiría que no estuviera en la oficina cuando volvamos a interrogar a su equipo de trabajo.

-En cuanto Deanna se entere de lo que usted piensa hacer, no querrá moverse de allí. -Complacido de que todo pareciera estar progresando, Finn se recostó contra el tabique-. Haré lo que pueda para convencerla de que se mantenga al margen, pero es lo máximo que puedo ofrecerle. Deanna es una mujer ferozmente leal. No querrá aceptar que uno de los suyos pueda estar involucrado.

-Es posible que tenga que hacerlo. -Jenner salió del ascensor cuando se abrieron las puertas-. Si ella interfiere, siempre podemos llevar a su gente a la comisaría. Eso le gustará menos.

-Puede intentarlo. Usted no la conoce como yo, teniente. Cassie -dijo al entrar en recepción-. ¿Está Deanna?

-No. -Sorprendida, Cassie dejó de recoger la correspondencia que se proponía despachar por correo camino a su casa-. ¿Qué haces aquí?

-¿Cassie Drew? -Jenner inclinó la cabeza-. Nos gustaría hacerle unas preguntas. Me imagino que usted podría reunir al resto del equipo de trabajo de la señorita Reynolds.

-Yo... en realidad no sé quiénes siguen en el edificio. ¿Finn?

-¿Por qué no llamas a todos por el intercomunicador? -sugirió él-. Y encuéntrame a Deanna, ¿quieres? -Quería sacarla de allí, y lo más pronto posible. Algo le decía que debía darse prisa-. Dile que tengo ganas de prepararle la cena.

-Se marchó a casa. Se fue en cuanto llamaste.

-¿Que yo llamé? -Finn se alarmó-. ¿Deanna dijo que yo la llamé?

-No. Le dejaste un mensaje acerca de una reunión y que volviera temprano a su casa. Ella se estaba probando el vestido de novia, y se marchó enseguida que terminó.

Finn abrió la puerta del despacho de Deanna y lo recorrió con la mirada.

-¿Tú escuchaste el mensaje?

-No, yo estaba con ella. Lo escuchó Jeff.

Los ojos de Finn eran de un azul glaciado cuando giró la cabeza.

-¿Él dijo que había hablado conmigo?

-Sí... supongo. ¿Ocurre algo? -En medio de la confusión, Cassie miró a Jenner, luego a Finn, y de nuevo a Jenner-. ¿Ha ocurrido algo con Deanna?

En lugar de contestar, Finn cogió el teléfono y marcó el número de su casa. Cinco tonos después, oyó el mensaje del contestador. Con los dientes apretados, esperó a que el mensaje terminara.

-¿Deanna? Contesta si estás ahí. Coge el auricular, maldita sea.

-Tendría que estar ya en casa. Se fue hace más de dos horas. Finn, ¿qué está pasando?

-¿Qué le dijo Jeff a ella?

-Que habías llamado.

-¿Por qué no contestaste tú el teléfono?

-Yo... -Asustada, puso una mano sobre el escritorio para mantener el equilibrio-. Yo no oí sonar el teléfono. No lo oí.

-¿Dónde está Jeff?

-No lo sé. El...

Pero Finn ya corría por el pasillo. Entró en una habitación y encontró a Simon hablando con Margaret.

-Eh, Finn. No te molestes en llamar antes.

-¿Dónde está Jeff?

-No se sentía bien. Se fue a su casa. -Mientras lo decía, Simon se puso de pie-. ¿Qué sucede?

-Finn. -Cassie tiró de la manga a Finn-. Yo misma me comuniqué con Tim. Hablé con él. El la esperó abajo.

-Llámallo. Ya.

-Señor Riley -dijo Jenner con calma mientras Cassie salía corriendo para telefonear a Tim-. He mandado un coche a su casa. Lo más probable es que la señorita Reynolds no haya contestado el teléfono. Eso es todo.

-¿Qué demonios pasa? -preguntó Simon-. ¿Qué ha ocurrido ahora?

-Tim no contesta. -Cassie estaba de pie en el vestíbulo, con una mano en la garganta-. He llamado a su casa y sale el contestador automático.

-Deme su dirección -pidió Jenner.

Riley, sé que está muy alterado, pero tendrá que dejar que yo coja el timón.

Jenner estaba en la acera, frente a la casa de Jeff, con plena conciencia de que de un momento a otro Finn se decidiría a tomar por asalto la casa. Y eso no podía permitirlo.

-Deanna está ahí adentro. Lo sé.

-No es mi intención menospreciar su intuición, pero no podemos saberlo con certeza. Solo sabemos que Jeff Hyatt le pasó un mensaje. Vamos a verificarlo todo -le recordó Jenner-. Del mismo modo que hicimos con el chófer Tim O'Malley.

-Que no estaba en su casa -agregó Finn y observó las ventanas del edificio-. El coche no estaba en el aparcamiento. Y nadie ha visto a O'Malley desde la tarde. Así que, ¿dónde demonios está Tim? ¿Dónde demonios está Deanna?

-Eso es lo que trataremos de averiguar. No pienso perder tiempo en decirle que regrese a su casa, pero sí le ordeno que deje que yo me encargue de Hyatt.

-Hágalo, entonces.

Tal vez su voz sonase fría, pero Jenner sabía que Finn estaba a punto de explotar. Un melodioso sonido de campanillas se oyó cuando Jenner llamó al timbre de la puerta de calle. Debajo de sus pies había un felpudo con la palabra BIENVENIDO tejida en negro. En el centro de la puerta había una corona navideña con un moño rojo. Alrededor del marco de la puerta colgaban lucecillas de colores. Hyatt parecía estar preparado para las fiestas.

El sabía que vendrían, y estaba a punto. Vestido con un chándal, Jeff bajó por la escalera. Los había visto llegar desde la ventana de su dormitorio. Sonrió para sí cuando se detuvo un momento frente a la puerta. Sabía que este era el paso siguiente para liberar a Deanna.

Abrió la puerta.

-Hola, Finn -dijo, y se mostró confundido-. ¿Qué ocurre?

-¿Dónde está ella? Dime dónde está.

-¿A qué te refieres? -Desconcertado, miró a Finn y después a Jenner-. ¿Qué ocurre? ¿Pasa algo malo?

-Señor Hyatt -dijo Jenner-. Quisiera hacerle algunas preguntas. -Está bien. -Jeff se masajeó la sien con los dedos-. ¿Quieren pasar?

-Gracias. Señor Hyatt, ¿le pasó usted un recado a la señorita Reynolds a eso de las tres de esta tarde?

-Sí. ¿Por qué? -Con una mueca, Jeff siguió masajeándose la sien-. Por Dios, tengo un terrible dolor de cabeza.

Se volvió hacia el salón. Los muebles parecían salidos de un catálogo de saldos. Mesas que hacían juego, sillas que hacían juego, lámparas mellizas, un ambiente práctico y aburrido para solteros sin ideas o recién casados sin dinero. Solo Jeff se sentó.

-¿Le dijiste a Deanna que yo había llamado?

-Por supuesto que sí. -La sonrisa de Jeff fue cautelosa, lo mismo que su mirada-. Tu asistente me pidió que le dijera a Dee que tenías una reunión pero que volverías temprano a casa.

-¿Usted no habló con el señor Riley? -preguntó Jenner.

-No. Me pareció extraño que hubiese llamado a mi oficina, pero cuando fui a decírselo a Dee, estaba con Cassie y se probaba en ese momento el vestido de novia. Se veía muy hermosa.

-¿Por qué abandonó la oficina temprano?

-Por este maldito dolor de cabeza. No he podido hacerlo desaparecer en todo el día. Hace que me cueste concentrarme. Oigan. -Volvió a ponerse de pie, impaciente y perplejo-. ¿De qué va todo esto? ¿Es un delito pasar un recado telefónico?

-¿A qué hora se fue de la oficina?

-En cuanto hablé con Dee. Vine a casa... bueno, primero pasé por la farmacia y compré aspirinas. Pensé que si me acostaba un rato... -Su voz se fue perdiendo-. Algo le ha ocurrido a Dee. -Como si las piernas no pudieran sostenerlo, volvió a sentarse en el sofá-. Dios mío. ¿Está herida?

-Nadie la ha visto desde que se marchó de la oficina -le explicó Jenner.

-Por Dios. ¿Han hablado con Tim? ¿No la llevó él a su casa?

-No hemos podido localizar al señor O'Malley.

Jeff se frotó la cara.

-No era un recado de tu asistente, ¿no, Finn? Yo no hice ninguna pregunta. No presté atención. -Le tembló el mentón y dejó caer de nuevo las manos-. En lo único que pensaba era en volver a casa y meterme en la cama. Me limité a decir que sí, que se lo diría. Y lo hice.

-No te creo. -Finn no movió un músculo, pero sus palabras fueron como una bofetada-. Eres un hombre meticuloso, Jeff. Es así como Deanna te describe. ¿Cómo es posible que, con todo lo que ha estado ocurriendo, pases un recado sin averiguar su procedencia?

-Se suponía que era tuyo. -La forma en que Finn lo observó, como si pudiera ver los vericuetos secretos de su mente, puso nervioso a Jeff-. ¿Por qué no habría de dárselo?

-Entonces no tendrás inconveniente en que registremos la casa. -Finn miró a Jenner-. Exhaustivamente.

-¿Tú crees que yo...? -Jeff cerró la boca de golpe y se puso de pie-. Adelante -les dijo-. Registrad cada habitación. Quiero que lo hagáis.

-Apreciamos su cooperación, señor Hyatt. Pero sería mejor que nos acompañara mientras lo hacemos.

-De acuerdo. -Jeff se quedó parado un momento, mientras miraba fijamente a Finn-. Sé lo que sientes por ella, y supongo que no puedo culparte por esto.

Registraron cada cuarto, y también los armarios, alacenas y el garaje, donde estaba estacionado el sedán de Jeff. Les llevó menos de veinte minutos.

Finn repasó los muebles funcionales y pulcros, la ropa práctica e impecablemente planchada. Como realizador del programa de mayor audiencia, sin duda recibiría un muy buen sueldo. Finn notó también que no gastaba ningún dinero en su persona y se preguntó con qué fin ahorra su dinero Jeff Hyatt.

-Ojalá ella estuviera aquí -comentó Jeff-. Al menos se encontraría a salvo. Quiero ayudar. Podemos empezar con la prensa y obtener cobertura nacional. Por la mañana tendríamos buscándola a todos los habitantes del país. Todo el mundo conoce su cara. Alguien la verá. Ese tipo no puede tenerla encerrada en una torre aislada.

-Quien la retiene -advirtió Finn y en ningún momento apartó sus ojos de Jeff- debe saber que yo la encontraré.

Sin mirar atrás, Finn salió de la casa. Segundos después, se oyó el rugido de su coche.

-No lo culpo -murmuró Jeff y miró a Jenner-. Nadie podría culparlo.

Cerró la puerta con llave cuando el policía se hubo marchado. Su sonrisa se fue ensanchando a medida que subía por la escalera. Tal vez volverían. Una parte suya deseaba que así fuera. Porque los acompañaría a recorrer otra vez la casa mientras su princesa dormía en la habitación oculta.

Jenner encontró a Finn en su casa. No hizo mención alguna de los límites de velocidad que sin duda habría violado para llegar tan rápido.

-Investigaremos a fondo a Hyatt y O'Malley. ¿Por qué no se porta como un periodista y pone la noticia en antena?

-Estará en antena. Hyatt le ha dado la impresión de ser tan inocente como un corderito recién nacido, ¿no?

-Sí, así es.

-Pues su casa me ha dejado ciertas dudas -agregó Finn al cabo de un momento.

-¿Dudas?

-Nada fuera de lugar. Ningún cuadro torcido, ni siquiera polvo en la mesa. Los libros y las revistas alineados como soldados, los muebles dispuestos de manera geométrica. Todo centrado e impecablemente limpio.

-Yo también lo noté. Sin duda es un tipo obsesivo.

-Eso creo. Encaja en el cuadro.

Jenner recibió ese comentario con una leve inclinación de la cabeza.

-Un hombre puede ser obsesivamente meticuloso sin ser obsesivamente homicida.

-¿Dónde estaba el árbol de Navidad? -murmuró Finn.

-¿El árbol de Navidad?

-Tiene la corona y las luces, pero ningún árbol. Cualquiera diría que debería haber un árbol en alguna parte.

-Quizá es uno de esos hombres tradicionalistas que no lo monta hasta la Nochebuena. -Pero el detalle era interesante.

-Otra cosa, teniente. El asegura que volvió a su casa temprano para acostarse. La cama de su dormitorio era la única un poco revuelta. La almohada estaba un poco hundida, y el cubrecama un poco arrugado. Por lo visto lo sacamos de la cama.

-Eso dijo.

-Entonces, ¿cómo es que tenía las zapatillas puestas? Y con lazo doble en los cordones. Alguien así de prolijo no se acuesta en su cama con las zapatillas puestas.

Maldición, ese detalle se le había pasado por alto, pensó Jenner.

-Creo haberlo dicho antes, señor Riley. Usted es muy observador.

No podía quedarse en casa. No sin Deanna. Finn hizo lo único que se le ocurrió: volvió a la CBC, pero evitó la sala de redacción. No soportaría que le hicieran preguntas. Fue a su despacho y se preparó café bien cargado. Le agregó una medida generosa de whisky.

Encendió el ordenador.

-Finn. -Era Fran, los ojos hinchados y enrojecidos. Antes de que él hubiera terminado de ponerse de pie, ella dio un paso adelante-. Dios mío, Finn.

El le palmeó los hombros temblorosos, aunque no sabía qué consuelo ofrecerte.

-Tuve que llevar a Kelsey al pediatra para su revisión de rutina. Yo no estaba aquí. Ni siquiera estaba aquí.

-No podrías haberlo evitado.

-Tal vez sí. ¿Cómo logró él acercarse? He oído una docena de versiones diferentes.

-Entonces has venido a buen lugar. ¿Qué es lo que quieres? ¿La verdad o la precisión?

-Las dos cosas.

-Una cosa no es igual a la otra, Fran. Has estado suficiente tiempo en este medio. No sabemos nada con precisión. Sabemos que Deanna se fue temprano, salió al aparcamiento donde se suponía que la esperaban su coche y su chófer. Y ahora ha desaparecido. También su chófer parece haberse esfumado.

A Fran no le gustó nada el frío control de su voz ni el leve zumbido del ordenador.

-Entonces, ¿cuál es la verdad, Finn? ¿Por qué no me lo dices?

-La verdad es que quien le ha estado mandando esas notas, quien mató a Lew McNeil, Angela y Pike, tiene a Deanna. La policía ha radiado una orden de búsqueda, y otra con respecto a O'Malley y el automóvil.

-Tim no puede haberlo hecho.

-¿Por qué no? ¿Porque lo conoces? ¿Porque es parte de la familia agregada de Deanna? A la mierda con eso. Puede haberlo hecho. -Finn se sentó y bebió un sorbo de café-. Pero no creo que lo haya hecho. No puedo estar seguro hasta que aparezca. Si es que aparece.

-¿Por qué no habría de aparecer? -preguntó Fran-. Hace dos años que trabaja con Dee. Y jamás ha faltado, ni un solo día.

-Tampoco ha estado muerto antes, ¿no? -Maldijo interiormente a Fran, y a sí mismo, cuando ella palideció. Se levantó y se sirvió whisky-. Lo siento, Fran. Estoy enloquecido.

-Cómo puedes quedarte ahí sentado y decir esas cosas? ¿Cómo puedes trabajar, pensar en el trabajo, cuando Dee ha desaparecido? Esto no es una catástrofe internacional que debes cubrir, en la que tú eres el periodista sereno e inmutable. Se trata de Dee.

El metió las manos en los bolsillos. Fran se sirvió un dedo de whisky.

-Cuando algo es importante, vital, cuando la respuesta significa todo, uno se sienta, trabaja, lo elabora, toma todos los hechos y crea un guión en el que todas las piezas encajan. Algo preciso. Sabes, creo que nuestro hombre es Jeff.

-¿Jeff? -Fran se atragantó con el whisky-. Estás loco. Jeff es absolutamente leal a Deanna, y es inofensivo como una criatura. Jamás la lastimaría.

-Apuesto mi vida a ello. Necesito todo lo que tengas sobre él, Fran. Registros de personal, memorandos, archivos. Necesito tus impresiones, tus observaciones. Necesito que me ayudes.

Ella solo le estudió el rostro. No, no tenía la mirada fría. Tenía los ojos ardientes, y detrás de ellos se adivinaba el terror.

-Dame diez minutos -contestó y lo dejó solo.

Volvió en menos del tiempo calculado, con un montón de carpetas y una caja de disquetes.

-Su registro de empleo, currículum vitae, solicitud de empleo, informe de Hacienda. Tomé sus calendarios de escritorio. Los guarda de un año a otro. Todos estaban archivados.

Meticuloso. Obsesivo. Aunque se le heló la sangre, Finn puso el primer disquete en el ordenador.

-Esto tiene que ver con el personal de la CBC. Espero que no tengas inconveniente en violar la ley.

-En absoluto. Esta solicitud es de abril del ochenta y nueve. ¿Cuándo salió al aire en la CBC el programa de Dee?

-Alrededor de un mes antes. Pero eso no prueba nada.

-No, pero es un hecho. -El primero sobre el cual se puede edificar algo-. La misma dirección que tiene ahora. ¿Cómo pudo tener una casa como esa cuando solo trabajaba de pinche en una radio?

-La heredó. Se la dejó su tío. Finn, he tenido que llamar a la familia de Dee -dijo y se llevó una mano a la boca-. Piensan tomar el primer vuelo de la mañana.

-Lo siento. -Miró la pantalla. Familias. Él nunca había tenido una que se preocupara por él-. Yo debería haberlo hecho.

-No, no es eso lo que he querido decir. Es solo..., que no sé qué les diré.

-Diles que la buscaremos y la traeremos de vuelta. Es la verdad. Fran, trata de encontrar en su calendario la fecha en que mataron a Lew McNeil. Fue en febrero del noventa y dos.

-Sí, lo recuerdo. -Pasó las páginas-. Ese día tuvimos programa. Jeff lo dirigía. Lo recuerdo porque nevó y a todos les preocupaba que hubiera poco público.

-¿Recuerdas si él estuvo presente?

-Sí, claro. Jamás faltaba. Parece que tenía una reunión con Simon a la diez.

-Habría tenido tiempo -murmuró Finn.

-Por Dios, ¿de veras crees que fue a Nueva York, le disparó a Lew, volvió y vino al estudio para dirigir un programa, todo antes del almuerzo?

Sí, pensó fríamente Finn. Sí, claro que lo hizo.

-Lew fue asesinado alrededor de las siete de la mañana. Hay una hora de diferencia entre Chicago y Nueva York. Estos son los hechos. Ahora vienen las especulaciones: va y vuelve en avión, tal vez contrató una avioneta. Necesito sus recibos y facturas.

-No guarda aquí sus cosas personales.

-Entonces tendré que volver a su casa. Asegúrate de que mañana por la mañana esté aquí. Y asegúrate de que se quede aquí.

Ella se puso de pie y se sirvió café en el whisky.

-Está bien.

-Veamos qué más podemos encontrar.

Deanna había perdido toda noción del tiempo. En ese mundo claustrofóbico que Jeff había creado para ella no había diferencia entre el día y la noche. Sentía la sensación de tener algodón en la cabeza y llagas en el estómago, pero tomó el desayuno que él le había dejado. No abrió el sobre blanco que venía en la bandeja.

Durante un buen rato trató de encontrar una abertura en la pared, metió una cuchara e hizo palanca en todas partes hasta que se le acalambraron los dedos. Con el único resultado de estropear el empapelado de la pared.

No podía estar segura de que él hubiera salido de la casa, ni cuánto tiempo estaría sola. Entonces recordó el televisor y cogió el mando.

Todavía era de mañana, pensó, sus ojos velados por las lágrimas mientras hacía zapping. Qué fácil resultaba ordenar el tiempo alrededor de los horarios de la televisión.

Comprendió que se había quedado dormida en el horario de su propio programa, y eso le produjo una risa amarga.

¿Dónde estaba Finn? ¿Qué hacía? ¿Dónde la buscaba?

Mecánicamente se puso de pie y fue al baño. Aunque ya lo había hecho antes, repitió la rutina de pararse en el borde de la bañera, subirse a la tapa del inodoro y buscar cámaras ocultas.

No le quedó más remedio que confiar en la palabra de Jeff, en el sentido de que allí no la espiaría. Cerró la puerta y trató de no pensar en la falta de cerradura. Y se desnudó.

Tuvo que luchar contra el miedo de que él entrara cuando ella se sentía más vulnerable. Necesitaba una ducha fría para despejarse la cabeza. Se frotó fuertemente, se enjabonó y se enjuagó.

Jeff no había olvidado ni un detalle. Su marca preferida de champú, de talco, de cremas. Las usó todas y esa rutina le proporcionó cierto consuelo. Envuelta en una bata de baño, volvió a la habitación.

Elegió un suéter y pantalones. La clase de atuendo que elegiría para un día de descanso en su casa.

Una vez vestida, comenzó a caminar por la habitación. Mientras lo hacía, se puso a trazar planes.

Finn estacionó el coche a media manzana y caminó hasta la casa de Jeff Hyatt. No se molestó en llamar. Acababa de hablar por teléfono con Fran desde el coche, y sabía que Jeff estaba en el estudio.

Finn tenía el juego de llaves extra que Fran había sacado del cajón del escritorio de Jeff. Había tres cerraduras. Demasiada seguridad, pensó, para un vecindario tan tranquilo. Abrió las tres y, una vez dentro, tomó la precaución de volver a echar la llave.

Empezó por el piso superior. Buscó meticulosamente, revisó cada cajón, cada papel, con su ojo de periodista en busca de cualquier detalle, por ínfimo que fuera. Quería encontrar un recibo, alguna prueba de que Jeff había viajado a Nueva York y había vuelto el día del asesinato de Lew.

Tal vez Jenner no tuviera instinto de periodista, pero seguro que no pasaría por alto los hechos. Una vez pillaran a Jeff, le sonsacarían el paradero de Deanna. Mantuvo también los ojos bien abiertos para cualquier prueba que indicara que Jeff tenía otra casa, una habitación, un apartamento. Tal vez tuviera prisionera a Deanna allí.

Se negaba a creer que estuviera muerta. Hasta el momento, el *modus operandi* era matar a las personas en lugares públicos.

Cerró el último cajón del escritorio y pasó a los archivos.

Cuando terminó, tenía las manos húmedas. Mientras se sobreponía a su desesperación, salió del despacho y entró en el dormitorio de Jeff. No encontró nada, salvo la prueba de que Jeff era un empleado organizado y meticuloso que vivía modestamente bien, tal vez demasiado bien para sus ingresos.

Mientras Finn registraba el dormitorio, Deanna caminaba de un lado a otro justo debajo de él, en la planta baja. Sabía que solo tendría una oportunidad, y que el fracaso sería algo más que arriesgado. Podría ser fatal.

Arriba, en el dormitorio, Finn revisaba una hilera de videocasetes. Por lo visto, ese hombre era un fanático. Las etiquetas indicaban series de televisión, películas, eventos especiales. Más de cien estuches negros tapizaban la pared junto al televisor. Finn jugueteó con el mando a distancia, y decidió que tendría tiempo después, cuando terminara de registrar la casa. Había seleccionado algunas cintas para ver si contenían algo más personal.

Colocó el mando sobre la mesa, sin imaginar que con solo oprimir un botón traería a la vida a Deanna en la pantalla. Comenzó a revisar el armario.

El olor a naftalina inundó su nariz. Los pantalones colgaban bien planchados; las chaquetas estaban en perchas acolchadas, los zapatos, muy ordenados. En el álbum de fotos que encontró en un estante solamente había instantáneas de un hombre mayor, a veces solo, a veces con Jeff al lado. Su mandíbula parecía permanentemente apretada; los labios, marchitos y con expresión severa. Debajo de cada fotografía había una anotación precisa. «Tío Matthew al cumplir 75 años, junio de 1983.» «Tío Matthew y Jeff, Pascua de 1977.» «Tío Matthew, noviembre de 1988.»

No había nadie más en el álbum. Solo un joven, un poco delgado, y su ceñudo tío. Jamás una joven, o un niño riendo, o una mascota traviesa.

Tuvo la sensación de que ese libro era algo enfermizo. Finn volvió a colocarlo en el estante y cuidó de alinear bien los bordes.

Detalles, pensó sombríamente. Dos podían participar de ese juego.

La ropa interior estaba en el cajón superior de la cómoda. Calzoncillos blancos como la nieve, planchados y doblados. Debajo solo había papel blanco, con un leve aroma a lilas.

Eso era casi peor que la naftalina, pensó Finn y pasó al siguiente cajón.

No se habían utilizado los lugares habituales para esconder cosas. No encontró papeles ni paquetes sujetos a la parte inferior o posterior de los cajones, nada valioso oculto en los zapatos. En el cajón de la mesilla de noche había una *TV Guide* con los programas seleccionados marcados con rotulador fluorescente. Además, un bloc, un lápiz bien afilado y un pañuelo adicional.

Hacía media hora que estaba en la casa cuando lo encontró: un diario personal, debajo de la almohada, encuadernado en cuero y cerrado con llave. Finn buscaba su cortaplumas en el bolsillo cuando oyó el ruido de una llave en la cerradura.

Maldita seas, Fran, pensó, y miró el armario. Pero lo descartó por considerarlo un tópico y también algo humillante. Prefería enfrentarse a un enemigo que esconderse de él. Dio un paso hacia la puerta del dormitorio en el momento en que Jeff atravesaba silbando el vestíbulo camino de la cocina.

-No parece muy desolado que digamos, hijo de puta -murmuró Finn y bajó por la escalera.

No podía esperar para verla. Jeff sabía que se la estaba jugando al abandonar la oficina, cuando Fran insistió tanto en que se quedara. Pero él se marchó igualmente, impaciente por llegar a casa. Por ver a Deanna. El estudio era un caos: nadie podía trabajar, y siempre podría alegar que había necesitado estar solo. Nadie le culpaba.

Sirvió un vaso de leche, colocó pastelillos en un plato de porcelana y puso ambas cosas en una bandeja con una única rosa.

Ahora ella ya estaría descansada. Sin duda se sentiría mejor, más cómoda. Y pronto, muy pronto, comprobaría lo bien que él podía cuidarla.

Finn esperó en el rellano de la escalera. Oyó silbar a Jeff y ruido de platos. Oyó pasos, un leve clic, seguido de otro.

Y luego, nada en absoluto.

¿Adónde había ido el muy hijo de puta? Empezó a bajar por la escalera en silencio. Se deslizó como una sombra de un cuarto al otro. Cuando llegó a la cocina, quedó sorprendido. Vio la caja de pastelillos, aspiró el aroma dulzón, pero Jeff había desaparecido.

-Estás preciosa. -Al sentirse seguro en esa habitación insonorizada, Jeff le sonrió a Deanna-. ¿Te ha gustado la ropa?

-Sí, muy bonita -dijo ella y se obligó a sonreír-. Me he duchado. No puedo creer que te hayas tomado el trabajo de comprar mis marcas favoritas.

-¿Has visto las toallas? Hice que les bordaran tus iniciales.

-Ya. Fue muy amable de tu parte, Jeff. ¿Me traes pastelillos?

-Son los que más te gustan.

-Así es. -Sin dejar de mirarlo, se acercó, eligió uno y lo mordió con delicadeza-. Exquisito. -Notó que él le miraba la boca cuando se lamió una miga-. Has estado fuera mucho tiempo.

-He vuelto tan pronto pude. La semana que viene pienso presentar mi renuncia. Tengo suficiente dinero ahorrado, y mi tío hizo muchas inversiones. No tendré que dejarte nunca más.

-Aquí me siento muy sola -dijo Deanna y se sentó en el borde de la cama-. Te quedarás conmigo, ¿no?

-Tanto como quieras.

-Siéntate aquí -pidió Deanna y tocó la cama-. Creo que si ahora me explicas las cosas, estoy preparada para entenderlo.

Las manos de Jeff temblaron cuando apoyó la bandeja sobre la mesa.

-¿No estás enojada?

-No. Pero sigo un poco asustada. Me da miedo estar encerrada aquí.

-Lo siento. -Se sentó en la cama junto a ella, pero dejó un par de centímetros entre los dos-. Algún día será diferente.

-Jeff. -Deanna apoyó una mano sobre la suya-. ¿Por qué decidiste hacer esto? ¿Cómo supiste que había llegado el momento apropiado?

-Sabía que tenía que ser pronto, antes de la boda. Cuando ayer entré en tu oficina y te vi con el traje de novia., supe que no podía esperar más. Fue como una señal. Estabas tan hermosa, Dee.

-Pero corriste un riesgo muy grande. Tim estaba esperándome abajo.

-Era yo. Yo te esperaba. Utilicé su chaqueta y su gorra, y sus gafas de sol.

Cuando él bajó la vista y se quedó mirando las manos entrelazadas de los dos, ella preguntó:

-Jeff, ¿Tim ha muerto?

-No lo hice de la misma manera que con los demás. -Ansioso, la miró con los ojos confiados de un niño-. Tim no te lastimó. Pero tenía que quitarlo de en medio, y rápido. Yo también le tenía afecto, de veras. De modo que fui rápido. No sufrió. Lo puse en el maletero y después de traerte aquí llevé el coche a un aparcamiento del centro. Lo dejé allí y volví a casa. Para estar contigo. Tienes que entenderlo, Deanna -dijo cuando ella apartó la vista.

-Eso trato. Dios santo. Quiero creer que no le has hecho nada a Finn, ¿verdad?

-Te prometí que no. El te ha tenido todo este tiempo y yo he debido esperar.

-Lo sé, lo sé. Pero me están buscando, ¿no es así?

-No te encontrarán.

-Pero me buscan.

-Ya. -Se puso en pie. Todo había salido perfectamente bien hasta ese momento, se dijo. Perfectamente. Pero tenía la sensación de estar parado en el borde de un precipicio, y no alcanzaba a ver el fondo-. Y buscarán y buscarán. Y en algún momento dejarán de hacerlo. Y entonces nadie nos molestará. Nadie.

-Está bien. -También ella se puso de pie, aunque le temblaban las piernas-. Ya sabes lo curiosa que soy con respecto a todo. Siempre haciendo preguntas.

-No echarás de menos no estar en la televisión, Dee. Yo soy tu mejor público. Podría escucharte horas y horas. Y lo hago. Pero ahora no tendré que mirar un video. Ahora será en la realidad.

-Quieres que sea una realidad, ¿no?

-Más que nada en el mundo.

Deanna se acercó y le acarició la mejilla.

-Y tú me deseas.

-Tú eres todo lo que he deseado en la vida. Durante todos estos años solo te he deseado a ti. Jamás he estado con otra mujer. No soy como Pike, ni como Riley. Te he estado esperando.

-Quieres tocarme. -Trató de hacerse fuerte, le tomó una mano y se la puso sobre el pecho-. ¿Así?

-Eres suave. Tan suave...

-Si dejas que me toques, ¿me dejarás salir?

El dio un salto hacia atrás, como si Deanna lo hubiera quemado. Se sintió traicionado.

-Intentas hacerme caer en una trampa.

-No, Jeff. Es solo que no me gusta estar encerrada. Me asusta. Solo quiero salir unos minutos a respirar aire puro. Quieres que yo sea feliz, ¿verdad?

-Cada cosa a su tiempo -señaló él con empecinamiento-. Todavía no estás lista.

-Sabes bien que tengo que mantenerme ocupada, Jeff. -Se acercó a él sin dejar de mirarlo. Cuando deslizó los brazos por su pecho, los ojos de Jeff se nublaron-. Estar sentada aquí, hora tras hora, me pone de mal humor. Reconozco todo lo que has hecho por mí. -Sintió el bulto de la jeringuilla en el bolsillo-. Sé cuánto quieres que estemos juntos.

-Estamos juntos -afirmó él y le puso una mano sobre el pecho. Al ver que ella no retrocedía, sonrió-. Siempre lo estaremos.

Inclinó la cabeza para besarla. En ese momento, ella le sacó la jeringuilla del bolsillo.

-Deanna -murmuró él, desconcertado.

Ella intentó clavarle la aguja pero él la derribó y se enzarzaron en una pelea desesperada.

Al buscar a Jeff, Finn se acercó de nuevo a la biblioteca. Había notado lo que a él y a Jenner se les había pasado por alto en la primera búsqueda. Las dimensiones, pensó. Las dimensiones estaban mal. La biblioteca no podía estar empotrada en una pared maestra. No podía ser.

Comprendió que ella estaba allí. Deanna estaba allí adentro. Y no estaba sola. Sintió el impulso de arrojarla contra los estantes, pero solo Dios sabía lo que sería capaz de hacerle Jeff a Deanna durante el tiempo en que él intentara abrirse paso a viva fuerza.

Mientras luchaba por recuperar la calma, comenzó a buscar metódicamente un mecanismo que le permitiera entrar en ese cuarto escondido.

Deanna perdía terreno. La jeringuilla se le deslizó de las manos cuando él rodó sobre ella. Ella gritó cuando su cabeza se golpeó contra el suelo. Aunque su visión era brumosa, podía ver a Jeff sobre ella, el rostro distorsionado, las mejillas surcadas de lágrimas. Y sabía que él era capaz de matar.

-¡Me has mentido! -gritó con desesperación-. Me has mentido y tengo que castigarte. Tengo que hacerlo. -Y, mientras sollozaba, cerró las manos alrededor del cuello de Deanna.

Ella le arañó la cara con las uñas. La sangre brotó y se mezcló con las lágrimas. Cuando él aulló de dolor. Deanna logró liberarse. Sus dedos rozaron la jeringuilla pero él le aferró el tobillo.

-Te amo, pero ahora tengo que lastimarte para que lo entiendas. Es por tu bien. Eso es lo que siempre dice tío Matthew. Es por tu bien. Tendrás que quedarte aquí adentro. Te quedarás a pan y agua hasta que prometas portarte bien. -Entonó las palabras como un cántico mientras la arrastraba de vuelta a la cama-. Estoy haciendo lo mejor para ti, ¿no es así? Te he dado un techo. Te he vestido. ¿Y es así como me lo agradeces? Tendrás que aprender. Yo sé cómo hacerte aprender.

Le apretó la mano y le levantó el brazo.

Y entonces ella le clavó la aguja.

Finn oyó el sonido de sirenas a la distancia, pero no significaban nada para él. Toda su concentración estaba puesta en el rompecabezas que trataba de resolver. Había una manera de entrar. Siempre había una manera. Y él la encontraría.

-Está aquí -murmuró para sí-. Justo aquí. Ese hijo de puta no atravesó la pared. -Su dedo tocó una protuberancia. La giró. Y el panel se abrió en silencio.

Deanna estaba de pie junto a la cama, con la jeringuilla en una mano. Jeff, con los ojos vidriosos, murmuraba su nombre y reptaba por el colchón hacia ella.

-Te amo, Deanna... -logró balbucir y le tocó la mano antes de perder el conocimiento.

-Dios mío, Deanna.

De un salto, Finn llegó hasta ella y la estrechó entre sus brazos.

Ella se balanceó, y la jeringuilla se deslizó entre sus dedos.

-Oh, Finn.

Su nombre le quemó la garganta y fue como tocar el cielo. Desde muy lejos, lo oyó maldecir cuando el cuerpo de ella se estremeció.

-¿Te ha hecho daño? Dime si estás herida.

-No. No, él solo quería cuidar de mí. -Hundió la cara en el hombro de Finn-. Solamente quería cuidar de mí...

-Salgamos de aquí.

La llevó en volandas hasta la calle.

-Yo le pedía todo el tiempo que me dejara salir -explicó Deanna y aspiró el aire puro-. El te disparó, Finn. Fue el que disparó en Greektown. Y mató a Tim.

Se sobresalió al oír un vehículo que frenaba.

-Vaya. -Jenner salió del coche, apenas segundos antes que dos policías. La imagen de Finn sosteniendo en brazos a Deanna no era lo que esperaba ver cuando recibió la frenética llamada de Fran Myers. Pero fue una imagen muy satisfactoria-. Veo que de nuevo ha decidido hacer las cosas por su cuenta, Riley.

-Nunca se fíe de un periodista, teniente.

-Lo recordaré. Me alegro de verla, señorita Reynolds. Feliz Navidad.

Deanna observó su imagen en el espejo del camerino. Las marcas del cuello se habían desvanecido bastante y en sus ojos ya no aparecía aquella expresión perturbada.

Pero su corazón seguía acongojado. Como Joe solía decirle en su época de periodista, tenía un corazón que sangraba con demasiada facilidad.

Ahora no podía darse el lujo de que sangrara. Tenía que presentar el programa dentro de treinta minutos.

-Hola.

Volvió la cabeza y vio a Finn. Sonrió.

-Hola.

-¿Tienes un minuto?

-Para ti tengo varios. -Hizo girar la silla y extendió las manos-. ¿No tienes que subirte a un avión?

-He llamado al aeropuerto. Mi vuelo sufre un retraso de dos horas. Dispongo de mucho tiempo.

En los ojos de Deanna brilló el recelo.

-No se te ocurra perder ese avión.

-Ya lo sé. Ya me has impuesto las normas. Tengo un trabajo que cumplir y tú no piensas mantenerme si lo pierdo. Me voy a Roma. Solo por una semana. -Se inclinó y la besó-. Pero se me ha ocurrido intentar convencerte de que me acompañes.

-Yo también tengo un trabajo que cumplir.

-La prensa te acosará.

Ella enarcó las cejas.

-Ya veremos. -Se puso de pie y dio una vuelta-. ¿Cómo me ves?

-Como algo de lo que no quiero estar separado por varios miles de kilómetros. -Le levantó el mentón y la miró a los ojos-. Estás triste.

-Estoy mejor, Finn. Ya hemos hablado de esto. -Vio que el gesto de él se endurecía-. No, Finn.

-No sé cuánto tiempo pasará hasta que pueda cerrar los ojos y dejar de verte en aquel cuarto. Pensar que permaneciste allí todas esas horas y yo sin saberlo... Todavía quiero matarlo.

-Es un enfermo, Finn. Piensa en todos esos años de abuso emocional. Necesitaba una válvula de escape, y fue la televisión. Y un día, el día que encontró muerto a su tío, me vio a mí en la pantalla y yo entré en su vida.

-Me importa un cuerno lo enfermo que esté, o lo patético que sea su caso. No me importa, Deanna. Y no soporto oír que lo justifiques o te culpes de nada.

-Sé que no fue culpa mía. Nada de lo que él hizo fue mi culpa. -Sin embargo, pensó en Tim, cuyo cuerpo había sido hallado en un aparcamiento del centro, dentro del maletero del coche-. Yo nunca fui real para él, Finn. Incluso durante todo el tiempo que trabajamos juntos, nunca fui otra cosa que una imagen, una visión. Todo lo que él hizo, lo hizo porque había distorsionado esa imagen. No puedo culparme por eso. Pero sí puedo sentir lástima.

-Dee. -Fran se asomó a la puerta y le guiñó un ojo a Finn-. Necesitamos a la estrella en el estudio cinco.

-La estrella está lista.

-Puedo postergar el vuelo y quedarme para la conferencia de prensa después del programa

-Puedo manejar a los periodistas. -Besó fuertemente a Finn en la boca-. He tenido experiencia de sobra.

-¿Quieres casarte conmigo, Kansas?

La rodeó con un abrazo y la condujo al pasillo y luego hacia el plató.

-Ya lo creo que sí. El 3 de abril. No olvides estar allí.

-Jamás dejo de asistir a una cita. La hizo girar hacia él-. Estoy loco por ti. -Hizo una mueca. Vaya, he elegido unas palabras muy desafortunadas.

A ella no le sorprendió oírse reír. Ya nada la sorprendía.

-Llámame por teléfono desde Roma. -Marcie se acercó para retocar los labios de Deanna-. Y no lo olvides: debes ocuparte de las flores para la iglesia y la recepción. ¿Tienes la lista que te preparé?

Él puso los ojos en blanco.

-¿Qué lista?

-Todas.

-De ninguna manera dijo Marcie antes de que Deanna tuviera tiempo de darle otro beso a Finn. Tienes treinta segundos y no quiero que mi trabajo quede arruinado.

-Piensa en mí, Kansas. Volveré.

Deanna se detuvo.

-Al diablo con todo. -Se dio media vuelta y corrió a los brazos de Finn. Por sobre el gruñido de Marcie, lo besó apasionadamente-. Vuelve pronto -le dijo, y corrió hacia el plató.

El realizador la señaló con un dedo. En medio de los aplausos, Deanna sonrió a cámara y entró en la vida de millones de personas.

-Buenos días. Me alegro de estar de nuevo en casa.